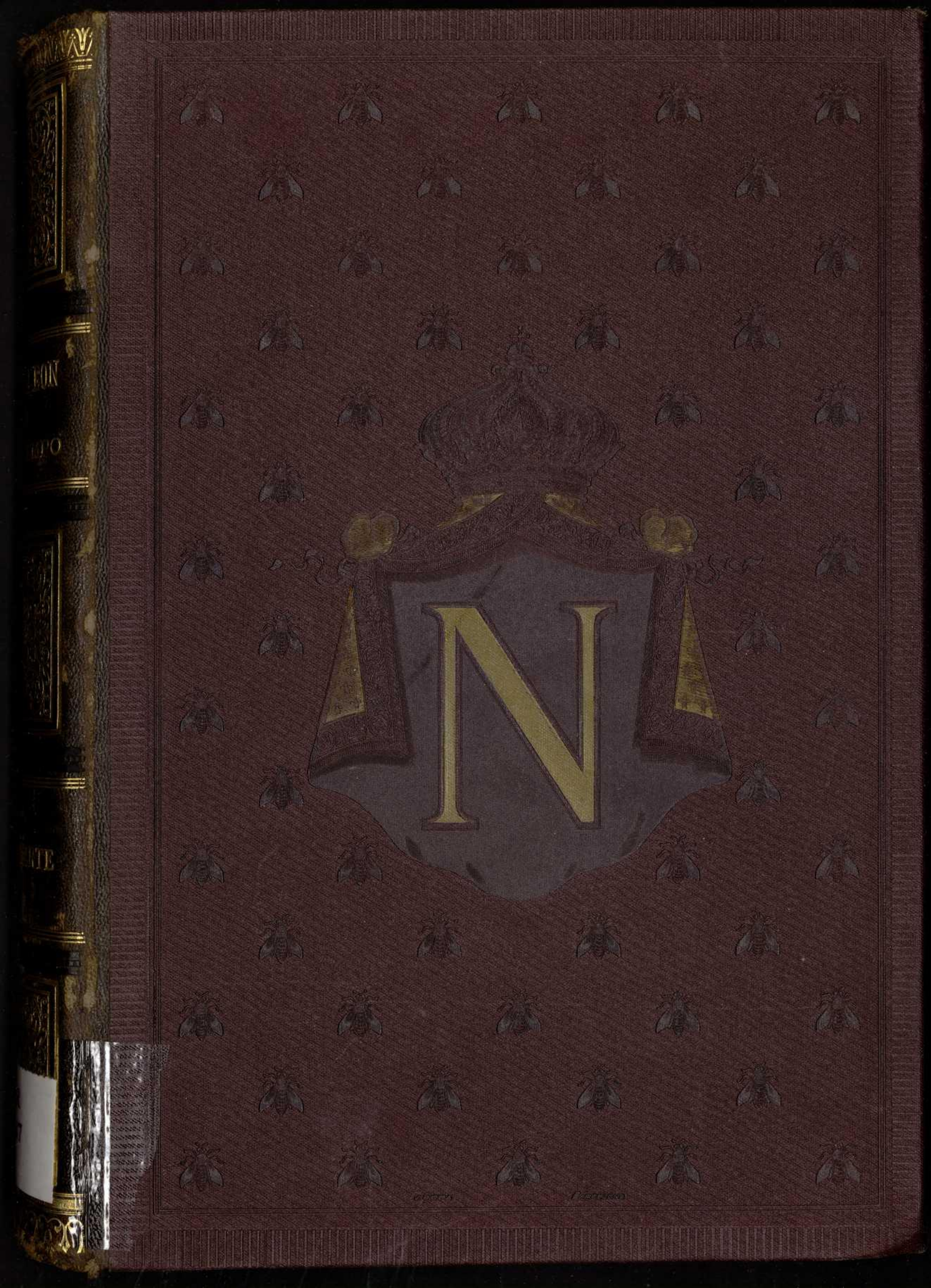
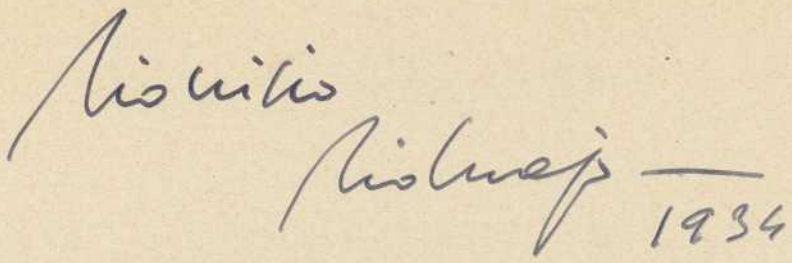


187696
DK
7847



NAPOLEÓN

Y SU TIEMPO

BONAPARTE


SALVAT
Y Cª
S en C

M. ROGER PEYRE

NAPOLEÓN

Y SU TIEMPO

BONAPARTE

OBRA ILUSTRADA

CON NUMEROSOS GRABADOS Y FOTOGRABADOS, SEGÚN LOS DOCUMENTOS DE LA ÉPOCA Y LOS MONUMENTOS ARTÍSTICOS

TRADUCIDA AL ESPAÑOL

POR

Federico Schwartz

BARCELONA

SALVAT Y C.ª, S. EN C., EDITORES

220 - CALLE DE MALLORCA - 220

Es propiedad

Fondo bibliográfico
Dionisio Ridruejo
Biblioteca Pública de Soria
7847

PRIMERA PARTE

JUVENTUD DE BONAPARTE



CAPITULO PRIMERO

PRIMEROS AÑOS DE NAPOLEÓN

LA FAMILIA BONAPARTE. — EL NIÑO CORSO. — EL ALUMNO DE BRIENNE. EL OFICIAL DE ARTILLERÍA

Al nacer Napoleón Bonaparte en Ajaccio, el 15 de Agosto de 1769, hacía pocos meses que Córcega pertenecía á la monarquía francesa.

En el siglo XVIII, durante el cual arrastró esta isla una existencia tormentosa y agitada, los Genoveses sentaron en ella su dominación; pero hacia el año 1729, los Corsos, de carácter altivo é independiente, emprendieron la reconquista de su libertad perdida, por medio de las armas, lográndola con relativa facilidad, pues tras algunas pequeñas victorias recuperaron casi toda la isla, destruyendo la dominación genovesa.

Europa entera quedó admirada ante las grandes cualidades de tan valerosos patriotas, á pesar de que desgraciaron su obra, ya que, llevados de su celo y de su entusiasmo por sostener sus recientes conquistas, apelaron al apoyo del extranjero. No acudieron á Francia porque estaban recelosos de ella; comprendían realmente que, dada la proximidad de sus costas, más ó menos tarde tenía que caer la isla bajo su poder. Solicitaron, en cambio, el apoyo de los Ingleses, que se limitaron á hacerles promesas, que no cumplieron, pues no

les prestaron nunca el concurso de sus armas. Alarmada, sin embargo, Francia ante una intervención inminente, empezó desde 1737 á enviar, por su parte, algunas fuerzs á Córcega, bajo el aparente pretexto de sostener la soberanía nominal de Génova, continuando así la guerra lánguidamente hasta 1768. En esta época obtuvo el duque de Choiseul de la República genovesa la cesión de Córcega, como reparación de algunas incorrecciones políticas cometidas por aquélla en la entonces candente cuestión de la expulsión de los Jesuitas.

Firmóse el tratado de cesión en 15 de Mayo de 1768, pero los Corsos no vacilaron en continuar solos la lucha contra la poderosa nación, que al pronto habían llegado á creer sería una amigable mediadora entre ellos y Génova.

Hacía ya tiempo que estaba al frente de los Corsos un patriota de indomable energía, que á un arrojado valor, tan común en su patria, unía gran habilidad política, y tales dotes de administrador que le constituían un verdadero jefe de Estado: era éste Pascual Paoli.

Por espacio de un año mantuvo en jaque á las tropas francesas, sin que los generales Chauvelin y Marbeuf lograsen someterle, y aun el desembarco de un ejército de 30.000 hombres, al mando del conde de Vaux, sólo sirvió para dar nuevo impulso á la resistencia de los Corsos. Todavía se conserva el recuerdo de una reunión celebrada en el convento de Casinca, en la que, al enaltecer Paoli las nobles cualidades de sus compatriotas y al ofrecer, á usanza clásica, su vida en holocausto por la salvación de su patria, todos unánimemente juraron seguirle.

El célebre Juan Jacobo Rousseau, á quien los Corsos habían escogido como legislador, al remitirles la Constitución que había redactado para su patria, les anunció «que su pequeña isla sería la admiración del mundo, á causa de uno de sus hijos.» Los contemporáneos pudieron creer que esta predicción se refería á Paoli, pero en verdad el que debía realizarla era Napoleón Bonaparte.

En 9 de Mayo de 1769 el cande de Vaux alcanzó una completa victoria en Ponte-Nuovo, y con ella terminó la independencia de Córcega; desde entonces la isla de hecho y de derecho fué francesa.

Entre los más decididos partidarios de Paoli, se había distinguido un joven tan entusiasta en las asambleas como valiente en los

combates, que iba siempre acompañado de su joven esposa, animosa patriota como él. Era éste Carlos de Bonaparte, padre de Napoleón, y su esposa se llamaba Lætitia ó Leticia Ramolino. Terminada la guerra, regresaron á Ajaccio al amparo de la amnistía, y entonces fué cuando, á los pocos días, 15 de Agosto de 1769, nació Napoleón.

La familia Buonaparte ó Bonaparte era una de las más antiguas de Córcega. Las investigaciones genealógicas que inspiradas por la vanidad se hicieron sobre ella á la aparición de Napoleón



El general Pascual Paoli. (Copia de un dibujo de la época)

en Italia, y sobre todo cuando llegó al Consulado, produjeron los más curiosos resultados. Unos relacionaban el nombre de Bonaparte con el de Mr. de Bonpart, gobernador ó jefe de la prisión donde estuvo encerrado el misterioso personaje conocido con el nombre de *Máscara de hierro,* de quien se supuso que era un hermano gemelo de Luis XIV, que contrajo matrimonio con la hija de dicho Mr. de Bonpart, y cuyos hijos llevaron el apellido de su madre, dando así comienzo á la familia Bonaparte. Otros, en cambio, cortesanos más refinados, le hacían descender de la *gens Ulpia* y de la *gens Julia,* familias distinguidas de la antigüedad, que habían dado emperadores á Roma y á Bizancio. Napoleón despreciaba esta adu-

ladora erudición. El mismo, en la época del Imperio, demostró en un artículo publicado en *El Monitor* el caso que hacía de tales lisonjas.

«Estas investigaciones, decía, son por cierto bien pueriles: á todos los que preguntaren la fecha de donde arranca la casa de Bonaparte se les puede responder fácilmente: del 18 de Brumario. Parece imposible que en nuestro siglo haya gente bastante ridícula para entretener al público con semejantes tonterías.» Más adelante decía al emperador de Austria, que reprochaba á su futuro yerno el que ocultase modestamente la nobleza de su origen: «¿Qué queréis? No pienso más que en ser el Habsburgo de mi casa.»

Es, sin embargo, cierto que numerosas y distinguidas familias italianas de la Edad media llevaron el apellido Bonaparte. La rama napoleónica desciende de la casa de los Cadolinger, fiel aliada del Imperio germánico desde el siglo XI al XIV, adicta desde esta última fecha al partido popular, á los *comunes,* á la libertad, *au bon parti,* de donde le sobrevino el nombre de *Buonaparte.* Este cambio, sin embargo, en favor de las ideas de independencia y de libertad, acabó con su antiguo prestigio y con su grandeza, viéndose algunos de sus descendientes en el caso de entrar al servicio del Banco de San Jorge, pasando á Córcega con ocasión de los asuntos de esta rica compañía genovesa.

En 1767, esta familia, de la que era jefe Carlos de Bonaparte, estaba constituída además por un tío llamado Luciano, arcediano, y un hermanastro materno, que fué más adelante el cardenal Fesch. Del matrimonio de Carlos de Bonaparte con Leticia Ramolino, verificado en aquel mismo año, nacieron trece hijos, de los que vivieron ocho: José, el mayor, fué rey de Nápoles y de España; Napoleón fué el segundo; Luciano, el tercero, fué príncipe imperial, pero cayó pronto en desgracia y no llegó á reinar; el cuarto, Luis, y el quinto, Jerónimo, fueron reyes de Holanda y de Westfalia, respectivamente. Las tres hermanas, Elisa, Paulina y Carolina, fueron, á su vez, gran duquesa de Toscana la primera, princesa Borghese la segunda, y reina de Nápoles la última.

Napoleón pasó toda su infancia en Córcega. No creemos que la patria de Napoleón ejerciese una influencia decisiva sobre su genio, y nos atrevemos á suponer que cualquiera que fuese el punto de

su nacimiento hubiera desempeñado el mismo gran papel que desempeñó, si las circunstancias hubiesen sido las mismas. Napoleón se parece más á Aníbal, á César, á Federico II, que á los demás Corsos sus compatriotas. Forzoso es reconocer, sin embargo, que durante su infancia recibió de su patria impresiones completamente



Leticia Ramolino (retrato pintado por el barón Gérard)

opuestas á las que pudiera experimentar cualquier otro joven francés de la misma época. Córcega era casi salvaje; pero en sus profundos valles, separados por escarpadas sierras de difícil acceso, en aquel enjambre de pequeñas repúblicas, se encontraba constantemente el sentimiento vivo y acendrado del individualismo: en todas partes surgían ardientes luchas políticas, que reconocían frecuentemente por origen antiguos odios, aun no extinguidos por completo; en todos

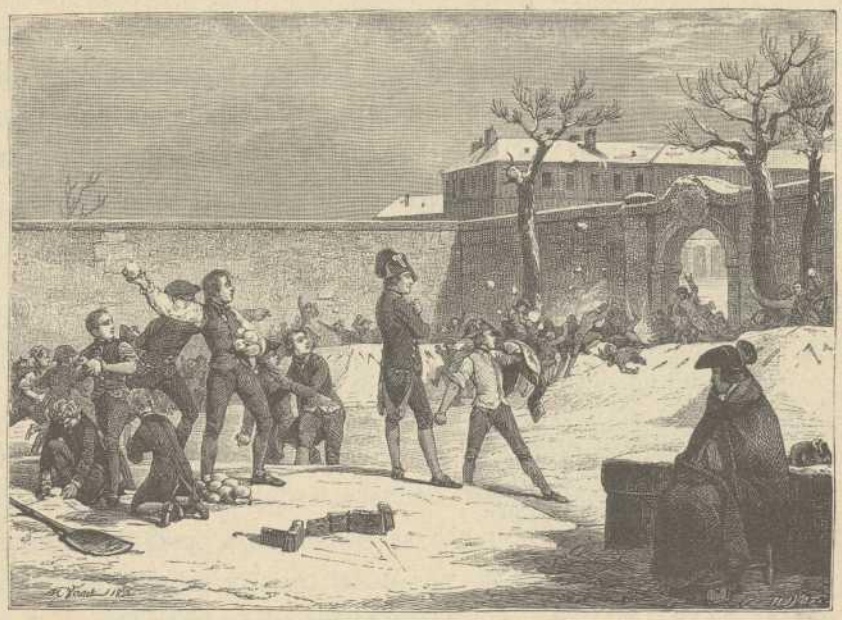
se manifestaba la pasión por el mando, el deseo de figurar, ya personalmente, ya por medio de un partido; el desvío hacia el trabajo, que se reducía en cuanto era posible, para entregarse á contiendas, que, aunque en realidad excitan la risa las más de las veces, no por eso eran sostenidas con menos dureza y terquedad. La pasión por los honores y por los cargos públicos era el rasgo característico de la insignificante nobleza corsa y la causa principal de sus cuestiones con Génova.

Napoleón, como muchos de sus compatriotas, era de natural sombrío, tenía un carácter violento y una irritabilidad fácil; sentía ya, sin duda, en su interior la necesidad de ser el amo. Moderó este carácter uraño y díscolo la educación sólida é inteligente que le dió su madre, mujer dotada de gran prudencia y rectitud, que supo dirigir su familia con una ternura no exenta de severidad y corregir los desahogos infantiles del indómito carácter de su segundo hijo. Napoleón recordó siempre, con profundo agradecimiento, tan bienhechora como viril educación, y lo reconoció en las siguientes frases sumamente sentidas:

«A mi madre y á sus sanos consejos se debe toda mi fortuna y todo lo que de bueno haya podido yo hacer: no vacilo en afirmar que el porvenir de un hijo depende de su madre.» Y él mismo, en Santa Elena, dijo después: «Mi madre era un gran carácter; tenía mucha alteza de miras y mucha dignidad. En su pecho no cabían los sentimientos bajos y mezquinos, ni dejaba llegar á sus hijos más que todo lo que era grande y elevado. Inspirábale horror la mentira y sentía verdadera repulsión por cuanto tuviese solamente la apariencia de una inclinación baja ó rastrera.»

Así pasaban sus primeros años, estudiando bajo la dirección de su tío el arcediano, dominado por secretos deseos de ambición y aficionado á todos los ejercicios que preparan á la vida militar. Refiérese, entre otras aventuras de su infancia, que un día tomó parte en las cotidianas pedreas que se libraban entre los muchachos del arrabal y los de la ciudad. Estos últimos llevaban siempre la peor parte. Napoleón, que vivía en Ajaccio, no podía sufrir esta infantil humillación, y al ver que sus compañeros desconfiaban de sus propias fuerzas, les reanimó, se hizo su general, les ejercitó durante

algunas semanas en las escaramuzas, en los ataques, en la defensa, y atrajo á los del arrabal, *los borghiniani,* á un sitio que previamente había escogido, y su ejército quedó victorioso en esta ocasión. Dícese asimismo que, impulsado por un elevado sentimiento de equidad, renunció á servirse de un solo *cañón* que tenían sus partidarios porque el enemigo no tenía ninguno. Semejantes anécdotas carecerían completamente de interés si se refiriesen á cualquier otra per-



Infancia de Napoleón (litografía de Horacio Vernet)

sona que no fuese nuestro héroe, pero satisface encontrar en la infancia de los grandes hombres aquellos rasgos característicos que anuncian lo que serán más tarde.

Las agitaciones de la guerra motivaron, sin embargo, que su primera educación fuese bastante descuidada al principio, y aún no tenía diez años cuando salió de Córcega con su padre, el 9 de Diciembre de 1778, para completar en Francia sus estudios. El padre de Napoleón, después de haber sido uno de los últimos defensores de la independencia de su país, había aceptado lealmente la dominación francesa, lo cual fué causa de que habiendo prestado algunos servicios á Mr. de Marbeuf, gobernador de la isla, se conquistara su aprecio, y gracias á su valiosa influencia, alcanzó que su hijo José

ingresara en las Órdenes y Napoleón en la carrera militar. Al llegar á Francia puso á sus dos hijos en el colegio de Autún, en donde Napoleón debió de aprender los rudimentos del francés, que apenas hablaba, teniendo que esforzarse en corregir su acento italiano muy marcado. No estuvo allí más que unos tres meses; pues su padre, que se encontraba entonces en París en calidad de diputado de la nobleza corsa cerca del rey de Francia, se valió de todo el influjo de sus protectores para alcanzar el ingreso de Napoleón en la Escuela militar de Brienne, á cuyo objeto presentó ante el juez de armas de Francia las pruebas auténticas de la nobleza secular de su casa, condición entonces indispensable para ser admitido en aquel establecimiento. En el mes de Abril de 1779, Napoleón obtuvo una plaza pensionada. El libro de registro de la escuela contiene esta breve nota:

«Napoleón Bonaparte ingresó en la Escuela militar de Brienne-le-Château á la edad nueve años, ocho meses y cinco días. Ha pasado en ella cinco años, cinco meses y veintisiete días, saliendo á la edad de quince años para pasar á la Escuela militar de París (25 de Abril de 1779-17 de Octubre de 1784).

La Escuela de Brienne sólo contaba entonces unos ciento diez alumnos, de los cuales cincuenta se sostenían á costa del monarca, que pagaba 600 libras anuales por cada uno, y sobre unas sesenta á expensas de sus familias, mediante el pago de 700 libras. Estaba dirigida por religiosos mínimos, los cuales percibían una módica retribución que no les permitía tener á su lado profesores de grandes condiciones, por lo que la enseñanza de este centro fué siempre deficiente. Constituían el programa del colegio: lectura, escritura, geografía, elementos de latín y matemáticas, siendo éstas lo único que se enseñaba con extensión

Durante este período de cinco años de permenencia en Brienne, lejos de Córcega y de su familia, transformóse el carácter de Napoleón, como el mismo reconoció posteriormente. Había entrado en el colegio con cierta inquietud de ánimo, con soberbia siempre pronta á rebelarse, con humor melancólico é inclinado á la soledad, y al principio fueron objeto de burlas su palabra embarazosa, su acento italiano y su ortografía, que continuó siendo incorrecta, y su aspecto

sombrío y altanero; pero pronto la entereza de su carácter, su constancia en vencer las primeras dificultades, y más todavía su decisión en no recibir una afrenta sin responder cual se merecía, ó burla sin devolverla, le granjearon el cariño de sus maestros y la estimación de sus compañeros, entre los que distinguió con su amistad á Desmazy, Gudin, Nansouty, Phelippeaux y Bourrienne.

No toleraba los castigos humillantes. En cierta ocasión fué condenado por uno de los celadores de la Escuela á llevar el sayal de paño pardo y á estar arrodillado en el comedor, pena que no pudo cumplir por haberle acometido una violenta crisis nerviosa, seguida de vómitos. El Director, que casualmente se enteró de lo ocurrido, le levantó el castigo y procuró calmar con cariño aquel carácter, tan refractario á toda pena que llevase anexa la idea de la más pequeña humillación personal.



José Bonaparte. (De un dibujo de la época)

Gustaba Napoleón de la soledad, particularmente para trabajar, aprovechándose de tal modo que muy pronto, á pesar de haber llegado mal preparado á la Escuela, consiguió ser uno de los primeros alumnos. Su agitado espíritu anhelaba conocer y comprenderlo todo; entregábase con febril entusiasmo á la lectura de toda clase de obras, rebasando el límite de los conocimientos propios de su temprana edad; devoraba cuantos libros caían en sus manos: autores clásicos, obras de historia, geografía, ciencias, y, aunque obediente no vacilaba, para satisfacer su siempre inquieta curiosidad, en leer las obras prohibidas en la Escuela. Tenía una memoria tan fácil como tenaz, y su imaginación, por otra parte, se nutría gustosa con los descubrimientos que continuamente hacía, los ordenaba á su manera y dejaba ya entrever en él ideas extraordinarias, aunque frecuentemente confusas, hasta el punto de que, en algunas

ocasiones, no le comprendían ni sus condiscípulos ni sus mismos profesores.

No le satisfacía el trato con los demás muchachos de su edad y le disgustaba, por cierto sentimiento de orgullo, ser pensionista del rey. Sentíase también molestado por parte de algunos de su compañeros, de cuyos juegos y diversiones no podía participar. Con este motivo escribió á su padre la siguiente carta:

«Brienne 6 de Abril de 1783. — Padre mío: Si por vuestra parte ó por mis protectores no se me proporcionan los medios para sostenerme de una manera más decorosa, llevadme á vuestro lado; estoy ya cansado de pregonar mi pobreza y de sufrir la insolente sonrisa de algunos de mis condiscípulos, que no me aventajan más que en fortuna, pues no hay ni uno solo que no se halle á cien codos por debajo de los noble sentimientos que me animan. ¿Acaso, padre mío, vuestro hijo ha de ser continuamente el blanco de unos aristócratas imbéciles, que, pagados de los gustos que se dan, insultan con su sonrisa las privaciones que yo sufro? De ningún modo, padre mío; si la fortuna nos niega en absoluto los medios de mejorar mi suerte, sacadme de Brienne: dadme, si os place, un oficio, en el que pueda ver á mi alrededor iguales á mí; yo me encargo de ser pronto su superior. Por tales ofrecimientos podéis juzgar de mi desesperación; pero, lo repito, prefiero ser el primero en un taller que el artista adocenado de una Academia. Os suplico que no creáis que esta carta haya sido dictada por el vamo deseo de entregarme á diversiones dispendiosas que no apetezco. Indico únicamente el afán de poder demostrar que puedo tenerlas como mis compañeros.»

Firma esta carta, escrita á la edad de catorce años, «BUONAPARTE, cadete.» Llama, sin duda, la atención la frase «prefiero ser el primero en un taller que le artista adocenado de una Academia.» ¿Conocía ya la frase de César: «Prefiero ser el primero en una aldea que el segundo en Roma?»

Tal vez por esto conservó largo tiempo el resentimiento de un corso vencido contra su nueva patria; no se había aún connaturalizada con Francia. Paoli era para él un héroe, y no toleraba que ante él se hablase mal ó burlase nadie de la gran causa de la independencia corsa. Cierto día que comía en la mesa del Director, algunos profesores, que conocían sus ideas respecto á este punto, se pusieron á denigrar á Paoli. «Paoli, repuso su joven compatriota, era un gran hombre y amaba á su patria: nunca perdonaré á mi padre que fué

su ayudante, haber secundado la anexión de Córcega á Francia; debía haber seguido su suerte ó sucumbir con él.»

Sin embargo, hacia 1783, en los últimos tiempos de su residencia en Brienne, empezó á manifestarse la transformación de su carácter, que hacía ya tiempo venía preparándose. Perdió su habitual tristeza y reserva, sus primeros triunfos le infundieron una comedida confianza en la Escuela, y á su arisco humor se sucedieron expan-



Una princesa Bonaparte (¿Paulina?) (Cuadro de Prud'hon, tomado de una fotografía de Braun)

siones hasta entonces en él desconocidas. Satisfecho con el fecundo trabajo á que se entregaba y de los horizontes que ante él se abrían, exclamó: «Brienne es mi patria intelectual,» y, según se ha dicho, «perdonó á Francia, que se había convertido para él en una verdadera madre.» Juzgándose á sí mismo, decía de aquella época de su vida: «Mi cerebro empezaba á fermentar, tenía necesidad de aprender y de saber; devoraba los libros. Pronto no se habló en la escuela más que de mí, era admirado y envidiado: tenía conciencia de mis propias fuerzas, gozaba con mi supremacía.»

En estos momentos fué designado para pasar á París á estudiar en la Escuela militar. Un inspector, delegado por el Ministro, escogía en las doce escuelas reales de Francia los jóvenes más dignos de recibir una instrucción superior. Era éste M. de Kéralio, antiguo oficial, cuyo carácter digno y bondadoso, clara y cultivada inteligencia, y trato sencillo y comunicativo, ejercían un saludable influjo sobre los jóvenes que tenía á su cargo. Pruebas había dado, por otra parte, ante el público de su capacidad en varios artículos del *Journal des Savants*, y por sus notables trabajos de historia política y militar entró á formar parte de la Academia de Inscripciones y Bellas Letras. Admiráronle las respuestas de Napoleón, su claro talento y otras de las cualidades poco comunes que ya había revelado; y á pesar de que no se había lucido más que en las matemáticas y de que sus profesores deseaban tenerle á su cargo un año más, M. de Kéralio se negó á ello, diciendo: «Yo sé lo que me hago llevándome, tal vez prematuramente, este joven á París; veo en él un genio que no se sabría cultivar.»

Bonaparte, pues, salió de Brienne con las notas siguientes, menos halagadoras que las frases del inspector general:

« M. de Buonaparte (Napoleón), nacido el 15 de Agosto de 1769. Talla, cuatro pies, diez pulgadas y diez líneas. Constitución, buena. Carácter, dócil. Salud, excelente. Ha terminado el cuarto curso. Cortés y agradecido. Conducta, buena. Ha demostrado siempre gran aplicación á las matemáticas; conoce regularmente la historia y la geografía. Poco amigo de distracciones. Merece pasar á la Escuela de París.»

En Octubre de 1784 pasó, pues, á París. La organización de la Escuela militar en aquella época dejaba mucho que desear; los alumnos, demasiado jóvenes, tenían que perfeccionar en ella su primera educación, y la instrucción técnica estaba sumamente descuidada. Bonaparte desplegó en ella la misma asiduidad y el mismo entusiasmo que le caracterizaba por el trabajo, continuando la lectura de autores antiguos, tanto militares como de otros géneros, y tomando escasa parte en los placeres de la vida y en las variadas distracciones que sus compañeros encontraban en la capital. Gozaban de una amplia libertad, que aprovechaban algunos (pocos en verdad, pues escaseaban los ricos) para desplegar un lujo impropio de su categoría de

simples soldados, aunque futuros oficiales. A Bonaparte le disgustaba esto; no hubiera querido que los privilegios de la fortuna se hiciesen sentir entre sus jóvenes compañeros, todos iguales, á lo menos desde el punto de vista de la carrera que seguían en común, y se obsesionó tanto con esta idea, que llegó á redactar un proyecto de reforma severa que dirigió al subdirector de la Escuela. Esta tentativa pasó desapercibida; pero el alumno, más adelante convertido en maestro, la tuvo presente, y modificó, siguiendo sus primitivos deseos, la organización de las escuelas militares.



Bonaparte en Brienne
(Estatua de Rochet; en el Museo de Versalles)

Un solo año permaneció en París. Sus maestros se habían fijado ya en él, como los de Brienne: «Corso de nación y de carácter, irá lejos si las circunstancias le ayudan,» dijo uno de ellos. Según la opinión de todos, era el primer matemático de la Escuela, y á la sazón las matemáticas estaban de moda. La pedantería de otros tiempos de citar frases latinas á cada paso, como dice Vaublanc, tendía ahora á ser geómetra y algebrista, y las fórmulas abstractas de estas ciencias entraban en la elocuencia política y académica. Napoleón, en Agosto de 1785, sufrió ante el ilustre Laplace un examen, á consecuencia del cual obtuvo el nombramiento de segundo teniente, siendo destinado al regimiento de artillería de la Fère, de guarnición entonces en Valence, en el Delfinado.

Hétenos aquí, pues, á Napoleón, oficial á los diez y seis años, enviado á una obscura ciudad, sin recursos y sin apoyo de ningún género. Los regimientos en esta época contaban un número de oficiales que excedía de mucho á las necesidades del servicio, y para aque-

llos que no tenían buena posición, la vida no era ni brillante ni siquiera llevadera. Según parece, los que había en Valence pertenecían á esta clase, por lo que Napoleón no tuvo motivo de queja por lo exiguo de su sueldo. Podía, por otra parte, considerarse como uno de los oficiales acomodados, pues recibía de su familia mil doscientos francos anuales. Por los datos que se han conservado de la época de su permanencia en Valence, sabemos que se dedicó á cumplir con la mayor exactitud todos los deberes propios de su carrera, fué un estricto observador de la disciplina y se sometió con facilidad á todos los pequeños inconvenientes de su cargo. Muy pronto estuvo al corriente de sus funciones en sus más nimios detalles, y fué considerado por sus jefes como uno de los oficiales más celosos y de mayor capacidad. Allí conoció á Montalivet, Collin de Sussy, Sorbier, Lariboisière, Hédouville, á los que no olvidó al llegar al mando, confiándoles puestos importantes en la administración, en el ejército y en la diplomacia.

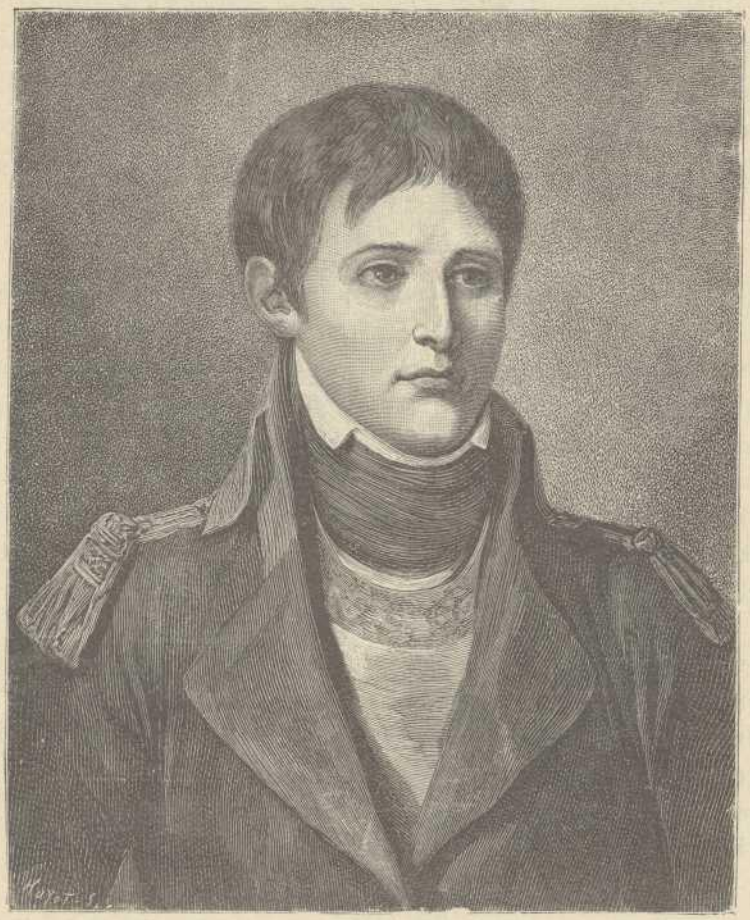
Por esta misma época entró también en la sociedad y tomó parte en los placeres que le ofrecía.

Algunas recientes publicaciones han insistido, con verdadera complacencia en la falta de tacto, en el desprecio de toda cortesía y del buen gusto, y en los modales soldadescos, por los que Napoleón, hasta en el trono, dejaba ver el egoísmo del déspota y la grosería del allegadizo. No nos es posible pasar por alto esta cuestión, que ponen sobre el tapete ciertas publicaciones que sin duda conocen nuestros lectores. Aunque en realidad, y tratándose de semejante personalidad, tales críticas son de bien poca monta, no es tarea inútil recordar en este momento que numerosos datos de la época presentan á Napoleón bajo un aspecto enteramente distinto, y que las pruebas de esta clase abundan en los mismos autores que se invocan para llegar á la conclusión opuesta.

Siguiendo tan nimios como estrechos criterios, no es posible encontrar casi ningún general, aun entre los más distinguidos de la antigua nobleza, que no pueda ser juzgado con igual severidad. ¿Qué debe deducirse de tan encontrados testimonios más que la verdad eterna de que el hombre, aun el dotado de la voluntad más firme, es tornadizo y variable? Bonaparte, en suma, había recibido la misma educación que los demás jóvenes de su tiempo, y lo que parece más fuera de duda es el ascendiente, prestigio ó seducción que ejerció durante toda su vida sobre casi todos los que le rodearon, cualquiera que fuese su categoría y su posición, y aun las mujeres más distinguidas y más solicitadas de su época no fueron indiferentes para con él.

Sin embargo, se mostró incorrecto y hasta brutal con algunas, pues le

disgustaba que las mujeres ejerciesen influencia política, y se incomodaba con aquellas que trataban de alcanzarla, siquiera fuese en apariencia. Cometió la imperdonable torpeza de atreverse principalmente con la más ilustre de cuantas figuraban entonces. No le sobraba realmente tiempo que perder en la estrategia de los salones, y, sin embargo, ¿dónde es posible encontrar expresión más her-



Bonaparte, teniente de artillería. (Cuadro de Greuze, fotografía de Braun)

mosa de los sentimientos más tiernos, más delicados y más apasionados que en las cartas del general en jefe del ejército de Italia á Josefina?

Como, por otra parte, evitó casi siempre con cuidado los escándolos públicos, que tanto comprometieron á Luis XIV y deshonraron á Luis XV, y no dejó ejercer á ninguna persona ajena al gobierno un influjo decisivo en la marcha de los sucesos, fácil es reunir aquí algunos hechos referentes á distintas épocas de la vida de Napoleón, así como repetir aquella frase de Montaigne: «Es peligroso juzgar siempre á los grandes hombres por sus hechos más pequeños.»

Cierto es que el subteniente de artillería Bonaparte fué muy bien acogido al presentarse en la sociedad de Valence. Su carácter había perdido la rudeza de sus primeros años; su acento, ya más francés, conservaba aún cierto dejo italiano, dulce y agradable; su palabra era más flexible y más intencionada, como al servicio siempre de una imaginación brillante y entusiasta. M. de Salvandy nos presenta un retrato de él, en esta época, que se aproxima mucho á la verdad, y en el que se adivina desde luego que el joven subteniente será más tarde Napoleón, aun cuando ofrece en el conjunto analogía muy marcada con el pintado por Greuze, que hemos reproducido.

«Distinguíase el oficial corso por su frase breve y cortada, pero aguda, incisiva, y algunas veces brillante. Sin que en esta época presentase ningún rasgo de la belleza clásica que le conocimos veinte años después, y que atestiguan las monedas del Imperio, no dejaba de ofrecer ciertos rasgos sumamente expresivos. De baja estatura, pero derecho y esbelto, revelaba en su continente una mezcla de decisión, de energía y de gravedad que no permitían confundirle con un hombre vulgar. Su color cetrino, sus hundidas mejillas y su extremada delgadez tenían algo que atraía; descubríase en él un alma bien templada, de aquellas de que se dice que la hoja rompe la vaina. Su aire reflexivo confirmaba la expresión de su rostro. Sus razonamientos hacían que se le perdonase lo altanero de su acento, pues el orgullo se perdona siempre cuando se ve que tiene fundamento en el valor de la propia persona y no en lo que le rodea. La cabeza, demasiado abultada para su estatura, defecto común en toda su familia, presentaba una frente mny ancha y muy noble, una mirada de águila y una boca que, en los momentos tranquilos, tenía encanto indecible y en la cólera terrible belleza.»

Napoleón fué recibido en Valence con grande afabilidad, sobre todo en casa de la señora de Colombier; él mismo refiere que se enamoró de una de sus hijas en una excursión campestre, cuyo recuerdo conservaba en Santa Elena. Gustábale recordar también á las señoritas de Laurencin y de Saint-Germain, esta última casada después con M. de Montalivet. No desdeñaba los triunfos que proporciona el llamado «conocimiento del mundo.» Vivió, pues, en el mundo, le gustó y gozó de él.

Poco tiempo después sufrió una prueba más temible. En 1787

le encontramos en París, en donde, durante una larga licencia, frecuentó algunos de los salones de la antigua nobleza, que se consideraban como los tipos más perfectos de la elegancia. «Napoleón, dice Segur, se distinguió en ellos. En el ejército, la preferencia que le



La princesa Visconti. (Copia del retrato pintado por el barón Gerard. Museo del Louvre)

concedieron sus jefes, una plaza más elevada de lo que correspondía á su grado y los celos de sus compañeros lo indican claramente; llamó también la atención en aquel mundo, en el cual, buscando los placeres honestos y la sociedad más escogida, fué bien recibido, supo distinguirse y gozar.» Este testimonio de un hombre cuya familia pertenecía á la antigua corte y cuya educación tenía toda la delicadeza de aquellos tiempos, es de suma importancia.

Así, no es de extrañar que el general Bonaparte, al frente del ejército de Italia, llamase la atención desde un principio de los grandes personajes extranjeros, príncipes, embajadores, generales, cardenales y monarcas, con los cuales mantuvo relaciones con una cortesía y una finura de modales á que no les tenían muy acostumbrados la mayoría de los generales de la República. Por otra parte, veremos que Josefina de Beauharnais le había preferido como esposo, no solamente á Hoche, sino también á Coulaincourt.

Durante la campaña de Italia llamó también vivamente la atención de las italianas. La hermosa princesa Visconti, cuyo retrato, pintado por Gerard, figura en el Louvre, se esforzó cuanto le fué posible por hacerse amar del general en jefe del ejército francés, sin poder alcanzarlo, pues estaba completamente entregado á Josefina. Entonces la princesa Visconti puso sus miras en su lugarteniente y ayudante de órdenes, Alejandro Berthier. «Necesario es confesar, dice Stendhal, que por esta parte su triunfo fué completo. Este amor fué lo único interesante de la vida de Berthier hasta su muerte, ocurrida diez y nueve años después.» La Grassini, cantatriz la más célebre y encantadora de aquel tiempo, sintió una extremada afición por el general Bonaparte, y este sentimiento fué más duradero que el de la princesa, á ser cierta la anécdota referida en las *Memorias de la emperatriz Josefina:*

«La Grassini tiene mucha elegancia y exquisita gracia en su modo original de hablar el francés. Su acento italiano presta encanto extraordinario á su conversación, y sería sensible, en verdad, que hablase de otra manera.

«Detenida cerca de Napoleón por unos bandidos que la desbalijaron, intentó al principio enternecerlos, pero viendo que todo era inútil y que continuaban registrando todos los rincones de su carruaje, les dijo con su original pronunciación: —Escuchad, queridos bandidos; llevaos todo lo que poseo, pero os ruego me dejéis una cosa que estimo en mucho, y que á vosotros no os ha de servir para nada, el retrato de nuestro querido gobernador. No quiero los diamantes, pero dejadme el retrato.—Y en efecto, los bandidos rompieron y guardaron la montura de un medallón que contenía el retrato de Napoleón y le entregaron aquella imagen querida que ella consideraba la más hermosa del mundo.»

Madama de Stael, la mujer más ilustre, sin duda, de aquel siglo, sintió ante la sola relación de los hechos de Bonaparte, en Italia, un

vivo entusiasmo por este general extraordinario. Lavalette, ayudante de campo á la sazón de Bonaparte, enviado á París con motivo de la jornada del 18 de Fructidor, refiere en sus Memorias que comió con ella en casa de Talleyrand. «Durante la comida, dice, sus elogios al vencedor de Italia revelaron todo el entusiasmo, todo el desorden y



Josefina Grassini. (Copia de un cuadro de Mme. Vigée Lebrún)

toda la exageración de un alma exaltada. Al levantarse de la mesa, los convidados pasamos á un gabinete para contemplar el retrato del héroe, y al retroceder yo para dejarla pasar me dijo: «¡Cómo me atrevería yo á entrar delante de un adecán de Bonaparte!»

Cuando regresó Bonaparte de Italia se hizo presentar á él en una *soirée* dada el 3 de Enero de 1798 por Talleyrand, ministro de Negocios extranjeros, en el palacio del ministerio, antiguo palacio de Gilla-

tet, en la calle de Bac, esquina á la de Grenelle, y allí trató de llamar su atención, pues estaba realmente apasionada por la gloria y el poder.

La gloria podía alcanzarla con su talento, ¿pero no era fundarla con más solidez asociar su nombre en la posteridad al de Bonaparte? En cuanto al poder, le estaba vedado el solicitarlo por sí misma, ¿mas quién podía dárselo mejor que el vencedor de Italia, cuyos proyectos parecía haber adivinado?

Napoleón no realizó precisamente sus ideas por lo que respecta á ella misma y á Francia, en donde ella hubiera querido ver establecida una constitución política análoga á la de Inglaterra. Pero en la persistente insistencia de sus quejas y de sus ataques al general, ¿no podría encontrarse, á pesar del tono generalmente elevado de los mismos, más de un rasgo que atestigüe menos la hostilidad de un adversario político que la animosidad de un alma desengañada? Si damos crédito á la correspondencia de la princesa Tourkestanof con un francés llamado Fernando Christin, recientemente publicada en Rusia, de la que un importante periódico ha copiado algunos fragmentos, en lo más álgido de la tiranía de Napoleón, en medio de las quejas que le arrancaba su destierro, exclamaba: «¡Si él quisiera casarse conmigo, le perdonaría todo el mal que me ha hecho!» Y al condenar yo con indignación, refiere Christin, un deseo tan extravagante, ella me decía: ¿Creéis que no daría cualquier cosa por ver la Francia á mis pies?»

La correspondencia de donde se ha tomado esta anécdota, á pesar de la amistad que en ella se demuestra hacia Mme. de Staël, resulta para ella poco halagüeña. El autor, por su parte, no da tampoco una gran idea de su talento al reprochar *la desdichada manía* de escribir á la mujer que nosotros encontramos al frente del movimiento intelectual del siglo XIX; pero aunque Christin toma demasiado en serio una sencilla genialidad de la ilustre autora de *La Alemania,* aparece en ella un fondo de verdad cuyo recuerdo merece ser conservado.

De todos modos, los placeres del mundo, á los cuales Bonaparte podía al principio de su carrera conceder más tiempo de lo que á ellos pudo dedicar después, no le dominaron nunca por completo, pues no satisfacían su espíritu, siempre ávido de novedades.

Los compañeros de su juventud le recordaban sencillo en el vestir, y aun descuidado, durmiendo poco, y en medio de su penuria,

llevando una vida pobre, manteniéndose sólo con leche, aun á costa de su salud; «pero sin deudas de ningún género, sin mancilla, sosteniendo su pobreza con dignidad y nobleza, y distinguiéndose siempre por su afición extraordinaria al trabajo.» Buscaba principalmente,



Mme. de Staël. (Copia de un cuadro pintado por el barón Gérard)

en las diversas casas en que habitó, la tranquilidad necesaria para sus estudios, y á punto estuvo de tener un duelo con este motivo.

Su actividad intelectual era extraordinaria, y tomaba toda clase de direcciones: leía obras de filosofía, de historia, de política y hasta de teología, y su lectura le sugería sobre todo ideas originales y muchas veces profundas. En la lista que se ha conservado de sus primeros trabajos, tan pronto se encuentra una nota sobre Lavater como una disertación sobre Platón. Rousseau, que despertaba enton-

ces general entusiasmo, no podía quedar olvidado; pero Bonaparte le reprocha duramente el prometer á los hombres una felicidad verdaderamente utópica. Ocupóse también en cuestiones de medicina, de matemáticas y de física; escribió versos y se apasionó por *Werther*, obra de un joven escritor alemán de quien empezaban á ocuparse en el extranjero, y que acababa de ser traducida, leyéndola hasta seis veces, y, como el héroe de su libro, se entregó á su inconsciente melancolía, llegando á pensar en el suicidio. En su diario de 3 de Mayo de 1786 reproduce á su manera el monólogo de Hámlet.

«Siempre solo en medio de los hombres, voy á meditar conmigo mismo· ¿Qué dirección ha tomado hoy mi melancolía? La dirección de la muerte.» Fija su pensamiento por un instante en su familia, en su querida isla de Córcega, y continúa: «¿Qué fuerza me induce, pues, á desear mi muerte?... Ya que debo morir, ¿acaso no es igual suicidarse?... ¡Que los hombres no son lo que deben ser, que son viles, cobardes y rastreros!» Las desventuras de su país, de Córcega oprimida, fueron para él «un nuevo motivo para dejar una tierra en la que, dice, estoy obligado por deber á alabar á los hombres que por convicción debería aborrecer. La vida es para mí una carga, puesto que los hombres, con los cuales probablemente he de vivir siempre, tienen costumbres tan distintas de las mías como diferente es la luz de la luna comparada con la del sol. No puedo, pues, adoptar la única manera de vivir que podría hacerme soportable la vida, por esto todo me causa hastío.»

Estos dscorazonamientos iban á desaparecer del alma de Bonaparte desde el momento en que pudiera intervenir en el gran movimiento de la Revolución, en el que aquel desvarío quedó bien pronto ahogado por su actividad y la agitación de su vida. Pero esta tendencia hacia la melancolía continuó manifestándose en él por su decidida afición á las composiciones del falso Osián, parafraseado por Mac-Pherson, que conoció por la traducción que en 1777 publicó Letourneur. En el antiguo Museo de los monarcas franceses, destruído hace ya tiempo, y cuyo interés histórico, á lo menos, debía de haber sido motivo suficiente para conservarlo, existía un ejemplar de esta traducción que había pertenecido á Napoleón. Lo usado del libro, lo ajado de sus hojas, demostraban perfectamente que este libro era leído con frecuencia y un verdadero compañero en los viajes y en la guerra. Los nombres de Démida y Oscar, que Bonaparte, como padrino,

dió al hijo de Paulina Bonaparte y del general Leclerc, y al hijo de Bernadotte, son un recuerdo de Osián.

El exceso de trabajo del joven oficial de artillería era ya tal, que en su entusiasmo robaba las horas del sueño, pasando casi el día entero en la meditación y en el estudio. Refiérese asimismo la singular manera cómo aprendió el Derecho. En la discusión del Código civil admiraba á los consejeros de Estado, jurisconsultos todos ellos de profesión, la exactitud y abundancia de sus citas. Hablaba del Digesto, no de una manera superficial, sino como quien realmente lo había estudiado y manejado, extrañándose todos de estos conocimientos, tan poco comunes en un militar. Entonces refirió que, habiendo estado arrestado algunos días en una habitación en que no había biblioteca, no encontró en ella más que un voluminoso ejemplar de las Pandectas; lo abrió, le interesó su lectura, y conservó fielmente en su memoria todas las disquisiciones jurídicas que en él estudió día y noche sin descanso.

Estos trabajos de sus primeros años llevan siempre el mismo sello; todos en más ó en menos, á falta de genio, están exentos de vulgaridad: abundan las ideas profundamente meditadas, pero mal ordenadas, tal es su principal carácter. Faltan las transiciones, pero los pensamientos son sólidos; encuéntranse con frecuencia rasgos brillantes al lado de faltas de mal gusto y de groseros errores. Su estilo tiene todo el calor de la juventud, pero con frecuencia se hace enfático, vicio muy común en aquella época. Respecto á la gramática y ortografía, se olvida de ellas algunas veces; pero éstas son pequeñas imperfecciones que cabe perdonar fácilmente á un hombre cuyas cartas y cuyas proclamas y narraciones militares se consideran como verdaderos modelos.

Creemos útil transcribir aquí la lista de estos primeros trabajos de Napoleón como la mejor prueba de la febril actividad de aquel espíritu, ávido de conocer y de escribir. En 1785, á la edad de diez y seis años, escribió una *Memoria sobre la educación de los jóvenes Mainotas,* seguida pronto de un *Proyecto de reforma de las Escuelas militares.* A continuación publicó una *Novela corsa*, cuyo asunto es la dramática leyenda de Vanina de Ornano y de Sampiero; otra obrita sobre el conde de Essex; un cuento oriental, *La máscara profeta;* una meditación sobre el suicidio y un diálogo sobre el amor; estas obras son de los años 1786 á 1788.

Al propio tiempo preparó una *Memoria sobre la manera de colocar las piezas de artillería para arrojar bombas,* y redactó unas *Investigaciones sobre el cicloide,* y gran número de extractos, con comentarios, de autores de toda clase, Platón, Estrabón, Herodoto, Diodoro de Sicilia, Mably, Filangieri, Necker, Adam Smith, etc., y notas sobre la historia de todas las naciones. Pero pronto debía fijar su atención en otros asuntos de mayor actualidad, ocupándole la política con preferencia. Se ha encontrado el programa de una *Disertación sobre la autoridad real,* que escribió en Auxona á fines de 1788.

Habían llegado las vísperas de la Revolución. Bonaparte acogió con entusiasmo los primeros movimientos; su alma generosa é independiente se abría por completo ante el soplo de la libertad, que agitaba entonces á Francia. En Valence y en Auxona, donde permaneció algún tiempo, tomó parte en las manifestaciones populares que aclamaban la obra de la Asamblea constituyente. Los clubs se multiplicaban en estas poblaciones como en París, y en ellos figuró y habló con verdadero entusiasmo, pues su regimiento era adicto á la Revolución; formó asimismo un reglamento para la asociación llamada *la Calotte,* que en cada cuerpo reunía á los oficiales de grado inferior al de capitán.



Casa de la familia Bonaparte, en Ajaccio (isla de Córcega)

El origen de esta asociación de compañerismo y socorro mutuo se remontaba á una reunión de bebedores y de alegres bromistas que se había formado, en los últimos años del reinado de Luis XIV, en la misma antesala del Monarca

y entre los oficiales de su casa. Teniendo por base el buen humor, y sin retroceder ante lo grotesco, se burlaban de todo lo existente. En el siglo diez y ocho, esta asociación se había convertido en una especie de francmasonería militar en la cual fermentaban, cuidadosamente ocultas bajo el velo de la fraternidad militar, las ideas de independencia y de indisciplina que se manifestaron en 1789.

Este carácter tenía el reglamento redactado por Bonaparte, quien hacía gala entonces de convicciones muy democráticas. Bonaparte hubo de sentir más tarde lo violento del mismo, y lo quemó; pero se ha conservado una copia, la cual es vivo testimonio de los entusiasmos reformistas de su autor.

En su afán incesante de trabajar y de aprender, no se contentó únicamente con ser un mero aficionado á la literatura, sino que deseó alcanzar gloria en ella y procuró atraerse la atención del público con alguna producción. Preciso es confesar que las ocupaciones de los oficiales de artillería en esta época les dejaban bastante tiempo para que un subteniente pudiese ser á la vez filósofo, orador de club, escritor político, moralista y literato. La Academia de Lyón había abierto un concurso sobre el tema: «Determinación de las verdades y sentimientos que importa inculcar en los hombres, con preferencia, para conseguir su felicidad.» Napoleón tomó parte en el concurso y trató la cuestión con su acostumbrado entusiasmo y originalidad, mostrándose tan enemigo de Rousseau como ardiente partidario del progreso y de la libertad. Al lado de verdades realmente admirables había errores históricos y morales de gran bulto, y, como en todos sus primeros escritos, alternan con trozos verdaderamente notables otros notoriamente medianos, por lo que no alcanzó el premio. Uno de los jueces del concurso dijo de su trabajo que «era un sueño muy atrevido;» sin embargo, otro reconocía en el autor una cualidad muy apreciada en el siglo XVIII, la de hombre *sensible,* que entonces se aplicaba á muchos: el mismo Robespierre era *un hombre sensible.*

Pero en medio de todos estos trabajos, en este laborioso período que se extiende desde 1786 á 1791, Napoleón conservó un profundo cariño hacia su patria. Volvió con frecuencia á Córcega, en Enero de 1788 y en Septiembre de 1789, y entonces permaneció seis meses en la isla, tomando parte en la agitación política que en ella empezaba á despertarse. Paoli conservaba aún, á pesar de su largo destierro,

grandes simpatías. En estos instantes en que la Revolución alumbraba el continente, la mayoría de los Corsos veían en él uno de los últimos héroes de su independencia, un patriota convencido y adicto á la causa de la libertad. Bonaparte participaba también de esta admiración hacia el glorioso desterrado y le apreciaba, creyéndole en verdad adicto á Francia; pero estas nobles ideas eran combatidas por un partido aristocrático, exclusivamente monárquico y cortesano. Uno de los diputados de la Asamblea nacional, Mateo Buttafuoco, el mismo que había recibido de Juan Jacobo Rousseau aquella constitución completamente inútil de que ya hemos hablado, dirigía estos trabajos reaccionarios. Bonaparte, de paso en Córcega, publicó contra él un entusiasta folleto, fechado en su *gabinete* de Milleli (que era una gruta volcánica de la montaña, cerca de Ajaccio) el año II de la libertad (23 de Enero de 1790). Este escrito, lleno de cólera y de patriotismo, es en ciertos pasajes elocuente y apasionado. Leído en uno de los clubs populares, excitó extraordinariamente el entusiasmo de los concurrentes é hizo que todas las miradas se fijasen en el joven oficial, que terminaba su trabajo con una fervorosa invocación á los fundadores de la libertad francesa mezclados en fraternal conjunto, Pethión y Robespierre, Bailly y Lafayette; viendo en él al futuro representante de la libertad de Córcega unida con Francia y empezando á pronunciarse su nombre después del de Paoli.

De este folleto se imprimieron cien ejemplares en el taller de P. Joly, impresor y librero de Dôle. Napoleón, entonces de guarnición en Auxona (Junio de 1790), se trasladaba á pie hasta Dôle para corregir las pruebas. Prescindiendo de los trabajos propios de su carrera, tales como uno sobre la conveniencia de poseer las islas de la Magdalena, otro sobre las defensas del golfo de Ajaccio, de Saint-Florent, etc., había terminado en 1789 una *Historia de Córcega*, y escribió también por el mismo tiempo *tres capítulos históricos* sobre la isla, dedicados al abate Raynal, quien gozaba entonces de una reputación y de una autoridad cuyo fundamento no acertamos á adivinar hoy día. Vamos á completar ahora la lista de los principales escritos de Bonaparte, y así veremos, tanto por los ya citados como por los que siguen, que á partir de 1789 preocupóse principalmente de la política. Con motivo de la agitación producida por la Constitución civil del clero, escribió nu

estudio sobre las libertades de la Iglesia galicana, la Sorbona y la bula Unigenitus, trabajo que atestigua conocimientos teológicos verdaderamente profundos; cosa realmente rara en un militar joven y que anunciaba al futuro autor del Concordato. En 1793 compuso una *Memoria sobre la situación política y militar de Córcega en* 1.° *de Junio,* en la que denuncia el levantamiento de Paoli y de su partido con objeto de separarse de Francia, indicando á la vez los medios para sofocar la insurrección. Pero una sola de sus obras llamó la atención del público, que fué la *Cena de Beaucaire,* publicada en Avignon en Abril de 1793. Consiste esta obra en un diálogo que se supone tenido en 20 de Julio del mismo año entre dos comerciantes marselleses, uno de Niza, un fabricante de Montpellier y un militar, y en el que éste, que desempeña el principal papel, se entretiene en demostrar la insensatez de la insurrección del Mediodía contra la Convención.

De regreso á Francia, estuvo en Auxona poco tiempo, y desde allí volvió á Valence, en donde continuó frecuentando las reuniones públicas, entrando en la *Sociedad de los Amigos de la Constitución,* en la que se distinguió como uno de los oradores más atrevidos, ocupándose principalmente en las cuestiones políticas. En esta época escribía: «Este país es sumamente celoso y entusiasta... Hace quince días se ha hecho la petición de juzgar al rey. Este regimiento es perfectamente adicto, por lo que se refiere á los soldados, sargentos y á la mitad de los oficiales.» Propuso también la federación de todas las sociedades patrióticas de la comarca. A pesar de este entusiasmo revolucionario, no dejaba de seguir atentamente los negocios de Córcega, á donde le llamaban tanto su propio interés como su corazón; y pensando que para jugar un papel importante, era necesario estar allí, obtuvo una licencia en el mes de Octubre de 1791 con pretexto de ir á solventar ciertas dificultades surgidas con motivo de la muerte de su tío el arcediano Luciano. En adelante le encontraremos durante dos años mezclado en todos los acontecimientos que tuvieron lugar en Córcega.

Paoli había regresado á ella y había despertado el entusiasmo público; renacían todos los recuerdos de la guerra de la independencia para dar á su nombre la gloria de la larga y hermosa lucha que había sostenido. La isla entera le designó con el asentimiento del

poder central como jefe de la administración, y como comandante de la guardia nacional recientemente creada. Así que Napoleón desembarcó en Córcega, se puso bajo la alta protección de Paoli, que acogió con cariño al hijo de su antiguo lugarteniente, y que pronto vió en él un franco patriotismo, poco conveniente para sus miras particulares. Este proscrito, al volver á Córcega, prefería Inglaterra, en donde había encontrado hospitalidad durante veinte años, en vez de amar á Francia, su nueva patria; creía que la Revolución era efímera y deseaba ponerse al servicio de la aristocracia. Estas ideas no eran realmente las de Bonaparte, que consideraba completamente unidas á Francia y á Córcega por los mismos sentimientos, por el potente lazo de la libertad y de la igualdad. A pesar de estos recelos, Paoli le dió el nombramiento de ayudante mayor de uno de los batallones de voluntarios corsos. Napoleón había ascendido ya á capitán de artillería en Febrero de 1792, tras siete años de penosa espera, pero no quiso incorporarse á su regimiento de Valence: «El sitio de honor de un buen Corso, escribía entonces á M. de Sucy, comisario de guerra, está en su país.»

Algunos días después fué nombrado teniente coronel; toda Córcega tenía su vista fija en él. Entonces fué cuando un movimiento popular, que desgraciadamente terminó con sangre, vino á dar á su nombre una triste popularidad. La envidia de los candidatos que había derrotado, promovió un motín de labradores contra él, y aunque Bonaparte, apoyado por los habitantes de la ciudad, quedó vencedor, solo fué desplegando una energía que costó la vida á muchas personas. Sus enemigos explotaron este incidente y le denunciaron en París, mientras que sus jefes, excitados secretamente contra él, se quejaban también de la prolongación de la licencia que él mismo se había tomado; y ante todas estas muestras de hostilidad, dejó á Córcega y fué á París á sincerarse de estos cargos.

La capital ofrecía á la sazón un curioso y siniestro aspecto. Erase la primavera de 1792; el populacho estaba receloso y agitado, las reuniones públicas mantenían la excitación; la monarquía, sin fuarza ni poder de ninguna clase, dejaba que la asamblea legislativa usurpase continuamente las atribuciones del poder ejecutivo, y preparase la ruina de aquella especie de dignidad real que había fundado

la constitución de 1792. La asamblea girondina creía consolidar su poder, pero trabajaba para sus enemigos, y muy pronto el movimiento popular que había preparado iba á dar el triunfo á los Jacobinos y á la *Commune* de París. La insurrección del 20 de Junio puso de manifiesto todo el alcance de las ideas revolucionarias. Bonaparte lo presenció por casualidad: salía de su casa cuando encontró las turbas que se dirigían á las Tullerías, y viendo que su uniforme le comprometería sin provecho alguno para la causa del orden, se vistió de paisano y se fué á casa de Bourrienne, frente á la Terrasse de los Fuldenses. Desde allí vió y presenció aquellas horribles y lamentables escenas: el palacio invadido; la turba mezclando los *quid pro quo* y las chanzonetas con imprecaciones furiosas; el rey amenazado y obligado á ponerse el gorro frigio entre los delirantes aplausos del pueblo; la autoridad destruída, y, en una palabra, la Revolución triunfante. Ante este espectáculo se despertó en él un horror profundo hacia la anarquía y la licencia. El *Memorial* nos ha dejado la huella de estas primeras impresiones que el emperador no debía olvidar. «Era preciso, decía Bonaparte lamentando la debilidad de Luis XVI, barrer á cañonazos quinientos de aquellos vocingleros y el resto aún correría.» La misma penosa sorpresa le causaron los sucesos del 10 de Agosto. El Terror iba á empezar; convertido en cabeza de familia y encargado de la manutención y de la educación de sus hermanas, abandonó á París, en donde no tuvo ni siquiera el trabajo de defenderse de las acusaciones de que había sido objeto, y volvió á Córcega.

También allí encontró el desorden y la anarquía, y á sus compatriotas dispuestos á la guerra civil; los revolucionarios llegados de Francia trataban de propagar las ideas exageradas y las medidas de rigor; todos los días Ajaccio era teatro de turbulencias y motines, en los que Napoleón, aunque procurando calmar á los más exaltados, hacía la causa de Francia y de la Convención contra sus compatriotas adictos al partido de la reacción. Paoli, que condenaba todo lo que sucedía en París, íbase separando poco á poco de Bonaparte, hasta que el 21 de Enero de 1793 trajo una ruptura completa. La ejecución de Luis XVI encendió la isla en una insurrección contrarevolucionaria, un movimiento análogo al de la Vendée; y en Córcega, como allí, los enemigos de Francia y de la Revolución, llamaron en

su auxilio á Inglaterra. Tal conducta sublevó el patriotismo de Bonaparte, á cuyos ojos el apoyo extranjero deshonraba todas las causas que lo invocaban, y declaró á Paoli, que trataba de empujarle por esta fatal senda, «que el dominio de la anarquía en Francia sería pasajero; que Inglaterra era enemiga de la libertad de los pueblos, y que no podía ser nunca una protectora sincera de los Corsos.» Durante dos meses, Junio y Julio de 1793, permaneció fiel á sus principios, á pesar del constante incremento de la insurrección, y luchó palmo á palmo contra Paoli. General por vez primera, se mostró hábil y previsor en la organización de sus fuerzas, activo é infatigable, preparando la resistencia en cada aldea, y aceptando la guerra de guerrillas antes que la verdadera guerra; pero pronto todo cedió ante Paoli, la bandera francesa había sido derrotada. Vióse entonces á toda la familia Bonaparte, los tres hermanos Napoleón, José y Luciano, guiados por su valiente madre Leticia Ramolino, representar casi solos el partido de Francia. Ajaccio cayó en manos de los sublevados, que incendiaron la casa de los Bonaparte. Leticia pudo huir, y habiendo vuelto su rostro, y apercibido el resplandor de las llamas, y al decirle que era su casa la que ardía, exclamó: ¡Qué importa, ya la reconstruiremos más hermosa! ¡Viva Francia! Después se embarcó para Marsella, en donde no tardaron en reunírsele sus hijos. Napoleón había sido vencido, pero había servido con nobleza á Francia.

CAPÍTULO II

PRIMEROS HECHOS HISTÓRICOS

TOLÓN. — SAORGIO. — EL 13 DE VENDIMIARIO



N Niza se incorporó Bonaparte al cuarto regimiento de artillería, en que desempeñaba el cargo de capitán, y por espacio de algunos meses recorrió el Mediodía á las órdenes de distintos jefes, encargados de reprimir el movimiento federalista que había estallado en aquella región. Bonaparte se encontraba en Auxonne, organizando un convoy de municiones con destino al ejército del Mediodía, cuando supo la caída de Tolón, donde los realistas habían abierto el puerto y la ciudad á la flota y al ejército anglo-español. Grande era el peligro; Francia estaba invadida. Napoleón se trasladó inmediatamente á París, y aprobados sus planes por el Comité de Salvación pública, obtuvo, á pesar de no ser más que capitán, el mando de la artillería del ejército encargado de recuperar á Tolón.

Todo se encontraba allí por organizar bajo el mando del general Carteaux, oficial tan vano como inexperto; era éste un mediano pintor, de quien se conserva todavía en Versalles un retrato ecuestre de Luis XVI, firmado así: *Carteaux, pintor de Cámara, oficial de la*

caballería parisién. De buena presencia, elevada estatura, jactancioso y de fácil y ampulosa frase, habíase distinguido en los movimientos de las turbas parisienses y de este valiente de ocasión se había hecho un general.

Los trabajos del sitio se desarrollaban lentamente, hasta que Bonaparte, á pesar de sus jefes, tomó en realidad la dirección del mismo por la superioridad de sus planes y la energía de su carácter. Ideó un plan sumamente acertado, que Carteaux no quiso aceptar al principio: el único medio de tomar la ciudad consistía, según él, en dominar por medio de baterías la rada y el puerto, apoderándose de la posición de la Eguillette, cuya importancia era tan perfectamente conocida por los enemigos que habían levantado allí el fuerte Murgrave, el cual reunió pronto tales condiciones y fué tan formidable su poder que se le llamaba el pequeño Gibraltar. «Allí está Tolón,» decía Bonaparte, y afirmaba que haciéndose dueños de este punto se castigaría con sus fuegos de tal suerte á los aliados, que éstos preferirían abandonar la ciudad á dejar aislada en ella una guarnición, lejos de las escuadras, que se verían obligadas á levar anclas. Aunque los representantes del pueblo apoyaban estos planes, todo era en vano, pues Carteaux se resistía á aceptarlos, y fué necesario que, casi prescindiendo de él, Bonaparte organizase las tropas, levantase los reductos é impusiese, en fin, á las fuerzas de artillería la disciplina y confianza que les faltaban. Carteaux, denunciado á la Convención por su notoria incapacidad, fué llamado á París y se le encargó del mando de otro ejército, pues entonces, cuando los generales desgraciados no iban al cadalso, recibían algún ascenso. Su sucesor, un médico llamado Doppet, demostró tanta ignorancia como cobardía, y aunque afortunadamente no tuvo el mando más que ocho días, pues fué destinado al ejército de los Pirineos, dispuso del tiempo suficiente para ordenar una retirada intempestiva, haciendo fracasar un ataque ya preparado merced al cual es muy probable hubiese caído la ciudad en poder de los Franceses. Napoleón, indignado, se presentó ante el general en jefe con el rostro lleno de sangre, á causa de una leve herida que recibiera en la frente y que no había tenido tiempo de curar, y díjole con voz airada: «Quienquiera que sea el cobarde que ha ordenado la retirada, nos ha hecho perder Tolón.»

Después de Doppet se encargó del mando un antiguo oficial del ejército, el general Dugommier, hábil, instruído, activo, patriota sincero y hombre capaz de comprender y no rechazar por mezquina envidia los aplausos de Bonaparte.

Refiere Ségur en sus *Memorias* que hacía apenas dos días que Dugommier había tomado el mando cuando, en ocasión en que con Bonaparte recorría las líneas francesas, el 19 de Noviembre, vieron llegar un convoy de veinte magníficos



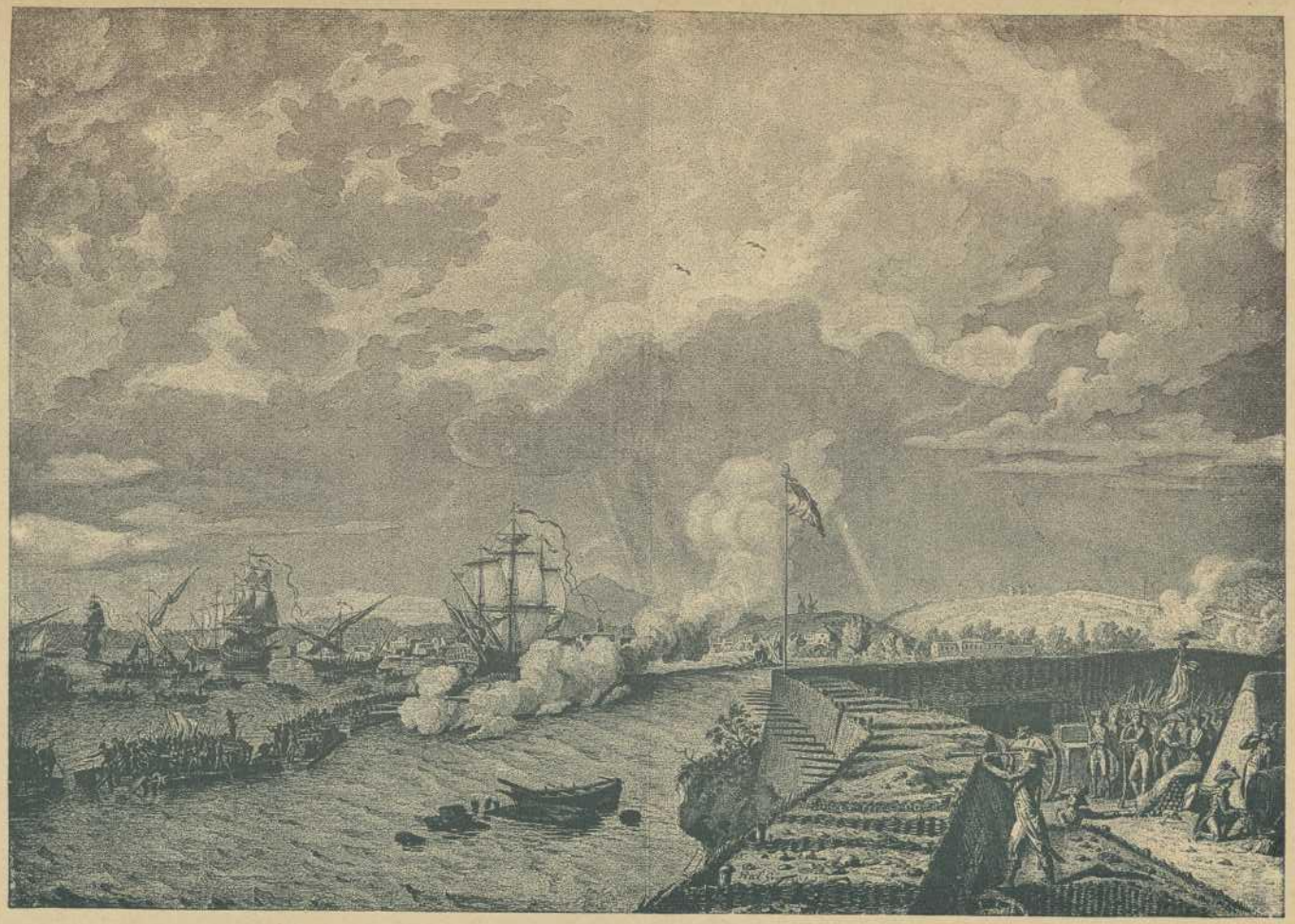
El general Dugommier. (Copia del retrato pintado por Roiget)]

carruajes, que reconocieron ser los de Luis XVI, y cuando imaginaban que la, personas que los ocupaban debían de ser los miembros del terrible Comité de Salvación pública, vieron apearse unos sesenta á ochenta individuos magníficamente ataviados con brillantes y fantásticos uniformes, que con tono impaciente é imperioso preguntaron por el general. Al llegar á su presencia el orador de esta tropas colocándose con gravedad á su frente díjole con voz tonante que venían de París; que los patriotas estaban indignados por su inacción; que la República, gimiendo porque todavía no había sido vengada, había llamado á los valientes, y ellos habían respondido presentándose como artilleros voluntarios; que no había sino darles pólvora y cañones, y Tolón no tardaría en caer en su poder y la flota inglesa quedaría deshecha. Dugommier se quedó absorto, pero Bonaparte libró al ejército de estos nuevos guerreros dándoles una lección cruel: colmóles de vino y

de alabanzas, y al día siguiente les entregó algunas piezas y les colocó en la misma playa, al descubierto, diciéndoles con su estilo especial «que los espaldones eran inútiles para valientes como ellos, que estaban ya bastante protegidos con su invencible patriotismo.» La primera andanada de un navío enemigo lo puso de manifiesto: la mayor parte de ellos se apresuraron á tomar sus magníficos coches y desaparecieron; algunos, sin embargo, verdaderamente patriotas, ingresaron en el ejército y cumplieron con su deber con arrojo y modestia.

El 30 de Noviembre intentaron los sitiados una atrevida salida, que hubiera tenido seguramente buen resultado á no haberla hecho fracasar Bonaparte. Mientras Dugommier sostenía el ataque, lanzóse él atrevidamente por un camino cubierto, que había hecho abrir anteriormente, hasta las mismas trincheras de los Ingleses. Sorprendidos éstos por tan brusco ataque, se desordenaron, y en aquel instante O'Hara, su general en jefe, se aproximó para enterarse de lo que ocurría; pero una bala le rompió un brazo y cayó en la trinchera, y antes de que pudiera volver en sí fué aprehendido por los soldados franceses que lo entregaron como prisionero á Bonaparte, sin que los suyos llegaran tan siquiera á apercibirse de tal pérdida. Sin dirección y acosados por Dugommier, los Ingleses emprendieron la fuga, valiendo esta feliz empresa á Bonaparte el grado de coronel. Un mes después se dió el asalto al fuerte Murgrave, llave de la posición; á media noche, á pesar de la lluvia y del viento, Bonaparte, atravesando el primero la brecha, se apoderó del fuerte tras encarnizado combate, en el que perdió su caballo y recibió una herida de pica en una pierna. «De mañana á pasado mañana, dijo á los representantes de la Convención que le rodeaban, cenaremos en Tolón.» No resultó fallido este vaticinio; los habitantes de la ciudad, temiendo las represalias de los republicanos, procuraban escaparse de cualquier modo, sin que los Ingleses tuvieran la nobleza de acogerles en sus navíos. Sin embargo, gracias al auxilio de la flota española, muchos millares de los más comprometidos en la insurrección lograron salvarse, y el 18 de Diciembre de 1793 el ejército republicano entró en Tolón.

La represión fué sangrienta: las denuncias, aceptadas sin examen, los juicios sin ningún género de formalidad, y las ejecuciones en masa, ordenadas por el furor jacobino, hicieron expiar duramente á la culpable ciudad el llamamiento que había hecho



Sitio de Tolón. (Copia de un dibujo á la aguada de la colección Hennin)

al extranjero, perdiendo hasta su nombre, pues en adelante debía llamarse Puerto de la Montaña; y, finalmente, para testimonio perdurable de su castigo, se ordenó la demolición de todos sus edificios públicos. Bonaparte, á pesar de que se le ha calumniado infamemente, no intervino en tales excesos, dejando á los diputados revolucionarios la triste misión de fusilar á sus compatriotas. Su comportamiento en el sitio de Tolón y su talento organizador le habían dado á



Sitio de Tolón, toma del fuerte Murgrave. (Según una acuarela de Simeón Fort)

conocer como un oficial de gran porvenir, pues se reconoció por todos que la conquista de la ciudad se debía á su certero golpe de vista y á sus sabias medidas, por lo que los representantes del pueblo, Barrás, Fréron y Robespierre el joven, en 20 de Diciembre (30 de Frimario del año II), le dieron provisionalmente el grado de general de brigada. Dugommier había escrito al Comité de Salvación pública: «Recompensad y ascended á este joven, pues si sois ingratos, él solo se adelantará.»

Después de esta victoria recibió el encargo de poner en estado de defensa las costas del Mediterráneo, desde Marsella á Niza, cuya tarea cumplió en los últimos meses de 1793 y los primeros de 1794; pero la envidia, que se había desencadenado contra él, le suscitó nuevos

peligros, siendo denunciado en París y llevado á la barra de la Convención por su proyecto de reedificación de los fuertes de Marsella. Afortunadamente, el patriotismo de Robespierre el joven salvó á Bonaparte; admirador y amigo suyo, escribió aquél al Comité de Salvación pública respondiendo de la fidelidad de Bonaparte á la República y obtuvo que se le agregase al ejército de Italia como comandante en jefe de la artillería.

He aquí á Napoleón en el teatro de sus más brillantes triunfos. Desde su llegada prepara el plan de campaña que debía ejecutar más tarde, porque era necesario esperar antes de realizar sus atrevidos proyectos: precisaba atravesar la frontera del Var y penetrar en los Apeninos, y una vez allí, la formidable posición de Saorgio, en donde los Piamonteses, reforzados con una división austriaca, se habían atrincherado, constituía un obstáculo importante para nuestros soldados. Estaba al frente de las tropas francesas Dumerbion, antiguo capitán de granaderos á quien la Revolución, en dos años, había hecho general. Bonaparte propuso un plan completo, que revelaba un talento ya maduro para la guerra en grande escala. Véase con qué admirable claridad lo expone en sus Memorias:

«En terreno montañoso encuéntranse muchas posiciones sumamente fuertes por sí mismas, que es necesario salvar. Lo principal en esta clase de guerra consiste en colocarse en los flancos ó en la retaguardia del enemigo, y así se le pone en la alternativa de evacuar sus posiciones sin combatir, para tomar otras más atrás, ó bien de salir de ellas para atacar. Aquí las posiciones del enemigo estaban bien dispuestas: la derecha estaba sólidamente asegurada, pero no la izquierda, por cuyo lado era más fácil la marcha. Napoleón concibió entonces un plan, que, sin comprometer al ejército en empresas difíciles, debía hacerle dueño de la parte alta de los Alpes y obligar al enemigo á abandonar las formidables posiciones de Rans y de las Forcas. Consistía este plan en salvar la izquierda enemiga pasando por el Raya, el Nervia y el Taggia, y ocupar el monte Tanardo, Rocca-Barbeca y Tanarilla, interceptando así el camino de Saorgio, línea de comunicación del enemigo. De este modo, no sólo le obligaría á abandonar Saorgio y colocaría la defensa del condado de Niza en su posición natural, sobre la cresta superior de los Alpes, sino que en la vertiente italiana dominaría las fuentes del Tanaro, que establecen la comunicación con Turín, Alejandría y Milán; la derecha francesa operaría en una región en que las montañas, mucho menos elevadas, ofrecían más ventajas, y por fin cubriría una parte de la costa de Génova y des-

truiría los corsarios estacionados en Oneille, que interceptaban las comunicaciones entre Génova y Marsella, ocasionando la falta de provisiones del ejército y de toda la Provenza. »

Aceptado el plan de Bonaparte, en breves días fué arrojado el enemigo de Francia y Turín vióse amenazada; el anciano Dumerbion reconoció lealmente, como Dugommier, que estos éxitos se debían á las sabias combinaciones de Bonaparte.



Toma de Tolón por las tropas de la República. (Grabado de la colección Hennin)

Estos acontecimientos tenían lugar en Mayo de 1794, en el preciso momento en que el Terror cometía sus últimas atrocidades, y cuando Robespierre, sospechoso á la Convención y á los Jacobinos, tenía á raya á sus enemigos por medio de la violencia y de las amenazas. Pensó en confiar el mando de la guardia nacional, en la cual cifraba todas sus esperanzas, á un general valiente y entendido. Robespierre el joven ofreció, pues, á Bonaparte el puesto de Henriot.

Esta proposición parecía abrir al joven oficial los horizontes de una inesperada fortuna. Bonaparte, que se hallaba en el cuartel general de Niza, marchó al castillo de Salles, cerca de Antibes, donde se encontraba su familia; sus hermanos Luciano y José, al recibirle, le encontraron sombrío y preocupado.

Bonaparte les llevó á un sitio retirado del parque, y les dijo: «Se me ofrece el mando de París; es necesario decidirse esta misma noche, ¿qué me aconsejáis?» José, su hermano mayor, de carácter pacífico, reflexionaba antes de dar su respuesta; pero Luciano, más joven, lleno de alegría, aconsejaba á su hermano que aceptase. Napoleón contuvo sus demostraciones diciendo: «¡Poco á poco, que esto vale realmente la pena de pensarlo bien sin dejarnos llevar del entusiasmo! No es tan fácil, continuó irónicamente, salvar la cabeza en París como en San Maximino (en donde Luciano tenía un modesto empleo). Robespierre el joven es honrado, pero su hermano es temible. ¡Yo sostener á ese hombre! — agregó con creciente vehemencia. — ¡No! ¡de ninguna manera! Ya comprendo que le sería sumamente útil, reemplazando á ese imbécil comandante general de París, pero esto es lo que yo no quiero; aun no ha llegado el día: hoy no hay ningún sitio honroso para mí más que en el ejército. Tened paciencia, que ya mandaré más tarde en París.» Después, paseándose rápidamente, y como si hablando consigo mismo se trazase el triste cuadro del gobierno terrorista, repetía: «¿Qué iría á hacer allí? ¿qué haría yo en su maldita galera?»

Sin embargo, pocos días después, el 9 Thermidor, había librado á París y á Francia de los tiranos sanguinarios que deshonraban la República. Las operaciones militares se habían suspendido, ignorando las disposiciones del nuevo gobierno, y el ejército de Italia, compuesto en su mayoría de Jacobinos, que creían en peligro la República, abandonó en desorden sus posiciones avanzadas para aproximarse á la frontera é intervenir en caso de necesidad en los sucesos interiores. Gran parte de los resultados que se habían obtenido se malograron así. Bonaparte fué objeto de las envidiosas y malévolas sospechas de tres diputados convencionales, que le mandaron arrestar y registraron sus papeles; pero á pesar de su mala intención, tuvieron que ceder ante el descontento y la impaciencia del ejército y le pusieron en libertad, continuando durante algunos meses en el mando, aunque sin obtener grandes resultados. Entonces fué cuando otra clase de enemigos se encargó de denunciarle en París como antiguo amigo de los hermanos de Robespierre y como general dispuesto á intentar un golpe de Estado en provecho de un nuevo Terror, olvidándose así de que acababa de arriesgar su vida en Tolón dominando un motín de terroristas.

Un buque mercante español, que había sido capturado y traído á este puerto, llevaba á su bordo veinte emigrados; éstos no habían

regresado voluntariamente á Francia, y no se les podía aplicar, por lo tanto, la ley que castigaba tal hecho, y sin embargo, las turbas pedían su cabeza. Los representantes Mariette y Cambon se negaban á ello, pero muy pronto fueron arrollados por el populacho: llega en esto Bonaparte, les hace firmar la orden de llevar las víc-



Junot, duque de Abrantes. (Retrato pintado por David, fotografía de Braun)

timas al tribunal de Grasse y logra contener el desorden, prometiendo á los exaltados que el degüello reclamado se aplazaría hasta el día siguiente, para el que se había dispuesto la marcha de los emigrados; pero en aquella noche organiza un convoy de armones de infantería, hace salir en ellos á los proscriptos y los salva. Burlado así el pueblo, exige furioso una víctima, y concentra su ira en los generales para que paguen por los fugitivos. Bonaparte, ya célebre en Tolón, afronta el tumulto, evoca los recuerdos del sitio, reconoce entre los

revoltosos á algunos de los artilleros que habían servido á sus órdenes, les arenga, los trae á su lado y con ellos domina á los demás.

Tampoco dejó de echarse en cara á Bonaparte la adhesión que había demostrado á la causa de la Revolución, y estas absurdas acusaciones encontraron eco en los gobernantes de entonces, por lo que, so pretexto de regularizar los ascensos demasiado rápidos, se le quitó el grado de general de artillería y se le encargó el mando de una brigada de infantería.

Bonaparte volvió á París, donde sus reclamaciones, por muy justas que fuesen, se estrellaron ante la obstinación envidiosa del convencional Aubry, capitán de artillería agregado al ministerio de la Guerra, quien veía con malos ojos los triunfos de su joven jefe. La única objeción que le oponía era su corta edad, y habiéndole respondido Bonaparte «que en la guerra se envejecía pronto,» tan seca respuesta le indispuso aún más con este obscuro sucesor de Carnot, que por cierto no había salido nunca de las oficinas del ministerio. Aubry no modificó su decisión y le señaló el mando de una brigada en el ejército del Oeste. Disgustábale mucho á Bonaparte intervenir en la guerra de la Vendée; sin embargo, no se opuso abiertamente á aceptar el cargo que se le confiaba, y aun llegó á enviar allí sus caballos y sus ayudantes, aunque estaba completamente decidido á hacer toda clase de esfuerzos para sustraerse á una obligación tan poco conforme con sus intenciones. Pudo ganar algún tiempo invocando su mal estado de salud y resignándose, en espera de mejores días, á una vida sumamente miserable. «Como no había robado, dice Stendhal, y recibía la paga en *asignados*, hallóse pronto en la mayor miseria.» Su sueldo en esta forma, según Ségur, no representaba más de 200 francos anuales, por lo que hubo de vivir en una buhardilla de la calle de Mail, en el barrio de Metz, con sus compañeros del ejército de Italia, Junot y Sebastiani, que le eran adictos; después se trasladó á la calle de la Michoudière, 19, y más tarde al hotel de la Liberté, calle de Fossés-Montmartre. Tuvo que vender su carruaje al representante Salicetti por 3.000 francos papel, y además algunas obras militares que había adquirido en Marsella, viéndose obligado también, según afirma el mismo Stendhal, á vender su reloj. Lo que hay de cierto, y esto se sabe por Sebastiani, uno de sus compañeros

de infortunio, es que emprendió por entonces algunas operaciones mercantiles, pero fracasó en su primer ensayo, que consistió en la expedición de una caja de libros á Basilea. No pudo, pues, encontrar una compensación á sus miras ambiciosas, y parecía que se habían cerrado para él todos los horizontes de una brillante carrera.



La princesa Elisa. (Cuadro de Proud'hon, fotografía de Braun)

No se vió tampoco más favorecido por el amor. José, su hermano mayor, había hecho un brillante casamiento con la hija de uno de los comerciantes más ricos de Marsella, Julia Clary, cuya hermana, Deseada, impresionó mucho á Napoleón y la joven parecía corresponder á este sentimiento; pero á principios de Julio de 1795, en ocasión de un viaje que Deseada hizo á Liguria, dejó de escribirle, como hasta entonces, causándole una profunda melancolía, que se refleja claramente en una carta que dirigió á su hermano mayor. En ella le pregunta si se pasa el río Leteo para ir á Génova, y le recomienda que

si Deseada, que parece le ha olvidado, le pidiera su retrato, no se lo entregue; necesitando explayar su emoción de alguna manera, pide á José que le envíe el suyo, como á su más querido y mejor amigo y el más interesado en su dicha. «Hemos vivido tantos años juntos y estamos tan estrechamente unidos, que nuestras almas forman una sola.» Al llegar á este punto, al escribir estas palabras, estallan sus comprimidos sentimientos, baña el papel con sus lágrimas, y él mismo dice que, al trazar estas líneas, experimentó una emoción tan inusitada y tan fuerte que no pudo terminar su carta.

Napoleón tuvo que resignarse, pues M. Clary tenía bastante, según decía, con un Bonaparte en su familia. Verdad es que los Bonaparte no se encontraban entonces en brillante situación, y el mismo Napoleón disuadía á su amigo Junot de su proyectado enlace con su joven hermana Paulina. Más adelante, Deseada Clary fué prometida del general Duphot, que pereció asesinado en Roma, casi á su presencia, y se casó en 16 de Agosto de 1798 con el general Bernadotte, pudiéndose creer que alguna vez echó de menos, aun cuando ocupó el trono de Suecia, la extraordinaria fortuna que había despreciado.

Napoleón, á pesar de todas estas decepciones y de que su hermano mayor se encontrase en una posición material muy superior á la suya, continuaba siendo el jefe de la familia, cumpliendo con todos los deberes de tal, como lo demuestra en sus propias cartas: daba consejos á José sobre el empleo de su fortuna é interponía su influjo para alcanzarle el consulado de Nápoles; hacía devolver la libertad á Luciano, que había sido preso en Aix como terrorista, y le obtenía un empleo; atendía á la educación de Luis, que había hecho sus primeras armas á su lado, en Tolón y en la campaña de los Alpes, y que entonces se examinaba en la escuela de artillería de Chalons, y por fin se preocupaba de la educación algo descuidada de Jerónimo, que se encontraba en Génova.

Stendhal presenta un curioso retrato de Napoleón en esta época, retrato que dice haber recibido de una mujer de talento que le trató bastante por los meses de Abril y Mayo de 1795.

« Era este joven sin duda alguna el más flaco y el más original que en mi vida había encontrado. Con arreglo á la moda de la época, llevaba unas inmensas guedejas que le caían sobre los hombros, á pesar de que la mirada especial y muchas veces algo sombría de los Italianos no se aviene con esta prodigalidad de cabellera, pues en vez de formarse de ellos la idea de un hombre de genio, lleno de entusiasmo, se pasa con mayor facilidad á la de un hombre que no nos gustaría encontrar de noche en un bosque. Además, el porte del general Bona-



El general Bonaparte. (Según un dibujo de J Guérin, grabado por G Fiesinger)

parte no era tampoco para inspirar confianza, pues el redingote que usaba estaba tan raído y tan transparente, que me costó trabajo un un principio creer que aquel hombre fuese un general; pero sí me convencí inmediatamente de que era un hombre de talento, ó á lo menos muy original. Recuerdo que encontré algo de parecido entre su mirada y la de J. J. Rousseau, que yo conocía por un excelente retrato pintado por Latour, que tenía entonces M. N***. A la tercera ó cuarta vez de haber visto á este general de nombre raro, le perdoné sus exageradas guedejas de perro de aguas; veía en él un provinciano que exajera las modas, pero que, á pesar de su ridiculez, puede ser hombre de mérito. Por otra parte, el joven Napoleón tenía cierta mirada, que se animaba con la conversación,

y si no hubiese sido por su extremada delgadez, que le daba el aire de enfermo, y que daba pena, se hubieran notado en él rasgos llenos de finura, y su boca sobre todo presentaba un conjunto sumamente gracioso. Cierto pintor, discípulo de David, que concurría á la casa de M. N***, donde yo veía al general, dijo que sus rasgos fisionómicos presentaban el tipo griego, lo que me infundió cierto respeto hacia él, y algunos meses más tarde, después de la revolución de Vendimiario, quedamos casi admirados cuando supimos que el general había sido presentado á Mme Tallien, entonces reina de la moda, y que había quedado prendada de él. Verdad es que sólo le faltaba para ser juzgado favorablemente que su traje fuese menos miserable, á pesar de que en esta época, al salir del Terror, no había mucha severidad por lo que respecta al vestido. Aun recuerdo que refería de una manera sumamente agradable el sitio de Tolón, haciéndonos cobrar verdadero interés por su relato verboso y animado; pero en cambio tenía días que no salía de un profundo mutismo. Decíamos de él que era pobre y altanero como un Escocés. Manifestaba con frecuencia su oposición á operar como general en la Vendée y de abandonar el arma de artillería, que, según repetía con frecuencia, era su arma favorita, de lo cual las jóvenes nos reíamos, porque no comprendíamos cómo podían los cañones sustituir, como arma, la espada. Recuerdo también que imperaba entonces el *máximum,* pagándose todas las provisiones y hasta el pan en *asignados,* de tal manera, que los labradores no llevaban provisiones al mercado. Cuando se invitaba alguna persona á comer se llevaba el pan; cuando toda una señora, como Mme de N***, nuestra vecina de campo, comía en casa, traía un hermoso trozo de pan blanco, del que me daba la mitad. Gastábanse en casa cinco ó seis francos en plata semanalmente, por lo que comprendo perfectamente que el general Bonaparte, que cobraba su paga en papel, fuese tan pobre. Realmente no tenía el aire de militar, perdonavidas y grosero; paréceme actualmente ver en la forma de su boca, hermosa fina y delicada, que despreciaba y que no le asustaba el peligro.»

Durante este tiempo Aubry había sido sustituído en el ministerio de la Guerra por Doulcet de Pontécoulant, hombre más inteligente y más recto, que comprendió perfectamente lo que valía Napoleón. Stendhal refiere la manera cómo entraron en relaciones.

« Cierto día, el representante Boissy d'Anglas, decía á uno de sus compañeros de la Convención que conocía un joven que había sido separado del ejército de Italia como terrorista, injustamente, según él « Hombre de grandes ideas, agregó dirigiéndose á M. de Pontécoulant, y que podría prestaros buenos servicios. — Enviádmelo, respondió éste. »

Al día siguiente, se presentó en el sexto piso del pabellón de Flora el

recomendado de Boissy d'Anglas. Aunque éste había dicho á M. de Pontécoulant que se llamaba el general Bonaparte, y aunque Pontécoulant no se acordó del apellido, observó que su desconocido razonaba con discreción.—Ponedme esto por escrito, componed una memoria, y traédmela, dijo.

Algunos días después, habiendo encontrado M. de Pontécoulant á Boissy d'Anglas, le dijo: — Ya vi aquel sujeto, pero sin duda se ha incomodado, porque no ha vuelto. — Es que ha creído que os burlabais de él; creía sin duda que le asociaríais á vuestro trabajo. — Bien, no importa; decidle que vuelva mañana. Bonaparte volvió, entregó muy serio su memoria, y se marchó. M. de Pontécoulant, mientras se afeitaba, se hizo leer la memoria, y quedó tan admirado, que mandó salir escapados á sus ordenanzas en busca de aquel joven; mas no le encontraron ya en la escalera, pero volvió al día siguiente. Después de haber hablado sobre el contenido de la memoria, le dijo el representante: — ¿Querríais trabajar conmigo? — Con mucho gusto, contestó el general, y se sentó á la mesa.

Desde este momento Bonaparte quedó agregado al servicio topográfico del ministerio de la Guerra, desde donde, en el verano de 1795, redactó aquellos admirables planes de campaña para el ejército de Italia, contra los cuales se estrellaban la ignorancia presuntuosa de Scherer y la medianía razonadora y tímida de Kellermann, planes de los que se decía que no podían ser obra más que de un loco que debía ir pronto al manicomio.

Esta ocupación, sin embargo, no llenaba su ambición ni correspondía á sus condiciones, por lo que no habiendo podido obtener un empleo más activo en Francia, solicitó pasar á Constantinopla con una misión militar.

« En una época, decía en una nota que dirigió al gobierno, en que la emperatriz de Rusia acaba de estrechar los lazos que le unían con el emperador de Alemania (se acababa de verificar el tercer reparto de Polonia), es de verdadero interés para Francia hacer todo lo posible para aumentar el poder militar de Turquía, nación que tiene fuerzas numerosas y valientes, pero que está muy atrasada en la parte técnica de la guerra. La organización de la artillería, que influye de un modo tan poderoso en la táctica moderna y en el éxito de las batallas, y que es casi decisiva en la toma y defensa de las plazas fuertes, es la parte en que principalmente sobresale Francia y en que los Turcos están más atrasados. El sultán ha pedido en distintas ocasiones oficiales de artillería, y se le ha complacido enviando algunos, pero ni en número ni con la instrucción suficiente para que sus resultados se hayan podido apreciar bien. El general Bona-

parte, que desde su juventud ha servido siempre en artillería, que la mandó en jefe en el sitio de Tolón y en dos campañas del ejército de Italia, se ofrece á pasar á Turquía con una misión oficial: se llevará consigo seis ó siete oficiales de distintas categorías, que posean en conjunto las diferentes ramas del arte militar; será útil á su patria en esta nueva empresa, y si logra hacer más temible el poder militar de los Turcos, perfeccionar la defensa de sus principales fortalezas y levantar otras nuevas, habrá prestado un verdadero servicio á su patria.»

La petición de Bonaparte fué enérgicamente apoyada por Pontécoulant y por el convencional Juan Debry; pero éste agregó en su defensa que valía más ascender á Bonaparte en su arma que alejar á un oficial capaz de prestar grandes servicios, y esta opinión fué la que prevaleció. En esta situación se encontraba Bonaparte, en medio de un mar de esperanzas y de desfallecimientos, cuando fué llamado á desempeñar un papel importantísimo en la jornada del 13 de Vendimiario.

Hacía algunas semanas (Agosto y Septiembre de 1795) que se notaban en París grandes síntomas de desorden. Terminado el Terror, levantaba la cabeza el partido realista y proyectaba una alianza con los últimos restos del partido jacobino. La Convención era el blanco de todos los ataques, pero particularmente el decreto adicional á la Constitución del año III, por el que se disponía que los dos tercios de los nuevos cuerpos legislativos (consejo de los Quinientos y consejo de los Ancianos) debían formarse con los miembros salidos de la Convención, había irritado extraordinariamente á todos aquellos que creían que por un brusco cambio de la mayoría triunfaría su partido. «De este modo, decían cualquiera que sea la opinión del pueblo, no será libre más que en un tercio de la sección, y así estos fogosos terroristas, que parece que ahora vuelven en parte sobre sus pasados errores, pero en los cuales sería necio fiar, pueden perpetuarse en el poder.»

En vano la Convención expirante había destruído la Commune, su poderosa rival; en vano dividido á París en doce distritos y cuarenta y ocho sesiones; en vano Francia había sancionado la nueva Constitución y el decreto adicional relativo á las elecciones por medio de dos plebiscitos distintos, primero de Vendimiario del año III

(23 Septiembre de 1795), pues en París, en cambio, si bien es verdad que la constitución había sido aceptada, el derecho había sido rechazado, por cuyo motivo continuaba la agitación en las secciones, sostenida por oradores como Serizi, Delalot, Laharpe, Vaublanc, Regnault de Saint-Jean d'Angély, que dirigían sus ataques contra la asamblea que iba á terminar su cometido y se aprovechaban de su debilidad para organizar el motín casi públicamente.

Los jefes realistas tomaban una parte activa en el movimiento, esperando aprovecharse de él para restaurar los Borbones, aunque en



Barrás. (Según un documento de la época)

verdad se ha de confesar que no era éste objetivo de la mayoría de las que tomaron parte en el mismo. Los testigos contemporáneos mejor informados, y á los que no ciega el espíritu de partido, como Fiévée, Lacretelle y el mismo Vaublanc, reconocen que la causa del motín de los parisienses fué el temor de que el decreto constitucional afirmase el poder en manos de los jacobinos y de que volviese, bajo otra forma, á imperar su tiranía; temores que legitimaba sin duda la odiosa matanza de Quiberón, verificada en 21 de Julio anterior.

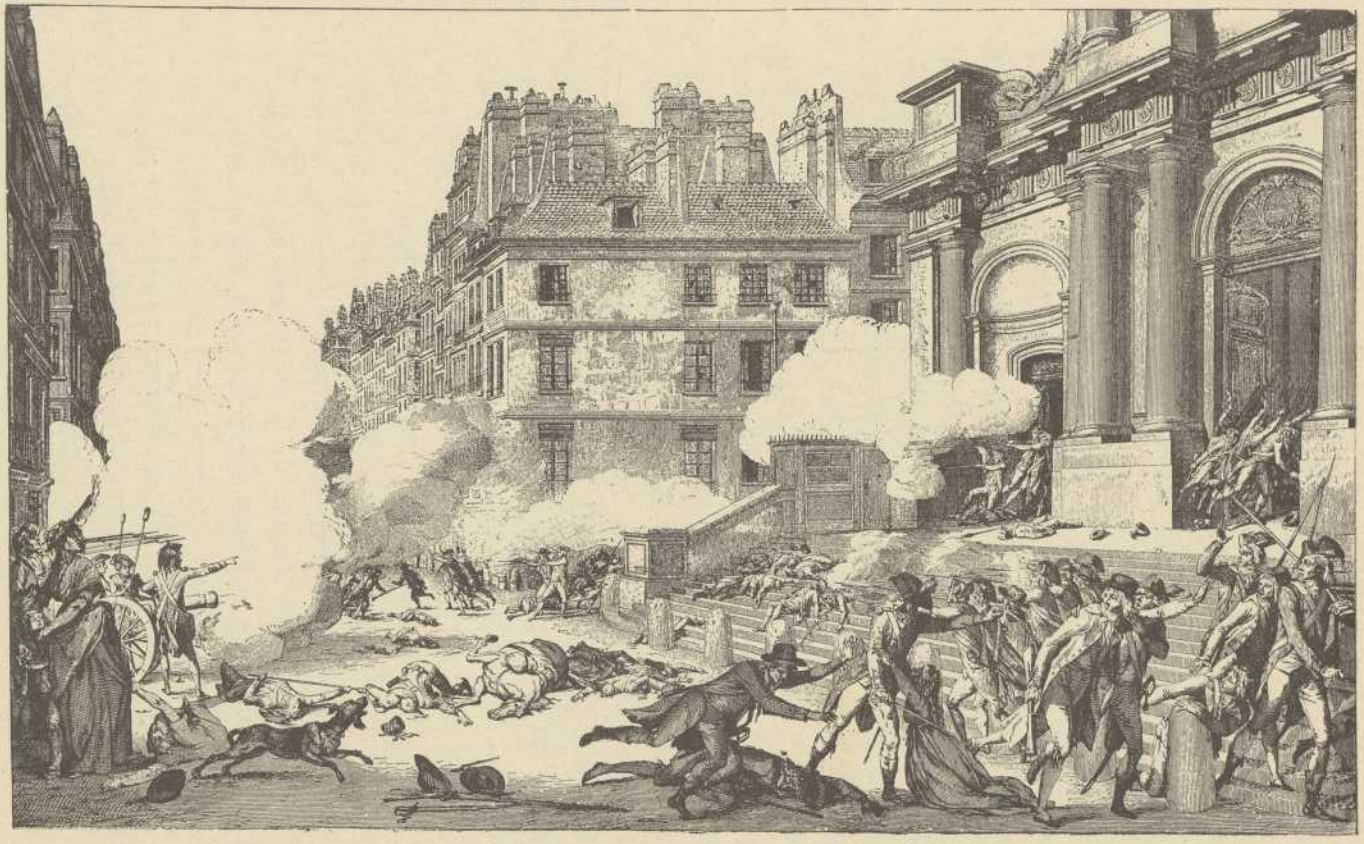
El doce de Vendimiario el peligro era inminente; las secciones armadas marchaban contra la Convención, defendida tan sólo por mil quinientos hombres; el general Menou, antiguo constituyente de 1789, no había sabido tomar medidas enérgicas, y fué reemplazado por Barrás, antes conde de Barrás, que fué escogido no sólo á causa de

sus servicios militares anteriores á la revolución, en la escuadra de Suffren, sino por la energía y habilidad que había desplegado el 9 de Thermidor. Era hombre que no se hacía ilusiones sobre su genio militar, por lo que cuidó inmediatamente de buscarse un segundo jefe, y pensó en Bonaparte, á quien había conocido en el sitio de Tolón.

Este había pasado la noche en el teatro Feydeau, en compañía de Junot. Refiérese que, al regresar á su casa, viendo por una parte la torpeza de Menou, y por otra la energía que demostraba la actitud de las secciones, á pesar de carecer de jefe, dijo: «Si me pusiese á su frente, respondería de llevarlas á las Tullerías antes de dos horas y arrojar de allí á esos miserables convencionales.» Algunas horas después, Barrás le ofrecía el mando de las tropas.

Un testigo digno de crédito asegura que Napoleón, todavía indeciso, vaciló, y pidió un momento para decidirse. «Unicamente tres minutos,» respondió Barrás, quedando ambos frente á frente, en un profundo silencio, que casi en seguida rompió Bonaparte. Había tomado su partido, pero durante algunos segundos su agitación había sido visible y su meditación intensa y profunda: «Sea, dijo por fin, acepto: pero os prevengo que, una vez desenvainada la espada, no la envainaré hasta ver restablecido el orden. — Soy de la misma opinión, dijo Barrás. — Pues bien, replicó Napoleón con viveza, no perdamos tiempo, los minutos son horas para nosotros: únicamente la actividad que despleguemos puede devolvernos la influencia que se ha perdido al principio.»

Realmente, se había perdido mucho tiempo en inútiles deliberaciones; aún duraban éstas cuando Bonaparte vió que se le acercaba un hombre que había desempeñado años antes un gran papel y que ahora estaba olvidado: era éste Sieyès, que llevándole hacia una ventana, le dijo las siguientes frases, que el general oyó no sin sorpresa proviniendo de aquel político filósofo: «Ya les conocéis, general, son hombres que hablan cuando convendría obrar; las asambleas no sirven para mandar ejércitos, pues no conocen el valor del tiempo ni el de las ocasiones. Aquí nada tenéis que hacer: marchaos, general; inspiraos en vuestro propio talento y en las circunstancias por que atraviesa la patria. Sois la única esperanza de la República.» Bonaparte conoció entonces que *el Ideólogo* era también un hombre resuelto, cosa que no olvidó. Esta primera entrevista entre los dos futuros autores del 18 de Brumario no debe pasar desapercibida para los historiadores.



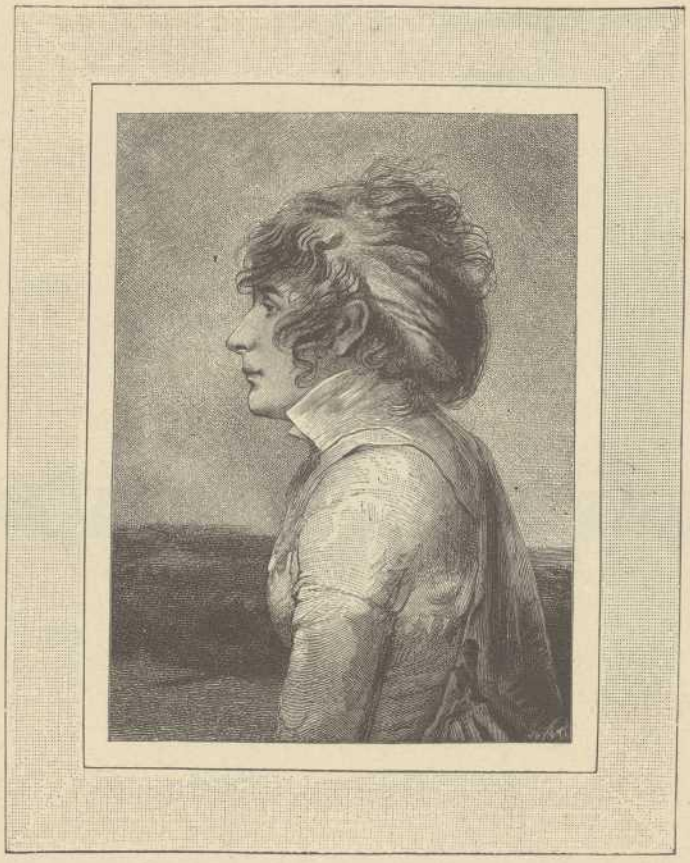
Jornada del 13 de Vendimiario, año IV; iglesia de San Roque, calle de San Honorato. Dibujo de Monnet, grabado de Duplessis Bertaux.

Bonaparte no necesitaba á la sazón tales excitaciones. Durante la noche había tomado, en secreto y con rapidez, las medidas oportunas; se trasladó la artillería desde el parque de Sablons á las Tullerías, se ocuparon los puntos importantes y se armó de fusiles á los mismos miembros de la Convención. Las secciones, sorprendidas así en la mañana del día 13 por estas hábiles medidas, no adelantaron nada: la Convención recibió á sus delegados sin romper las hostilidades; sin embargo, hacia las nueve de la noche las secciones se habían aproximado á menos de veinte pasos de las tropas convencionales. La sección Lepelletier, que tenía su cuartel en el antiguo convento de las Hijas de Santo Tomás, en el punto donde se levanta hoy el palacio de la Bolsa, estaba llena de entusiasmo. «Este era, dice Lacretelle, el barrio del dinero, y por lo tanto de la fuerza.» La Convención acababa de ordenar el desarme de esta sección, como lo había hecho antes con la del barrio de San Antonio, pues era la que marchaba al frente de los insurgentes. Bonaparte mandó abrir el fuego y á cañonazos hizo retroceder á los sublevados hasta la plaza de San Roque, les ametralló en las mismas gradas de la iglesia y les persiguió hasta la plaza del Palacio-Igualdad, antes Palacio-Real, rechazando igualmente otro ataque que intentaron contra el Puente-Real. Durante la noche se tiró únicamente con pólvora, y al día siguiente, quebrantada la insurrección por este primer fracaso, se dispersaron los sublevados y París recobró poco á poco la tranquilidad. Pero en un principio el combate había sido bastante serio, pues Bonaparte y su compañero Le Berruyer perdieron sus caballos. La Convención estaba salvada, reconociéndose unánimemente que su salvación se debía á los hábiles preparativos del general Bonaparte. Barrás no trató de rebajar el mérito de su joven lugarteniente y le aclamó con entusiasmo. Elevado así á primera fila por este golpe maestro, permaneció algunos meses en París, gozando del aura popular, y fué nombrado segundo jefe del ejército del Interior, ínterin se le confiaba un puesto más importante. Captóse desde entonces la amistad de Barrás, que acababa de ser nombrado Director, y que amigo del fausto y del placer procuraba olvidar y más aún hacer olvidar sus palabras y sus pasados hechos.

Él fué el primero que pensó en casar á Bonaparte, cuya pasión

naciente por Mme. de Beauharnais conocía. Josefina Tascher de la Pagerie era viuda del general Alejandro de Beauharnais, condenado á muerte en 1794 por el tribunal revolucionario, que le creía responsable, en parte, de la pérdida de Maguncia; y presa ella misma, la salvó la jornada del 9 de Thermidor. Era ésta una criolla de la Martinica, que, según su partida de casamiento, había nacido en 1768; pero había querido quitarse algunos años, siendo la fecha exacta de su nacimiento la de 1763: tenía así, pues, seis años más que Bonaparte, y era una de las mujeres más simpáticas de su época. Napoleón, aun en Santa Elena, decía de ella que era la gracia personificada. La sociedad que rodeaba á Mme. de Beauharnais era también á propósito para inspirarle afición: «Allí volvió á encontrar, dice Segur, los nombres y las reputaciones del talento y de la distinción que en su adolescencia le habían entusiasmado.» Allí iban, con las señoras de Tallién y de Recamier, el mariscal de Segur, los Nivernais, los Montesquieu. Josefina, por su parte, si bien muy solicitada, no era insensible á los agasajos del joven general, aunque dudaba todavía, pues Hoche y Caulaincourt la amaban y pedían su mano; no creía, además, que á Bonaparte le esperase un porvenir glorioso, y sufría cuando le oía llamar *el general Vendimiario;* pero Barrás, más previsor, venció su resistencia, mostrándole á Napoleón como un soldado destinado á la mayor fortuna. El poeta Nepomuceno Lemercier, que debía hacerse célebre muy pronto por su tragedia *Agamenón* (1797) apoyaba la opinión de Barrás, de la que participaban las señoras de Tallién y de Recamier y el mariscal de Segur, que había cambiado sus ideas, algo desfavorables en un principio para Bonaparte; así es que se dejó convencer con gusto, aceptándole, á pesar de los reproches de algunos amigos demasiado prudentes, y de las autorizadas indicaciones de Raguideau, notario de los Beauharnais, quien no escaseaba hasta las burlas contra el futuro esposo de la hermosa criolla. «¿Cómo siendo viuda de un militar pensáis casaros con otro? ¿Y con quién? ¡Con un general Bonaparte, que no posee más que su capa y su espada, ó todo lo más una bicoca; un general insignificante, sin nombre y sin porvenir, que está muy por debajo de los grandes generales de la República! ¡Valdría más que os casaseis con un contratista de suministros!» Bonaparte lo oía todo desde una habita-

ción inmediata, y apenas podía contener su cólera; contúvose, sin embargo, hasta la salida del notario, que, afortunadamente para él, descorazonado por la actitud de la señora de Beauharnais, no fué pesado. Bonaparte debía tomar la revancha con Raguideau la víspera de su coronación, llamándole á las Tullerías y diciéndole al mostrarle



Josefina (por Isabey); peinado *à la coup de vent*

el manto imperial, la corona, cuajada de diamantes, y el cetro de oro: «He aquí la capa y la espada;» dejando anonadado y confuso al pobre notario. El casamiento tuvo lugar en 9 de Marzo de 1796, á las diez de la noche. Preciso es confesar que para el futuro emperador, que tan exigente debía ser en la etiqueta, la ceremonia careció de solemnidad, pues él mismo llegó tarde, y el delegado municipal, cansado de esperar, estaba dormitando cuando Bonaparte, entrando bruscamente, le despertó. «Vamos, ciudadano, dijo, venid pronto á casarnos.»

Hacía quince días, 23 de Febrero, que Bonaparte había sido nombrado general en jefe del ejército de Italia, y el 11 de Marzo, dos días después de su casamiento, dejaba París para empezar aquellas operaciones militares que debían colocarle de un golpe entre los generales más ilustres de todos los tiempos y de todos los países.

SEGUNDA PARTE

BONAPARTE GENERAL EN JEFE



Combate y paso del puente de Lodi. (Según Appiani)

CAPÍTULO PRIMERO

CAMPAÑA DE ITALIA: PRIMERA PARTE

EL EJÉRCITO DE ITALIA Y SUS JEFES.— EL GENERAL BONAPARTE.
CAMPAÑA CONTRA BEAULIEU

Después de la memorable campaña de 1794, que Fox, ante el mismo parlamento inglés, no vacilaba en declarar que era «una excepción en los anales de la historia,» Francia había firmado la paz de Basilea, por la que se reconciliaba con España, Holanda y Prusia, no quedándole más enemigos en el continente que Austria y el Piamonte. El emperador Francisco II, aunque no contaba más que con un solo aliado verdadero, Víctor Amadeo II, rey de Cerdeña, despojado ya de una buena parte de sus Estados, no había dejado de continuar la guerra, contando con la ayuda y las intrigas de Inglaterra y con el abatimiento y discordias civiles de Francia; por otra parte, las inteligencias de Pichegrú con los generales austriacos habían hecho fracasar por completo la campaña de 1795.

El gobierno francés, también resuelto á terminar, había adoptado el vasto plan propuesto por Carnot, en virtud del cual debían marchar por caminos distintos sobre Viena tres ejércitos: el del Sambre y Meuse, reforzado, había de penetrar en Alemania por la cuenca del Mein, seguir por la del Naab y reunirse en Ratisbona con el

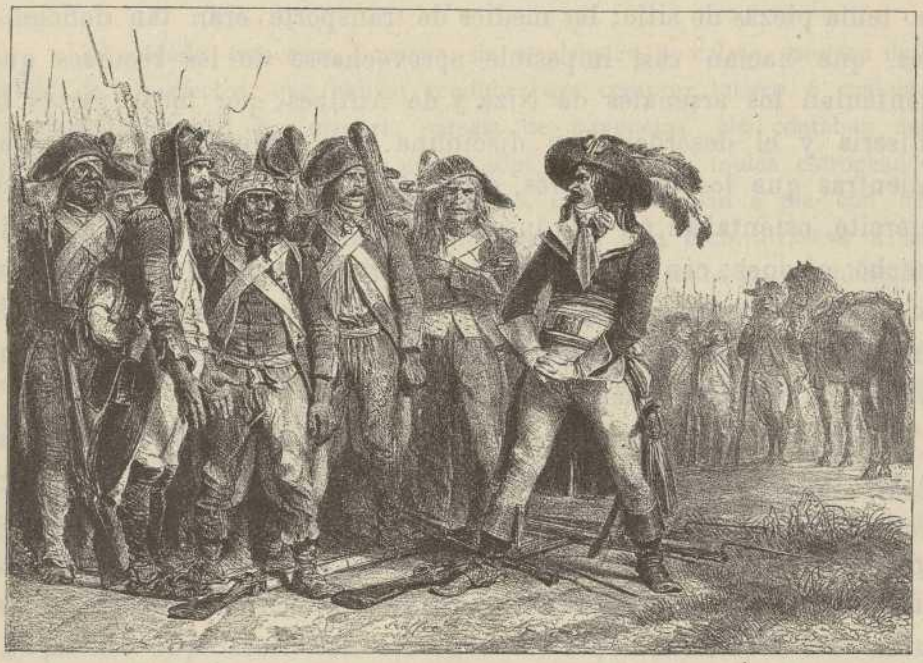
ejército del Rhin, que, atravesando el valle del Infierno, debía operar en la cuenca superior del Danubio. El tercer ejército debía maniobrar de una manera más independiente: era éste el de Italia, que se encontraba todavía en el litoral de Génova, y el cual, si en virtud de triunfos decisivos lograba apoderarse del valle del Po, debía unirse con los dos primeros, atravesando los Alpes rhéticos ó los cárnicos.

Tres generales jóvenes se pusieron al frente de estos ejércitos: Jourdán, nacido en 1762, debía mandar el ejército del Sambre y Meuse; Moreau, nacido en 1763, el ejército del Rhin; y Bonaparte, el más joven, el de Italia. Los dos primeros eran ya generales conocidos, y hasta ilustres, y su nombramiento no podía encontrar oposición ni en la opinión pública ni en el gobierno; pero no sucedía lo mismo con la designación de Bonaparte, pues las grandes condiciones militares que había demostrado en Tolón y en Saorgio, no le habían captado más que la consideración de sus propios compañeros de armas, pasando casi desapercibidas para la opinión pública. Por otra parte, no se le había confiado aún el mando en jefe; su juventud era también un motivo serio de desconfianza, y hasta entre los oficiales que rodeaban á los Directores, no faltaban algunos que les recordaran que aquél pertenecía á un cuerpo especial, el de artillería, y que sus servicios anteriores no demostraban su aptitud para desempeñar el cargo de general en jefe de un ejército. Pero Carnot, la mayor autoridad militar de aquella época, que era al propio tiempo un oficial de mérito, había sabido apreciar perfectamente el alcance de los planes que Bonaparte había sometido á su examen, y le sostuvo contra todos con tanta firmeza y tal convicción que constituyen uno de sus mayores títulos de gloria, no vacilando en confiarle el mando del ejército que se encontraba en más difícil posición.

Pudo creerse por un momento que no había necesidad de enviar un nuevo general en jefe á aquel ejército, pués en 25 de Noviembre de 1795 alcanzó Schérer la gran victoria de Loano, debida principalmente á sus lugartenientes, Serurier y Massena. «Hay que ser justos,—dijo Bonaparte, cuyas esperanzas pareció venir á desvanecer ó á lo menos retardar este hecho de armas,—es una hermosa batalla; en cuanto al general, esperad para juzgarle su primer correo.» Este primer correo hizo ver, en efecto, que Schérer no había sabido

aprovecharse de su victoria, pues continuaba pidiendo refuerzos, municiones y dinero, cuando Bonaparte, por el contrario, prometía los resultados más espléndidos sin pedir nada, lo cual era un punto de grande importancia para un gobierno completamente exhausto, y fué por fin nombrado.

Bonaparte experimentó una emoción profunda al llegar el momento de realizar las ideas que, á pesar de su juventud, maduraba



«¿De qué os lamentáis?... La bandera tricolor cubre con sus grandes pliegues la capitales que habéis conquistado!!! y os quejáis cuando no hay un solo mortal que no os tenga envidia!» (Según una litografía de Raffet)

hacía cuatro años. Después de Saorgio había propuesto á Dumerbion llevar el ejército al otro lado de los Alpes; luego no había cesado de soñar con Italia, y al principio de sus relaciones con Pontécoulant le había presentado un plan de campaña, que comenzando en el litoral de Génova, no paraba hasta los alrededores de Viena, y en el cual los movimientos generales de su ejército estaban perfectamente indicados, así como previstos los del enemigo, pareciendo que el genio era dueño de los acontecimientos. Ahora, en verdad, no se trataba de hacer aceptar á un ministro un plan destinado á ser transmitido á otro general; se trataba de

un plan que debía ser ejecutado por él mismo. ¿Con qué recursos contaba Bonaparte para ello? ¿En qué situación se encontraba el ejército cuyo mando iba á tomar?

Creía haber encontrado sesenta mil hombres, y no había más que treinta mil, diseminados desde Savona á Ormea; la caballería se encontraba en el más deplorable estado, á pesar de que se había ido á organizar al Ródano; la artillería, poco numerosa, constaba apenas de unas cincuenta bocas de fuego, le faltaban caballos y no tenía piezas de sitio; los medios de transporte eran tan deficientes, que hacían casi imposible aprovecharse de los recursos que contenían los arsenales de Niza y de Antibes; por todas partes la miseria y el desorden, sin disciplina, sin raciones, y sin paga. Mientras que los proveedores, especulando con los sufrimientos del ejército, ostentaban un lujo insolente, los soldados llevaban el traje hecho girones; con frecuencia un destrozado pañuelo reemplazaba el sombrero destruído ó perdido, y en lugar de zapatos, calzado trenzado ó construído groseramente por los mismos soldados, que no vivían de otra cosa más que del robo.

Esta vida de aventuras, de incertidumbre, de escaramuzas entre las rocas, y de combates en los que algún feliz encuentro podría hacerles olvidar el hambre de los días anteriores, no les disgustaba. Habían organizado la rapiña con cierta regularidad, algunas bandas sueltas hacían rápidas correrías por los valles meridionales del Piamonte, ó por las regiones del litoral que tenían aún alguna riqueza, entregándose á su paso á toda clase de excesos, hasta el punto de poderlas comparar con las grandes compañías que Duguesclin llevó á Castilla en el siglo XIV. Pero este ejército había conservado, á pesar de todo, dos grandes virtudes: un patriotismo á toda prueba y el sentimiento del honor militar. Muchos oficiales, como Pelleport y Joubert, que habían salido de la clase de tropa, deploraban estos actos, que no les era dable evitar, y muchos de los que los cometían, lo hacían en virtud de la extrema necesidad. Pero las dificultades aumentaban á medida que estas depredaciones agotaban el país en que combatían, y el mismo Joubert escribía á su padre pocos días antes de la llegada de Bonaparte: «Aquí no hay de bueno más que el valor de los soldados y de los

oficiales y la paciencia perdurable de todos; se horrorizaría Francia si contase el número de muertos de hambre y de enfermedades; el pobre voluntario, arrastrándose, se para donde puede, se acuesta en la tierra, y muere. Si la campaña no se hace ofensiva, preveo mayores horrores, y antes que asistir á la destrucción completa del ejército, prefiero, querido padre, presentar mi dimisión.»

Felipe de Ségur, que conoció á muchos de los soldados de esta campaña, presenta el siguiente cuadro, que merece ser reproducido:

«Los soldados franceses, sin paga, sin provisiones, descalzos, carecían de la mitad de sus efectos, que habían vendido para comprar tabaco ó cualquier mezquino alimento! La mayoría carecía de bayonetas. No contaban más que con sesenta cañones, mal municionados, tirados por mulos estropeados, comidos de sarna, escoltados por artilleros, que marchaban á pie con una caballería inútil, en la que los caballeros parecían más bien arrastrar á sus caballos encanijados que ser llevados por ellos. Sin embargo, republicanos convencidos todos, se habían endurecido durante tres años con todas las fatigas de la guerra, con el ardiente sol del verano de las playas italianas, y fortalecido en los hielos de sus montañas, en uno de los inviernos más rudos del siglo XVIII.

Siempre en el vivac, ó en cuevas que se abrían bajo tierra ó en la nieve, sólo se alimentaban muchas veces con algunas miserables castañas, que tenían que arrancar de manos del enemigo. Los oficiales, prescindiendo de sus grados, pobres como ellos, vivían de la misma manera, formando con sus soldados la más íntima de las familias, decididos todos á defender contra la coalición no sólo su patria sino su propia causa.

Combatían con una táctica completamente singular. Cuando el enemigo no estaba á la vista, marchaban las columnas más ó menos desordenadas, según el cuidado de los generales, el soldado se dejaba conducir dócilmente hasta el encuentro del enemigo; pero al llegar este momento, y una vez desplegadas las columnas, salían de los batallones cuadrillas de tiradores, que se esparcían frente al enemigo, trabando una porción de combates parciales. Entonces, detrás de ellos, desde las filas de la columna, que palpitantes de emoción seguían las vicisitudes del combate, salían pronto gritos impacientes como estos: «¡Es necesario socorrer á la derecha! ¡Cuidado que ceden los del centro! ¡Sostengamos, sostengamos la izquierda!» y todos, sin esperar órdenes y gritando ¡adelante! y arrastrando á oficiales y generales, se precipitaban y caían sobre el enemigo desconcertado, y le rechazaban por la furia imprevista de un ataque tan súbito.

Si acontecía que el enemigo, ayudado por la aspereza del sitio, se mantenía firme, y este primer ataque fracasaba, entonces cualquier oficial superior,

ó el mismo general, contenía el desorden, y tomando la bandera, ó haciendo una de su sombrero puesto en la punta de su espada, volvía á llevar al asalto á los soldados, ya más dóciles por la primera derrota. Pero muchas veces, aun en estos mismos momentos de confusión, no era el general el que hacía esto, sino que cualquier obscuro oficial, un cabo, un simple granadero, terminaba aquella posición indecisa y funesta, por un hábil consejo dado y seguido á tiempo.

Inmediatamente la posición enemiga, atacada de nuevo, pero con más regularidad y por el punto más vulnerable, era rebasada; tal era este ejército, compuesto en su mayoría de Gascones y de gente del Mediodía de Francia. Eran los sobrevivientes de una inmensa muchedumbre, que había enfermado, muerto ó desertado; era el mejor resto del antiguo ejército real, de nuestros voluntarios de 1792, y de las levas de 1793 y de 1794. Fundidos y refundidos muchas veces en distintos cuerpos, que, después de haberse distinguido, se destruían para volver á formar otro nuevo, su vocación guerrera, su orgullo patriótico y su salud habían resistido tantos sufrimientos, tantos combates y tanta miseria. Era éste, pues, el ejército más fogueado y más adicto, el más inteligente y más guerrero que pudiera desearse.»

Este ejército contaba con generales que se le parecían, activos é inteligentes; pero á los que la incertidumbre y el poco prestigio del poder supremo les había dado una excesiva libertad, y que no habiendo tenido ocasión de tomar parte en grandes operaciones de conjunto, les faltaba sin duda una dirección que supiese conquistarse la confianza de los soldados é imponerse por su superioridad á todos. El nombramiento de Bonaparte parecía el menos indicado para alcanzar de pronto tal objeto, pues no tenía en su historia militar ninguno de esos hechos que hacen popular á un jefe en un ejército, y se desconfiaba de aquel soñador, de aquel matemático, como se le llamaba. Su exterior, por otra parte, no era el más á propósito tampoco para destruir estos prejuicios desfavorables; su pequeña estatura y su delgadez excesiva contribuía á que los criticones de las compañías tuvieran ancho campo para burlarse de su traje, de sus cabellos, cortados á la *incroyable*, y para exagerar su acento corso, despertando la risa entre sus camaradas. Debía verse en seguida que su figura haría un triste contraste al lado de otros generales buenos mozos y de aires militares, que les habían llevado tantas veces al combate, como Augereau, Massena, Gervoni y otros: y aún era más de temer esta

misma hostilidad, ó cuando menos desdeñosa indiferencia, por parte de los generales de división que debía tener á sus inmediatas órdenes, pues Serurier, Kilmaine, Laharpe, Stengel, Augereau y Massena podían considerarle como un intruso y creerse cada uno de ellos con mayores derechos que él para ocupar el puesto de honor que el Directorio le confiaba. Serurier y Stengel, generales antiguos, sencillos y



«El representante ha dicho: Con hierro y pan se puede ir á la China... no ha dicho nada de calzado»
(De una litografía de Raffet)

modestos, no trataban de hacer valer sus méritos en perjuicio del nuevo general; respecto á Kilmaine, irlandés que servía á Francia desde la edad de quince años y antiguo compañero de armas de Lafayette en América, unía á sus méritos relevantes como general de caballería una extraordinaria finura y discreción, de que había dado muestra en varias comisiones difíciles; así es que por su educación y su ilustrado talento estaba muy por encima de celosas ruindades. Laharpe, general suizo desterrado de su patria, á pesar de que había prestado grandes servicios y de que realmente le disgustaba verse á las órdenes de un general más joven que él, debía resignarse también.

Pero no sucedía lo mismo con Massena y Augereau: «Los dos, dice Segur, desprovistos de educación superior y salidos de la clase de tropa, no debían su carrera más que á sí propios y á las circunstancias.»

«Massena, que había de ser luego uno de los generales más célebres de Francia después de Bonaparte, con un talento claro y atrevido en un horizonte limitado, de genio reprimido, por efecto de diez años de disciplina, sirviendo como simple soldado y como sargento antes de la Revolución, necesitaba que su genio encontrase ocasión propicia para desplegarse, elevándose en seguida en proporción á la misma, pero sin ir más allá, así que concluía la excitación del momento. En cuanto á su exterior, era de mediana estatura, de figura vulgar, de maneras y trato harto sencillos, tal vez demasiado pedestres; pero su fisonomía astuta é inteligente, y sus ojos, rutilantes siempre como dos estrellas, brillaban con ese fuego sagrado que denota á los héroes, y con toda la astucia meridional, revelando una de esas naturalezas tanto más enérgicas cuanto más incultas son, y bastante vigorosas para reunir en sí las más opuestas virtudes y defectos. Tres pasiones le dominaban: la de la gloria, la de las riquezas y la del placer; y lo que es más raro, se sucedían é imperaban en él soberanamente, con independencia unas de otras. Pero siempre militar de nacimiento en este tiempo de guerra, y general antes que todo mientras duraba el peligro, se consagraba por completo á la primera de estas pasiones, desplegando la más ardiente y más tenaz intrepidez. Semejante carácter, sin ser de fácil dominio, debía dejarse conducir, y por otro lado, Massena, que hacía más de tres años que estaba en este ejército, había ya conocido y apreciado el talento de Bonaparte.

»Quedaba Augereau, una especie de Ayax inculto y grosero, intrépido y fanfarrón, orgulloso con su alta estatura, su figura marcial y su valor. Elevado rápidamente en las saturnales de 1793 y de 1794, se creía republicano, pero no era más que un revolucionario; de carácter indisciplinado, todo le parecía permitido. En medio de los soldados desnudos y hambrientos, robaba con una mano y pródigamente lo daba con la otra, ostentando el oro de sus exacciones, de las que se vanagloriaba, y de las que se servía descaradamente, presentándose cubierto de bordados hasta en las cañas de sus botas; pero imponiéndose por sus modales, por su jactancia, por su aire siempre vencedor, que sostenía con una feliz, impetuosa y brillante audacia.

»Llegado recientemente de España con sus tropas, había traído á este ejército sufrido, abandonado, y que tenía que mantenerse á la defensiva, el orgullo de otro ejército victorioso; orgullo que se había centuplicado después del brillante triunfo de Loano, debido sin embargo principalmente á Massena, y que hubiera sido más decisivo sin el loco ímpetu de Augereau, cuyo ataque prematuro había destrozado de frente al enemigo, cuando Massena, corriéndose hábilmente por

su izquierda, iba á entregárselo sin retirada posible. Satisfecho de sí mismo y acostumbrado á tener jefes poco exigentes, le chocó que se le impusiese uno tan joven, tan desconocido y que procedía del interior; agregábase á su desprecio, dada su colosal altura, lo que le habían dicho de la pobre figura y del mezquino aspecto de Bonaparte, por lo que empezó á hablar de él con frases mal sonantes, fomentando la insubordinación y preparándose á recibirle en esta forma.»

En 25 de Marzo llegó Bonaparte á Niza, que era siempre el cuartel general del ejército de Italia; pero en primeros de Abril, al trasladarlo á Albenga, fué cuando se encontró en realidad en medio de su ejército. No desconocía en verdad la malquerencia y los recelos de que estaba rodeado, por lo que así que Massena, Augereau y demás generales le fueron á saludar oficialmente, se propuso hacerles sentir su dependencia; les mandó presentarse, y apareció ante ellos con la espada ceñida, cubierto, y les habló en tono imperioso y seco, pero con tanta autoridad, con tanta lucidez y con tanta competencia, que todos convinieron en que habían encontrado su maestro. Sobre todo Augereau, cuyo orgullo no descansaba en una idea elevada de su propia dignidad personal, no volvía en sí de la impresión que le había causado esta primera entrevista. «Este alfeñique de general, repetía á Massena, me ha dado miedo y no acierto á comprender el ascendiente que ha adquirido sobre mí desde el primer momento.»

Al mismo tiempo, Bonaparte dirigió al ejército la primera y no la menos célebre de sus proclamas:

«¡Soldados!

»Estáis desnudos y hambrientos; el gobierno os debe mucho, y no puede daros nada. Vuestra paciencia y el valor que demostráis en medio de estos peñascos son admirables, pero no os proporcionan gloria alguna. Voy á llevaros á las llanuras más fértiles del mundo. Allí encontraréis ricas provincias y grandes ciudades; allí os esperan honra, gloria y riquezas. Soldados de Italia, ¿os faltará el valor?»

Preciso es confesar que el tono de esta proclama es más propio de un jefe de guerrilleros que de un general de una gran nación,

pero cuadraba perfectamente á los soldados á quienes se dirigía, pues como los hechos lo demostraron, éste se proponía, así que la victoria les hubiese dado la abundancia, poner á su ejército bajo el estrecho molde de la dignidad y de la disciplina. Por otra parte, era imposible sostener el ejército de otra manera. Bonaparte no había recibido del Directorio, para emprender la campaña, más que dos mil luises en metálico y un millón en papel, cuya mayor parte estaba de antemano protestado. A pesar del poco oro de que disponía, dió cuatro luises á cada general, cosa que, aunque indispensable, pareció rasgo de extraordinaria generosidad: á Massena tuvo que darle un luis más, con objeto de que comprara el papel necesario para transmitir las órdenes á su Estado Mayor.

No tuvo por de pronto grande éxito aquella proclama, pues tan bellas promesas no tenían bastante autoridad en boca del joven general, pero anunciaba que iba á tomarse la ofensiva, y cualquiera que fuese el modo de pensar de cada uno, «nos preparamos desde luego,—decía el general Pelleport, subteniente entonces,—nos preparamos á combatir por la gloria de Francia y por el honor de nuestras armas.»

El ejército austro-piamontés, con el que iba á encontrarse el ejército francés, era uno de los mejores que se vieron en aquellas largas guerras, bien alimentado, bien vestido y bien disciplinado: estaba al mando de un veterano de la guerra de los Siete años, antiguo ayudante de Daun, el adversario muchas veces triunfante de Federico el Grande. Beaulieu, que así se llamaba, unía á la acostumbrada prudencia de los generales austriacos una energía y un vigor que no eran de esperar en su avanzada edad, pues contaba setenta y dos años. Constituían la derecha del ejército aliado los piamonteses, en número de veinticinco mil hombres, al mando de Colli, extendiéndose desde el Stura superior á la Brómida por Ceva; quince mil austriacos, al mando de Argenteau, formaban el centro, que ocupaba las fuentes de la Brómida, y la izquierda, compuesta de veinticinco mil hombres y mandada por Beaulieu en persona, se encontraba al Norte del paso de la Bochetta.

Bonaparte se había propuesto pasar al otro lado de los Alpes por el punto donde se unen con el Apenino y separar á los Austriacos de los Piamonteses, facilitándole estos proyectos la divergencia de opiniones



Mapa general para la historia de las campañas de Italia.

de Colli y de Beaulieu, el primero de los cuales quería cubrir el Piamonte, y el segundo conservar ante todo sus comunicaciones con Génova y la escuadra inglesa; pero la rapidez y la grandiosidad del proyecto de Bonaparte, al mismo tiempo que la precisión de sus movimientos, sobrepujaron á toda previsión. Había dividido el ejército en cuatro cuerpos: Sérurier, que se hallaba en Garessio, uno de los pocos puntos que poseíamos al otro lado de los Alpes, debía entretener á los Piamonteses; Laharpe, dirigiéndose sobre Voltri, debía simular un ataque á Génova, y Bonaparte se guardó los otros dos de Masséna y Augereau, enfrente del paso de Cadibone. Al observar Beaulieu el movimiento de Laharpe, toma la ofensiva y viene á colocarse por el paso de la Bochetta, entre Génova y los Franceses. Así que Bonaparte vió á Beaulieu empeñado en este movimiento, llamó á Laharpe á su lado. Mientras tanto el centro austriaco había tomado también la ofensiva, sin encontrar ante él más que mil doscientos hombres mandados por el brigadier Rampon; pero la heroica resistencia del general con los soldados de los regimientos 21 y 22, en el antiguo reducto de Montelegino, en donde se habían atrincherado, contrarrestó todos los esfuerzos de Argenteau (11 de Abril) y dió á Bonaparte, que estaba en Savona, el tiempo necesario para concentrar sus fuerzas y dar un golpe decisivo. Laharpe debía amenazar el centro austriaco, mientras que Augereau y Masséna debían envolverle por Cadibone y Montenotte, acentuándose el movimiento de estas divisiones durante la noche.

«El tiempo era frío, lluvioso y cubierto de nieblas; circunstancias que hacían más penosa la marcha del ejército y que prolongaron la incertidumbre de los enemigos. En efecto, al romper el sol de repente la niebla, los Austriacos, estupefactos, se encontraron con nuestras columnas en línea de batalla. Eran las cinco de la mañana. Laharpe atacó el primero el frente de las posiciones del enemigo en Montenotte. Los Austriacos resistieron con valentía y rechazaron los primeros ataques, disponiéndose á tomar la ofensiva, pero su ilusión duró poco, y su desengaño fué terrible, pues Bonaparte, que había salido con la división de Masséna á la una de la madrugada, llegó en este momento, y dando orden de ataque á sus columnas dirige desde una colina vecina su uniforme movimiento. El campo de batalla de Montenotte presentaba realmente en este momento un espectáculo imponente. A los primeros rayos del sol naciente, distinguíanse en las alturas

los regimientos austriacos, húngaros y croatas, con sus uniformes blancos y azules, con sus armas relucientes, formados en apretadas y regulares filas, inmóviles en sus puestos, como si sus pies hubiesen echado raíces en el suelo, y haciendo fuego con la misma precisión y el mismo orden que si estuvieran en un campo de maniobras; y en las laderas de las montañas, las columnas francesas, desembocando al paso de ataque, extendiéndose, serpenteando, y cruzando sus movimientos, como si quisiesen encerrar á los enemigos en los pliegues de sus movibles anillos. Al mirar de lejos sus destrozados uniformes, podían tomarse por las hordas de Atila: en las primeras filas, con la espada desenvainada, iban Massena, Laharpe, Causse, Joubert, impacientes por combatir, ávidos de gloria y arrastrados por el presentimiento de la victoria, que tan rápidamente se comunica desde los generales hasta el último soldado. En un momento la montaña se convirtió en un volcán; pero nada detiene á nuestros soldados, avanzan las columnas, se acercan á las filas austriacas, las atacan á la bayoneta, se apaga el fuego de cañón, se extiende por todas partes el fuego de la fusilería, y se levantan, confusamente envueltos desde este campo de carnicería, entusiastas hurras de victoria y horribles gritos de muerte. Los generales austriacos, confundidos con estas imprevistas combinaciones, cúidanse únicamente de la retirada. Sus soldados, tropas escogidas, no pueden resistir la violencia de estos ataques, y pronto, rotas sus filas, deshechas y dispersas por todas partes, emprenden una fuga desordenada, replegándose hacia Dego, y dejando algunos centenares de muertos en el campo de batalla y dos mil prisioneros. Bonaparte, que había seguido uno por uno todos los detalles de la acción, y dirigió todos los movimientos, baja de la altura donde se había colocado para felicitar á las brigadas y á sus jefes, y principalmente á Massena, cuyas brillantes cargas habían decidido la batalla en nuestro favor.»

Entretanto, Beaulieu había llegado á Voltri sin encontrar ni un enemigo y pudo reunirse fácilmente con el almirante inglés Nelson, y hasta el 13 no supo la derrota de los Austriacos y la entrada de los Franceses en el Piamonte, apresurándose á replegarse sobre Dego, donde esperaba tener el tiempo suficiente para establecerse y fortificarse, ya que las pérdidas sufridas no influían gran cosa en la superioridad numérica de su ejército; pero los Franceses, colocados ya entre los Piamonteses y los Austriacos, dirigían alternativamente sus ataques contra unos y otros, sin darles tiempo de reponerse. Así el 12 de Abril había sido forzado el centro austriaco en Montenotte, y el 14 Bonaparte marchaba sobre Millesimo contra los Piamonteses unidos á algunas fuerzas austriacas.



Batalla de Millesimo (14 Abril 1796). (Dibujo de Carlos Vernet, grabado por Duplessis-Bertaux)

Al romper el día Augereau fuerza la cuenca del Millesimo, mientras que Joubert y Ménard arrojan al enemigo de todas las posiciones de los alrededores y envuelven con un rápido y atrevido movimiento un cuerpo de 1.500 granaderos austriacos, á cuyo frente iba el general Provera, quien, en vez de deponer las armas y rendirse prisionero de guerra, se retira á la montaña de Cosseria y se atrinchera en las ruinas de un antiguo castillo, casi inexpugnable por su posición, haciendo experimentar terribles pérdidas á las tres columnas que se enviaron contra él. La primera iba mandada por Joubert. «El intrépido general Joubert, — dice Bonaparte, — soldado distinguido por su valor, y buen general por sus conocimientos y genio militar, había penetrado ya con siete hombres en las trincheras enemigas cuando cayó en tierra á consecuencia de una herida en la cabeza y sus soldados le creyeron muerto.» Su herida, sin embargo, no era grave, y pocos días después pudo escribir á su familia refiriéndole los peligros por que había pasado:

«Nada más espantoso que el asalto en que fuí herido al saltar por una almena: mis soldados me sostenían en alto; con una mano me asía al muro y paraba las piedras con mi sable, mientras mi cuerpo era el blanco de otras dos trincheras próximas que disparaban sobre mí. Paré dos piedras y no recibí más que un balazo en el uniforme y caí en el momento de entrar. La columna, aturdida por este nuevo modo de combatir, quedó quebrantada. Fué necesario mi sacrificio, y me acordé de que había sido granadero.»

Más desgraciadas fueron todavía las otras dos columnas, quedando heridos de muerte Banel y Quesnin, los dos generales que las mandaban. Pero al día siguiente (14 de Abril), mientras que Augereau bloqueaba á Provera, Ménard rechazaba los ataques del centro enemigo y Massena deshacía su izquierda, Laharpe formó su división en tres columnas, la primera de las cuales atacó el ala izquierda del enemigo por la derecha, la segunda marchó de frente sobre él y la tercera, tomando por una quebrada, le cortó la retirada. Todos estos movimientos, secundados por la intrepidez de las tropas y el talento de los distintos generales que las mandaban, dieron el resultado apetecido, y el enemigo, envuelto por todas partes, no tuvo tiempo siquiera de capitular y nuestras columnas sembraron en él la muerte

y el espanto, obligándole á emprender una fuga desastrosa. Bonaparte persiguió á los Piamonteses hasta que recibió la noticia de que Massena se había dejado sorprender vergonzosamente en Dego por Wukassovich, enviado á través del valle de Orba en auxilio de Argenteau, á quien los austriacos creían todavía en Dego, habiendo perdido una parte de su artillería. Bonaparte acudió rápidamente, y á pesar de la enérgica resistencia que encontró, y que mantuvo por espacio de algún tiempo indecisa la victoria, los Austriacos fueron rechazados.

De este modo, mientras que los Piamonteses se veían obligados á replegarse sobre Ceva, los Austriacos eran arrojados sobre Acqui, quedando de este modo completamente separados, y los Franceses dueños de los caminos de Turín y de Milán. Una campaña de cuatro días escasos había sido suficiente para alcanzar tan maravilloso resultado, y nos había proporcionado diez mil prisioneros, cuarenta cañones y gran número de banderas. No es de extrañar, pues, que Napoleón, al referir estos grandes hechos en su destierro de Santa Elena, se aparte un tanto de aquella majestuosa gravedad é imposibilidad con que refiere generalmente sus campañas.

«Realmente fué un espectáculo sublime, dice, la llegada del ejército á las alturas de Montezemoto, desde donde se descubrían las inmensas y fértiles llanuras del Piamonte, del Po y del Tanaro; serpenteaban á lo lejos una multitud de riachuelos, y coronaba el horizonte de esta rica cuenca de la tierra prometida una blanca cinta de hielo y nieve de grande elevación. Esta gigantesca barrera, que parecía constituir los límites de otro mundo, y á la que la naturaleza se había complacido en hacer tan formidable y el arte nada le había escatimado, acababa de caer como por encanto. «Aníbal forzó los Alpes,—dijo Napoleón al fijar su vista en estas montañas;—nosotros les hemos dado la vuelta.» Frase cierta que resumía en dos palabras la idea y el objeto de la campaña.»

Considerando que había llegado la ocasión de acabar con los Piamonteses antes de que se les reuniesen los Austriacos, se limitó á dejar á Laharpe enfrente de Beaulieu, y dirigió todas sus fuerzas, formadas en tres divisiones, á envolver á los Piamonteses. Colli pudo escapar por medio de hábiles movimientos, pero alcanzado

en su retirada sobre la meseta de Mondovi por el ejército francés, perdió tres mil hombres, ocho cañones y once banderas, apoderándose también los Franceses de la población, aunque perdiendo en este combate á Stengel, uno de los mejores generales de la caballería ligera.

«Era este general, dice Napoleón, aguerrido, inteligente y perspicaz; reunía á las cualidades de la juventud las de la edad madura. Era un verdadero general de vanguardia; dos ó tres días antes de su muerte, habiendo sido el primero de entrar en Lezegno, á donde el general en jefe llegó algunas horas después, había previsto todos los detalles: había reconocido los desfiladeros y los vados, se había proporcionado guías seguros, el cura y el cartero habían sido interrogados; había establecido inteligencias con los habitantes, se habían enviado gran número de espías en todas direcciones, se habían recogido las cartas, y traducido y examinado todas aquellas que podían contener noticias militares; se habían adoptado toda clase de medidas para organizar almacenes de provisiones para el sostenimiento del ejército; desgraciadamente, Stengel era corto de vista, defecto esencial para su cargo y que le fué funesto.»

La batalla de Mondovi (21 de Abril) arrojó á los Piamonteses al otro lado del Stura; los Franceses ocuparon Fossano, por donde pudieron establecer comunicaciones directas con Niza, por el collado de Tenda y de Cherasco, que está sólo á diez leguas de Turín. El Piamonte estaba consternado: era inminente la guerra civil: Bonafous y Benza sublevaron á Alba en sentido republicano, y este movimiento amenazaba propagarse por todo el país. Víctor Amadeo firmó el armisticio de Cherasco (28 de Abril). El ejército sardo debía ser distribuído en las plazas fuertes, y los Franceses ocuparían, hasta la firma de la paz, Ceva, Cortona y Alejandría, quedando en poder de Francia, Saboya y Niza, condiciones confirmadas, en efecto, un mes después por el tratado de París.

El ejército victorioso podía procurarse en adelante por medio de requisas todo lo que le era necesario; el pillaje no tenía ya excusa, y sin embargo las últimas victorias habían ido acompañadas de espantosos excesos, que constituyeron una verdadera deshonra para el ejército y un peligro siempre creciente para la disciplina militar, principalmente cuando se funda en la confianza

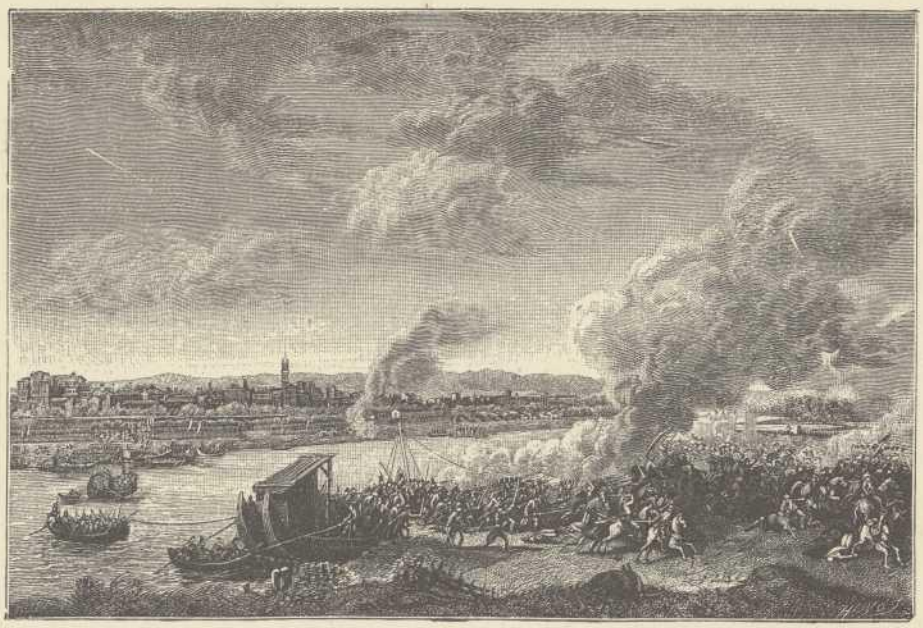
que da el triunfo, como se había visto en Dego, al propio tiempo que un obstáculo al progreso de nuestras conquistas. Bonaparte pensaba, con razón, que es mucho más ventajoso tratar con benevolencia á los habitantes del territorio en que se combate, y que era preciso evitar toda clase de vejaciones y de violencias contra los Italianos, de quienes se podía esperar un poderoso apoyo en la lucha contra Austria, pues, en efecto, los Franceses tenían el derecho de presentarse ante ellos como verdaderos amigos, que les aportaban á la vez la libertad política, la democracia y la independencia nacional. Este punto de vista parecía corresponder principalmente á un caudillo cuya nacionalidad le hacía considerar, como él, como un compatriota. Así el mismo Napoleón reconoció más adelante en Santa Elena que su origen le había favorecido en gran manera para sus triunfos en Italia.

Bonaparte procuró, pues, cortar los excesos de sus soldados, y por medio de una alocución que les dirigió en el momento de entrar en la Lombardía, y en la que apelaba á su honor, demostró con qué energía pensaba reprimir tales desórdenes si llegaban á repetirse. En esta alocución parece creer, como se verá por su lectura, que los miserables cuya conducta anatematizaba estaban vendidos á los enemigos de Francia y de la Revolución. Costumbre era ésta de la época, pues los mismos hebertistas, aquellos que se llamaban *los decididos*, fueron condenados á instancias de Robespierre «como secuaces de Pitt y de Coburgo.»

«Amigos, decía, os prometo que realizaremos esta conquista, pero es menester que juréis cumplir la condición que os impongo, de respetar los pueblos á quienes dais la libertad, y reprimir los horribles excesos á que se entregan algunos criminales incitados por nuestros enemigos. Sin esto no seréis los libertadores de los pueblos, sino su azote; no honraréis al pueblo francés, que os desautorizará.

»En cuanto á mí y á los generales que cuentan con vuestra confianza, nos avergonzaríamos de mandar un ejército sin disciplina y sin freno, y que no conociera más ley que la de la fuerza. Pero yo sabré hacer respetar á este puñado de bandidos las leyes de la humanidad y del honor que pisotean, y no toleraré que unos cuantos infames marchiten vuestros laureles. Los saqueadores serán irremisiblemente pasados por las armas; ya lo han sido algunos.»

No eran éstas en realidad vanas amenazas, pues en 21 de Abril, habiéndose presentado unos monjes de la población de San Miguel á quejarse de que se les habían robado los vasos sagrados, Bonaparte hizo formar la brigada á que pertenecían los culpables, y registrados éstos, se les encontraron los vasos robados, é inmediatamente se les formó consejo de guerra y fueron fusilados en el mismo



Paso del Po. (Pintura en lienzo por Bacler Dalbe)

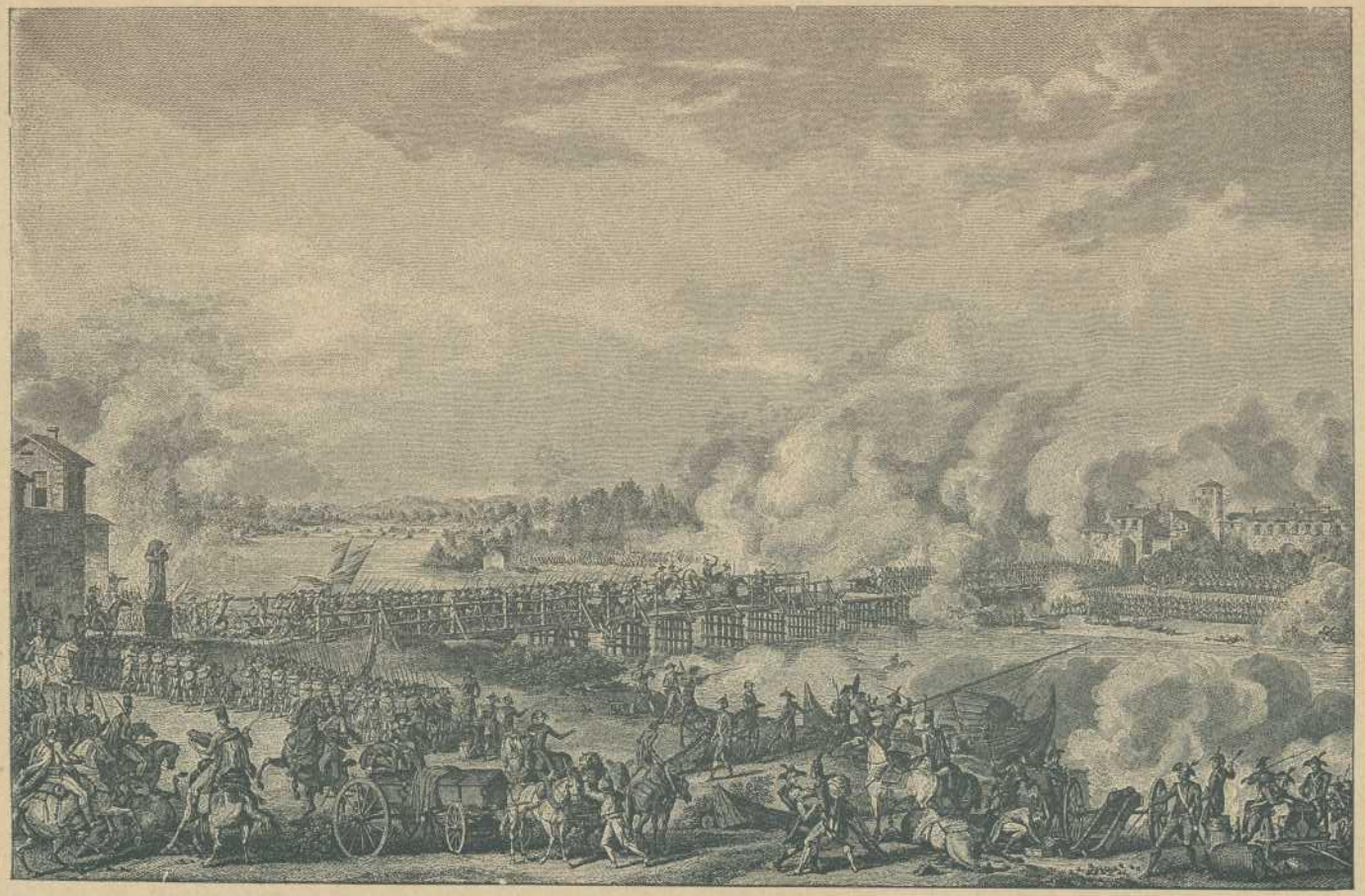
camino. No satisfecho aún, se atrevió á más todavía: hizo desfilar el ejército por delante de los ensangrentados cadáveres de sus compañeros, despreciando los amenazadores murmullos que se oían en las filas: se les había prometido el saqueo en Italia, decían, y se les faltaba á la palabra.

La misma conducta observó en sus relaciones con los jefes y las autoridades de los pueblos que cayeron en su poder, y si se mostró inflexible, y algunas veces hasta duro cuando creyó que convenía á sus miras, no consideraba ciertamente que la violencia grosera sirva á nadie, y á pesar de la indignación de Augereau y de sus secuaces, que decían en voz alta «que con los tiranos no se trata, sino que se les aplasta,» demostró gran cortesía en las negociaciones que pre-

cedieron al armisticio de Cherasco y se propuso obrar de la misma manera en circunstancias análogas.

Beaulieu, entretanto, no se creyó seguro más que al otro lado del Pó, sentando su campo entre la Secia y el Tessino. No era menos dudosa la situación de los Franceses, pues era verdaderamente peligroso avanzar hacia el Norte, dejando á sus espaldas el Piamonte, cuya neutralidad era muy sospechosa, y aventurándose á ser atacado por el flanco, por un ejército salido de la Península. Manifiestas eran en verdad las disposiciones hostiles de las cortes de Roma y de Nápoles, que no esperaban más que una ocasión favorable para atacarles; pero Bonaparte pensaba también que una derrota brillante de los Austriacos reduciría á la impotencia tales propósitos. Con este objeto, y con la rapidez que no era de extrañar en los soldados de Montenotte y de Millesimo, se dirigió sobre Placencia, con objeto de pasar el Pó detrás de los Austriacos y cortarles la retirada. Logrado este objeto, el ejército de Beaulieu estaba perdido; pero Bonaparte no era todavía emperador, era sólo general, y su ejército carecía de material de puentes, por lo que, á pesar de toda la actividad que desplegó, fué necesario cierto espacio de tiempo para reunir las barcas indispensables, y el paso se verificó con lentitud, mientras que Beaulieu, gracias á una rápida marcha, en que los Austriacos rivalizaron en ligereza con los Franceses, pudo fortificarse detrás del Adda, y únicamente una pequeña parte de su ejército fué alcanzada en Fombio, y arrojada sobre Pizzighettone por Laharpe, que pereció en un combate nocturno á manos de sus propias tropas. La combinación, pues, no había dado todos los resultados que se esperaban, pero bastó para hacer perder á los Austriacos todo el territorio situado entre el Tessino y el Adda.

No se satisfizo con esto Bonaparte, sino que se propuso atravesar el Adda por el puente de Lodi, que Beaulieu no había tenido tiempo de volar, pero que defendía con diez mil austriacos y treinta cañones, á pesar de lo cual cayó en poder de los Franceses después de un encarnizado y heroico combate, viéndose obligado Beaulieu á abandonar la ofensiva y á retirarse detrás del Mincio, al abrigo de la fuerte plaza de Mantua.



Paso del puente de Lodi (9 de Mayo de 1796). (Según un dibujo de Carlos Vernet, grabado por Duplessis-Bertaux)

El combate de Lodi elevó hasta el entusiasmo la admiración de los soldados hacia su joven general. Refiérese que la noche de esta batalla los soldados más antiguos se reunieron en una especie de asamblea, en la que decidieron que su general era demasiado joven para mandarlos, y que era necesario hacerle pasar por todos los grados de la milicia, conviniendo unánimemente en que aquel día se había ganado los galones de cabo, y al pasar la revista se le saludó con el nombre de *petit Caporal*, que se hizo popular. En el resto de la campaña debía adquirir sucesivamente los otros grados.

Masséna había precedido á Bonaparte y entrado en Milán, en donde había hecho guardar la más estricta disciplina, con grande admiración de los habitantes, que conocían la mala fama del ejército de Italia, y cuando Bonaparte en persona hizo su entrada en la ciudad, fué recibido en ella como un verdadero monarca. Ya sea por admiración, ya por esperanza, ya por temor, la clase media y la nobleza, lo propio que el pueblo, salieron á su encuentro, y el ayuntamiento, que le había levantado un arco de triunfo, se le presentó con ramas de olivo en la mano á entregarle las llaves de la ciudad (15 de Mayo).

La Italia del Norte empezaba á conmoverse ante la idea del renacimiento de su nacionalidad; Bonaparte dió á Milán un gobierno municipal y fundó una guardia nacional, y parecía haber llegado el tiempo en que no se viese á la desgraciada Italia combatir, como decía el poeta Filicaja, por causas extranjeras, para ser siempre esclava, ya fuese vencedora, ya vencida. Pero era necesario para esto que ayudase á Francia para librarse del yugo de Austria. Bonaparte impuso á Milán una contribución de guerra de veinte millones; al pasar el Pó, había hecho firmar ya al duque de Parma el armisticio de Placencia, por el que se obligaba á entregar dos millones en plata, caballos, víveres, objetos de arte, y otras curiosidades, entre las cuales estaba la célebre inscripción en bronce llamada tabla de Velleia, que contenía la institución alimentaria de Trajano, y veinte cuadros, entre ellos el San Jerónimo del Corregio, por cuyo rescate el duque, á pesar de sus pérdidas, había ofrecido un millón, á cuya oferta Bonaparte respondió: «Que el millón se gastaría en seguida, y que en adelante encontraría muchos otros para conquistar, mientras que una obra maestra era

eterna, que su contemplación inspiraría otras, y que sería un ornamento para su patria.»

A pesar de las legítimas glorias que otros generales habían proporcionado á la República, aun no se había encontrado en ninguno de ellos tanta grandeza de miras y tanta elevación de pensamientos. Bonaparte no sólo no pedía dinero al Directorio, sino que le enviaba diez millones, remitía también dinero á su colega Moreau para el ejército del Rhin, y su nombre empezaba á resonar por toda Francia. Por su parte, el Directorio empezaba á inquietarse por semejante fama, y no dejaba de tener cierta razón, como lo ha confesado el mismo Bonaparte. «Después del combate de Lodi, dice, es cuando se me ocurrió la idea de que podía jugar un papel decisivo en nuestra situación política;» y agregó más adelante: «Entonces fué cuando empecé á indisponerme con el Directorio.» Los recelos del Directorio eran para Bonaparte la mejor prueba de la importancia que había adquirido en su patria; pero entre las manifestaciones de admiración, más ó menos directas, que recibió en esta época, ninguna fué sin duda tan importante como la del general que hasta entonces había ocupado sin disputa el primer puesto y para el que Bonaparte era ya un émulo. El general Hoche le escribía desde la Vendée, doce de Floreal, año IV (1.° de Mayo de 1796):

«¡Gloria a los héroes de Millesimo! ¡Gloria al valiente jefe que los manda! El Directorio ha comunicado al ejército que tengo la honra de mandar la brillante victoria que el de Italia ha alcanzado sobre los enemigos de la República. Aceptad, querido general, el testimonio de la viva y pura alegría que vuestras victorias han producido en nuestros corazones. Continuaréis á buen seguro, valiente general, produciéndonos en adelante tan agradables emociones, y yo, particularmente, me felicito de haberos conocido. Salud y amistad.»

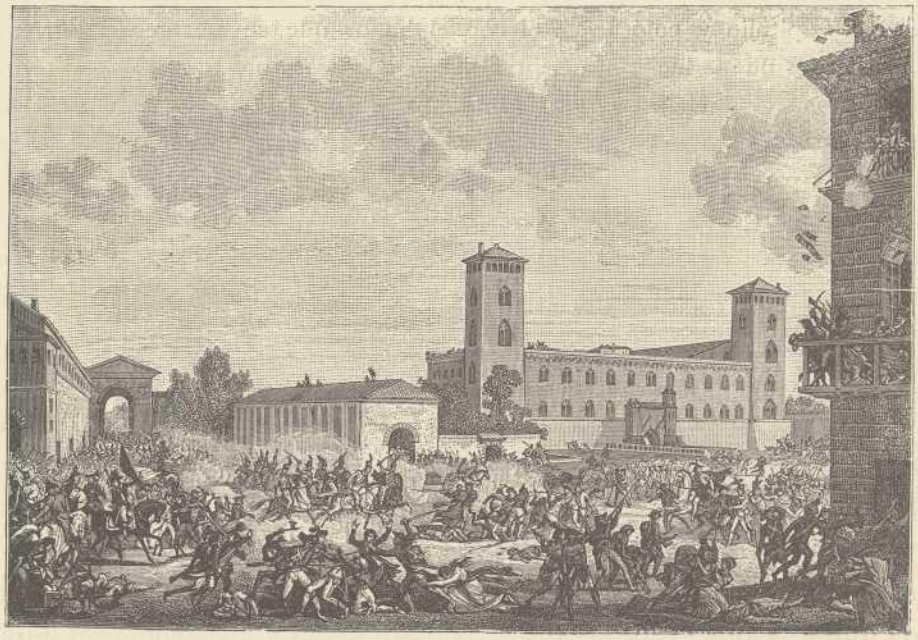
¡Si tales eran los sentimientos de sus compañeros de Francia y de los mismos Italianos, cuáles debían ser los de sus soldados! Desde Lodi juzgaron que con tal jefe no había nada imposible, y esta admiración y esta adhesión sin límites supo mantenerlas con sus proclamas, entre las que se distingue la que les dirigió desde Milán, que transcribimos íntegra, y que es una de las arengas más hermosas que general alguno haya dirigido á sus tropas:

«Soldados:

»Os habéis precipitado como un torrente desde lo alto del Apenino. Habéis arrollado y destruído todo cuanto se oponía á vuestra marcha.

»El Piamonte, libertado de la tiranía austriaca, se ha entregado á sus sentimientos naturales de paz y amistad para con Francia.

»Milán es vuestro, y el pabellón republicano ondea en toda la Lombardía. Los duques de Parma y de Módena deben su existencia política únicamente á vuestra generosidad.



Sublevación de Pavía, el 7 Pradial año IV. (Dibujo de Carlos Vernet, grabado al agua-fuerte por Coiny)

»El ejército que os amenazaba con tanto orgullo, no halla barreras bastantes seguras contra vuestro valor. El Pó, el Tessino y el Adda no han podido deteneros un solo día, han sido insuficientes estos tan celebrados baluartes de Italia, los habéis salvado tan rápidamente como los Apeninos.

»Tantos triunfos han henchido la patria de júbilo: vuestros representantes han ordenado dedicar una fiesta á vuestras victorias en todas las ciudades de la República. Allí, vuestros padres, vuestras madres, vuestras esposas, vuestras hermanas y vuestras novias, celebran tales hazañas y se enorgullecen de perteneceros.

»¡Sí, soldados! mucho habéis hecho: pero ¿creéis que no os queda nada más qué hacer? ¿Se ha de decir de nosotros que hemos sabido vencer, pero que no hemos sabido aprovecharnos de la victoria? ¿La posteridad nos reprochará

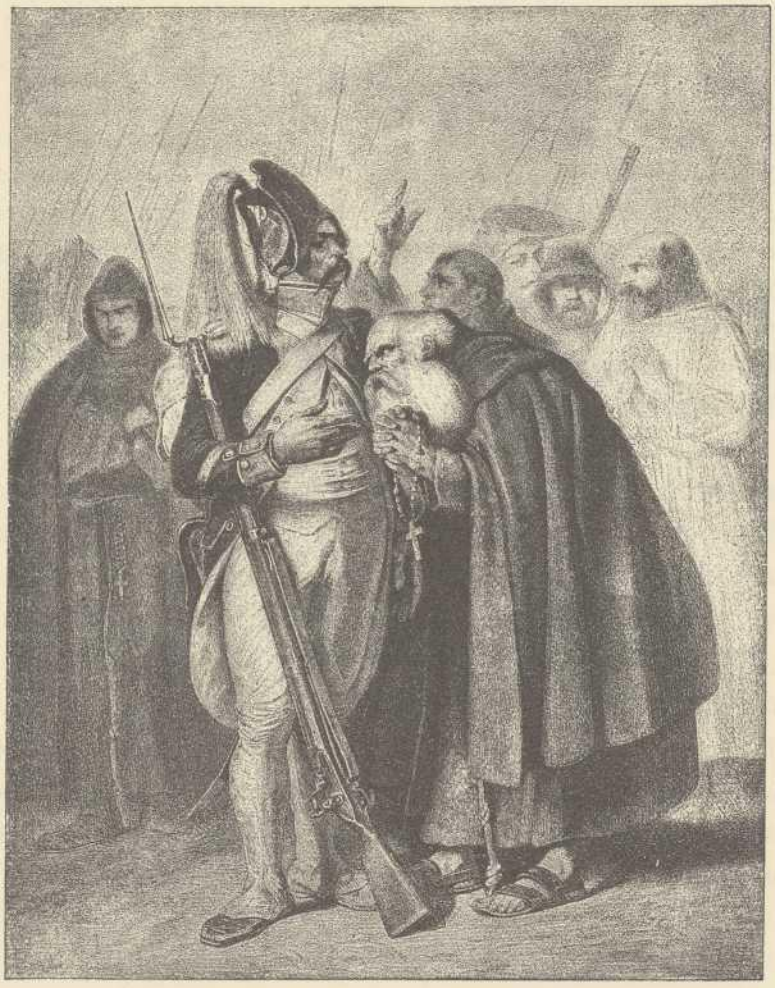
haber hallado otra Capua en Lombardía? No; os oigo ya gritar: ¡á las armas! El descanso del cobarde os fastidia; los días perdidos para la gloria lo son también para vuestra felicidad. Pues bien, ¡muchachos! Tenemos tudavía jornadas forzadas que hacer, enemigos que someter, laureles que recoger é injurias que vengar.

»También los que han afilado los puñales de la guerra civil en Francia, aquellos que han asesinado cobardemente á nuestros embajadores é incendiado nuestros navíos en Tolón; pero no deben temer las naciones; somos amigos de todos los pueblos, y más particularmente de los descendientes de Bruto, de Scipión y de los grandes hombres á quienes hemos tomado por modelo. Restablecer el Capitolio y colocar en él con el honor que se merecen las estatuas de los héroes que le hicieron célebre, despertar al pueblo romano adormecido por muchos siglos de esclavitud, tal ha de ser el fruto de nuestras victorias, que harán época en la más remota posteridad. Tendréis la gloria inmortal de mudar la faz de la parte más hermosa de Europa.

»El pueblo francés es libre y respetado del mundo entero, dará á Europa una paz gloriosa, que la indemnizará de los sacrificios de toda clase que hace desde seis años á esta parte. Volveréis entonces á vuestros hogares y vuestros conciudadanos al veros diran: *¡Era del ejército de Italia!*»

En este ejército, que conservaba los sentimientos de los soldados de los primeros tiempos de la Revolución, se encontraban también no sólo ejemplos extraordinarios de actividad y de valor, sino rasgos de desinterés, que demuestran que el patriotismo se imponía hasta á las aspiraciones más justas de la carrera militar; así Joubert no acepta más que á la fuerza los ascensos, obligándosele á ello, como en cumplimiento de un deber; así Belliart escribía á Bonaparte, que acababa de nombrarle general de brigada, rechazando este ascenso, considerando que su cargo de ayudante de Estado Mayor era más adecuado á su edad y á su corta experiencia, y que, en esta situación podría ser más útil á su patria y continuar mereciendo el aprecio de sus jefes, y al mismo tiempo participaba á su padre la honrosa distinción de que había sido objeto, y su negativa á aceptarla, diciéndole: «Estoy bien seguro de que aprobarás mi conducta, ya que siempre me has recomendado que sirviese á la patria por amor y no por ambición, y que en cualquier ocasión que se presentara sacrificase mi interés particular en aras del bien público.» Este hecho no era un hecho aislado; tales sentimientos eran los que dominaban en la mayoría de

los oficiales, y semejantes actos nos han de presentar otros ejemplos parecidos. Hermoso era mandar á semejantes soldados; así lo sentía Bonaparte, y confiando siempre en su superioridad, procuraba dar á cada uno lo que le correspondía, según su mérito. De este modo



Sublevación de Pavia. (Pintura de Raffet, litografiada por Llanta)

había cambiado por completo la actitud de su Estado Mayor desde la primera vez que lo reunió en Albenga en el mes de Marzo.

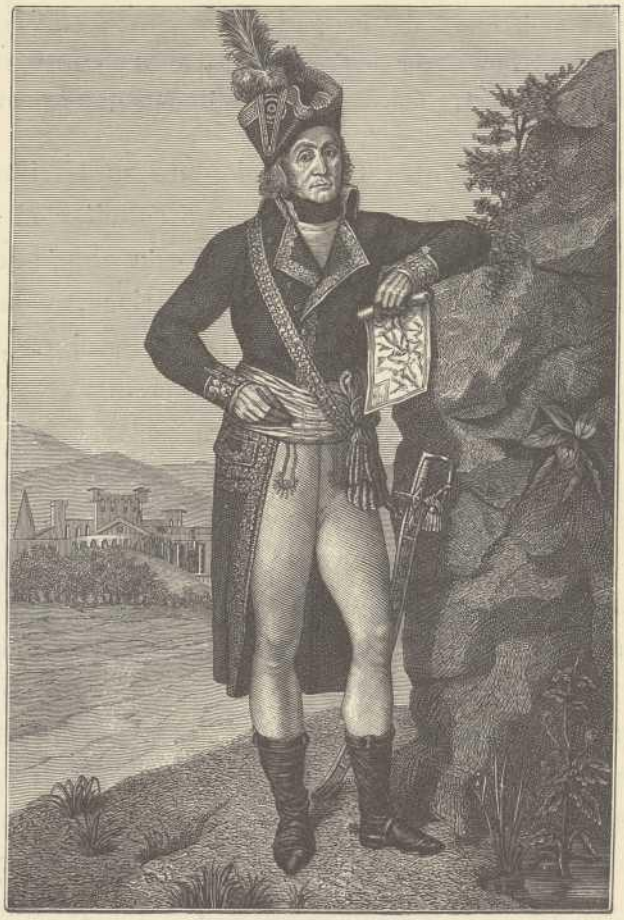
Miot de Mélito, plenipotenciario de la República Francesa ante el gran duque de Toscana, que fué á conferenciar con Bonaparte en Brescia en el mes de Junio, quedó admirado del respeto y de la veneración que se profesaba al general:

«Extraordinariamente sorprendido quedé al verle, pues el espectáculo que presencié era por cierto bien distinto del que en mi imaginación me había yo forjado. En medio de un Estado Mayor numeroso, divisé á un hombre de una estatura inferior á la regular y de una excesiva delgadez; su empolvada cabellera, cuadrada por encima de sus orejas, caía sobre sus hombros. Vestía un traje completamente abotonado, adornado con un pequeño y muy estrecho bordado de oro, y ostentaba en su sombrero una pluma tricolor. En el primer momento no me fué simpática su figura; pero los rasgos pronunciados de su fisonomía, su mirada viva é inquisitorial y su acción animada y brusca, revelaban un alma fogosa, y su frente, prolongada y recelosa, un pensador profundo... Atravesó varias de las piezas que precedían al sitio en que me había recibido y dió algunas órdenes á sus ayudantes Murat, Lannes, Junot y otros oficiales que le rodeaban. Todos permanecían ante su general con una actitud respetuosa, y hasta se podía decir llena de admiración, y no eché de ver entre él y sus compañeros de armas ninguna de aquellas muestras de familiaridad que había observado en otras ocasiones y que justificaban en parte las ideas republicanas. Entonces había ya fijado él su lugar y las correspondientes distancias.»

Bonaparte, en medio de tantas glorias, estaba preocupado por dos motivos enteramente distintos: uno que afectaba á su corazón, y á su ambición el otro. Estaba muy disgustado por la ausencia de Josefina, y tenía noticias de que el Directorio abrigaba la idea de ocupar el Norte de Italia por Kellermann y el ejército de los Alpes, habiendo comunicado ya á Carnot estas dos ideas que le atormentaban, y hasta había ofrecido una vez su dimisión al Directorio, en una carta muy moderada, pero muy digna á la vez, que contenía la expresión de sus justas quejas; mas al propio tiempo decía en el seno de la confianza á uno de sus amigos: «Realmente mis victorias llevan consigo, al propio tiempo que la vida del Directorio el despertar su recelo, pero no tengáis cuidado de que acepten mi dimisión, pues no son bastante fuertes para combatirme, y se guardarán bien de aceptarla, en la inteligencia de que si se atreviesen á hacerlo sublevarían contra ellos á toda la Francia.

Estas preocupaciones, sin embargo, no paralizaban en lo más mínimo su actividad. En 25 de Mayo salió de Milán y se dirigió hacia el Mincio, y así que estuvo en camino supo que Pavía se había sublevado y que la insurrección se propagaba á la campiña. La causa principal de este movimiento eran las contribuciones

impuestas por los Franceses; constituía esto un peligro de los más graves y se hacía necesario cortar el mal en su principio. Bonaparte regresa en persona con un batallón, trescientos caballos y una batería, derriba las puertas, fusila al ayuntamiento y entrega



El general Kilmaine

la población al saqueo durante tres horas, como le pedían sus soldados (26 de Mayo). Constituye este hecho un castigo militar de los más terribles. Sin embargo, queriendo Bonaparte demostrar aún en medio de tal revolución su respeto por todas las glorias de Italia, tuvo gran cuidado en salvar las casas del naturalista Spallanzani y del ilustre físico Volta.

Bonaparte volvió á emprender su marcha, y llegó á Brescia en

28 de Mayo, y como la revolución de Pavía había sido una advertencia, mostróse aún más decidido á evitar que las poblaciones fuesen tratadas con dureza y á obrar con ellas con arreglo á las circunstancias. Hizo publicar en Brescia una proclama en la que decía:

«Pueblos de Italia: El ejército francés viene á romper vuestras cadenas; el pueblo francés es amigo de todos los pueblos; asociaos á él. Vuestras riquezas, vuestras costumbres y vuestra religión serán respetadas; nosotros, como enemigos generosos, haremos la guerra únicamente á los tiranos que os envilecen.»

Venecia protestó contra la violación de su territorio, pero en realidad Bonaparte no hizo nada más que solicitar el paso que se había concedido antes á Beaulieu; pues esta República no había sostenido su neutralidad ante el general austriaco, y le había permitido que se apoderase de la ciudadela de Peschiera, por lo que los Franceses, prescindiendo de tales protestas, atravesaron el Mincio. El puente de Borghetto cayó en nuestro poder como el de Lodi, y el enemigo fué rechazado á las alturas de Valeggio.

Refiérense de este hecho algunos episodios interesantes: sesenta granaderos se atrevieron á pasar el río bajo el fuego del enemigo, con agua al cuello y llevando el fusil sobre su cabeza. El éxito de la jornada se decidió por la caballería francesa, que Bonaparte se atrevió por vez primera á lanzar contra la célebre caballería austriaca. Murat mandaba los escuadrones, y en medio de su victoria, Bonaparte estuvo á punto de caer prisionero en Valeggio por el ala izquierda del ejército de Beaulieu, que Masséna había dejado pasar; sólo le quedó el tiempo suficiente para atrancar la puerta principal de la casa en que estaba, y escaparse por los jardines. Entonces comprendió la necesidad de crear un cuerpo encargado de la defensa del general en jefe; tal fué el origen de los guías.

Mientras Beaulieu se retiraba hacia el Tirol, Bonaparte ocupó las plazas venecianas de Verona y Legnano, lo cual le aseguró la línea del Adigio, y encerró en Mantua á doce mil Austriacos, que no acertaban á explicarse su derrota.

Napoleón gustaba de recorrer solo, durante la noche, las avanzadas y los vivacs, para enterarse de la situación y de las ideas de sus soldados; interrogaba también á los prisioneros, á

quienes los Franceses trataban, después de la batalla, casi como á compañeros. El mismo Napoleón refiere que al interpelar, sin darse á conocer, á un viejo capitán húngaro que se calentaba en una de las hogueras, éste le respondió:

«...¡Que en realidad habían sido vencidos, pero que no acertaban á explicárselo, pues tenían que combatir con un joven general, siempre y en todas partes á la vez: de frente, por detrás, por los flancos y en la retaguardia; que no se sabía cómo colocarse para combatir con él; que este sistema de guerra estaba por fuera de las reglas y de todas las costumbres; que no era posible resistir, y que era verdaderamente insoportable!»

No era únicamente por medio de este militar como se expresaba el sentimiento de admiración y hasta de mal humor que inspiraba la táctica de Bonaparte, pues con toda la ingenuidad más agradable la expresaba también el marqués de la Seiglière en una de las obras más bonitas del teatro contemporáneo: «¡Tres semanas! ¡qué falta de formas sociales! ¡Habladme de la guerra de los Siete años... de la guerra de los treinta años! ¡enhorabuena! Estos son generales bien educados.»

CAPITULO II

CAMPAÑA DE ITALIA: SEGUNDA PARTE

OPERACIONES CONTRA WURMSER Y ALVINZY. — CASTIGLIONE. — BASSANO. — ARCOLA. RÍVOLI. — MANTUA



AS tropas de Beaulieu habían quedado dispersas ó destruídas, pero Austria organizaba un ejército de cuarenta mil hombres, sacados en su mayor parte del ejército del Rhin. En los montes de Liguria los habitantes, excitados en secreto por los aristócratas del gobierno de la república de Génova, degollaban los guías é interceptaban los convoyes, mientras que Parma, Módena, el Piamonte y Venecia no esperaban más que un pequeño desastre del ejército francés para sumarse á sus enemigos; y los Ingleses, siempre dueños de Córcega, ocupaban el puerto de Liorna, enfrente de aquella isla, y Roma y Nápoles hacían grandes armamentos. Bonaparte, entonces, dejó ocho mil hombres delante de Mantua, veinte mil en la línea del Adigio, y con siete ú ocho mil se dirigió hacia la Península. El rey de Nápoles no esperó siquiera á que Bonaparte realizase su primer movimiento, pues aún se encontraba éste en Roverbello, enfrente de Mantua, cuando recibió su sumisión (5 de Junio); se acordó un armisticio, y se envió un plenipotenciario á París,

firmándose un tratado en 5 de Octubre, por el que Nápoles cerraba sus puertos á los Ingleses.

Mientras que Murat y Lannes recorrían el territorio de Génova, castigando las bandas que habían degollado á los Franceses, arrasaban el castillo de Spinola, principal instigador del movimiento, y obtenían del Senado todas las satisfacciones apetecibles, Bonaparte se dirigía á los Estados Pontificios. En 19 de Junio entró en Bolonia, metrópoli de la Romaña, que tantas veces había tratado de sacudir el yugo pontificio, y en cuya población, tan ilustrada y tan activa, fueron recibidos los Franceses como libertadores. Ferrara no puso tampoco mayor resistencia, y el Pontífice Pío VI, temiéndolo todo de parte de los revolucionarios, se apresuró á enviar á Bonaparte al célebre Azara, embajador de España en la corte romana, ya que el rey de España había sido el primer monarca que se había aliado con la República, por la que el Pontífice esperaba que facilitaría las negociaciones, firmándose el armisticio de Bolonia en 23 de Junio, en virtud del cual el Papa reconocía la independencia de las Legaciones, entregaba un sinnúmero de armamentos de todo género, veinte y un millones, quinientos manuscritos, y cien cuadros ú obras de arte, á elección de los emisarios franceses, entre los cuales se fijó *el busto del patriota Bruto*, del museo de Capitolio.

Después de esto el ejército francés se dirigió hacia Toscana, y Murat, jefe de la vanguardia, volvió bruscamente sobre Liorna, esperando sorprender á los negociantes ingleses que tenían en el puerto más de cien barcos cargados hasta los topes; pero tuvieron tiempo para huir y refugiarse en los puertos de Córcega. Encontró, sin embargo, riquezas inmensas en los almacenes, y desde allí Bonaparte hizo enviar armas y municiones á los patriotas corsos, que pudieron de este modo rechazar á los Ingleses.

Toscana tenía entonces el gobierno más ilustrado de toda Italia, y era, desde cualquier punto de vista que se considerase, la comarca más civilizada. El gran duque Fernando y su ministro Manfredini habían continuado las tradiciones de Leopoldo. Las ideas de la revolución francesa no les eran desconocidas, y, por otra parte, no perdían gran cosa con la ocupación de Liorna por los Franceses, que no habían hecho más que reemplazar á los Ingleses; por todo lo cual,

el gran duque invitó á Bonaparte á que fuese á Florencia, en donde fué objeto de una espléndida recepción, y en donde el general republicano trató al gobierno de Toscana con todas las consideraciones debidas á un aliado á quien se respeta á pesar de su debilidad.

Pero esta conducta, verdaderamente política y humana, no era del gusto del Directorio, que se quejaba de que no se aprovechasen los triunfos que se acababan de obtener para transformar la Italia, y le disgustaba que no se hubiesen aceptado en Módena las ideas



Retaguardia del papa, ó la fuga del reverendo padre caporal. (Nota satírica de la época)

del partido republicano, y no se hubiese tratado de hacer triunfar en todas partes los verdaderos principios de la revolución. En vano Bonaparte les hacía ver «la necesidad de no crearse nuevos enemigos en aquellos momentos,» los agentes del Directorio obraban en Toscana como en país conquistado; de tal manera, que Bonaparte tuvo que hacer entrar en orden, y contener las malversaciones de «aquella nube de ladrones que habían caído sobre Italia,» particularmente en Liorna, en donde muchos tenían un título oficial, obtenido á expensas de la debilidad del gobierno, después de lo cual volvió nuevamente al sitio de Mantua. Sus victorias le habían proporcionado el material que necesitaba, sin tener que recurrir á Francia; así pudo reunir en Borgoforte, en donde había establecido

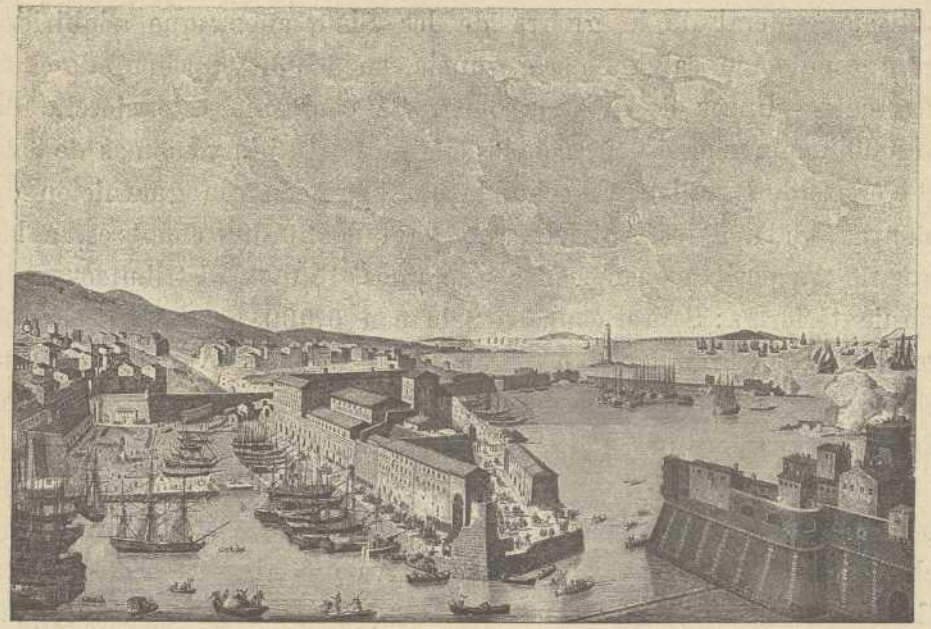
su parque de sitio, un buen número de los cañones de Bolonia y de Ferrara, unidos á los de la ciudadela de Milán, que se había rendido en 29 de Junio.

Tanta gloria, tal cúmulo de trabajo y tantos motivos de preocupación no impedían á Bonaparte escribir á Josefina, que permanecía en París, gran número de sentidas y apremiantes cartas. «Estás enferma, le decía en 15 de Junio. Te acuso y me amas; te he disgustado y no consigo verte. Esta idea me trastorna... Te acuso de que permanezcas en París, en donde estás enferma; perdóname, querida mía; el amor que me inspiras me priva la razón, que no recobraré ya más, pues no curaré de esta enfermedad.»

A últimos de Junio, Josefina se volvió á reunir por fin con Bonaparte en Milán, en donde le presentó un joven artista francés que había encontrado en Génova, arrastrando una existencia verdaderamente penosa, ganándose el sustento haciendo miniaturas y retratos al lapiz. Llamábase Juan Antonio Gros; y Bonaparte le agregó á su Estado Mayor, dándole el título de oficial. El joven pintor prestó muchos y buenos servicios, por la gran facilidad con que aprendió la lengua italiana; le dió un elevado cargo de carácter honorífico, y fué uno de los comisarios encargados de elegir las obras de arte á que tenían derecho por los tratados.

Muy poco tiempo después (18 de Julio) Bonaparte abrió brecha en los muros de Mantua, y en aquel mismo día escribió á Josefina, que se había quedado en Milán, lo siguiente: «He pasado la noche sobre las armas, y me habría apoderado de Mantua por un golpe atrevido y feliz, si las aguas del lago no hubiesen bajado de una manera súbita, haciendo que mis tropas, que se habían embarcado, no pudiesen lograr su objeto. Esta noche haré otra maniobra, pero no espero de ella buenos resultados.» Y agregaba: «Estoy sumamente preocupado por tu salud, por saber lo qué haces; yo, por mi parte, he visitado la quinta de Virgilio, á orillas del lago en que se refleja la argentada luna, y no he cesado un instante de pensar en Josefina.» Más adelante, y volviendo á tratar del sitio de Mantua, que tanto le preocupaba, decía: «El enemigo ha hecho (28 de Junio) una salida general, nos ha ocasionado doscientas bajas entre muertos y heridos, pero ha perdido quinientos hombres al retirarse

precipitadamente... Han llegado á Brescia tres regimientos napolitanos, que se han separado ya del ejército austriaco á consecuencia del convenio que tengo firmado con M. de Pignatelli...» Se excusa después de haber abierto dos cartas dirigidas á su esposa, y le dice; «Aunque tú no me hayas dado permiso para ello, te juro, en verdad, que no lo he hecho por celos, pues tengo de Josfina un concepto demasiado elevado para sentirlos... He llamado al correo y me ha



Entrada de los Franceses en Liorna (año IV). (Dibujo de Carlos Vernet, grabado por Duplesis-Bertaux)

dicho que ha pasado por tu habitación y le has manifestado que no tenías nada que encargarle. ¡Ah! ¡mala, hipócrita, cruel, tirana, monstruo! ¡Cómo te ríes de mis amenazas y de mis tonterías! Sabes perfectamente que, si yo pudiese, te pondría presa y te encerraría dentro de mi corazón. Me consta que estás alegre, fresca y elegante. — BONAPARTE.»

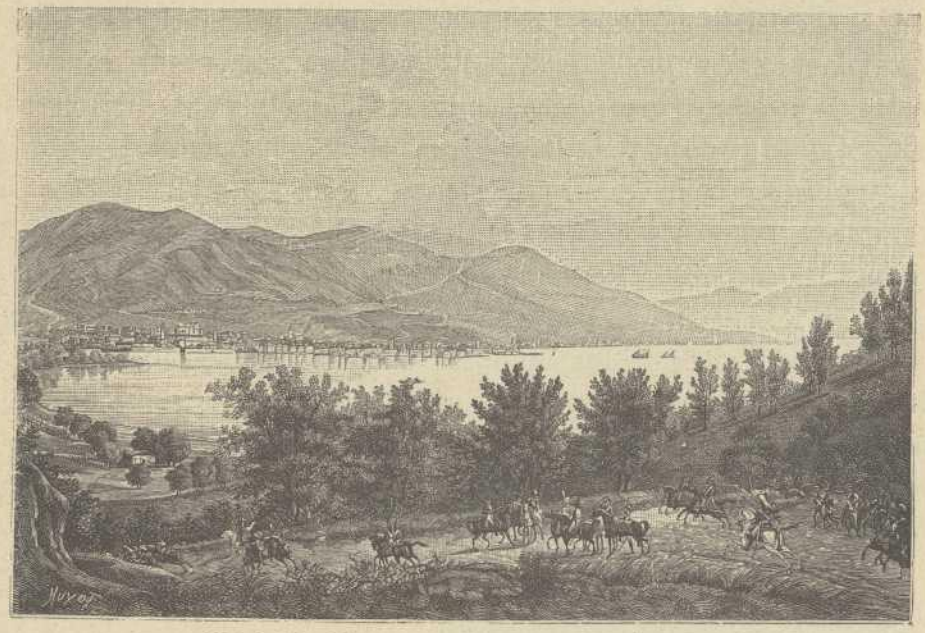
Esta confusión de las ideas militares y políticas más elevadas, más profundas y más complicadas, con tales recuerdos clásicos, y con estos sentimientos pasionales, expresados con tanta sinceridad, en que palpita, como en toda la literatura contemporánea, no sólo la influencia evidente de la *Nueva Eloísa*, sino también la admiración

por Ossián, la lectura de *Werther*, y hasta en cierto modo el estilo y las costumbres de la antigua sociedad, daba una fisonomía especial y llena de vida al general en jefe del ejército de Italia, que permite que tales detalles íntimos puedan recordarse sin perjudicar en lo más mínimo á los grandes hechos y á la gloria de Francia, á la que iba unido el nombre de Bonaparte.

Entretanto el ejército austriaco se había reorganizado con rapidez admirable: habíase encargado de su mando en jefe Wurmser, antiguo general de la guerra de los Siete años, que adquiriera gran reputación salvando á Maguncia, en 1793, y apoderándose de las fuertes líneas de Wissembourg. Se componía este ejército de 30.000 hombres procedentes de los ejércitos del Rhin y además de todo el ejército de Beaulieu, rehecho, lo que, sumado á la guarnición de Mantua, daba á los Autriacos un total de 80.000 hombres, á los que no era posible oponer más que unos 45.000, distribuídos en la siguiente forma: Sauret ocupaba Salo con 6.000 hombres; Massena se extendía desde Rívoli á Verona, con 15.000; Augereau cubría el bajo Adigio, en Legnano, con 8.000; y el resto, á las órdenes de Sérrurier, continuaba el sitio de Mantua.

«Orgulloso Wurmser con su gran superioridad numérica, no pensaba solamente vencer, como dice Bonaparte, sino en aprovecharse de la victoria para hacerla decisiva y fatal para su enemigo.» Encaminó todas sus operaciones á librar á Mantua; una vez llegado al curso superior del Adigio, dividió su ejército en dos cuerpos, uno de los cuales, compuesto de 20.000 hombres al mando de Quasdanovich, debía seguir el camino que desde Trento va á parar al Chiesa, bordeando el lago de Garda por el oeste, mientras que él mismo con 40.000 hombres descendería por las dos orillas del Adigio hasta Verona, proponiéndose atacar de frente á los Franceses mientras que su lugarteniente les cortaba la retirada. De este modo el ejército francés sería destrozado delante de Mantua, y quedaría terminada la campaña. En efecto, el general Quasdanovich se apoderó de Brescia y arrojó de Salo al general Sauret, mientras que Wurmser rechazaba á Massena de Rívoli y marchaba sobre Mantua. El peligro era inminente, pero Napoleón tuvo tiempo de demostrar todavía nuevas cualidades militares.

»Nada es más difícil, aun para un general experimentado, que decidirse á hacer de pronto un sacrificio necesario para asegurar el resultado definitivo; y hasta puede hacerse notar que en los últimos tiempos de su carrera, el emperador Napoleón se mostró inferior desde el punto de vista al general Bonaparte, pues no supo retroceder á tiempo, y ésta fué la principal causa de las derrotas de Leipzig y de Waterloo. No vacila ni un instante, en esta ocasión,



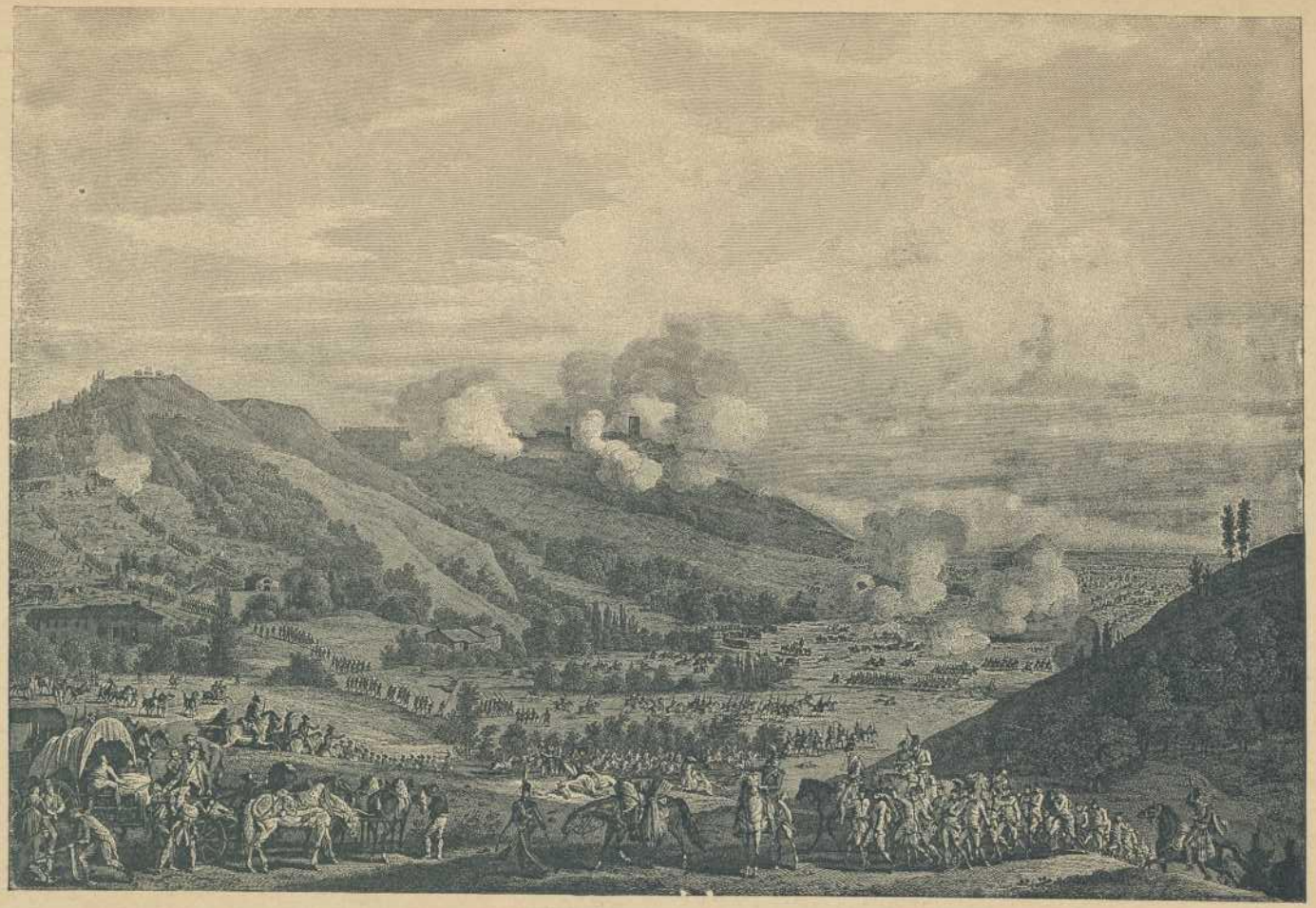
Vista de Salo y del lago de Garda. (Cuadro del Museo de Versalles)

en levantar el sitio de Mantua, abandonando todo su material de guerra y evacuando á Legnano y á Verona. Advirtió perfectamente que, concentrando sus fuerzas, podía derrotar antes de reunirse á los dos ejércitos de Wurmser. Al alejarse de Mantua exclamó: «¡Desgraciado de aquel de los dos que haya calculado mal!» Los acontecimientos demostraron que era Wurmser el que se había equivocado.

»Bonaparte concentró sus fuerzas detrás del Mincio y marchó contra Quasdanovich; recuperó Salo y Brescia, y los Austriacos, derrotados en Lonato, fueron rechazados hacia Gavardo; entonces dejando á Massena en Lonato frente á Quasdanovich, mandó á Augereau á Castiglione contra Wurmser que había entrado en Mantua y había

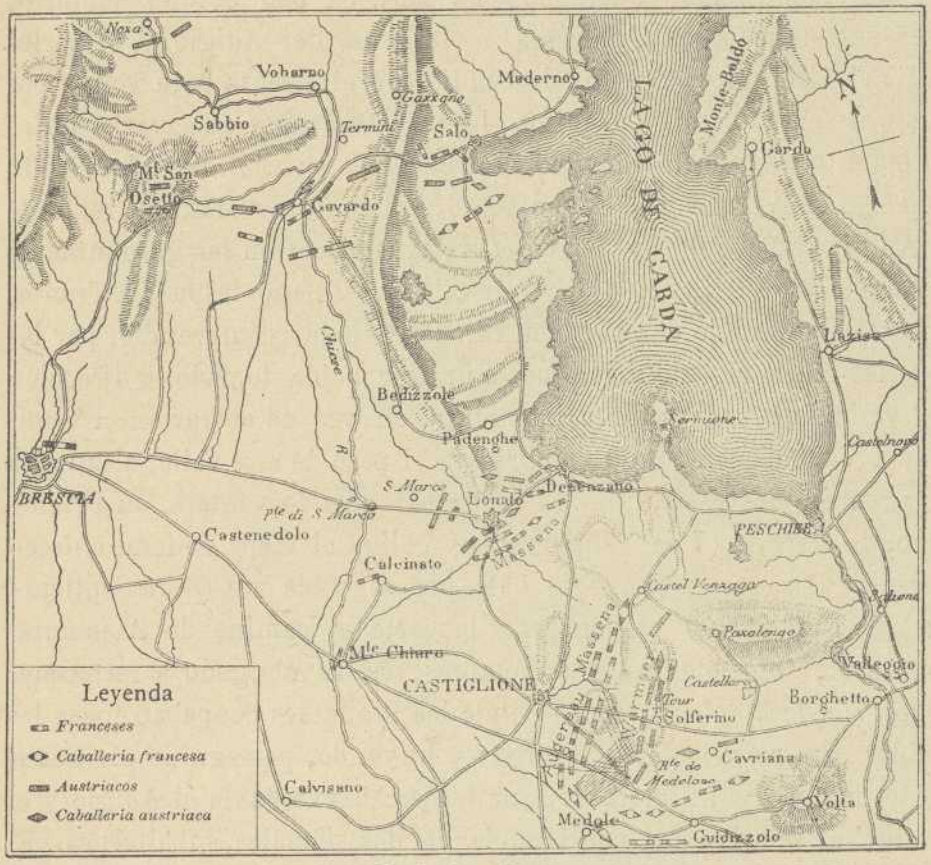
hecho atravesar el Mincio á dos de sus divisiones, quedándose él en situación de auxiliar á sus dos lugartenientes. Massena derrota en Lonato á Quasdanovich, que se adelantaba de nuevo para reunirse con Wurmser, y le obliga otra vez á replegarse sobre Gavardo (2 de Agosto). Augereau, por su parte, derrota á las dos divisiones de Wurmser en Castiglione y las arroja sobre el Mincio (3 de Agosto); y el general en jefe, que había ayudado primeramente á Massena y después á Augereau, vuelve sobre Quasdanovich, en Gavardo, le derrota, haciendo prisioneros á 4.000 hombres, arroja el resto sobre el camino de Trento (4 de Agosto), é inmediatamente se revuelve contra Wurmser, quien, rehaciendo sus dos divisiones derrotadas, había tomado posiciones en Castiglione con 25.000 hombres; derrótale por completo y le obliga á repasar el río (5 de Agosto). Massena se corre hacia Peschiera, destroza la derecha del enemigo y se dirige á cortarle el camino del Tirol; entonces el viejo general se repliega sobre el Adigio y se retira hacia Roveredo. Verona y Legnano volvieron á caer en poder de los Franceses y se reanudó el bloqueo de Mantua. En esta campaña de seis días, 30.000 hombres derrotaron á 60.000, habían muerto ó hecho prisioneros á 20.000 y cogido sesenta cañones y veinte banderas.» (Lavallée). Bonaparte había vuelto contra Wurmser el plan que Wurmser concibiera contra él.

Sin embargo, el peligro en que se hallara Bonaparte, á consecuencia del doble ataque de los Austriacos había sido grande. Encontrábase tranquilo en Brescia con Josefina, que le había acompañado al cuartel general, cuando supo que los Austriacos se aproximaban; el *proveedor* le había hecho traición, y pretendía aún que se detuviesen un día más en la población para dar una fiesta en su honor; Josefina no accedió á ello y se puso en camino, pero aun no había andado cuatro leguas cuando los Austriacos entraban en Brescia. Josefina pudo llegar á Perchiera á uña de caballo, estando á punto de ser blanco de los fusiles de la vanguardia austriaca. Bonaparte se reunió con ella en Castiglione; mas fué necesario entonces separarse, y como Josefina llorase, Bonaparte, disimulando mal su emoción, dijo: «Llevaos de aquí á esta mujer,» y estrechándole la mano agregó: «Adiós, querida, Wurmser llega con 80.000 hombres; pero tranquilízate, que ha de pagar muy caras las lágrimas que te hace derramar.»



Batalla de Castiglione (5 Agosto 1796). (Dibujo de Carlos Vernet, grabado por Duplessis-Bertaux)

Después de la victoria de Lonato, encontróse de pronto cercado en esta ciudad por algunos centenares de hombres de las columnas austriacas, derrotadas el día anterior, que, advertidos por los habitantes de las escasas fuerzas que tenía consigo, le enviaron un emisario para intimarle la rendición. Bonaparte rodeóse de todos los



Plano de la batalla de Castiglione

oficiales que se hallan en la plaza y no permitió que se quitase la venda al emisario austriaco hasta que estuvo en su presencia, por lo que éste creyó encontrarse en medio de un numeroso Estado Mayor; entonces le dijo: «Id á participar á vuestro jefe que le concedo ocho minutos para entregar las armas, ha caído en medio del ejército francés; pasado este plazo, no tiene nada que esperar.» Fatigados después de andar tres días á la ventura y persuadidos de que habían sido engañados, rindiéronse unos 5.000 hombres.

Bonaparte dió veinte días de descanso á sus tropas, y habiendo recibido 6.000 hombres de refuerzo, se puso en movimiento en persecución del enemigo, con objeto de reunirse por el Tirol con el ejército del Rhin, que penetraba entonces en Baviera. «Wurmser, por su parte, habiendo elevado su ejército á 50.000 combatientes, volvió á tomar la ofensiva, y dejando á Davidowich con 20.000 hombres, para entretener á los Franceses en la línea del Adigio y atraerlos hacia el Tirol, él en persona descendió por el Brenta para volver por Bassano sobre el mismo Adigio, librar á Mantua y encerrarles entre su ejército y el de Davidowich. Bonaparte, á su vez, dejando 30.000 hombres en Verona y Legnano y 8.000 delante de Mantua, remontó el Adigio con 28.000 y derrotó á los Austriacos en las gargantas de Roveredo y de Caliano (3 de Septiembre).» Llegó después á Trento, en donde admirado de no encontrar resistencia, comprendió, por las noticias que pudo adquirir, que Wurmser había tomado la dirección del valle de Brenta. «Inmediatamente, en vez de entrar en el Tirol, deja á Vaubois con 8.000 hombres en el paso de este valle, alcanza la retaguardia austriaca, que le llevaba dos días de ventaja, en Primolano, la derrota (7 de Septiembre) y obliga al viejo general á detenerse en Basano, en donde le bate por segunda vez (8 de Septiembre), le coge 4.000 prisioneros y le corta el camino de Alemania. Wurmser, con solos 14.000 hombres, se ve obligado á retroceder sobre Vicenza, en una región donde los Franceses ocupaban todas las salidas para refugiarse en Mantua; y huyendo, perseguido por Bonaparte, hacia este último asilo, que le cerraban todavía el Adigio y el Molinella, se salva por negligencia de dos oficiales subalternos. El puente de Legnano, no estaba guardado y por allí atravesó el Adigio; halló otro puente en la Villa-Impenta, y por él pasó el Molinella, penetrando por fin en Mantua, cuya guarnición se elevó entonces á 25.000 hombres (12 de Septiembre). Con tales fuerzas trató todavía de continuar la campaña, y las desplegó por el barrio de San Jorge; pero llegó Bonaparte, y furioso por habérsele escapado su presa, le atacó, le derrotó y le obligó á encerrarse en la plaza (15 de Septiembre). De este modo quedó destruído por segunda vez el ejército de Wurmser, que había perdido 22.000 hombres con 75 cañones, quedando el resto bloqueado en Mantua con su general.» (Lavallée). —



Batalla de Roveredo (4 de Septiembre de 1796). (Dibujo de Carlos Vernet, grabado al agua fuerte por Duplessis-Bertaux)

Bonaparte había vuelto contra Wurmser el plan que el mismo Wurmser había concebido contra él.

Los triunfos del ejército de Italia podían neutralizarse, sin duda alguna, por los acontecimientos que tenían lugar en el Rhin y en el Danubio, en donde el archiduque Carlos había desplegado un talento superior combatiendo contra los generales Jourdán y Moreau, si bien, en un principio, la campaña no había sido favorable para los Austriacos. Jourdán, que tenía á sus órdenes, entre otros, á Marceau, Kléber, Soult, Ney y Richepanse, había derrotado al duque de Wurtemberg en Altenkirchen (30 de Marzo); pero el archiduque Carlos, al acudir en auxilio del duque, había arrojado por vez primera á los Franceses á la orilla izquierda del Rhin. Moreau, que tenía en frente un ejército muy debilitado, se había apoderado de Kehl, había ganado la victoria de Renchen y ocupado Rastadt; el archiduque, que llegara á toda prisa de la Selva Negra, había sido derrotado también en Ettlingen y no pudo impedir á Moreau que pasase el Neckar y penetrara en la cuenca del Danubio, mientras que Jourdán, volviendo á tomar entonces la ofensiva, había atravesado de nuevo el Rhin, en Neuwied, remontando luego victoriosamente la cuenca del Mein (tras los combates de Wurtzbourg, Bamberg y Rottenburg) y arrojando á los Austriacos hacia el Naab.

Pero los dos generales franceses se habían ido separando cada vez más á causa de sus mismos triunfos: así Moreau se había adelantado hasta Neresheim, en donde el archiduque, que en vano había intentado envolverle, después de ver destruído el centro de su ejército, tuvo que abandonar el campo de batalla; no fué esto sino un triunfo dudoso para los Franceses, pues el general enemigo, advirtiendo que el ejército de Jourdán era más débil y se encontraba más separado de su base de operaciones, concibió el atrevido proyecto de reunirse con Wartensleben para atacarle y obligarle á retroceder hacia el Rhin, de manera que Moreau, amenazado así en su retirada, se viese obligado á abandonar la Baviera.

Si las cuencas de los afluentes del Rhin son en realidad caminos naturales para una invasión en Alemania, ofrecen, en cambio, muy pocas garantías de seguridad para un ejército que la intentara y que experimentase al principio algún fracaso, lo cual pudo compro-

bar Jourdán con dolorosa experiencia. Alcanzado por el ejército del archiduque en Amberg, en donde una nueva victoria acababa de abrirle el camino de Ratisbona, tuvo que ceder ante la superioridad numérica del enemigo, siendo arrojado á la cuenca del Mein y derrotado casi en los mismos sitios en donde había sido vencedor poco tiempo antes, principalmente en Wurtzbourg y en Altenkirchen, donde murió el joven Marceau, llorado tanto por sus compañeros como por sus enemigos.

Moreau tuvo más suerte, pues la retirada de Jourdán le imponía necesariamente la suya; pero vencedor en todos los encuentros, no dejó en poder del enemigo ni un cañón, ni un carro, ni un herido; y en el momento de aventurarse por los desfiladeros de la Selva Negra, y con objeto de estar libre en sus movimientos, presentó batalla, que hasta entonces había evitado, y alcanzó un triunfo completo en Biberach, gracias al cual pudo dirigir su ejército hacia el Rhin. Ya era tiempo, en verdad, pues la vanguardia del archiduque, que había levantado el bloqueo de Maguncia, subía ya por el Rhin para cortarle la retirada, habiendo tenido que librar un combate antes de volver á la orilla izquierda entre Brisach y Huninga. Esta retirada se ha hecho célebre. «Sin embargo, dice el general Soult, es preciso convenir en que no ofrecía las mismas dificultades que la del ejército del Sambre y del Mosa, con el que Moreau debía haber preferido reunirse, en vez de intentar aproximarse al ejército de Italia.»

Los desastres en Alemania contribuían á aumentar la gloria de Bonaparte, y se comparaban sus maravillosas marchas ofensivas *con la vergonzosa retirada* de Jourdán, olvidando la gratitud que se debía al general en jefe del ejército del Sambre y del Mosa por sus triunfos de 1793 y 1794; sin tener en cuenta tampoco que, aun después de esta última y desastrosa campaña, aquellos soldados entonces desgraciados, pero valientes siempre hasta lo imposible, merecían que se les respetara, á lo menos con el silencio, en la persona de su general, ya que éste no se había hecho indigno de ellos, y que las faltas que hubiese podido cometer y sus desgraciados resultados reconocían por principal causa el defectuoso plan que se le había impuesto. Ni siquiera la caricatura perdonó al ilustre vencedor de Wattignies y de Fleurus: se pintó un general de la República montado al revés en un

cangrejo y encaminándose hacia un río, el *Rhin*, según decía una inscripción. Encima se leía el versículo de la Biblia: *Et tu Jordanus, quia conversus es retrorsum*. Detrás de este original caballero veíase una corona de laurel con estas palabras: *Dedicado al hijo predilecto de la victoria.*

La alusión á Bonaparte era bien clara. Después de la segunda campaña contra Wurmser, la admiración que sus primeros triunfos le habían conquistado había llegado al entusiasmo. El sesudo Carnot le escribía, el tercer día complementario del año IV (19 de Septiembre de 1796): «Esperábamos, querido general, con la impaciencia que fácilmente podéis concebir, el resultado de la acción que nos participáis en vuestro anterior correo, pero al recibir vuestras últimas noticias, aunque acostumbrados á los éxitos más extraordinarios por parte vuestra, hemos debido confesar que la victoria de Bassano sobrepuja nuestras esperanzas. ¡Qué gloria para vos, inmortal Bonaparte! ¡qué golpe tan terrible habéis asestado á la orgullosa Austria!» Realmente, esta nación no se habría rehecho con facilidad si nuestros ejércitos de Alemania hubiesen tenido la misma suerte que el de Italia. Pero, como decía muy bien Carnot, sus derrotas, que aumentaban la gloria del ejército de Italia, le exponían todavía á mayores peligros y su imitación iba á ser mucho más difícil que al principio de la campaña.

En efecto, Venecia, Roma, Nápoles, Génova, el Piamonte y Módena se levantaban contra los Franceses, y un nuevo ejército de 80.000 hombres, al mando de Alvinzy, noble de Transilvania, veterano de todas las guerras que Austria había sostenido en los últimos sesenta años, se preparaba á franquear los Alpes. Había tomado parte este general en la guerra de los Siete años, en la de Sucesión de Babiera, en la de los Turcos, y posteriormente contribuyó á reprimir las revueltas de Bélgica en 1790 á 1791.

Davidowich, que había reunido 20.000 hombres en el Tirol, debía descender por el Adigio, mientras que Alvinzy adelantaría por el Friul con otros 40.000; tenían que encontrarse los dos ejércitos en Verona, derrotar á Bonaparte, atacándole por ambos lados, y levantar el bloqueo de Mantua.

Alvinzy, en efecto, entró en Bassano, encerró á Massena en Verona y ocupó las alturas de Caldiero, mientras Davidowich se apoderaba

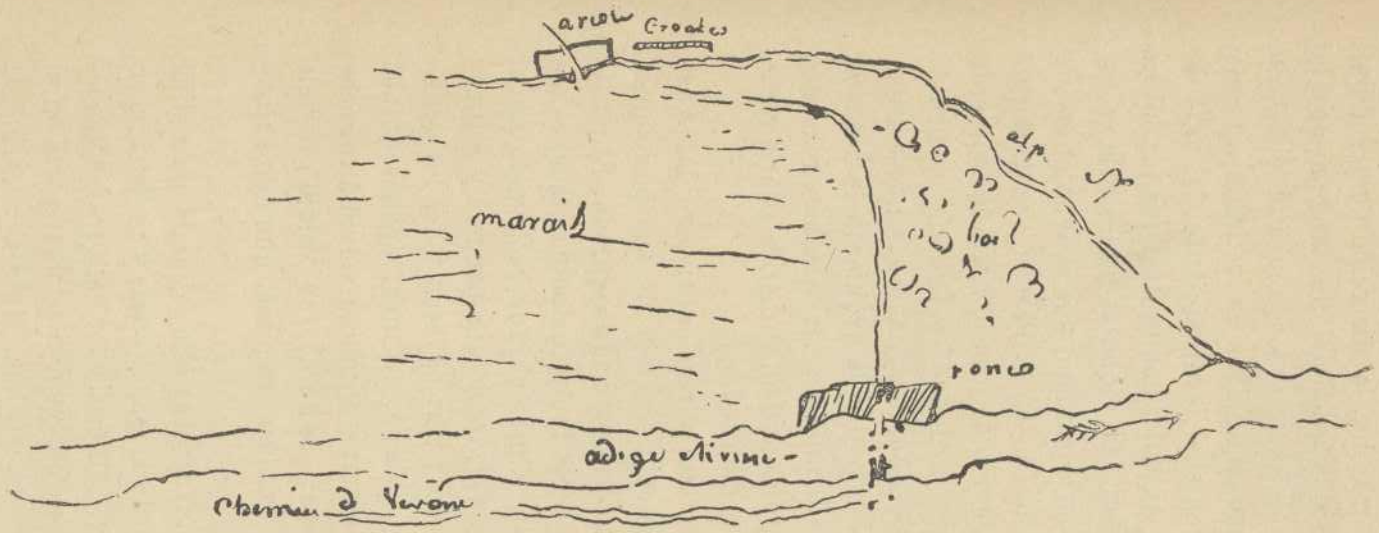
de Trento y arrojaba á Vaubois, desde Calliano, sobre la meseta de Rívoli, perdiendo los Franceses en estas operaciones seis cañones y dejando algunos centenares de prisioneros. Bonaparte intentó entonces apoderarse á viva fuerza de las alturas de Caldiero, pero no contando más que con 20.000 hombres para luchar con 40.000, fué rechazado con grandes pérdidas (12 de Noviembre). Los soldados se descorazonaban y se preguntaban por qué motivo el Directorio les abandonaba; por qué habían de soportar solos el peso de la guerra; por qué, en fin, el ejército de Italia había de ser definitivamente el que tuviese que destruir los ejércitos de Alemania. Bonaparte en persona escribió al Directorio una carta llena de desesperación, en la que decía:

«Todos nuestros mejores generales están fuera de combate: Joubert, Lannes, Lanusse, Víctor, Murat, Charlot, Dupuis, Rampón, Pigeón, Menard y Chabrón se hallan heridos. El ejército está extenuado, y si bien nos sería provechoso simular grandes fuerzas, se sabrá por los discursos oficiales que se pronuncian en París, que no somos más que 30.000 hombres... Los valientes que nos quedan ven su ruina indefectible, á causa de cambios tan persistentes y de fuerzas tan inferiores. Tal vez ha sonado ya la hora para el bravo Augereau, para el intrépido Massena, para el mismo Berthier, y entonces, ¿qué será de estos bravos soldados? Esta incertidumbre me obliga á andar con cuidado y no me atrevo á afrontar la muerte, porque sería un motivo de desfallecimiento y aun la pérdida segura de este ejército, objeto de mis cuidados.»

Participaba, sin embargo, que iba á intentar un último esfuerzo.

Vióse, en esta ocasión, en Bergamo, Cremona, Milán, Lodi, Parma y Bolonia, á los heridos y á los enfermos, no curados todavía, abandonar los hospitales para volver á formar en las filas del ejército al conocer la triste situación de sus compañeros de armas. «Aun llevaban abiertas sus heridas muchos de aquellos valientes, dice Bonaparte, y ante este espectáculo, verdaderamente extraordinario, mi alma se agitaba presa de la más viva emoción.

Al cerrar la noche del 14 de Noviembre, las fuerzas del campamento de Verona pusiéronse sobre las armas; tres columnas emprendieron la marcha en medio del mayor silencio, atravesaron la ciudad,



Facsimile de un croquis y escritura de Bonaparte reasumiendo uno de los principales incidentes de la batalla de Arcola

„El camino que va de Ronco á Arcola encuentra hacia su mitad el Alpon, y, desde este punto, sigue la orilla derecha de este riachuelo, hasta que torciendo perpendicularmente á la derecha entra en la última población. Los Croatas estaban acampados apoyando su derecha en ella, su izquierda en la orilla derecha, río abajo, daban frente al citado camino, del que sólo les separaba el río, y al avanzar cogían por el flanco á la columna, cuya vanguardia tocaba ya á las puertas de Arcola.„

pasaron el Adigio por tres puentes y se formaron, en línea de combate, en la orilla derecha. La hora de la marcha, la dirección emprendida, que parecía de retirada, el silencio de la orden del día, tan opuesto á la costumbre establecida de anunciar que se iba á combatir, el estado de las cosas, en una palabra, todo anunciaba la retirada, y este primer paso entrañaba necesariamente el levantamiento del sitio de Mantua y aun la pérdida de Italia. Aquellos habitantes, que fundaban la esperanza de una nueva vida en las victorias de los Franceses, seguían, inquietos y con el corazón oprimido, los movimientos de este ejército, que se llevaba todas sus ilusiones. Pero en vez de seguir el camino de Peschiera, el ejército torció de pronto hacia la izquierda á lo largo del Adigio, y llegó á Ronco, donde se habían construído algunos puentes bajo la dirección de Andréossy, encontrándose así en la otra orilla, después de haber salvado por la izquierda la posición enemiga y trasladando el campo de batalla á unas calzadas, rodeadas de grandes pantanos, en donde la inferioridad numérica podría compensarse mejor con el valor de los combatientes.

El ejército francés avanzó en tres direcciones; pero los Austriacos, que tenían sobre los Franceses la ventaja de sus posiciones, lucharon con tanto valor que su victoria parecía asegurada. El punto donde se combatió con la mayor energía fué principalmente en el ala derecha del puente de Arcola; aquí, Augereau fué rechazado en el primer ataque, que repitió al instante cogiendo una bandera y poniéndose él mismo al frente de los soldados; pero cayeron todos los generales que le seguían, Verdier, Bon, Verne, Lannes, apenas curado éste de una herida reciente, y la columna entonces volvió á retroceder arrastrando al mismo Augereau; Belliard, que volvió casi solo sobre el enemigo, logró rescatar la bandera francesa, que había quedado clavada en el camino.

Al saber que había resultado infructuosa esta segunda acometida de Augereau, Bonaparte adelántase al galope, se apea, y cogiendo á su vez una bandera, dice á los soldados: «¿No sois por ventura los vencedores de Lodi?» Lannes, herido otra vez, vuelve á tomar parte en el combate, con dos ayudantes del general en jefe, Muirón y Marmont; el primero, joven de grandes esperanzas, cae muerto en seguida, cubriendo á Bonaparte con su cuerpo; el general Vignolle es herido, y la



Batalla de Arcola (15 de Noviembre de 1798. (Dibujo de Carlos Vernet, grabado por Duplessis-Bertaux)

columna, destrozada por la artillería, que la bate por el flanco, se desbanda, y perseguida á escape en medio del mayor desorden, Bonaparte es arrojado al pantano que limita el camino; y ya los Austriacos habían dejado atrás al mismo Bonaparte, cuando Belliard se apercibe, y gritando: «¡Salvemos á nuestro general!» acuden Marmont, Luis Bonaparte y otros oficiales, y le sacan de su peligrosa situación.



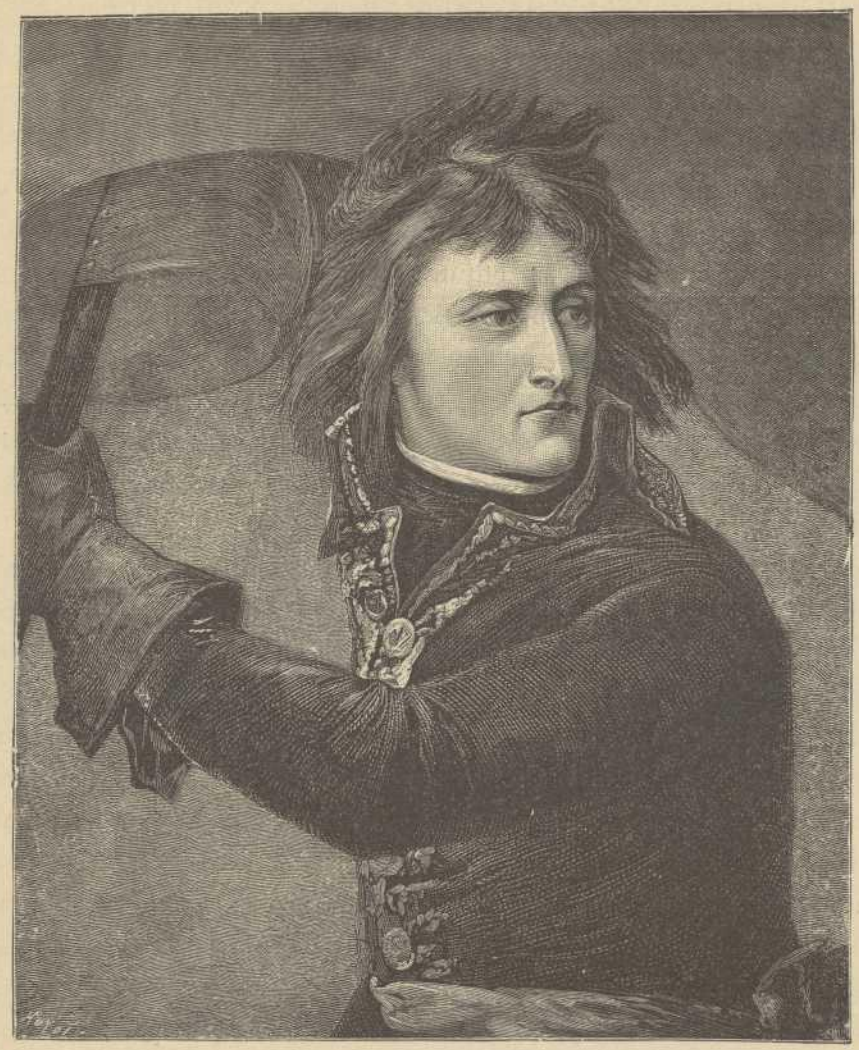
Arcola. (Cuadro de Horacio Vernet)

La batalla continuó al día siguiente sin ningún resultado definitivo, y sólo al tercer día Arcola cayó en nuestro poder. El general Robert había muerto, y los Austriacos iban á cortar el puente de Ronco sobre el Adigio, de modo que Masséna, que operaba en el Norte hacia Porcil, se vió amenazado de ser copado; pero Bonaparte emboscó la media brigada número 32 detrás de unos sauces, dejó pasar á los Austriacos que iban en persecución de sus propias tropas, y atacándoles por retaguardia, les sorprendió, mató é hizo prisioneros unos 3,000 hombres.

El enemigo retrocedió á su vez, y se encontró al otro lado del pantano, en la llanura que domina Caldeiro, apoyando su izquierda en una laguna que creyó infranqueable. Imposible era, en efecto, que se emprendiese un ataque serio por este lado; pero Bonaparte juzgaba, y no se equivocó, que los Austriacos, que habían tenido tan grandes pérdidas, que tantos esfuerzos habían hecho sin resultado de ninguna clase, y que tantas veces habían estado tan cerca de la victoria sin alcanzarla, estaban desmoralizados y perderían su sangre fría. En el momento en que el fuego de cañón era más vivo en toda la línea y en el que la infantería llegaba ya á las manos, cuando los Austriacos reconcentraban toda su atención en su centro, quedaron sorprendidos al oir de pronto hacia su derecha, á través de las lagunas que creían impracticables, el galopar de un cuerpo de caballería que se precipitaba sobre ellos al toque de sus cornetas. Eran únicamente 25 guías y 4 cornetas que, por orden de Bonaparte, se habían adelantado por entre los cañaverales, y se disponían, con su jefe Hércules al frente, á cargar sobre el ejército austriaco, que creyó que estaba envuelto por fuerzas importantes, y se decidió á abandonar Caldeiro. Ya era tiempo. Davidovich había arrojado á Vaubois de Rívoli y Bonaparte iba á ser cogido entre los dos ejércitos; pero la retirada de Albinzy llevaba consigo la de su lugarteniente (17 de Noviembre). «El ejército francés volvió á entrar triunfador en Verona por la puerta de Venecia, á los tres días de haber salido misteriosamente por la puerta de Milán. Difícilmente podría pintarse la admiración y el entusiasmo de sus habitantes, y hasta sus enemigos más declarados no podían reprimirla.

Stendhal ha podido decir con este motivo: «La excepcional firmeza de carácter de que Napoleón dió pruebas en dos distintas ocasiones, no retirándose ante Lonato y ante Arcola, es tal vez el más hermoso rasgo de genio militar que presenta la historia moderna. Y hay que considerar que esto no fué un momento de desesperación de un cerebro estrecho, sino la resolución de un hombre de talento, á quien la inminencia de un peligro extremo no le priva de la claridad y precisión necesaria para comprender lo que todavía puede hacer; cosas son estas que la adulación misma no puede menoscabar, pues realmente no hay otras que las sobrepujen.»

La batalla de Arcola ha llegado á ser una de las más populares de la historia de Francia; en realidad pocas ha habido tan disputadas y en pocas han quedado fuera de combate tantos generales. Gros



El general Bonaparte en el puente de Arcola. (Cuadro de Gross, museo del Louvre)

empezó su fama con el admirable retrato de Bonaparte en el puente de Arcola. José Chénier dedicó una admirable oda á la muerte del coronel Muiron, en el que eternizó el triste espectáculo de su joven esposa, transida de dolor al recibir los últimos suspiros de su esposo.

Arcole, en tes vallons fameux par nos guerriers,
Les larmes du vainqueur ont mouillé ses lauriers;
Tu vis de cent héros moissonner la vaillance
Qu'à l'Italie encor redemande la France.
Là, plus d'un grand destin en naissant immolé,
Plus d'un nom que la gloire eût un jour révélé,
Expire dans l'oubli de la tombe jalouse.
Mais du jeune Muiron, mais de sa tendre épouse
Ma lyre veut du moins consacrer les malheurs,
Et l'avenir ému leur donnera des pleurs (1).

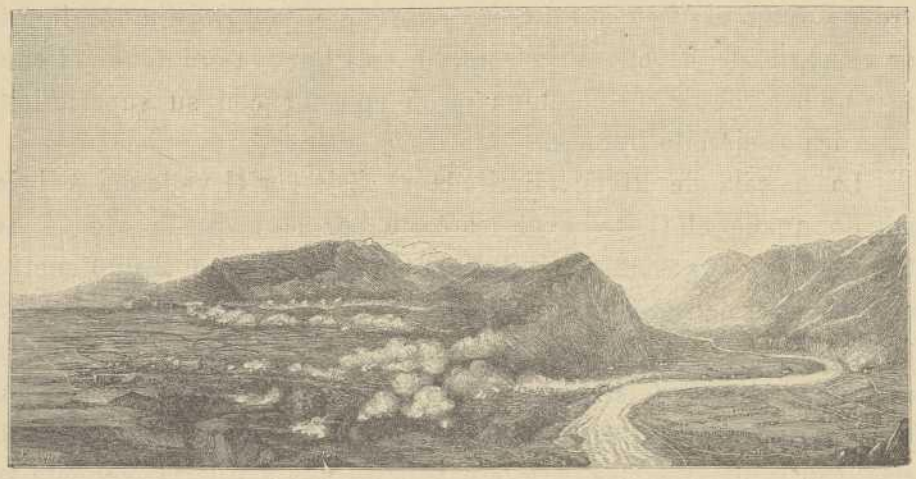
El ejército francés recibió un refuerzo de 7,000 hombres, que cubrieron las bajas de Arcola y del bloqueo de Mantua, y se le unieron también algunas tropas italianas. Bonaparte había enviado 3,000 Franceses y 4,000 Italianos á Bolonia para intimidar al gobierno pontificio, con el que se habían roto las negociaciones, y él mismo hubiera ido hasta Milán si no se hubiese presentado un nuevo ejército austriaco, más poderoso todavía que los precedentes, y que le hizo volver á la región del Mincio pocas semanas después de haber salido de ella.

Entretanto Albinzy había recibido nuevos refuerzos que con los 24,000 hombres de la guarnición de Mantua hacían ascender á 90,000 el total de las fuerzas que los Austriacos tenían en Italia. Los triunfos de Austria en Alemania habían reanimado la esperanza, y el gobierno de Viena había sabido aprovecharse del tiempo transcurrido desde la batalla de Arcola. Las divisiones sacadas del ejército del Rhin se dirigieron hacia el Friul. El Tirol proporcionó varios batallones de tiradores, cuya agilidad y certeza en el tiro les hacían tan temibles lo mismo en las llanuras que en la guerra de montaña; las grandes ciudades ofrecían batallones de voluntarios; Viena sola organizó cuatro. «Estos batallones recibieron de la emperatriz banderas bordadas por sus propias manos, banderas que perdieron, pero después de haberlas defendido honrosamente.»

(1) Arcola, en tus valles cuya fama han evalorado nuestros guerreros, — Las lágrimas del vencedor han humedecido sus laureles; — Tú has visto cegar la valentía de cien héroes — Que todavía reclama Francia á Italia. — En ellos ha sido inmolada, en flor, más de una vida destinada á un brillante porvenir, — Y más de un nombre que la fama hubiera hecho célebre, — Se ha perdido en el olvido de la celosa tumba. — Pero del joven Muiron y de su tierna esposa — Mi lira quiere al menos cantar ¡ay! sus desdichas, — Y enmudecidos los venideros tiempos les consagrarán sus lágrimas.

El plan de Albinzy era sumamente vasto: el ejército austriaco, una vez hubiese vencido á los Franceses, debía liberar á Mantua y reunirse en las Romañas con un ejército pontificio que se estaba formando y á cuyo frente debía ponerse Wurmser.

El ejército francés se componía de cuatro divisiones de 10.000 hombres, mandados por Sérurier, que sostenía el cerco de Mantua, Augereau en Legnano, Joubert en Corona y Masséna en Verona; á pesar de la notoria inferioridad de sus fuerzas aun supo Bonaparte constituir una reserva, que, al mando de Rey, había colocado en Castelnuovo.



Campo de batalla de Rívoli y una parte del valle del Adigio. (Tomado de una acuarela de Bagetti)

El ejército austriaco se puso en marcha hacia el Mincio.

Bonaparte no conocía aún el plan del enemigo, y hasta llegó á creer en el primer momento que los Austriacos iban á dirigir sus fuerzas hacia el bajo Adigio; decíase que su estado mayor general estaba cerca de Legnano, y que se habían visto materiales para dos puentes. El general Duphot le comunicaba que tenía enfrente unos 12.000 hombres, que probablemente no constituían más que la primera línea, y Joubert escribía desde Corona que había podido contener y rechazar los ataques del enemigo.

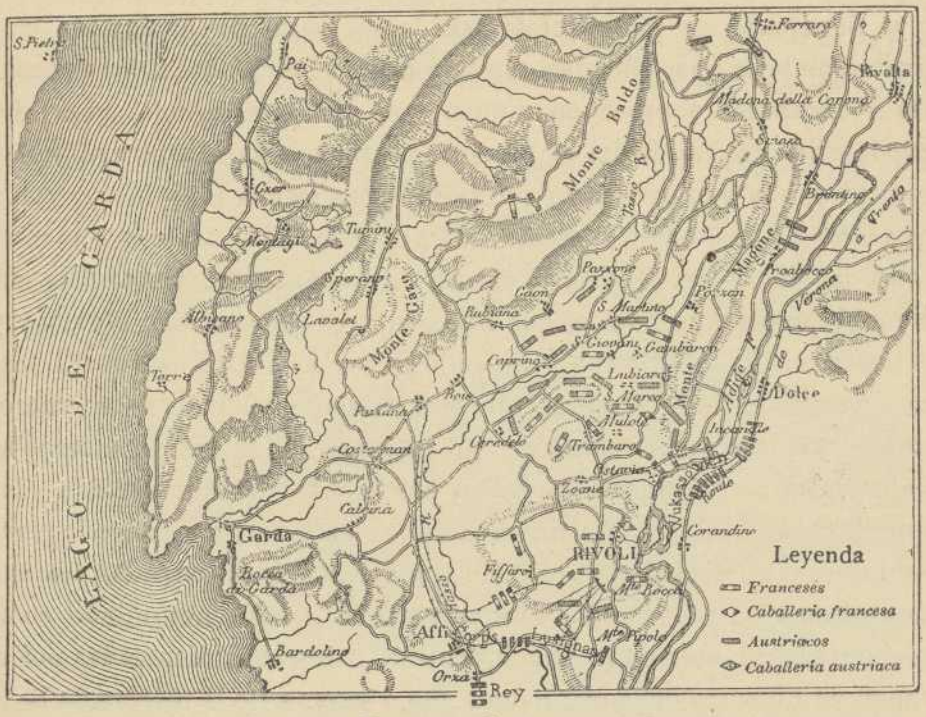
El día 13, sin embargo, ordenó Bonaparte que las tropas de Verona estuviesen preparadas para una expedición nocturna; á las diez de la noche se hallaban dispuestas, ignorando hacia qué punto

convenía dirigirlas: ¿descenderían ó remontarían el Adigio? En aquel momento llegó una nueva comunicación de Joubert; éste decía que el enemigo había desplegado grandes fuerzas, tratando de envolver á la vez sus dos alas, derecha é izquierda; que él había evacuado Corona y se había concentrado en la meseta de Rívoli, que era la llave de la posición y el objetivo del enemigo. Sabíase, por otra parte, que Provera se había corrido por la orilla izquierda del bajo Adigio, sin que por este lado hubiese sostenido más que algunas escaramuzas de tiradores. Bonaparte dedujo de estas noticias que el enemigo operaba formando dos cuerpos, el principal sobre el Monte-Baldo y otro, inferior en número, en el bajo Adigio; creyó que Augereau se bastaba para disputar el paso á Provera, pero que el peligro era inminente por la parte de Rívoli. En efecto, en esta llanura era donde el enemigo quería reunir sus columnas para aplastar con su superioridad numérica al ejército francés.

La meseta de Rívoli, limitada al Este por el valle del Adigio, está dominada al Oeste y al Noroeste por la pequeña cadena del Monte-Baldo, cuyas cimas culminantes se elevan á 2.000 metros sobre el nivel del mar y á unos 1.700 sobre la superficie del lago de Garda. La limita al Sur el Tasso, pequeño riachuelo que baja de las laderas meridionales del Monte-Baldo y va á parar al Adigio. Los senderos que hay en esta montaña, si bien permiten el paso á la infantería, son impracticables para la caballería y la artillería, yendo á reunirse todos ellos cerca de Rívoli, en el ancho camino de Trento, que en su comienzo sigue la orilla derecha del Adigio hasta llegar á Incanale, desde donde forma entre las rocas una especie de rampa ondulante por la que se llega á la meseta.

Albinzy amenazaba á Rívoli por cuatro puntos distintos á la vez; había dividido su ejército en seis columnas: cuatro de infantería (Lusignán, Lyptay, Koblos y Oskay) debían pasar por los senderos del Monte-Baldo; la primera de ellas, mandada por Lusignán, seguiría el Tasso y envolvería la posición por el Sur, mientras Quasdanovich, con la caballería, la artillería y 6.000 hombres de infantería, subiría por la rampa de Incanale; Wukassowich, por fin, con otros 6.000 hombres, siguiendo la orilla izquierda del Adigio, batiría con sus fuegos el flanco izquierdo de los Franceses.

«No había tiempo que perder, porque la infantería enemiga iba á reunirse con su artillería y su caballería, ocupando la meseta de Rívoli, y si podía atacársela antes de que se apoderase de tan importante punto, veríase obligada á combatir sin el concurso de aquellas armas. Pusiéronse, pues, todas las tropas en marcha, á fin



Plano de la batalla de Rívoli

de llegar á Rívoli al romper el día, seguidas por el general en jefe, que llegó allí á las dos de la mañana.

»El cielo estaba despejado, la luna brillaba en todo su esplendor, y Bonaparte, desde las vecinas alturas, pudo observar las líneas enemigas, que ocupaban todo el territorio comprendido entre el Adigio y el lago de Garda, cubriendo el horizonte con el humo de sus hogueras. Distinguíanse perfectamente cinco campamentos, cada uno de los cuales estaba formado por una de las columnas que habían empezado á operar el día anterior, demostrando la extensión de los fuegos de sus vivaques que constituían un ejercito de 40 á 45.000 hombres,

mientras que los Franceses no podían presentar en línea de batalla más que unos 22.000, grande desproporción que quedada en parte compensada con sesenta piezas de artillería y varios regimientos de caballería. Por la posición que ocupaban los cinco cuerpos de ejército enemigos, parecía evidente que Albinzy no quería emprender el ataque antes de las diez de la mañana.» (NAPOLEÓN).

Bonaparte no se inquietó por la columna de Lusignán, que mostró de lejos á los oficiales que le rodeaban, diciendo: «¡Ya es nuestra!» Tampoco le preocupó mucho más la división que descendía por la orilla izquierda del río, que no podía molestarle sino con algunos inseguros disparos de su artillería, pues estaba muy lejos y tenía que tirar de abajo arriba. Reconcentró, por lo tanto, todas sus fuerzas sobre las de Oskay, Lyptay, Koblos y Quasdanovich, trabándose un combate encarnizado en el que hicieron prodigios de valor Masséna y Joubert con su infantería; y Lassalle al frente de sus húsares. El mismo general en jefe vióse en dos ó tres ocasiones rodeado de enemigos que le mataron varios caballos; sin embargo, á las dos de la tarde se había decidido la victoria: las tropas procedentes del Monte-Baldo y las que llegaban de Incanale retrocedían á toda prisa, sin haber logrado reunirse, por los caminos por donde habían llegado; todas las posiciones estaban en poder de los Franceses, que habían aniquilado completamente al enemigo. Las fuerzas de Lusignán, diezmadas por el fuego de nuestros cañones, habían ido á parar ante la reserva de Rey, á quien hubieron de entregarse casi todas.

Bonaparte dispuso que Joubert y Rey continuasen la persecución del enemigo, y él, con la división de Messena, regresó á Mantua la misma tarde. Habíanse batido estas tropas el 13 de Enero frente á Verona, habiendo tenido que andar toda la noche del 13 al 14 para llegar á Rívoli; habían combatido durante este día é iban á emprender otra vez la marcha, en la noche del 14 y el día 15, para volver á combatir el 16 delante de Mantua. «Más bien con nuestras piernas que con los brazos es con lo que ganamos las batallas,» decían con razón los soldados, pero de esta actividad dependía el éxito de la lucha.

En efecto, el general Provera, cuyo valor y precisión pudieron apreciar los Franceses más de una vez, había atravesado por sorpresa el Adigio en Anghiari, y aunque perseguido de cerca por Auge-

reau, se dirigía á levantar el sitio de Mantua, á donde llegó por el camino de Legnano, creyendo que se podría sorprender el barrio de San Jorge, ocupado sólo por 1.500 Franceses, al mando del general Miollis, y protegido por una débil línea de trincheras; pero esta posición pudo salvarse gracias á la presencia de ánimo de un tambor y de un sargento. Miollis no vigilaba más que la parte que daba á la ciudad, sabiendo que á sus espaldas se hallaba una división que



Batalla de Rivoli. (Cuadro de Carlos Vernet en el Museo de Versalles)

defendía el paso del Adigio; así, al amanecer del día 16, Hohenzollern, con su vanguardia, se presentó ante la puerta de San Jorge al frente de un regimiento cuyos soldados llevaban capas blancas. El uniforme de los húsares de Hohenzollern era casi igual al de los primeros húsares franceses (antiguo regimiento de Berchiny); pero un veterano de la guarnición, que estaba recogiendo leña á unos doscientos pasos del pueblo, al ver á este cuerpo de caballería le pareció que sus capas eran demasiado nuevas para ser de húsares franceses, comunicó sus sospechas á un tambor que le acompañaba, y en la duda, corrieron ambos hacia el pueblo, dando gritos de alarma y cerrando las puertas. Hohenzollern y sus soldados cargaron luego al galope, pero ya era tarde, pues los 1.500 Franceses

se aprestaron á la defensa y contrarrestaron todos sus esfuerzos. Al día siguiente, Provera cambió el punto de ataque, intentando abrir el camino del Norte, ó sea el de Mantua, y se dirigió hacia *la Favorita,* mientras que Wurmser hacía una salida general. Pero Bonaparte, que llega en aquel momento, rechaza á Wurmser, y cogido Provera entre las divisiones de Sérurier, Masséna y Augereau, tiene que capitular



Bonaparte en Rivoli. (Cuadro de Philippoteaux, en el mueso de Versalles)

con 6.000 hombres. En esta batalla fué donde la brigada 57.ª alcanzó el sobrenombre de *la Terrible,* compitiendo desde entonces en gloria con la 32.ª, que pertenecía á la división de Masséna y que venía distinguiéndose entre todas desde la defensa de Montelegino.

Aquella misma tarde, Joubert alcanzaba sobre Albinzy, en la Corona, una gran victoria, en la que el enemigo perdió 3.000 hombres, entre muertos y heridos, y 5.000 fueron hechos prisioneros, emprendiendo los Austriacos la retirada hacia Calliano y Roveredo y adelantándose Joubert hasta Lavis.

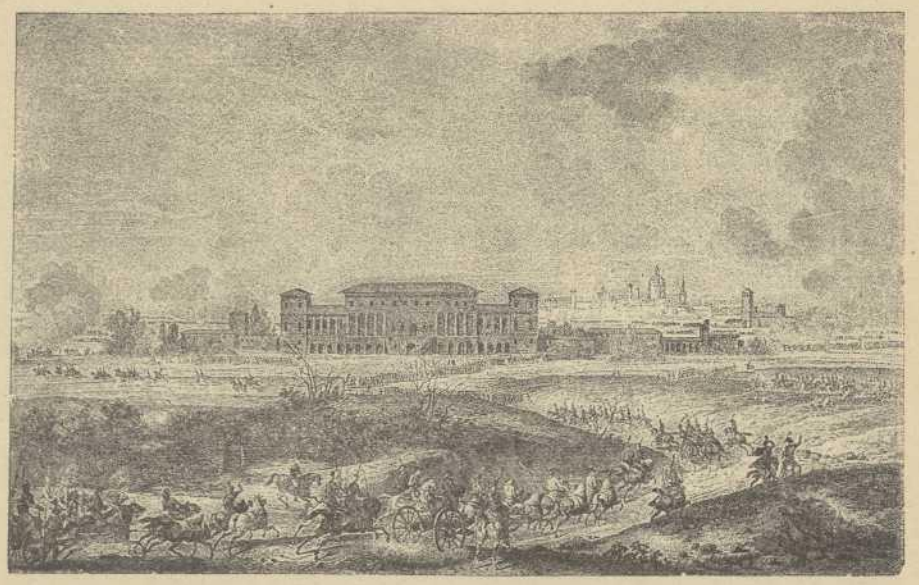
Esta lucha de cuatro días había costado al Austria 24.000 prisioneros, 12.000 muertos, sesenta cañones y veinticuatro banderas; Wurmser, entonces, perdida ya toda esperanza de socorro y obligado por el hambre, envió su ayudante Klenau á Roverbello, cuartel general de Sérurier, para tratar con él de la rendición de la plaza. «Bonaparte acudió á Roverbello, sin darse á conocer, y permaneció embozado en su capa mientras tuvo lugar la conversa-



El general Joubert en la batalla de Rivoli (14 Enero 1796). (Cuadro de Debay, en el museo de Versalles)

ción entre los dos generales. Klenau, empleando las formas de costumbre, disertó largamente sobre los grandes medios de defensa que todavía le quedaban á Wurmser y la gran cantidad de víveres que tenía de reserva en sus almacenes. El general en jefe se acercó entonces á la mesa, tomó una pluma y escribió, en cosa de media hora, sus condiciones, para oponerlas á las proposiciones que formulaba Wurmser, mientras la discusión continuaba todavía con Sérurier; así que concluyó de escribir, dirigiéndose á Klenau le dijo: «Si Wurmser tuviese víveres únicamente para diez y ocho ó veinte días, y hablara de rendirse, no merecería una capitulación honrosa; pero yo respeto la edad, el valor y las desgracias del ilustre general. He aquí

las condiciones con que se la concedo, si se entrega mañana; en la inteligencia de que si tarda quince días, un mes, dos meses... le concederé siempre las mismas. Decidle, pues, de mi parte, que puede continuar defendiéndose hasta que consuma el último pedazo de pan; yo, entretanto, marcho en seguida para atravesar el Po y dirigirme á Roma. Conocéis ya mis propósitos, idlos á participar ahora á vuestro general.



Batalla de la Favorita, cerca de Mantua. (Dibujo de Duplessis-Bertaux)

Las condiciones eran sumamente honrosas para el anciano militar, con quien la fortuna se había mostrado tan cruel, pero que, como escribía Bonaparte al Directorio, había patentizado siempre grandes talentos militares y un valor que la historia ha reconocido; según ellas, Wurmser podía salir libremente de Mantua con doscientos caballos, quinientos infantes escogidos, seis cañones y todo su Estado Mayor. Wurmser las aceptó inmediatamente (2 de Febrero).

La capitulación de esta célebre ciudad, que pasaba con razón por ser una de las plazas más fuertes de Europa, era, por decirlo así, la apoteosis de las victorias del ejército de Italia, y la que elevó hasta el colmo la popularidad de Bonaparte. Multitud de canciones festivas celebraron los triunfos de los ejércitos de Italia y de su general; adaptadas á los aires populares, se extendían fácilmente

entre la multitud, encontrándose en ellas más convicción que reglas gramaticales; pero con aquella sencillez de estilo que demuestra su carácter verdaderamente popular. Citaremos, como ejemplo, algunos *couplets* de la *Relación de la toma de Mantua por el general Bonaparte*.

Mantoue est en notre pouvoir,
La chose est véritable;
Mais l'empereur pour la ravoir
Se donnerait au diable.
Il veut armer, ce nous dit-on,
La Faridondaine, la Faridondon,
Toutes les femmes de Hongrie, biribí,
A la façon de Barbarí, mon ami.

De Bonaparte on parlera
Tout comme d'Alexandre,
C'est un César dans les combats,
Il sait bien se défendre.
Tous ses soldats sont bons garçons,
La Faridondaine, la Faridondon,
Aussi les traite-t-il d'amis, biribí,
Point de façon de Barbarí, mon ami,

Pour que l'on ne trahisse pas
Ce fils de la victoire,
Il sera toujours bon soldat,
Il s'est couvert de gloire.
Partout, au bruit de nos canons,
La Farindondaine, la Faridondon,
Il fera danser l'ennemi, biribí,
A la façon de Barbarí, mon ami, FIN.

PAR PERROTIN (1).

En ellos se ve que el autor no omitió el consignar su nombre, sin duda para legarlo á la posteridad.

Fueron en gran número las canciones compuestas desde principios de la Revolución para celebrar el triunfo de las armas francesas; en ellas se enaltecía el valor y patriotismo de los soldados y el triunfo de los principios revolucionarios, sin que apenas se hiciese mención del nombre de los generales que los mandaban. En las diez canciones que comprende la colección de las que se compusieron sobre la batalla de Fleurus, en vano se buscarán los nombres de Jourdán y de Carnot, al contrario de lo que aconteció más tarde por lo que se refiere á Bonaparte.

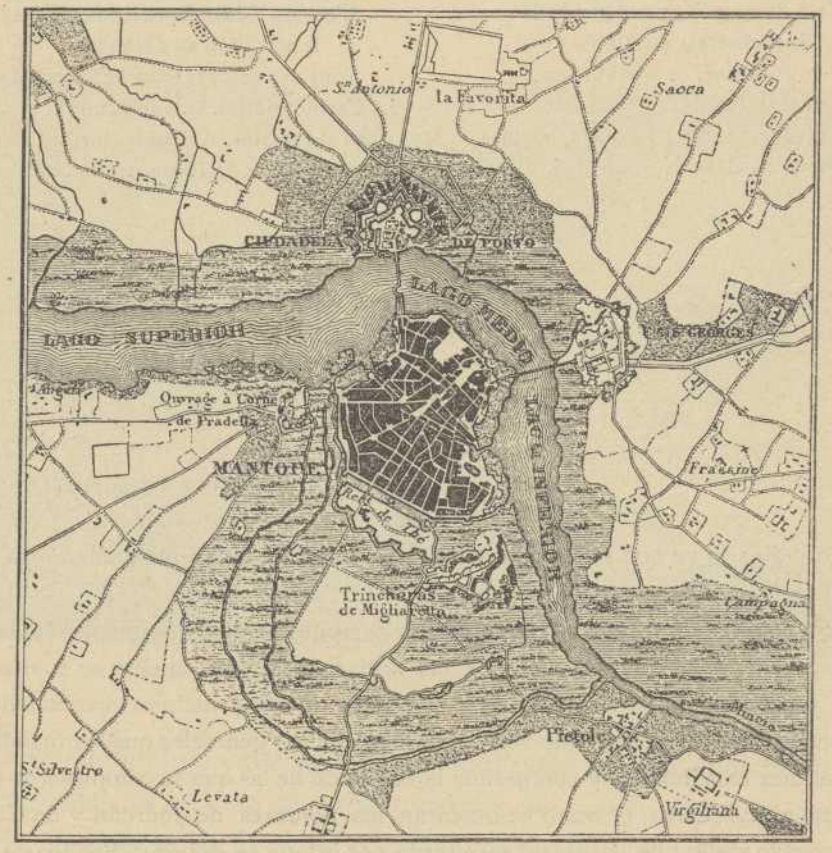
(1) Mantua está en nuestro poder, — es muy cierto;—pero el emperador por reconquistarla — se daría al diablo. — Piensa armar, según se nos dice, á *la Farindondén, la Farindondón*, — todas las mujeres de Hungría. *biribí*, — á usanza de mi amigo Barbari.

Se hablará de Bonaparte — tanto como de Alejandro; — es un César en el combate, — sabe defenderse bien. — Todos sus soldados son buenos chicos, — *la Farindondén, la Farindondón*,—por esto les trata como amigos, *biribí*,—no á usanza de mi amigo *Barbari*.

Para evitar la traición, — este hijo de la victoria, — será siempre un buen soldado,— pues se ha cubierto de gloria.—Por doquier el estampido de nuestros cañones,—*la Farindondén, la Farindondón*, — hará bailar al enemigo, *biribí*, — á usanza de mi amigo Barbarí. FIN.

POR PERROTIN.

Entretanto Wurmser, hondamente impresionado por las concesiones que Bonaparte le había hecho, mostróle muy pronto su reconocimiento, dándole aviso de una tentativa de envenenamiento que se tramaba contra él en la Romaña. El ayudante de campo encargado de esta misión le encontró ya en Bolonia; pues Bonaparte, sin espe-



Plano de la ciudad de Mantua

rar la rendición de Mantua, se había dirigido hacia los Estados Pontificios. El cardenal Busca había tratado en vano de convertir la Romaña en una nueva Vendée, según la amenaza que hiciera al ministro francés Cacaul. «Se había predicado la guerra santa, excitando hasta el delirio el fanatismo de las clases populares, utilizando para ello los ejercicios de las cuarenta horas, las misiones en las plazas públicas, las indulgencias y hasta supuestos milagros. Pero semejantes medios no resultaban bastante eficaces para detener á sol-

dados que habían logrado destruir en poco tiempo cinco ejércitos.» La prudencia de Bonaparte facilitó también el triunfo sobre estas pobres gentes, devolviendo la libertad á los prisioneros hechos en los primeros combates y diciéndoles: «Yo vengo á procuraros vuestro bienestar, ya estáis libres; volved al seno de vuestras familias y aseguradles que los Franceses son amigos de la religión, del orden y del pueblo.» Igual conducta siguió con los prisioneros hechos en Ancona, plaza que el general piamontés Colli, al frente entonces del ejército pontificio, trató inútilmente de defender.

El día 13 de Febrero, Bonaparte estableció su cuartel general en Tolentino. El camino de Roma se hallaba libre, y podía, si así lo deseaba, entrar con un ejército en la ciudad eterna: tentación era esta verdaderamente grande aun para el vencedor de Rívoli. Por otra parte, el Directorio era contrario á entablar negociaciones con la Santa Sede, cuyo poder temporal quería destruir; mas éstas no eran las miras personales de Bonaparte, pues sin contar con el respeto que le inspiraba el culto que había practicado en su infancia, respeto de que diera ya pruebas en algunas circunstancias de su vida militar, comprendía perfectamente la inmensa importancia política que tiene la religión. Sus relaciones con la Santa Sede lo demostraron en esta ocasión, admirando á todos su deferencia, que llenó de confianza y encantó tanto á los cardenales como al mismo Pontífice é hizo que les pareciesen más suaves las condiciones del tratado de Tolentino, que confirmaba y agravaba las del armisticio de Bolonia. Por ellas se reconocía á Francia definitivamente sus derechos sobre Aviñón; insistió mucho Bonaparte para que la corte romana aboliese la inquisición, pero tuvo que desistir de su intento ante las protestas que esta demanda levantó entre los cardenales.

No fué únicamente la Santa Sede la que temió por su existencia en aquellos momentos, también la República de San Marino participó de aquellos temores ante la proximidad del ejército francés; pero Bonaparte no sólo reconoció su existencia, sino que aun propuso extender su territorio, lo cual rehusó el síndico, en nombre de sus conciudadanos, diciendo: «En nuestra pequeñez se funda nuestra libertad;» y como Bonaparte ofreciese entonces dos cañones á la pequeña República, como prueba de cariño de su grande hermana la República

francesa, el síndico las rehusó también diciendo: «Nos serían inútiles, pues su alcance traspasa los límites de nuestro territorio.»

Los acontecimientos que se desorrollaban fuera de Italia, seguían quedando en segundo término. La guerra del Rhin era puramente defensiva por entonces, registrándose como único suceso importante la toma de Kehl por el archiduque Carlos, á pesar de la valiente re-



Firma del tratado de paz de Tolentino entre la Santa Sede y Bonaparte. (De un grabado de la época)

sistencia que opuso la guarnición y de los esfuerzos del ejército de Beurnonville.

La diplomacia del Directorio demostró entonces gran actividad; firmó con el rey de España un tratado más bien de alianza que de neutralidad (1796), y á fines de este mismo año fué enviado Clarke á Viena para renovar de un modo público las negociaciones que el Comité de Salvación pública había ya entablado secretamente con el emperador de Austria y su gobierno. Lo mismo el Directorio que el terrible Comité de Salvación pública no se desdeñaban de recurrir á los medios más censurables en estas tan singulares intrigas. El ministro austriaco que se mostraba más hostil á Francia, y

representaba más decididamente el partido de la guerra ante el emperador era Thugut, sobre el cual el Directorio se jactaba de ejercer cierta influencia, amenazándole con publicar unas cartas que se habían encontrado en los archivos del ministerio de Negocios extranjeros de París, y que, según se decía, demostraban que Thugut, hallándose de agregado á la embajada de Austria en Constantinopla, había vendido al embajador de Francia, M. de Saint-Priest, algunos secretos de su gobierno; pero estas tentativas no dieron ningún resultado.

Inglaterra, asustada por la agitación de Irlanda é inquieta por su situación financiera, solicitaba la paz, y Pitt, cediendo ante la opinión pública, envió á París al conde de Malmesbury como embajador.

«Muchos le envidiaban en Inglaterra, dice H. de Sybel en su *Historia de Europa durante la Revolución Francesa*, pues la alta sociedad de Londres tenía gran curiosidad por saber cómo, después del Terror, se podía vivir en París, entre los Jacobinos.

Malmesbury fué muy bien recibido en todas partes, y hasta agasajado varias veces, desde Calais á París, no encontrando en su camino más que poblaciones que deseaban con ansia la paz. Los caminos se hallaban desiertos, y aunque los campos aparecían cultivados, lo estaban únicamente por mujeres.»

Pero estas tentativas de reconciliación no eran sinceras y las negociaciones se rompieron en breve. Empezaba la marina á rehacerse bajo la dirección del almirante Truguet, y el Directorio pudo en Diciembre de 1796 enviar una flotilla á Irlanda, al mando de Hoche, expedición que fracasó. La terminación de la guerra dependía, pues, realmente del ejército de Italia.



CAPITULO III

CAMPAÑA DE ITALIA: TERCERA PARTE

EL EJÉRCITO DEL RHIN. — CAMPAÑA DE BONAPARTE CONTRA EL ARCHIDUQUE CARLOS EL 18 DE FRUCTIDOR. — CAMPO-FORMIO



Después de firmar el tratado de Tolentino, Napoleón regresó á Mantua, en donde admiró los frescos de Julio Romano del palacio de T., y hasta pensó hacerlos trasladar á París; pero renunció á su proyecto, temeroso de destruir tan hermosas obras de arte.

Estando en esta ciudad revistó dos divisiones que por orden del Directorio se habían sacado, una del ejército del Rhin y otra del de Sambre y Mosa, y enviadas á Italia; orden que, si bien se había dado después de la batalla de Arcola, no pudo llevarse á efecto hasta después de la de Rivoli y de la rendición de Mantua. Estas dos divisiones que acababan de atravesar los Alpes formaban un contingente de unos 20.000 hombres y aportaban al ejército de Italia un elemento nuevo. Parécenos oportuno indicar someramente las fases por que había pasado el ejército del Rhin, al encontrarse, en parte, bajo el mando de Napoleón. Se componía aquel ejército de los soldados

más veteranos de la Revolución, de aquellos que habían combatido en Valmy, y que, sin embargo, eran los menos revolucionarios. De sus ideas republicanas no podía dudarse, y ellos fueron, en efecto, los que con menos simpatía acogieron el establecimiento del Consulado y del Imperio, á pesar de ser ellos mismos quienes habían aplaudido el 9 de Thermidor, mientras que el ejército de Italia se indignaba, en gran manera, por la caída de Robespierre. Sin embargo, si se pretende conocer la manera cómo se formaron y desarrollaron los ejércitos republicanos, es preciso estudiar principalmente lo que eran los ejércitos del Rhin y del Escalda.

En un principio se compusieron estos ejércitos de las antiguas tropas reales, pero muy pronto afluyeron á ellos gran número de voluntarios, entre los que figuraban, no sólo los partidarios del nuevo régimen, sino todos aquellos que anteponían el patriotismo á las ideas políticas; por esto, lo más florido de la nación se encontró muy pronto en las fronteras. Así se explica, de una parte, la superioridad que demostró el ejército sobre el gobierno revolucionario, y de otra el por qué fueron posibles tantos excesos en el interior. Los que se libraban del servicio militar por formar parte de las secciones armadas de París y de las grandes ciudades, constituían por lo general la espuma de la nación. Un historiador, cuya opinión no es sospechosa, Michelet, ha dicho: «El Terror no salvó á Francia, pero Francia se salvó por el Terror.» Y en realidad una de las mayores pruebas de patriotismo que dieron los soldados franceses y muy particularmente los oficiales, fué la resignación verdaderamente estoica con que soportaron las absurdas crueldades de los representantes que el pueblo les enviaba; pero entonces el patriotismo era una pasión profunda, que subordinaba ó empleaba para sus fines á todas las demás pasiones. «El manifiesto del duque de Brunswick, dice Gouvion Saint-Cyr en sus *Memorias*, dió á Francia más de cien batallones, que se organizaron, armaron, y se pusieron en pie de guerra en menos de tres semanas.»

«Francia, sin aliados en el exterior, trastornada completamente en el interior por la súbita destrucción de todas sus tradiciones, falta de la mayor parte de su antigua aristocracia militar, necesitaba hallar en las clases populares el talento,

el valor, la confianza y la singular fortuna que podían únicamente salvarla, y encontró todo esto, y no lo encontró sólo en un momento dado, en una hora de exaltación de los espíritus, sino durante veintinco años seguidos, y ya fuese anticipándose ó ya esperando los proyectos de las demás naciones europeas, estuvo continuamente, durante un cuarto de siglo, defendiéndose sola contra todos. Aun cuando la misma naturaleza se hubiese desencadenado contra ella, segando de un golpe sus antiguas fuerzas, no habría aun sucumbido si las circunstancias de su vida interior le hubiesen conservado la misma confianza y el mismo entusiasmo que despertó al principio de esta gigantesca lucha.»



El moderno francés (grabado alemán).

Sin embargo, los ejércitos veteranos no se improvisan, y estos voluntarios á pesar de su gran entusiasmo no hubieran podido resistir mucho tiempo á ejércitos aguerridos, perfectamente organizados y bien dirigidos, con quienes tenían que luchar. Poseían el valor y la confianza, pero eran de carácter díscolo y turbulento; indisciplinados, algo fanfarrones, y querían llevar á los campos de batalla las teorías y procedimientos de los clubs. Sus generales, oficiales de la antigua monarquía, no escatimaron el rigor para sujetarles á una estrecha disciplina, y el mismo Dumouriez decía, al hablar de los federados de París, á los cuales había conminado con

las penas más severas: «Cumpliré la palabra que les dí y no les engañaré. Si no adoptase este partido, aniquilarían mi ejército y acabarían por ahorcarme, lo que no quiero que me suceda.»

El antiguo ejército real sirvió para sostener el primer choque con la coalición; sus regimientos de línea admitieron en sus cuadros los voluntarios, que desde el primer momento conquistaron en Valmy una reputación que confirmaron después en Jemmapes.

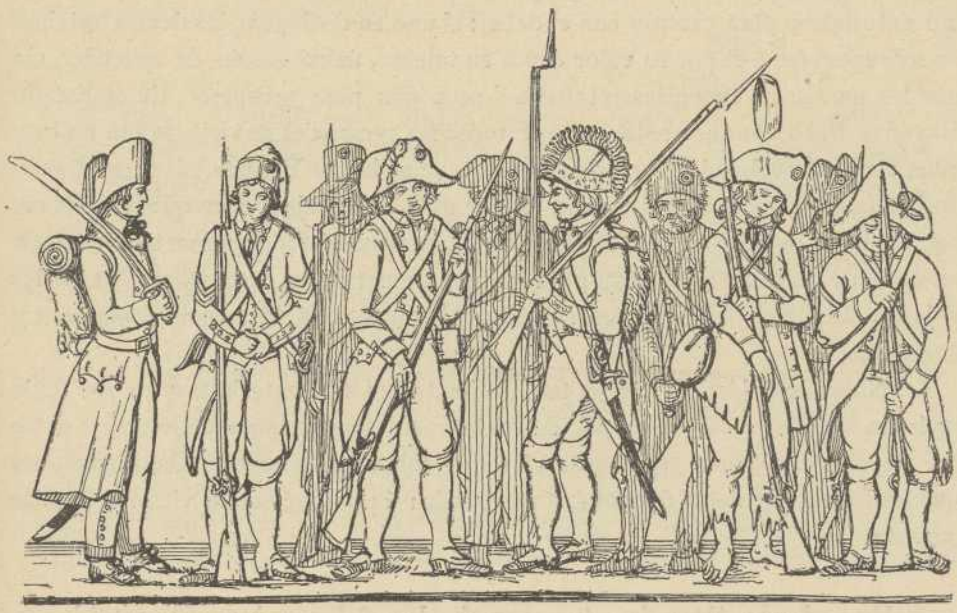
Este ejército, que contaba en sus filas tantos subalternos inteligentes, á quienes su origen plebeyo quitaba toda esperanza de ascenso, con más rigor todavía á fines del siglo XVIII que en las épocas de Richelieu ó de Luis XIV, este ejército, repetimos, acogió con entusiasmo las reformas de 1789; siendo en verdad, el ejército de la Francia nueva, y á su calor pudo nacer y desarrollarse el nuevo ejército.

La rapidez con que los voluntarios se convirtieron en verdaderos soldados demuestra perfectamente lo que valían, á pesar de los justos reproches á que se hicieron acreedores muchas veces: «Aún cuando los principios de la Revolución, dice M. de Broglie, contribuyeron notablemente al éxito de sus armas, éste se debió más principalmente á la transformación de los ejércitos existentes, que no á una improvisación milagrosa que nadie posee para crear ejércitos.»

No bastaban, sin embargo, los voluntarios, por lo que la población francesa «estuvo en constante leva,» decretándose la leva general, y por una medida sumamente hábil de Carnot, que se llama *la amalgama,* reunió los soldados que así se obtuvieron y los voluntarios á los antiguos regimientos, suprimiendo éstos y transformándoles en semibrigadas, que, en vez de llevar nombres particulares de provincias ó jefes, fueron distinguidos tan sólo por el número, que les correspondía, lo cual no impidió que muchos de estos números se hiciesen célebres muy en breve.

«Con hombres sacados por medio de la leva, dice M. Thiers, no se forman jinetes, artilleros, ni zapadores de valer; pero una nación esencialmente militar, que tiene amor propio y afición á las armas, puede hacer de ellos buenos infantes, y estos infantes, incorporados en las semibrigadas á los restos

del antiguo ejército, á los que transmitían su audacia y cuya organización adoptaban, se lanzaron primeramente sobre el enemigo como tiradores, y después le destrozaron al cargar en masa á la bayoneta. Con el tiempo aprendieron á maniobrar delante de los ejércitos más instruídos de Europa, aquellos que se habían formado en la escuela de Federico el Grande y de Daun, y más adelante, salieron de ellos buenos artilleros, buenos jinetes y excelentes ingenieros, adquirieron la disciplina que no tenían en un principio, y conservando sus primeros ímpetus, su audacia y la facilidad de sus movimientos, llegaron á constituir muy pronto el primer ejército del mundo.»



Representación de una parada de la guardia francesa en Mannheim, en Octubre de 1795.
(Facsímil de un grabado alemán, colección Dubois de l'Étang)

Hasta 1796 figuró á la cabeza de este glorioso ejército el del Rhin.

«Los soldados franceses, dice el general Soult, que era entonces subteniente en el batallón del alto Rhin, no contaban nunca el número de sus enemigos; conocían su propio valer, y á pesar de los reveses que experimentaron en un principio, de las privaciones que tuvieron que soportar, del cambio frecuente de sus generales, y de la penosa impresión que debían producir en ellos el clamoreo de las facciones y las catástrofes del interior, supieron sobreponerse siempre á su desgracia y á su situación, y atentos ante todo al cumplimiento de su deber atrajeron sobre sí los peligros, y lograron con sus famosos hechos hacer desviar las miradas del mundo de las escenas de desolación que se sucedían en Francia.

» Los oficiales eran los primeros en dar ejemplo de su abnegación llevando encima cuanto poseían, casi sin sueldo (pues únicamente después, cuando aparecieron los asignados y llegaron á perder todo su valor, — la paga de los oficiales no excedía de tres francos en papel, — recibieron su aproximado valor de ocho francos mensuales en plata, lo mismo que los generales) participaban de las distribuciones como los soldados y recibían de los almacenes las piezas de su equipo que necesitaban, facilitándoseles bonos para adquirir una casaca y un par de botas, y sin embargo, ninguno pensaba en quejarse ante semejante estrechez, ni abandonaba el servicio, que era el solo y único objeto de su emulación. En todos los grados y en todas las categorías se encontraba el mismo celo y el mismo entusiasmo para cumplir con el deber: si uno se distinguía, los demás trataban de sobreponerse á él por su valor ó por su talento, único medio de ascender, sin que las medianías encontrasen terreno á propósito para prosperar. En el Estado Mayor se trabajaba incesantemente en todas las ramas del servicio, y aún no bastaba; todos deseaban intervenir en todo lo que se hacía. Yo, por mi parte, puedo decir que es la época de mi carrera en que más he trabajado y en que los jefes me han parecido más exigentes: de esta manera, aunque no todos fuesen tenidos como modelos de su escuela, salieron gran número de generales, que más adelante les dejaron obscurecidos. Entre los soldados se encontraba la misma abnegación y desinterés.

» Nunca los ejércitos fueron tan obedientes ni tan entusiastas; es sin duda la época de guerra en que ha podido encontrarse mayor suma de virtudes entre las tropas. Con suma frecuencia ví á los soldados renunciar las provisiones que les iban á dar antes del combate, gritando: « ¡Después de la victoria nos las darán! »

En toda la Francia, á pesar de las diferencias que establecen las costumbres, las condiciones geográficas, las tradiciones históricas, la administración y aun la misma lengua, entre las distintas regiones que la constituyen, se manifestó el mismo patriotismo, señal la más honrosa y la más decisiva sin duda de esta unidad nacional que se ha amasado con las glorias y las desgracias comunes, más aún que por los intereses materiales, bajo la larga dirección política de la monarquía francesa, y que sirvió entonces para elevar á Francia sobre todas las naciones vecinas. En todas partes se prestaron á sacrificios análogos, hasta en las pequeñas regiones privilegiadas en los tiempos antiguos y aun en aquellas en que iban á perder más que á ganar con la nueva constitución.

Refiere el voluntario Fricasse, en su *Diario* publicado por

M. Loredan Larchey, que en el sitio de Charleroi, al caer herido de muerte un artillero, exclamó: «¡Coburgo, Coburgo! con tus inmensas riquezas no habrías podido comprar una gota de mi sangre, y yo hoy la derramo toda por la República y por la libertad.»

«He visto, dice más adelante, al hablar de la batalla de Grand-Rend sobre el Sambre, poco tiempo antes de la de Fleurus, he visto en esta acción á los valientes republicanos cubiertos de heridas, reunir todas sus fuerzas en el momento en que iban á exhalar el último



Continuación del grabado anterior

suspiro y lanzarse á besar la escarapela tricolor, signo sagrado de nuestra libertad reconquistada.» Así el general Chancel, sin temor de provocar ninguna protesta, podía responder á un soldado del campamento de Maubeuge, que le decía que su anhelo era batirse, pero que después de un gran cansancio es necesario el reposo y el alimento: «Tened presente, joven, que muchas veces se ha de comprar con duras fatigas y largas privaciones el honor de combatir y de morir por la patria.»

Realmente casi todos los que formaban parte del ejército eran republicanos convencidos, pero aun aquellos que no eran amigos del nuevo gobierno, no por eso dejaban de cumplir con su deber. Gouvion Saint-Cyr habla con grandes elogios de los oficiales que

pertenecían á la nobleza, y que servían como los demás, y á quienes expulsó del ejército un decreto de la Convención, funesto bajo muchos conceptos.

« Preciso es convenir en que los militares de esta clase difícilmente podrían continuar sirviendo en los ejércitos republicanos, á causa de los ataques á que estaban continuamente expuestos y de las persecuciones de que eran objeto por parte de los representantes que la Convención mandaba á los ejércitos, y que se escogían entonces entre los diputados de la Montaña, los más fanáticos de la época; y sin embargo, la mayoría de estos oficiales servían con celo y fidelidad, y si no eran muy instruídos, no les iban en zaga á los demás, y era tanto mayor el mérito de su fidelidad, cuanto que sostenían la causa de una revolución principalmente dirigida á destruir sus privilegios.»

La misma fidelidad demostraban aquellos á quienes la Revolución había herido en sus creencias y en su fe, como lo demuestran los interesantes *Recuerdos de un abate voluntario de la República*, publicados por M. Ernouf.

El abate Cognet abandonó el seminario y se alistó para seguridad de su familia, una vez soldado, no sólo cumplió extrictatamente con su deber, sino con verdadero empeño, animado por el amor á la patria y á sus banderas; y una vez alcanzada su licencia, á pesar del brillante porvenir que se le presentaba, reanudó sus estudios y realizó el piadoso proyecto que había siempre acariciado, muriendo de canónigo en Soissons. «Realmente es una figura original, dice M. Ernouf, la de este voluntario de la República francesa, que ni teme el arrodillarse en una iglesa profanada ni desafiar la metralla, y que, llevando siempre consigo el *Nuevo Testamento*, no combate con menos valor á la sombra de la bandera tricolor.»

Este entusiasmo patriótico se encuentra también fuera de los campos de batalla, entre aquellos que ni se excitan ante el fragor de las armas, ni por el sentimiento de un sacrificio necesario para olvidar sus cuitas. Esto llamó la atención al helenista alemán Hase, al venir á Francia en los últimos tiempos del Directorio. «El dueño de la casa en que me hospedo, escribía desde Verdun, es un hombre muy religioso y devoto, y sobre todo enemigo de la República,

y sin embargo, tanto él como su mujer se alegraron en gran manera cuando vieron que conocía la marcha de la guerra y los hechos del ejército. La Revolución nos ha empobrecido, decían, pero el ejército se ha portado bien; no ha combatido por la República, sino por la patria. ¡Viva nuestro ejército! » Cualesquiera que sean las ideas que se tengan respecto á este período tan revuelto y todavía tan discutido, puede uno atreverse á repetir con aquellas



Oficial y soldados de infantería. (Según una colección de uniformes de la Biblioteca nacional francesa)

buenas gentes: ¡Viva nuestro ejército! «El patriotismo, en efecto, dice Gouvion Saint-Cyr, suplió á todo, nos dió la victoria, y la victoria proveyó á nuestras necesidades.»

En ninguna parte este patriotismo se conservó más puro que en el ejército del Sambre y Mosa y en el del Rhin. Nunca se ha llevado más allá la abnegación, abnegación de todo bienestar, de toda fortuna, de todo interés y hasta de la misma gloria, y más todavía que en el ejército de Italia se ve con frecuencia rechazar los ascensos por aquellos á quienes se ofrecían, y que siendo los que reunían mejores condiciones para obtenerlos, no se creían dignos de ellos. Jomini, lo mismo que H. de Sybel, poco favorable generalmente para

nosotros, hace justicia á aquellos soldados á quienes se llamaba los Espartanos del Rhin.

« A pesar de su miseria, dice Jomini, nunca dejaron los soldados de combatir con más alegría ni con menos excesos, y necesitaríamos volúmenes enteros para relatar todos los actos de heroísmo y de desinterés que les ha inmortalizado. La historia consignará, por ejemplo, la admirable resignación de aquellos pacíficos ciudadanos, que arrancados de sus hogares y transformados en soldados por la ley, después de haber andado errantes un mes entero en el terrible invierno de 1794, sin medias, sin zapatos, y casi desnudos, viéndose obligados á cubrirse con algunos tejidos de paja, atravesaron ríos helados y penetraron, por fin, en Amsterdam, sin cometer ningún exceso. Esta ciudad, famosa por sus riquezas, y que debía esperar menos miramientos, presenció con verdadera admiración cómo aquellos batallones de valientes, casi desnudos, que habían entrado triunfantes en su recinto al son de las bandas militares, colocaron sus armas en pabellones y permanecieron varias horas en la vía pública sobre la nieve helada, esperando con resignación y sin exhalar la más ligera queja, á que se atendiese á su comida y á su alojamiento.»

Desde 1794 mejoró la situación material de este ejército, pues el gobierno se preocupó de atender á sus necesidades con preferencia á las del ejército de Italia.

«Los soldados del ejército de Alemania que se enviaron á Italia al mando de Bernadotte y de Delmas, más ricos, mejor vestidos, y menos republicanos en sus usos, miraron con cierto desprecio, dice F. de Ségur, el uniforme meridional, irregular y descuidado de los soldados de Bonaparte, en su mayoría gascones, que tenían que estar en continuo movimiento. A primera vista se hubiera podido creer que eran dos ejércitos distintos, pudiendo explicar este contraste la diferencia de las provincias en que habían sido reclutados y de las condiciones geográficas de los pueblos y de las costumbres en medio de los cuales uno y otro habían combatido, y por fin, hasta el modo de proceder de los jefes que los habían dirigido. El carácter ambicioso é insubordinado de Bernadotte contribuyó á envenenar estas disposiciones, y el antagonismo estalló por los apodos de Señoritos y Ciudadanos, que se dieron recíprocamente, y por algunos sangrientos duelos que tuvieron lugar; sin embargo, una amenaza de Augereau y una seria reprimenda

de Masséna, ante la cual se doblegó Bernadotte, pusieron término á estas rencillas. Bonaparte tomó también otras precauciones: separó las dos nuevas divisiones, colocando la una en el ala derecha y la otra en el ala izquierda, y después, valiéndose de la presencia del enemigo, se hizo suyo el ánimo de estos nuevos soldados, y cambió sus celos en una verdadera emulación.»

En la batalla de Tagliamento, Bernadotte decía á sus soldados



"El enemigo no sospecha que estemos aquí; son las siete, mañana á las cuatro de la madrugada le sorprenderemos.„
(Según una litografía de Raffet)

en el momento de emprender el ataque: «Amigos, acordaos que sois del ejército del Sambre y del Mosa, y que el ejército de Italia os mira.»

No había pasado un mes desde que se firmara el tratado de Tolentino, cuando Bonaparte tuvo que prepararse para volver á emprender la lucha. Los triunfos decisivos de Austria en el Rhin le permitían enviar nuevas tropas á Italia y poner á su frente al mejor de sus generales, el archiduque Carlos.

Nacido en Florencia en 1771, cuando su padre, que debía ser más adelante el emperador Leopoldo II, no era todavía más

que rey de Toscana, se encontraba el archiduque Carlos el general en jefe más joven de Europa, con la particularidad de ser uno de los pocos que á su edad habían alcanzado grandes victorias, explicándose esta situación, en parte, por su procedencia real; pero siendo su superioridad tan indiscutible, que ninguno de los generales de quienes había sido jefe por su nacimiento, pudiese tener motivo de queja por esta subordinación. A su decidido valor, de que había dado prueba en Jemmapes, en Nerwinde y en Fleurus, unía un claro talento, una instrucción sólida y variada, una elevación de sentimientos y una sangre fría cuyos alcances había demostrado en la hermosa campaña que acababa de hacer en Alemania.

Austria se veía así impelida por las circunstancias á enviar todas sus fuerzas á gastarse sucesivamente en Italia contra las tropas de Bonaparte. El archiduque Carlos pensaba cubrir los tres caminos que desde Venecia conducen hasta Viena en la siguiente forma: Laudon, con 15.000 hombres, guardaría el alto Adigio y el collado de Brenner; Lusignan, con 8.000, el camino de la garganta de Tarvis, y la mayor parte del ejército, 25.000 hombres, al mando del mismo archiduque Carlos, debía defender el paso de Adelsberg y el camino de Trieste.

Bonaparte vió en seguida que el archiduque debía haber procurado principalmente concentrar el grueso de sus fuerzas en el Tirol, á fin de poder recoger más pronto los nuevos refuerzos que se le mandaban de Viena; pero el general austriaco estaba cohibido por las instrucciones del Consejo Supremo de Guerra de Viena, institución que se hallaba todavía en su mayor auge y que Francisco II se obstinaba en no ver que había sido la principal causa de la derrota de sus ejércitos, y no es que aún sin estas lecciones de la experiencia no hubiesen faltado á Austria autorizados consejos respecto á este punto.

El emperador Federico escribía en su época, en las *Memorias de Brandenburgo*, respecto á la campaña de Turena en Alsacia, lo siguiente: «Los generales franceses, dueños casi absolutos de sus ejércitos, se entregan á los impulsos de su genio, y aprovechan la ocasión cuando se les presenta, mientras que sus

enemigos la pierden muchas veces por tener que pedir permiso al emperador para realizar movimientos ó hechos que ya no son posibles al llegar la autorización. Los ministros de Viena, políticos eminentes, pero que no eran militares, forjaban en su gabinete planes de campaña completamente desatinados, y pretendían dirigir á los generales por la senda trazada con tal velocidad, que sería necesario volar para llegar á la meta.»

Estas palabras podían aplicarse de la misma manera á fines del siglo XVIII,



"Está privado el fumar; pero podéis, si gustáis, tomar asiento „ (Según una litografía de Raffet)

aun después de las victorias de Bonaparte. El general ruso Souwaroff, que durante la segunda coalición se había unido con sus tropas á las de los Austriacos, no podía comprender este sistema de hacer la guerra, y se indignaba por la lentitud que el *Kriegshofrath* de Viena imponía á los generales; reproduciendo á su manera las críticas de Federico II, decía: «Saber alcanzar la victoria es bueno, pero salir siempre derrotado no es malo que digamos. El emperador dispone que me dirija á Viena la víspera de una batalla, sin tener en cuenta que las circunstancias de la guerra cambian con rapidez suma, que no es posible confiar en planes determinados de antemano, que la fortuna es tan rápida como el relámpago, y que es necesario coger la ocasión por los cabellos, pues si se la deja escapar no vuelve.»

Así, pues, el archiduque Carlos, aunque había colocado el grueso de su ejército en el sur, es decir, en el punto más alejado del Rhin, verdadero teatro de la batalla, creía, sin embargo, que se le reunirían estas fuerzas antes de que Bonaparte volviese á tomar la ofensiva, pues era todavía invierno y los ingenieros militares austriacos estaban recorriendo los desfiladeros de los Alpes Nóricos y Julianos, proyectando varias fortificaciones que debían construirse cuando el deshielo de las nieves lo permitieran.

Bonaparte no les dejó tiempo para ello, y recordando la frase de César, dijo: «Hasta ahora hemos combatido con un ejército sin generales; vamos ahora á combatir á un general sin ejército.» Sin embargo, no contaba con la superioridad numérica, pues tuvo que dividir sus fuerzas. Desconfiaba con justo motivo de Venecia, y respecto al Tirol, ya se sabía que era una de las regiones más adictas al Austria; tuvo, pues, que dejar 20.000 hombres, al mando de Kilmayne, para vigilar y contener el primero de estos estados, y dejar otros 20.000 hombres al general Joubert, cuyas condiciones de carácter y de inteligencia apreciaba mucho Bonaparte, y que era de sus lugartenientes el que consideraba más capaz para dirigir operaciones combinadas, á fin de que se dirigiese hacia el Tirol para obligar á retirarse á Laudon hasta el collado de Brenner; y una vez allí, según las circunstancias, ó bien pasaría el puerto, ó torciendo á la izquierda, remontaría el Rienz, penetrando en la cuenca del Danubio, no por el valle del Inn, sino tomando la dirección del Drave y salvando el paso de Toblach. Masséna, con 10.000 hombres, se dirigió contra Lusignan, debiendo ganar la cuenca superior del Isonzo por Feltre, y Bellune sobre el Piave, mientras que Bonaparte en persona, con 25.000 hombres, siguió el camino paralelo al mar, que va desde Venecia á Goritz.

«El archiduque había tomado posiciones sobre el río Tagliamento, tratando de defender su paso en Valbasona, en 16 de Marzo de 1797; pero fué derrotado y arrojado al otro lado del Isonzo, apoderándose Bonaparte de Palmanova, al mismo tiempo que Masséna destrozó á Lusignan, y arrojándose desde Bellune sobre Osopo, conquistó esta plaza y se dirigió por Ponteba hacia el paso de Tarvis. Entonces el príncipe Carlos dirigió el ala derecha de su ejército

con la artillería y la impedimenta hacia Udina, Caporetto y Chiusa di Pletz, para ganar el paso de Tarvis antes que llegase Masséna, queriendo tener en su poder el curso inferior del Isonzo para cubrir á Trieste; pero Masséna se apoderó del paso de Tarvis, al mismo tiempo que Bonaparte tomó á Gradisca, pasó el Isonzo y empezó la persecución del ala derecha austriaca que Masséna á su vez estaba esperando. Cortado el ejército del archiduque, y no pudiendo subir



Batalla y paso del Tagliamento, el 26 Ventoso, año V. (Dibujo de Carlos Vernet, grabado por Duplessis-Bertaux)

por la orilla izquierda del Isonzo, que limita el núcleo de los Alpes Cárnicos, se vió obligado á ganar á toda prisa el paso de Adelsberg, perseguido por Bernadotte, llegando hasta Laybach, desde donde marchó á Villach, á donde acababan de llegar dos divisiones austriacas procedentes del Rhin, y las llevó al paso de Tarvis para derrotar á Masséna y volver á abrir el camino al ala derecha de su ejército; pero fué derrotado y arrojado sobre Villach, en donde se reunió con el resto de su ejército (24 de Marzo). Entonces el ala derecha, atacada de frente y por retaguardia por Masséna y Bonaparte, trató inútilmente de resistir, quedando des-

trozada y perdiendo 6,000 hombres, treinta cañones y cuatrocientos carros.» (Lavallée).

Bonaparte entró en Villach y en Klagenfurth, mientras que el ala derecha del ejército francés, al mando de Bernadotte, ocupaba Trieste y Laybach, uniéndosele Joubert en Klagenfurth. No quedó desmentida la confianza que Bonaparte había depositado en este general, pues había derrotado á Laudon sobre el Lavis, en Neumarck y Clausen, rechazándole hasta el pie del Brenner; pero el Tirol y Venecia se habían sublevado detrás de él. La rapidez con que Bonaparte había vuelto á tomar la ofensiva en Italia, fué causa de que un nuevo ejército que el Directorio había organizado y puesto á las órdenes de Hoche para marchar al Rhin, se encontrase aún en la izquierda de dicho río. Joubert, en vez de continuar su camino hacia el norte, torció á la derecha, por el Pusterthal, movimiento que se considera como una de sus principales glorias militares. En 10 de Abril escribía á su padre:

«Acabo de salir vencedor del Tirol; tal vez haya corrido el rumor de que he sucumbido con todo mi ejército, puesto que he cortado de pronto todas mis comunicaciones con Trento, y dejando un ejército enemigo á mis espaldas, me he lanzado entre estos desfiladeros, buscando paso á través de multitud de paisanos armados, para unirme con el general Bonaparte que está á las puertas de Viena. He salido bien en mi propósito; en este momento constituyo la retaguardia y espero en breve formar una de las alas de su ejército. Durante veinticuatro horas me he visto acosado por el hierro homicida de los Tiroleses sublevados en masa, y en una marcha de veinte leguas, por regiones las más terribles, he logrado contenerlos. Mi marcha realmente es extraordinaria, ¿pero con Bonaparte es posible hacer otra cosa? ¡Ojalá que tantos heroicos esfuerzos nos traigan la paz!»

La reunión de Joubert y de Bonaparte en Klagenfurth abría á los Franceses el camino de Viena; la corte imperial de Austria abandonó la capital y los jóvenes archiduques y archiduquesas fueron enviados á Hungría. Entre las princesas que huían delante del ejército de Bonaparte, se encontraba, como lo ha recordado después el mismo Napoleón, la archiduquesa María Luisa, que tenía entonces cinco años de edad, y que fué más adelante la emperatriz de los Franceses.

Bonaparte escribió desde Klagenfurth al archiduque Carlos la carta siguiente :

«*Bonaparte, general en jefe del ejército de Italia, al archiduque Carlos, jefe del ejército austriaco*»

Cuartel general de Klugenfurh, 31 de Marzo de 1797 (año V, 11 Germinal).

«Señor general en jefe:

«Los militares valientes hacen la guerra y desean la paz; ¿acaso no dura ya aquélla seis años? ¿No hemos matado bastante gente y hecho bastante daño



Preliminares de la paz de Léoben. (Cuadro de Lethiére, museo de Versalles)

á la triste humanidad que clama por doquier? Europa ha depuesto las armas que había tomado contra la República francesa; vuestra nación queda sola enfrente de ella, y sin embargo se va á derramar más sangre que nunca. Esta campaña se anuncia con presagios siniestros; sea cual fuere su resultado, habremos perdido por ambas partes algunos millares de hombres más, y al cabo será preciso entenderse, porque todo, hasta el odio, tiene término.

»El Directorio de la República francesa había hecho conocer á S. M. el Emperador su deseo de poner fin á la guerra que aflige á las dos naciones; la intervención de la corte de Londres se ha opuesto á ello. ¿No queda ninguna esperanza de entendernos? ¿Es necesario acaso que continuemos despedazándonos por los intereses ó las pasiones de una nación á quien no afecta n los males de esta guerra?

»Vos, Senor general en jefe, cuyo nacimiento os acerca tanto al trono, y que sois superior á las pequeñas miserias que ciegan á los ministros y á los gobiernos, decidíos á merecer el título de bienhechor de la humanidad entera y del verdadero salvador de Alemania. No creáis que mi propósito sea haceros creer que no es posible salvarla por la fuerza de las armas. Pero aún suponiendo que los lances de la guerra os sean favorables, quedará Alemania menos asolada? En cuanto á mí, si la proposición que tengo la idea de haceros puede salvar la vida de un solo hombre, haré más aprecio de la corona cívica que mereceré en tal caso, que de la triste gloria que pueda caberme en los triunfos de la guerra.

»Recibid la expresión de mis sentimientos, y la estima y consideración con que os distingue

BONAPARTE.»

Aún quedaba al archiduque Carlos una línea de defensa, la de los Alpes de Styria, que no presenta más que un solo paso de importancia, que es el collado de Neumarck, la antigua Nórica, en donde tuvo lugar, en el año 140 antes de J. C., el primer choque entre los romanos y los invasores germánicos.

El archiduque quiso tentar un último esfuerzo. Había recibido un refuerzo de cuatro divisiones, pero ¿qué era posible hacer con estas tropas, valientes, en verdad, pero completamente descorazonadas, contra los Franceses, entre los cuales no se pensaba más que en realizar verdaderos imposibles? Así los soldados de la segunda división de ligeros, picados por oirse llamar la *patulea*, como una alusión á las tropas de los pequeños estados germánicos, que no gozaban de buena fama militar, desafiaron á los soldados veteranos del ejército de Italia á ir tan veloces y tan lejos como ellos, y atacaron á paso de carga la primera línea enemiga. Para ganar tiempo, trató el archiduque, aunque en vano, de defender la posición de Unzmark (3 de Abril), peleando en medio de las nubes y entre precipicios verdaderamente espantosos.

El día 7 de Abril, Bonaparte estaba en Léoben, á donde el archiduque Carlos le envió su jefe de Estado Mayor, Bellegarde, para pedirle la suspensión de hostilidades. Bonaparte firmó en el convento de Benedictinos de Gœs, á una media legua escasa de la ciudad, los preliminares llamados de Léoben sobre las bases que debía confirmar el tratado de Campo-Formio, conviniendo ya en

convenía que Austria se indemnizaría de sus pérdidas concediéndosele el territorio de Venecia. Firmó estos preliminares sin estar autorizado para ello, pues el general Clarke, que era el único encargado por el Directorio para las negociaciones con Austria, se hallaba en Turín. Bonaparte no le esperó, porque conocía perfectamente los deseos que tenía Francia, y aun el mismo ejército, de hacer la paz, y sabía también que el papel de pacificador contribuiría, tanto á lo menos como sus victorias, á aumentar su popularidad. Los plenipotenciarios austriacos, creyendo complacer al general en jefe del ejército francés, habían puesto como primer artículo del tratado uno en el que el emperador reconocía la existencia de la República francesa; pero Bonaparte hizo borrar esta declaración, diciendo: «La República es como el sol, que tiene luz propia, y únicamente los ciegos son los que no la ven.» Más adelante continuó en sus Memorias esta atinada reflexión: «Tal reconocimiento hubiera podido ser perjudicial, pues si un día el pueblo francés hubiese querido instituir una monarquía, el emperador podía decir que él había reconocido la República.»

Así terminó, al pie del Sœmering, la campaña que había empezado un año antes en la cuenca del Var.

«En la guerra de Italia es donde el emperador se presenta más grande, decía en 1809 el general Lasalle á Rœderer: allí era un héroe, en estos momentos es un emperador. En Italia no disponía más que de un corto número de hombres, casi desarmados, sin pan, sin calzado, sin dinero, sin administración y sin recursos de ningún género; con un gobierno desorganizado, y él, por su parte, con una figura insignificante, y una mala fama de matemático y de soñador; con pocas simpatías, sin un amigo, y mirado como un oso, porque siempre andaba solo con sus reflexiones. Faltaba todo, y lo creó todo. Ved, pues, dónde es más digno de admiración. Desde que es emperador, dispone de tantos elementos, que cambia por completo su situación.»

Por eso también esa campaña de Italia ha sido, sin duda, la más popular. La impresión que produjo en el pueblo, así como en el ejército, ha sido fielmente expresada en la vida de Napoleón, relatada por un viejo soldado, en *El médico de la aldea,* de Balzac. No es ésta una página de historia, propiamente hablando, sino un documento histórico, que tiene el mismo valor que los dibujos de Charlet ó de Raffet:

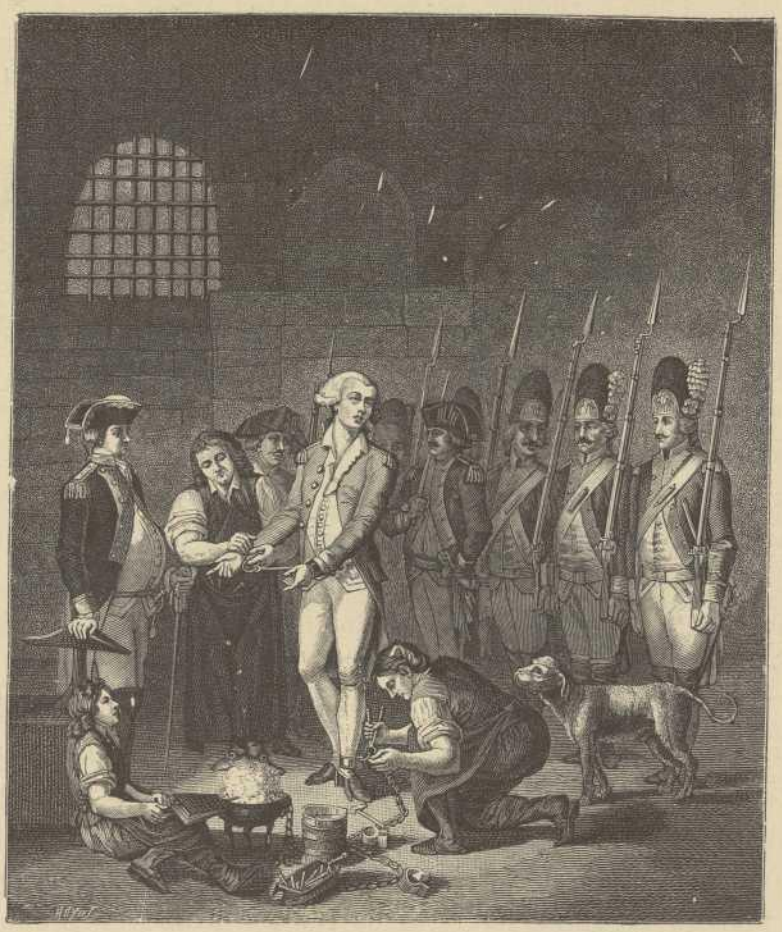
«Por entonces nos tocó un general en jefe muy flacucho en el ejército de Italia, que estaba falto de víveres, de municiones, de calzado y de traje, un pobre ejército, en fin, pelado como un gusano, el cual nos dijo: «Amigos míos, henos aquí juntos; figuraos que de aquí á quince días seréis vencedores, llevaréis buenos uniformes, tendréis buenos capotes, buenas polainas y hermoso calzado; pero, hijos míos, para tener todo eso es necesario ir á Milán, que es donde lo hay.» Y en efecto, marchamos.

»Francia, aniquilada, aplanada como un chinche, pronto se rehizo. Éramos sólo treinta mil descamisados contra ochenta mil alemanes presuntuosos, todos buenos mozos, todos bien vestidos; aun parece que los veo. Entonces, Napoleón, que no era aún más que Bonaparte, nos alimentó no sé cómo. Marchamos de noche, marchamos de día, les batimos en Montenotte, corrimos á apalearlos en Rívoli, Lodi, Arcola, Millésimo, sin dejarles de mano. Los soldados cobran gusto por la victoria. Entonces Napoleón rodea á aquellos generales alemanes, que no sabían dónde meterse para estar tranquilos; juega con ellos á la pelota, y les escamotea de una sola vez diez mil hombres, envolviéndolos con mil quinientos franceses que multiplica á su capricho. En fin, les coge sus cañones, víveres, dinero, municiones, en una palabra, todo lo que tenían de provecho; los tira al río, los caza en las montañas, los abate en el aire, los devora en tierra, los trae á mal traer en todas partes. Aquí tenéis unos soldados refocilados, y un emperador, que á la vez es un hombre de talento, captándose las simpatías de los paisanos, á quienes asegura que viene á darles la libertad. El rústico, en cambio, nos da alojamiento y nos concede su cariño, así como las mujeres, que eran sumamente juiciosas. En definitiva, en el mes de Ventoso del 96, que corresponde hoy al mes de Marzo, nos encontrábamos metidos en un rincón de la tierra de las marmotas; después de la campaña, henos dueños de Italia, como Napoleón lo había profetizado, y en Marzo siguiente, es decir, en un solo año y dos campañas, nos llevó á la vista de Viena; todo quedaba hecho. Nos habíamos tragado sucesivamente tres ejércitos distintos é inutilizado cuatro generales austriacos, entre ellos un viejo de pelo cano, que fué asado como un ratón entre los pajares de Mantua. ¡Los reyes pedían gracia de rodillas!»

El mismo día en que se firmó el convenio de Leoben (18 de Abril), Hoche y el nuevo ejército del Sambre y del Mosa, que habían empezado el movimiento el 16, ganaron la gran batalla de Neuwied, en la que los Austriacos perdieron 6.000 hombres, entre muertos y heridos, y siete banderas. En 20 de Abril alcanzaron otra victoria en Heddersdorf, atravesaron el Lahn, y al día siguiente entraron en Francfort.

Moreau, por su parte, con el ejército del Rhin y del Mosela,

logró atravesar el primero de estos ríos, y después del favorable combate de Diersheim, recobró á Khel, penetró más allá del Renchen, y se dirigía á reunirse con Hoche cuando los preliminares de Leoben le detuvieron. Estas victorias resultaron, por lo tanto, inútiles para Francia.



La fayette prisionero en Olmütz. (De un grabado de la colección Hennin)

Habíase Bonaparte apresurado á volver á Italia, pues la oligarquía veneciana, dando crédito á los rumores que esparcía el general Laudon, de que había quedado dueño del alto Adigio desde que Joubert lo abandonara, hacía creer que los Franceses habían sido completamente destrozados en el Tirol y que él venía á Italia, desde Trento, con un ejército de 60.000 hombres. Venecia entonces organizó una formidable insurrección á espaldas del ejército francés; 20.000

montañeses y 10.000 esclavones tomaron las armas y se unieron con Laudon. Hubo un degüello general de franceses, pereciendo todos los que estaban dispersos por las calles y en las casas, y no fueron perdonados ni los enfermos ni heridos de los hospitales (15 de Abril). Con grandes trabajos pudo Kilmaine reunir sus tropas, teniendo que librar una verdadera batalla para volver á entrar en Verona y salvar su guarnición.

A la primera noticia de estos desórdenes, Bonaparte envió su ayudante Junot á Venecia con una carta amenazadora. «¿Habéis creído que nos encontramos en la época de Carlos VIII?» les decía, aludiendo á la liga que Venecia formó entonces y que había obligado al rey de Francia á abandonar sus conquistas de Nápoles. El Senado desautorizó las matanzas que él mismo preparara con su perfidia; pero algunos días después (23 de Abril), habiéndose refugiado una pequeña embarcación francesa en el puerto de Venecia, sin previo aviso se vió atacada por todas las baterías del Lido y su tripulación fué pasada á degüello. No había, pues, que guardar ningún miramiento. El día 16 de Mayo el general Baraguay d'Hilliers entraba en Venecia, á donde había sido llamado por el partido democrático, sometido desde antiguo á la mayor tiranía. Felipe de Comines afirma que no había gobierno en el mundo en que el pueblo estuviese más oprimido que en Venecia, lo cual había sucedido siempre; así es que entre la República veneciana y la República francesa no había más que una semejanza de nombre. Desde la entrada de los franceses, Venecia conservó su título de República, pero con un gobierno democrático.

Venecia estaba ya sacrificada en la mente de Napoleón, pero antes procuró organizar el resto de Italia constituyendo una nueva nación. Había estallado una revolución popular en Génova, que fué sofocada por el Senado; pero con el apoyo de Bonaparte el pueblo volvió á hacerse dueño del poder. A la república de Génova sucedió la república de Liguria, reorganizándose el gobierno bajo la forma de un poder legislativo análogo al de Francia, y de un poder ejecutivo compuesto de doce miembros bajo la presidencia de un dux.

A medida que los Franceses iban rechazando á los Austriacos, se habían formado las repúblicas transpadana y cispadana, que uni-

das (29 de Junio de 1797) formaron la República Cisalpina. Bonaparte se mostró entonces á la altura de un verdadero organizador. No olvidó nada: leyes, constituciones, talento para escoger los hombres, habilidad para atraerse á las clases elevadas, sacerdotes, abogados y hasta nobles, y para conciliarlas con una organización puramente democrática. La nueva República recibió, lo mismo que la República de Liguria, una constitución análoga á la de Francia, y pronto tuvo recursos propios y un ejército regular. Poderoso fué el impulso que así dió á Italia, que sobrevivió al restablecimiento de la influencia austriaca en 1815 y preparó los acontecimientos contemporáneos.

«En pocos meses, en las escuelas, en las calles, en los salones, en los juegos infantiles, la enseñanza, las costumbres, la moda, el espíritu público, en una palabra, todo experimentó un cambio radical. Lo mismo aconteció en el teatro. En la alta sociedad, las mujeres habían impuesto hasta entonces costumbres afeminadas; pero á la llegada de Bonaparte, y á la vista de los jóvenes oficiales franceses que le rodeaban, adoptaron formas marciales, y de allí en adelante fué necesario ser militar para obtener sus simpatías. Desde entonces, la juventud italiana reemplazó los dulces placeres de la ociosidad por los ejercicios militares, y los cánticos religiosos y de amor por las canciones guerreras.»

Bonaparte fué llamado también á resolver los destinos de la Valtelina, antigua comarca situada en la cuenca superior del Adda, y que tanto había dado que hacer á la política europea. Los habitantes de la Valtelina, italianos por idioma y por origen, relativamente ricos é ilustrados, se veían todavía tratados como país conquistado por los Grisones, protestantes pobres y rústicos, que les oprimían y explotaban. En Mayo de 1797 se insurreccionaron, dirigieron un manifiesto á las potencias y después impetraron el auxilio de Bonaparte, mientras que los Grisones se lo pedían también para reducir á la obediencia á los de la Valtelina.

El gobierno de Milán estaba, en realidad, investido del derecho de protección sobre la Valtelina, y como Bonaparte podía entonces considerarse como representante de aquel gobierno, propuso á ambas partes un arreglo amistoso, que consistía en crear una cuarta Liga Grisona con la Valtelina; pero los Grisones, indignados, rechazaron

esta prudente y justa proposición, y Bonaparte entonces citó á los dos pueblos para que compareciesen ante él. Los Grisones no lo hicieron, y Bonaparte, cediendo á los deseos unánimes de la Valtelina, la unió con la República Cisalpina, siguiendo desde entonces esta pequeña comarca la misma suerte que el Milanesado. Por esta época los Franceses aseguraban y extendían su poder por el Adriático, ocupando en el mes de Agosto, por orden de Bonaparte, las islas Jónicas. En la carta en que participaba esta noticia al Directorio, recuerda que la isla de Corfú, á la que llama Corcyra, fué la residencia de la princesa Nausicaa, y añade «que el ciudadano Arnaud (poeta dramático, autor de *Mario en Minturno)* fué el encargado de clavar la bandera tricolor en las ruinas del palacio de Ulises.» Estos recuerdos clásicos, este entusiasmo por Homero, son dignos de un contemporáneo del pintor David.

Al aproximarse las tropas francesas á Grecia, empezó á agitarse el espíritu público de los Griegos, enervado por un despotismo de más de tres siglos, entrando en relaciones Bonaparte con los jefes mainotas y con el poeta Rhigaz.

Bonaparte no perdía tampoco de vista los acontecimientos de París, en donde el Directorio se hallaba en desacuerdo con la mayoría de los Consejos, que deseaban fundar un gobierno más regular, más moral y más estable, poniendo fin á la era revolucionaria; pero esta oposición se contuvo por el golpe de Estado del 18 de Fructidor. Nos limitaremos á indicar el carácter de este acontecimiento y el papel que Bonaparte desempeñó en él. El extraordinario movimiento de la opinión que se operó entonces contra el gobierno dictatorial, no tenía nada de realista en el fondo ni se proponía restaurar los Borbones, ni siquiera abolir directamente la Constitución del año III. Coincidían en él todos aquellos que deseaban un gobierno firme y moderado, que contuviese la Revolución, sin destruir lo que ésta había hecho de provechoso y procurando que en lo porvenir se realzase la nación. Compartían esta idea varios miembros del Directorio, entre los que figuraban el anciano realista Barthélemy y hasta el regicida Carnot. Por esta razón Bonaparte, el protegido de este último, podía haberse entendido con la mayoría de los Consejos para derribar ó someter, cuando menos, á los deseos de este partido la mayoría del Directorio;

pero la actitud de los realistas que se mezclaron en este movimiento, sus rancias pretensiones y sus atrasadas ideas apartaron á aquellos que hubieran podido hacer triunfar la empresa, y que, como el mismo Carnot, fueron condenados á la proscripción.

Vaublanch, Fiévée, Ramel y la mayoría de los contemporáneos exponen claramente ó dejan entrever el verdadero carácter de estos sucesos, carácter que hace todavía más odiosas las medidas adoptadas por los tres directores, Barrás, Lareveillère y Rewbell, en abierta oposición con la voluntad nacional. Un solo hecho bastará para demostrarlo.

«Los triunviros, dice Ramel, y sus representantes me dirán tal vez que yo mismo he creído que la libertad corrió peligro en el movimiento del 18 de Fructidor, lo cual no niego en modo alguno. Pero la Constitución era una garantía, y según ella, debían comparecer los culpables ante los poderes públicos y no deportarlos arbitrariamente; era necesario, sobre todo, saber apartar á aquellos que no se habían significado nunca y que profesaban opiniones enteramente distintas. ¿Qué tenía yo que ver con los señores Brothier y Lavilheurnois? Díjose en Londres que yo les había denunciado, mientras vosotros suponíais que conspiraba con ellos, y la verdad es que la primera vez que ví á estos caballeros fué en el carruaje que nos llevó deportados á Cayena.»

Otro hecho que demuestra también perfectamente la confusión que reinaba entonces en el campo de la política, es que Mad. de Staël hizo cuanto pudo en favor del golpe de Estado. «No veía sin duda en esta lucha, dice Lavalette, más que el triunfo de sus ideas, ó mejor dicho, de sus sentimientos políticos, y estoy firmemente persuadido de que no había previsto, en modo alguno, las crueles proscripciones que cayeron sobre el partido vencido; pero nunca he visto tanto entusiasmo en su contra, y es preciso confesar que únicamente la falta de reflexión puede explicar el que tomase partido con tanto entusiasmo por los hombres que pisoteaban la libertad y la representación nacional, los dos objetivos más queridos de su alma. En esta época, su admiración por Bonaparte llegaba á su mayor auge.» Bonaparte iba entonces precisamente á jugar un papel decisivo, en consonancia con las ideas de Mad. de Staël.

En efecto, mientras los agentes realistas parecían llevar la dirección en las intrigas que se urdían contra el Directorio, Bona-

parte no tenía ni el menor interés ni afición por ellas. Su ambición iba por otro lado, de acuerdo con las ideas de su ejército. Hacía algunas semanas que tenía en su poder ciertos papeles importantes que había cogido en Verona, en el equipaje de un emigrado, el conde de Antraigues, personaje aventurero, que después de haber sido revolucionario exaltado, se había puesto por entonces á las órdenes de Luis XVIII, y que murió en 1812 de una manera trágica, asesinado junto con su esposa, la célebre cantatriz Saint-Huberti, por unos bandoleros. Bonaparte, sin vacilar, envió su ayudante Lavalette á París para entregar los papeles del conde de Antraigues al Directorio, que encontró en ellos, si no el plan de un complot, que no se había fraguado todavía, á lo menos los nombres de sus adversarios más decididos y de los agentes más peligrosos del partido realista.

Hoche no había vacilado en ponerse á las órdenes del Directorio en contra de los Consejos. El artículo 69 de la Constitución del año III prohibía al Directorio «llamar ni permitir acampar ningún cuerpo de ejército á una distancia menor de seis miriámetros del punto en que el Cuerpo legislativo celebrase sus sesiones, á no ser por su ruego ó con autorización suya.» No había en París otras tropas que la guardia constitucional del Directorio, cuyo jefe, Ramel, no se habría prestado á un acto de violencia. Hoche se dirigió hacia la capital con 15.000 hombres; pero al saber los Consejos que había llegado á la Ferté-Alais, y por lo tanto se encontraba á una distancia prohibida por la Constitución, lo declararon fuera de la ley, lo que le hizo retroceder. El Directorio se dirigió entonces á Bonaparte, que había hecho celebrar el 14 de Julio con gran pompa, pronunciando con este motivo un discurso completamente jacobino en que se leen frases que no están muy en armonía con su modo de proceder en Italia. Pronunciábase en él con rara violencia contra los emigrados y los sacerdotes, que eran á su entender el oprobio de la nación y execración del género humano. «Temblad, traidores, decía; desde el Adigio al Sena no hay más que un paso: en la punta de nuestras bayonetas llevamos el castigo de vuestras iniquidades.» A la petición del Directorio contestó enviándole Augereau, separando así con gusto de su ejército á «un faccioso digno de Babeuf,» que llevaba consigo por doquier el desorden y que,

por otra parte, era el más indicado entre sus lugartenientes para desempeñar el cargo que se le confiaba.

La entrada de la división de Augereau en París permitió al Directorio obrar con la mayor libertad; pero en realidad no es posible



"¡Ya no tengo soldados!.. Por culpa de los temerarios me veo obligada á aceptar los preliminares de la paz.„
(Caricatura alegórica, grabado de la época)

hacer responsables ni á Bonaparte, ni al mismo Augereau, de las cobardes y crueles venganzas de que se hicieron culpables los vencedores, y cuya odiosidad fué tan grande que los contemporáneos creyeron ver en ellas un segundo Terror. Así este golpe de Estado aprovechó únicamente al partido militar, que empezaba á formarse, pues, como es natural, al fin de tan largas guerras, los soldados carecían de toda relación con los paisanos.

«El partido militar, dice Fiévée, satisfecho de una victoria cuyas consecuencias fueron poner en sus manos el porvenir de Francia, volvió de nuevo á la campaña, dejando al gobierno la odiosidad de la ejecución de los decretos promulgados. Estoy verdaderamente persuadido de que, entre los generales que comprendían el alcance del movimiento que secundaran, no se hubiera encontrado uno capaz de negar asilo al proscripto que se lo hubiese pedido...»

Así que La Valette regresó de París, fué á reunirse con Bonaparte al cuartel general de Passeriano; el general quiso enterarse detalladamente de todo lo ocurrido, y una vez terminada la explicación, permaneció un momento silencioso, luego dijo: «¿Para qué procedimientos tan duros y tanta debilidad? ¿Por qué desplegar después tanta violencia cuando bastaba la energía? Es una verdadera cobardía no haber procesado á Pichegrú; su traición era flagrante y había pruebas más que suficientes para demostrarla. ¿Por qué, de otra parte, medidas tan violentas? Úsese enhorabuena de la fuerza cuando no hay otro camino; pero cuando se domina la situación, es mucho mejor emplear la justicia.»

Por esto los proscriptos de Fructidor que sobrevivieron, no hicieron responsable al ejército de su persecución, ni tampoco á Bonaparte, y muchos de ellos fueron más adelante servidores leales del primer Cónsul y del Emperador. Bonaparte había procurado además dar á conocer su opinión, sin ninguna clase de dudas, sobre la conducta del gobierno; y principalmente para dar consejos á Francia, como él mismo dijo, dirigió al nuevo gobierno de Génova una famosa carta que produjo gran efecto en París: «Excluir á los nobles de todos los cargos públicos, decía en ella, sería injusticia irritante; haríais así vosotros lo mismo que ellos han hecho.» Y aun demostró mejor sus ideas respecto á este particular en una entrevista que celebró con Miot de Mélito, en 18 de Noviembre de 1797, á su paso por Turín, en la que, después de haber justificado la resolución que adoptara de secundar al Directorio el 18 de Fructidor, agregó: «Pero no creáis que me determinara á ello mi conformidad con las ideas de los que apoyé. Yo no quería el regreso de los Borbones; de ninguna manera aspiro al papel de Monk; ni quiero hacerlo ni toleraré que otros lo hagan.»

Mientras que el Directorio se mostraba á la vez tan débil y

tan temerario, Bonaparte negociaba en las conferencias de Udina el tratado que debía confirmar los preliminares de Leobén. Parecía que la paz habría de ser general, pues el mismo Pitt, cediendo á los deseos de la opinión, había hecho proposiciones serias y sinceras, contentándose con conservar la Trinidad, el Cabo y Ceilán; pero el Directorio se opuso á ello. En cuanto á Bonaparte, deseando también la paz, estaba decidido, si era menester, á abandonar al Austria todo el territorio de Venecia, posesión que valía mucho más que la Lombardía que se le quitaba. Sin embargo, Cobentzel, plenipotenciario austriaco, Gallo, representante del rey de Nápoles, y otros dos diplomáticos, suscitaban todavía dificultades para el arreglo.

Bonaparte, que hasta entonces había dominado á los representantes empleando una cortesía que no esperaban encontrar en un general republicano, resolvió atemorizarles para terminar pronto. Para ello recurrió á una de esas escenas de cólera más ó menos simuada, pero nacida de un sentimiento real, en las cuales debería mostrarse más de una vez, según una frase célebre, «un trágico admirable,» escena que le dió el apetecido resultado. En una entrevista que, según Cobentzel, debía ser la última, y en la que Bonaparte se encontraba solo con los cuatro embajadores, aquél le amenazó con la intervención de Rusia. Bonaparte se había mostrado hasta entonces sombrío y reservado, para incitar mejor á Cobentzel á que se presentase arrogante; pero al oir estas palabras se animó de pronto, respondió primero con vivacidad, después con violencia, golpeando el suelo con el pie, se levantó, andando á grandes pasos con agitación creciente, y acercándose á un velador en el que había una magnífica fuente de porcelana, doblemente preciosa para Cobentzel porque era un regalo de Catalina *la Grande*, la cogió en sus manos y la arrojó al suelo, en donde se hizo añicos con gran estrépito, diciendo al mismo tiempo: «¿Queréis todavía la guerra?, pues bien, la tendréis, ya está declarada, pero pensad que antes de tres meses habré destruído vuestra monarquía como acabo de romper esta fuente de porcelana...» Y abandonando bruscamente el salón, dejando estupefactos á los plenipotenciarios, se metió en su carruaje, sin fijarse en la actitud suplicante de Gallo, el embajador napolitano, que le presentaba respetuosamente su sombrero. «¡Este demonio de hombre,—decía más tarde

Talleyrand;—este demonio de hombre nos engaña siempre, y desconocemos hasta sus mismas pasiones, pues siempre encuentra medio de disimularlas aun cuando realmente las tenga!» Estas palabras en boca de semejante personaje son, más que una crítica moral, una muestra de despecho y de decepción. Le disgustaba haber encontrado un hombre que podía competir con él en el terreno en que se creía maestro. Por otra parte, se comprende perfectamente que Napoleón no trató de mostrarse cándido con Talleyrand, é hizo bien, pues en esta lucha el diplomático de profesión fué el que sucumbió, en 1814, ante el gran emperador.

Como quiera que sea, Cobentzel se apresuró á firmar aquel mismo día el ultimátum de Bonaparte y enviárselo á su cuartel general de Passeriano. Al día siguiente, 17 de Octubre, se firmó el tratado definitivo, por el cual Austria reconocía la anexión á Francia de Bélgica, de la orilla izquierda del Rhin y de las islas Jónicas; reconocía igualmente la República Cisalpina, formada con las posesiones que Austria perdía en Italia (Mantua y el Milanesado), á las que se agregaron Bolonia y Ferrara, tomadas al Papa, y los estados del duque de Módena, que Austria debía indemnizar con el Brisgau, la Valtelina y las provincias orientales de Venecia (Cremona, Bérgamo y Brescia). Bonaparte consiguió también que Lafayette, Bureau de Puzy y Latour-Maubourg, que, con menosprecio del derecho de gentes, se hallaban detenidos en la ciudadela de Olmutz, fuesen puestos en libertad; pero el Directorio les prohibió residir en Francia, por lo que se refugiaron en Hamburgo.

El tratado de Campo-Formio era, en suma, el más glorioso de los que Francia había firmado. No es posible olvidar, sin embargo, que á este tratado había precedido el de Basilea, y que venía á sancionar una iniquidad con la anulación de Venecia. Bonaparte la sacrificó, á pesar de las órdenes serias del Directorio, haciendo á todo el pueblo veneciano víctima de la cobardía y deslealtad de su Senado. Algunas voces se levantaron, aun de personas que no pertenecían al gobierno, para censurar este sacrificio, que recordaba, según decían, el reparto de Polonia, acusación que, si bien pecaba de exagerada, tenía, no obstante, algo de cierta. La responsabilidad de este acto sólo deben compartirla el Austria y Napoleón.

Ya en 1782 se habían celebrado algunas conferencias entre Rusia, por una parte, y el emperador José II y el ministro Thugut por otra, con motivo de la anexión de Venecia á Austria, negociaciones que se reanudaron en 1795 por el emperador Francisco II. Al firmarse el tratado de Campo-Formio, los ministros austriacos no retrocedieron ante ningún reparo para lograr este objeto, y se com-



Alegría del pueblo francés al anunciarse el tratado de paz con el imperio. (Cuadro de Debucourt)

placieron en dar á luz todas las negociaciones contrarias á Francia y las conferencias que habían tenido lugar entre los Venecianos y el gobierno austriaco durante la última guerra, y hasta tuvieron la avilantez, como se ha sabido más adelante por la correspondencia diplomática de José de Maistre, de comunicar á Bonaparte las cartas que la República de Venecia acababa de mandar á Viena, cartas en que se proponía una alianza y se fraguaban planes de insurrección y de guerra á espaldas del ejército francés.

Así desapareció esta gran República, muy degenerada sin duda,

pero á la que debían haber protegido sus gloriosos recuerdos. El dux Manini cayó herido de muerte al prestar el juramento de fidelidad en manos de Morosini, que ocupaba el cargo de delegado del emperador.

A pesar de todo, la popularidad de Bonaparte no sufrió lo más mínimo por la injusticia que acababa de cometer, tanto se deseaba la paz; y el Directorio, que en un principio había pensado en acusarle por este hecho, le encargó la prosecución de las negociaciones secundarias, que dieron por resultado el tratado de Campo-Formio. El emperador, en efecto, no había estipulado más que en nombre propio, tratándose ahora de regular los asuntos del imperio en sus relaciones con este tratado, y decidir principalmente de la suerte que debían correr los príncipes germánicos cuyas posesiones radicaban todas ó parte de ellas en la orilla izquierda del Rhin, y de las que habían sido despojados por el tratado, de la misma manera que á fines de la guerra de sucesión de España, en tiempo de Luis XIV, después del tratado de Rastadt, firmado por el emperador Carlos VI (6 de Marzo de 1714) vino el tratado de Baden firmado por el Imperio (27 de Septiembre).

Reunióse, pues, un congreso en Rastadt para el arreglo de estas cuestiones, al que asistió Bonaparte, distinguiéndose por su energía en rechazar las pretensiones del barón de Fersen, representante del rey de Suecia, que quería intervenir en el Congreso, so pretexto de que su soberano era uno de los firmantes de la paz de Westphalia.

Pocos días permaneció en Rastadt, regresando á París, en donde no era esperado, en 5 de Diciembre, yendo de incógnito á su casa de la calle de Chantereine; pero en todas partes donde se le reconocía era objeto de entusiastas manifestaciones, tanto mayores cuanto mayor cuidado parecía poner en evitarlas. La calle en que vivía recibió el nombre de calle de la Victoria, por edicto de una de las Alcaldías de París (31 de Diciembre de 1797), 8 de Nivoso del año VI. Este entusiasmo de París reflejaba los sentimientos de la nación entera, no habiendo en Francia á la sazón ningún otro ciudadano que se pudiese comparar al conquistador de Italia y al pacificador de Europa. Hoche había muerto en Wetzlar (Septiembre de 1797). Acusábase al Directorio de haberle hecho enve-

nenar. Su conducta en el mes de Fructidor había demostrado que sabía intervenir en los movimientos políticos, y realmente podía ser considerado entonces tan peligroso para el Directorio como el mismo Bonaparte. Más adelante hubo quién se atrevió á imputar esta muerte á Bonaparte, desconociendo tanto las circunstancias como el carácter de aquel á quien se acusaba, pero las indicaciones de un médico amigo de Hoche, que le asistió en sus últimos momentos, publicadas hace algunos años en la *Revista Histórica,* prueban que su muerte, aunque prematura, fué sin embargo natural. Por el contrario, de creer ciertos rumores que corrieron entonces, y que parece que tienen algunos visos de verosimilitud, pues llegaron á consignarse en las memorias de Ségur, fué la vida de Bonaparte la que estuvo amenazada por el Directorio, diciéndose que se había tratado de asesinarle y que el que le había revelado este complot había desaparecido misteriosamente.

A pesar de todo, el Cuerpo legislativo dedicó al general en jefe del ejército de Italia en 2 de Nivoso (22 de Diciembre) una gran fiesta, con motivo de la sanción del tratado de Campo-Formio, fiesta que realmente fué, bajo muchos conceptos, una verdadera comedia para la mayoría de los personajes que en ella intervinieron. Bonaparte pronunció un discurso, en que afectaba un jacobinismo dramático y hablaba de los diez y ocho siglos de preocupaciones que la Revolución había tenido que destruir, pero se guardó muy bien de alabarla nada más que en sus comienzos, manifestando sus deseos de obtener mejores leyes orgánicas. Talleyrand, encargado por su parte de enaltecer los méritos del general, tuvo buen cuidado, valiéndose de una maliciosa ironía, en la que principalmente buscaba una satisfacción personal, de proclamar su modestia en medio de la gloria, de publicar su afición á los ensueños de Ossian y á las ciencias abstractas, y de insistir en la dificultad de arrancarle de sus desinteresados estudios y de su retiro, si la patria le necesitase todavía. Pero á pesar de estas segundas intenciones de aquellos personajes, dominaba realmente el entusiasmo, hasta el punto de apoderarse de los mismos individuos del Directorio. Bonaparte, en efecto, desde esta ceremonia oficial, parecía justificar las apreciaciones de Talleyrand buscando la tranquilidad y el reposo. El Insti-

tuto le recibió en su sección de Mecánica, el 25 de Diciembre, y el general envió una carta á aquella docta corporación, en la que, como había hecho más de una vez Federico II, antepone las conquistas pacíficas de la inteligencia á las de la guerra, adquiridas siempre á precio tan caro.

«*El general Bonaparte al Presidente del Instituto nacional.*

París, 6 de Nivoso del año VI (26 de Diciembre de 1797).

»La elección de los distinguidos sabios que componen el Instituto me honra sobremanera. Estoy persuadido de que antes de ser su igual seré por largo tiempo su discípulo. Si se me ocurriese una forma más expresiva para manifestarles la estimación que les profeso, la emplearía en este momento.

»Las verdaderas conquistas, las únicas que no ocasionan ningún pesar, son las que se realizan sobre la ignorancia. La ocupación más honrosa y más útil para las naciones es la de contribuir al progreso de las ideas humanas. El verdadero poder de la República francesa debe cifrarse en no consentir que exista una sola idea nueva que no sea suya.

BONAPARTE.»

Asistió varias veces á las sesiones, llamando mucho la atención que asistiese, no en calidad de general, sino como simple miembro del Instituto, y formando parte de la comisión designada por la sección de fiestas á la fiesta conmemorativa que se celebraba todavía en el aniversario de la ejecución *del Tirano* (21 de Enero). La vida modesta y retirada que llevaba entonces contribuía á mantener viva su popularidad; pero él no pensaba en prolongar mucho esta situación ni en hacerse olvidar, antes por el contrario, fué entonces cuando trató de realizar los planes que sobre Oriente había ya formado durante su campaña de Italia.



Francia llama á Bonaparte de Egipto. (Tomado de Appiani)

CAPITULO IV

EXPEDICIÓN DE EGIPTO; PRIMERA PARTE

CAUSAS. — PREPARATIVOS. — EL EJÉRCITO DE EGIPTO. — MALTA. — ALEJANDRÍA. LAS PIRÁMIDES. — BATALLA NAVAL DE ABUKIR

La campaña de Italia había proporcionado á Bonaparte toda la gloria que podía esperar un general afortunado; pero sus victorias, por rápidas é inesperadas que fuesen, no eran bastante para colocarle desde luego á la cabeza de la nación. Era necesario que el joven general emprendiese nuevas aventuras, en las que la larga distancia del campo de sus conquistas aumentase más todavía en la imaginación el prestigio de sus triunfos, mientras que los reveses de otros ejércitos franceses hiciesen lamentar su ausencia, por otro lado, y desear ardientemente su regreso. Era necesario también que los soldados de Italia se acostumbrasen á no ver ni á conocer ningún otro jefe, y que llegasen á venerar como á un héroe á aquel á quien ya habían dado su amor y su admiración. Por otra parte, todavía no estaba bastante desacreditado el Directorio ni se habían formado de una manera clara y decisiva los partidos que le eran contrarios, para intentar, con esperanzas de éxito, un golpe de fuerza. La situación era difícil para el gobierno, y lo mejor era dejarle en-

tregado á sus propias fuerzas, enfrente de Europa, que se presentaba amenazadora, y de una diplomacia á quien las últimas victorias y las últimas conquistas habían hecho cada vez más compleja y delicada.

Todo parecía coincidir, pues, maravillosamente para decidir á Bonaparte á llevar su ambiciosa actividad á lejanas tierras, esperando que llegase el momento de poder aplicarla con fruto á su propia patria. Entonces fué cuando concibió la idea de realizar su expedición á Egipto. Para comprender bien el carácter y las consecuencias de la expedición de los franceses á Egipto, á fines del siglo XVIII, es necesario que consideremos aquel hecho como una de las fases de la famosa cuestión de Oriente, que ha ocupado, desde tiempos remotos, la atención de los políticos de todas las naciones. No era esta la vez primera que Francia había pensado en establecer su soberanía en la cuenca del Nilo. Sin remontarnos á la época de las Cruzadas, recordar debemos que, en 1672, el filósofo alemán Leibnitz había excitado á Luis XIV á volver contra los Musulmanes del Nilo las fuerzas con que amenazaba Holanda. Más recientemente, en 1777, siendo ministro de Marina M. de Sartines, y principalmente en 1781, encontrándose de embajador en Constantinopla M. de Saint-Priest, se había tratado en Versalles muy formalmente de buscar en Egipto una compensación á las conquistas de Catalina II en Polonia y en las costas del mar Negro, dando así á Francia una parte importante en la inminente desmembración del imperio turco, proyecto que debía realizarse veinte años después. La revolución, en sus comienzos, había desorganizado completamente la marina; pero cuando las circunstancias permitieron á Francia reconstituir su flota, consideraciones de política general, así como ciertas competencias de mando y diversas pasiones, nacidas ya del patriotismo, ya del interés, hicieron nacer á la vez en el Directorio y en el joven general en quien estaba fija la universal atención, la idea de una expedición á orillas del Nilo.

El tratado de Campo-Formio había sido recibido en Francia con verdadero entusiasmo, contribuyendo tanto como sus triunfos á la fama de Bonaparte.

De todas las naciones que habían tomado las armas contra la

República, únicamente Inglaterra, gracias á su posición geográfica, había podido escapar de una paz humillante. Continuó siempre en actitud amenazadora, y podía perjudicar á Francia, tanto más impunemente cuanto que no había medio de devolverle sus ataques, ya que no podía batirla en el continente, en el que aquélla no tenía ni ejército propio ni aliados, y por otra parte no se hallaba en estado de luchar con ella en el mar. La marina francesa se encontraba en una situación deplorable, no tanto por la falta de buques como por la de marineros y oficiales, y si bien los tratados de la Haya (1795), con Holanda, y de San Ildefonso (1796), con España, habían asegurado el concurso de las flotas bátava y española, bloqueados sus navíos en sus puertos por las escuadras inglesas, no prestaban más servicio que el de inmovilizar un número casi igual de buques ingleses empleados en este bloqueo. Si la marina inglesa acababa de atravesar una crisis con motivo de las intempestivas economías de la administración de lord Chatham y de la terrible sublevación de las tripulaciones, en Mayo de 1797, se había rehecho pronto de ella, y nunca habían sido más numerosos ni mejores sus buques, ni sus marinos habían estado animados de mejor espíritu ni sus oficiales habían sido más instruídos. Sin embargo, los Franceses no podían dejarse insultar impunemente por el más antiguo é implacable de sus enemigos. Estas circunstancias motivaron la expedición á Egipto y los demás proyectos que la siguieron. Desde su regreso de Rastadt (5 de Diciembre de 1797), Bonaparte continuaba decidido á mantener la paz, que era obra suya, pues había visto claramente en Rastadt que los enemigos de Francia, á pesar de sus repetidas derrotas, no pensaban más que en reconquistar lo que habían perdido. Comprendía perfectamente, como decía Talleyrand en una nota dirigida al Directorio, que la mayoría, sino todos los gobiernos con quienes había ajustado oficialmente la paz, continuaban, no sólo siendo en secreto enemigos de Francia, sino formando una coalición permanente contra ella, y que los distintos tratados sancionados por la República, incluso el de Campo-Formio, no eran más que «capitulaciones militares más á menos galanas.» ¿Qué es, en realidad, un convenio militar? Un contrato temporal entre dos partes que continúan siendo enemigas... Era necesario, pues, que Francia se guardase de provo-

car otra vez al Continente, y que se ocupase sólo en consolidar la posición de sus nuevos dominios. Por esto el Directorio había cometido una gran falta al romper, en el mes de Julio, más bien por capricho que por ningún motivo serio, las conferencias de Lila con Inglaterra, cuando Pitt ofrecía entonces condiciones sumamente aceptables. Pero al gobierno, que acababa de dar el golpe de Estado del 18 de Fructidor, le convenían todavía grandes hechos militares, los únicos que podían darle algún prestigio y desviar la atención pública de su manera de proceder, en que se demostraba á la vez su violencia y su debilidad.

Así, pues, una sola guerra podía ser entonces popular, y ésta era la guerra contra Inglaterra. El odio contra «la pérfida Albión» era una de las contadas tradiciones de la antigua Francia que había pasado intacta y con todas sus fuerzas á los nuevos tiempos.

José Chenier interpretaba fielmente la opinión general cuando, al hablar del ejército de Italia, reputado con razón por invencible, terminaba así su elegía á la muerte de Hoche:

Si jadis un Français des rives de Neustrie
Pénétra dans leurs ports précédé par l'effroi,
Vint, combattit, vainquit, fut conquerant et roi,
Quels rochers, quels déserts deviendront leur asile
Quand Neptune irrité lancera sur leur île
D'Arcole et de Lodi les terribles soldats,
Tous ces jeunes héros vieux dans l'art des combats,
La grande nation á vaincre accoutumée
Et le grand général guidant la grande armée (1)!

Mostrábase todavía más vivo este sentimiento en algunas canciones que se hicieron pronto populares. A fines de 1797 se cantaban, al compás del paso doble de la infantería francesa, las siguientes coplas, que no dejan de tener bastante gracia:

(1) «Si en otro tiempo un francés de las vegas de Neustria,—precedido del terror, penetró en sus puertos,—llegó, luchó, venció, conquistó y fué su rey,—no habrá montañas ni desiertos que le sirvan de refugio — cuando airado Neptuno lance sobre su isla— los valientes soldados de Arcola y de Lodi,—estos jóvenes héroes, veteranos en la pelea, —la gran nación acostumbrada á la victoria—y el gran general al frente del gran ejército!»

Soldats le bal va se rouvrir,
Et vous aimez la danse.
L'Allemande vient de finir,
Mais l'Anglaise commence;
D'y figurer tous nos Français
Seront, parbleu! bien aises,
Car s'ils n'aiment pas les Anglais,
Ils aiment les Anglaises.

Le Français donnera le bal,
Il sera magnifique;
L'Anglais fournira le local
Et paîra la musique.
Nous, sur le refrein *(sic)* des couplets
De nos rondes françaises,
Nous ferons chanter les Anglais
Et danser les Anglaises.

Allons, nos amis, le grand rond!
En avant! face à face!
Français! là-bas, restez d'à-plomb!
Anglais, changez de place!
Vous, Monsieur Pitt, un balancé!
Suivez la chaîne anglaise:
Pas de côté, croisé, chassé,
C'est la mode française (1).

Terminada apenas la guerra de Italia, pensaba el Directorio lanzar sobre Inglaterra los soldados que acababan de llenar á Europa de espanto y admiración. El 5 de Brumario del año VI (25 de Octubre de 1797), Bonaparte, que se encontraba aún en Italia, había sido nombrado general en jefe del ejército llamado de Inglaterra, que debía formarse en las costas del Océano para atravesar la Mancha y herir á la Gran Bretaña en el corazón mismo de su poderío.

El proyecto de pasar á Inglaterra parecía haber entrado en el período de ejecución, cuando Bonaparte, á su regreso á París, fué consultado acerca de los medios prácticos que podía ponerse en juego para llevarlo á cabo. Respondió que la idea, aunque temeraria, era realizable, puesto que no se necesitaba para ello tener gran superioridad en el mar. Y dejando vagar su imaginación, que tan perfec-

(1) «Soldados, el baile se va á reanudar — y á vosotros os gusta la danza. — La alemana va á terminar,—pero va á comenzar la inglesa;—si bailamos todos los Franceses —quedarán, pardiez, bien contentos, — pues si no queremos á los Ingleses—nos gustan, en cambio, las Inglesas.

»Francia dará el baile, — que será magnífico; — Inglaterra proporcionará el local — y pagará la música. — Al compás de las coplas — de nuestras rondallas francesas, — haremos cantar á los Ingleses y bailar á las Inglesas.

»¡Ea, amigos, formemos el gran corro! — ¡Adelante, de frente; — Francés, allá, quedaos quieto! — ¡Inglés, cambiad de puesto! — ¡Señor de Pitt, un *balancé!* — Formad la cadena inglesa, — paso de lado, cruzado, inclinado, — tal es la moda francesa.»

tamente sabía revestir sus sueños con la apariencia de la realidad, trazó á grandes rasgos su futuro campamento de Boloña; pero faltaba una flotilla suficiente para transportar á través del Paso de Calais el ejército invasor, y á Francia le era tan difícil entonces disponer de una numerosa flota de transportes como de una potente escuadra de combate. Confirmado su nombramiento para el mando en jefe del ejército de Inglaterra, por decreto de 5 de Marzo de 1798, visitó las costas del Océano hasta Amberes, volviendo de esta rápida inspección decidido «á no jugarse en este intento la suerte de Francia.» Juzgaba entonces que para preparar tal empresa era indispensable que reinara la paz en el continente, y por desgracia, y con gran disgusto de Bonaparte y de los verdaderos patriotas, el Directorio parecía hacer de intento todo lo necesario para exasperar á los enemigos de Francia é inducirles á formar contra ella una nueva coalición. Bonaparte, durante su permanencia en Udina y en Rastadt, se había hecho cargo perfectamente de las funestas consecuencias que debía reportar tal política. Había visto con disgusto la formación de la República romana (15 de Febrero de 1798), á pesar de las instrucciones que se dieron al ejército que ocupó la Ciudad Eterna, y censuró abiertamente la revolución suiza (Febrero-Abril de 1798), considerando inevitable la ruptura del tratado de Campo-Formio.

Y, sin embargo, ¿podíase consentir que Inglaterra obrara á su antojo, permitiendo que concluyese la conquista de las colonias francesas y las de sus aliados, y que atizase la guerra civil, llenando de emigrados las costas de Francia?... Decidióse, pues, que ya que era forzoso renunciar á una invasión en Inglaterra, se la atacaría en dos puntos: en Irlanda y en Egipto.

El Directorio sabía que, á pesar del reciente fracaso de Hoche, Irlanda confiaba todavía en que, con el auxilio de Francia y en nombre de las nuevas ideas de la Revolución, podría sustraerse á la opresión, sin ejemplo en la historia moderna, que Inglaterra ejercía sobre ella. Pero el Directorio no se dió cuenta de la rapidez con que se habían urdido nuevos complots en este desgraciado país, los vuelos que había tomado la conspiración y la unidad que el comité central revolucionario de Dublín había dado á sus trabajos.

Así, cuando estalló el levantamiento en la primavera de 1798,

el Directorio se encontró desprevenido, pues no creía que los Irlandeses estuviesen preparados hasta el otoño, época en que él, por su parte, se había propuesto intervenir.

En Egipto, por el contrario, se proponía obrar inmediatamente, pues ya en 1795, Magallón, cónsul en el Cairo, hombre de gran talento y que conocía muy bien el Oriente, había propuesto la conquista de Egipto como una cosa fácil; y sus últimas notas demostraban que la ocasión era favorable, ya que, apresurándose, podía llegarse á Egipto á principios de verano, en la época del año en que está ya terminada la recolección y en la que reinan en el Delta los vientos del Norte, que facilitarían la subida por el Nilo. No faltaban motivos para declarar la guerra á los Mamelucos, pues las notas de Magallón exponían sin cesar las vejaciones de que eran víctimas los comerciantes franceses.

Podía esperarse un buen resultado de esta expedición á Egipto para el atrevimiento que suponía y por lo imprevista. Nunca podía suponer Inglaterra que se tratase de perjudicarla con una guerra tan lejana, y la misma impotencia marítima de Francia hacía inverosímil tal idea. El gobierno británico debía necesariamente interpretar que los preparativos que se hacían en Francia iban dirigidos contra él directamente, hasta que, desengañado, pero ya demasiado tarde, y obligado á acudir á la defensa de dos puntos tan lejanos como Inglaterra y Egipto, quedaría aniquilado por el colosal esfuerzo que habría de hacer. Sin duda que la caballería de los Mamelucos, con la que había que luchar, era en realidad valiente, pero carecía de disciplina, y además los Mamelucos no contaban con infantería ni artillería organizadas; y respecto á los Egipcios, reducidos á la más dura esclavitud y faltos por completo de energías, no era de temer que se levantasen en favor de sus opresores. Además, un jefe de ingenieros que había sido enviado al imperio otomano, manifestaba la convicción de que la Puerta no podía oponerse á la empresa.

Las ventajas que ofrecía esta conquista eran muy numerosas y nadie las apreciaba, en su justo valor, tanto como el mismo Bonaparte, que acogió con júbilo y hasta con entusiasmo la proposición que se le hizo de encargarse del mando de la expedición. La conquista de Egipto era el golpe más sensible que se podía asestar al poderío

de Inglaterra; con ella se comprometía, amenazando su comercio á la vez en el Mediterráneo y en el mar Rojo, una de las principales fuentes de su riqueza, y Francia, que acababa de arrojar de Córcega á los Ingleses y de ocupar las islas Jónicas, al apoderarse de Malta, que pronto debía caer en su poder, dominaría sin disputa en todo el Mediterráneo, que quedaría convertido en un mar francés.

Se fundaría en el Nilo una colonia francesa, que podría prosperar sin esclavos, á semejanza de la república de Santo Domingo y de todas las islas en que se produce el azúcar. En segundo lugar, se abriría un nuevo mercado á las manufacturas francesas en Africa, en Arabia y en Siria, y su comercio se proveería de todos los productos de tan vastas comarcas; y finalmente, y este tercer resultado no es en realidad el menos importante, sería el Egipto como una plaza fuerte para apoyar á los príncipes de la India sublevados contra Inglaterra, y devolver á Francia, en este último punto, el lugar que ocupaba en tiempo de Dupleix.

El proyecto de llevar al ejército francés á orillas del Ganges y arrojar á los Ingleses de la India ha parecido quimérico á muchos historiadores, por más que los contemporáneos no participaron de este modo de pensar. Los Ingleses, hombres prácticos y de reconocida sangre fría, tomaron muy en serio este proyecto; y los políticos más perspicaces y más sesudos, así como los militares más experimentados, entre los que bastará citar á Pitt y á Nelson, sintieron viva inquietud al conocerlo. No se había perdido aún la isla de Francia, y se creía en la posibilidad de que los buques franceses, partiendo de Port-Luis, pudiesen tomar en Suez fuerzas francesas y transportarlas á las costas de Malabar ó de Coromandel.

Al lado de las razones sobre las cuales se discutía públicamente había otras que no se indicaban, aunque en su fondo no constituyesen un secreto ni para los Directores ni para el general, y no eran por cierto las menos poderosas; pues aunque contra todas las consideraciones que influían en favor de la expedición, surgía una objeción de las más graves en la imprudencia que se cometía privando á Francia de una parte considerable de sus fuerzas y de un general como Bonaparte, en el momento en que era inminente una nueva coalición, y aunque ésta constituía un motivo serio de

preocupación para los directores La Reveillère y Rewbell; la mayoría, compuesta de Barrás, François (de Neufchâteau) y Merlín (de Douai), anteponía á todas estas consideraciones el interés inmediato de alejar á un hombre cuya popularidad era, para ellos, un peligro permanente, y como sus dos colegas participaban de su inquietud respecto á este punto, no les costó mucho convencerles. Muerto Hoche y comprometido Moreau, no existía ningún prestigio militar que pudiera oponerse, ni siquiera de lejos, á Bonaparte. Presentábase una ocasión, como dice Segur, «para desembarazarse, mandándola á otra parte del mundo, de esta grandeza que empequeñecía y eclipsaba todo lo que le rodeaba. Esta gloria, presente, era opresora; pero ausente, y hasta engrandecida, reflejaría sobre el gobierno y acrecentaría su poder.»

No faltaba también quien dijera, de una manera más ó menos embozada, que si Bonaparte fracasaba, y, sobre todo, si moría, sería en definitiva un rival menos.

Sin embargo, no hay que creer que Bonaparte pudiera considerarse como deportado á Egipto por sus enemigos, pues á pesar de los deseos del Directorio de alejarle, su ausencia no debía durar más que algunos meses; y en las instrucciones reservadas que se le dieron, se había convenido en que haría todo lo posible para regresar á Europa hacia el mes de Octubre, es decir, en la época en que fuese posible pasar á Inglaterra. Además, Bonaparte tenía tantos ó mayores motivos para ir á Egipto como el Directorio para enviarle. De este modo, una misma solución convenía á aquellas dos fuerzas rivales que mutuamente pretendían debilitarse. Situación bien rara en la historia, pero de la que existe otro ejemplo en Cartago, cuando, en tiempo de la lucha de los Hannón y de los Barca, mandó á Amílcar con un ejército á España.

Si Bonaparte había secundado al Directorio en el golpe de Estado del 18 de Fructidor, no fué realmente, como se ha visto, por su conformidad de miras con este gobierno; pero, antes de su partida, consideraba, como decía sin rebozo en sus expansiones íntimas, que «su gloria se malgastaba» en París, que era necesario que la atención pública estuviese siempre fija en él, y pensó sin duda que, dejando al Directorio tiempo suficiente para desacreditarse por completo,

se le echaría de menos y vendría á ser deseado por la nación como el hombre necesario. Le era preciso acrecentar su gloria con hechos que revistiesen caracteres extraordinarios, que no tuviesen parecido ni pudiesen ser anulados por otros generales. Su ardiente imaginación se encontraba vivamente impresionada con la idea que tenía del Oriente, en donde los ensueños, si no la esperanza, pueden abrir dilatados horizontes. «En Europa,—decía,—no hay nada grande que hacer: no es más que una conejera; en cambio, en Oriente, todo es vasto é ilimitado. Allí es donde se crean los grandes imperios y se realizan las grandes revoluciones civiles y religiosas.»

Cuatro años antes, cuando habiendo caído en desgracia, después del 9 de Thermidor, parecióle que en Francia le estaba ya cerrado todo porvenir brillante, pidió al gobierno, como se recordará, ser enviado á Turquía en comisión militar. En Italia, y en medio de toda clase de preocupaciones que le asaltaban, no se olvidó Bonaparte de Oriente; y desde el momento en que se apoderó de las islas Jónicas, concibió de una manera formal el proyecto de la conquista de Malta y de Egipto, creyéndolo realizable en plazo muy próximo (carta á Talleyrand, de 16 de Agosto de 1797). Desde su cuartel general de Passeriano (13 de Septiembre de 1797), dirigió al ministro de Negocios extranjeros una nota en este sentido.

Por otra parte, empezaba la agitación en Grecia, cuyos patriotas, perdidas ya las esperanzas que Rusia les hiciera concebir, pensaron encontrar apoyo en Francia, y Bonaparte les pareció un verdadero libertador. Comprendió éste cuán útil le sería una sublevación en Grecia, en caso de que la expedición á Egipto produjese una ruptura con la Puerta Otomana, confiando principalmente en la población Mainota ó Eleuthero-Laconia del centro de la Morea, que, en medio de sus montañas y gracias á su organización feudal y patriarcal, había conservado en parte su libertad, y gobernada por caudillos nacionales, no había perdido sus costumbres guerreras.

Bonaparte dirigió desde Milán, en 30 de Julio de 1797, una carta al bey de los Mainotas; y no se limitó á esto, sino que existiendo precisamente en Córcega una colonia de Eleuthero-Laconios, que, prefiriendo el destierro al yugo extranjero, se habían establecido á mediados del siglo XVII, con autorización de Génova,

en la costa occidental de la isla, entre los golfos de Porto y de Sagona, Bonaparte, según refiere el poeta Arnault, mandó dos de ellos «á los dignos descendientes de Esparta,» encontrando en todas partes odios inveterados, que mantenían divididas á las familias nobles, pero ninguna idea en favor de la libertad. En defecto de los Mainotas, Bonaparte trató de sacar partido de Alí, Pachá de Janina, que empezaba entonces á distinguirse.

Alí respondió entusiasmado á las indicaciones del vencedor de Italia, que le había enviado á su ayudante el general Rosa, manifestándole su vivo deseo « de ser iniciado en el culto de la Carmañola» y vanagloriándose de ser uno de los discípulos más fieles «de la religión de los Jacobinos;» actitud que le valió el apoyo que pedía para realizar una expedición á Etolia, proyectada hacía largo tiempo, respondiendo á los Franceses, que demostraban cierta inquietud por sus triunfos, que no ensanchaba su territorio más que para acercarse á ellos; y al Sultán, á quien no parecía bien que un simple Pachá realizase conquistas como éstas por su propia cuenta, le hizo ver que en definitiva sólo habían costado la vida á los cristianos, continuando así entre cristianos y musulmanes ese doble juego que tanto le había aprovechado y que todavía debía aprovecharle.

A fines del mes de Febrero de 1798 fué cuando el Directorio pareció decidido á realizar la expedición á Egipto.

Desde esta fecha, Bonaparte se ocupó del asunto con prodigiosa actividad, viéndosele noche y día conferenciando con el Directorio y el ministerio. «No contento, — dice Segur, — con haber obtenido la multitud de órdenes que consideraba indispensables, se multiplicaba para vigilar y apresurar la expedición; su correspondencia continua fatigaba los correos, que salían en todas direcciones, y desde el Océano al Tíber removíanse los puertos, los arsenales, las administraciones, los campamentos, agitando toda la Italia y toda Francia.» El Directorio, arrastrado por su ejemplo, le secundaba con verdadero interés.

En todos los puertos del Mediterráneo en que dominaba Francia, principalmente en Tolón, Ajaccio, Génova y Civita-Vecchia, se construían y armaban buques ó se organizaban tropas. Para distraer la atención, decíase en alta voz que se trataba de formar, en el Sur, el ala izquierda del ejército de Inglaterra, mientras que el ala

derecha y el centro se escalonaban en las costas del Océano, en donde tenía entonces Francia todavía cerca de 150.000 hombres.

Se determinó que Bonaparte llevaría consigo unos 40.000 hombres, cifra enorme para una expedición trasatlántica, aunque necesaria para los enemigos con quienes se había de combatir, y que podía distraerse del total de fuerzas con que Francia contaba sin comprometer su seguridad en Europa. Obtener soldados no era difícil, la dificultad estribaba en tener buques y marinos para tripularlos; y en esto la actividad de Bonaparte y del Directorio hizo verdaderos prodigios, pues si bien no pudieron improvisarse en pocos meses exce-



Gaspar Monge (1746-1818). (Según un dibujo de Boilly)

lentes marineros y oficiales prácticos, ya que esto sólo se puede obtener con el tiempo, se llegó á formar una de las escuadras más numerosas que habían surcado el Mediterráneo desde la época de las Cruzadas.

Pero lo que daba á esta expedición un carácter verdaderamente extraordinario, sin ejemplo en la historia, no era, en verdad, la rapidez y el secreto en los preparativos, ni la extensión y osadía del plan, sino el tratarse, no sólo de conducir á orillas del Nilo una escuadra y un ejército, sino de llevar también consigo un gran número de sabios, ingenieros, artistas, eruditos y literatos, para que aportasen al Oriente, despertado de nuevo, los últimos adelantos de la civilización europea y estudiasen, al par que los recursos con que al presente contara el país, los numerosos restos de su remota historia. Este modo de comprender una expedición militar produjo en todas las personas cultas verdadero entusiasmo, lo mismo entre los sabios que entre

los militares, y, á pesar del misterio que rodeaba el conjunto de tantos preparativos, y no obstante lo incierto del resultado, todos aquellos á quienes se propuso aceptaron inmediatamente el puesto de colaboradores de la gran obra que iba á emprender Bonaparte; y aun hombres que gozaban de una fama europea, y que no eran ya jóvenes, como Monge y Berthollet, no vacilaron en abandonar su gabinete de estudio para afrontar los accidentes de una vida aventurera.

La mayoría de las tropas que formaban la expedición á Egipto pertenecían al ejército de Italia, pero Bonaparte quiso que se le



Luis Berthollet (1748-1822). (De un grabado de la época.

agregasen algunos de los jefes del ejército del Rhin. Desaix debía acompañarle, como era natural, pues había sido designado como su lugarteniente al darle el mando del ejército de Inglaterra, y Bonaparte quiso también llevarse á Kléber.

Kléber había caído entonces en desgracia con el Directorio, por el que había demostrado desde un principio el más profundo desprecio; se hallaba de reserva y vivía obscuramente con su amigo Moreau, que también como él estaba en desgracia. Bonaparte fué á buscarle y le propuso formar parte de la expedición, que para todos era todavía la expedición á Inglaterra. Kléber sentía viva admiración por el vencedor de Italia; así es que le respondió sin vacilar: «Yo lo desearía, pero si lo pido, los abogados me lo negarán. — Yo me encargo de ello, — repuso Bonaparte. — Pues bien, si arrojáis un brulote al Támesis, meted á Kléber dentro y veréis lo que hace.» La

petición de Bonaparte fué atendida, en efecto, con fruición por el Directorio, contento de ver que se alejaba este general levantisco. Otro interés distinto del de la expedición tenía Kléber para acompañar á Bonaparte en su nueva campaña. Desconfiando de los principios políticos del general, decía al dejar París, á fines de Germinal: «Marcho para ver lo que este hombrecillo lleva en la tripa.»

Si Bonaparte tuvo que dirigirse personalmente á Kléber para que le acompañase, hubo otros que no esperaron á que se les buscara, siendo tal su prestigio que dos jefes del antiguo ejército, que tenían ya el grado de general antes de 1789, pidieron y obtuvieron como un favor autorización para acompañarle: eran éstos Menou y Dumuy, dejando este último para ir á Egipto su palacio de París y 100.000 libras de renta.

Y al lado de éstos, ¡cuántos nombres ilustres y cuántos hombres destinados á serlo! Allí Caffarelli de Falga, el sabio Caffarelli, quien reunía á una elevación superior de miras el talento cultivado del sabio y todas las condiciones del soldado. Preso en 1792 por haber protestado por escrito contra el destronamiento de Luis XVI, no volvió á ingresar en el ejército hasta 1795. Había perdido una pierna combatiendo, al lado de Marceau, en las orillas del Nahe, y esta desgracia, que recordaba constantemente á los soldados que este ingeniero, este miembro del Instituto, había sabido exponer su persona como el último de ellos, le rodeaba de una aureola especial que debía llamar la atención de los mismos musulmanes.

Allí Berthier, que había sido ya el jefe de Estado Mayor preferido por Bonaparte, preferencia que debía á su claro entendimiento, á su imperturbable valor, á su exactitud, así como también á su lealtad y á su admiración constante por su jefe. Allí Lannes, hijo de un palafrenero de Lectoure, antes obrero tintorero, y que era ya uno de los nombres más gloriosos del ejército francés. Allí Davout, que pertenecía á la antigua nobleza, como Desaix, Menou y tantos otros; despedido en 1791 del regimiento Royal-Champagne, en el que era segundo teniente, como partidario de las nuevas ideas, y destituído en 1793 de su grado de general por haber sido anteriormente noble.

En la expedición de Egipto debía encontrarse, prescindiendo de

Bonaparte, con dos de sus antiguos compañeros de la escuela de Brienne, Marmont y Gudin. Marmont reunía á un talento bien cultivado como jefe, el valor entusiasta del soldado, pero le faltaban el desinterés y la firmeza de carácter; Gudin debía más adelante, lo mismo que Friant y Morand, sus compañeros de armas en las orillas del Nilo, mandar una de las tres divisiones del Grande Ejército que habían de merecer el calificativo de *los Inmortales*.

Allí estaba Bessieres, el futuro jefe de la guardia imperial, que mandaba ya aquel escuadrón de guías, creado durante la campaña de Italia para guardar la persona del general en jefe. Allí Dumas, que atrajo sobre su hijo, el novelista, cierta celebridad retrospectiva, y á quien entonces se apellidaba *el Horacio Cocles del Tirol*, á causa de su defensa del puente de Brixen.

Allí el polaco Zayonschek, antiguo compañero de Kosciusko, uno de los pocos generales que, como Caffarelli, Desaix, Berthier y Kléber, gozaba de la intimidad del héroe, con quien debía conbatir más adelante, en las llanuras del Dnieper y del Volga, á los enemigos de su infortunada patria; allí Reynier, que podía perfectamente mandar un ejército, y que después de la marcha de Bonaparte debía dar consejos que no se siguieron, recibiendo como premio la ingratitud y la desgracia; Belliard, á quien Bruselas ha levantado una estatua; y Songis, que disputa á Sénarmont la fama de primer general de artillería de Europa. Allí Bertrand, que había de ser el compañero del emperador Napoleón en sus últimos días; allí Junot, Lasalle y Murat, que á pesar de la estrecha disciplina de la táctica moderna, sabían renovar los preclaros hechos de armas de los antiguos caballeros; y Eugenio de Beauharnais y Luis Bonaparte, que debían ser reyes; y Dupuy y Lanusse, cuyo recuerdo permanece envuelto en cierta nube de tristeza, pues, como Caffarelli, debían caer mortalmente heridos en Oriente, terminando demasiado pronto, menos afortunados que éste, una existencia no consagrada todavía por la fama.

Estos nombres, y muchos otros que pudiéramos citar, demuestran sin duda alguna que nunca ha estado caudillo alguno tan bien acompañado como Bonaparte; pero aun daríamos una idea completamente falsa del acompañamiento del general en jefe del ejército de Egipto si lo presentásemos únicamente, como hasta ahora, entre sus

generales y sus soldados. Bonaparte era miembro del Instituto desde el 25 de Diciembre de 1797, distinción que tenía en mucha estima, poniendo buen cuidado de usar su título de *miembro del Instituto* en todas las proclamas dirigidas á sus soldados, con lo cual «estaba seguro de ser comprendido hasta por el último de sus tambores.» Nadie mejor que él ha demostrado que la guerra es á la vez un arte y una ciencia, en que el genio se hace dueño de los acontecimientos, y por esta razón, los sabios que le siguieron á Egipto gozaban por su parte de la misma consideración que concedía á los generales más distinguidos.

Detengámonos un momento en estos personajes, pacíficos y valientes á la vez, que acompañaban á los soldados franceses para sacar de sus victorias los resultados más convenientes para la humana civilización.

Dos nombres sobresalían entre todos los demás de esta brillante pléyade, dos nombres estrechamente unidos por la amistad y por la ciencia: Monge y Berthollet. No era la vez primera que estos dos hombres ilustres habían colaborado con los soldados. En la terrible época en que la coalición había aislado á Francia de aquellas regiones de donde sacaba las primeras materias, tan indispensables en tiempos de guerra como en los de paz; cuando se hizo necesario buscar exclusivamente en el suelo francés hasta los mismos componentes de la pólvora, Monge y Berthollet se pusieron al frente de aquel extraordinario movimiento científico é industrial que admiró á Europa y mereció los elogios de sus propios enemigos. Bonaparte ya había conocido á Berthollet en Italia, formando parte con Monge de la comisión nombrada para escoger las obras de arte que la guerra nos proporcionaba. Más adelante aprendió con él en París la química y se hizo amigo suyo, encargándole, juntamente con Monge, que reuniese «algunos hombres capaces de secundarle con su inteligencia y sus conocimientos en una empresa en que todas las aptitudes y todos los conocimientos debían encontrar materia en que emplearse.» Pero estos dos sabios, que conocían el secreto de la expedición, no podían revelar á los demás el punto á donde debían llevarles, y todo lo que les podían decir era «yo os acompañaré;» palabras que bastaron, pues «dada la sinceridad y la honradez tan acreditadas de estos

hombres, no era posible la duda.» Monge era sumamente generoso y leal. «El hombre valiente, decía, debe siempre y en todas partes considerarse como el servidor de las gentes honradas y salir abiertamente en su defensa cuando las atacan.» Sentimientos son éstos que podrían admirar en boca del hijo de un pobre mercader ambulante de Beaune, máxime cuando no se reducían á meras palabras, pues hay en su vida rasgos caballerescos que pudieran envidiar los gentiles hombres más pulcros de la corte de Luis XIV. Monge había heredado de su humilde origen una extraordinaria habilidad manual; pero llevado por sus estudios á las más elevadas lucubraciones matemáticas, le quedó poco tiempo para demostrar su destreza.

La unión de las profundas teorías científicas y del talento práctico del mecánico se encuentra realizada de un modo más completo en otro hombre ilustre, que no ha alcanzado la fama que merecía y que fué el que prestó más numerosos y más importantes servicios entre todos los que formaron la comisión científica de Egipto. Su nombre de seguro que no es conocido del público más que por la invención, en verdad poco importante, de una clase de lápices, por lo que diremos que Nicolás Jacobo Conté tiene otros títulos mucho más dignos del recuerdo de la posteridad y del reconocimiento de Francia. Nacido en Saint-Cénery, cerca de Céez, en 4 de Agosto de 1755, pronto se entregó á su invencible inclinación hacia la mecánica y la pintura á la vez. Favorecido por las circunstancias, obtuvo permiso para trasladarse á París, donde se dedicó á pintar retratos, lo que le proporcionaba medios de subsistencia, y á sus estudios científicos. La Revolución lo dió á conocer, y fué encargado especialmente de dirigir la escuela de aeróstatos de Meudón. Pero donde mejor se revelaron su ingenio y su destreza fué en la expedición á Egipto, por la cual merece su nombre ser colocado entre los más ilustres, pues en ella probó principalmente que, según la frase de Monge, «tenía todas las ciencias en su cerebro y todas las artes en su mano.»

Otros muchos debiéramos citar aquí: el físico Malus, precursor de Fresnel, interrumpido en sus trabajos por una muerte prematura; Geoffroy-Saint-Hilaire, que entonces tenía veintiséis años y era ya profesor del Museo de Historia Natural, al que hizo llamar á su amigo Cuvier; el poeta Arnault, menos conocido hoy por sus tragedias que

por sus fábulas; Redouté, el pintor de las rosas; el dibujante Vivant-Denón, futuro director de los Museos imperiales.

Creemos que, para completar estas indicaciones, hechas muy sumariamente, bastará que unamos á la lista del Estado Mayor del ejército la de los individuos de la comisión científica.

ESTADO MAYOR DEL EJÉRCITO DE EGIPTO

BONAPARTE, general en jefe; Berthier, jefe del Estado Mayor general; Caffarelli de Falga, jefe de ingenieros; Dommartín, jefe de la artillería.

Generales de división: Kléber, Desaix, Menou, Dumuy, Dugua, Vaubois, Reynier, Bon, Baraguey d'Hilliers.

Generales de brigada: Lannes, Rampón, Leclerc, Dumas, Murat, Zayonschek, Marmont, Lanusse, Andreóssy, Davout, Fugières, Vial, Muireur, Dupuy, Manscourt, Verdier, Damas, Belliart, Friant, Donzelot, Lagrange.

Ayudantes del general en jefe: Duroc, Sulkovski, La Valette, Luis Bonaparte, Julián Merlín, hijo del miembro del Directorio del mismo apellido, Junot, Croisier, Eugenio de Beauharnais, Guibert.

El brigadier Bessiéres mandaba *los guías;* el coronel Songis, un batallón de artillería rodada; el coronel Sansón, cuatro compañías de artillería de á pie; el coronel Crétin, dos compañías de minadores, y el de la misma graduación, Berthaud, un batallón de zapadores.

Comisario de guerra, ordenador jefe: Sucy, después d'Aure. *Contador general del ejército,* más adelante ministro de Hacienda, Poussielgue. *Pagador general,* Esteve. *Médico mayor,* Desgenettes. *Cirujano mayor,* Larrey. *Farmacéutico mayor.* Roger, después Boudet.

ESTADO MAYOR DE LA ESCUADRA

Vicealmirante: Brueys, comandante en jefe.

Jefe de Estado Mayor, Gantheaume.

Contralmirantes: Villeneuve, Decrès, Blanquet-Duchayla.

COMISIÓN DE CIENCIAS Y ARTES

Geometría: Monge, Fourrier, Costaz, Malus, Say, Charbaud, Moret, Corancez, Fuseau, Bringuet, Bouchard.

Astronomía: Beauchamp, Nouet, Quesnot, Méchain hijo.

Mecánica y aeróstatos: Conté, director; Coutelle, Hassenfratz el menor; L'homont, Adnès padre, Adnès hijo; Sirop, Couvreur, Aimé, Collin, Hérault, Plazanet.

Química: Berthollet, Descotils, Champy padre, Samuel Bernard, Potier, Champy hijo, Regnault.

Mineralogía: Dolomieu, Cordier, Rozières, Víctor Dupuy.

Botánica: Nectoux, Delile, Coquebert.

Zoología: Geoffroy-Saint-Hilaire, Savigny, Alejandro Gérard.

Cirugía: Dubois padre, Pouqueville, Labate, Lacipière, Dubois hijo, Bessiéres, Daburon, Dewèvre.

Farmacia: Boudet, Rouyer, Roguin.



Francisco Jomard (1777-1862). (Grabado de la época.)

Economía política: Bourrienne, Regnault de Saint-Jean d'Angely, Gloutier Tallien.

Antigüedades: Pourlier, Ripault, Panuzen.

Arquitectos: Norry, Balzac, Protain, Lepère (Jacinto), Demoulin.

Pintores: Redouté, Rigo, Joly.

Dibujante: Dutertre, Denon, Portal, Caquet, Péré.

Ingenieros de puentes y caminos: Lepère el mayor, Girard, jefes; Faye, Lepère (Gracián), Saint-Genis, Lancret, Fèvre, Chabrol, Jollois, Rafteneau, Dalile, Arnolet, Favier, Dubois-Aymé, Devilliers, Moline, Martin, Bodard, Duval, Thevenot.

Ingenieros topógrafos: Testevuide, Jacotin, jefes directores; Simonel, vicedirector; Schouani, La Thuille, La Feuillade, Bertre, Lecesne, Bourgeois, Leduc, Dulion, Faurie, Lévèque, Laroche, Jomard el mayor, Corabeut.

Ingenieros navales constructores: Boucher, Chaumont, Greslé; llegados más tarde en la fragata *La Egipcia,* Vincent y Bonjean.

Ingeniero mecánico hidráulico: Cécile.

Ingeniero constructor de instrumentos de matemáticas: Lenoir hijo.
Relojería: Lemaître.
Escultor: Casteix.
Grabador: Fouquet.
Literatos: Arnault, Lerouge, Parceval de Grandmaison, Bénabe.
Músicos: Villoteau, Rigel.
Alumnos de la Escuela Politécnica: Caristie, Duchanoy, Jomard el menor, Vincent, Viard, Alibert.
Intérpretes: Venture, Magallón, Lhomaca, Amadeo Jaubert, Raige, Bragevich, Belleteste, Laporte.
Imprenta oriental y francesa: Marcel, director general; Puntis, Galland, regentes y vice directores; Baudin, Besson, jefes de sección.

A últimos de Abril estaban terminados todos los preparativos, hallándose en disposición de marchar 36.000 hombres de infantería, 2.500 de caballería y 10.000 marinos. La escuadra formaba un total de unos cien buques, entre los que se contaban 13 navíos de línea, que debían escoltar más de 400 transportes.

El gobierno no se había limitado únicamente á los preparativos militares, y, por importantes que fuesen, los había acompañado de la acción diplomática: se iba á atacar un país que estaba bajo el poder casi nominal de la Puerta, y siendo aliados de ella los franceses, era preciso decidirla á que les permitiese la conquista de Egipto sin que ello debiese considerarlo como una ofensa ó humillación. Era preciso que aceptase el papel que ya había desempeñado en otras ocasiones (cuestión de la Bukhovina en 1775, la cuestión de Crimea en 1783), y que aun debía desempeñar más adelante, viéndose expoliada ó mutilada con su consentimiento.

Estaba todo dispuesto cuando, en el último instante, á fines de Abril, estuvo á punto de fracasar la expedición. Había ya mandado Bonaparte á Tolón sus criados y su equipaje (18-21 de Abril), cuando se supo que Bernadotte, embajador de Francia en Viena, había sido insultado en un motín, rompiendo el populacho á pedradas los vidrios de la embajada. El Directorio quería declarar la guerra inmediatamente, pero Bonaparte lo impidió, proponiendo desde luego (23 de Abril) que se desistiera de la expedición, y más adelante (28 de Abril á 2 de Mayo) limitarla, dejando en Europa una parte del ejército

de Italia con Desaix y Kléber. Sin embargo, Austria, que no estaba preparada todavía para la guerra, emprendió negociaciones de conciliación, por medio de sus ministros, á las pocas horas de ocurrir la revuelta.

Confiado el Directorio, tal vez demasiado en esta ocasión, no creyó necesario modificar en lo más mínimo sus disposiciones, y Bonaparte marchó el 3 de Mayo á Tolón, sin que Barrás se hubiese visto obligado, como se ha dicho, á hacerle una visita amenazadora para decidirle. El Directorio confirió al general en jefe amplios poderes y completa libertad de acción, pero quedando firmemente convencido de que Bonaparte haría por su parte todo lo posible para regresar á Francia en el mes de Octubre, ya fuese para dirigir después una expedición contra Inglaterra ó Irlanda, ya para tomar parte en la guerra continental que por entonces podría estallar. Así, pues, el gobierno no sólo dejaba á Bonaparte en libertad de volver á Francia, sino que le manifestaba su deseo de que volviese lo más pronto posible; hecho que ya había consignado Thibaudeau, y que ha sido confirmado por Boulay de la Meurthe.

Bonaparte llegó á Tolón en 9 de Mayo, hospedándose en el palacio de la Marina. Nadie sabía fijamente á qué empresa se destinaban los formidables armamentos que se hacían en el Mediterráneo, y los gabinetes de Europa no se hallaban mucho más enterados, á pesar de la diligencia de sus espías. No hay ejemplo en la historia de que, sobre un hecho tan importante y que tan largos preparativos exigió, se guardase tan perfectamente el secreto.

Los ingleses, por su parte, no sabían con certidumbre más que una cosa, y es que todos estos armamentos se dirigían contra ellos, y esto, aunque poco, era lo que se había hecho público.

En la mañana misma del día en que llegó á Tolón, quiso pasar revista á aquellos soldados de Italia de los cuales hacía ocho meses estaba separado, pero que le conservaban todavía todo su entusiasmo y estimación. Difícil es concebir las aclamaciones de que fué objeto el discurso, á la vez grandioso y familiar, en que les recordó las promesas que les había hecho cuando se encontraban faltos de todo en las playas de Génova, agregando: «¿Os he cumplido mi palabra? — Sí, sí, respondió el ejército unánimemente. — Pues bien: sabed que

no habéis hecho todavía bastante por la patria, así como la patria no ha hecho tampoco lo bastante para vosotros... Pero yo aseguro á cada soldado que, al regreso de esta nueva expedición, tendrá lo suficiente al menos para adquirir seis fanegas de tierra.» La exaltación y el entusiasmo llegaron á su colmo, los gritos de «¡Marchemos, marchemos!» se oían por todas partes. Bonaparte no deseaba otra cosa que poderse embarcar al día siguiente, pero se lo impidieron vientos contrarios.

Abonanzado el tiempo, Bonaparte fijó la partida para el 19 de Mayo, publicando aquella célebre alocución que fija el principio de una campaña, pero sin indicar todavía su objetivo, y que iba dirigida á los soldados de mar y tierra del ejército del Mediterráneo:

«Soldados, sois una de las alas del ejército contra Inglaterra. Habéis hecho la guerra de montañas, de llanuras y de sitios; os falta hacer, sin embargo, la guerra marítima. Las legiones romanas, á quienes habéis imitado algunas veces, sin igualarlas todavía, combatían á Cartago así en este mismo mar como en las llanuras de Zama. Nunca les abandonó la victoria, porque se presentaron siempre valerosas, pacientes para soportar la fatiga, disciplinadas y compactas...

«Soldados: Europa tiene la vista fija en vosotros; estáis llamados á realizar grandes hechos, á librar grandes batallas y á vencer peligros y fatigas sin cuento. Haréis aun mucho más de lo que ya habéis hecho por la prosperidad de la patria, la felicidad humana y vuestra propia gloria. Soldados, marineros, infantes, artilleros, permaneced estrechamente unidos; acordaos que el día de la batalla tendréis necesidad de vuestro común esfuerzo... Soldados-marinos, hasta ahora habéis estado olvidados, hoy la República os consagra sus mayores cuidados; seréis dignos del ejército de que formáis parte. El genio de la libertad, que ha hecho á la República, desde su nacimiento, el árbitro de Europa, quiere que también lo sea de los mares y de las regiones más remotas.»

No se puede anunciar de una manera más digna una grande empresa, dejándola siempre envuelta en el misterio. Así, pues, generales, oficiales y soldados, que no veían más que laureles que recoger, sin pensar en los peligros de su consecución, todos embarcaron contentos en los buques que se les designaron. Bonaparte se despidió de Josefina, que le había acompañado hasta Tolón y no le quiso abandonar hasta el último momento. «Subió á bordo de *El Oriente,* que era el buque almirante, con todo su Estado Mayor, y pronto,

entre los aplausos de la inmensa muchedumbre que cubría la playa, entre las aclamaciones de los soldados y de los marineros que llenaban el puerto y las vergas de los buques, al retumbar de las salvas de todas las baterías del puerto y de todos los navíos de línea, un sol espléndido alumbró la salida de la armada expedicionaria.» (Rymr.) La flota llevaba agua potable para un mes y víveres para dos, y una vez se hubo reunido con las divisiones que se equiparon en Ajaccio, Génova y Civita-Vecchia, pudo asegurarse que nunca se había juntado un número tan grande de buques en una sola expedición.

Los primeros días de navegación fueron penosos: no reinando vientos favorables, con los que se había contado, se hizo preciso fondear en las islas Hyeres. El mar estaba muy picado, y el mareo constituyó una gran prueba para la mayoría de los soldados, que padecieron cruelmente, pues para mitigar sus sufrimientos no sentían ni la excitación que ocasiona el peligro. Algunos, sobre todo los antiguos voluntarios del 1792, no ocultaban su descontento, y se preguntaban por qué se llevaba la guerra tan lejos de Francia cuando ésta misma estaba amenazada. Estos sentimientos se reflejan perfectamente en el diario del capitán Vertray, subteniente de las tropas expedicionarias; pero de ellos no participaba la mayoría, y aun muchos, que estaban dotados de un patriotismo más acendrado y rígido, tenían gran confianza en los resultados que podía conseguir para la grandeza de su patria la expedición de que formaban parte.

Síntoma más grave era el temor de que daban muestra algunos marinos. Uno de los buques mercantes encargado del transporte de las tropas, llamado *La Isabel,* tenía por capitán á un tal Calamán, marsellés truhán y vivo, que había estado hasta entonces de inagotable buen humor, pero que al cabo de unos días se mostraba taciturno y no hablaba ya de la «firmeza del marino marsellés,» que nada es capaz de quebrantar, sino que, ahuecando sus palabras, alteradas por su cerrado acento provenzal, no se cansaba de repetir á los oficiales de á bordo: «Parece que el mar es inglés, no lo dudéis. La Providencia no nos favorece... No es natural lo que nos pasa, y si fuese supersticioso diría que este es un buque que encalla al salir del puerto, lo cual, aunque se le vuelva á poner á flote, siempre es presagio de mal agüero. Si Nelson, que se halla por aquí, supiese las dificultades

que tenemos para zarpar, no tendría el menor inconveniente en ponerse contra viento sobre Tolón. Brueys no está feliz, y si esto continúa no navegaremos muchas millas.» Al encontrarse la escuadra delante de Monte-Cristo calmó completamente el viento, quedando reducidos los buques á la más completa inmovilidad. «Cuando la calma llega, dice Denón, se agitan todas las pasiones de los tripulantes de una embarcación; surge el recuerdo de todas las necesidades supérfluas, y estallan las disputas para satisfacerlas.» Los soldados exigen doble ración, se juegan ó venden sus efectos, y pierden en un cuarto de hora más de lo que podrían pagar en toda su vida; vióseles jugarse á los dados seis y hasta ocho relojes en una sola puesta. Tenían también otras distracciones menos peligrosas: algunas veces, al caer de la tarde, un mal violín acompañaba á algún cantor, ó alguno de los oradores de la compañía recitaba alguna nueva y maravillosa aventura del célebre Salta-Montes ó de su émulo Buen-Corazón, prototipos legendarios del soldado francés.

Otros pasatiempos más elevados ocupaban á los oficiales, sobre todo á los que montaban *El Oriente,* con Bonaparte y el Estado Mayor. Al surcar las aguas del golfo de Génova, Brueys, que examinaba con su catalejo el horizonte para ver si llegaba la división de Desaix, díjole á Bonaparte: «Ved ahí los Alpes.» «¡Los Alpes!» repitió Bonaparte, y cogiendo con viveza el catalejo del almirante, los contempló en silencio largo rato. Esta vista hízole evocar la memoria de sus primeros triunfos, y recordó á los que le rodeaban los nombres de los generales ilustres que han unido á esta cordillera su gloria militar, tan imperecedera como sus montañas. Exaltóse al hablar de Aníbal, para él el capitán más ilustre que ha existido en el mundo; ponderó su valor regido por el cálculo, verdadera señal del genio; el valor calculador, que dió también la superioridad á Alejandro y á César, así como á Gustavo-Adolfo y á Turena; censuró la conducta pusilánime y la incapacidad del Senado de Cartago, así como la envidia que demostró hacia su gran general; comparó á este Senado con el Directorio y dejó entrever que él mismo tenía motivos de queja por la conducta análoga que el Directorio había observado para con él. Allí se dieron también, sobre el arte militar, lecciones que difícilmente habían oído nunca los oficiales.

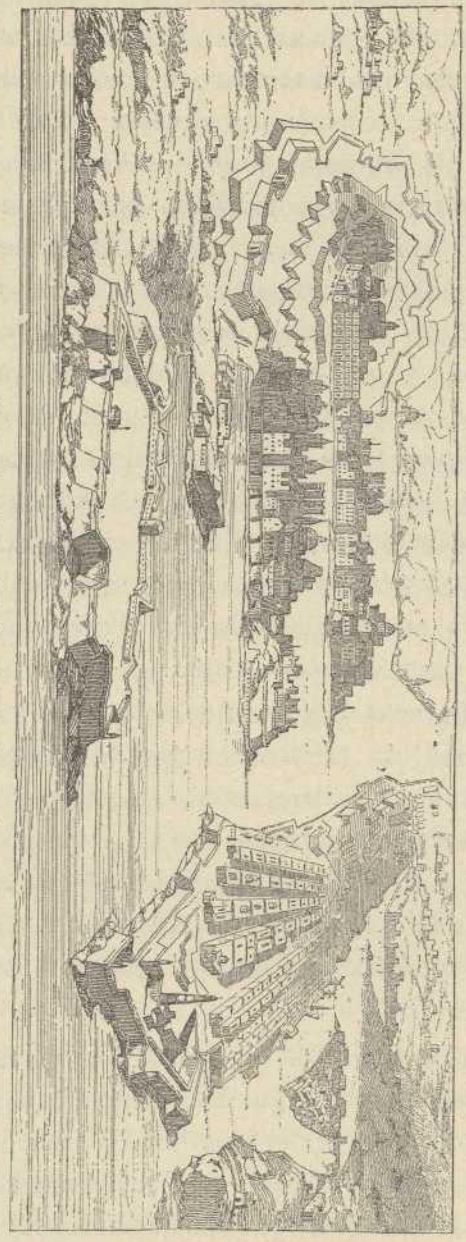
Pero no se crea que los asuntos militares fuesen la única, ni siquiera la más común, de las ocupaciones á bordo de *El Oriente*. Se hablaba de la guerra, de conquistas; se trataba sin duda de política, pero se hablaba también de ciencias, de bellas artes, de literatura, de la tragedia, sobre la que discutía con predilección Bonaparte, teniendo por interlocutor precisamente al poeta Arnault, el autor de *Mario en Minturno*, de *Lucrecia* y de *Los Venecianos*. Manifestaba su poca afición á Voltaire, su admiración por Corneille, y exponía su teoría literaria, sobre la cual insistió frecuentemente, de que, en la tragedia moderna, la política y la razón de Estado deben constituir el principal resorte de la trama, reemplazando la fatalidad de los clásicos, y que el amor se debe reservar para la comedia; innovaciones que combatía Arnault. «Bueno, díjole Bonaparte, quiero que los dos compongamos una tragedia. — Concedido, respondió Arnault, con su habitual desparpajo. Lo haremos cuando hayamos formado en colaboración un plan de campaña.» La frase, sin embargo, era más artificiosa que justa, pues se olvidaba de que Bonaparte le había dado ya el desenlace de *Los Venecianos*, desenlace que había asegurado el buen éxito de la obra.

Para dar variedad á estas distracciones científicas, y que no se produjese una verdadera confusión, se convino en que el general fijase todas las mañanas los asuntos que habían de examinarse y discutirse en las reuniones de la tarde. Tratábanse así, por ejemplo, no sólo cuestiones literarias, sino puntos de astronomía y de cosmogonía. «¿Cuál es la edad del mundo? — ¿Están habitados los planetas? — ¿Es probable que el mundo sufra una nueva catástrofe por el agua ó por el fuego?»

Entretanto la flota había pasado á la vista de Sicilia y los soldados experimentaron una viva decepción al ver que no desembarcaban; «pocos días después, el 9 de Junio, al rayar el alba, dice Alfredo de Vigny, se encontraron en presencia de Malta, con sus castillos, sus baterías á barbeta, sus extensas murallas, que reflejaban los rayos del sol como si fuesen de mármol recientemente pulimentado, y el hormiguero de ligeras embarcaciones que se deslizaban sobre las aguas al impulso de sus largos remos encarnados.»

Hacía ya mucho tiempo que la isla de Malta era considerada,

con razón, como una de las llaves del Mediterráneo, no sólo por su situación céntrica, que le permite interceptar las comunicaciones entre el oriente y el occidente de este mar, sino también por su puerto, que es uno de los mayores, de mayor profundidad y más seguros del mundo; de modo que llamó extraordinariamente la atención de los Franceses, al apoderarse de la isla, que los 400 buques que tripulaban se colocaran todos perfectamente en una parte del puerto, y que los buques de mayor porte pudieran anclar á tiro de pistola de los muelles de La Valette, capital de la isla. Mucho había hecho la naturaleza para la defensa de este puerto, pero el arte había acumulado, desde luengos siglos, obras importantes de fortificación. Levántanse sobre aquellas rocas, calcáreas y abruptas, bastiones gigantescos, que aumentan lo escarpado del terreno y que amenazan en distintos puntos á los asaltantes con tres líneas superpuestas de baterías, pudiéndose asegurar que á fines del siglo XVIII no había en el mundo otra ciudad que contase en su recinto medios de resistencia tan numerosos ni tan formidables. Por esto pasaba Malta por inexpugnable; pero si, como Bayardo dijo en Mézières, no hay ninguna plaza fuerte que pueda perderse cuando cuenta con defensores valientes, las plazas fuertes, en



Fortificaciones de La Valette (isla de Malta) á vista de pájaro

cambio, no valen nada cuando detrás de sus muros se guarecen cobardes.

La orden de los caballeros Hospitalarios de San Juan de Jerusalén, que poseía la isla desde 1535, y que había tomado desde entonces el nombre de orden de Malta, se encontraba en completa decadencia. La mayoría de sus miembros frecuentaban las cortes de Europa y gastaban en los placeres de una vida de ociosidad y de disipación los productos de sus encomiendas; eran generalmente segundones de familias nobles, á quienes hacían ingresar en la Orden para crearles una posición. Sin duda figuraron entre ellos, aun á fines del siglo XVIII, caballeros de noble linaje y de carácter animoso, pues basta con recordar al bailío de Suffren y al de Mirabeau, tío del gran orador; pero generalmente no empleaban sus grandes cualidades en favor de la Orden, que, por otra parte, no tenía ya razón de ser. En sus algaradas anuales ó expediciones contra los enemigos de la cruz, tan célebres en otro tiempo, de lo que menos se preocupaban los caballeros de la Orden era de ir al encuentro de las naves musulmanas, limitándose á hacer un viaje de recreo á los puertos de Italia. El testimonio de Carosi deja fuera de duda este punto. De la misma manera juzgó á la Orden el poeta Delille cuando estuvo en Malta, como compañero de viaje de Choiseul-Gouffier, y la satisfacción que, por cortesía, tuvo que dar más tarde, no puede tenerse en cuenta para deshacer su primera afirmación. Por otra parte, y como sucede con frecuencia, la autoridad de los caballeros, á medida que se debilitaba, se hacía más quisquillosa y tiránica, sembrando el descontento por todas partes.

A pesar de todo, las fortificaciones de la plaza bastaban para que un centenar de hombres valerosos detuviesen largo tiempo una escuadra entera; pero Bonaparte había preparado de antemano el feliz desenlace de su plan sobre Malta. La idea de apoderarse de esta isla se le había ocurrido en la época del tratado de Tolentino, en cuya ocasión pudo interceptar en Ancona la correspondencia del gran maestre Rohán con Pablo I, emperador de Rusia, en cuya correspondencia se reanudaban ciertas negociaciones, iniciadas en tiempo de Pedro el Grande, que tenían por objeto concluir un tratado para la fundación de setenta y dos encomiendas destinadas á la nobleza del

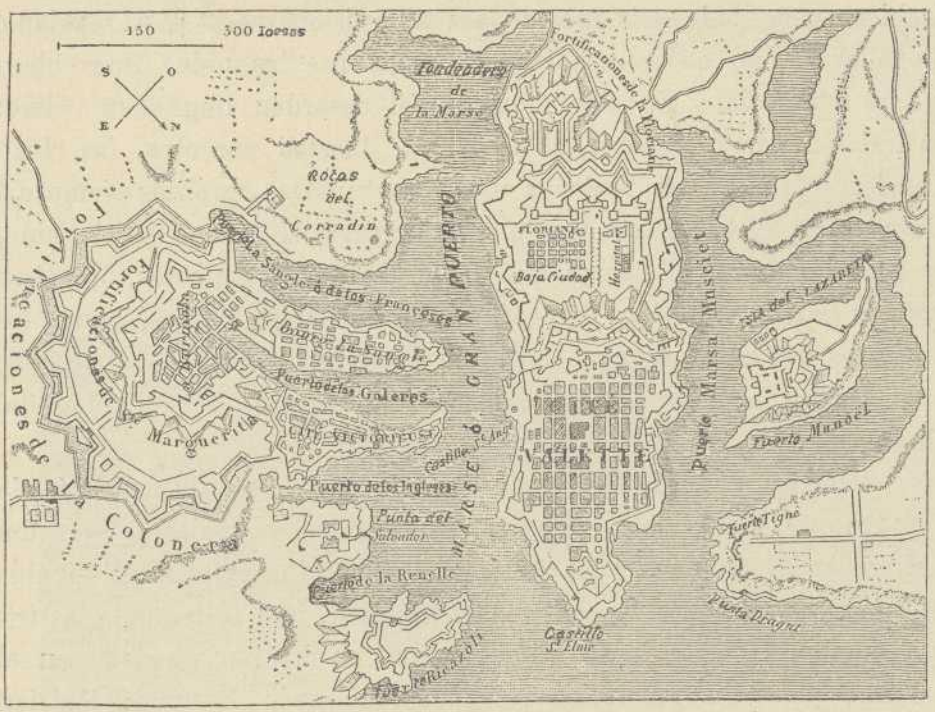
rito griego. «Como era difícil suponer, dice M. Ernouf, que esta liberalidad fuese completamente desinteresada, Bonaparte pensó seriamente en prevenir los proyectos de Rusia, ó de cualquier otra potencia, sobre esta posición tan importante del Mediterráneo, que la decadencia manifiesta de la Orden dejaba á merced del más atrevido ó del más hábil.»

«Esta isla tiene gran importancia para nosotros,» escribía al Directorio, al ocurrir la muerte del gran maestre Rohán, y aconseiaba á su gobierno que aceptase el proyecto que había formado el ministro Godoy, príncipe de la Paz, de hacerse nombrar gran maestre y de ocupar la isla con las flotas combinadas de Francia y de España; á cuyas indicaciones Carlos Delacroix, ministro de relaciones exteriores, respondió cándidamente que era incumbencia exclusiva del ministro español el realizar una expedición de la que él únicamente debía sacar provecho. Bonaparte no se desanimó á pesar de esto, y después del golpe de Estado del 18 de Fructidor, en 27 del propio mes, escribía de nuevo: «¿Por qué no nos hemos de apoderar de Malta? Los habitantes de esta isla nos son adictos y se hallan sumamente disgustados con los caballeros, que casi se mueren de hambre, pues con toda intención he mandado confiscarles todas las propiedades que tienen en Italia;» medida que estaba justificada por cuanto el gran maestre había declarado la guerra á la República.

En estas circunstancias, el nombramiento de un austriaco, Hompesch, como sucesor de Rohán, en Julio de 1797, parecía favorecer los proyectos de anexión que se atribuían al Austria; pero, por el contrario, esta elección vino á favorecer la conquista de la isla por nosotros. A dar crédito á un rumor de la época, Austria había estipulado la neutralidad de Hompesch á cambio del consentimiento tácito de Francia en la ocupación de Ragusa. La corrupción y los escándalos de un gobierno á la par violento y débil, afeminado y despótico, facilitaban también el poner en juego otros medios distintos de los de la diplomacia y de la guerra, siendo casi seguro que un gran número de caballeros, y el mismo gran maestre, estaban comprometidos por dinero.

No puede negarse, á lo menos, que la incuria del gran maestre excedía á toda ponderación, por mucho favor que quiera hacerse á sus

condiciones de carácter y á su capacidad, llegando al punto de no haber comunicado al consejo de la Orden un despacho cifrado del bailío de Schenau, delegado de la Orden en el congreso de Rastadt, en el que se le avisaba formalmente de que la expedición que se organizaba en Tolón se dirigía á Malta y á Egipto. Tampoco había tenido en cuenta las relaciones que el consul francés Poussielgue,



Plano de la villa y del puerto de La Valette, en Malta

secretario de la legación francesa en Génova, y otros agentes mantenían con algunos caballeros, sacerdotes y hasta individuos del pueblo, relaciones que continuaron hasta el mismo momento del ataque. Además, los franceses encontraban un apoyo natural en los partidarios de las nuevas ideas, entre los que figuraban algunos caballeros que habían llegado á constituir una sociedad secreta de jacobinos. Creyóse que Malta iba á ser atacada en el mes de Febrero de 1798, en ocasión de haberse presentado Brueys ante La Valette, reconociendo la isla con pretexto de hacer agua y dejando en ella gran fermentación.

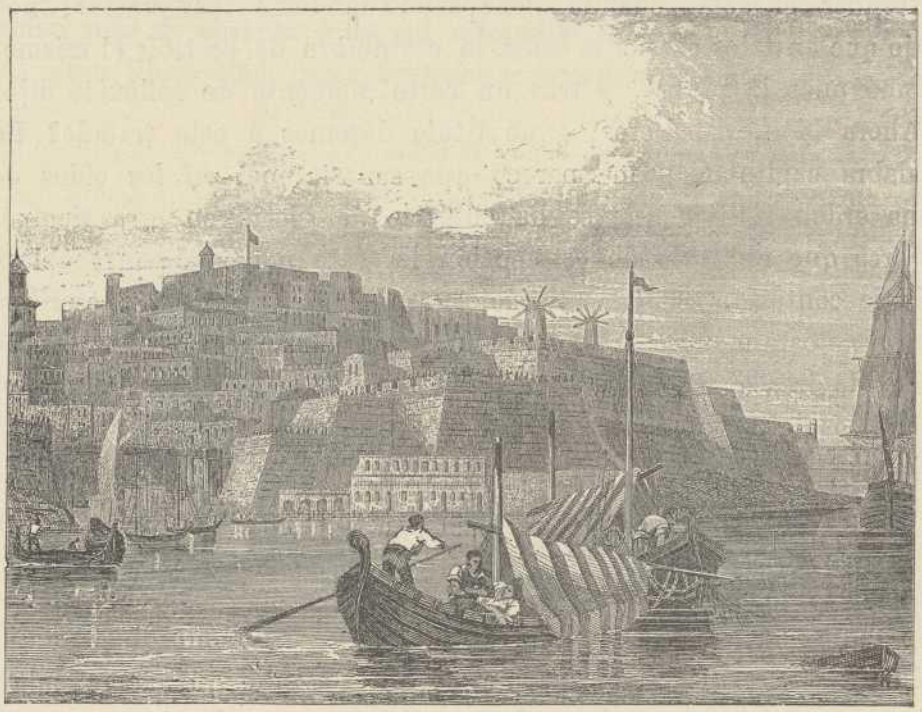
Bonaparte, así que llegó, pidió la entrada en el puerto, para aprovisionarse de agua y víveres. Conceder semejante petición á una gran flota y á todo un ejército, era una medida cuya gravedad nadie podía desconocer, por lo que, á pesar de su pusilanimidad, la mayoría del consejo negó el permiso, alegando las ordenanzas de la Orden, que prohibían entrar en el puerto de una vez más de cuatro buques de guerra. Con esta cuenta, la escuadra francesa hubiera necesitado seis meses para aprovisionarse. «¡Ah! exclamó Bonaparte, ¿no quieren darme el agua que les pido? Pues bien, yo iré á tomarla.» En este momento el desorden llegó á su colmo: la traición por una parte, el amor á la libertad por otra, las rivalidades políticas, las pasiones más sanguinarias, prontas siempre á despertarse en aquel clima y en aquella raza, el mismo patriotismo, y principalmente el terror que inspiraban los Franceses, llenaban toda la isla de espanto y de confusión. «Si fuesen Turcos, decían los malteses, les haríamos cara como lo hicieron nuestros antepasados; pero los Franceses son demonios en forma humana.» Y hacían la señal de la cruz.

Además, y sin duda por connivencia con el jefe de artillería, la pólvora que se les había dado no tenía fuerza, las balas no eran del calibre de los cañones y las cureñas estaban inservibles. El pueblo entonces, so pretexto de castigar la traición, pasó á degüello las tripulaciones de unos barcos griegos que se habían quedado en el puerto, y á un comerciante francés, llamado Eynaud. Podrían haberse aprovechado de la animosidad de los habitantes de la isla contra los Franceses, á los que aborrecían por sus ideas antireligiosas; pero las dudas y vacilaciones de los caballeros no eran lo más á propósito para tranquilizar al populacho. Un gran número de caballeros franceses se negaron á combatir con sus hermanos, conducta que imitaron varios españoles por ser Francia aliada de su patria.

Los Franceses mientras tanto habían desembarcado en varios puntos de la isla, sin encontrar resistencia más que en el fuerte de Marsasirocco, en el que Dupuis de la Guéronnière mantuvo en jaque á Desaix durante veinticuatro horas. Los soldados de la semi-brigada 42, al mando del comandante Reynier, se apoderaron de Gozzo, escalando los fuertes levantados sobre las rocas

de la isla, á pesar de la metralla y de las gruesas piedras que se les arrojaban, hasta que al cabo de poco tiempo, Dupuis de la Guéronnière, viéndose abandonado, se replegó hacia La Valette en donde capituló.

Hompesch, para captarse la benevolencia de Bonaparte, le envió una embajada compuesta de personas conocidas por su sim-



Ciudad de La Valette en Malta

patía á las ideas republicanas y á Francia, á las que agregó Doublet su hombre de confianza, quien nos ha dejado un curioso relato de la negociación.

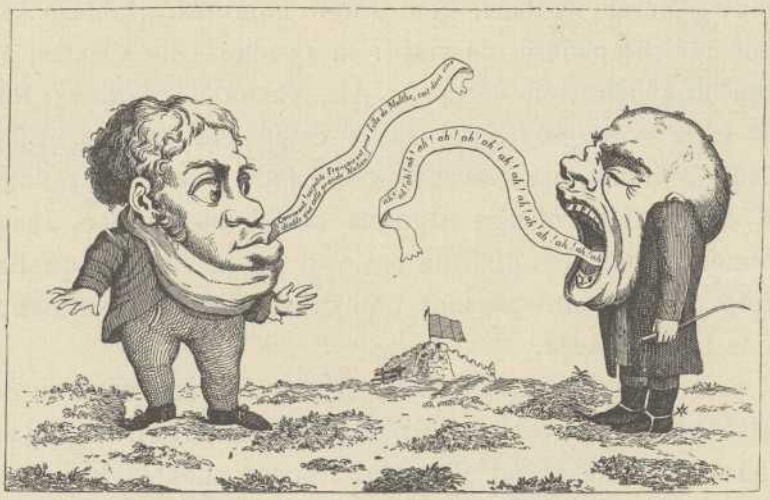
«Después de esperar un cuarto de hora, dice, fueron introducidos tres de los diputados en la cámara del consejo (á bordo de *El Oriente*). Bonaparte entró también acompañado del vicealmirante Brueys, quedándose admirado de nuestro corto número. «Parece, dijo, que varios de los vuestros han enfermado durante el trayecto; pues me han dicho que érais ocho y no veo más que tres. Habéis hecho bien, sin embargo, puesto que no pudiendo esperaros más,

había dado orden de arrojar á la plaza ciertos *confetti*, que no hubieran sido muy del gusto de vuestras señorías.» Nadie se atrevió á responder á esta chanza inconveniente. Entonces el general, después de habernos examinado uno por uno, agregó: «Señores, me parece que un buen *punch* no os vendría mal, pues creo que tenéis frío,» y dió orden de que se trajese un *punch* para cada uno. Pronto se cambiaron los vasos por el tintero, y yo me disponía á extender el acta, cuando Bonaparte, dándome las gracias, nos dijo que en tales ocasiones tenía la costumbre de escribir él mismo. Tomó pues la pluma, y tras un corto momento de reflexión dijo: «Ahora bien, caballeros, ¿qué título daremos á este tratado? La palabra capitulación me parece que sonaría mal en los oídos de una orden militar que se ha cubierto de gloria en otro tiempo, y creo que el título de convención les será menos desagradable.» Nadie contestó. «Quien calla otorga,» repuso, y empezó á escribir, Durante este monólogo, su fisonomía reflejaba una singular expresión de ironía. Una vez Bonaparte hubo redactado por sí solo los artículos del convenio, los leyó á los asistentes. Tratóse de discutir algunas de las condiciones, ¿pero con qué objeto? La Orden de Malta se declaraba disuelta y desposeída de la isla, que pasaba á poder de los Franceses. «Así que hubo firmado el representante de España, Bonaparte me pasó la pluma, y entonces yo le dije que no tenía ningun título para continuar allí mi nombre, pero que si lo tuviese, me resistiría á firmar un convenio que debía cubrir de vergüenza á la Orden, al Gran Maestre y á los Malteses, sin que le proporcionase á él gran gloria ni la menor ventaja para Francia. — «¿Cómo se entiende? exclamó irritado Bonaparte. — «Por la razón sencilla de que la nulidad de vuestra marina, repuse, deja siempre á Malta á merced de Inglaterra, que mandará una de sus escuadras á bloquearos antes tal vez de que desembarquéis en Egipto. — Vuestro triste presagio, dijo el almirante, prueba que conocéis muy poco la importancia de nuestra marina.» Bonaparte se levantó entonces, dando por terminada la conferencia.

En resumen, en solos dos días, y sin haber perdido más allá de un centenar de hombres, nos encontrábamos dueños de una de las posiciones más importantes de Europa, desde el punto de vista

militar y mercantil. El general Caffarelli, al examinar las fortificaciones de la ciudad, cuya superioridad nadie mejor que él podía apreciar, decía: «Gran dicha ha sido que se haya encontrado en la plaza quien nos la entregase.» Pues, en efecto, se había entregado el día 12 de Junio.

Mientras que los caballeros debían contentarse con una pequeña renta vitalicia de 700 francos, que se elevaba á mil para los que tenían más de sesenta años, al miserable Hompesch se le trataba con gran liberalidad, pues Francia se comprometía á hacerle con-



Disgusto de los Ingleses por la noticia de la toma de la isla de Malta por los Franceses. (Caricatura de la época.)

ceder en el congreso de Rastadt un principado en Alemania, pagándole entretanto una pensión anual de 300.000 francos, aparte de una indemnización de 600.000, por su mobiliario.

Bonaparte pasó sólo seis días en Malta, bastándole este tiempo para organizar un nuevo gobierno fundado en los principios de la Revolución francesa: igualdad de derechos, aptitud para todos los cargos públicos, organización municipal, administración económica y judicial, constitución de una guardia nacional, de la que formaron parte todos aquellos que mayor interés tenían en conservar la tranquilidad pública, y desarme del resto de la población; correos, casas de beneficencia, medidas relativas al clero de los diversos cultos, establecimiento de quince escuelas de primera enseñanza, y hasta

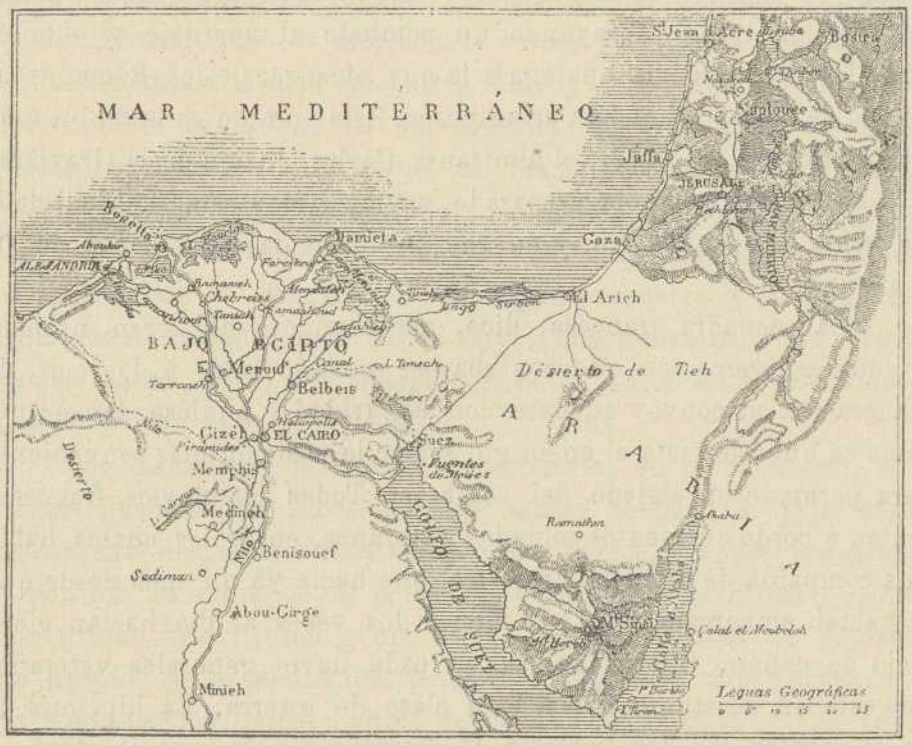
una escuela central (liceo), para la cual se fijaron los diferentes cursos y los sueldos de los profesores; en una palabra, nada se olvidó por el futuro emperador. Decretó además la libertad inmediata de todos los esclavos árabes y turcos que había en la isla. «La alegría de estos desgraciados, puestos en libertad tán inopinadamente, se manifestaba, dice Denon, del modo más expresivo. Cuando encontraban algún francés se pintaba en sus ojos su reconocimiento de una manera tan viva, que en más de una ocasión me hizo derramar lágrimas.»

En 18 de Junio Bonaparte partió de la isla, confiando su defensa al general Vaubois, con 3.000 hombres. Habíase separado de tres de sus compañeros de viaje: su ayudante La Valette, á quien envió con una comisión cerca de Alí, pachá de Janina; Regnaud de Saint-Jean de Angely, que había caído gravemente enfermo, y su cuñado Arnault, que se había quedado con él para cuidarle. Llevóse en cambio consigo algunos caballeros de San Juan, que iban á combatir en bien distinta posición por cierto, en aquella tierra de Egipto que sus antepasados habían regado con su sangre en tiempo de las Cruzadas.

Al salir de Malta aun no sabía el ejército cuál sería su destino; preguntábase si tal vez se dirigían hacia Argel, cuyo bey, se decía, había hecho asesinar al cónsul francés. Los soldados, sin embargo, no ponían en duda que se dirigían al Africa ó á la Siria; de manera que en los teatrillos que habían improvisado en el entrepuente de algunos buques, el argumento de las obras que se ponían en escena era casi siempre «una hermosa esclava, á quien un pachá tiranizaba en su serrallo y á la cual, después de diversas peripecias, lograba libertar un guapo voluntario de la República una é indivisible, casándose con ella.»

El mismo día en que Bonaparte llegó á Tolón, había zarpado de Gibraltar una escuadra inglesa en observación, mandada por Nelson, y si bien una terrible tempestad que la sorprendió en el golfo de León detuvo su marcha, este retraso le permitió recibir los grandes refuerzos que se le mandaban desde Cádiz; pero ignorando la ruta de los Franceses, Nelson se dirigió á buscarles á Nápoles, y no llegó á Malta hasta el 22 de Junio, ó sea hasta el

día siguiente de la llegada de los Franceses. En esta marcha había estado á pocas leguas de la flota de Brueys, y suponiendo por fin que los Franceses se dirigían á Egipto, se hizo á la vela con toda rapidez para Alejandría, en donde tampoco los encontró, renovándose sus dudas y dejando aquel mismo día el puerto, cuya entrada le habían negado los musulmanes, que desconfiaban por igual de todos los cristianos.



Mapa del bajo Egipto.

Al llegar las naves francesas á la vista de la costa de Egipto, se oyó hacia su derecha un cañonazo: era una señal de la escuadra de Nelson. En este momento se encontraban las dos escuadras á una distancia de cinco leguas, y si Nelson se hubiese inclinado un poco á la izquierda, se hubieran encontrado; pero una espesa niebla, muy rara por cierto en el Mediterráneo en esta época del año, ocultó al enemigo la escuadra francesa. Si al principio de la expedición no se hubiese visto obligada á detenerse en el cabo Corso, para unirse con la división que venía de Civita-Vecchia,

se hubieran encontrado probablemente las dos escuadras en el cabo Aras, á treinta leguas, hacia el oeste, de Alejandría.

Los soldados franceses consideraron como una dicha este suceso verdaderamente inesperado; sin embargo, existen dudas sobre si hubiera sido mejor que Nelson les hubiera atacado entonces, pues los marinos de la República, que no eran bastante prácticos para sostener por sí solos un combate contra la escuadra inglesa, hubieran podido ser ayudados en gran manera, durante la travesía, por los soldados de Italia, ensayando un combate al abordaje y obtener una victoria marítima análoga á la que alcanzaron los Romanos al mando de Duilio sobre los Cartagineses. Esta opinión es la de un marino de grande autoridad, el almirante Carlos Jurien de la Gravière.

Bonaparte se había preparado, además, para esta eventualidad. No temía este encuentro, y en sus *Memorias* da las razones de su confianza:

«La escuadra francesa, dice, aprochándose del gran número de buques ligeros con que contaba, se esparció muy á lo lejos, de manera que el convoy quedase con seguridad y pudiese, tan pronto como se hubiese visto al enemigo, tomar la posición más conveniente para permanecer alejado del combate. Todos los navíos franceses tenían á bordo quinientos soldados veteranos, entre los cuales había una compañía de artillería terrestre, que hacía ya un mes desde que se habían embarcado, que á lo menos dos veces al día hacían ejercicio de cañón. Había, además, en cada navío generales veteranos que estaban acostumbrados á toda clase de guerra. La hipótesis de un encuentro con los Ingleses se discutía con frecuencia, teniendo orden los capitanes de los buques de que al llegar este caso estuviesen dispuestos al combate, apoyándose mutuamente.» En aquellas circunstancias una idea debía dominar á las demás: la misión de cada buque, consistente en aproximarse á otro enemigo y lanzarse al abordaje. Las grandes maniobras tácticas debían reemplazarse aquí por una serie de combates particulares, en que se debía luchar como en tierra firme.

En 30 de Junio de 1798 la escuadra francesa «vió por fin destacarse en el horizonte, por encima de las olas, una playa baja y desierta, y más allá una vasta llanura de arena.» Era Egipto.

Estaba este país en poder de los Mamelucos, que habían sustituído á los sultanes ayoubitas en tiempo de la cruzada de san Luis (1254) y que, sometidos por los Turcos en 1517, se habían declarado independientes de hecho de la Sublime Puerta. Esta singular milicia estaba compuesta, como su nombre indica, de esclavos procedentes de todos los países, pero principalmente de raza ariana.

Había entre ellos Rusos y Alemanes, cogidos en la guerra; pero los más estimados eran los procedentes del Cáucaso, Circasianos y Georgianos, que los mercaderes turcos llevaban á Egipto, escogiéndolos desde la edad de seis á diez y seis ó diez y siete años, y educándoles hasta que, al dar muestras de su valor y de su destreza, eran elevados al rango de Mamelucos, pudiendo entonces aspirar á los cargos más elevados. Verdaderamente es un fenómeno muy singular el ver que los pueblos musulmanes, como si tuviesen conciencia de su inferioridad, encargan la guerra y el gobierno á hombres de distinta raza de la suya. Los jenízaros y los icoglans se reclutaban, como los Mamelucos, entre niños arios arrebatados á sus familias.

Los Mamelucos se habían superpuesto, en cierto modo, á los demás pueblos que sucesivamente habían ocupado el país. Inmediatamente después de ellos estaban los Turcos, después los Arabes, y por fin, la masa de la población, compuesta de coftos y *fellahs*, constituído este último grupo por la primitiva capa de población de Egipto, y los elementos griegos y romanos, constituyendo en su conjunto los descendientes de los antiguos Egipcios. Los Turcos habían sido tan mal tratados por los Mamelucos, á pesar de la autoridad del pachá, que la mayoría habían emigrado, quedando apenas unos 200.000 en todo el Egipto; de todo lo cual puede colegirse cuál debía ser la situación de los indígenas.

A fines del siglo XVIII, los dos beyes más poderosos que dominaban á los demás beyes mamelucos, y por consiguiente todo el país, eran Ibrahim y Mourad. Ibrahim y Mourad se habían hecho primeramente una guerra encarnizada, durante algunos años; pero después, sin dejar de odiarse, creyeron más prudente unirse, en 1786, para luchar contra los beyes Hassan é Ismael, que había nombrado la Puerta, y una vez vencedores de sus enemigos y

dueños en común de Egipto, no habían guardado ninguna clase de miramientos para con el sultán. Por lo que respecta al modo de tratar á sus súbditos, nada tenían que envidiar á sus antecesores en cuanto á rapacidad y crueldad. En 1793, acapararon los granos del país, dando lugar á que se produjese un hambre terrible, y dejaron perecer de miseria un gran número de *fellahs* (campesinos), mientras que sus graneros rebosaban de trigo. No dejaban de reunir ciertas cualidades de mando estos dos caudillos; completándose las de ambos y sosteniéndose mutuamente. Mourad tenía valor, audacia,



Larrey (1774-1819). (De un grabado de la época.)

impetuosidad, un carácter noble y generoso y siempre expansivo. Ibrahim era, en cambio, astuto, prudente, conciliador y hábil, y conocía mejor las interioridades del gobierno. Ambos á la vez eran vengativos, crueles y avaros; pero Ibrahim sólo acaparaba dinero, valiéndose de medios bajos y con el único fin de atesorar; Mourad, en cambio, por la violencia y con el deseo de crearse partidarios, y de satisfacer su pasión desordenada por el lujo y los placeres.

A pesar de lo distinto de su carácter, su ignorancia y su vanidad corrían parejas. Al tener noticia de la toma de Malta, Carlos Rosetti, cónsul de Austria, se presentó á Mourad y le manifestó la necesidad que tenía de prepararse para rechazar una invasión probable de los Franceses. Con gran admiración suya, refiere Clot-bey, tal consejo fué recibido con una carcajada. «¿Qué hemos de temer de esa gente, sobre todo si son como los *cafedjis* (cafeteros) que hay por aquí? Aun cuando desembarcasen 100.000 de ellos,

me bastaría mandar á su encuentro á los cadetes mamelucos, y les cortarían la cabeza con el borde de sus estribos.» M. Rossetti se esforzó en hacerle comprender que los vencedores de Italia eran muy distintos de los pobres mercaderes extranjeros que él había visto en el Cairo ó en Alejandría. Mourad no se dejó convencer, y sólo, por consideración á M. Rossetti, mandó dos quintales de pólvora á Alejandría.

Pocos días después, al saber que los Franceses habían desembarcado, mandó llamar á M. Rossetti, y en tono irritado le participó que aquellos impertinentes Franceses habían desembarcado en Egipto y que era necesario que les escribiera, de su parte, que se marchasen cuanto antes. «Pero, hizo observar el cónsul, ellos no han venido aquí para marcharse á la primera indicación.—Pues bien, ¿qué quieren esos infieles, esos muertos de hambre? ¡Mandadles unos millares de *pataques* (moneda del país) y que se larguen! — Con esto no pagaríais el flete del más pequeño de los navíos que les han transportado. Es preciso que os preparéis á la defensa.» No era posible hacerse más ilusiones; pues los Franceses no sólo habían desembarcado, sino que habían empezado la conquista.

Bonaparte, al llegar frente á Alejandría á la puesta del sol, y prevenido de la llegada de Nelson por el cónsul Magallon, que se había unido á la escuadra en un bote, determinó desembarcar inmediatamente. En vano Brueys le manifestó «la dificultad de afectuar semejante operación durante la noche, con un mar picado que engrosaba á cada momento, y en una costa bordeada de arrecifes, que hacían imposible aproximar á ella los buques, teniendo que ir á buscar la tierra en barcas á una distancia de cerca de dos leguas. «Almirante, repuso el general, no tenemos tiempo que perder; si la fortuna pone á mi disposición tres días, quiero aprovecharlos.» El tono con que pronunció estas palabras no daba lugar á la menor réplica. Dióse, pues, la señal del desembarco general.» (*Memorias del general* COLBERT.)

Leyóse á los soldados un edicto, dividido en doce artículos, en el que se tomaban las medidas más precisas y más severas contra el desorden, el robo y las malversaciones, limitando la exacción de tributos á lo más estrictamente necesario, y haciendo responsable

pecuniariamente á cada división de las exacciones ilegales que cometiesen en el país. Este edicto es un ejemplo verdaderamente notable de las condiciones en que debía hacerse la guerra entre naciones civilizadas, y es digno de tanta mayor atención, cuanto que entonces se iba á combatir en un país en que el derecho del más fuerte no tenía más limitación que el capricho, y en donde no solamente se robaba, sino que se mataba por puro placer.

Bonaparte sabía perfectamente la utilidad de dirigirse á la inteligencia de sus soldados, y de excitar sus generosos sentimientos; así es que este edicto, de carácter puramente penal, iba acompañado de la siguiente proclama:

A bordo de *El Oriente*, 12 de Messidor del año VI (30 de Junio de 1789).

Bonaparte, miembro del Instituto nacional, general en jefe del ejército de Egipto

Soldados:

Vais á emprender una conquista, cuyos efectos sobre la civilización y las relaciones del mundo entero son incalculables. Vais á dar á Inglaterra el golpe más seguro y más sensible, mientras esperáis darle el golpe de muerte.

Tendremos que hacer jornadas fatigosas, librar muchos combates, pero triunfaremos en todas nuestras empresas; el destino nos ayuda. Los beyes mamelucos que protegen exclusivamente el comercio inglés, que han atropellado á nuestros comerciantes y que tiranizan á los desdichados habitantes del Nilo, de aquí á pocos días no existirán.

Los pueblos con quienes vamos á vivir son mahometanos; su primer artículo de fe es este: «No hay más Dios que un Dios, y Mahoma es su profeta.» No hay que contradecirles; portaos con ellos como lo habéis hecho con los Judíos y los Italianos. Respetad á los Muftis y á sus Ulemas como habéis respetado á los Rabinos y á los Obispos. Guardad para las ceremonias que prescribe el Korán y para las mezquitas la misma tolerancia que habéis guardado en los conventos y las Sinagogas, con la religión de Moisés y con la de Jesucristo.

Las legiones romanas respetaban todas las religiones. Hallaréis aquí usos distintos de los de Europa; es preciso que os acostumbréis á ellos. Los pueblos que vamos á encontrar tratan á las mujeres de distintas maneras que nosotros, pero en todo país el que las fuerza es un monstruo.

El pillaje enriquece solamente á un corto número de hombres; nos deshonra, destruye nuestros recursos, y nos hace enemigos de los pueblos cuya amistad nos es tan necesaria.

«La primera ciudad que vamos á encontrar fué construída por Alejandro; en ella hallaremos á cada paso grandes recuerdos, dignos de excitar la emulación de los Franceses.»

Hemos de hacer notar aquí, una vez más, el especial cuidado de Bonaparte en realzar el espíritu de sus soldados, recordándoles los grandes nombres y los grandes ejemplos de la historia, y particularmente de la historia de las grandes repúblicas antiguas, en donde entonces, tanto la política como el arte de la guerra, iban á buscar sus modelos. El eco de sus palabras, aunque vagamente comprendidas, repercutía en el corazón de los que las escuchaban. Unicamente después de las terribles vicisitudes de la campaña de Rusia, Pelleport, uno de ellos, antiguo oficial del ejército de Egipto, se atrevió á decir: «Prescindiendo de toda idea de amor propio, me parece que en esta ocasión hemos dejado muy atrás á los Romanos, de quien tanto nos habla el Emperador en Italia y en Egipto.»

Mientras tanto, el desembarco del ejército se iba haciendo pensamente, pero sin pérdida alguna. «Es imposible, — dice Eugenio de Beauharnais,— olvidar aquella noche, en que presté el servicio de ayudante de una manera completamente nueva para mí, yendo y viniendo en un pequeño barquichuelo, llevando órdenes á los buques, con el riesgo de irme á pique ó de ser aplastado entre los grandes navíos.»

El general Menou fué el primero que desembarcó. El general en jefe dejó *El Oriente* á las nueve de la noche, entró en un bote y llegó á la costa hacia media noche, durmiendo algunas horas sobre la arena de la playa envuelto en su capa. A las tres de la mañana mandó tocar diana y pasó revista á la parte del ejército que había desembarcado.

«La luna,— dice sobre la campaña de Egipto en las *Memorias* que dictó en Santa Elena, — brillaba en todo su esplendor, viéndose como en pleno día el blanquecino suelo de la ardiente Africa. Después de una larga y penosa travesía nos encontrábamos en las playas del antiguo Egipto, habitado por pueblos orientales, cuyas costumbres y religión eran tan distintas de las nuestras. Obligados por las circunstancias, debíamos atacar y tomar una plaza defendida

por un pueblo fanático y bien armado, con un puñado de hombres, sin caballería y sin artillería.»

El gobernador de Alejandría, Koraim, que se vanagloriaba de ser descendiente del Profeta, creia que los Franceses desembarcarían en Abukir; sorprendido con la noticia de su imprevista llegada, envió algunos mamelucos á practicar un reconocimiento, los cuales molestaron á nuestra vanguardia, nos cogieron algunos prisioneros y mataron á otros, entre ellos un capitán, cuya cabeza llevaron en triunfo á la ciudad.

A las seis de la mañana pudo distinguir Bonaparte la columna de Pompeyo, después la almenada muralla de los árabes, y sucesivamente los minaretes de la ciudad y los mástiles de una carabela turca anclada en el puerto. A las ocho de la mañana, y al llegar á un tiro de cañón de la ciudad, subióse al pedestal de la columna de Pompeyo para examinarla: desde allí vió que las murallas eran elevadas y de gran espesor, siendo necesario lo menos un día entero para abrir brecha en ellas; pero estaban arruinadas en diferentes puntos, que habían sido reparados apresuradamente. Coronábanlas numerosos grupos de gente del pueblo, que parecía hallarse en grande agitación, entre los que se destacaban gran número de hombres á caballo, infantes armados con fusiles y lanzas, y hasta mujeres y niños y ancianos.

Sin esperar á que terminase el desembarque, y después de encargar á Desaix y Regnier que vigilasen la playa y organizaran las tropas á medida que iban llegando, Bonaparte formó con los soldados que tenía disponibles, tres columnas: Menou mandaba el ala izquierda, Kléber el centro y Bon la derecha; avanzaron las tres, bordeando la laguna situada entre el mar y el lago Menzaleh (Mareotis). No habían desembarcado aún los caballos, y hasta los generales iban á pie: Caffarelli, á pesar de su pierna de madera, se hallaba al lado del general en jefe, pues tratábase de tomaruna, plaza fuerte, lo cual constituía su principal misión. La resistencia no fué larga, pero sí obstinada, estando á punto de perecer dos generales de división: Menou, que, herido varias veces, fué arrojado desde lo más alto de una brecha, y Kléber, herido gravemente de un balazo en la cabeza al indicar á sus soldados el punto por

donde debían escalar una muralla. «La columna del general Bon, —refiere el general Colbert,—había salvado rápidamente la muralla, corriéndose hacia la puerta de Rosetta, que Marmont mandó destruir á hachazos, y por la cual las demás tropas, arrastradas por su ejemplo, penetraron en seguida en la ciudad. Los musulmanes, atrincherados en sus casas, habían recobrado su valor y reanudaban la lucha.»



Marcha al través del desierto. Según dibujo de Géricault)

El general en jefe se había sentado en una eminencia próxima á la columna de Pompeyo, de espaldas á la ciudad, mientras que con una pasividad afectada que le era peculiar en las circunstancias críticas y decisivas, golpeaba el suelo con su látigo, haciendo saltar las piedrecillas que cubren en parte los montículos que circuyen á Alejandría. «Rodeábale su Estado Mayor, guardando profundo silencio. Llega de pronto un oficial, por la izquierda, y le dice: — General, el fuerte del Triángulo acaba de capitular.—Pronto otro oficial le participa que el ala derecha se ha apoderado de las primeras casas y que el enemigo disputa el terreno palmo á palmo. Bonaparte permaneció

callado. Preséntase un tercer oficial, diciendo:— El general Murat me encarga que os diga que ha llegado ya á la plaza, y que el enemigo se retira hacia el Faro. — Que me manden los cheiques con las llaves de la ciudad, — respondió entonces el general en jefe, poniéndose en pie y bajando de la colina. Al entrar en Alejandría, continuaba aún la lucha; al doblar una calle, una bala le rozó la pierna, y al penetrar en la casa de donde había partido el tiro, encontróse en ella un turco con seis fusiles, que hacía cargar por su mujer y sus hijos.

»Koraim, que se había retirado al Faro con los más decididos, consintió por fin en capitular, presentándose, en efecto, al frente de los principales de la ciudad y de los individuos que estaban encargados de su gobierno, á prestar juramento de fidelidad al vencedor. Bonaparte, dirigiéndose al jefe, le dijo: — Os he cogido con las armas en la mano y os podría retener prisionero; pero me habéis probado que sois valiente, y como yo considero que esta cualidad es inseparable del honor, os devuelvo vuestras armas, creyendo que seréis tan fiel á la República francesa como lo habéis sido hasta ahora á tan mal gobierno.» Denou, testigo ocular, dice: «Observé en la fisonomía de este hombre astuto cierta vacilación y disimulo sin dejarse convencer por la lealtad del general en jefe; dudaba todavía de si todo lo que le había pasado no sería más que una pasajera aventura, pero cuando vió nuestros 30.000 hombres, con la caballería y artillería, se apresuró á congraciarse con Bonaparte.»

Dueño éste de Alejandría y asegurada así su base de operaciones, dirigió, en 1.° de Julio, una proclama á los habitantes del país. Anteriormente había escrito ya al pachá de Egipto, recordándole que Francia, única nación aliada del Sultán en Europa, llegaba, no como amiga suya, ó del Islám, sino para castigar á los beyes, que habían usurpado los derechos de su señor. En esta proclama empleaba con rara facilidad el estilo oriental y se dirigía á los musulmanes en el lenguaje que éstos podían comprender.

Cuartel general de Alejandría, 14 de Messidor del año VI (2 de Julio de 1798) 18 del mes de Moharrem, año de la hégira 1213.

Bonaparte, miembro del Instituto nacional, general en jefe

PROCLAMA

Mucho tiempo há que los beyes que gobiernan Egipto injurian á la nación francesa y colman de insultos á sus comerciantes. Ha sonado la hora de su castigo. Mucho tiempo há que estos rebaños de esclavos, comprados en el Cáucaso y en la Georgia, tiranizan la región más hermosa del mundo; pero Dios, de quien todo depende, ha dispuesto que termine su imperio.

Pueblo de Egipto: se dirá que vengo á destruir vuestra religión; no lo creáis. Responded que vengo á devolveros vuestros derechos, á castigar á los usurpadores y que respeto más que los Mamelucos á Dios, á su Profeta y al Korán. Decidles que todos los hombres son iguales ante Dios, y que sólo la sabiduría, el talento y las virtudes les distinguen. Así, pues, ¿cuáles son la sabiduría, las virtudes y el talento que distinguen á los Mamelucos para que ellos solos posean todo aquello que hace la vida llevadera y agradable?

Hay un trozo de hermosa tierra, pertenece á los Mamelucos; hermosas esclavas, briosos corceles, grandes edificios, todo es de los Mamelucos. Si Egipto es propiedad suya, presenten la escritura que Dios les ha firmado; pero Dios es justo y misericordioso para el pueblo; todos los Egipcios serán llamados á ocupar todos los puestos, y los más sabios, los más instruídos y los más virtuosos gobernarán, y el pueblo será feliz.

Antes había en este país grandes ciudades, numerosos canales y un gran comercio. ¿Quién ha destruído todo esto sino la injusticia, la avaricia y la tiranía de los Mamelucos? Kadíes, cheikes, imanes, khorbadjies, decid al pueblo que somos amigos de los verdaderos Musulmanes. ¿No somos nosotros acaso los que hemos destruído el poder del Papa que predicaba la necesidad de hacer la guerra á los musulmanes? ¿No somos, por ventura, los que hemos dado cuenta de los caballeros de Malta, insensatos, que creían que Dios mandaba hacer la guerra á los musulmanes? ¿No hemos sido nosotros, en toda época, los amigos del Gran Señor (que Dios proteja) y los enemigos de sus enemigos? Los Mamelucos, por el contrario, ¿no se han rebelado siempre contra la autoridad del Gran Señor que todavía menosprecian? Ellos no hacen más que su capricho.

¡Dichosos mil veces los que estarán á nuestro lado! mejorarán en fortuna y en posición. ¡Dichosos los que permanecerán neutrales! tendrán tiempo para conocernos y se unirán á nosotros. Pero desgraciados, mil veces desgraciados aquellos que se unan á los Mamelucos para combatir contra nosotros! Perecerán sin remedio.

Seguían una serie de artículos en los que se conminaba con el incendio, á las poblaciones que hiciesen armas contra los Franceses, pero conservando en sus cargos todas las autoridades del país: cheikes, cadíes é imanes; encargando se sellasen los bienes de los Mamelucos, y terminaba con estas palabras: «Todos los habitantes permanecerán en sus casas, y continuarán sus oraciones como de ordinario; todos agradecerán á Dios la destrucción de los Mamelucos y exclamarán: ¡Gloria al sultán, gloria á su aliado el ejército francés! ¡Caiga la maldición sobre los Mamelucos y la felicidad sobre Egipto!» No hay duda de que esta proclama era sumamente habil, pues tanto por los principios inmutables de la justicia como por la política, era preciso conservar y mostrar un verdadero respeto hacia la religión del profeta. Pero ¿para esto precisaba mostrarse enemigo del cristianismo? Bonaparte, al continuar más tarde en sus Memorias esta proclama, suprimió los textos relativos al Papa y á los caballeros de Malta.

Esta proclama produjo realmente, buena impresión en el país, pues nunca los Egipcios habían oído semejante lenguaje en boca de un conquistador. Al mismo tiempo Bonaparte mandaba á sus respectivos países á los 700 esclavos que había libertado en Malta; los había de Trípoli, de Argel, de Túnez, de Marruecos, de Damasco, de Siria, Smyrna y hasta de Constantinopla. Se les alimentó perfectamente, se les vistió y trató con distinción y se les entregó dinero para el viaje; así marcharon para pregonar por todo el Oriente el valor y la generosidad de Bonaparte y de los Franceses.

Pero si la forma con que éstos trataban á los musulmanes y la dirección de la guerra eran de tal suerte que sorprendían agradablemente á los Orientales, los soldados franceses, en cambio no experimentaban en Egipto más que decepciones. Volney, en su célebre *Viaje á Oriente,* publicado en 1783, que había sido leído con verdadero delirio por muchos oficiales del ejército, pinta al Egipto en pocas líneas, cuya verdad debía reconocerse muy pronto: «País llano, cortado por todas partes por canales, inundado durante tres meses, fangoso y verde durante otros tres, lleno de polvo y resquebrajado en lo restante del año; poblaciones de adobes y de ladrillo arruinadas; habitantes desnudos y morenos; algunos búfalos,

camellos, sicomoros y palmeras esparcidas acá y acullá; lagos, campos de cultivó y grandes extensiones completamente yermas. Arriba, un sol brillantísimo sobre el azulado cielo, casi siempre sin nubes, y vientos más ó menos fuertes pero perpétuos. Tal es el Egipto.»

Poco era esto para hacer olvidar á los soldados de la República las fatigas de una travesía tan larga.

La misma ciudad de Alejandría no les produjo otro efecto que el de una gran población mal construída y muy triste; todo lo que veían era para ellos desconocido, aquella multitud de objetos que se presentaban ante su vista en todas partes, no podía menos de desagradarles. Es verdad que la ciudad nueva estaba rodeada de vastos espacios, cubiertos de grandiosas y pintorescas ruinas, cuya contemplación arrancaba lágrimas á Volney; pero fácilmente se comprende que la mayoría de los soldados, menos filósofos que el viajero y cuya imaginación llenaban las ideas que despertaba el mágico nombre de Oriente, quedaron más contrariados por el espectáculo miserable que ante ellos se presentaba que entusiasmados por los recuerdos de la antigüedad.

Y en realidad, ¿era éste aquel Oriente cuyas maravillas tanto se ponderaban? ¿Era éste el país de las Mil y una Noches en donde debían encontrar por todas partes la abundancia y las riquezas? Este vasto y triste villorrio era una de las más grandes ciudades del país, y sin embargo las calles estaban completamente desiertas y no había con qué distraerse. ¡Si á lo menos se hubiese desplegado ante su vista una campiña pintoresca, esmaltada de hermosos pueblecillos, menos mal! «Pero ningún otro país, como dice Volney, presenta un aspecto más monótono: una llanura que se pierde de vista, y que presenta siempre un horizonte llano y uniforme; unas cuantas palmeras de raquíticos troncos y algunas cabañas de adobes que se levantan sobre las calzadas; nunca la riqueza y variedad de los paisajes de Europa.» Era difícil, pues, hacer sentir la poesía de estos nuevos paisajes á los soldados que acababan de recorrer las hermosas riberas de Génova y las fértiles llanuras de la Lombardía, y que comparaban estos montones de casas de barro, que apenas se distinguían del suelo en que se levantaban, con el pueblo en que habían nacido!

Bonaparte no dió, por su parte, á los soldados tiempo para entregarse á sus reflexiones, y las divisiones que no concurrieron al ataque de Alejandría se ponían en marcha á medida que iban desembarcando. Un oficial decía, por ejemplo, á sus soldados: «Amigos, vais á pernoctar en Beda; lo entendéis bien, en Beda! Nada más fácil. Marchemos.» Y marchaban.

El ejército francés, al salir de Alejandría, no contaba más que con unos treinta mil hombres, á causa de las guarniciones que había dejado en Malta y en Alejandría.

Bonaparte organizó una numerosa flotilla, en la que embarcó la artillería, las municiones, los bagajes y víveres necesarios, que debía remontar por el Nilo desde Rosetta hasta Ramanieh, en donde debía encontrar al ejército.

Dos caminos había para dirigirse á este punto, uno más largo, por la orilla del Mar y del Nilo, á través de los territorios en que había mayor número de populosas ciudades; y el otro, más corto, á través del desierto de Damanhur. Este fué el que escogió, tal vez equivocadamente, Bonaparte. La marcha á través de las abrasadoras arenas del desierto, bajo 45 y más grados de calor (era el mes de Julio) sin agua, y casi sin más víveres que la galleta que llevaban consigo, fué para los soldados una nueva y terrible prueba. El descontento produjo en ellos la tristeza y muy pronto la desesperación.

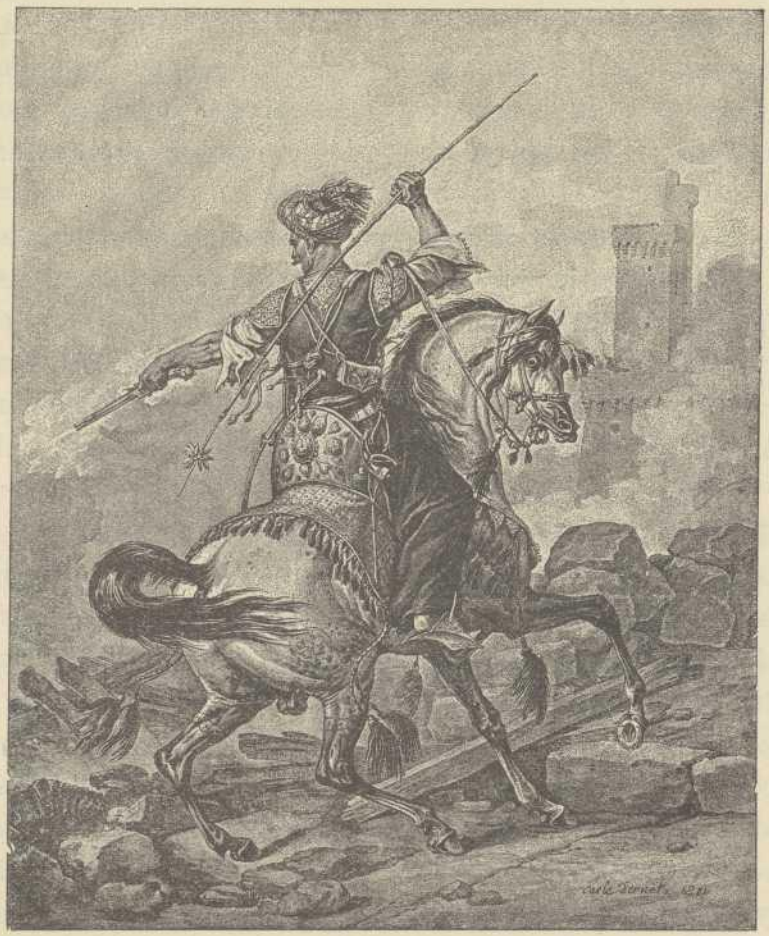
> Loin, loin toujours plus loin, la mer morte des sables
> S'étalait sans limite, et rien ne remuait
> Sur l'immobilité des flots infranchissables,
> Sous l'immobilité de l'air lour et muet (1). (RICHEPIN.)

El sufrimiento parecía hacerse eterno, y nada anunciaba en el lejano horizonte su término.

Por fin, cerca de El-Bedáh, creyeron descubrir á lo lejos una mancha de agua, un inmenso lago poblado de verdes islas. Ante este espectáculo los más abatidos recobran su valor y corren hacia el lago

(1) Lejos, siempre lejos, más lejos, el muerto mar de arena — Se extendía al infinito, todo estaba quieto — En la inmovilidad de las olas infranqueables, — En la inmovilidad del aire pesado y mudo. — RICHEPIN.

que parece huir delante de ellos y después se extingue. ¡Era el espejismo! Monge explica de una manera satisfactoria este fenómeno, pero no se hace comprender más que de los hombres ilustrados del ejército, y, por otra parte, no logra consolar á nadie, exasperando más



Mameluco en combate. (Según un cuadro de Carlos Vernet)

el sufrimiento esta rara decepción. Muy cruel era, en efecto, como dice el soldado de Balzac, «ver aguas de las cuales no se podía beber y sombras que nos hacían sudar.» Las tropas, que habían permanecido en los buques más de un mes, habían perdido la costumbre de la marcha, y si á esto se agrega el pesado y embarazoso equipo del soldado en aquella época, consistente «en gruesos capotes de paño, de hechura estrecha, cuyos cuellos altos embarazaban el movimiento de

la cabeza y del cuello, formando aquel raro adorno que se llamaba *cola;* unos enormes sombreros de fieltro negro, que absorbían el calor y no defendían sino de un modo imperfecto la cara y el pescuezo; unas mochilas mal cerradas, rellenas de galleta para cinco días, cuyo peso mal repartido cargaba sobre los riñones, y por fin largos correajes, que oprimían el pecho y dificultaban la respiración; á un lado una pesada cartuchera y al otro un sable, que á cada momento se enredaba entre las piernas, figurémonos este cuadro y podremos tener una idea de los sufrimientos que nuestros soldados tuvieron que soportar.» *(Memorias del general Colbert).*

Dejando á un lado las privaciones que sufría el ejército, el reflejo de un sol abrasador sobre las áridas arenas desarrolló en las tropas desde los primeros momentos gran número de oftalmías, más ó menos graves; enfermedad que ha sido desde tiempo inmemorial una de las afecciones más comunes de Egipto, existiendo en tiempo de los Faraones médicos especialistas, verdaderos oculistas, para curarlas. Larrey, con su siempre constante actividad, hacía esfuerzos sobrehumanos para aliviar á tantos desgraciados. Razón tenía Desaix en decir á Bonaparte: «Si el ejército no atraviesa el desierto con la rapidez del rayo, está perdido.»

Las columnas de vanguardia sufrieron menos; pero las que la seguían, que no encontraron en el fondo de las lagunas más que un líquido fangoso, lleno de sanguijuelas y de inmundos bicharracos, sufrieron extraordinariamente, librándose verdaderas batallas alrededor de cada charco, cuyas aguas eran tan fétidas que los caballos europeos, á pesar de la sed que les devoraba, se apartaban de ella con asco; y sin embargo, por una botella de esta agua, negra como la tinta, se pagaban hasta doce francos. Muchos soldados murieron de calor, de cansancio, de sed, de inanición, y algunos, para poner fin á estos sufrimientos intolerables, llegaron á suicidarse ante su propio general, diciéndole: «¡He aquí tu obra!»

Es imposible describir la alegría que se apoderaba de ellos, cuando lograban saciar su sed. «En Kairon, dice Vertray, encontramos una gran cisterna. ¡Qué sorpresa tan deliciosa, qué alegría se apoderó de nosotros! Habíamos encontrado por fin lo que veníamos buscando en vano desde Alejandría: agua buena y clara. Una compañía de

granaderos, formando círculo, montaba la guardia, á fin de evitar los desórdenes exteriores, prestándose el servicio de ir á buscar el agua con todos los utensilios que poseíamos, y en menos de media hora todos quedaron satisfechos. No se oían ya quejas por ninguna parte, no se veían semblantes moribundos: todos estaban alegres, apurando sonrientes sus vasijas; la animación y la alegría más viva se despertaba como por encanto entre los soldados, que reunidos en grupos entonaban canciones patrióticas. Los graciosos habían encontrado ya las frases á propósito para excitar la risa, y habíanse olvidado casi por completo los sufrimientos de la víspera. El campamento tomaba el aspecto agradable que presenta siempre que los soldados no sufren privaciones. El reparto del agua había producido en ellos más placer que una distribución de vino; tanto los oficiales como los soldados, no tenían otro alimento que la galleta mojada en agua, que todos devorábamos con un apetito verdaderamente feroz.»

Como se ve por esta relación, tan animada en medio de su misma sencillez, no tardó mucho tiempo en renacer el buen humor entre las tropas, y pronto no les quedó de tantos sufrimientos más que una sorda irritación contra el Directorio, que los había mandado á un país tan perro. «Nuestro general es demasiado bueno, decían, dejándose desterrar de esta manera.» También descargaban su mal humor, en un principio, sobre los individuos de la comisión científica. «Viendo, según refiere Napoleón, que en todas partes donde había algunas ruinas los sabios se detenían y practicaban excavaciones, supusieron que eran ellos los que para buscar antigüedades habían aconsejado la expedición.»

En vano Caffarelli, entusiasta como siempre por la ciencia, recorría las filas para animar á los soldados, haciéndoles ver los grandes resultados de la conquista. En alguna ocasión, al oir los soldados su apología, llegaron á murmurar, pero la vis cómica francesa se sobreponía pronto. «Pardiez, —le dijo cierto día un granadero, —vos no quedáis del todo burlado, mi general, pues tenéis siempre un pie en Francia!» Ya hemos dicho que le faltaba una pierna. Entonces, como en otros muchos casos, todo terminó en canciones, en las que vengándose de los elogios que se les habían hecho sobre el agua del Nilo, los soldados cantaban:

L'eau du Nil n'est pas du champagne;
Aussi pourquoi faire campagne
Dans un pays sans cabaret (1)?

El ejército, sin embargo, no llegó á desmandarse, y fueron muy contados los rezagados, porque los Arabes Beduinos, parecidos á los tiburones que siguen á los buques, acechaban sin cesar al ejército, buscando el momento oportuno para caer sobre su presa, y todo aquel que se apartaba caía prisionero y casi siempre era muerto y mutilado. Como decían muy bien los soldados, era esto una guardia de nueva especie que ejercía su cargo gratuitamente, y que no había podido ser mejor escogida. La audacia de estos Beduinos, confiados en la ligereza de sus caballos, era increíble.

Nunca fué tan peligroso el cargo de ayudante. Un joven oficial, llamado Desnanols, fué hecho prisionero á corta distancia del ejército. Tratóse de obtener su libertad mediante rescate. Se convino en la cantidad y se llevó al sitio designado; pero la vista del dinero excitó de tal modo la codicia de los Arabes, que se disponían á llegar á las manos con motivo de su reparto, cuando el cheik que los mandaba, para terminar la disputa, cogió su pistola, saltó la tapa de los sesos al prisionero y devolvió escrupulosamente la cantidad de su rescate. No corrían menos peligro los generales, que se distinguían por su uniforme. Muireur, uno de los más valientes del ejército, fué muerto á la vista de sus tropas, sin que se le pudiese socorrer ni vengar; Desaix estuvo á punto de experimentar la misma suerte, y el mismo Bonaparte sólo se salvó de un ataque de estos infatigables jinetes por un accidente del terreno que le ocultó á su vista, pues pasaron sin verle á pocos metros de distancia.

De todas maneras, se ha exagerado mucho, si no la intensidad, á lo menos la duración de los sufrimientos del ejército, la importancia de las pérdidas por ellos motivadas y el descorazonamiento que produjeron. «Estos sufrimientos y estas decepciones no abatieron más que por un momento, dice Palleport, aquel espíritu militar, ávido de fama, que habíamos demostrado en las proclamas de Bonaparte

(1) El agua del Nilo no es, por cierto, champagne; — así, pues, ¿por qué combatir — en un país en el que no hay tabernas?

y en los maravillosos triunfos de la campaña de Italia. Llenos de confianza en el genio y en la buena estrella del general, esperábamos salir con gloria de esta expedición.» Pero tras el ejército venía un gran número de aventureros, sin posición bien definida, que habían venido á Egipto atraídos por la esperanza de los placeres de Oriente, y por el deseo de hacer fortuna. Llamábaseles los *anfibios*. Se comprenderá perfectamente sus quejas y sus lamentos. Ellos eran los que escribían con más frecuencia, porque disponían del tiempo necesario para hacerlo, y sus relatos y las cartas verdaderamente desesperadas que escribieron en un principio los mismos soldados, fueron interceptadas por los ingleses, que se apresuraron á publicar una colección de ellas, con el natural propósito de presentar las cosas bajo el más desfavorable aspecto.»

En realidad, el estado sanitario no tardó mucho en ser tan bueno como era posible en una campaña que se realizaba en un país á cuyo clima no se estaba acostumbrado, siendo completamente falso cuanto se dijo respecto al hambre, pues teníamos arroz, aves, palomos, gallinas, etc., caza, abundantes frutas, legumbres de todas clases, lentejas, y aquellas famosas cebollas de Egipto que los Israelitas echaron de menos en el desierto; y la presencia de numerosos rebaños de búfalos, bueyes, carneros y cabras aseguraba á los soldados la provisión de carne. La única privación que realmente sufrían, era la del pan y del vino, resignándose difícilmente á prescindir de la sopa y del trago. El trigo y los cereales no faltaban, pero no había harina; pues los indígenas trituraban el grano entre dos piedras, y sólo en las grandes poblaciones se encontraban molinos movidos por bueyes, con cuyo procedimiento tan primitivo no era posible por cierto dar pan á todo un ejército.

No obstante el maravilloso efecto que produjo en Europa la noticia del buen éxito de la expedición, tardó mucho tiempo en disiparse la impresión desfavorable que extendieron por todas partes los Ingleses, que además estaban convencidos, en parte, de la verdad de los rumores que propalaban exagerándolos. Tanto es así, que después de la batalla de Abukir desembarcaron en las playas de Egipto todos los prisioneros, devolviéndolos al ejército francés para aumentar, según creían, sus necesidades; y hasta llegaron

á hacer prisioneros, contra el derecho de gentes, á las tripulaciones de cuarenta buques napolitanos, que habían servido de transportes, para dejarlos también en tierra. El mismo efecto nos produce también el juicio que sobre la expedición de Egipto formó un hombre tan perspicaz y perito como Dumouriez, y en verdad que muchas otras guerras, que tuvieron por teatro la misma Europa, habían impuesto y debían imponer á los soldados muchas mayores privaciones; y, por otra parte, la verdadera campaña iba á empezar, y la excitación del campo de batalla iba á devolver á las tropas toda su energía.

Cerca de Damanhur fué donde los Franceses combatieron por vez primera en forma regular. « Desaix, dice Napoleón, marchaba en columna cerrada, por división, con su artillería á vanguardia y á retaguardia, y con los bagajes en el centro, entre sus dos brigadas de infantería. En presencia del enemigo hizo tomar distancias de pelotón, y continuó su marcha sosteniendo continuas escaramuzas con la pintoresca caballería de los Mamelucos, que le iba custodiando y que por fin se decidió á cargar: de pronto Desaix dió la orden: «Por pelotones á derecha é izquierda... en batalla... fuego por ambos lados.» Difícil sería pintar el estupor y el disgusto que experimentaron los Mamelucos al observar el continente de esta infantería, y el espantoso fuego de cañón y de fusilería que les llevaba la muerte á lo lejos en todas direcciones. Algunos de aquellos valientes murieron en la punta de las mismas bayonetas, y el grueso de sus fuerzas se retiró más allá del alcance de los cañones. Desaix rompió entonces el cuadro y continuó su marcha, sin perder en este combate más que cuatro hombres (11 de Julio). Los que llegaron primero á Damanhur encontraron un mercado muy bien provisto, comenzando entonces á entrar en relaciones con los habitantes del país, cuya ignorancia acerca de la moneda francesa les ponía en condición de ser explotados. Cierto oficial, que había comprado un caballo en veinticinco piastras, quería pagar en oro, negándose el mercader á recibirlo, y pidiéndole en cambio únicamente dos botones de su casaca, que entregó el oficial, llevándose el caballo que se lo hubiera negado sin duda sin esta condición. Los Egipcios veían, con una alegría mezclada de admiración, que los soldados

franceses compraban las mercancías, en vez de tomarlas á la fuerza, como lo hacían casi siempre los Mamelucos y los jenízaros.

Tras un nuevo encuentro, (12 de Julio), el ejército llegó con indecible alegría á vistas del Nilo, en Ramanieh. Los soldados se bañaban en el río con verdadera delicia, metiéndose en él en un principio completamente vestidos; ya no temían morir de sed. El ejército de tierra ajustó entonces su marcha á la de la flotilla.

Sin embargo, las noticias que habían llegado de Alejandría habían promovido grande agitación en el Cairo. «Ibrahim,» dice Abder-Rahman Gabarli, en su *Diario,* «montó á caballo y se dirigió al palacio llamado Aini, á donde mandó llamar á Murad, que se encontraba en Djizeh, lo mismo que á los demás beyes, ulemas y cadíes, determinándose en este consejo participar á Constantinopla la llegada de los Franceses y que Murad tomase las disposiciones convenientes para combatirles. En consecuencia, Bekir-pachá mandó un Tártaro á Constantinopla *para llevar la Triaca del Irak* (estas palabras son un refrán tomado del *Gulistan* de Sadi, que corresponden al refrán español «al asno muerto la cebada al rabo).» Los preparativos de guerra duraron cinco días, que aprovecharon los soldados para saquear al pueblo.»

Así como al recibirse la noticia de la aproximación del ejército francés al Cairo, sus habitantes se dispusieron á huir, los Mamelucos, por el contrario, sabiendo que el ejército se componía exclusivamente de infantería, lanzaron grandes gritos de alegría y de entusiasmo, é hicieron iluminaciones en la ciudad: «ya llegan las sandías que hemos de cortar,» decían, y no había ningún mameluco que no se comprometiese á recoger cuando menos un centenar de cabezas. En efecto, lo mismo que para los caballeros de la Edad Media, para los Mamelucos, vestidos con sus brillantes trajes bordados de oro y plata, cabalgando en los mejores caballos del mundo, y armados con las mejores carabinas y pistolas traídas de Inglaterra, y con los mejores sables de Oriente, la infantería era una cosa despreciable; y aunque fueran cien mil los infantes, atacados durante su marcha en las llanuras de la orilla izquierda del Nilo, sin ninguna accidentación del terreno que les protegiera, quedarían completamente destruídos. Ibrahim, disgustado por la molestia de haber alterado su

perezosa vida, acusaba á Murad por haber atraído esta invasión sobre Egipto, por sus violencias contra los Europeos. «Bueno, dijo Murad, ya me encargo yo de ello.» Hizo pasar una parte de los Mamelucos á la izquierda del río, organizó una flotilla con unas grandes barcas llamadas *djermes*, para que se adelantase á la flotilla francesa, y estableció baterías en las dos orillas del Nilo.

En Khobrakit ó Chebreiss tuvo lugar el encuentro entre las dos flotillas y los dos ejércitos. El combate fluvial fué más vivo y empeñado que el terrestre, llegándose á disparar por ambas partes más de 1.500 cañonazos, distinguiéndose el jefe de división Perrée y el general Andréossy, y haciéndose dignos de admiración principalmente Monge y Berthollet. En lo más empeñado del combate, cuando algunas barcas habían sido tomadas al abordaje por los Turcos, que, ebrios de alegría, levantaban en sus lanzas las cabezas de los soldados que habían muerto, se vió á Berthollet recoger tranquilamente algunas piedras de las que había en el fondo de la barca y que servían de lastre, y llenar con ellas sus bolsillos. «¿Qué hacéis?» le preguntaron. — Si me matan, prefiero hundirme en el río para que esos bárbaros no mutilen mi cuerpo.» Monge, por su parte, había ejercido de artillero, llevando municiones y apuntando las piezas.

El combate que se libró al mismo tiempo en la orilla izquierda del Nilo, no fué más que un ensayo, y casi una preparación de la gran batalla que se dió más adelante, frente á las Pirámides; no dejando, sin embargo, de ser bastante importante, puesto que Bonaparte ensayó en él la táctica que debía emplear en todos los demás encuentros de esta guerra. Para luchar contra la admirable caballería de los Mamelucos, tan numerosa, tan aguerrida y tan impetuosa, vió que no había más medio que formar con las tropas grandes cuadros, en cuyos ángulos y centro se colocaba la artillería, formando una especie de fortalezas vivientes, cruzando sus fuegos y protegiéndose mutuamente; y en efecto, á pesar de la enorme desproporción de ambas fuerzas, todas las cargas del enemigo fracasaron ante los cuadros. Murad no volvía en sí de su asombro, y los beyes casi creían que el sultán francés era un hechicero, que tenía todos sus soldados atados con una larga cuerda blanca, y que, según

tiraba de un lado ó de otro, marchaban á la derecha ó á la izquierda, moviéndose como una sola pieza. Le llamaban *el padre del fuego*, para expresar la rapidez de los disparos de cañón, y de la fusilería de su infantería.

Sin embargo, el ejército de Italia, que constituía la mayor parte de la expedición de Egipto, carecía, según uno de sus jefes, Pelleport, de flexibilidad para las maniobras, y tanto los oficiales como los mismos generales, que acababan de hacer la guerra con gran brillantez, habían descuidado el estudio de la pequeña táctica. Así se encontraron embarazados para formar los cuadros tal como los había indicado Bonaparte, «siendo necesario coger uno por uno á los pelotones y á los batallones» para llevarles al sitio que debían ocupar en el plan general de la batalla; no obstante, si hubo vacilaciones, no fueron muy largas, como se vió en el encuentro siguiente.

Murad entró en el Cairo furioso y avergonzado, y, llevado de su ira, se propuso decapitar á todos los Franceses residentes en la plaza. Felizmente Rosetti tuvo bastante valor para disuadirle de esta idea: «¿Qué sacarás de tal asesinato? le dijo; ¿harás retroceder al ejército francés? Si eres vencido, no te dará cuartel, y si quedas vencedor, siempre serás dueño de mandarles cortar la cabeza después de la victoria.» Murad cedió ante estas razones, y se contentó con encerrar en la ciudadela á los comerciantes franceses.

Aun en ella, perseguidos por el furor popular, es muy probable que hubiesen perecido, si la mujer de Ibrahim, Zetti Zuleyka, no les hubiese tomado bajo su noble protección. Descendiente del Profeta, considerada por su extrema devoción y respetada por los grandes y por el pueblo, se impuso á todos, exigiendo á Murad y á su marido que le fuesen entregados los prisioneros, alojándolos en su propio palacio. En vano el populacho exaltado se los quiso reclamar. «Id á combatir á los invasores, respondió; los padres de familia que se alojan aquí, están bajo la protección del Señor.»

Murad pensó únicamente en reunir todas sus fuerzas para librar una batalla decisiva frente al Cairo y salvar la capital. De creer á Vertray, Ibrahim decía al pueblo para fanatizarle: «Los infieles que vienen á combatiros tienen un aspecto que hace temblar. Sus uñas miden un pie de largo, su boca es enorme y su mirada feroz; son

hombres salvajes y poseídos del demonio, que se baten encadenados unos con otros.» Antes de que los Franceses llegasen á Gizeh, Ibrahim mandó hacer gran provisión de palas y azadones, é invitó al diván del Cairo para que asistiese á la batalla del día siguiente; los esclavos estaban ya dispuestos, armados con las palas y los azadones que se habían recogido, para enterrar á los Franceses después de muertos sin exceptuar uno solo.

Ibrahim no salió del Cairo y dejó á Murad que combatiese solo contra los Franceses: esta inacción fué motivada, no sólo por su natural indolencia, sino también por su envidia y su oculto odio contra Murad, su antiguo enemigo. Si Murad salía vencido, Ibrahim se proponía acabar con él; si quedaba vencedor, habrían muerto gran número de sus compañeros, y podría entonces fácilmente dar buena cuenta de su poder, llegando á ser jefe único y conservando el mando con el apoyo de Inglaterra.

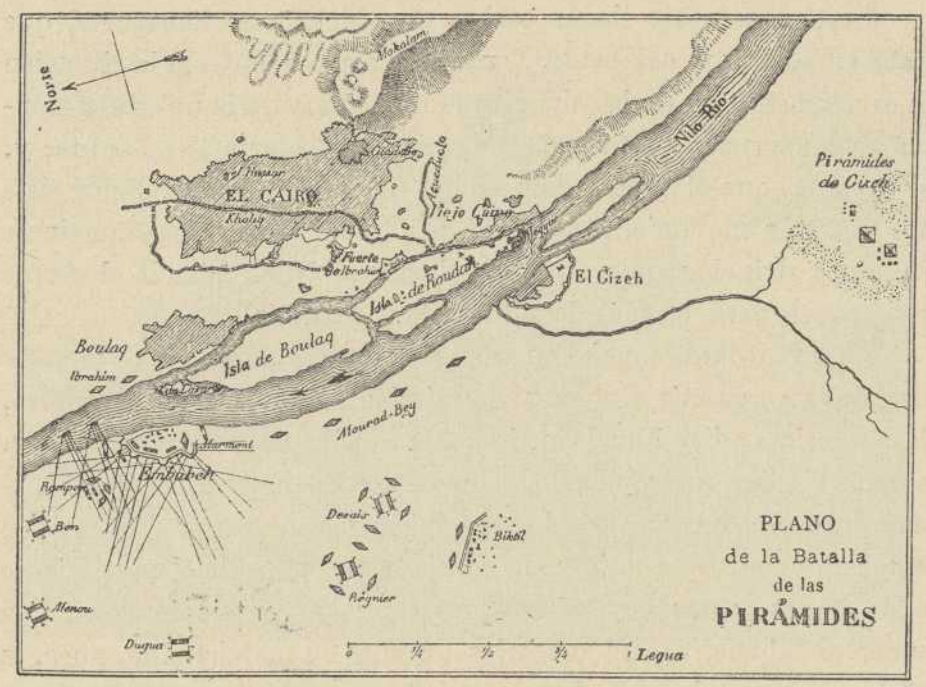
El ejército Francés continuaba adelantando hacia el Cairo, remontando á cierta distancia la orilla izquierda del Nilo. El calor era siempre sofocante y los soldados empezaron á murmurar, llegándose á notar graves síntomas de descontento en una división, que parecía dispuesto á no seguir adelante; Bonaparte detuvo su marcha, formó la división en cuadro, se colocó en su centro y, con su voz sonora y vibrante, que producía siempre nueva impresión aun en aquellos mismos que parecían estar habituados á oirla, les dijo: «El valor en el campo de batalla no basta para hacer un buen soldado; dícese que tengo la intención de recorrer el Asia y de llegar á la India. Para marchar sobre las huellas de Alejandro, sería necesario tener los soldados de Alejandro.» La división continuó su camino silenciosamente.

El 23 de Julio, el ejército se puso en marcha antes de salir el sol, y á la luz de la aurora apercibió los minaretes del Cairo, á la izquierda, á la derecha las puntas de las Pirámides: poco después se encontraba frente á frente del ejército de Murad.

He aquí su plan de batalla. Había colocado unos 20.000 *fellahs* y unos 4.000 jenízaros en Embabeh, población importante situada sobre el río y que había fortificado previamente. Este pueblo atrincherado formaba su derecha. Los Mamelucos, en número de 10.000,

se extendían en la llanura, desde Gizeh hasta las pirámides, y algunos millares de jinetes árabes, que no auxiliaban á los Mamelucos más que para robar y matar en caso de victoria, cubrían el espacio libre entre las Pirámides y los Mamelucos.

«Bonaparte estaba radiante de entusiasmo, y galopando frente á las filas de sus soldados, y señalándoles las Pirámides, les dijo: «¡Pensad, pensad que desde lo alto de estas Pirámides cuarenta siglos os



Plano de la batalla de las Pirámides

contemplan!» El ejército avanzó á paso rápido, divisando al acercarse los minaretes del Cairo y, por bajo de ellos, las armas relucientes de 10.000 jinetes, formando una inmensa línea de batalla. Bonaparte realizó en seguida su plan, dividiendo el ejército, como en Chebreiss, en cinco cuerpos. Las divisiones Desaix y Reynier formaban la derecha, hacia el desierto; la división Duguá el centro, y las de Menou y Bon la izquierda, á lo largo del Nilo. Cada cuerpo formaba un cuadro, cada cuadro contaba seis filas, y detrás de ellas estaban los granaderos, divididos en secciones, dispuestos á reforzar los puntos amenazados. La artillería, como en Chebreiss, se

colocó en los ángulos, los bagajes y los generales en el centro. Estos cuadros eran movibles: al ponerse en marcha, las filas se corrían sobre los flancos, y al ser atacados se detenían, para hacer frente por todas las caras. Cuando querían tomar una posición, se desprendían las primeras filas, formando columnas de ataque, mientras que las restantes continuaban detrás, formando siempre el cuadro, pero únicamente con tres hombres de frente, dispuestos á recibir las columnas de ataque.

»Avanzóse hasta llegar casi á tiro de cañón. Bonaparte, que estaba en el cuadro del centro, examinó con su anteojo la situación del campamento de Embabeh, viendo que su artillería no estaba montada en sus cureñas, por lo que no podría trasladarse á la llanura, y, por lo tanto, que el enemigo no saldría de sus trincheras. Sobre este dato basó sus movimientos, determinándose á separar los Mamelucos del campo atrincherado y arrojarlos hacia el Nilo, dejando el ataque de Embabeh para después de su derrota.» (THIERS).

Murad no tardó mucho en comprender este objetivo, pues aunque este jefe no tenía el menor conocimiento del arte de la guerra, «la naturaleza, dice Napoleón, le había dotado de un gran carácter, de valor á toda prueba y de un golpe de vista penetrante.» Con habilidad digna de un consumado general europeo, comprendió que el verdadero objetivo de la jornada consistía en impedir el movimiento de las tropas francesas y saber aprovechar la ventaja de poseer una numerosa caballería para atacarlas durante su marcha. Dió, pues, la señal, y se puso al frente de sus escuadrones.

Verdaderamente constituían una enorme masa aquellos 8.000 jinetes que golopaban en la llanura, y que se precipitaron como una tromba sobre los dos cuadros de la derecha (Desaix y Reynier). El de Desaix, cuyas maniobras se habían retardado algún tanto por haberse enredado en un bosque de palmeras, no se había concluído de formar cuando los Mamelucos le atacaron, terminando su movimiento á la vez que rechazaba ya las primeras acometidas. Se ha hablado siempre de la acometividad del ejército francés, pero también ha dado memorables ejemplos de sangre fría y de obstinación que pueden compararse con los más grandes de los ejércitos más ensalzados por estas solas cualidades.

«Nuestros soldados les dejaron acercarse hasta unos quince pasos, y en aquel momento dispararon los cuadros, encontrándose detenidos caballos y caballeros por una muralla de fuego. Las dos primeras filas de los Mamelucos cayeron, como si les hubiese faltado la tierra bajo sus pies, mientras que el resto de la columna, arrastrada en su impetuosa carrera, recorrió al galope toda la cara del cuadrado de Reynier, bajo un fuego á boca de jarro, y se arrojó sobre la división de Desaix, que á su vez presentó á estos osados



Batalla del Cairo, llamada de las Pirámides, librada el 3 de Thermidor del año VI (21 de Julio de 1798). (Dibujo de Swebach)

caballeros la punta de las bayonetas de su primera fila, mientras que las otras dos disparaban, y los ángulos, al abrirse, dejaban pasar una granizada de metralla. Los enemigos renovaron el ataque, y hubo un momento en que las dos divisiones se vieron completamente envueltas. Los Mamelucos llegaban á diez pasos de nuestras filas, y revolviendo sus caballos, que se asustaban á la vista de las bayonetas, les obligaban á avanzar, reculando les hacían encabritarse y se retiraban hacia atrás, mientras que los caballeros desmontados, andando á gatas, arrastrándose como las culebras, iban á cortar las piernas á nuestros soldados.

«Esta horrible pelea duró casi tres cuartos de hora. Los soldados

franceses no estaban acostumbrados á este sistema de combate, pero permanecieron impasibles en sus respectivas filas, dirigiendo sus fuegos con admirable sangre fría, hasta que, por fin, los encarnizados Mamelucos, los gritos humanos, los relinchos de los caballos, el fuego y el humo, todo se desvaneció, no quedando entre ambas divisiones más que un campo de batalla cuajado de muertos y de moribundos.

«Los otros tres cudros presenciaban impávidos, con el arma al brazo, esta lucha, esperando que llegase el momento de tomar parte en ella. Bonaparte no se proponía únicamente vencer á los Mamelucos, sino que queria destruirlos de un solo golpe. Dispersa y puesta en fuga la primera columna enemiga, llevó la confusión y el pavor al campo de Embabeh, de lo que apercibido Bonaparte dió la señal de ataque á los otros cuerpos, que llegados á ciertas distancias de las trincheras, la envolvieron en un cinturón de fuego.

«De pronto la línea árabe disparó á su vez, y Murad, al frente de la caballería que aún no había entrado en batalla y de los restos de la que ya había combatido, volvió á la carga contra las columnas de ataque, que inmediatamente y con una calma admirable formaron el cuadro, renovándose entonces un nuevo combate, más encarnizado y más sangriento todavía que el anterior. Murad, con los ojos encendidos y el rostro ensangrentado, haciendo el último esfuerzo, intentó romper aquellas ciudadelas vivientes, prolongándose la lucha una hora. Los cuadros avanzaban siempre, y los Mamelucos, diezmados, empezaban á vacilar. Bonaparte entonces ordenó una última maniobra, y todo concluyó; abriéronse los cuadros, se desplegaron y se reunieron como los anillos de una cadena, y entonces Murad y sus Mamelucos se encontraron entre sus propias trincheras y todas las fuerzas francesas.

«Murad comprendió que la batalla estaba perdida, y reuniendo el resto de sus jinetes, se lanzó al galope por entre esta doble línea de fuego, hacia la villa de Gizeh, desapareciendo en dirección del alto Egipto, después de haber incendiado las *djermes* que conducían sus riquezas y las de sus tropas. Las columnas de ataque prosiguieron su marcha, asaltaron rápidamente el campo atrincherado de Embabeh, apoderándose de él y arrojando al Nilo la multitud de *fellahs,* y de jenízaros que le defendían.» (A. Pascal).



Batalla de las Pirámides (21 de Julio de 1798). (Cuadro de Gros, Museo de Versalles)

Rodean á Bonaparte, Berthier, Desaix, Dugué, generales de división Murat Belliard, generales de brigada; Duroc, jefe del batallón de artillería Eugenio Beauharnais y Lavalette

Las derrota de los Mamelucos era completa, y aquellos que no habían quedado tendidos en el campo de batalla, ó no habían seguido á Murad en su fuga, fueron arrojados al Nilo con los *fellahs*. Eran éstos excelentes nadadores, y la mayoría de los que se libraron de las balas y de la metralla lograron ganar la orilla opuesta; pero los Mamelucos, embarazados por sus ricas vestiduras, se ahogaron en el río, y los soldados recogían los cadáveres que llegaban á su alcance, y después de despojarles les abandonaban de nuevo á la corriente.

Los Mamelucos habían honrado su derrota con su admirable valor. Abder-Rhaman refiere emocionado la muerte del joven Eyub-bey, viéndose en su relación el fanatismo religioso y militar que todavía animaba á los musulmanes; y así como los sentimientos y las ideas de los Franceses con quienes combatían, eran tan distintas de las de los compañeros de san Luis, ellos por su parte parecía que no habían cambiado en lo más mínimo desde el siglo XIII. Abder-Rhaman habla de la muerte de Eyub como hablaba Djemal-Eddin de la muerte de Fakr-Eddin y demás creyentes que sucumbieron, *mártires* á manos de los *infieles*. Gabarli, que afirma haberlo oído de su propia boca, dice que había tenido un sueño que le anunciaba la llegada de los Franceses y su muerte; así es que al acercarse éstos á Embabeh, se preparó á recibirla, hizo sus abluciones y su oración, y exclamó: «¡Entrego mi alma á Dios!» y montando á caballlo con sus Mamelucos, se lanzó á lo más fragoso de la pelea, diciendo: «¡Señor, por vos combato!» y cayó mártir. Ningún Egipcio se portó como él. Una *hurí* celeste se le apareció y le dijo: «Corre á la gloria, y sé de los primeros. Deja el mundo y vente con nosotras: nosotras solas somos la vida; marcha al combate empuñando el refulgente acero.» Lanzóse, pues, sobre las líneas enemigas con fogoso entusiasmo, y no cesó de combatir hasta que una estrella desprendida del cielo esparció una hermosa claridad sobre su cuerpo.»

Un solo combate había bastado para destruir el poder de los Mamelucos, y este gran triunfo sólo había costado á los Franceses un centenar de hombres muertos ó heridos.

En Europa, una escaramuza de guerrillas cuesta mucho más; y esto se explica, porque en los combates de infantería contra caba-

llería no hay término medio, siendo la infantería destrozada si se rompen los cuadros, mientras que si la infantería aguanta, sus pérdidas son insignificantes comparadas con las que causan á la caballería, que tiene que batirse en retirada después de sus inútiles cargas. Pero si la batalla de las Pirámides fué poco mortífera, se debió á las admirables condiciones militares de los Franceses; pues ha habido pocas batallas en que se haya tenido que desplegar más valor y más sangre fría. «Nunca había visto, dice Belliard, rechazar las acometidas con tanta energía... Hemos tenido suerte en mandar tropas tan aguerridas, y no hay duda que contra otros soldados hubieran tal vez tenido éxito; pero no hubo ni uno solo que no comprendiese que la salvación de todos dependía del valor de cada uno.» Y dispararon con tanta calma, que no perdieron ni un solo cartucho, debiendo recordar que era aquella época en que se usaba el fusil de chispa y la baqueta de hierro. La sangre fría en el tiro ha llegado, de día en día, con el perfeccionamiento de las armas modernas, á ser la cualidad más apreciable de la infantería, siendo la más difícil de adquirir. La táctica empleada con tanto éxito contra los Mamelucos había sido ya aplicada en pequeña escala por Saint-Georges, sucesor de Aché en el mando de las tropas de las Indias, que habían auxiliado al imán de Mascate contra los Arabes. Este hecho era sin duda ignorado por los oficiales del ejército de Egipto.

Napoleón, ya emperador, supo aprovechar en sus guerras de Europa las maniobras que como general había dirigido en Egipto, Oyendo alabar, al iniciarse la campaña de 1806, á la caballería prusiana, exclamó: «Bueno marcharemos sobre Berlín formando un cuadro de 200.000 hombres.» La admirable batalla de Auerstædt, en la que tres divisiones de infantería, apoyadas por algunos centenares de caballos, mantuvieron en jaque y llegaron á derrotar al ejército prusiano, que constaba de 56.000 hombres, de ellos 12.000 de caballería, fué, por decirlo así, el modelo más perfecto, ejecutado todavía en circunstancias muy difíciles, de esta clase de combates cuyo tipo había dado el de las Pirámides. Davout, que fué el vencedor, y los generales de división Gudin, Morand y Friant, que combatían á sus órdenes, eran todos antiguos oficiales del ejército de Egipto.

La noticia de la derrota de los Mamelucos sumió al Cairo en una consternación indescriptible. «Después de las Pirámides, dice Gabarli, los mismos beyes dieron la señal de la fuga.»

«Durante la noche, todo el mundo salía del Cairo: los unos marchaban llevando consigo sus familias, los otros solos, olvidando, en esta confusión, al padre, al hermano, á los amigos. No quedó en la ciudad más que aquellos que no pudieron salir por falta de medios para ello. Decíase que los Franceses incendiaban y pasaban á degüello todo cuanto encontraban á su paso. Veíanse las llanuras por el lado de Boulak y de Djizeh iluminadas por el incendio de los barcos que había hecho quemar Murad en el momento de su retirada; pero como no se sabía nada de cierto, este error aumentó la confusión, y los jenízaros, los cheiks y los cherifes se aprovecharon de la noche para ponerse en salvo. No se encontraban caballerías; un borrico cojo, un caballo aspeado costaba el triple de su valor común, y muchos Mamelucos tuvieron que marchar á pie, como los esclavos, llevando ellos mismos sus efectos más preciosos. Oíanse por todas partes, en la obscuridad de la noche, ayes y gemidos.»

Estos fugitivos debían ser víctimas, no de los Franceses, pero sí de los musulmanes; pues así que se hubieron puesto en marcha, se vieron asaltados y despojados por los Arabes. «Los dejaron completamente desnudos.» Y después de saqueados los mataron. «El que pudo escapar regresó al Cairo. No hay recuerdo de una noche más triste; refiérense detalles que la vista no podría soportar.»

Grande era el contraste que presentaban estos desgraciados con los Franceses, que permanecían formados á orillas del río. Verdaderamente es notable la manera como Gabarli, á pesar suyo, hace resaltar en su relación toda la superioridad de la civilización occidental. Preséntanos á los emisarios enviados para pedir cuartel, completamente tranquilizados ante la sonrisa del gran Francés: después á los cheiks que se presentaron al vencedor para adoptar de comun acuerdo las medidas necesarias para la tranquilidad pública. «¿Qué teméis?» les dijo Bonaparte, aludiendo á la proclama de Alejandría. «¿No está ya concedido lo que me pedís?»

El martes siguiente, los Franceses entraron en la ciudad y restablecieron el orden. Bonaparte se alojó en casa de Mohamed-el-Elfi,

en la plaza de Ezbekieh, casa de reciente construcción y muy bien amueblada. Los habitantes de la ciudad no volvían en sí, admirados de la moderación, de la franqueza, y de la amabilidad de aquellos Franceses, que, en una sola batalla, habían vencido á los Mamelucos. «La mayor parte del ejército, continúa el buen Gabarli, permanecía en la orilla occidental; habiendo entrado muy pocos soldados con el general en jefe, los cuales se paseaban sin armas por las calles, no molestaban á nadie, alternaban con el pueblo y pagaban á buen precio todo aquello que necesitaban; dando un *thaler* por un pollo y veinte *paras* por un huevo, según precio de su país; abriéronse en seguida las tiendas y se aprovecharon los buenos musulmanes.» Y aún puede agregarse que se aprovecharon demasiado: «Los panaderos hicieron el pan más pequeño y mezclaron tierra con la harina.» El ejército francés pasó por fin el río el día 24 de Julio, por la tarde Bonaparte hizo su entrada triunfal en la capital de Egipto.

«Todos querían contemplar al vencedor de los beyes, al caudillo de aquellos audaces extranjeros, cuyos hechos superaban á su fama; y acostumbrados á ver á sus antiguos dueños pasar ante ellos siempre sombríos y amenazadores, y en rápida carrera, la turba ha quedado como embobada al ver á Bonaparte y á los demás generales que se adelantaban lentamente hacia ella, y que le sonreían cariñosamente. Pero lo que sobre todo les extrañaba, lo que echaba por tierra todos los prejuicios que se había formado relativamente á los Franceses, era que aquellos hombres, para los que su imaginación se había forjado las vestiduras más espléndidas, las más brillantes armaduras, y los rostros más feroces, pudiesen ser tan valientes y vestir trajes tan mezquinos, realizar tan grandes hechos con armas tan sencillas, y batirse como leones, reflejándose tanta dulzura en su rostro.» (Ryme). Al día siguiente, Bonaparte mandó sellar las casas de los Mamelucos para contener el saqueo, y constituyó, como había hecho en Alejandría, un *divan* (asamblea), compuesta de los cheiks más venerados y de habitantes principales, debiéndose establecer así en todas las provincias, á medida que se iba realizando la ocupación por los Franceses. Los divanes provinciales debían enviar diputados al diván del Cairo, que vendría á constituir así una especie de *Diván nacional*.

Pero antes era preciso asegurar la conquista y la anulación de sus enemigos, pues el Delta había sido más bien recorrido que conquistado. Enviáronse, pues, tropas para asegurar nuestras comunicaciones con Alejandría y la costa. Desaix, en el Sur, quedó encargado de guardar la entrada del Alto Egipto y contener á Murad, ya que por entonces no podía pensarse en perseguirle, pues era necesario esperar el otoño, época en que las aguas del Nilo empiezan á disminuir.

Por de pronto, era necesario ocuparse de Ibrahim, que se había acantonado en Belbeis, en la orilla derecha del Nilo, á unas diez leguas del Cairo. Bonaparte se dirigió contra él el día 8 de Agosto, con 10.000 hombres. La vanguardia, mandada por Leclerc, fué asaltada por una nube de árabes y de *fellahs*, sublevados por Ibrahim contra los infieles, siendo la desproporción de los combatientes tanto más peligrosa, cuanto que los Franceses contaban con poca artillería; pero Leclerc tenía una jovialidad brusca y militar, que le hacía muy simpático á sus soldados, y se crecía ante el peligro. «Amigos míos, pollitos míos, les dijo: cuando hayáis tirado por este lado y hayáis hecho pam! pam! os colocaréis en el centro y volveréis á hacer: pam! pam! y después continuaréis disparando hasta el final. ¡Diablo! dirán ellos, ¿cuántos cañones tienen? Así nos creerán tres veces más fuertes de lo que somos.»

Deseando Leclerc, después del combate, enviar un destacamento al Cairo, quiso servirse de los camellos; pero los soldados, poco acostumbrados á esta clase de montura, vacilaban, tanto más, cuanto que la víspera uno de los camellos estuvo á punto de llevarse, de un bocado, el brazo de un comisario de guerra: así es que los soldados designados se excusaban respetuosamente, diciendo que el animal era muy malo y que mordía. «No, amigos míos, hijos míos, pollitos míos, les dijo el general: este animal no os morderá. ¿Ignoráis, acaso, que los camellos no muerden más que á los comisarios de guerra?» La causa estaba ganada. Ya se sabe que, con razón ó sin ella, los proveedores del ejército eran mal vistos por los soldados. Al día siguiente del combate de El-Kankah, los Franceses encontraron la carabana que todos los años volvía de la Meca, en éste bajo la dirección del emir Hadji (jefe de los peregrinos), en el

momento en que empezaban á saquearla los árabes; libráronla los escuadrones franceses, devolviendo á los peregrinos todo aquello que se pudo rescatar y dándoles una escolta para acompañarles hasta el Cairo.

Ibrahim no nos esperó en Belbeis y se dirigió hacia Siria, seguido de un largo convoy, en el que llevaba sus tesoros. Bonaparte le persiguió con toda su caballería, compuesta únicamente de 300 hombres, limitándose en un principio á presenciar el desfile de sus enemigos. Una parte de los árabes, que iban con Ibrahim formando



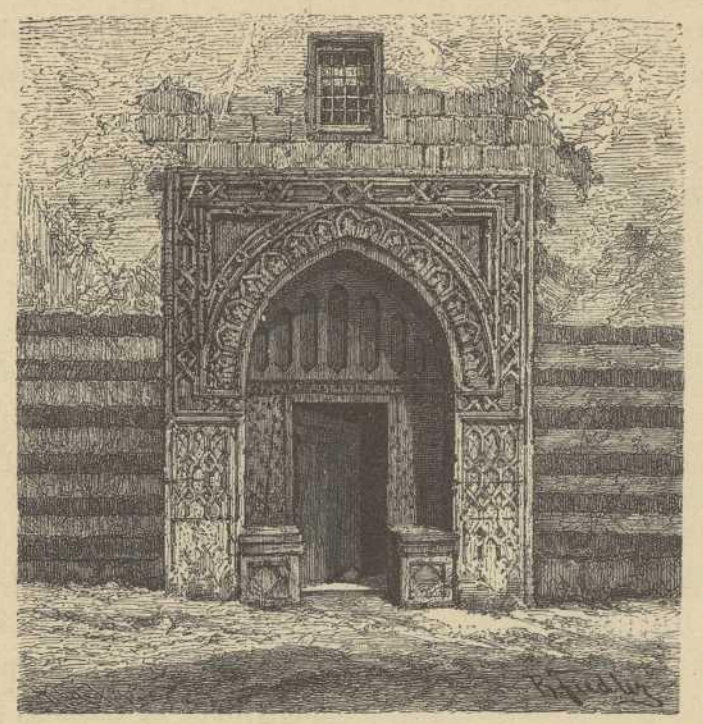
El almirante Brueys (1753-1798). (Según un retrato de la época)

la escolta de sus bagajes, vino á proponer á la caballería francesa que cargasen juntos y se repartirían el botín. A la caída de la tarde, llegaron cuatro compañías de la división Reynier, gracias á una marcha rapidísima, trayendo consigo un cañón, y Bonaparte ordenó el ataque.

Trabóse entonces uno de aquellos combates dignos de los antiguos paladines. Los escuadrones franceses, aunque muy inferiores en número, lucharon cuerpo á cuerpo con los Mamelucos. Los guías que componían la escolta del general en jefe, todos los generales, incluso Caffarelli y Murat, el mismo Bonaparte y todos sus ayudantes, tuvieron que desenvainar la espada. Sulkovski quedó herido de ocho sablazos y muchos balazos; Lasalle, á quien se le cayó el sable en medio de la carga, fué bastante listo para echar pie á tierra, recogerlo y volver á montar á caballo para defenderse; el comandante de Estrée quedó herido mortalmente. Por su parte, Ibrahim

combatió también personalmente y se dice que quedó herido; pero como su objeto no era otro que proteger la retirada, apresuró, pues, su marcha, atravesó el istmo de Suez y penetró en Asia.

Llegado Bonaparte á Salahied, que está en el límite extremo de Egipto, más allá del cual no se encuentra ya agua potable, ordenó levantar un fuerte y organizar un depósito de víveres, dejando allí



Puerta de una casa árabe

la división del general Reyner y encargando á éste el gobierno de la provincia de Charkieh, así como encomendó á Duguá la provincia de Mansourah. Ordenó también al general Bon que ocupase á Suez, para quitar á Ibrahim toda idea de volver á tomar la ofensiva y para vigilar también el camino de las Indias. No era inútil, realmente, esta precaución: poco después llegaron dos fragatas inglesas, procedentes del Indostán, para ocupar esta plaza, que encontraron ya defendida.

Bonaparte, mientras tanto, había regresado al Cairo. La conquista estaba terminada y sólo faltaba organizar el país. Veía ya sin

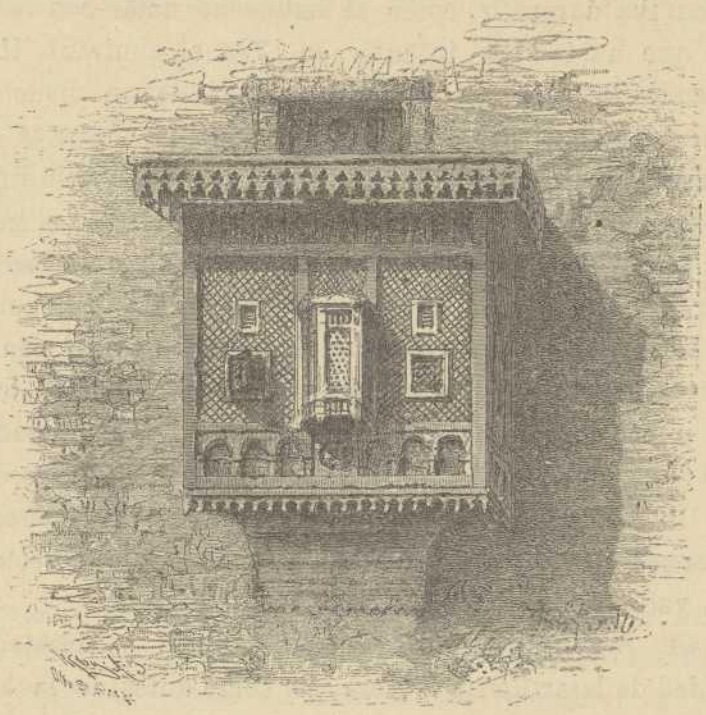
duda, el Egipto, regenerado por su genio en provecho de Francia, que volvía á ocupar su puesto en el mundo civilizado, cuando, á pocas leguas de Salahieh, salió á su encuentro un ayudante de Kléber, que había tardado once días en llegar de Alejandría, y que traía la terrible noticia de que la escuadra francesa había sido, no sólo derrotada, sino destruída, quedando el ejército bloqueado en el territorio conquistado y desbaratados todos sus proyectos.

Bonaparte, después del desembarco de sus tropas, había ordenado al almirante Brueys que anclase en el puerto de Alejandría y que, si la escuadra no cabía en él, descargase pronto toda la artillería y los efectos del ejército y volviese á Corfú, pero que no esperase á los Ingleses en la rada abierta de Abukir, á menos que tuviese la seguridad de ocupar una posición inexpugnable; recomendándole principalmente que adoptase toda clase de precauciones para obrar con entera libertad, según se presentaran las cosas, buscando un abrigo si las fuerzas de los Ingleses fuesen muy superiores á las suyas.

Brueys creyó que no había bastante fondo en el puerto de Alejandría para sus buques; marchar á Corfú era exponerse á encontrar á los Ingleses en alta mar, y por otra parte, el deseo que tenía de no alejarse del ejército, le indujo á considerar como formidable para una batalla la posición de Abukir, en donde su flota se extendía paralelamente á la costa, á gran distancia, es cierto, pero separada de ella por un banco de poco fondo y lleno de escollos, por donde él creía que era imposible pasar. Había enviado al capitán Barré á practicar sondajes en el espacio comprendido entre la costa y el escollo en que apoyaba la cabeza de su flota, y éste le manifestó que volando una roca que obstruía el centro del paso principal, la entrada sería fácil, pues que era hasta posible en su actual estado; pero el almirante no concedió á estas noticias toda la importancia que tenían y creyó que no podía aventurar sus buques, que calaban 22 pies, en un estrecho que en ciertos puntos sólo tenía 25 de profundidad.

El 19 de Julio se habían presentado dos navíos ingleses, que se retiraron rápidamente, después de haber reconocido, sin ser molestados, toda la línea. Brueys creyó entonces que sería atacado de un momento á otro, empezando á disminuir cada vez más la con-

fianza que le inspiraba su posición; pero angustiado é indeciso, no se atrevió á abandonar aquel sitio. Hasta el 1.° de Agosto, sin embargo, no apareció la escuadra de Nelson: venía con todas sus velas desplegadas; era ya la caída de la tarde, y á pesar de lo avanzado de la hora, Nelson se preparó para atacar, decidiéndose á penetrar entre la línea de la escuadra francesa y la costa por el famoso paso de que hemos hablado, colocando así entre dos fuegos la izquierda y el cen-



Ventanas del harém

tro de la escuadra enemiga y poniendo en movimiento todos sus buques, con ánimo de destrozarla antes de que tuviese tiempo de ser socorrida. Calculaba que la línea interior de la escuadra francesa, es decir, la que daba su cara á la orilla, debía estar mal preparada para un combate imprevisto, y tanto era así que una tercera parte de las tripulaciones habían bajado á tierra, cosa que Nelson ignoraba.

Toda la cuestión se reducía para él á saber si el paso entre el buque que terminaba la línea enemiga y el islote ó banco de arena próximo era practicable. Nelson resolvió la cuestión por un cálculo que le era peculiar: «En cualquier sitio donde un buque puede

maniobrar para librarse de un cambio de tiempo ó de mar, se puede echar el ancla.» Vió también, como dijo él mismo, que atacando á la vanguardia y al centro, á favor de la brisa que soplaba precisamente en dirección de la escuadra francesa, podría á su gusto concentrar su ataque sobre un pequeño número de buques franceses y combatir constantemente con fuerzas superiores. Así, pues, no vaciló en colocar una parte de su escuadra entre la costa y la línea de batalla.

Nelson iba á repetir, como se ha hecho notar con razón, una maniobra que había visto intentar en 1794 al almirante Hood contra la escuadra del almirante Martín, anclada de un modo parecido en el golfo Juan; pero entonces el cañoneo de las baterías de tierra hizo fracasar la intentona de los Ingleses para envolver la línea francesa. Verdad es que estas baterías estaban dirigidas por el general de artillería Bonaparte. Nelson fué más feliz, aunque hubiera podido pagar cara su temeridad, pues el contralmirante Villeneuve, que mandaba la derecha, podía haber acudido en socorro del centro amenazado, arrojar á Nelson sobre la playa, encerrarle entre dos fuegos cruzados y hacerle prisionero con la mitad de su escuadra; pero Villeneuve, no viendo aparecer la señal convenida y no atreviéndose á asumir la responsabilidad de este movimiento, permaneció inactivo y después marchó hacia el Oeste. Mostró así lo que debía ser más adelante, valiente, pero débil é irresoluto.

Privado Brueys del auxilio de Villeneuve, y aplastado por la superioridad de la artillería inglesa, así como antes de la batalla no había sabido demostrar el genio de un verdadero almirante, probó á lo menos en la pelea la cualidad de soldado valeroso; y á pesar de haber recibido tres heridas, no se le pudo decidir á que dejase su puesto, y herido mortalmente, por cuarta vez, se negó todavía á ser retirado, diciendo: «Un almirante debe morir en su puesto de honor.» *El Oriente* se encontró aislado y presa del incendio en medio de los buques enemigos, y cuando el fuego tocaba ya al pañol de la pólvora sus marineros lo abandonaron. El niño Casabianca, de diez años de edad, que había dado pruebas de un valor heroico desde el principio del combate, se negó á embarcarse en una chalupa para no separarse de su padre, abanderado del navío almirante, quien se hallaba gravemente herido de un balazo; logró atar entonces al

herido á un trozo de mástil, en el que se colocó él mismo con el intendente del buque; pero al volar el *Oriente*, la explosión sepultó en el abismo á los tres desdichados. Eran las once de la noche.

Esta catástrofe decidió la victoria en favor de los Ingleses; pues ya, sin contar el *Oriente*, habían tenido que arriar su bandera, ó se hallaban fuera de combate, cinco buques franceses; pero aun entonces, y los Ingleses lo han reconocido así, hubieran podido obtener los franceses la victoria si Villeneuve hubiese entrado en acción.

Nunca tal vez en toda la historia de las guerras marítimas se había dado ejemplo de parecida resistencia, viniendo la noche á aumentar el horror y la grandiosidad de esta lucha entre dos poderosos rivales.

Le soleil s'eclipsa dans l'air plein de bitume,
Ce jour entier passa dans le feu, dans le bruit;
Et lorsque la nuit vint, sous cette ardente brume,
On ne vit pas la nuit.

Nous étions enfermés comme dans un orage,
Des deux flottes au loin le canon s'y mêlait;
On tirait en aveugle, á travers le nuage;
Toute la mer brûlait (1).

La fragata *Formal*, á la que Alfredo de Vigny dedicó la oda de la que tomamos los versos anteriores, corrió pronto la misma suerte del *Oriente*. ¡Cosa verdaderamente increíble! A pesar de que la victoria se había decidido por los Ingleses, la resistencia se prolongó todavía quince horas después de la voladura del buque almirante, y hasta las dos de la tarde del día siguiente no arrió su bandera el buque *Franklin*, mandado por Blanquet-Duchayla, cuando ya no tenía más que tres cañones servibles, y habían quedado muertos ó heridos los dos tercios de su tripulación, recibiendo el mismo Blanquet-Duchayla dos heridas graves. Dupetit-

(1) «Oscurecióse el sol ante una atmósfera pesada,—todo el día se pasó entre el fuego y el tumulto,—y al llegar la noche, bajo esta caldeada niebla,—la noche no se vió.
Una fragorosa tempestad nos envolvía,—el tronar de los cañones se oía á lo lejos,—disparaban con rabia á través de las nubes,—ardía todo el mar.»

Thouars, jefe del *Tonante*, perdió las dos piernas de un balazo de cañón, á pesar de lo cual se negó á abandonar el puente del navío é hizo jurar á su tripulación que no arriaría la bandera mientras quedase un solo hombre para servir las piezas. Podemos decir, pues, con el poeta Méry:

...En cette nuit de deuil
La France put trouver même un sujet d'orgueil.
On sait que ses marins, d'une voix étouffée,
Saluaient leur cocarde aux chapeaux agrafée;
Et près de s'engloutir dans les brûlantes eaux,
Clouaient les trois couleurs aux mâts de leurs vaisseaux (1).

De los 13 navíos franceses que presentaron batalla á Nelson en la bahía de Abukir, 9 quedaron prisioneros y 2 fueron incendiados; y de las 4 fragatas, una se fué á pique y la otra incendiada, muriendo 5.225 marinos franceses y quedando prisioneros 3.500. Los Franceses de Alejandría, que habían acudido á las alturas vecinas, presenciaron impotentes este terrible desastre. Los Ingleses no perdieron más que 880 hombres, prueba de su superioridad marítima; pero las tripulaciones estaban fatigadas de tal manera, que después de muchas horas se veía á los artilleros caer dormidos sobre sus cañones, por poco que se suspendiesen las maniobras.

Nelson, que había perdido ya un brazo y un ojo en dos combates anteriores, estuvo á punto de sucumbir como Brueys, pues había recibido un casco de metralla en la cabeza. «Arrancada del cráneo, la piel de la frente le caía sobre el único ojo útil que le quedaba, sumiéndole en la más completa obscuridad,» y estaba convencido, como todos los que le rodeaban, de que su herida era mortal; pero se negó á admitir los cuidados de un cirujano, que para acudir más rápidamente en su auxilio había suspendido la cura de un marinero herido. «De ningún modo, exclamó el almirante, usurparé el turno á mis valientes compañeros.» Pronto se reconoció que la herida no tendría graves consecuencias, y entonces la

(1) «En esta luctuosa noche—Francia tiene, en verdad, un motivo de orgullo.—Sus generosos marinos saludaban con voz tonante la escarapela prendida en sus sombreros; —y al hundirse en las bullentes olas, clavaban la enseña tricolor en los mástiles de sus buques.»

alegría de los Ingleses vencedores fué extraordinaria. Abukir es, con Waterloo, uno de los nombres que los patriotas Ingleses gustan más de recordar.

Bonaparte decía en su carta al Directorio:

«El destino ha querido en esta ocasión, como en tantas otras, probar que si nos ha dado una gran superioridad en tierra, ha concedido en cambio el imperio del mar á nuestros rivales.» No dejaba en muy buen lugar la gloria marítima de Francia y concedía con excesiva ligereza la superioridad en el mar á Inglaterra. Puede recordarse, en efecto, que de veintiuna batallas formales libradas por la marina francesa, desde Colbert hasta la Revolución (1676 á 1782), no habíamos perdido más que tres; pero hay que reconocer, sin embargo, que los marinos ingleses no habían dejado de alcanzar en Abukir una de las victorias más completas que registra la historia, y Nelson, preveyendo sus resultados probables, tenía razón cuando decía: Esto es más que una victoria, es una conquista.»

La batalla de Abukir puso fin á las cavilaciones de los Ingleses, les dió el valor que les faltaba para demostrar claramente sus sentimientos y produjo en definitiva la segunda coalición contra Francia.

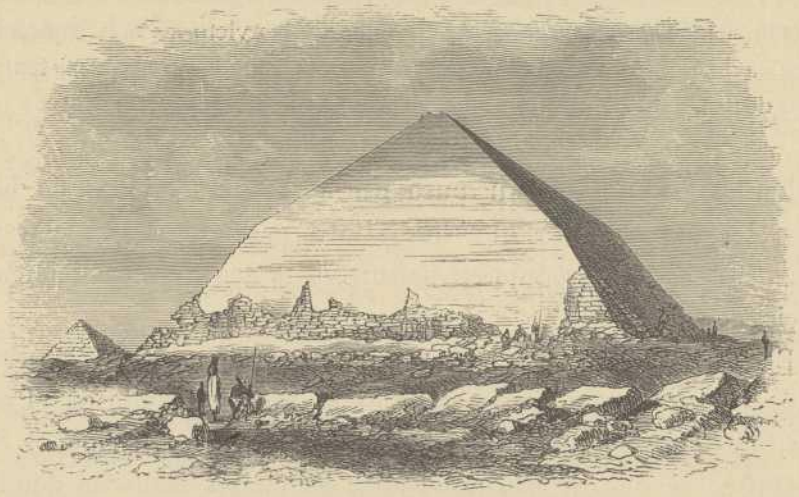
El 1.° de Septiembre el Sultán declaró la guerra á Francia. Ruffin, representante de la República, fué encerrado en el castillo de las Siete Torres, quedando el puesto libre á los hermanos Smith, diplomático el uno y marino el otro, los cuales supieron dominar al sultán Selim III, haciéndole olvidar sus justas prevenciones respecto á Rusia é Inglaterra, é investidos de poderes extraordinarios firmaron, en 5 de Enero de 1799, el primer tratado de alianza entre Turquía y la Gran Bretaña.

El Sultán había concluído ya un tratado análogo con el czar Pablo I (23 de Diciembre de 1798), que, por otra parte, no era más que una ratificación de la alianza que hacía cuatro meses había pactado. En efecto, el 23 de Agosto, la escuadra rusa del mar Negro (6 navíos y 7 fragatas), al mando del almirante Ouschakof, que se había distinguido precisamente por sus victorias sobre los Turcos, había salido de Sebastopol, llegando el 3 de Septiembre á Bouyukderé, entre las aclamaciones de la muchedumbre, que cubría las dos orillas del Bósforo. El almirante Kadir-bey no pudo darse

á la vela hasta el 1.° de Octubre, y mientras que Souvarof se dirigía á Italia, la flota turco-rusa marchaba hacia las islas Jónicas.

Ante estas noticias, Alí, pachá de Janina, aunque había recibido muy bien á La Valette, que Bonaparte le había enviado desde Malta, se apresuró á declararse contra los Franceses; hizo prisionero, en una sorpresa, al general Rosa, los arrojó de todas las posiciones que ocupaban en el Epiro y contribuyó con la escuadra aliada á la toma de Corfú.

Nelson recogió por su victoria todo el provecho personal que un general inglés podía esperar, no sólo en honores, sino que también



Pirámides de Dahshur

en riquezas. Las recompensas en dinero, por hechos militares, forman parte de las costumbres inglesas. Sin mencionar los regalos magníficos que el Sultán le había mandado, el gobierno le nombró barón del Nilo, con una pensión vitalicia de 50.000 francos, transmisible á sus sucesores inmediatos, á lo que el Rey agregó otras distinciones heráldicas, y la Compañía de las Indias le hizo un regalo de 250.000 francos.

Su entrada en Nápoles fué un verdadero triunfo. El pueblo de los *lazzaroni,* á quien asustaba el progreso de las ideas francesas, favorables á la clase media, se mostró tan entusiasmado como la misma corte; y saliendo hasta la playa con jaulas llenas de pájaros, las abrieron al pasar el almirante, como muestra de alegría y de liber-

tad. Nelson decidió á la corte de Nápoles á que entrara en la coalición, hecho que fué de gran trascendencia para la expedición de Egipto, ya que estando el puerto de Nápoles en poder de los enemigos de Francia, al propio tiempo que se facilitaban sus tentativas sobre Malta ó Alejandría, les aseguraba por completo el dominio del Mediterráneo y los medios de cortar toda clase de socorros al ejército de Bonaparte.

En una palabra, todos los musulmanes sin distinción, aun aquellos que siempre habían sido amigos de los Franceses, se sublevaron á la voz del Sultán contra los enemigos del Islam.

Alí, bey de Argel, había renovado en 1793 un tratado de alianza con el gobierno francés, permitiendo á sus súbditos que mandasen trigo á Francia (1794-1796), y hasta que aprovisionasen á la expedición de Egipto. El arreglo de los créditos que resultaron de estos envíos, fué precisamente la causa de la expedición de 1830. Pero ante la orden emanada de Constantinopla, destruyó las factorías, navegó en corso contra los buques franceses y redujo á la condición de esclavos á los Franceses que había en sus Estados. El bey de Túnez, que hasta entonces permaneciera adicto, resistióse á las insinuaciones de Inglaterra, y Nelson, que en una entrevista con él pretendía hacerle ver lo impolítico que era para un soberano apoyar á un pueblo que acababa de matar á su Rey, recibió esta respuesta: «Sin duda el asesinato de un rey por su pueblo es un crimen odioso, pero si he de creer á los historiadores, también los Ingleses lo cometieron en otro tiempo.» Esta oportuna contestación no fué motivo suficiente para impedir que el bey siguiese el ejemplo de su vecino y se declarara en contra de Francia.

CAPITULO V

EXPEDICIÓN DE EGIPTO: SEGUNDA PARTE

ORGANIZACIÓN DE LA CONQUISTA. — DESAIX EN EL ALTO NILO. — EXPEDICIÓN DE SIRIA. — SAN JUAN DE ACRE.



ABIENDO recibido Bonaparte el mensaje de Kléber, en que le daba la noticia del desastre de Abukir, y después de haberse hecho añadir algunos detalles de viva voz, dijo: «Hemos perdido la escuadra; bueno, es preciso morir aquí ó salir victoriosos, como los antiguos.» Escribió inmediatamente á Kléber indicándole las medidas que debía tomar y diciéndole: «Este acontecimiento nos obligará á muchas cosas con las cuales no contábamos; preparáos.»

Kléber, el más digno entre todos de oir semejante lenguaje, le respondió: «Me importa poco el sitio donde tenga que vivir, ó donde deba morir, por cuanto sólo vivo para la gloria de nuestras armas y sólo deseo morir tal como he vivido. Contad, pues, conmigo cualesquiera que sean las circunstancias, lo mismo que con aquellos á quienes pongáis á mis órdenes. Me decís que hemos de acometer grandes empresas; mandad, estoy dispuesto á todo.»

No habia esperado las instrucciones de Bonaparte para obrar,

y á pesar de su herida, que todavía le molestaba, «mantuvo, dice Ernouf, con su palabra y actitud enérgicas el valor de los soldados, reanimó el de los marinos y sostuvo sobre aquella playa, cubierta de cadáveres y de restos franceses, el prestigio de su patria;» y al hacer los Ingleses una tentativa contra Alejandría, conocieron pronto su inutilidad. Todo estaba dispuesto para recibirles: las baterías de la costa les hacían fuego con balas rojas, fabricadas por Conté, quien, en sólo dos días, había construído los hornos necesarios para preparar este ingenio terrible, principalmente en la guerra marítima de aquella época, contra buques de madera con mástiles y velas.

Mientras Bonaparte reparaba las consecuencias del desastre, no trató de recriminar la conducta de Brueys, á pesar de que sabía que se le culpaba de haber sido el causante de tal desastre, llevando su generosidad hasta el punto de no dar publicidad á la correspondencia del almirante, que demostraba claramente la incertidumbre y las imprudentes medidas adoptadas por el infortunado general; juzgando, como dice en su nota al Directorio, que «si Brueys había cometido faltas en tan funestas jornadas, las había expiado con una muerte gloriosa.» Escribió al mismo tiempo á la viuda de Brueys una carta justamente célebre, en la que su autor demuestra una grandeza de espíritu que si bien no llegó hasta refrenar su propia ambición, con todo no deja de ser digna de elogio. El recuerdo de Abukir, tras un instante de abatimiento, no dejó en el corazón de los soldados, como decía Kléber, más que indignación y deseo de venganza, repitiéndose mucho la frase de Bonaparte, pronunciada precisamente para ser repetida: «Convienen algunos reveses, pues de lo contrario llegaríamos á ser dueños del mundo demasiado pronto.»

Los Egipcios, por su parte, no parecían haber comprendido por de pronto la difícil situación que creaba á los Franceses la pérdida de su escuadra ni habían tratado de aprovecharse de ella. Bonaparte, así que regresó al Cairo, devolvió á Francia y consiguió para sí, entre los mismos musulmanes, todo el prestigio que la noticia de esta derrota le había podido quitar, ocupándose en atraer por el reconocimiento á los pueblos que había sujetado por la fuerza, desplegando para ello toda la seducción de que era capaz y llegando á parecer su amabilidad á los verdaderos musulmanes algo impropia de la gravedad

peculiar del poder supremo. Kléber representaba mejor para ellos la idea que tenían de un conquistador y de un amo. «Este, dice Gabarli, no se ríe como el otro.»

Juzgó Bonaparte que el medio más á propósito para atraerse á los vencidos era demostrar el mayor respeto hacia la religión del Profeta y á los usos y costumbres del pueblo, tratando con la mayor deferencia á los imanes y á los cheikes, halagando su vanidad con grandes cumplidos y su avaricia con promesas. Dió gracias á Aláh por sus victorias, decía ser su enviado y demostraba la importancia de la misión que de él había recibido para la gloria y la prosperidad de Egipto. Al manifestar sus sentimientos religiosos, no era para él una pura comedia pública, pues los dogmas fundamentales del Corán, por obscurecidos y materializados que estuviesen, se encuentran en el fundamento de toda doctrina cristiana. Todo lo que se hacía en pro de la civilización en Egipto redundaba necesariamente en favor de los cristianos, y no podía despertar recelos más que á los musulmanes. Sus ideas respecto á este punto se demuestran claramente en las últimas instrucciones que dió á sus generales, después de su regreso de Siria: «Estad seguros, que cualquiera que sea vuestro modo de proceder, estarán á vuestro lado los cristianos del país; no vaciléis, pues, en dar siempre la preferencia á los musulmanes sobre los cristianos, ya que obrando de esta manera es principalmente como convenceréis á los musulmanes de vuestras buenas disposiciones para con ellos, y como lograréis quitar al fanatismo, al que siempre son tan inclinados, todo pretexto para estallar.»

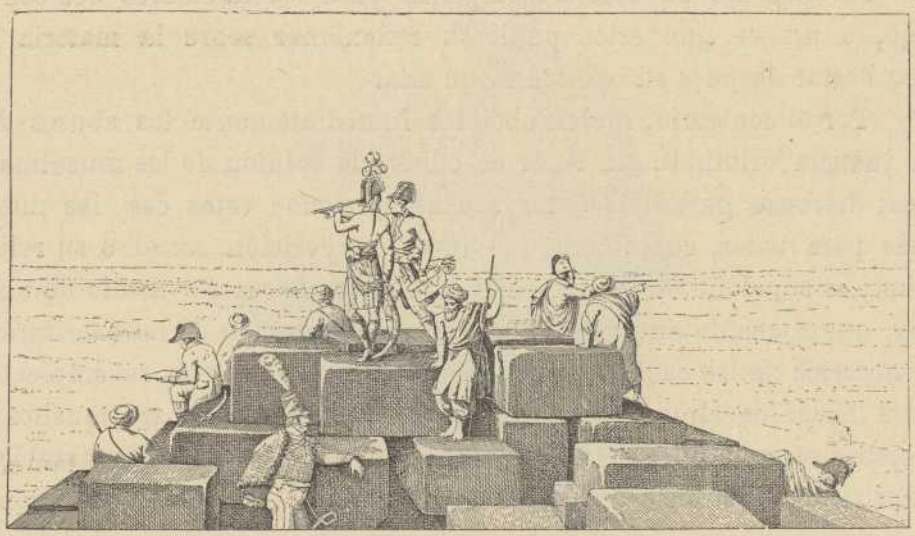
Puede, sin embargo, reprocharse á Bonaparte el haber ido demasiado lejos en su afectación de islamismo, ya que debía realmente haber manifestado su respeto hacia aquella religión, pero sin necesidad de dejar creer que trataba de convertirse á ella, máxime cuando á los musulmanes les disgustaba la deferencia que manifestaba por su culto, por lo que no debía haberse comprometido en manifestaciones poco dignas. La mayoría de los imanes, hombres instruídos, daban á las declaraciones de Bonaparte su verdadero sentido. «Al hablar de hacerse musulmán, dice Nakoula-el-Turco, los imanes no se dejaban engañar por sus palabras, y se sonreían diciendo: «Esto lo hace

para imponerse al pueblo.» El general Menou, que se convirtió sinceramente á la religión del Profeta, cayó en el mayor desprecio por parte de los Franceses por este hecho, mientras que los musulmanes, que no creían de ninguna manera en su conversión, le tenían por un hipócrita.

Algunos días después de su regreso al Cairo, tuvo Bonaparte ocasión para manifestar, en un acto solemne, la manera como él creía que Egipcios y Franceses podían vivir juntos en el mismo suelo. Tal fué la gran fiesta del Nilo, que se celebra todos los años el día en que se rompe el dique que detiene las aguas frente á aquella ciudad. Espérase á que el agua llegue hasta tal altura, que después de la ruptura pueda navegarse por las calles á donde alcance la inundación. Esta es la época del año en que el Cairo presenta el carácter más interesante. Casi todas sus plazas son verdaderos lagos; numerosas calles se convierten en canales, reflejándose en las aguas las luces de las casas, y el gran número de barquichuelos que por ellas se pasean, así como la natural hermosura de las noches de otoño, dan entonces á la ciudad un aspecto verdaderamente pintoresco. El 18 de Agosto de 1798, se reunió una muchedumbre extraordinaria. El ejército se hallaba formado desde por la mañana á lo largo del canal. Bonaparte se colocó en un pabellón suntuoso con el nuevo pachá del Cairo, pero ocupando la presidencia, y en el momento en que se rompió el dique, á una señal suya, toda la artillería francesa hizo salva. Por la noche se iluminó la ciudad, cantándose en las calles un himno, especie de *Te Deum* (que recordaba el cántico triunfal de los Israelitas, después del paso del mar Rojo), y en el que se daban gracias á Aláh por haber protegido y conducido á orillas del Nilo «al favorito de la victoria con los bravos de Occidente, y de haber librado á Egipto de la tiranía de los Mamelucos.»

La correspondencia de Bonaparte nos da una clara idea de las dificultades con que tenía que luchar á todas horas, para atender á su aprovisionamiento, en medio de un riguroso bloqueo, sin que en esta lucha por la vida perdiese, ni por un instante, la idea del bien general, y diese á Egipto el mejor gobierno que había tenido. No hay duda de que la presencia de un ejército extranjero, que tenía

que vivir á expensas del país, constituía una carga onerosa para sus habitantes, por lo que quiso que esta carga pesase igualmente sobre todos, lo mismo sobre los beneficios industriales que sobre las tierras, sobre las ciudades que sobre los campos. Estableciόse el impuesto de patentes, y se abrió un registro de todas las fincas egipcias. De este modo el reparto de la contribución territorial resultaba equitativo y sobre todo completo, sin que ninguna propiedad se escapase del mismo. Era también un medio de dar á los posesores del suelo títulos legales, y de organizar la propiedad individual.



Bonaparte sobre la más alta de las pirámides de Egipto. (Dibujo de Duplesis-Bertaux) (1)

Bonaparte tuvo como principal colaborador en su obra financiera á Poussielgue, inspector general que luego tomó el título de administrador general de rentas. No vaciló tampoco en modificar todo aquello que aún estaba ligado á las tradiciones del país, como era la legislación civil y criminal, fundándolas también en la base de la igualdad. Creó en el Cairo un nuevo tribunal de justicia bajo la presidencia de un cofto (elección significativa) llamado Multi, á quien encargó que leyese á aquellos magistrados un reglamento de

(1) El artista ha querido colocar al general en la cima de las Pirámides, á las que más tarde había de dar nueva celebridad, pero la verdad es que Bonaparte no hizo esta ascensión.

justicia, en el que se deja ver ya el soberano que debía promulgar tantos códigos. Este reglamento, que abrazaba en conjunto toda la legislación, era sencillo, y estaba dividido en cuatro capítulos: De los jueces y de los tribunales; de las formas del procedimiento; de los títulos y de las propiedades; de las herencias. Esta última era la parte más delicada de este código, dada la multiplicidad de formas de la propiedad y las complicaciones de la familia, entre los musulmanes, por lo que Bonaparte no quiso tomar sobre sí la responsabilidad de una resolución inmediata. Hizo escribir el texto de este capítulo en varios ejemplares para los miembros del consejo, á fin de que éstos pudiesen reflexionar sobre la materia y manifestar después su opinión sobre ella.

Por el contrario, fueron abolidos inmediatamente los abusos de la justicia criminal, sin tener en cuenta la opinión de los musulmanes; diéronse garantías á los acusados, siendo éstas casi las mismas para todos, cualquiera que fuese su posición social ó su religión; se suprimieron las exacciones de los jueces por medio de una ley, que fijaba determinados derechos en sustitución de los arbitrarios honorarios de los cadíes. El suplicio de los azotes, que se empleaba para hacer declarar á los acusados ó simplemente contra aquellos á quienes se creía en posesión de algún secreto importante, fué también suprimido. Creáronse tribunales de comercio. A pesar de sus contemplaciones con los musulmanes y sus preocupaciones, preparó la emancipación social de los coftos con una serie de medidas, que eran prenda segura de otras más importantes para alcanzarla. Los Egipcios quedaban admirados por estos sentimientos de humanidad y por su solicitud para con los humildes.

Cierto día en que Bonaparte asistía al diván de los grandes cheikes, tuvo noticia de que los árabes de la tribu de los Osnadis habían matado un *fellah* y apoderádose de unos ganados; lleno de indignación, ordenó con tono enérgico á un oficial de Estado Mayor que marchase al Bahireh con 200 dromedarios y 300 caballos para obtener la debida reparación y castigar á los culpables. El cheik El-Madí, que había oído dar esta orden y visto la emoción del general en jefe, le preguntó riendo: «¿Acaso este *fellah* es pariente tuyo, que su muerte te causa tanta cólera? — Sí, respondió Bonaparte, todos los que están

bajo mi mando son hijos míos.—Sahib (señor), respondió el cheik, has hablado como el Profeta.»

Las mujeres sobre todo debían mejorar notablemente su condición al extenderse por Egipto las ideas francesas. «El general Menou, que se había casado con una egipcia de Roseta, la trataba á la francesa. Le daba la mano para entrar en el comedor; en la mesa la colocaba en el sitio de preferencia; le servía los mejores manjares; si



Vendedor de pan de dátiles

se le caía el pañuelo se apresuraba á recogérselo. Las demás mujeres de Roseta, sumamente curiosas, como se comprende, de conocer el modo de ser íntimo de una casa europea, la abrumaban á preguntas, sobre todo en el baño, lugar donde de ordinario aquéllas se reunían, y ella, que, por lo demás, no deseaba otra cosa que publicar las atenciones de que era objeto, lo hacía de buen grado. Sus explicaciones produjeron grande agitación en todas las mujeres, quienes dirigieron al sultán Kebir una petición, que mandaron al Cairo, á fin de que ordenase que en todo el país los egipcios las tratasen del mismo modo que hacían los Franceses.» — NAPOLEÓN.

Bonaparte, en medio de tantos proyectos como le ocupaban para

el porvenir, no echaba en olvido que la primera de sus preocupaciones, por entonces, debía ser la guerra y el sostenimiento de su ejército. Los soldados tuvieron, por fin, pan; se construyeron molinos de agua y de viento y gran número de hornos con que atender á todas las necesidades. Se fabricó pan de primera calidad para los hospitales, prohibiéndose formalmente, por una orden del día, que se distrajese la más mínima cantidad de este pan para los generales y para el Estado Mayor, ya que todos, jefes y soldados, debían comer pan de munición. El uniforme fué cambiado por otro que protegiera á los soldados de las variaciones bruscas de la temperatura al pasar del día á la noche, lo que constituye un verdadero peligro para los Europeos que viven descuidados. Vistió á las tropas con telas de algodón azul, agregando á este traje un holgado capote de lana del país para la noche. Admitió en el ejército á los coftos, algunos de los cuales obtuvieron grados (uno de ellos fué ayudante de Desaix), y formó con ellos una legión. Tomó también á su servicio esclavos de diez y seis á veinticuatro años de edad, escogidos entre los que se hallaban en Egipto, originarios de Asia y Africa, y procedentes de distintas razas; y obtuvo, sobre todo, gran resultado con los negros del Darfur, que acostumbrados al calor y á las privaciones, eran muy resistentes para la fatiga, llegando á escribir al mismo sultán de Darfur que le mandase 2.000 que él adquiriría por su cuenta.

Formó cuerpos de caballería de un género nuevo, en los que los dromedarios reemplazaban á los caballos. Cierto día, cerca de Suez, vió ante la tienda de un cheik dos dromedarios ensillados, y queriendo cerciorarse de la rapidez y docilidad que se atribuía á estos animales, ordenó á Eugenio de Beauharnais y á Eduardo Colbert que los montasen y los hiciesen correr. «Apenas nos encaramamos en aquella montura de nueva especie, refiere el general Colbert en sus *Recuerdos inéditos*, lanzó Bonaparte, látigo en mano, su caballo tras nosotros, tratando de alcanzarnos durante largo rato, pero sin poder lograrlo, á pesar de que montaba un magnífico corcel. Esta broma tuvo serias consecuencias, pues admirado el general de la ligereza de estos animales, de su sobriedad y su resistencia para toda clase de fatigas, concibió la idea de utilizarlos.» Los Beduinos, en efecto, molestaban con frecuencia la retaguardia del ejército, llegando

hasta los arrabales del Cairo, donde cometían robos y asesinatos, logrando casi siempre escapar á la persecución de la caballería francesa, gracias á la ligereza extraordinaria de sus caballos. Queriendo Bonaparte poner fin á tales incursiones, pronto llevó á la práctica su pensamiento, y por un decreto de 9 de Enero de 1799 se aumentó el ejército con un regimiento de dromedarios, compuesto de cuatro escuadrones de soldados escogidos, al mando de Brun. Cada camello llevaba agua y víveres para cinco ó seis días é iba montado casi



Ante las puertas de Reschid (Roseta)

siempre por los hombres, colocados de espaldas, cuyo uniforme, ideado por Kléber según el gusto oriental, era muy llamativo. Los soldados, de gran gala, llevaban un dolmán azul con bordados encarnados, un caftán, también encarnado, que les llegaba hasta las rodillas, y un amplio albornoz blanco. Iban armados con sables de húsar y fusiles de dragones.

Este regimiento prestó grandes servicios, pues se dedicó, no sólo á vigilar y á combatir á los Arabes y contrabandistas del desierto, sino que sirvió también para explorar el camino, hacer reconocimientos lejanos y llevar órdenes urgentes. Gracias á la rapidez de la marcha del dromedario, pudieron recorrer los exploradores 25 leguas diarias. Desaix, en el Alto Egipto, había concebido por

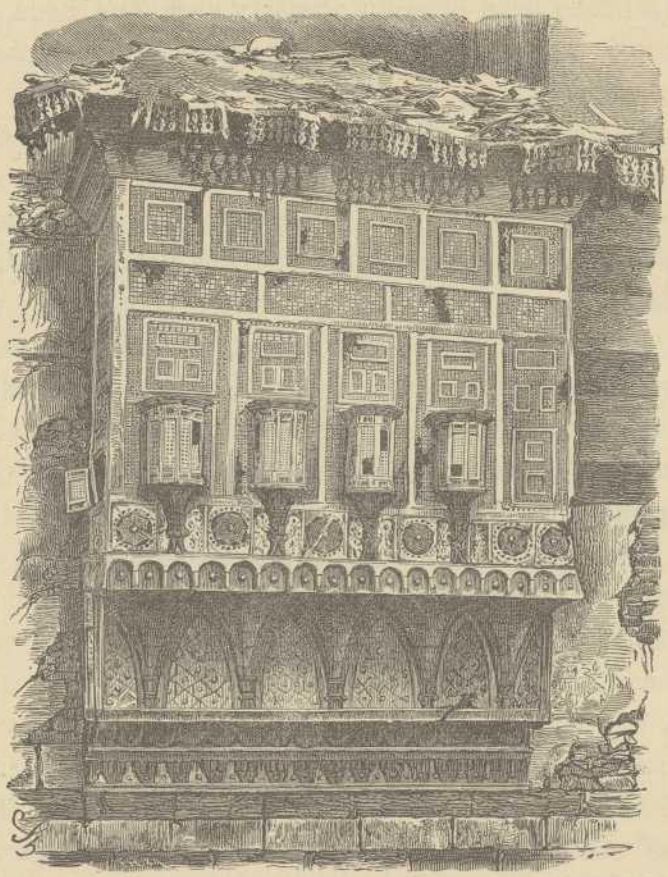
el mismo tiempo igual idea, é hizo montar en dromedarios un batallón de la 21.ª semibrigada. Al organizar Bonaparte esta singular caballería, ignoraba sin duda que no hacía más que seguir el ejemplo de los Romanos, pues Diocleciano había creado un cuerpo de la misma clase, cuya residencia oficial era Tebas.

El regimiento de los dromedarios quedó suprimido, como era natural, después de la pérdida del Egipto; mas no sucedió lo mismo con la caballería de los Mamelucos, formada por Bonaparte con indígenas, cuyo brillante uniforme, que recordaba el de la célebre milicia cuyo nombre llevaban, se hizo popular. En 1804 formó un escuadrón, de 162 hombres, que se elevó más tarde á 250. Este escuadrón, organizado en Melún en la época del Consulado por el general Eduardo Colbert, uno de los lugartenientes de Desaix en el Alto Egipto, formó parte de la guardia imperial, viniendo á constituir como un vivo recuerdo de aquella lejana expedición.

Pero en donde la actividad de Bonaparte dejó huellas más duraderas fué en los trabajos públicos que emprendió, y que debían redundar en beneficio tanto del pueblo de Egipto como del ejército, lo mismo que en aquellos que tenían un carácter puramente militar. Dió, pues, órdenes para fortificar sólidamente las ciudades de que se había apoderado, temiendo la inconstancia de los cheikes, su carácter revoltoso, y preparó, para un momento crítico, puntos de refugio verdaderamente inexpugnables. Trató también de construir una nueva escuadra, pero faltaba la madera de construcción, si bien Bonaparte estaba persuadido de que podían aprovecharse para ello los extensos bosques de Abisinia, aquellos Alpes desconocidos, como él los llamaba, y confiaba al mismo río la misión de conducir aquellas maderas á las provincias del Delta. Se proponía igualmente modificar las radas de Alejandría y Damieta, y mandaba levantar, con la exactitud más minuciosa, las cartas marítimas del Mediterráneo, al tiempo que estudiaba con verdadero entusiasmo los planes de canalización y riego que debían regular la corriente del Nilo y arrancar al desierto una parte de sus dominios. Entretanto, unió el Cairo con Boulak por medio de una calzada, protegida por fosos y parapetos, de una elevación mayor que la que alcanzaban las aguas altas del Nilo. Djizeh quedó ceñida con una muralla almenada. No se

olvidó de los heridos ni de los enfermos, y mandó construir un hospital, capaz para 500 camas, á orillas del canal que rodea la isla de Rodah, y un lazareto en la misma isla.

Conociendo Bonaparte que la alegría es uno de los mejores medios para conservar la salud, ocupábase con preferencia en pro-



Ventanas en el cairo

curar distracciones á sus soldados. Se conserva una nota escrita de su propia mano, antes de la batalla de Abukir, que contiene una larga lista de los objetos que quería mandar á buscar en seguida á Francia, en nueve buques; y en esta lista, además de gran cantidad de proyectiles y municiones de guerra, pide que se le envíe una compañía dramática, otra de baile y un teatrito de fantoches. Si bien la batalla de Abukir hizo que el despacho

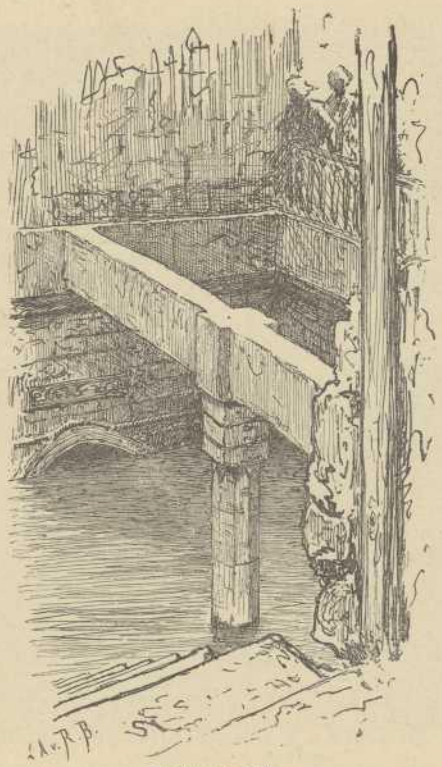
no llegase á su destino, sin embargo, á pesar de sus grandes preocupaciones, escribió á Caffarelli una carta para que construyese juegos de bolos para el ejército. Funcionaba también en el Cairo un teatro en el que se representaban piezas nuevas, como por ejemplo, una ópera cómica de Rigel, y asimismo fundó un Tívoli, lugar de recreo, análogo al que con el mismo nombre había por entonces alcanzado gran boga en París; y para que nada faltase, se publicaban con toda regularidad dos periódicos: *La Década Egipcia* y *El Correo Egipcio*.

Los soldados, bien alimentados y rodeados de comodidades, cesaron de quejarse, y muchos se dejaron seducir por esta vida oriental, tan distinta de la que ellos conocían. Denon, al dejar el Cairo para regresar á Francia, que tanto deseaba volver á ver, fué presa de la tristeza y de la añoranza. «Entonces conocí de qué manera tan natural, y sin que de ello se aperciba, se entrega uno al placer dulce y tranquilo que procura una temperatura deliciosa, que sin necesidad de otros goces, hace sentir, á cada instante, la dicha de vivir; sensación cotidiana á la que se debe atribuir lo que sucede con los europeos en este país, y es que habiendo venido al Cairo por unos meses, se han fijado definitivamente en él, sin pensar siquiera en la posibilidad de abandonarlo.» Chateaubriand se encontró más adelante en Egipto con algunos de los soldados franceses que se quedaron allí. «Uno de ellos me contaba, dice, que cuando se hallaba solo en el desierto con su camello, se apoderaban de él vivos transportes de alegría que no era dueño de contener.»

Los Franceses, sin embargo, no habían venido á Egipto para adoptar las costumbres orientales, sino más bien para llevar á él la actividad del Occidente. Bonaparte quería traer de Europa granos y legumbres de toda clase, y había pedido también se le mandasen unos cincuenta jardineros con sus familias para que instruyesen á los *fellahs* en estos nuevos trabajos; pero el desastre de Abukir imposibilitó por completo la realización de esta idea.

Por otra parte, la agricultura estaba floreciente en Egipto, y era necesario imprimirle una actividad que nunca había tenido; las industrias propias del país se desarrollaron, creándose otras nuevas, con lo que, dada la habilidad, la paciencia y el talento de imitación

de los obreros indígenas, se aclimataron pronto á orillas del Nilo los procedimientos europeos. El Cairo tuvo desde entonces talleres de cerrajería, de armería, de ebanistería, de cordelería y de carpintería; fundiciones y fábricas de cañones, de bombas, de sables, de instrumentos de óptica y de matemáticas, tejidos, lienzos, cartón, papel; en una palabra, casi todos los productos de las artes europeas.



Medidor del Nilo

El lujo tuvo cabida en sus habitaciones, en las que había mesas, arquillas, camas, y se empleaba la ropa blanca, el calzado de cuero, vasos y cubiertos de plata, y hasta vajilla muy cómoda y elegante. Según se cuenta, el Emperador hizo construir su vajilla de campaña por los modelos que trajo de Egipto.

Nada se le olvidó á Bonaparte de todo aquello que merece llamar la atención de un soberano. En 21 de Agosto de 1798 constituyó el Instituto de Egipto, al que cedió el palacio de Hassan-Kachef.

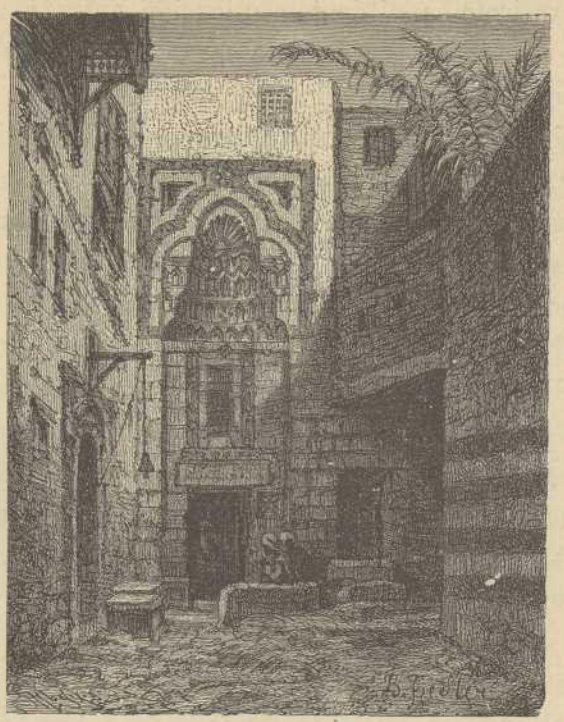
El objeto principal de este Instituto era ocuparse en el desarrollo y propagación de las luces de la civilización occidental en

Egipto; y en segundo término en el descubrimiento, estudio y publicación de los hechos naturales, industriales é históricos de este país, famoso desde luengos siglos. Dividido el Instituto en cuatro secciones: matemáticas, física, economía política y artes, cada sección se componía de doce miembros, y estaba organizado bajo las bases del Instituto de Francia, al que debía remitir sus trabajos. No debe confundirse esta academia con la comisión científica, que celebraba, por otra parte, sus sesiones en otro edificio.

Además de los miembros de esta comisión, contaba el Instituto de Egipto con un buen número de oficiales y jefes del ejército, que se distinguían por su talento y sus conocimientos. Así pertenecían á la seoción de matemáticas los generales Andréossy, Bonaparte y el coronel de ingenieros Horacio Say; Larrey y Desgenettes á la de historia natural; Caffarelli, Desaix, Kléber, Reynier, Sulkovski, Tallien, Poussielgue y Bourienne, secretario de Bonaparte, á la de economía política; y en la sección de literatura y bellas artes figuraba el intérprete Ventura y se concedió un sitio á un sacerdote griego llamado Rafael. Tratóse de dar la presidencia de la sociedad á Bonaparte, mas él rehusó tal honor, contestando que «era preciso dar la presidencia del Instituto á Monge, lo cual parecería más razonable á los ojos de Europa.»

No fué menos acertada la elección para secretario del Instituto del matemático Fourier, que á sus profundos conocimientos científicos unía un exquisito gusto literario, era claro y elegante en el decir y poseía una gran sutileza y conocimientos administrativos, hasta el punto de que el mismo Bonaparte tuvo que recurrir á él en más de una ocasión para los asuntos del gobierno. Durante tres años, no sólo desempeñó el cargo de secretario del Instituto de Egipto, sino que fué además delegado ante el Diván, que se constituyó con los personajes más distinguidos del Cairo y de las provincias. «Su prudencia, dice Arago, su afabilidad, su talento para hacerse agradable á los habitantes del país hicieron que, sin ceder en nada de lo esencial, obtuviese en cambio concesiones importantes, produciendo tales resultados que llegaron á admirar al mismo Bonaparte. «¿Cómo os arregláis para imponeros á toda esta gente? — Tomando las cosas tales como son,» respondió.

Bonaparte, sin desempeñar en el Instituto de Egipto otro cargo que el de simple individuo, representaba naturalmente en él un gran papel, proponiéndole la resolución de diversas cuestiones en que se demostraba la tendencia de su espíritu, siempre lleno de ideas, pero siempre en busca de resultados prácticos. En la primera sesión á que asistió presentó los seis temas siguientes: «¿Qué mejoras cabe introducir en nuestro ejército? ¿Hay algún medio de sustituir el lúpulo en la fabricación de la cerveza? ¿Cuáles son los mejores procedimientos para clarificar y refrescar las aguas del Nilo? ¿Qué clase de molinos son más convenientes, los de agua ó los de viento? ¿Hay en Egipto medios para fabricar pólvora? ¿En qué estado se encuentra el poder judicial y la instrucción pública en Turquía?» Prefería sobre todo asistir á las discusiones sobre economía política, guardando de él un recuerdo sumamente vivo y agradable todos los que concurrían á estas reuniones. En esta clase de discusiones, Bonaparte, que se consideraba igual á los demás, no se dejaba dirigir por sus interlocutores, atre-



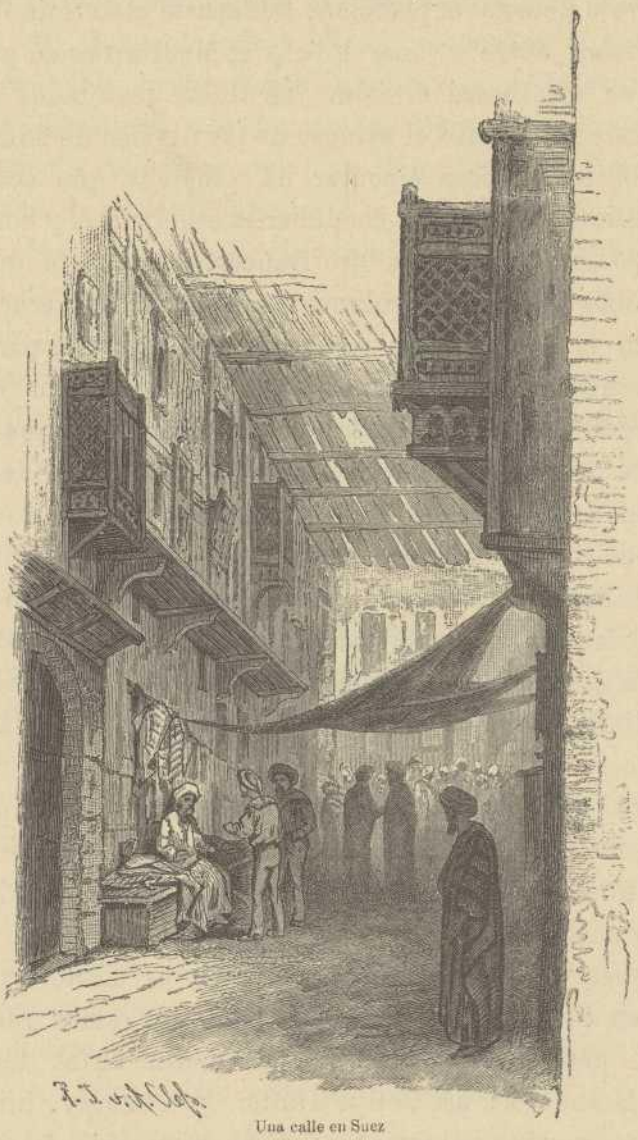
Callejón antiguo en el Cairo

viéndose cierto día á exclamar en tono de zumba: «Ya lo veo, todos estáis de acuerdo; la química es la cocina de la medicina, y ésta es la ciencia de los asesinos.—¿Cómo difiniríais, pues, le replicó Desgenettes, la ciencia de los conquistadores?» Estos altercados, sin embargo, eran poco frecuentes.

Bonaparte, acompañado de Caffarelli, Monge, Lepère y Berthollet, hizo una expedición á Suez para visitar las fuentes de Moisés y buscar los restos del antiguo canal de comunicación entre el mar Rojo y el Mediterráneo, teniendo la gloria de ser el primero que descubrió los vestigios de aquella célebre obra. «¡Monge, exclamó de pronto, nos hallamos en pleno canal!» Encontrábanse, en efecto, en el centro del antiguo lecho, y gracias á esta indicación los ingenieros pudieron seguir exactamente su trazado. Conocida era la existencia de este canal, cuya construcción se hacía remontar á los tiempos del rey egipcio Nekao (siete siglos antes de J. C.), y se sabía también que la unión de ambos mares se verificaba por medio de una zanja que iba desde el mar Rojo á la extremidad del Delta, en dirección perpendicular al valle del Nilo; pero lo que se ignoraba y lo que los egiptólogos modernos han puesto en claro, es que la construcción del canal se remontaba á mucha mayor antigüedad y que existía ya en el siglo XVI antes de nuestra era, en el reinado de Setí I, padre de Sesostris. La expedición de Bonaparte á Suez está llena de episodios interesantes: sufriendo cruelmente en cierta ocasión por la falta de agua, Bonaparte, como Alejandro en el desierto de Gedrosia, fué quien indicó el punto dónde debía encontrarse. Mandó hacer un hoyo en la arena, y disparando luego un cañonazo cerca del mismo, el agua brotó en abundancia. Los musulmanes de la escolta creyeron que había realizado un milagro.

Esta excursión estuvo á punto de terminar de la manera más trágica. Una noche, al volver Bonaparte con el escuadrón de cazadores que le acompañaba de visitar las fuentes de Moisés, á tres leguas de Suez, fué sorprendido por la marea. Debían atravesar el Madieh, brazo de mar de una extensión de tres cuartos de legua, vadeable en la marea baja; pero habiéndose embriagado los guías indígenas, el escuadrón se encontró á las diez de la noche formado en línea de batalla en medio del golfo, con agua á la cintura: la luna no salía hasta

las doce, el viento soplaba con fuerza y la situación era de las más críticas. Habíase tomado el farol de la chalupa por las luces de Suez. «Pero la escolta se componía de soldados que llevaban ocho



Una calle en Suez

ó diez años de servicio, y por lo tanto eran muy inteligentes y activos. Dos de los cazadores, el aposentador del ejército, Luis, y el brigadier Carbonnel, descubrieron el paso. El agua subía á cada instante; Caffarelli se hallaba en situación más apurada que los otros, á causa de su pierna de madera; dos hombres de alta estatura, y que

nadaban perfectamente, se encargaron de salvarle, lo que realizaron con gran habilidad; Caffarelli sólo perdió su pierna de madera, cosa que, por otra parte, sucedía con suma frecuencia.»

De regreso de esta expedición, Bonaparte determinó restablecer la comunicación entre el mar Rojo y el Mediterráneo, por medio de un canal que atravesara el istmo de Suez, mandando que Lepère empezase inmediatamente el estudio de los niveles de aquella región; pero no tuvo tiempo para ejecutar un proyecto que acertadamente creía destinado á cambiar las condiciones económicas y comerciales de Europa. Dejó esta gloria para otro francés, y la suerte quiso también que los estudios practicados entonces, en vez de favorecer los trabajos iniciados por M. de Lesseps, sirvieran, al contrario, para suscitarle algunas dificultades; pues á causa de un error en sus estudios, los ingenieros del ejército de Egipto habían admitido que existía una diferencia de nivel sumamente sensible (9^m,927) entre los dos mares.

Interesados los oficiales en los descubrimientos, no dejaban de tomar nota de todo aquello que encontraban digno de estudio; así, el capitán de ingenieros Bouchard, al construir un reducto en Rosetta, descubrió la famosa piedra actualmente llamada *de Rosetta,* en la que está grabada la inscripción trilingüe que sirvió de base á los trabajos de Champollión y produjo el gran descubrimiento de la lectura de los jeroglíficos.

Por otra parte, los individuos de la Comisión de Egipto se habían esparcido por todo el país, teniendo que luchar de continuo, no sólo contra dificultades científicas, sino con la falta de seguridad personal, pues con mucha frecuencia se veían interrumpidas sus excursiones por los ataques de los Beduínos; y si bien es cierto que éstos casi siempre eran rechazados á tiros, alguno de los sabios que componían la comisión perdió la vida desgraciadamente antes de poder prepararse á defenderla; así Jolly, Dulión y Champy, hijo, murieron en medio de sus investigaciones; y cuando, bajo la dirección del coronel Jacotin, del cuerpo de ingenieros topógrafos, un grupo de sabios, oficiales y artistas emprendieron la tarea de levantar el mapa de Egipto, que, publicado en 1818, es una de las obras más importantes de la geografía del siglo XIX, «fué necesario más de una vez, como dice Jomard, disputar el terreno que se tenía

que medir.» Berthollet estudió la sal natrón, de la que existen grandes estanques cerca del Nilo; Geoffroy-Saint-Hilaire describió y clasificó, por primera vez, el bequir del Nilo, «este pez maravilloso, dice Cuvier, que, según él, compensaba por sí solo el viaje á Egipto.» El mismo Geoffroy disecó cocodrilos y estudió mejor de lo que se había hecho hasta entonces la malpterura y el torpedo, peces eléctricos que los árabes llamaban *el rayo viviente*, y estudió, por fin, los peces del mar Rojo; pero la ciencia francesa no tenía nada de egoísta, gracias á lo cual el viajero inglés Horneman, que había sido hecho prisionero, debió á la intervención de Monge y de Berthollet un salvoconducto, con el que pudo penetrar en el interior del Africa.

La actitud decidida de los sabios, tanto en los campos de batalla como en medio de otros peligros, en que el valor personal es todavía más difícil, concluyó por disipar los sentimientos, más ficticios que reales, de malquerencia ó de desprecio que una parte del ejército manifestaba por ellos, y si bien es verdad que aún se oía alguna vez en las filas, al empezar un combate, la orden burlesca de: «¡Atención! ¡Asnos y sabios al centro de los cuadros!» esta broma, que siempre era recibida con aplausos, indicaba mejor el deseo de proteger á los sabios que la intención de demostrarles ninguna clase de hostilidad.

Bonaparte, al mismo tiempo, atendía á todo aquello que pudiese dar al pueblo una alta idea de la superioridad de las artes y de las ciencias, y en este punto experimentó varias decepciones, pues que en realidad no se puede desear lo que no se conoce, ni es posible interesarse en la resolución de un problema cuyo alcance y fin son desconocidos. «Los experimentos químicos de Berthollet dejaron completamente fríos, dice Arago, á estos lectores de las *Mil y una Noches.*» Esperaban obtener mejor éxito con las artes, y Dutertre y Rigo hicieron el retrato de los hombres del país que se habían inclinado á la causa de Francia, distinción que les halagó mucho, y mientras se les presentó el simple dibujo, todo marchó bien; pero estos pueblos no tenían la menor idea del modelado ni del claroscuro. Propúsose Rigo hacer el retrato del nubio Abd-el-Kerim, conductor de la caravana, y al presentárselo «encontróse

tan vivo y tan parecido, que rotrocedió aterrorizado, y lanzando grandes alaridos huyó diciendo que le habían robado su cabeza.» Quedaba una última esperanza: la música, que acompaña las ceremonias religiosas y las danzas en todos los países musulmanes. Formóse, pues, por indicación de Monge, una numerosa orquesta, compuesta de artistas distinguidos, que ejecutó en la plaza del Esbekieh las melodías más hermosas y los trozos más brillantes del repertorio de la época; pero los Egipcios permanecieron impasibles. «Estos brutos, dijo Monge á los músicos, no son dignos del trabajo que os tomáis. Tocadles el *Mambrú se fué á la guerra*, que es todo lo que merecen.» Tocaron el *Mambrú* y obtuvo un gran éxito, y repetido el caso diferentes veces, dió siempre el mismo resultado.

Mejor acogida obtuvieron las fiestas, las iluminaciones y los fuegos artificiales, cosas que gustaban mucho á los Arabes y en las que se les pudo sobrepujar.

Bonaparte dispuso que se celebrase con gran solemnidad, lo mismo en Alejandría que sobre las ruinas de Tebas, recientemente ocupadas por Desaix, y en el mismo Cairo, la fiesta nacional del 1.er Vendimiario (22 de Septiembre), aniversario de la fundación de la República francesa. «Sobre todo en el Cairo se hicieron grandes preparativos: se levantó un gran circo en la plaza del Esbekieh, cuyo recinto estaba decorado con ciento nueve columnas, en cada una de las cuales había una bandera tricolor y en cada bandera el nombre de un departamento. Este recinto tenía dos puertas, la una en forma de arco de triunfo, en el que se había representado la batalla de las Pirámides, y la otra formaba una especie de pórtico, en el que estaba grabado el versículo árabe que constituía la divisa más querida de los Musulmanes: «No hay más Dios que Dios, y Mahoma es su profeta.» En el centro del circo se levantaba un obelisco de granito, de 70 pies de altura, con inscripciones en letras de oro, y en el espacio que le rodeaba se erigieron siete altares de forma antigua, adornados con trofeos guerreros, sobre los que flotaba la bandera tricolor, y llenos de coronas cívicas, en medio de los cuales resaltaban los nombres de los valientes que habían perecido durante la conquista.»

El general en jefe, rodeado de las autoridades francesas, mezcladas con los grandes personajes del país, y ante una concurrencia inmensa, hizo leer á las tropas, formadas alrededor del obelisco, una proclama en la que, después de recordarles los triunfos que juntos habían obtenido, les decía: «Desde el Inglés, célebre en las artes y en el comercio, hasta el hediondo y feroz Beduíno, tenéis fijas en vosotros las miradas del mundo. Soldados: vuestro destino es hermoso, porque sois dignos de todo lo que habéis hecho y de la opinión que de vosotros se tiene en todas partes. Durante los cinco meses que estamos fuera de Europa, hemos sido el objeto continuo de los cuidados de nuestros compatriotas. Cuarenta millones de ciudadanos celebran en este día la era de los gobiernos representativos; cuarenta millones de ciudadanos piensan en vosotros. Todos dicen: «A sus sufrimientos y á la sangre que han derramado debemos la paz general, la tranquilidad, el progreso del comercio y el dominio bienhechor de la libertad civil.»

La fiesta del 1.er Vendimiario, que se celebró con el mayor orden, parecía ser una brillante manifestación de la creciente armonía de los dos pueblos y de las dos civilizaciones, aunque en realidad no pasó de ser más que vana apariencia, pues el odio, consciente ó inconscientemente, persistía en el fondo de los corazones y bastaba una chispa para producir la conflagración. Tales resentimientos ponían de manifiesto una ingratitud verdaderamente inconcebible, cuyas causas importa consignar.

Es indudable que se cometieron algunas violencias de las que naturalmente trae consigo la guerra y que hubo también algunas sensibles ejecuciones de carácter militar; además, el desastre de Abukir, al obligar á los franceses á procurarse todo aquello que necesitaban en el mismo país que acababan de ocupar, les forzaba al propio tiempo á practicar ciertas requisas y á la imposición de contribuciones que tenían que producir verdadero disgusto en las poblaciones conquistadas, en aquellos momentos en que tan necesario hubiera sido tenerlas tranquilas. Sin embargo, ¿qué valía todo esto comparado con las cotidianas violencias de los Mamelucos y de los Turcos?

Verdad es también que si los Egipcios se vieron libres de varios males, conocieron otros nuevos mucho menos graves, pero

cuya novedad los hacía aparecer mayores. Así, por ejemplo, los impuestos se percibían de una manera más regular y más general, con una exactitud que admiraba á todos, sin distinciones de ningún género, no cometiéndose la menor arbitrariedad. La diferencia de costumbres y el fanatismo religioso fueron también causas de descontento; pero cabe dudar si la autorización de vender vino, á pesar de las prescripciones del Corán, y el haber suprimido varias de las puertas que cerraban los numerosos barrios del Cairo, convertidos en guaridas sumamente seguras para los conspiradores, eran motivo bastante para justificar tanto disgusto, y de si este disgusto era completamente sincero.

Mejor explicación tiene el que pareciesen verdaderas persecuciones algunas medidas de salubridad que se tomaron, sumamente útiles, pero contrarias á sus costumbres seculares. «El traslado del cementerio á un punto lejano produjo un motín de mujeres, que, según Michelet, se reunieron bajo las ventanas del palacio del general en jefe, con toda la exageración trágica del dolor oriental, á demostrar su inmenso número y su amenazador sentimiento.»

El verdadero motivo del odio de los musulmanes fué la protección que los franceses dispensaban á los *fellahs* y á los coftos, tratando de establecer en una sociedad tan profundamente dividida la tolerancia y la igualdad. Turcos, Arabes, todos los musulmanes, en una palabra, se indignaron al ver que los coftos, y aun los judíos, en vez de montar en sus asnos como antes, cabalgaban en magníficos caballos é iban armados, y su indignación aumentó mucho más aún al ver á unos y otros encargados por los franceses de recaudar las contribuciones, como hasta entonces ellos lo habían hecho por parte de los Mamelucos, y que, sin hacer excepción de personas, tan exigentes eran con los míseros *fellahs* como con los personajes más importantes, llegando al extremo de encarcelar á algunos de éstos que no pagaban con exactitud la cuota proporcional del impuesto que se les señalara.

Pero donde la irritación llegó al extremo fué sobre todo en las ciudades, ya que hasta la llegada de los franceses á Egipto las casas y tiendas no tributaban nada, gravitando todo el peso de las contribuciones sobre los desgraciados *fellahs*. Parecía natural

que éstos, por lo mismo que su situación había mejorado notablemente, hicieran causa común con los Franceses; pero eran incapaces de comprender por el momento el valor de las reformas introducidas, estaban debilitados por el largo tiempo que vivieron sumidos en la esclavitud, participaban del fanatismo religioso de sus dominadores y se hallaban faltos por completo de organización. Mientras tanto aquéllos, que mejor derecho tenían á quejarse por las nuevas disposiciones, poseían la fuerza y el valor y se encontraban mucho más unidos.

El motín del Cairo no sorprendió, pues, á Bonaparte; había previsto ya cuál debía ser el resultado de algunas de sus medidas. «Los decretos relativos al empadronamiento y á las patentes estaban preparados hacía más de un mes, dice Ernouf; pero habiendo visitado Bonaparte la ciudadela y no hallándola lo suficientemente provista de municiones y otros utensilios, puso en la minuta de aquellos decretos la siguiente nota: «Para ejecutarse dentro de un mes,» plazo que le sirvió para procurarse en grande argumentos tan irresistibles.»

Los sacerdotes musulmanes, aprovechándose de las disposiciones contrarias de la multitud, que veían aumentar á cada momento, llenaban las mezquitas con sus predicaciones fanáticas contra aquellos advenedizos, que ni tan sólo eran cristianos, pues no creían «ni en Dios ni en la vida futura, habían humillado la Cruz y perseguido á sus sacerdotes, y consideraban como impostores lo mismo á Moisés y Mahoma que á Jesús.» Estos datos lo tomaban de las proclamas del Sultán que se redactaban en la embajada inglesa de Constantinopla.

En el día convenido (21 de Octubre de 1798) estalló una insurrección formidable, en la que el pueblo tomó las armas, saqueó el palacio del Estado Mayor y degolló á cuantos franceses pudo encontrar, contándose entre ellos los ingenieros Thévenot y Duval. Dupuy, gobernador de la plaza, cayó cubierto de heridas, al atacar con su escolta á los rebeldes; la misma suerte sufrió Sulkowski al día siguiente, y los Beduínos, aprovechándose del desorden, penetraron en la ciudad.

Los habitantes del barrio del Instituto fueron los que se encontraron en más crítica situación. Separados del cuartel general,

desarmados, tuvieron que hacer frente al soez populacho, á quien la sangre derramada había vuelto más feroz, pudiendo al fin refugiarse atropelladamente en el palacio de Hassán-Kachef. Sin embargo, semejante refugio no podía ofrecerles gran seguridad, pues careciendo de fusiles, quedaban reducidos sus medios de defensa á una débil verja y á unas cuantas puertas mal atrancadas. En tales condiciones, parecía lo más natural que se pensase en abandonar el palacio; pero Monge se opuso á ello, diciendo: «¿Seríais capaces de entregar á una destrucción cierta los preciosos instrumentos confiados á vuestro cuidado? Apenas llegaríais á la calle cuando los insurrectos lo habrían destrozado todo.» Como presidente del Instituto, Monge se encargó de organizar la defensa, y «á su voz fueron convertidas en armas toda clase de utensilios; los cuchillos, fuertemente atados en la punta de largos palos, quedaron transformados en lanzas; los débiles muros se fortificaron y todas las puertas se obstruyeron formando barricadas. Terminados estos preparativos, Monge ocupó el punto más peligroso, y les dijo con una jovialidad verdaderamente candorosa: «Ahora, ¿quién gusta discutir conmigo para olvidar lo difícil de las circunstancias?» (Arago). Un día y dos noches transcurrieron entre mortales angustias, durante los cuales imaginaron los sabios mil distintos medios para contrarrestar los inconvenientes de todo género que se les presentaba para salir de tan grave situación.

Todo, sin embargo, cambió al tercer día. Bonaparte determinó hacer un castigo ejemplar. Gracias á los esfuerzos del general Bon, que se había encargado del mando á la muerte de Dupuy, la insurrección quedaba circunscrita al barrio de la gran mezquita de El-Azer, donde estaba reunido el consejo general de los rebeldes. Todas las avenidas que á ella conducían se hallaban sólidamente defendidas y erizadas de barricadas: allí era, pues, donde debía darse el golpe decisivo. Bonaparte mandó desde luego emplazar, á media noche, en las alturas próximas á la ciudadela, cuatro piezas, cuyos fuegos obligaron á Beduínos y Arabes á retirarse; y á la mañana siguiente la caballería, al mando del general Dumas, batió la llanura, haciéndoles retroceder hasta el desierto. No obstante, los cheikes y los imanes, atrincherados en la gran mezquita,

se negaban á rendirse, por lo que Bonaparte mandó dirigir por elevación los fuegos de la ciudadela sobre el centro del barrio, y más de quince bombas penetraron en la mezquita. Veinte minutos después las barricadas habían sido tomadas, las calles quedaban desiertas y el barrio sometido, habiendo perdido los insurrectos más de 2,000 hombres, en tanto que los Franceses sólo contaban unos cincuenta muertos. La insurrección había resultado formidable, pero



Bonaparte indultando á los rebeldes del Cairo. (Cuadro de Guérin, en el Museo de Versalles)

el castigo no se hizo esperar, quitando por largo tiempo á los Egipcios toda idea y toda posibilidad de una nueva intentona. Salvado el palacio de Hassán-Kachef, el Instituto reanudó sus trabajos; pero todos los instrumentos se habían perdido ó estaban deteriorados. «¿Qué vamos á hacer sin instrumentos?» decían. Afortunadamente, Conté se encontraba allí, y contestó: «Haremos instrumentos,» y, en efecto, los construyó como había dicho.

Entretanto Bonaparte conseguía acabar con la insurrección, procurando atraerse á sus enemigos, ya por medio de promesas, ya con amenazas, ya con discursos en los que continuaba presentándose

como enviado de Aláh; y cerrando los oídos á las murmuraciones del ejército, se contentaba con el gozo que le producía la confusión de los imanes y la alegría del pueblo, que pedía «la intercesión del Profeta y la bendición de Dios para este príncipe grande y clemente,» que había perdonado á aquellos que merecían la muerte. Al llegar Kléber de Alejandría, hallóse con el cheik El-Sadal, autor principal de la revuelta, besando las manos al general en jefe, y al manifestarse sorprendido de que no hubiese sido fusilado como escarmiento, Bonaparte le contestó: «La muerte de este anciano impotente no nos hubiera producido ninguna ventaja, ocasionándonos, en cambio, consecuencias mucho más funestas de lo que vos podéis figuraros.» El trágico fin de Kléber, asesinado más tarde por un fanático, á causa de haber mandado apalear al mismo El-Sadal, demostró perfectamente la prudencia y discreción de aquellas palabras.

En tanto que así se luchaba en el Cairo, Desaix continuaba avanzando en el Alto Egipto, haciendo una memorable campaña en aquel país, donde ningún ejército europeo había penetrado desde la época romana.

Poseía Desaix recomendables cualidades militares, con las que se hacía admirar de los jefes y querer de los soldados, y reunía á la par toda clase de virtudes cívicas. «Nada eran para él los placeres ni las riquezas, dijo Napoleón; no soñaba más que en la gloria.» Vivía como sus soldados, con quienes compartía su alimento, y se familiarizaba con ellos sin menoscabo de su dignidad, logrando inspirarles á la vez que un profundo respeto un intenso y acendrado afecto. Los Egipcios le llamaban el *Sultán justo*, no obstante las terribles ejecuciones militares que vióse obligado á imponer durante la campaña.

Desaix, con su pequeño ejército, que se componía de 4,000 hombres, no emprendió ningún movimiento hasta fines de Agosto, en tanto que Murad aprovechaba el plazo que se le concediera para reunir 4,000 mamelucos, á los que se habían juntado numerosas tribus de Beduínos. Desaix embarcó la mitad de sus tropas, y con la otra mitad remontó la orilla izquierda del Nilo. Muchos fueron, entre los miembros de la comisión científica, los que hubieran querido

acompañarle; pero sólo Denon obtuvo permiso para ello, quien dejó admirados á los soldados con su actividad, su inagotable buen humor, su energía, su valor y su admirable sangre fría. Marchaba casi siempre á la vanguardia, é iba cargado con una cartera llena de papeles y lápices y una pequeña bolsa, en la que llevaba sus útiles de escribir y algunas provisiones de boca. «Nos empleaba



El general Desaix (1768-1800). (Según el retrato de Steuben)

á todos, dice Savary, en medir las distancias y las dimensiones de los monumentos que dibujaba.»

Murad se propuso, en un principio, valiéndose para ello de una serie de escaramuzas, llevar á los Franceses al desierto, alejándoles así de su pequeña flota; pero viendo que éstos no caían en el lazo, resolvió esperarles en Sediman (8 de Octubre). Desaix hacía avanzar su división, formando un gran cuadro en el centro, flanqueado por otros dos más reducidos, reuniendo á lo sumo un total de 3.000 hombres. Murad, que había dejado su infantería parapetada en trincheras construídas sobre una colina próxima, donde había emplazado cuatro piezas de artillería, lanzó sus 4.000 caba-

llos sobre los cuadros, logrando envolverlos por completo. Desaix mandó á sus soldados: «No disparéis hasta tener los enemigos á veinte pasos de distancia;» pero aquéllos contestaron: «¡A diez pasos, mi general! Cargaban los Mamelucos con su valor característico, profiriendo al mismo tiempo horribles gritos, en tanto que los Franceses esperaban á pie firme con la bayoneta calada el momento de hacer fuego; y mientras la primera fila lograba contenerles, la segunda y la tercera les fusilaban casi á quema ropa. En su impotente coraje, convirtieron en proyectiles todo cuanto les vino á las manos, y arrojaban sobre los soldados franceses sus carabinas, hachas, pistolas, mazas y aun sus puñales, con lo que les causaron algunas bajas. Roto por un momento el pequeño cuadro de la derecha, pronto se rehizo, logrando los soldados abrirse paso, gracias al auxilio de los cañones del cuadro principal, donde se retiraron con todos sus muertos y heridos, y llevando además los despojos de los Mamelucos que habían perecido en la lucha.

El cuadro de la izquierda resistió valientemente sin ceder un momento, por lo que Murad, poniéndose al frente de su caballería, se arrojó con todos sus escuadrones sobre el gran cuadro que, no obstante sus furiosas y repetidas cargas, se mantuvo impávido sin sufrir el menor quebranto. Ante la imposibilidad de poder vencer á «aquellos malditos hombrecillos», mandó retirar á los Mamelucos, y desplegó sus cuatro cañones, cuyo fuego era tanto más mortífero cuanto que sus proyectiles caían sobre masas muy compactas. Desaix entonces ordenó atacar la batería, pero como cada uno de sus disparos causaban siete ú ocho víctimas, hubo entre las tropas francesas, ya excesivamente fatigadas, un momento de estupor. El número de sus heridos era considerable, y careciendo de medios de transporte, viéronse obligados á abandonarlos en el mismo campo de batalla para poder avanzar con más desembarazo. Apercibidos de ello los Mamelucos, por medio de una hábil maniobra, cayeron sobre los infelices heridos y les degollaron bárbaramente.

Aterrorizado Desaix por tan horrible espectáculo, vaciló sobre el partido que debía tomar en aquellos críticos momentos, pensando en si debía acogerse á la flotilla para salvar á los supervi-

vientes. Consultó con Friant, quien le contestó, señalándole las trincheras enemigas: «General, allí es donde necesariamente debemos ir; allí es donde la victoria ó la muerte nos espera, sin que podamos diferir el ataque ni por un momento.» — «Este es también mi parecer, profirió Desaix; pero no he podido contener la emoción viendo perecer tan míseramente á estos bravos soldados. Si caigo herido, dejadme sobre el campo de batalla,» y abrazándose á su amigo, gritó: «¡Adelante!» Desaix mandó tocar á carga, dirigiendo



Combate de Benouth. (Cuadro de Ch. Langlois)

personalmente el movimiento, y lanzándose con impetuosidad en dirección al enemigo, gritó: «¡A vencer ó á morir!» á lo que contestó Rapp, su ayudante de campo: «¡A vencer!» Y en efecto, á pesar de la metralla, se apoderó de la pequeña colina; las trincheras fueron conquistadas por las tropas francesas, y los cañones tomados á los Mamelucos se emplearon contra los mismos, quienes emprendieron la fuga, dirigiéndose hacia el Alto Egipto.

Terrible fué el encarnizamiento desplegado por ambas partes, siendo muy contados los que salieron ilesos de tan reñido combate, en el que los Franceses hubieron de luchar contra fuerzas muy supe-

riores en número, en la proporción á lo menos de uno contra tres. Un mes después Murad intentó una sorpresa contra la guarnición de Medinet-el-Fayúm; pero fracasó en su empresa, y tuvo que emprender nuevamente el camino de la Nubia.

Desaix concedió á sus tropas un descanso de dos meses en la fértil provincia del Fayúm, habiéndose reforzado su ejército con 300 infantes y aumentado su caballería hasta 1.200 hombres. Como hemos dicho antes, Desaix concibió la idea, al mismo tiempo que Bonaparte, de organizar un cuerpo montado de dromedarios, y saliendo de Beni-Souef el 16 de Diciembre, Murad, que había acampado á dos jornadas de allí, se apresuró á levantar el campo. Corrió Desaix en su persecución con toda la celeridad posible, llegando á Girgeh el 29 de aquel mes, después de haber recorrido más de ochenta leguas en catorce días, y allí tuvo que aguardar á su pequeña flota durante veinte, por haber retrasado su marcha á causa de los vientos del sur.

Murad, cuya actividad parecía aumentar con las dificultades, buscó socorros fuera de Egipto: escribió á la Arabia á los jefes del país de Yambo y de Djeddah, solicitando su ayuda para defender la religión del Profeta. El cherif de Yambo contestó á su llamamiento, no obstante las órdenes en contrario del de la Meca, quien se hallaba en muy buenas relaciones con Bonaparte, y todas las poblaciones del Alto Egipto se levantaron en masa contra los Franceses.

Este era el peligro más inminente. Davout fué enviado de vanguardia á Suakim, Soheidje y Tahtad, para dispersar la vanguardia, y Murad, que había reunido todas sus fuerzas y tenía en su favor todo el país sublevado, decidió esperar al ejército francés en Samhud. Sin embargo de contar con el auxilio de los Arabes de Yambo, que desembarcados en Kosseir operaban en combinación con él, fué obligado nuevamente á emprender la fuga, habiende sufrido, en cambio, los Franceses tan sólo la pérdida de cuatro hombres.

El ejército, al remontar el Nilo, hallaba en su camino gran número de monumentos antiguos de una belleza sorprendente. Había ya admirado los magníficos templos de Denderah, donde Desaix mostró al general en jefe el famoso zodíaco, que más

tarde debía ser transportado á París, donde se conserva todavía, cuando en la mañana del 26 de Enero, al llegar á la cumbre de una serie de colinas, aparecieron de pronto ante los soldados de Desaix las ruinas de la famosa Tebas. A pesar de las grandes privaciones, fatigas é innumerables peligros que habían experimentado, se apoderó de ellos emoción extraordinaria al contemplar las maravillosas ruinas: profundo silencio reinó en las filas, hasta que todo el pequeño ejército prorrumpió en atronadores aplausos, como si aquellos famosos despojos hubieran sido el fin y objeto de todos sus gloriosos trabajos y el complemento de la conquista.

Desaix arrojó á Murad más allá de Syena, cuya población ocupó el 1.° de Febrero, dejando en ella á Belliard. Desde el 16 de Diciembre, día en que salió de Beni-Souef, ó sea en cuarenta y seis días, había recorrido con su ejército nada menos que 180 leguas, en un país casi desconocido y teniendo que sostener continuados combates.

Pero el bey Osmán y los Arabes de Yambo, que esperaban un convoy procedente de su país, habían vuelto á pasar el Nilo y mantenían viva la guerra en la orilla derecha del río, por lo que Desaix tuvo que volver sobre sus pasos y sostener nuevos combates en Tebas, Kehneh, Abumana, Esneh, etc., llegando los Arabes á apoderarse en Saouamah de una parte de la escuadrilla, á pesar de la heroica defensa del comandante de *L'Italie,* Morandy, que hizo volar su embarcación en el momento del abordaje. Belliard vengó este desastre con la victoria de Coptos; penetró después en el lugar de Benouth, donde los vencidos se habían hecho fuertes, y en el que encontró enérgica resistencia, pues habían convertido muchos de sus edificios en otras tantas fortalezas, y muy especialmente una mezquita y el cuartel de Mamelucos, cuyos muros estaban aspillerados y desde donde hacían un fuego vivísimo. «La mezquita se incendió, y los Arabes de Yambo que en ella se defendían perecieron entre las llamas; otras veinte casas sufrieron la misma suerte, y en pocos momentos quedó convertida la población en un montón de ruinas y sus calles cubiertas de cadáveres. Faltaba apoderarse del cuartel, y de ello se encargó el brigadier Eppler, quien llevó sus tropas en dirección á la puerta principal, que los zapadores

destrozaron á hachazos, y mientras otros minaban una parte del muro, la infantería pegaba fuego á una pequeña mezquita contigua al edificio, donde el enemigo guardaba sus municiones. La pólvora hizo explosión al contacto del fuego, veinticinco Arabes volaron por los aires y el muro se derrumbó. Sin perder momento, Eppler concentró sus fuerzas en este punto, y á pesar de la desesperada resistencia de nuestros enemigos, que con el fusil en sus manos, el sable entre los dientes y desnudos, como gusanos, se obstinaban aún en defender la brecha, logró apoderarse del edificio.» (DESAIX).

Entre los muertos se encontró al cherif Hassán. Al recibir Desaix estas noticias, volvió á emprender el camino de la Nubia, teniendo que empeñar todavía nuevos combates, hasta que, por fin, el 27 de Floreal, tras un último esfuerzo, «que fué, dice el mismo Desaix, otra patente muestra de la desesperación, por una parte, y de un valor extraordinario, por otra,» los Franceses ocuparon á Syène, grabando en una roca de la isla de Philé la siguiente inscripción:

L'AN VI DE LA RÉPUBLIQUE, LE 13 MESSIDOR,
UNE ARMÉE FRANÇAISE
COMMANDÉE PAR BONAPARTE
EST DESCENDUE A ALEXANDRIE.
L'ARMÉE AYANT MIS, VINGT JOURS APRÉS,
LES MAMELUKS EN FUITE AUX PYRAMIDES,
DESAIX, COMMANDANT LA PREMIÉRE DIVISIÓN,
LES A POURSUIVIS AU DELA DES CATARACTES,
OU IL EST ARRIVÉ
LE 13 VENTOSE DE L'AN VII.
LES GÉNÉRAUX DE BRIGADE
DAVOUT, FRIANT ET BELLIARD,
DONZELOT, CHEF DE L'ÉTAT-MAJOR,
LATOURNELLE, COMMANDANT L'ARTILLERIE.
3 MARS, AN DE J.-C. 1799.
Gravé par CASTEIX, SCULPTEUR (1)

(1) En el año VI de la República, el 13 de Messidor, un cuerpo de ejército francés, mandado por Bonaparte, desembarcó en Alejandría. El ejército derrotó, veinte días más tarde, á los Mamelucos en las Pirámides, y Desaix, que mandaba su primera

Al lado de esta inscripción oficial se encuentran algunos nombres de soldados, groseramente esculpidos sobre la roca con la punta de un cuchillo ó de una bayoneta. Si los soldados franceses hubieran continuado avanzando, habrían encontrado en su marcha otras inscripciones análogas, cuya antigüedad se remontaba á más de dos mil años. Más allá de la segunda catarata pueden leerse todavía algunas líneas, escritas en diversos caracteres, grabadas en el muslo de uno de los colosos de Ipsambul por las tropas mercenarias griegas, fenicias y sirias del rey de Egipto, Psammético. Con ellas quisieron dejar allí un recuerdo de su expedición, realizada unos 750 años antes de J. C.

La inscripción francesa ha sido menos afortunada que la de los soldados de Psammético, ya que después de ser ensuciada por viajeros poco escrupulosos, que no tuvieron ningún inconveniente, creyéndolo tal vez muy noble y digno, en continuar su nombre al lado de aquellos otros honrados por la gloria, posteriormente, según parece, fué destruída por los Ingleses, en su última expedición al Sudán.

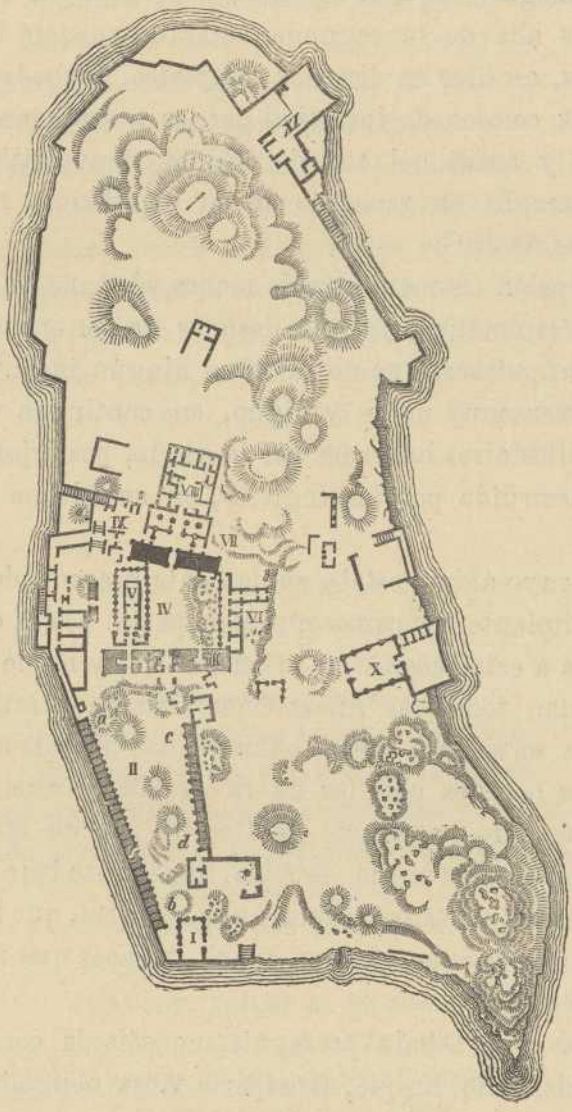
Desaix, cuyo ánimo estaba sumamente preocupado (tal vez con menos conocimiento de causa que Bonaparte) por la cuestión de las Indias, tendía á establecerse en el mar Rojo, y desde Keneh, lugar á donde afluían todas las líneas comerciales y estratégicas del Alto Egipto, había enviado á varios oficiales con la misión de entablar negociaciones con los cherifes de la Arabia, y dueño ya del valle del Nilo, se apoderó del puerto de Cosseir (29 de Mayo de 1799). «La ocupación de este punto, escribía, importante bajo todos aspectos, colma mis deseos.» Desgraciadamente Bonaparte, que había fracasado en su expedición á Siria, tuvo en aquel entonces que renunciar á sus proyectos sobre Asia.

En tanto que Desaix proseguía, no sólo la conquista, sino la pacificación del Alto Egipto, Bonaparte vióse obligado á abandonar el Cairo.

---

división, les persiguió hasta más allá de las Cataratas, adonde llegó el 13 de Ventoso del año VII.—Los generales de brigada Davout, Friant y Belliard; Donzelot, jefe de Estado mayor; Latournelle, jefe de la artillería.—3 de Marzo, año de J. C. 1799.—Grabado por Casteix, escultor.

De los dos ejércitos que la Puerta formara después de declarada la guerra, uno en Damasco y otro en Rodas, el primero de ellos iba adelantando ya á través de la Siria. Por fortuna, la revolución estalló en el Cairo prematuramente, y había sido dominada de un

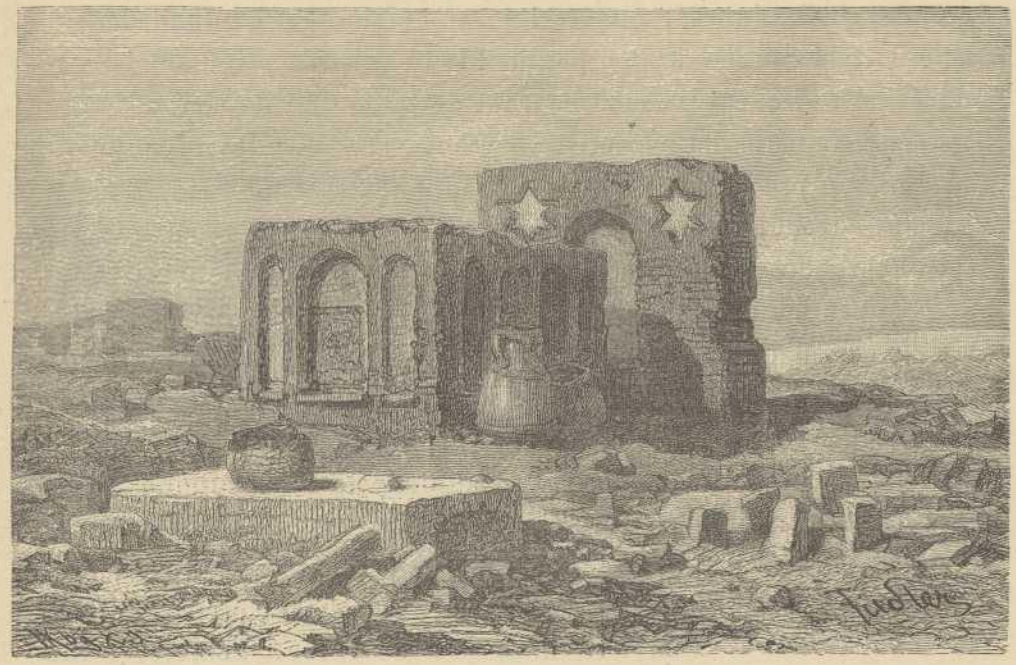


Plano de la isla de Philé

modo tan completo que Bonaparte se decidió á marchar al encuentro de este ejército, sin temor de que sobreviniera un nuevo levantamiento á sus espaldas. Además, tenía prisa en dirigirse á la región del Líbano, porque desde allí podía caer fácilmente sobre

Constantinopla ó bien aproximarse á la India, sublevando á su paso las poblaciones oprimidas por los Turcos.

En Noviembre de 1798 el Directorio envió un despacho á Bonaparte en que le dejaba en completa libertad para realizar cualquiera de los dos proyectos; pero este despacho no llegó á sus manos hasta Marzo de 1799, demasiado tarde ya para que pudiera influir en lo más mínimo en la marcha de los acontecimientos, lo cual venía á



En el desierto, entre Assuán y Philé

demostrar de una manera indubitable la existencia de un plan bien preconcebido. Por otra parte, la situación de Inglaterra en la India era á la sazón bastante crítica, por lo que sus naturales deseaban la llegada de los Franceses, enemigos irreconciliables de sus opresores, pues conservaban grato recuerdo de su dominación, que aun con ser corta, bastaba para establecer comparaciones entre la nobleza y generosidad de Dupleix y la rapacidad y conducta cruel de los agentes de la compañía inglesa.

Las brillantes cualidades que adornaban á los Franceses, eran recordadas á los Indios por algunos de los aventureros que iban á

aquellos lejanos países en busca de fortuna, gloria y poder. Franceses eran varios de los oficiales que habían organizado á la europea las fuerzas de muchos príncipes indígenas, poniéndolas en estado de poder hacer algunas conquistas sobre sus vecinos, y aun de hacerse respetar de los Ingleses. En época muy reciente, por cierto, el conde de Boigne había organizado, por encargo del príncipe Scindiah, llamado después *Bahadur* (el Victorioso), un ejército, al frente del cual conquistó para dicho príncipe un imperio entre el Nerbudda y el Djumna, que recibió el nombre de su fundador; y después de la marcha de Boigne, en 1794, heredó su influencia con Scindiah otro francés llamado Peyrón, en tanto que Raymond dominaba en el imperio del Nizam.

No eran precisamente los principados de Scindiah y el Nizam los que más preocupaban á Inglaterra; el de Mayssur, gobernado por Tippo-Sahib, causábale mayores y más graves inquietudes. Sólo obligado por la fuerza se sometió éste al tratado de Seringapatam (1792), por lo que muy pronto empezó á buscar aliados para renovar la guerra; y no sólo los buscó en la India y el Afghanistán, sino también en Europa, solicitando, en un principio, el auxilio de Luis XVI, y después, habiendo tenido algunas noticias, aunque vagas, sobre los trascendentales sucesos ocurridos en Francia, habíase dirigido con el mismo objeto al gobierno de este país, «fuese el que fuese.»

Más tarde, y ya con más conocimiento de causa, escribió al Directorio pidiendo se le enviara un ejército de 15.000 hombres y una pequeña flota, «en nombre de la antigua amistad que le unía á Francia, y que duraría mientras el sol y la luna brillaran en el cielo.» Son realmente tan curiosas estas relaciones entre un monarca despótico del Oriente y la República francesa, que nos creemos obligados á dar algunos detalles, tomándolos del artículo que M. H. Castannet de las Fosses publicó en la *Revista de la Revolución*, del 5 de Agosto de 1885.

Entre los Franceses que desde el principio de la Revolución habían llegado á la corte del Sultán de Mayssur, se hallaba un antiguo corsario llamado Ripaud, que entusiasta por las nuevas ideas, hablaba á menudo con el Sultán de la lucha que los Jacobinos sostenían contra Europa y de las derrotas que habían ocasionado á los ejércitos de la

coalición. En guerra los Jacobinos con Inglaterra, poco se necesitó para que Tippo-Sahib les demostrase sus simpatías, creyendo ver en ellos unos aliados poderosos que próximamente habían de proporcionarle su concurso. Ripaud se guardó muy bien de hacer perder las ilusiones que aquél concibiera; al contrario, las alimentó, dejándole entrever que los Jacobinos jamás dejaban abandonados á los aliados de Francia, y ya en este punto, la comedia se convirtió en sainete. Ripaud añadió que el mejor medio para obtener los auxilios que necesitaba á la mayor brevedad de sus amigos los Jacobinos, era organizar un club, semejante á los que existían en París, pues de esta manera podía tener la seguridad de hacerse popular en Francia y conquistar las simpatías de su gobierno. Organizóse, pues, un club de Jacobinos en Seringapatam, en el que, como es natural, ocupaba Ripaud la presidencia, habiéndose inaugurado solemnemente la nueva sociedad y celebrado su primera sesión el 5 de Mayo de 1797, con la asistencia de la mayor parte de los Franceses que allí residían, llevando todos el gorro frigio. Los naturales del país, musulmanes ó idólatras, que habían asistido al acto de la inauguración, no se dieron realmente cuenta de este espectáculo, nuevo completamente para ellos. Muchos eran los que llevaban la escarapela tricolor, creyendo con ello congraciarse con sus amigos los Franceses, y el mismo Tippo-Sahib se trasladó con toda solemnidad al club, cubierta su cabeza con el gorro frigio, lo mismo que los oficiales que le acompañaban, y tomó asiento en el estrado. Ripaud cedióle la presidencia honoraria, y los Franceses se levantaron á su presencia, aclamándole y entonando *la Marsellesa*, y al grito de «¡Viva la libertad!» juraron solemnemente odio á todos los tiranos, exceptuando al ciudadano Tippo-Sahib, el Victorioso.

Difícil era, en verdad, mandar desde los puertos franceses una escuadra á la India, sin contar, además, que el Directorio tenía en aquellos momentos bastantes quehaceres en Europa. Así, pues, el gobernador de la isla de Francia sólo pudo enviar á Tippo-Sahib unos cuarenta oficiales y 300 hombres, entre soldados europeos y mulatos, los cuales se embarcaron en Marzo de 1798, á las órdenes del coronel Chapuis.

Al saber la llegada de Bonaparte á Egipto, renacieron las espe-

ranzas del príncipe indio, al mismo tiempo que los temores de los Ingleses. Tippo-Sahib envió un agente á Bonaparte, al mismo tiempo que el gobierno inglés, aun sin conocer el objetivo de los Franceses, dió orden al contralmirante Blanket para que pasara á las Indias con una escuadra. La orden debía cumplirse con tal rapidez que, para no perder tiempo, en vez de esperar la escuadra á que se reuniesen todas las tropas de refuerzo, debía tomarlas á su paso por Lisboa, Gibraltar y el Cabo, ordenando igualmente que se pusiesen en estado de defensa los puntos más expuestos de la gran península asiática; pero la nueva de la victoria de Abukir, llevada á Bombay por uno de los oficiales de Nelson, hizo que se suspendiesen todos estos trabajos.

Por otra parte, habiéndose anticipado el levantamiento de Irlanda, lejos de ser una distracción de fuerzas contrarias, resultó para Francia, en aquellos momentos, un verdadero obstáculo, porque el Directorio no podía dejar de auxiliar á los insurgentes; envióles al general Humbert, pero éste llegó allí cuando la rebelión estaba sofocada, logrando tan sólo contribuir á la honrosa capitulación de Killala (8 de Septiembre de 1798).

Entonces Inglaterra no vaciló en tomar la ofensiva en la India, y los generales Harris y Stuart atacaron á Tippo, que no esperaba combatir tan pronto y deseaba antes entrar en inteligencia con los Franceses: su capital, Seringapatam, fué tomada por asalto y él mismo pereció en la defensa de su palacio (3 de Mayo de 1799). El coronel Arturo Wellesley, que tanta celebridad había de adquirir más tarde con el nombre de Wellington, tenía entonces treinta años, la misma edad precisamente que Bonaparte, y se distinguió notablemente en esta jornada, siendo nombrado gobernador de la ciudad. Esta corta y decisiva campaña calmó, como dice Jomini, el vivo recelo y la inquietud que había despertado en Inglaterra la expedición de Bonaparte á Egipto. La influencia francesa perdióse completamente en la India y el gobierno inglés pudo concentrar toda su atención en un solo objeto: arrojar á los Franceses del valle del Nilo. Casi á la misma hora en que Seringapatam caía en poder de los Ingleses, Bonaparte era rechazado en su segundo asalto á San Juan de Acre.

A principios de 1799 contaba aún Bonaparte con un ejército de 30.000 hombres, de los que destinó la mitad aproximadamente para

su expedición á Siria. Murat mandaba la caballería, compuesta de 1,200 hombres, y la infantería formaba cuatro brigadas á las órdenes de Reynier, Bon, Lannes y Kléber. Desde el comienzo de la campaña tuvo que luchar el ejército francés con grandes dificultades, que si bien no desconocía ahora, el recuerdo doloroso de



Tippo-Sahib. (Tomado de un dibujo de Favart)

lo que le había costado vencerlas jamás podría borrarse de su memoria. Separa el Egipto de Siria un desierto de sesenta y dos leguas de extensión, donde el agua sólo puede encontrarse en puntos distantes de 15 á 25 leguas, por lo que, si bien el desierto de Damanhur era en realidad poco importante, comparado con las fatigas experimentadas anteriormente, las tropas, con mayor experiencia, iban en mejores condiciones para poder resistir las priva-

ciones y el calor. Reuniéronse gran número de camellos y de asnos para el transporte de las provisiones, prestando también grandes servicios el cuerpo de dromedarios, que había sido recientemente organizado. La artillería de sitio y gran parte de las municiones y aprovisionamientos fueron embarcados en dos cuadrillas, que debían encontrarse con el ejército en las costas de Siria.

Sin embargo, fué tan grande en esta ocasión el desaliento que se apoderó de las tropas francesas, que en poco estuvo no se desbandaran en parte; pero una división de retaguardia, compuesta casi exclusivamente de oficiales y subalternos, procuró con esfuerzos verdaderamente heroicos, hacer guardar siempre el orden y recogió á los rezagados. Reynier, que marchaba á la vanguardia, ocupó el 9 de Febrero la aldea de El-Arich, y en tanto llegaba Kléber, sitió el 12 la fortaleza; se apoderó el 14 y 15 del campo de Abdallah é Ibrahim, situado á algunos kilómetros de aquel punto, serie de combates que Napoleón califica como «una de las más brillantes operaciones militares que es posible realizar.» Aunque prevenidos los Musulmanes, se engañaron respecto al punto por donde serían atacados y sufrieron una completa derrota, dejando en poder de los franceses un inmenso botín.

Bonaparte, que llegó el 17, cuando la artillería había abierto ya una brecha practicable en la fortaleza, se esforzó en obtener que la guarnición, compuesta de Arnautas y Mogrebinos, los mejores y más valientes soldados de Oriente, capitulase. Llamados á consulta por su jefe Ibrahim, se mostraron dispuestos á capitular bajo la condición de conservar sus armas; pero habiéndose Bonaparte negado á ello, Ibrahim le contestó: «Entregar nuestras armas sería para nosotros una humillación, y preferimos la muerte á la deshonra. Moriremos todos antes que someternos á una condición por la que ninguno de nosotros ha de pasar; he aquí nuestra última resolución. Si vos no aceptáis nuestra propuesta, resignados nos abandonaremos á la voluntad de Dios.» Bonaparte les permitió al fin que se retirasen á Bagdad con todas sus armas, si bien les hizo jurar que por espacio de un año no podían levantarse contra las tropas francesas, y una parte de los Mogrebinos solicitó y obtuvo entrar al servicio de Francia.

El desierto terminaba á pocas leguas de El-Arich. Los soldados franceses, al penetrar en la región del Líbano, pudieron contemplar en el cielo las nubes precursoras de la lluvia, que no se hizo esperar, y que tan bien acogida fué por las tropas que se empaparon de ella con verdadera fruición. Mas no pasó mucho tiempo sin que echaran de menos el cielo siempre puro de



Bonaparte, general en jefe del ejército de Egipto. (Campaña de Siria, según una litografía de Raffet)

Egipto, ya que, después de la toma de Gaza, que se entregó sin disparar un tiro, tuvieron que sufrir una violenta tempestad, desprovistos de abrigo de todo género, que duró cuatro días consecutivos. Los más afortunados pudieron hallar refugio en las numerosas tumbas esparcidas por la llanura, y para calentarse echaron al fuego gran número de olivos, que al efecto habían arrancado. Una vez mejorado el tiempo, el ejército siguió su marcha á Jaffa, pasando por Ramleh y la llanura de Sarón, situada á seis leguas escasas de Jerusalén, sagrado lugar que todos hubieran querido visitar, pero Bonaparte no lo permitió.

Dirigiéronse á Jaffa directamente llegando ante ella el 3 de Marzo, é intimada el 7 la rendición á la plaza, cortaron los defensores la cabeza al parlamentario, á pesar de ser turco; pero tomada al asalto con arrojo y valor extraordinarios, fué entregada á saco por espacio de treinta horas. Delante de Jaffa cometió Bonaparte un acto de implacable rigor: He aquí cómo lo refiere Ségur en sus Memorias: «Ocupada la ciudad, sus habitantes fueron respetados; pero entre sus defensores sobrevivientes de la plaza encontró á los soldados de El-Arich, que tan generosamente dejara en libertad bajo su palabra. Al faltar á ella nos habían hecho perder 250 hombres y un tiempo tan precioso como los hombres, mayormente en aquellas críticas circunstancias. Confiar otra vez en ellos era imposible, so pena de volver á empezar, ni tampoco conservar los prisioneros, dada la escasez de víveres en que nos encontrábamos. De enviarlos á Egipto por mar, se exponían á caer en poder de los Ingleses; y por tierra, sin una buena escolta, era más imposible aún, pues rodeados de enemigos, no podía disponerse de fuerzas para ello, porque todas se necesitaban para pelear. Eran los prisioneros en número de 3,000 aproximadamente; de ellos separaron á los Egipcios y Mamelucos; colocaron aparte á 2,000 Arnautas, que eran lo más escogido del ejército turco y fueron llevados á la playa, donde, divididos en pelotones, y después de encomendarse á Dios, sin pedir gracia ni exhalar una queja, sufrieron todos la suerte de la guerra con una resignación verdaderamente oriental.»

«Un testigo de cuya imparcialidad no puede dudarse, pues cayó más tarde en desgracia con el emperador, afirma aún hoy que en el consejo de guerra Bonaparte se negó constantemente á sancionar tal matanza, pero que al fin hubo de acceder á ello, obligado por lo imperioso de las circunstancias, y tanto el general en jefe, al dar la orden á los soldados, como éstos al ejecutarla, estaban mucho más consternados que las mismas víctimas. Por lo demás, la carta en que Napoleón daba cuenta de este hecho al Directorio, en términos tan concisos como enérgicos, muestra perfectamente la obsesión de su ánimo ante el recuerdo de aquella sangre que se había vertido tan á pesar suyo. Esta carta fué escrita en la misma

ciudad de Jaffa y lleva la fecha de 13 de Marzo. «La guarnición, compuesta de 4,000 hombres, dice en ella sin más detalles, ha sido pasada á cuchillo.» No trata de disminuir el número ni la importancia de la hecatombe; en cambio, su dolor se ve patente al escribir poco después: «¡Jamás la guerra me ha parecido tan horrorosa!» En esta dolorosa exclamación, y á través de la agitación y del desorden con que en diversos puntos de la carta recuerda inoportunamente á todos aquellos á quienes perdonó, se comprende toda la extensión del sufrimiento que le tortura y se ve hasta qué punto se esfuerza en tranquilizar su corazón perturbado por el recuerdo de la terrible ejecución que él autorizó, obligado por el Consejo de guerra, que contra su costumbre y forzado por las circunstancias había reunido.

«Hubiérase hablado menos de este hecho, que recuerda otros muchos más crueles de César, si Bonaparte, al dar el asalto, dejándose llevar de sus generosos sentimientos, como en Alejandría, y principalmente en el Cairo, después de la sangrienta sublevación de esta capital, no hubiese impedido la matanza, ya que entonces todo el horror de la ejecución hubiera recaído sobre los soldados, que en la excitación del combate y la ferocidad del enemigo, habrían hallado la mejor disculpa. Ello no obstante, jamás Napoleón se arrepintió de este hecho, por muy doloroso que para él fuera su recuerdo; y siete años después, en Saint-Cloud, á propósito de un acto de debilidad que reprochaba á nuestra expedición á Calabria, del que acababa yo de darle cuenta, llevándome aparte, según acostumbraba, me recordó las ejecuciones de Jaffa, citándolas como ejemplo de cuanto puede exigir de un general la salvación de su ejército.»

Dueño de Jaffa, le era fácil á Bonaparte entrar en Jerusalén; pero, como antes hiciera delante de Roma, se negó á dar este rodeo, que no entraba en su plan de campaña, recordando que hay nombres que, por grande que uno sea, resultan siempre peligrosos para unirlos con el propio.

En Jaffa se declaró la peste en el ejército. Desde principios de 1799 reinaba en las costas de Siria, y los excesos de todo género cometidos en aquella ciudad por las tropas francesas

fueron causa de que la epidemia se desarrollara entre ellas con violencia. Su aparición fué súbita como el rayo: el día 12 nada anunciaba su presencia, y en la mañana del 13 fueron atacados en pocas horas 800 hombres. Al conocerse la naturaleza de la enfermedad, los enfermos quedaron abandonados y sin ninguna clase de cuidados; los que se sentían atacados por el mal se entregaban á la desesperación, y creyéndose perdidos, ni tan sólo trataban de luchar contra él, convencidos de su impotencia ante la fatalidad de su destino. Desgenettes tan sólo combatió valerosamente tan terrible plaga, y, como dice Barthélemy et Méry:

Rassure le soldat qui tremble pour ses jours
Puis, d'une horrible preuve appuyant son discours,
Au fond d'une tumeur par le mal calcinée,
Il puise sur l'abcès la goutte empoisonnée;
Et dans sa propre veine, ouverte de sa main,
Infiltre, sans pâlir, le liquide venin (1).

Tan heroica acción no tuvo fatales consecuencias, ya que, por fortuna, tan sólo le sobrevino una inflamación local en el punto correspondiente á las dos incisiones de la lanceta, que le duró unas tres semanas. No obstante, su ejemplo no bastó á tranquilizar los ánimos: «Desgenettes, decían, es médico, y por lo tanto deber tiene de afrontar la enfermedad.»

Aun cuando Bonaparte no ignoraba que el deber del general en jefe de un ejército es no exponer su vida sin necesidad, en aquella ocasión creyó que debía luchar personalmente contra semejante enemigo, y á pesar de las súplicas é indicaciones de sus generales, quiso visitar las mezquitas en que se había instalado á los enfermos. Se detuvo á su lado; vituperó el terror que de los mismos se apoderara, que calificó de exagerado, y para demostrarles cuán convencido estaba de lo que les decía, tocó con su propia mano las úlceras de uno de los soldados que parecía estar más gravemente

(1) Consuela al soldado, que teme por su vida — y apoya sus razones con una horrible prueba — del fondo de un tumor calcinado por la enfermedad, — saca del tumor una gota emponzoñada — y en las abiertas venas de su propia mano — inyecta sin palidecer el líquido venenoso.



Bonaparte visita en Jaffa los atacados por la peste. (Cuadro de Gros. Museo del Louvre)

Rodean al general, Berthier, Bessières y el médico mayor Desgenettes, el comisario en jefe Daure y el joven Masclet, cirujano amigo de Gros

atacado de la peste. Con razón pudo más tarde condenar públicamente la conducta de un cirujano que negó sus servicios á varios heridos, por haber estado en contacto con los apestados, y decir en una orden del día: «Ningún francés debe temer la muerte, cualquiera que sea su profesión.» Esta fué una excepción, afortunadamente rara, pues la abnegación del cuerpo médico de sanidad fué tan admirable, que de los treinta y cuatro que prestaban sus servicios en los hospitales de Jaffa, treinta y tres sucumbieron al contagio.

El día 19 de Marzo de 1799 llegó el ejército delante de San Juan de Acre, la antigua Ptolemaida.

De suma importancia era esta ciudad para los ulteriores proyectos de Bonaparte. Quería convertirla en base de sus operaciones para su expedición, pues era la llave que debía abrirle el camino de las Indias. Ya dijimos que, no atreviéndose á exponer su artillería en los arenales del desierto, había dispuesto le fuese enviada por mar; y como además las escaleras que llevara consigo resultasen muy cortas, hizo construir otras de mayores dimensiones. Todo parecía, pues, indicar que la plaza caería muy pronto en su poder; sin embargo, aquí, como en Abukir, tuvo que habérselas con adversarios más inteligentes y fuertes de lo que él había supuesto.

«Entre los bajáes de la Puerta, dice Thibaudeau, se contaba el famoso Achmet, bajá de Saïda (Sidón) y de San Juan de Acre, conocido también por Djezzar ó *el Carnicero*. Tan valiente como arrojado y emprendedor, gobernaba con el título de visir la región situada entre Nahr-el-Keb y Cesarea y su poder era muy grande. Ejercía á la vez los cargos de ministro, canciller, tesorero y secretario, y muy frecuentemente hacía de jardinero y cocinero, y aun en ocasiones era juez y verdugo. Iba vestido sencillamente con el traje de los Arabes, su barba blanca le cubría el pecho y en la cintura llevaba, como único signo de su autoridad, un puñal guarnecido de diamantes. Daba sus audiencias sentado sobre una estera, en un salón desamueblado, teniendo á un lado y cerca de él una pistola de cuatro tiros, una escopeta de aire comprimido, un hacha y un sable muy largo. Mientras conversaba, se entretenía en recortar con unas tijeras toda clase de figuras de papel. En las antesalas del palacio veíanse criados mutilados de distintas maneras;

á unos les faltaba una oreja, á otros un ojo, otros sólo tenían un brazo. Del interior de su harem nada se podía traslucir, ignorándose por lo mismo el número de sus mujeres; la que una vez entraba en aquella misteriosa prisión podía darse como perdida para el mundo. Se les servía la comida por un torno, y cuando alguna de ellas enfermaba, el médico, por el mismo conducto, les tomaba el pulso. A pesar de contar sesenta años próximamente, conservaba todo el vigor de su juventud, y perecía á sus manos toda mujer de cuya fidelidad llegara á sospechar siquiera.»

Encerróse Achmet en Tolemaida, donde confiaba rechazar los ataques de Bonaparte, contando con el auxilio de los Ingleses; pero en tan mal estado se encontraban las fortificaciones de la plaza que no le era posible resistir por mucho tiempo. Al cabo de un mes, falto de artillería, de municiones y de víveres, disponíase á capitular, cuando la llegada de Sidney Smith con su escuadra hizo variar los acontecimientos. Al cruzar el Mediterráneo el comodoro inglés, se apoderó delante de Jafía de los buques franceses encargados de conducir al ejército el material de sitio que Bonaparte había pedido, y una vez dueño de él se trasladó á San Juan de Acre, aprovisionando la plaza con víveres y municiones de toda clase. Con estos medios materiales Sidney Smith proporcionó á la plaza buenos artilleros, que escogió de entre los marinos de su escuadra, y además dejó en ella un oficial de sobresaliente mérito, que iba á poner al servicio de la tenacidad musulmana todos sus profundos conocimientos en la ciencia militar europea y todos sus notables recursos como ingeniero consumado, lo que, unido á un carácter osado, propio de la juventud, y á un espíritu naturalmente intrépido y emprendedor, resultaba en aquellos momentos para los sitiados un elemento de gran importancia. Era éste un francés emigrado, condiscípulo que había sido de Bonaparte en la Escuela de Brienne y en la de París, y se llamaba Picard de Phélippeaux. La presencia simultánea de éste, de Sidney Smith y de Bonaparte en Siria, era debida á un conjunto de circunstancias, de tal manera extraordinarias que rayaban en lo novelesco.

En tanto que Bonaparte, sirviendo á la Revolución, preparaba su prodigiosa fortuna, Phélippeaux había emigrado de Francia

en 1791, y después de servir en el ejército de Condé (1792), con una audacia rayana en temeridad, se aventuró á volver á su patria, no obstante la sentencia de muerte que pesaba contra los emigrados, y lo que es más, regresó á ella para conspirar (1795). Al efecto, organizó un alzamiento realista en el Berry, y al frente de una pequeña fuerza logró apoderarse de Sancerre: sin embargo, muy pronto cayó prisionero y fué encerrado en Bourges, de donde logró escaparse cuando iba á ser sentenciado, pudiendo refugiarse de momento en Alemania, para en 1797 volver de nuevo á París.

Hallábase precisamente Sidney Smith en aquella época preso en el Temple, por haber sido sorprendido en una intentona sumamente arriesgada, que llevó á cabo en la desembocadura del Sena, cuyo objeto se supuso, no sin fundamento, era el de favorecer algún complot tramado por los realistas; así que, no sólo fué considerado como prisionero de guerra, sino que se le encerró en el Temple junto con su secretario, el emigrado Tromelin, que se hacía pasar por su criado. En distintas ocasiones se había intentado proporcionarle la evasión, pero sin resultado. Phélippeaux debía ser más afortunado en esta empresa. Procuróse una orden en blanco del jefe de policía, gracias tal vez á la complicidad de algún otro empleado, para lo cual había recibido una crecida cantidad. En su poder la citada orden, halló medio de ponerse en relación con la hija del carcelero, que entró en el complot representando en él un papel muy importante. Ella se encargó de convencer á su padre de que muy pronto debía llegar la orden para trasladar á Sidney Smith á otra cárcel, fuera de París, y en el día convenido se presentó Phélippeaux convertido en comisario de policía, junto con cuatro amigos suyos disfrazados de gendarmes, á quienes acompañaba un titulado general de división, papel el más difícil, encargado á Boisgirard, bailarín de la Ópera, que por cierto llevaba el uniforme con gran marcialidad. Un buque se hallaba preparado en la Mancha, en el cual se embarcó Sidney Smith, pudiendo al fin llegar sin obstáculo á Inglaterra. Phélippeaux había acompañado á Siria al comodoro inglés con el deseo de encontrarse con Bonaparte, á quien odiaba desde Brienne, y este odio fué la causa que le llevó á encerrarse en la casi desmantelada plaza de San Juan de Acre, para combatir contra él.

Para colmo de infortunio, el ejército turco, reunido en Damasco, se dirigía al teatro de la guerra, engrosado en su marcha por los Musulmanes de la Siria, al mando de Abdallah, pachá de Damasco. Bonaparte, confiado en su buena estrella, se obstinaba en no querer abandonar los muros de San Juan de Acre, trabando cada día nuevos é inútiles combates.

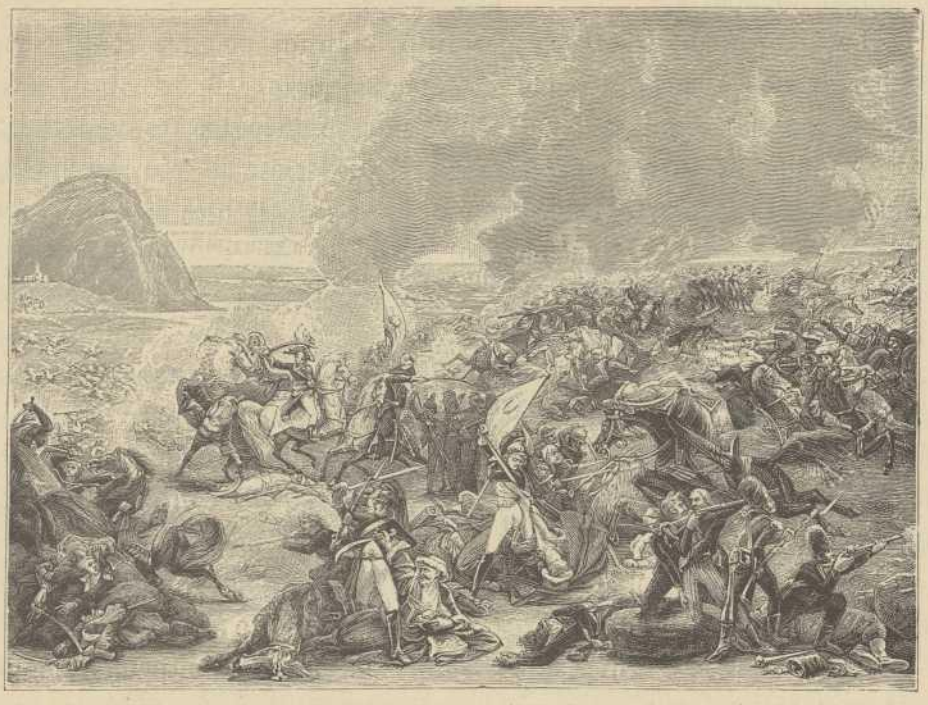
Ante la contingencia de ser cogido entre dos fuegos, resolvió que una parte de su ejército continuara el asedio de la plaza, y él se dirigió al encuentro de los Otomanos, que habían pasado el Jordán. El valeroso é intrépido Murat, con sólo 1,000 Franceses, había triunfado de 3,000 hombres, acaudillados por el hijo del pachá, y las nuevas victorias del puente de Jacob y de Tiberiades le hicieron dueño de Psafet, la antigua Bethulia, en tanto que el mismo día, Junot lograba contener en Nazareth la vanguardia enemiga, fuerte de 25,000 hombres, que mandaba Djezzar.

Fué éste uno de los más brillantes hechos de armas de esta campaña. Componíanse las fuerzas de Junot de 300 granaderos y 100 caballos, que unidas al auxilio que le proporcionara Daher, jefe de los Drusos, venían á formar un total de 500 hombres.

Las ocho serían de la mañana cuando se avisó la llegada de tropas enemigas, que divididas en dos cuerpos, hacían caracolear sus caballos en la llanura. Comprendió al momento Junot que lo peor para él sería tener que batirse en retirada; así fué que, resuelto á contener al enemigo, mandó hacer alto á sus soldados y esperar á pie firme, ordenando que no disparasen sus armas hasta no hallarse á veinte pasos de distancia del ejército contrario. Sus órdenes fueron puntualmente ejecutadas; sonó una seca y pavorosa detonación, semejante al ruido producido por el trueno, y 300 jinetes mordieron el polvo, muertos por la certera y rápida descarga cerrada de las tropas francesas, sin que lograra con sus cargas la caballería enemiga romper el cuadro formado por la infantería. La caballería francesa, vacilante en los primeros momentos, se rehizo, y los Turcos hubieron de abandonar el campo. Los Franceses tan sólo tuvieron 2 muertos y 48 heridos.

En este combate ocurrieron algunos episodios dignos por muchos conceptos de los paladines de la Edad Media. «Junot,

cuenta Pascal, se había separado del grueso de sus fuerzas, á fin de ganar una pequeña altura, desde la cual poder juzgar mejor el conjunto de la batalla. Visto por el agá Agoub-bey, que le reconoció por el traje, le acometió, acompañado de su mameluco; pero Junot, dejando colgado su sable de dragón, sacó del arzón una magnífica pistola, levantó lentamente la mano, y apuntando al agá por entre las orejas de su caballo, que inclinado sobre la



Combate de Nazareth. (Boceto de Gros, en el museo de Nantes)

silla precedía unos cinco ó seis pasos á su mameluco, le alojó una bala en medio de la frente. Agoub-bey abrió los brazos, se inclinó hacia atrás, y desprendiéndose de los estribos cayó al suelo: en cuanto al mameluco que le seguía, Junot le hendió la cabeza de un sablazo. Los Franceses aplaudieron calurosamente; si el ejército era digno de tal jefe, no era menos digno el general de tal ejército.»

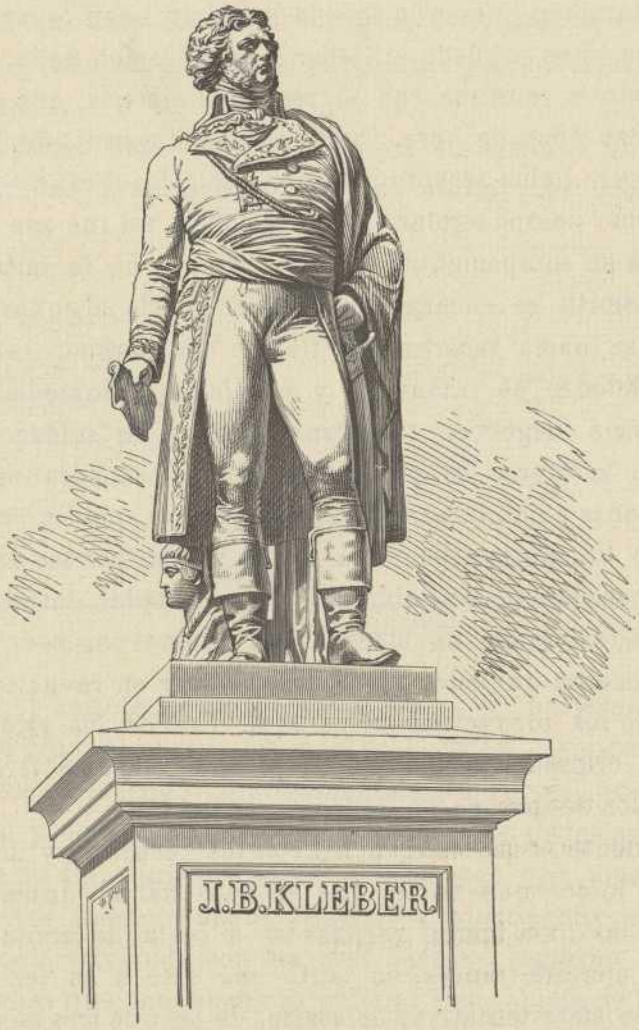
Cuando llegó aquella misma tarde á noticia de Bonaparte la relación del triunfo conseguido, lleno de admiración, decidió abrir

un concurso para pintar un cuadro que recordase este extraordinario combate. Éste se celebró en el año IX, y Gros obtuvo el premio, cuyo boceto se conserva en el Museo de Nantes. En cuanto al cuadro no llegó á pintarse, pues Napoleón, celoso de su gloria, no quería compartirla entonces con ningún otro, guardándola toda para él sólo. La mitad de la tela en que debía representarse la batalla de Nazareth, cuyo dibujo se había empezado ya, sirvió para el famoso cuadro *Los apestados de Jaffa,* en el que no era Junot el glorificado sino el propio Bonaparte.

La victoria de Nazareth permitió á Junot poderse reunir con Kléber, como había proyectado. Al amanecer del 16 de Abril, éste, después de haber andado toda la noche, se encontró frente á frente del gran ejército turco, en la llanura de Esdrelón, al pie del monte Tábor. Kléber tenía á sus órdenes 3,000 hombres que debían luchar contra 25,000; era esta una nueva batalla de las Pirámides, pero con una desproporción numérica de fuerzas mucho mayor. Desde las seis de la mañana hasta la una de la tarde, sin esperanza de recibir ningún auxilio, los dos cuadros en que ondeaba la bandera tricolor, semejantes á dos escollos perdidos en medio de los mares y combatidos por las furiosas olas, permanecieron impasibles, rechazando todos los ataques, «retardando su derrota á fuerza de continuadas victorias.»

A medio día del 14, partió de San Juan de Acre el general Bon, con unos 3,000 hombres aproximadamente, llegando allí el 16 á las nueve, siguiéndole Bonaparte. Éste hizo primeramente que su caballería se apoderase del campamento turco, situado á unas dos leguas del campo de batalla, en el que los Franceses encontraron un inmenso botín, anunciando después su llegada con una salva por las ocho piezas de artillería que llevaba consigo. Los soldados de Kléber, cansados, pero aún no quebrantados, á pesar de una lucha continuada de siete horas, prorrumpieron en aclamaciones de alegría, en tanto que los Turcos empezaron á vacilar. Los generales Vial y Rampon, al frente de sus tropas formadas en cuadro, marcharon en distintas direcciones para formar con la división Kléber los tres ángulos de un triángulo equilátero, de una legua de lado, en el centro del cual quedó el enemigo, cuyos 25,000 hombres fueron envueltos

por los 6.000 del ejército francés. Acosados los Turcos por todas partes é imposibilitados de poder maniobrar, dado el escaso terreno de que podían disponer y su contingente demasiado numeroso, ni podían



Estatua del general J. B. Kléber, en Estrasburgo

atacar ni defenderse, por lo que huyeron á la desbandada, dejando la llanura cubierta de 6.000 de los suyos, entre muertos y heridos. La caballería ganó á toda prisa la orilla del Jordán y la infantería pudo retirarse á las alturas próximas, debiendo su salvación á la obscuridad de la noche. La división del general Kléber, que había estado batiéndose desde las seis de la mañana á las siete de la tarde, pernoctó en

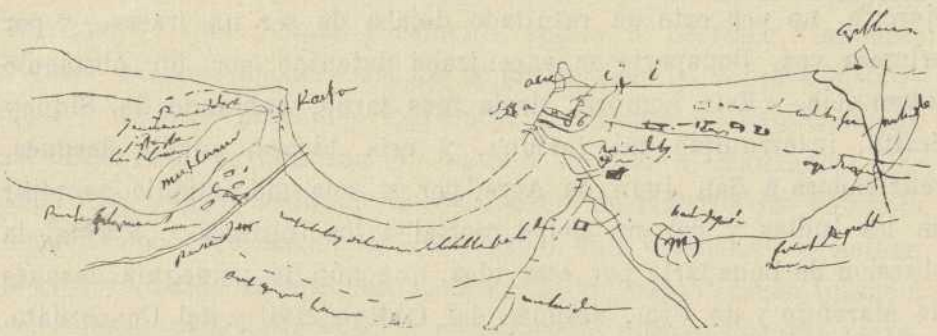
el campo de batalla, y Bonaparte mandó cantar un *Te Deum* en el convento de los padres latinos de Nazareth. «El ejército, dice Napoleón, creyó que entraba en un templo europeo, al contemplarle iluminado por millares de cirios y expuesto el Santísimo Sacramento.» Hace notar también que en la iglesia había un buen organista.

Una vez hubo confiado á Kléber la pacificación de la cuenca del Jordán, volvió á reunirse con el resto del ejército, que continuaba delante de San Juan de Acre. Cierto es que el ejército de Damasco no existía ya; pero había servido para distraer á los Franceses, haciéndoles al mismo tiempo agotar sus municiones; así fué que Bonaparte, al regresar á su campamento, se encontró con que le faltaban balas de cañón. Smith se encargó de proporcionarle algunas del modo siguiente: se hacía recorrer, de tiempo en tiempo, la playa por algunos pelotones de infantería y caballería, é inmediatamente el comodoro hacía fuego con todas sus piezas y los soldados entonces recogían en la arena los proyectiles que la escuadra inglesa hacía llover con tanta amabilidad. Se pagaban veinte sueldos por una bala de 36 ó de 33, quince por una de 12 y diez por las de 8. Era en verdad un espectáculo singular ver á los soldados, formando grupo en la playa, sirviendo de blanco á los cañones ingleses, y una vez hecha la descarga que ellos provocaran, correr en revuelta confusión persiguiendo los proyectiles disparados. Uno de los soldados de la 13.ª media brigada, llegó á reunir él solo, en una tarde, proyectiles por valor de más de 80 francos.

Sumamente precarios eran semejantes recursos, y Bonaparte lo comprendía mejor que nadie. Los sitiados habían intentado varias salidas, en las que fueron rechazadas á costa de grandes pérdidas causadas al ejército francés, en tanto que éste á su vez había sido rechazado en siete tentativas de asalto, de las que tres de ellas fueron verdaderamente formales. Sidney Smith conservaba aún en parte la impresión que le causara la lectura de las primeras cartas de las tropas de Egipto, publicadas en Inglaterra, en las que se revelaba entre ellas cierto desfallecimiento; así, pues, tuvo la singular idea de repartir entre el ejército francés unas proclamas en que se excitaba á la deserción á los soldados. Aunque se ha puesto en duda semejante hecho, afirma Vertray, entre otros, haber poseído uno de estos docu-

mentos, que transcribe en su diario. Ello no sirvió más que para excitar la indignación entre las tropas francesas, y Bonaparte calificó aquel acto como se merecía, declarando que como su autor estaba loco, rompía todas sus relaciones con él. Smith contestó á esta declaración con un cartel de desafío dirigido á Bonaparte, quien contestó que no aceptaría ningún duelo si no tenía por adversario al general Malborough.

Bonaparte, lleno de confianza en su ejército, quiso hacer un nuevo esfuerzo, intentando un último asalto, más decisivo que los



Facsímile de un croquis del sitio de San Juan de Acre, trazado por Napoleón en Santa Elena, mientras dictaba sus memorias

anteriores, y reuniendo todos sus cañones y morteros disponibles, acribilló la ciudad con sus últimos proyectiles. Avanzaron entonces los Franceses, atacando vigorosamente á los Turcos, que trataban de detenerlos, y en pocos momentos se apoderaron de los arrabales; pero su triunfo no fué duradero, pues encontraron que delante de ellos había nuevos fosos y nuevas trincheras construídos recientemente, y los Turcos, volviendo con mayores fuerzas, lograron arrojarles de las posiciones que ocupaban. El general Bon, el jefe de Estado Mayor Fouler y el brigadier Veneux perecieron en esta empresa, cayendo gravemente heridos, al lado del general en jefe, Augusto Colbert, Croisier, Arrighi, Eugenio de Beauharnais y Duroc. Caffarelli y Rambaud fueron también heridos mortalmente en los asaltos anteriores, lo mismo que Horacio Say, jefe de ingenieros de gran porvenir, discípulo y amigo de Caffarelli. Entonces Bonaparte resolvió levantar el sitio. Phélippeaux, extenuado tanto por las fatigas como por las heridas recibidas, no sobrevivió más que algunos días al

triunfo alcanzado sobre los soldados de su patria; contaba sólo treinta y un años de edad. Con todo, ninguna de las pérdidas sufridas en estos combates, impresionó tanto á los Musulmanes como la de Caffarelli. «Algunos Franceses procedentes de Siria, dice Gabarlí en su *Diario*, anunciaron que el Padre *la Muleta* (Caffarelli) había muerto, y que se le echaba mucho de menos en el ejército. Éste era el más travieso de aquellos diablos, conocía extraordinariamente todos los ardides de la guerra é iba siempre á la vanguardia.»

Si bien en esta expedición se había acrecentado la gloria del ejército, no por esto su resultado dejaba de ser un fracaso, y por primera vez, Bonaparte se encontraba detenido por un obstáculo invencible. «Este hombre, decía más tarde, hablando de Sidney Smith, interrumpió mi fortuna, y esta bicoca, añadía después, refiriéndose á San Juan de Acre, por sí sola me impidió penetrar en las Indias y dar un golpe mortal á los Ingleses.» Era tal la obsesión de Bonaparte por esta idea, que aun le perseguía después de Marengo y de Ulm, después del Código civil y del Concordato. A fines de 1800 le vemos discutir con Pablo I el proyecto de una expedición franco-rusa por el Danubio, el mar Caspio y el Asia occidental hasta el Indo. En el campamento de Bolonia, estuvo vacilando algunas semanas entre llevar adelante su proyecto de invadir Inglaterra ó bien organizar una gran expedición hacia el golfo de Bengala. En la víspera misma de la batalla de Austerlitz, decía hablando familiarmente con sus amigos: «Si hubiera llegado á apoderarme de Acre, me calzo el turbante, visto mi ejército á la turca, y procurando rehuir el peligro hasta el último extremo, formo con él mi batallón sagrado, mis Inmortales; y valiéndome de los Arabes, de los Griegos y de los Armenios, termino la guerra contra los Turcos! En vez de alcanzar una victoria en Moravia, ganaba la batalla de Isso, me hacía proclamar emperador de Oriente y regresaba á París por Constantinopla.»

En las instrucciones que dictó en el campamento de Finknstein, el 10 de Mayo de 1807, dirigidas al general Gardane, encargado de una misión especial en Persia, se lee lo siguiente: «Por fin, el general no perderá de vista que nuestro principal objetivo es

establecer una triple alianza entre Francia, la Puerta y Persia, y abrirnos un camino para las Indias.»

La misión de Gardane iba dirigida tanto contra la política rusa como contra Inglaterra. Después de la paz de Tilsit, cuando el czar Alejandro era aliado de Francia, trató Napoleón de realizar juntamente con Rusia el proyecto tan combatido en el reinado de Pablo I.

No eran estos, en verdad, vanos proyectos, necesarios en aquel momento para engrandecerse ante la opinión pública, pues ya durante el mismo sitio de San Juan de Acre había dicho Bonaparte á Andréossy, que momentáneamente suplía á Berthier, entonces enfermo: «Si nos apoderamos de la plaza, marcho sobre Constantinopla y me hago proclamar emperador de Oriente.» «Este ensueño, verdaderamente extraordinario, hubiera llegado á realizarse, dice Ségur, pues según testimonios irrecusables de viajeros que entonces se encontraban recorriendo el Líbano, cien mil cristianos le habían estado aguardando en este punto, deseando de todo corazón unirse á su ejército después de la toma de San Juan de Acre.» Por otra parte, fueron muchas las tribus cristianas que se comprometieron aliándose con los Franceses, hasta el punto de tener que abandonar la Siria y seguir á éstos en su retirada. Además, la singular población de los Drusos, enemigos de los cristianos de Siria, pero que no era musulmana ortodoxa, y que desde entonces «ha tenido siempre fija su vista en Occidente,» estaba, como se ha visto, igualmente en favor de los Franceses. De todas maneras, fué preciso renunciar á este ensueño.

Sin embargo, las previsiones de Bonaparte empezaban á realizarse. La aureola de las conquistas lejanas, y más aún el papel de pacificador y de soberano, aumentaban el brillo del vencedor de Italia; se hacía de él en vida un héroe de epopeya y aun un héroe legendario. Componíanse obras dramáticas, cuyo asunto eran el Egipto y Bonaparte, tales como el *Vaudeville au Caire,* original de los ciudadanos Jouy y Longchamps, que fué representado en el teatro de la calle de Feydeau por los cómicos del Odeón el 18 de Fructidor del año VIII. Y hasta se llevaba el mismo general á las tablas, como por ejemplo, en *Zélis et Valcour* ó *Bonaparte au Egypte,* ópera cómica destinada al teatro de la República y de las Artes. Al comenzar la

obra aparece en ella Bonaparte, quien, cantando, trata de convertir á Abubokir, pachá del Cairo, á las ideas occidentales y atraerlo á la alianza francesa. El general llega á dicho punto con suma facilidad y canta para animarle:

«Reçois, pour cimenter ici notre alliance,
Les couleurs de la liberté (1).»

Bonaparte se desprende de su banda tricolor y la coloca á Abubokir cruzada sobre el pecho. Luego empieza un largo *couplet,* en el que alterna en seguida el coro, que comienza así:

«Affermis ici ta présence
O liberté, seul but de mes travaux (2).»

Abubokir accede á todo, menos á dar la libertad á su esclava Zélis, porque está convencido de que no la aprovechará ciertamente para quedarse con él, pues entre sus cautivos se encuentra un francés, llamado Valcour, que le inspira, con este motivo, justos temores. Al ofrecerle, en cambio, otras hermosas princesas, exclama siempre Abubokir: «¡Yo amo á Zélis, yo amo á Zélis!» á lo que, indignado, replica Bonaparte: —«¡Cargándola de cadenas!» —El valiente Sulkowski, ayudante de campo de Bonaparte, interviene á su vez y canta un duo con el feroz Abubokir, en el que trata de enseñarle sus verdaderos deberes para con el bello sexo:

«Ah! pourquoi sous vos lois cruelles
Prétendez-vous les enchaîner?
C'es á vous d'en recevoir d'elles
Au lieu d'oser leur en donner (3).»

Por fin, tras una nueva embestida de Bonaparte, logra arrancar del poder de Abubokir á la «bella» Zélis, asegura su casamiento con el «interesante» Valcour, y entonces prorrumpen todos en un entu-

(1) Toma, para afianzar aquí nuestra alianza, los colores de la libertad.
(2) Afianza aquí tu dominio, ¡oh libertad, único objetivo de mis esfuerzos!
(3) ¡Ah! ¿por qué bajo vuestras leyes crueles — pretendéis encadenarles? — Sois vos quien de ellas debe recibirlas, — en vez de atreverse á ponérselas.

siasta «¡Viva Francia!» Los jóvenes musulmanes solicitan entrar en el ejército francés, para derrocar en breve la tiranía que ha pesado sobre Egipto, diciendo el corifeo en su nombre:

«Bonaparte, reçois ces jeunes musulmans
Sous ton invincible bannière.
Ils brûlent de combattre en leur ardeur guerrière
Nos dominateurs insolens (1).»

Bonaparte acepta el ofrecimiento en una gran aria, que termina con estas palabras:

«Quand pour être libre on se bat,
On est bien sûr de la victoire (2).»

Respondiendo el coro:

«Puissions-nous unis aux Français
Anéantir la tyrannie
Et mériter tant de bienfaits
Dont tu combles notre patrie (3)!»

Abubokir da fin á la fiesta con una danza de varias odaliscas, en honor de la libertad y de Francia, delante de los Musulmanes y de los oficiales de Estado Mayor y soldados franceses que forman el coro. No puede darse argumento más patriótico ni más moral.

Esta pieza, como se ha visto, es la *Veuvé du Malabar*, de Lemierre, arreglada á las circunstancias y reducida á las dimensiones de un vaudeville sentimental. Inspira sin duda risa este Bonaparte de ópera bufa; pero no dejan de encontrarse en esta desdichada producción las ideas «generosas y sensibles» de la época y una noción justa de lo que Francia se proponía realizar en Egipto. Más adelante, cuando se tratará de poner en escena una guerra de conquista con sus entusiasmos correspondientes, al desarrollar el argumento

(1) Bonaparte, recibe á estos jóvenes musulmanes—bajo tu invencible bandera.—Arden en deseos de combatir con valor guerrero—contra nuestros insolentes dominadores.

(2) Cuando se combate por la libertad — la victoria es segura.

(3) ¡Ojalá podamos, unidos con los Franceses, — anonadar la tiranía — y obtener tantos beneficios — como tú colmas de ellos á nuestra patria!

de las guerras de Argel, en la Ópera cómica, se hará *Le Caïd*. Los tiempos habían cambiado (1).

El ejército de Egipto era la idea que obsesionaba á la nación francesa. Por una parte, el Directorio no había dejado de preocuparse ni un solo momento por su suerte, y M. Boulay (de la Meurthe) ha demostrado perfectamente cuántos esfuerzos se necesitaron para poder mantener relaciones constantes con aquel ejército y proporcionarle socorros directa ó indirectamente, ya por la vía diplomática ó por medio de las armas.

Se recordará que al salir Bonaparte de París convino con el Directorio en que procuraría estar de vuelta por el mes de Octubre siguiente; pero cuando éste creía que, con motivo del desastre de Abukir, apresuraría su regreso, recibió un despacho de Bonaparte en que le excitaba á formar una nueva escuadra con las embarcaciones que había dispersas en el Mediterráneo, á fin de poder auxiliarle. Desgraciadamente, todos estos buques ó se encontraban bloqueados ó su mal estado no les permitía prestar servicio. Entonces fué cuando el Directorio propuso á España, su aliada, ejercer una acción marítima común, á lo que ésta se negó, pretextando que únicamente uniría su marina á la francesa en una campaña en el Océano en favor de Irlanda, cuya insurrección estaba ya en aquellos momentos dominada.

Entretanto habían llegado nuevos despachos del Cairo, en los que Bonaparte persistía en su idea de que la ocupación de Egipto era sumamente perjudicial para Inglaterra, y decía que precisaba

---

(1) Sin embargo, muchos consideraban la expedición á Egipto como una aventura, según lo demuestran los siguientes versos:

Que de talents jetés á l'eau
Et que de fortunes perdues!
Que de gens courent au tomb'au
Pour porter Bonaparte aux nues!
Ce guerrier vaut son pesant d'or:
En France personne n'en doute.
Mais il vaudrait bien mieux encor
S'il valait tout ce qu'il nous coûte (*).

(*) «¡Cuántos genios extinguidos,—Cuántas fortunas perdidas,—Cuántos infelices corriendo hacia la tumba—Para elevar á Bonaparte hasta las nubes!—Este general vale tanto oro como pesa,—Nadie lo duda en Francia,—Pero aún valdría más de lo que vale—Si valiese tanto como nos cuesta.»

establecer la base de operaciones de la marina francesa en Corfú, renunciando á toda clase de aventuras en el Océano. Y preveyendo que la guerra con Turquía era inminente, aconsejaba enviar allí un cuerpo de ejército, á las órdenes de Bernadotte, para desde este punto poder invadir la Morea y la Albania. Bonaparte se excusaba de no verificar su regreso en el mes de Octubre; pero prometía hacerlo tan pronto supiese la actitud definitiva del Sultán, sobre todo si aún continuaba la guerra en el continente. El Directorio ordenó entonces á la escuadra de Brest que pasase al Mediterráneo. El almirante Bruix, burlando á lord Bridport, que le esperaba en el camino de Irlanda, y á lord Keith, á quien una terrible tempestad había alejado de las aguas de Cádiz, pudo atravesar el estrecho de Gibraltar; pero en vez de dirigirse sobre Malta, como fué su intención primera, se retiró á Tolón, por lo que resultó completamente inútil su movimiento.

Se había formado la segunda coalición, y Francia, derrotada, veía amenazadas sus fronteras. Sin duda que el Directorio abundaba en las mismas ideas con respecto á Bonaparte; pero ahora se encontraba enfrente de un peligro mucho más inmediato y mucho más grave que el que podía ocasionarle la gloria y la ambición de este general. Los triunfos alcanzados por los aliados atizaban la guerra civil en Francia, y únicamente Bonaparte, según la opinión general, podía traer consigo la victoria. Por otra parte, ¿acaso al Directorio le sería difícil atraérsele á su partido, en contra de los Consejos, y valerse de él para un nuevo golpe de Estado? ¿No le había prestado su apoyo para el del 18 de Fructidor? Se escribió, pues, á Bonaparte, con fecha 29 de Mayo de 1799, una carta oficial, cuya autenticidad se ha intentado en vano negar, en la que se le decía: «Queda á vuestra consideración si es posible dejar con seguridad en Egipto una parte de vuestro ejército, en cuyo caso el Directorio os autoriza para que confiéis el mando á quien creáis más conveniente. El Directorio vería con gusto que volvieseis al frente de los ejércitos republicanos que hasta ahora habéis mandado con tanta gloria.»

Unos dos meses después, con motivo de una proposición de Talleyrand, que había sido reemplazado por Reinhard en el ministerio de Negocios extranjeros, el Directorio resolvió entablar con la Puerta

una negociación para la vuelta de Bonaparte, valiéndose como intermediario de M. de Boutigny, embajador de España en Constantinopla; ajustándose una capitulación, que aquél podía libremente aceptar ó rechazar. Este proyecto era tanto más fácil de realizar en cuanto que los Turcos habían propuesto el regreso de Bonaparte, á condición de que evacuase á Egipto, y los Berberiscos, por otra parte, empezaban á tratar á los Franceses con bastante deferencia. El bey de Trípoli había mandado víveres á Malta; el de Argel había cesado de maltratar á sus cautivos, y Marruecos estaba en paz con Francia. Talleyrand trataba de enviar secretamente algunos agentes diplomáticos á las regencias, y para simplificar los preliminares, el Directorio se decidió á investir de plenos poderes á Bonaparte, á fin de que pudiese tratar solo y directamente con la Puerta.

Bonaparte ni recibió la carta del 29 de Mayo, ni las instrucciones posteriores, pues cuando éstas llegaron á Egipto él ya le había abandonado. Su inesperado regreso desconcertó al Directorio, que no le esperaba tan pronto, y cuya situación se había afirmado con las victorias de Bergen y de Zurich. Sin embargo, no podía éste quejarse, pues Bonaparte, en virtud de las primeras instrucciones recibidas, tenía perfecto derecho para obrar así; además se anticipaba á los deseos del Directorio, que no podía decir desconociera por completo, ya que Sidney Smith se los había comunicado, y finalmente, acababa de afianzar con un brillante triunfo la posición de Francia en las orillas del Nilo.

Al levantar el sitio de San Juan de Acre, Bonaparte se apresuró á regresar á Egipto. Gabarlí cita quince causas distintas, por las que se justifica la vuelta de Bonaparte, según se desprende de una carta confidencial que éste escribió al diván del Cairo, si bien una sola era suficiente: tal era la próxima llegada de la segunda expedición turca, formada por el ejército de Rodas, á la entrada del Delta. Tras las fatigas de la campaña de Siria, los soldados volvían con verdadera alegría á un país que comenzaba á ser para ellos como una segunda patria, y á pesar de las privaciones sin cuento que tuvieron que sufrir al atravesar nuevamente el desierto y del régimen detestable á que hubieron de someterse, Larrey afirma «que muchos de los soldados que venían gravemente heridos, resistieron esta larga

marcha sin experimentar el menor accidente, y mejorando de tal manera, que la mayor parte quedaron curados cuando llegaron á la vista de Egipto.» Tan feliz resultado lo atribuye al cambio de clima, al calor seco del desierto y á la alegría que tuvieron al regresar á aquella región.

Bonaparte demostró el mayor interés y solicitud para con los heridos, y por falta de medios de transporte para conducirlos, ordenó que los jefes cediesen sus caballos, empezando él mismo por dar ejemplo. Gracias á estas circunstancias, la campaña de Siria no costó más allá de 2.000 hombres, habiendo hecho creer que las pérdidas habían sido mayores la exagerada proporción de oficiales, y principalmente de jefes, heridos ó muertos, cuyo número excedió en mucho al de ordinario.

Para castigar los incesantes ataques de que eran objeto por parte de los naturales del país y contener la persecución, los Franceses destruían cuanto hallaban á su paso. Bonaparte mandó volar las fortificaciones de Jaffa y destacó una fuerte guarnición en El-Arich, llave de la frontera de Siria; y nada demuestra mejor la estabilidad que había alcanzado en esta época la dominación francesa en Egipto como la situación floreciente en que encontró el Cairo, en donde, á pesar de su ausencia de cuatro meses, continuaban todos los trabajos que se habían iniciado y los impuestos se recaudaban con gran regularidad. Una flotilla inglesa, que se había presentado delante de Suez, fué rechazada por la artillería de la plaza. Habían ocurrido algunos motines en el Delta, que fueron fácilmente sofocados. Mustafá-bey, á quien Bonaparte confiara en 1799 el tan envidiado cargo de Emir-Hadji, ó sea jefe de los peregrinos de la Meca, se había sublevado en el Charkieh, pero no tardó en ser arrojado á Siria con un puñado de sus partidarios. En otra parte del Delta apareció un impostor, que se hacía pasar por el ángel El Mohdy, fanatizando las poblaciones y encendiendo una guerra análoga á la que los Ingleses tuvieron que sostener recientemente en el Sudán contra el Mahdi. Sorprendió á Damanhur y pegó fuego á una mezquita, en la que perecieron sesenta hombres de la legión náutica, que constituían toda su guarnición. El brigadier Lefebvre, que sólo contaba en aquellos momentos con unos doscientos hombres á sus órdenes, vióse

con verdadero estupor atacado por muchos miles de fellahs, armados de palos, y que, arrojando después tan débiles armas, le atacaron lanzando contra él puñados de polvo. Cerca de Ramanieh, El-Mohdy, aprovechándose del fuerte viento que soplaba en dirección del punto donde se encontraban las tropas francesas, mandó incendiar las cosechas; pero afortunadamente pudieran éstas salvarse del fuego y del humo en un vasto campo sembrado de cebollas, que todavía estaban verdes, y en las que el incendio no pudo hacer presa. A pesar de tantos esfuerzos, Lefebvre perdió sólo en este combate unos sesenta hombres, pereciendo en cambio tres ó cuatro mil insurrectos, y habiéndose apoderado poco después de Damanhur, cayó también en su poder El-Mohdy y fué muerto.

Bonaparte hizo en el Cairo una entrada triunfal, que revistió la mayor magnificencia, siendo paseados los prisioneros turcos por las calles de la ciudad y colgadas en la mezquita de Djemil-Azar las banderas cogidas en la expedición. El Diván dió á conocer esta solemnidad por todo el Egipto, en una pomposa proclama, que redactó en su mayor parte el mismo Bonaparte, en aquel estilo oriental que tan perfectamente se había sabido asimilar.

Desaix, á su vez, continuaba su obra de pacificación y conquista en el Alto Egipto. Dividió el territorio en dos gobiernos, encargándose él del de Siut y confiando el de Kenet á Belliard. Desaix encontró entre los mismos habitantes del país utilísimos auxiliares: uno de los ayudantes de su Estado Mayor era un cofto, llamado Jacob, que por cierto más tarde quiso construir á sus expensas el monumento que se acordó elevar en Egipto á la memoria del mismo Desaix.

No es de admirar que los habitantes del Alto Egipto se adaptaran tan pronto á la administración francesa. «Desaix y Belliard hacían por sí mismos frecuentes excursiones á las poblaciones, á fin de reglamentar con los cheikes y los habitantes las obras públicas, canales y diques, y discutir las mejoras que pudieran realizarse, procurando siempre conciliar los intereses del gobierno y del ejército con los de los agricultores. Estos últimos se entregaban pacíficamente al cultivo de sus tierras, y proporcionaban víveres frescos y en cantidad necesaria á los soldados, y las personas acomodadas no ocultaban su posición y se mostraban en público tal como eran. Las poblaciones

empezaron por abolir la bárbara costumbre de los *rescates de sangre*, es decir, la venganza á mano armada de los crímenes, de las injurias y del robo, reconociendo la jurisdicción de los tribunales franceses. El comercio cobró nuevos vuelos; los cafés de Moka llegaban á Suez y á Kosseïr y los trigos de Egipto eran exportados á la Arabia, ofreciendo el Alto Egipto el aspecto de un pueblo regido por un gobierno verdaderamente paternal.» La situación de los Franceses en esta región llegó á parecer tan sólida que aun se intentó ocupar la Abisinia, pues los economistas del ejército creían que era una posición comercial de la mayor importancia para los posesores de Egipto, ya que en sus montañas se encuentran en abundancia excelentes maderas, mármoles, plata, estaño, cobre y polvo de oro. Poussielgue escribió á Bonaparte, que se hallaba entonces en Siria, una carta sobre esta cuestión; pero el proyecto quedó en breve abandonado, aunque, á creer una nota de la *Historia científica de la expedición*, se había empezado á ejecutar en el preciso momento de la evacuación de Egipto. El brigadier Dupas y el antiguo caballero de Malta, Láscaris, jefe superior de administración de los nuevos dominios, hubieran preferido intentar esta aventura antes de su regreso á Francia y habían empezado ya los preparativos necesarios para llevarla á cabo.

Sin embargo, el ejército turco se había presentado ante Alejandría y, protegido por la artillería inglesa, desembarcó ordenadamente, apoderándose con verdadera intrepidez del fuerte de Abukir, que Marmont no había puesto en las condiciones requeridas para su defensa, y estableciéndose después sólidamente en esta conquista, apoyando su derecha en el mar y su izquierda en el lago Madyeh. Tal situación era verdaderamente peligrosa para el ejército turco si no podía sostener el ataque de los Franceses, pues en este caso no le quedaría otro refugio que el fuerte de Abukir, de capacidad insuficiente para todas las fuerzas que lo formaban.

Bonaparte reunió sus tropas, y salvando las cuarenta ó cincuenta leguas que separan el Cairo de Abukir, con maravillosa rapidez, en 23 de Julio se presentó ante las trincheras de los Turcos con 25.000 hombres, de ellos 3.000 de excelente caballería, y 60 piezas de artillería perfectamente servidas, que desde distintos puntos había mandado reunir en Alejandría. Lanusse atacó la izquierda enemiga por el

frente, en tanto que algunos escuadrones la envolvían y la empujaban hacia el mar. En vano Murad-Bey, procedente del Alto Egipto y dando un rodeo, pudo llegar algunos días antes de esta batalla; su concurso resultó inútil. En la derecha, la caballería del general Murat había sorprendido al enemigo en una posición peligrosa, haciendo en él una horrible carnicería; y la población de Abukir, á pesar de sus fuertes trincheras, cayó en poder de la infantería, no quedándoles á los turcos más que el fuerte, en el que tenían una guarnición de 3.000 hombres, que capituló algunos días después, cayendo prisioneros Kara-Mustafá, pachá de Rumelia, y todo su estado mayor. La playa quedó cubierta de cadáveres turcos.

Imposibilitada se hallaba la Puerta de oponer ningún otro ejército á Bonaparte, pues al de Rodas le había cabido aún peor suerte que al de Damasco, ya que los soldados que no perecieron en el combate ó no se salvaron en la fuga, cayeron casi todos prisioneros. Sidney-Smith presenció impotente la completa destrucción de sus aliados, y tan sólo pudo recoger algunos restos de aquellas tropas en los buques de su escuadra. En la noche de esta batalla fué cuando Kléber dijo á Bonaparte aquellas famosas palabras: «¡General, sois tan grande como el mundo!» Éste escribió entonces al gran visir, proponiéndole la paz, y llamándole la atención sobre los propósitos de Pablo I y la ambición de Inglaterra, le decía: «Disponeos á tener que desplegar pronto el estandarte del Profeta, no contra Francia, sino contra Rusia y la Gran Bretaña, que así que comprendan que os halláis debilitado, levantarán la cabeza para demostrar bien á las claras las pretensiones que alimentan.»

Puesto el Egipto al abrigo de todo peligro inmediato con la victoria de Abukir, Bonaparte ya no pensó más que en regresar luego á Europa, y para tener noticias ciertas de lo que en ella pasaba, recurrió á Sidney-Smith, á quien envió un oficial de marina sumamente hábil, llamado Descorches, que hablaba muy bien el inglés, con objeto de negociar un canje de prisioneros. Después de haber tratado del asunto que servía de pretexto para aquella entrevista, Descorches hizo algunas reflexiones sobre política general, y Sidney-Smith se apresuró á relatarle las derrotas sufridas por los Franceses en Italia y Alemania, encareciéndole los peligros de Francia, con sus fronteras



Batalla de Abukir (25 Julio 1799). (Cuadro de Gros, Museo de Versalles)

Rodeado y sobre los cuerpos de sus más fieles subditos el Pachá es sostenido por ellos y por su hijo, quien, viéndole fuera de combate rinde sus armas al general Murat, su vencedor

amenazadas y con un gobierno comprometedor é impotente, y en apoyo de tales aseveraciones, entregó á Descorches un paquete de periódicos. Ante la gravedad de aquellas noticias dispertáronse la ambición y el patriotismo de Bonaparte, aunque el patriotismo sólo hubiera bastado para justificar su partida, ya que durante su viaje, ó sea del 22 de Agosto de 1799, en que salió de Alejandría, al 1.° de Octubre, en que llegó á Ajaccio, y el 9 del mismo mes á Fréjus, se obtuvieron las victorias de Zurich (25 y 26 de Septiembre) y de Bergen, 19 de este mes, las cuales, sin poner fin á la peligrosa situación en que se encontraba Francia, por de pronto la libraban de la invasión, y de las que no supo nada Bonaparte hasta llegar á su patria. Además, no ignoraba que el Directorio mismo deseaba su regreso, pues Sidney-Smith acabó por indicar á Descorches que Nelson le había enterado de la resolución tomada por el gobierno francés de llamar á Bonaparte.

No vaciló éste más y preparó con todo sigilo su partida. En un pliego cerrado, que no debía entregarse á Kléber hasta después de su embarque, le designaba como su sucesor, dándole instrucciones precisas y enérgicas. Le recomendaba que cuidase mucho de las fortificaciones de Alejandría y El-Arich, llaves de Egipto, y le prometía enviarle próximamente refuerzos y auxilios de todo género. Quería que nada faltase en esta colonia, cuya importancia comprendía perfectamente, y estaba convencido de la posibilidad de conservarla; cuando fué nombrado primer cónsul, época en que todavía las fuerzas francesas permanecían en Alejandría y en el Cairo, se complacía á menudo en representarse lo que llegaría á ser aquella hermosa región después de transcurridos cincuenta años de prosperidad y buen gobierno.

«Miles de esclavos regularían la distribución de las aguas del Nilo por todos los ámbitos del territorio; los ocho mil ó diez mil millones de metros cúbicos de agua que todos los años van á perderse en el mar, se repartirían por todas las zonas bajas del desierto, por el lago Mœris, por el Mareotis y en el cauce seco del río, llegando hasta los oasis y aun más allá por la parte del Oeste; hacia el Este la recibirían los lagos Amargos y las tierras bajas del istmo de Suez, así como los desiertos que se extienden entre el mar Rojo y

el Nilo. Numerosas bombas y molinos de viento elevarían el agua á vastos depósitos, de donde correría por multitud de canales, acequias y otras sangrías menores; la población se cuadruplicaría con repetidas emigraciones, procedentes del centro del África, de Arabia, Siria, Grecia, Francia, Italia, Polonia y Alemania; el comercio de las Indias volvería nuevamente á su antigua ruta, por la fuerza irresistible de las circunstancias, y Francia, por lo tanto, dueña de Egipto, lo sería al mismo tiempo del Indostán... La misma distancia hay del Cairo al Indo que de Bayona á Moscou: y así, un ejército de 60.000 hombres, montados en 50.000 camellos y en 10.000 caballos, llevando consigo víveres suficientes para cincuenta días y agua para seis, podría llegar en unas cuarenta jornadas á orillas del Éufrates y en cuatro meses al Indo, en pleno país de los Seikhs, de los Mahrattas y demás pueblos del Indostán, deseosos todos de sacudir el yugo que les oprimía.

»Al cabo de medio siglo de poseer el Egipto, veríase extender la civilización europea por el interior del África, y muchas dilatadas regiones de aquel gran continente serían llamadas á gozar de los beneficios que reportan las artes, la ciencia y la religión verdadera, pues los pueblos del centro del África han de recibir del Egipto la luz y la prosperidad.»

A pesar de todo, Napoleón iba á emprender otros derroteros; pero sería injusto repetir aquí, como tantas veces se ha hecho, que abandonó en esta inútil conquista un ejército casi deshecho, sin artillería, sin equipo y sin víveres, reducido á la cuarta parte de su antiguo contingente. Un solo dato bastará para contestar á semejantes cargos: el ejército que se describe con tan tristes colores es el mismo que acababa de alcanzar la tan rápida como brillante victoria de Abukir; constaba de 25.000 hombres, sin incluir en este número las tropas que se hallaban en el Alto Egipto y las guarniciones de distintos puntos importantes que vigilaban el país, y además Bonaparte dejaba al frente de este ejército, como jefe, uno de los primeros generales de Europa.

Escogió Bonaparte para acompañarle algunos hombres de acción, capaces de acometer cualquier empresa, como Junot, Bessières, Lannes y Murat, ó adictos absolutamente á su persona, como Berthier, y

confiado al *Muiron* y al *Carrère* el cuidado de conducir «al César y á su fortuna,» se arriesgó á pasar por entre los cruceros ingleses, que cruzaban el Mediterráneo en todas direcciones (22 de Agosto), y desembarcó en Fréjus el 9 de Octubre. Pero Bonaparte, al abandonar el Oriente, dejaba allí recuerdos que no se han borrado aún. Por eso el poeta se convierte casi en historiador al decir:

Vainqueur, enthousiaste, éclatant de prestiges,
Prodige, il étonna la terre des prodiges.
Les vieux cheiks vénéraient l'émir jeune et prudent.
Le peuple redoutait ses armes inouïes;
Sublime, il apparut aux tribus éblouies
Comme un Mahomet d'Occident.

Leur féerie a déjà réclamé son histoire;
La tente de l'Arabe est pleine de sa gloire;
Tout Bédouin libre était son hardi compagnon.
Les petits enfants, l'œil tourné vers nos rivages,
Sur un tambour français règlent leurs pas sauvages,
Et les ardents chevaux hennissent à son nom (1).

No menos profunda fué la impresión que causó en Europa el regreso de Bonaparte. Beaumarchais, que acabó obscuramente su vida aventurera, decía poco tiempo antes de su muerte, ocurrida en 18 de Mayo de 1799: «Los extraordinarios hechos realizados por este joven no pertenecen á la historia, sino á la epopeya: están por encima de la realidad. Sus empresas, sus ideas, todo en él es maravilloso. Al leer sus boletines, me parece estar leyendo un capítulo de *Las Mil y una noches*.»

(1) «Vencedor, entusiasta, brillante y prestigioso, — prodigio él mismo, admira al mundo con sus prodigios. — Los viejos cheikes veneraban al joven y prudente emir. — El pueblo temblaba ante sus inauditas hazañas; — sublime, aparecíase ante las asombradas tribus — como un Mahoma de Occidente.

»Su prodigiosa fortuna reclama ya la historia; — el aduar del árabe está lleno de su gloria; — los libres beduínos eran sus entusiastas compañeros. — Los niños, fijos sus ojos en nuestras playas, — regulan sus torpes pasos al compás de un tambor francés — y los fogosos caballos relinchan al oir su nombre.»

TERCERA PARTE

EL CONSULADO



Regreso de Egipto. (Copia de una pintura mural de Appiani)

CAPÍTULO PRIMERO

EL 18 DE BRUMARIO

SITUACIÓN DE FRANCIA EN LOS ÚLTIMOS TIEMPOS DEL DIRECTORIO. EL GOLPE DE ESTADO

El Directorio no supo aprovechar la ventajosa situación en que le había puesto el tratado de Campo-Formio.

Este tratado no fué más que una tregua para los vencidos, que se vieron obligados á suscribirle; pues no era de presumir, en efecto, que el Austria, á pesar de la compensación obtenida con la cesión de Venecia, hubiese renunciado sinceramente al Milanesado. Esta era una razón de más para que el Directorio, obrando con prudencia y cautela, no dispersase en modo alguno las fuerzas militares de Francia; sin embargo, el gobierno, por el contrario, pareció complacerse en provocar una nueva coalición de toda Europa, continuando una política revolucionaria que no podía justificarse y con la cual, no sólo perturbaba los intereses materiales, sino que también atacaba á las conciencias.

De esta manera vió Suiza violada su neutralidad secular, invadido su territorio y saqueado el tesoro federal, y no obstante la resistencia que opuso este pequeño pueblo, particularmente por

parte de los cantones pobres y montañeses del centro, cuna de su libertad, la antigua Confederación suiza, en la que cada cantón tenía su constitución propia, casi siempre oligárquica, quedó substituída por una república democrática y unitaria, con el nombre de República Helvética. El Piamonte quedó sometido á la dominación francesa y arrebatado de hecho al rey de Cerdeña, á pesar del tratado de París; el pontífice Pío VI, que había sido arrojado de Roma, fué encerrado en una prisión; el rey Fernando de Borbón y la reina Carolina viéronse obligados á refugiarse en Sicilia, acogiéndose á la protección de Inglaterra, y los retumbantes nombres de República Romana y República Partenópea, que recibieron los dos gobiernos establecidos entonces en las dos más importantes ciudades de Italia, Roma y Nápoles, apenas si bastaban para ocultar tras ellos otras mnchas pequeñas miserias.

La segunda coalición que se formó á consecuencia de estas agresiones, resultaba tan peligrosa como la primera; pues si bien España, el Piamonte, Prusia y Holanda no figuraban en ella, en cambio Rusia y su emperador Pablo I le prestaron su cooperación de una manera activa y decidida, á cuyo efecto, un grande ejército Ruso, mandado por Souwaroff, se unió á las tropas austriacas.

Por otra parte, Francia, quebrantada por los grandes esfuerzos de los años anteriores y vencida en un principio por todas partes, desde el cabo de Helder hasta el estrecho de Mesina, tuvo necesidad de toda la habilidad de Sieyes, desde su embajada de Berlín, y de la rectitud del rey Federico Guillermo de Prusia, para impedir que sus ministros se prepararan á adjudicarse una parte de los despojos de su aliado vencido, llegándose á temer que los Austriacos y los Rusos atravesaran el Rhin. De realizarse estos temores, restaba, sin embargo, la esperanza de que Prusia no vacilaría en acudir á *proteger contra una invasión* las provincias de la orilla izquierda de aquel río que, por el tratado de Basilea, habían sido cedidas á Francia. Tres fueron los acontecimientos que salvaron entonces á esta nación: los triunfos de Brune en Holanda, en Bergen y en Cástricum; la admirable campaña de Massena en Suiza, coronada por la victoria de Zurich, y el haberse separado Pablo I de la coalición.

El emperador de Rusia había tomado las armas con el único



Entrada del ejército francés en Roma, el 14 de Febrero de 1798. (Dibujo de Nodet)

objeto de restaurar en sus tronos á los monarcas destronados por la Revolución; pero en cuanto vió que Austria se negaba á devolver al rey de Cerdeña, que se había puesto bajo la especial protección del Czar, las plazas del Piamonte que el ejército austro-ruso había reconquistado, no pudo ya engañarse más sobre los fines puramente egoístas que perseguían sus aliados. Las victorias de Brune y de Massena aumentaron su descontento, porque, en efecto, los triunfos conseguidos por los Franceses podían atribuirse en gran parte á las faltas



El papa es detenido por la caballería francesa y vuelto á conducir á Verona

militares de los Austriacos, que parecían haber llevado á los Rusos á la derrota. Aprovechóse, pues, del pretexto que le dieron sus aliados negándose á entregarle la plaza de Ancona, para separarse de una alianza en la que no se le concedía, según dijo, el lugar que legítimamente le correspondía, y mandó retirar en seguida los diez mil hombres que, de acuerdo con los Ingleses, había enviado á las islas de Jersey y Guernesey para proteger un levantamiento que, en sentido realista, se fraguaba en Bretaña.

«Aun cuando Francia,—escribe M. A. Lefebvre en su *Historia de los gobiernos de Europa en la época del Consulado y del Imperio*,—

había logrado salvarse de un peligro inminente y extraordinario, su situación no dejaba de ser por esto menos deplorable. El edificio levantado en Campo-Formio se había derrumbado, habiéndose visto arrojada de Italia y hallándose amenazada con la pérdida de sus conquistas en la orilla izquierda del Rhin. Contribuía á mantener el recelo de Francia la actitud de Prusia, cuyo gobierno persistía en su resolución de ocupar los ducados de Cléveris y de Gueldres, manteniendo sus tropas acampadas cabe el Rhin, esperando sólo una orden de Berlín para pasar el río y penetrar en territorio francés.»

El ejército de Italia, por otra parte, marchaba de desastre en desastre, y muy pronto la batalla de Genola, perdida por Championnet el 4 de Noviembre, hubo de arrojar á los Franceses definitivamente al otro lado de los Alpes, empujando á los Austriacos hacia el Var.

No era mucho más lisonjera la situación interior de Francia: el gobierno veía disminuir su autoridad de día en día, llegando á no inspirar á nadie ni cariño ni temor. Ninguna garantía política podía ofrecer la Constitución del año III, violada en 18 de Fructidor, en 22 de Pradial y en 30 de Foreal; la inmoralidad administrativa había llegado á tal grado que era necesario remontarse á la desgraciada época de Law para encontrar otra semejante, y de ella se aprovechaban principalmente los amigos y los agentes del gobierno para improvisar grandes fortunas, tanto más escandalosas cuanto que formaban odioso contraste con la miseria general de la nación. Las grandes operaciones financieras de los *mandatos territoriales* y del tercio consolidado dieron por inmediato resultado suprimir, con la primera, los asignados, y con la segunda evitar la bancarrota general, sacrificando de una manera sumamente sencilla, por decirlo así, una parte de los derechos de los acreedores del Estado. Tales medidas hubieran sido menos impopulares, dados sus favorables resultados, si no hubiesen servido, lo repetimos, para que algunos realizaran enormes beneficios á costa de la ruina de sus conciudadanos, llegándose á temer que se formara desde entonces una especie de aristocracia basada en la riqueza, en cuyas manos se habría acumulado la mayor parte de los bienes nacionales, ya que todas las tierras que no se habían podido vender todavía pasaron, en efecto, después de la

liquidación financiera de los años III y IV, á poder de unos pocos, y sólo más tarde, por medio de una segunda venta, aquellos bienes se fraccionaron entre la clase baja, cuando los primeros propietarios empezaron á temer que, siguiendo por este camino, la obra de la Revolución no sería duradera, y que de sobrevenir una restauración monárquica cualquiera, se anularía la venta de los bienes nacionales.



Un café político. (Según un grabado de la época)

Podemos formarnos una idea exacta de la situación de Francia en esta época por los *Informes de la policía de París en el período revolucionario,* publicados por Schmidt, y por la obra titulada *Estado de Francia en 18 de Brumario*, en la que su autor, M. Rocquain, ha reunido los informes confidenciales de los comisarios nombrados el año IX para las diferentes comarcas francesas, á la que agregaremos el libro de M. René Stourm *La Hacienda del antiguo régimen y la de la Revolución,* y las cartas de una viajera inglesa, seguidas de fragmentos de otras de Swinburne, traducidas y anotadas por Alberto Babeau. Por nuestra parte, debemos consignar, sin embargo, que no era el Directorio el único respon-

sable de todos los abusos á que hacemos referencia, pues muchos de ellos resultaban triste herencia de los tiempos anteriores.

Los servicios públicos estaban interrumpidos casi por completo, yéndose á la anarquía por la debilidad. No se cobraban los impuestos, porque la corrupción, convertida en arma de partido, había falseado en la mayor parte de los departamentos el reparto de la contribución territorial, y los agentes municipales, valiéndose de sus malas artes, en tanto procuraban descargar del impuesto sus tierras y las de sus amigos, recargaban las de sus adversarios, al punto de haberse encontrado algunas, pertenecientes á los republicanos de ideas más puras, que hacía diez años no pagaban contribución de ninguna clase. Los libros de los recaudadores presentaban huellas visibles de fraudes y dilapidaciones de todo género; los funcionarios públicos, envilecidos por el espionaje, amenazados continuamente con la pérdida del cargo y hasta con la de su propia existencia, cobraban en asignados, y las frecuentes quejas que á cada momento elevaban á los Cuerpos legislativos, pasaban á las comisiones para que las estudiasen, sin que llegaran á resolver nada respecto de ellas.

En un mensaje dirigido por el presidente del Directorio á los Consejos el 15 de Octubre de 1798 (24 de Vendimiario del año VII), se hacía constar que en la mayor parte de los departamentos se debía á los magistrados, sin hablar de los años anteriores, de seis á nueve mensualidades, así como casi la totalidad de sus sueldos correspondientes al año VI, no habiéndose podido tampoco reintegrar á los jueces de paz los anticipos que habían tenido que hacer para la buena marcha de sus despachos. Por esta razón fueron en gran número los funcionarios que, en la imposibilidad de sostenerse en su empleo, presentaron la dimisión de sus cargos. Otros, en cambio, desgraciadamente, aprovechándose de aquella desorganización, fruto de la falta de autoridad y de la miseria, cometieron actos de inmoralidad, sumamente raros en la administración francesa, especulando con los fondos confiados á su custodia. «El arte de sacar con prontitud los fondos depositados en las cajas públicas, decía en Febrero de 1799 uno de los miembros del Consejo de los Quinientos, es casi tan difícil como el de devolverlos,» y en una circular del ministro de Hacienda de 25 de Floreal del año VIII se hace alusión al desenfrenado agiotaje

á que se entregaban gran número de recaudadores como un escándalo público.

Fácil es deducir de esto hasta qué punto llegarían las malversaciones en aquella clase de operaciones en donde la vigilancia era mucho más difícil que en los mercados de abastos; y teniendo en cuenta tales condiciones, puede uno figurarse cuál debería ser el triste estado del crédito público, ofreciéndose la renta consolidada del 5 por 100 á 11 francos.

El ejército no se encontraba en mejor situación que los emplea-



Robo en una posada. (Según una estampa de la colección Hennin)

dos civiles, teniendo las tropas que apelar muy frecuentemente para vivir, aun en el mismo territorio francés, á la requisa, pues carecían de provisiones y se hallaban casi siempre sin sueldo. El ejército de Italia, sobre todo, volvía á encontrarse en la más extrema miseria. El abate C... cuenta en su *Diario* que para poder cobrar la mitad del sueldo que le correspondía por su graduación, fué necesario que cayese en poder de los Austriacos. Era entonces cabo, y fué hecho prisionero en el bloqueo de Génova. «Este hecho nos produjo tanta mayor satisfacción, cuanto que hacía mucho tiempo que no recibíamos un cuarto de la República.» No es, pues, de extrañar el número cada vez más creciente de los rebeldes y desertores.

La miseria del ejército y de la administración reflejo eran de la miseria nacional, la cual parecía llamada aún á ir en aumento, pues

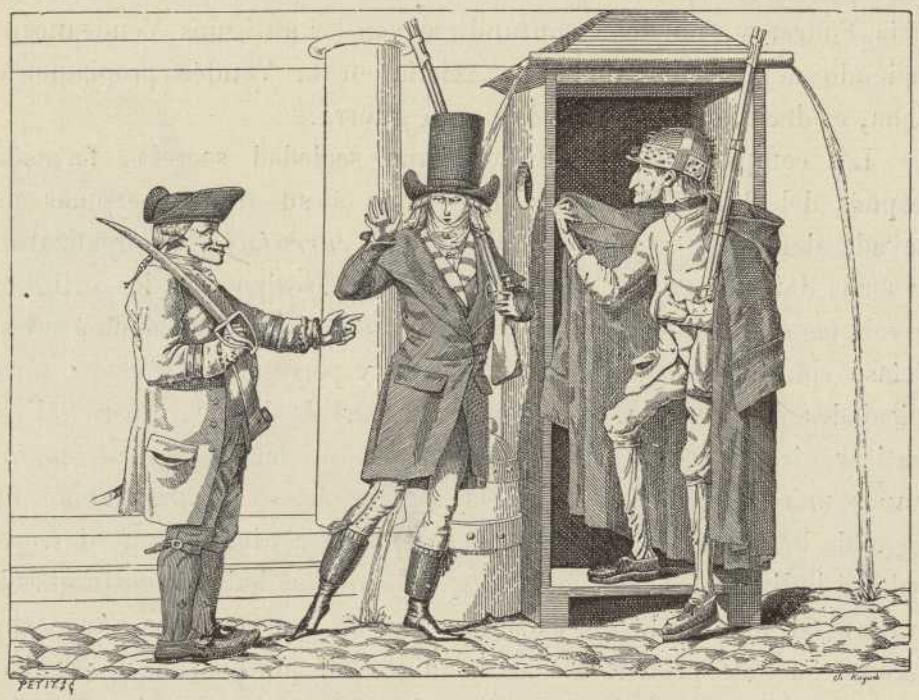
no existía casi ningún capital de reserva; el trabajo, que es lo único que podría rehacerlo, se hallaba casi en todas partes completamente paralizado, y las industrias francesas, las más prósperas en otro tiempo, conservaban á duras penas algunos restos de vida. Esto, que no era de admirar con respecto á la fabricación de objetos de lujo, como las blondas del Orne, de Calvados y del Norte, resultaba, sin embargo, muy extraño en lo referente á los productos de primera necesidad, como el papel del Charenta, los tejidos del Eure y los lienzos de Bretaña. En Lyón, de 14.777 telares para sedería registrados en 1788, no había en el año VIII más que 1.000 que trabajasen.

La falta de seguridad, que se unía á la pobreza general para anular los negocios, provenía de dos causas: una moral y otra material. Era la primera, la falta de probidad de los comerciantes, que, con el ejemplo que les daba el Estado, no vacilaban en faltar en sus compromisos, ni tenían el menor escrúpulo en ir á la bancarrota; y la segunda, procedía de la dificultad en los transportes y en las comunicaciones.

La acumulación de las arenas en varios puertos franceses, como los de Rochefort y de la Rochela, amenazaba impedir por completo la entrada en ellos, en tanto que las escolleras y los muelles se hallaban en verdadera ruina; siendo también muy grande la negligencia y el descuido, hasta en aquellos puntos en que era de absoluta necesidad conservar las obras existentes, ya que su destrucción podía acarrear los más graves desastres. Las poblaciones flamencas de la costa vivían constantemente en mortal ansiedad, pues cualquier temporal podía ocasionar la ruptura de los diques, que, por sí solos, impedían que el territorio quedase anegado; cegábanse los canales y se hundían los puentes, pero lo que sobre todo estaba completamente perdido eran los caminos.

«Las quejas sobre este punto, dice Fourcroy, eran generales en toda Francia; las carreteras estaban casi completamente destruídas por todas partes; no existía la caja, y la machaca había desaparecido ó se hallaba convertida en polvo, siendo reemplazada por el lodo. Por todas partes se veía cruzado el camino por profundas é irregulares rodadas, que no eran la parte más peligrosa, pues los baches de

varios metros de extensión y profundidad, rellenos de polvo, con el que disimulaban su existencia, constituían verdaderos precipicios, en donde los carruajes podían hundirse si sus conductores no tenían conocimiento exacto de ellos ó no sabían salvarlos. Este peligro se hacía casi inevitable cuando se encontraban dos carruajes en dirección contraria y se veían obligados á cruzar, por lo que era muy común encontrar carros y otros vehículos volcados ó hundidos,



La facción *incroyable* (Caricatura de la época

de tal manera, que para sacarlos de estos hoyos, donde quedaban atascados, había necesidad de cavar el terreno por la delantera, con lo que acababa de destruirse más y más el camino, y enganchar doble número de caballerías ó tener que echar mano de varias parejas de bueyes.»

La dificultad en las comunicaciones favorecía la organización de cuadrillas de malhechores, escorias de la miseria y de la ociosidad, y espuma de la Revolución y de la guerra, que desolaban los campos; llevando su atrevimiento al extremo de llegar en sus correrías hasta los arrabales de las grandes poblaciones: cosa parecida no se había

visto desde la época de las guerras de religión. Los *chaufleurs,* cuya principal guarida era el bosque de Orgères, á más de 40 kilómetros de Chartres, adquirieron principalmente siniestra nombradía. Las pasiones políticas, por su parte, habían determinado la formación de diversas partidas, que casi sólo se distinguían de aquéllos por estar mejor armados y ocasionar mayores males. Los Chuanes en el Oeste y los compañeros de Jehú en el Sudoeste, bajo el pretexto de represalias políticas, cometían los atentados más odiosos. «La *Chuanería,* decía Fourcroy, no debe confundirse con los antiguos Vendeanos,» haciendo notar que aquélla no existía en la Vendée propiamente dicha, es decir, en el país de la «gran guerra.»

Los compañeros de Jehú era una sociedad secreta, formada después del 9 de Thermidor, que tenía á su frente personas de elevada alcurnia y se componía de jóvenes *currutacos,* que realizaban en fecha determinada, y á la luz del día, el asesinato de los antiguos terroristas ó de aquellos á quienes interesaba considerar como á tales. Veíase con frecuencia á estos elegantes y perfumados jóvenes, muy acicalados en su traje, abandonar una partida de juego para salir á realizar otra de exterminio, y ostentar á su regreso en sus blancas manos una pequeña huella de la sangre de su víctima como un signo de honor y de distinción. Los pueblos contemplaban aterrorizados ó indiferentes tales crímenes, á los que se habían acostumbrado durante el mando de los Jacobinos; y, lo que es peor aún, estos mismos pueblos protegían á los bandidos, al punto que si llegaban éstos á ser llevados ante los tribunales, no se encontraba acusador ni testigos que sostuvieran la acusación, ni jurados que les condenasen; viéndose obligado el que necesariamente tenía que viajar por determinadas comarcas á proporcionarse, á elevado precio, pasaportes ó salvoconductos de los jefes que capitaneaban estas cuadrillas. Tal era el atrevimiento de estos jefes, que fijaban en ciertos puntos de los caminos anuncios, en los que se advertía á los trajineros que deberían pagar cien francos en oro, no en asignados, bajo la pena de ser pasados por las armas.

En el Oeste, y muy especialmente en la cuenca del Ródano, el bandolerismo parecía haberse convertido en una profesión como cualquier otra, habiendo algunos pueblos que públicamente servían

de guarida para los que lo ejercían. En cierto pueblecillo de Vaucluse, habiendo sido detenidos cinco bandidos, cada uno de los cuales había cometido de doce á quince asesinatos, se abrió una suscripción para salvarlos, y á pesar de la miseria que reinaba entonces, pronto llegaron á reunirse 50.000 francos. «Todos los días,



Parada en el Carrouse en 1799

dice Barbé-Marbois, se me daba cuenta de algunos habitantes que habían sido asesinados ó del saqueo de alguna diligencia, y ante la indiferencia con que seferían tales sucesos, podía creerse que estas comarcas tan perturbadas se encontraban así en su estado normal.» Y en efecto, ¿cómo era posible que las poblaciones que sufrían los males del bandolerismo pudiesen sentir la menor indignación, cuando muchas de ellas lo ejercían, á su vez en grande escala contra los bienes del Estado? En pleno día, pueblos enteros, provistos de carros y de caballerías, iban á los montes comu-

nales y nacionales, y cortaban á mansalva toda la madera y leña que podían llevarse. Tan sólo en el departamento del Ain funcionaban doscientas once fábricas de aserrar madera, que trabajaban á bajo precio; dato triste que nos dan las poblaciones de aquella época, y que patentiza, no sólo su inmoralidad, sino su incuria. Las generaciones que les sucedieron bien caro han pagado las talas de los bosques; la ruina de comarcas enteras de los Pirineos y de los Alpes, que aún actualmente carecen de tierras cultivables, y de las que por consecuencia ha desaparecido casi por completo la población, reconoce por causa esta irregular y desenfrenada devastación de los bosques en la época revolucionaria. Más grande aún era el temor que sentía el gobierno por los monederos falsos, los cuales organizados en numerosas bandas, llevaban, como los bandidos, el terror á las poblaciones, y á ellas se decía que estaban afiliados muy encopetados personajes. Uno de éstos, dice M. Ernouf, adquirió entre el Bourget y Dammartin el castillo de Roissy, procedente de los bienes nacionales, y estableció en los subterráneos del mismo una fábrica de moneda falsa, que funcionó casi públicamente hasta el 18 de Brumario.

Ni el número ni lo horrible de tales crímenes, eran obstáculo para dar al olvido los vicios más refinados, llegando á ser proverbial la corrupción de las costumbres en tiempo del Directorio. La inseguridad en el porvenir, los bruscos cambios de fortuna resultantes del agiotaje, producían en París un desarrollo extraordinario del lujo, pues el dinero ganado en el juego se gasta con la misma facilidad con que se adquiere, y este lujo no era siempre del mejor gusto. En 1797 se estrenó *Madame Angot* ó *La verdulera enriquecida,* obra que tuvo un éxito extraordinario para su época, y que, después de haber pagado 500 francos á su autor, Antonio Éve, llamado Maillot, produjo más de 500.000 al *Teatro de la Emulación,* que la había puesto en escena. Madame Angot, á quien una obra moderna ha dado cierta popularidad, es la personificación de la mujer de bajo nacimiento y falta de educación, que de pronto llega á enriquecerse, esforzándose en vano por adquirir las formas propias de su nueva posición. Este personaje femenino, á pesar del escaso talento del que le llevó á la

escena, es quizás más conocido que el protagonista de la mejor obra dramática de Lesage. La popularidad de esta heroína de los mercados alcanzó aquella fama extraordinaria que sólo se concedía á las ideas, á los hombres y á los hechos que más vivamente impresionaban á la opinión. Así hubo tabaqueras á la Madame Angot, como había habido tabaqueras á la Bastilla, á los Derechos del hombre, á la Confederación, á lo Mirabeau y á lo Marat (1).

El personaje de M^me^ Angot, tal como el autor lo presentó,



Tabaquera á la Madame Angot. (Colección de M. Maze)

estaba muy lejos de justificar el éxito que obtuvo; pero aunque sólo estaba groseramente embozado en la obra, se completaba en la imaginación del espectador: fenómeno singular, digno de llamar la atención, y que se ha reproducido con la mayor parte de los personajes imaginarios, que en nuestra época se han convertido en verdaderos tipos, cuyo solo nombre ha bastado para evocar el recuerdo de su figura y de su carácter, como Mayeux, Robert Macaire, Joseph Proudhomme, etc., á los cuales no les han dado vida obras literarias de gran renombre ni fueron creados por ningún genio extraordinario. Los creó en parte el público, sobre las indicaciones más ó menos justas de algún escritor, no siempre digno

(1) A. Maze Sensier.—*Le livre des collectionneurs*, págs. 188-197.

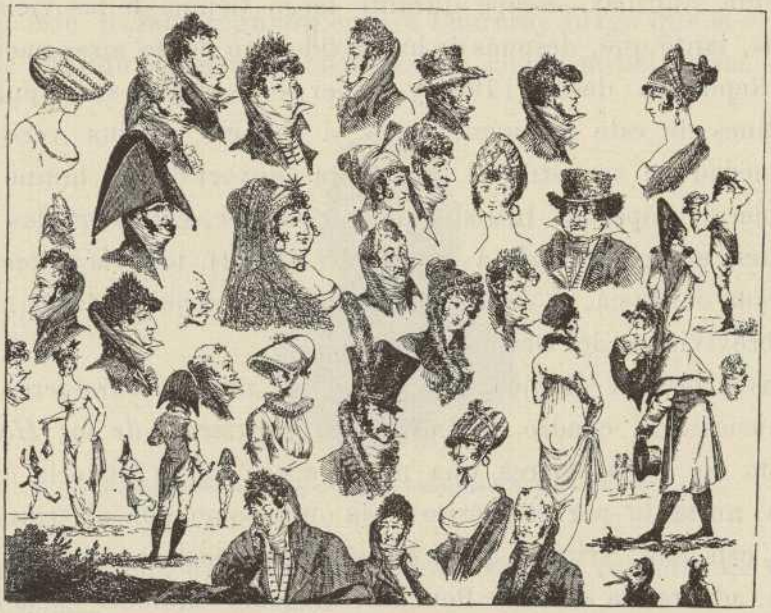
de tal nombre, resultando que el personaje ideado por él acaba por adquirir mayor popularidad y ser más conocido que el mismo autor.

La obra de *Madame Angot* era tan sólo una farsa más ó menos grosera; pero en ella se encuentra una patente muestra de la corrupción de la literatura de la época, dedicada á los espíritus cultos y al público de la buena sociedad. Esta poesía, de forma clásica y aun rebuscada, afectaba mostrarse friamente licenciosa, sin ni siquiera excusarse con la violencia de la pasión, pues que parecía complacerse en patentizar la perversidad del corazón y del espíritu, por lo que Sainte-Beuve, crítico á quien no se puede tachar de riguroso, pudo muy bien decir que la literatura necesitaba también un 18 de Brumario.

No sucedía lo mismo con respecto á las artes, en las que la imaginación se contenía, por lo general, en un terreno serio y elevado. Al llegar el año 1789 se había operado ya en ellas la revolución que la política y la sociedad estaban esperando aún, encontrándose así la nueva Francia, desde el principio, con unas bellas artes que correspondían perfectamente á su nuevo estado.

La música, mientras la literatura decaía, había conservado la austera escuela de Glück. Persuadido se hallaba el gobierno republicano, al igual de los antiguos legisladores, de la grande influencia que la música puede ejercer en las costumbres, siendo el arte más esencialmente popular y el que más directamente se mezcla en la vida de toda una nación, lo mismo en las fiestas de carácter nacional que en las de las pequeñas aldeas. Méhul, Gossec, Chérubini, Chatel, componían obras de gran aliento, y algunas verdaderamente sublimes, para los actos públicos, tales como el *Canto del 14 de Julio de 1790,* de Gossec, ejecutado en la gran fiesta de la Federación. La altura que alcanzara la inspiración musical no disminuyó en la época del Directorio; prueba de ello es el *Himno fúnebre á la muerte del general Hoche,* compuesto por Chérubini, letra de José Chénier, el poeta oficial de la Revolución. Pero las composiciones que más excitaron y sostuvieron el ánimo de las tropas francesas en los campos de batalla, fueron la *Marsellesa,* de Rouget de l'Isle, y el *Canto de partida,* de Méhul, menos apasionado que aquél, pero más noble é inspirado en un patriotismo de carácter más

general. Levantaron también su voz los compositores de música ligera, que acababan de crear el género genuinamente francés de la ópera cómica, y Grétry, dejando á un lado *Rabet* ó *Colombina*, compuso un *Guillermo Te'l* (1791), en unión con Sedaine, el antiguo libretista de *Rosa y Colás*.



Las fisonomías de la época. (Dibujo y grabado de Nodet)

La canción de Rolando, episodio del libreto de *Guillermo Tell*, que se distingue por su ingenuidad y sencillez, se hizo popular por su retornelo:

Mourons pour la Patrie.
Un jour de gloire vaut cent ans de vie (1).

Otro autor, cuyo nombre nadie creería hallar aquí y que fué el que convirtió en arte y casi en una ciencia los placeres de la mesa, Brillat-Savarin, compuso la letra y la música de un canto fúnebre dedicado á la muerte del diputado Féraud, perseguido por los revoltosos de 1.° de Pradial del año IV (20 de Mayo de 1795); y finalmente, de la misma manera que más tarde se compusieron algunos

(1) Muramos por la patria; un día de gloria vale cien años de vida.

cantos con motivos de óperas conocidas, se adaptaron también composiciones patrióticas y guerreras á varias romanzas de salón, cuyo éxito ha contribuído á que se perpetuasen en la memoria. El aria *Vous qui d'amoureuse aventure,* tomada de *Renaud d'Ast,* ópera cómica del «elegante y sensible» Dalayrac, se convirtió en el canto de *Veillons au salut de l'empire,* que, por una coincidencia verdaderamente singular, escapó durante largo tiempo de las vicisitudes políticas, tanto que, después de haber sido uno de los aires nacionales de la República desde 1792 y haber conservado su popularidad hasta fines de este régimen, debió al primero de sus versos y á la vaguedad de su estilo el que fuera convertido en himno oficial del gobierno imperial. Introducido por Gossec, con acertadas modificaciones, en su *Offrande à la Liberté* (1792), todavía se tocaba en la retirada de Rusia, á orillas del Dniéper, por los contados músicos que sobrevivieron del Grande Ejército.

Las artes del dibujo presentaban los mismos caracteres que el arte musical. El cuadro de David, *El juramento de los Horacios,* expuesto en 1785, marca una nueva época en la historia del arte francés, no tanto por el mérito de la obra como por el triunfo que obtuvo con ella; triunfo que, en efecto, demostraba que la nueva escuela, adversaria de la de Boucher, llamada entonces escuela académica (¡los nombres algunas veces tienen una singular fortuna!), había dominado el gusto del público. El cambio resultaba tan completo, que los mismos pintores que con sus asuntos triviales habían alcanzado hasta entonces el favor del público, tuvieron que abandonar los motivos de sus obras. Fragonard, autor de *L'Escarpolette,* del *Verrou* y de *La Fontaine d'amour,* mostró que la flexibilidad de su talento era igual á la de su pincel, al celebrar los puros goces de la familia en *Le berceau, L'heureuse fecondité,* y muy particularmente en *L'heureuse mère,* cuadro que el antiguo pintor de la Guimard dedicó á su patria.

Las exposiciones del Salón, interrumpidas durante la época del Terror, volvieron á abrirse después del 9 de Thermidor, en Vendimiario de 1795, recobrando su animación el mercado de las obras de pintura y escultura. Sin embargo, considerada en conjunto la situación del país, nunca los intereses intelectuales se habían visto

más desatendidos, ni la instrucción pública, aun bajo el antiguo régimen, se encontró nunca en un estado tan deplorable.

En cuanto á la beneficencia pública, todos sus administradores confirman los apuros porque pasaban los hospitales, dado el número extraordinario de niños abandonados y su espantosa mortalidad por efecto de la miseria. «Estos niños abandonados, decía Regnaud de Saint-Jean d'Angely, costaban al tesoro lo mismo ó mucho más que cuando éste pagaba regularmente.» Fourcroy juzga que si el Estado hubiese querido pagar á las nodrizas tan sólo la mitad de sus atrasos,



El general Hoche, muerto en el campo de Wetzlar (18 de Septiembre de 1797)

hubiera tenido que aprontar nada menos que la cantidad de veinticinco millones.

A pesar de la debilidad del Directorio, su conducta se inspiraba tan sólo en la violencia. Sabido es el rigor con que procedía en sus venganzas y la poca escrupulosidad que demostraba en castigar á sus adversarios cuando podía hacerlo. Testigo de ello el 18 de Fructidor, y más recientemente aún la odiosa ley de los rehenes, por la que se hacía responsables de los actos de los emigrados á los individuos de su familia que permanecían en Francia. A partir del mes de Fructidor pareció realmente que renacía la época del Terror, aunque bajo nueva forma, sin más diferencia entre una y otra que la que existe entre «asesinar y mandar asesinar.» M. V. Pierre, en su reciente obra, que lleva por título precisamente *El Terror en la época del Directorio,* refiere que se firmaron muchos miles de decretos de deportación, mandando á los presuntos culpables á regiones insalubres donde la muerte era casi segura. Así se daba á la Guyana el

nombre de la «guillotina seca.» La pena de muerte no se había suprimido; pero, por lo demás, si no se guillotinaba, se fusilaba todavía. La Revelliere, el famoso místico teofilántropo, y el legislador Merlin, eran los principales autores de tales excesos; uno de los defensores de aquel gobierno, el abate Grégoire, no pudo menos de decir: «Es un hecho innegable que el Directorio fué cruel en sus persecuciones y que lo hizo con encarnizamiento y verdadera violencia.»

Parecían haberse extinguido por completo las fuerzas vivas de Francia, y todas las notas remitidas al gobierno acusan, no sólo un gran descontento, sino un abatimiento verdaderamente contagioso, sentimientos que dominaban aún en el mismo París. El comisario del Directorio en la administración del departamento del Sena, decía: «La opinión pública está sumida en tal estado de letargo que hace temer su completo aniquilamiento. Ni nuestros reveses ni nuestras victorias logran producirle alegría ni inquietud; parece que al leer la relación de nuestras batallas se lea la historia de un pueblo extranjero, y los cambios de nuestra política interior apenas si logran excitar la atención: se discute por curiosidad, se contesta sin ninguna clase de interés, y se reciben las noticias con la mayor indiferencia. ¿Qué medios pueden emplearse para que salgamos de este mortal ensueño?» Esto se escribía un año antes del 18 de Brumario.

Parecía natural que entonces á lo menos se hubiese acudido á las censuras y á la sátira contra el nuevo gobierno; pero ni aun eso, los hombres de aquella época se limitaban á repetir más ó menos públicamente las canciones de Angel Pitou, entre las cuales se hizo célebre la del Padre Hilarión, que él cantó el 1.° de Enero de 1797 y fué una de las principales causas que motivaron su deportación:

Peuple français, peuple de fréres,
Souffrez que Père Hilarion,
Turlupine dans vos parterres,
Vous fasse ici sa motion *(bis)*.
Il vient sans fiel et sans critique,
Et sans fanatiques desseins,
Comparer tous les Capucins
Aux fréres de la République

Nous renonçons á la richesse,
Par la loi de notre couvent:
Votre code, plein de sagesse,
Vous en fait faire tout autant.
Comme dans l'ordre séraphique,
Ne fuat-il pas, en vérité,
Faire le vœu de pauvreté
Pour vivre dans la République?

On nous ordonne l'abstinence
Dedans notre institut pieux:
N'observe-t-on pas dans la France
Le jeûne le plus rigoureux?
Dans votre carême civique
Vous surpassez le capucin.
En vivant d'une once de pain
Vous jeûnez pour la République.

Nous avons notre discipline,
Instrument de correction:
Vous avez votre guillotine,
Fraternelle conviction.
Ce châtiment patriotique
Est bien sûr de tous ses effets;
Il n'en faut qu'un coup, pour jamais
Ne manquer à la République (1).

Sin embargo, pronto se prescindió de las coplas y de las intrigas, pues el descontento, siempre creciente, infundía ya valor en los corazones. Notábase agitación en el Langüedoc, y las Cévennes, el Anjou, el Poitou, el Maine y una gran parte de Normandía estaban á punto de insurreccionarse, y en París el Directorio se veía amenazado por los realistas y los Jacobinos. En vano Fouché, nuevo ministro de Policía, con quien los jacobinos creían poder contar, se volvía contra ellos y mandaba cerrar el club de Manége, encarcelando á los directores de once periódicos enemigos del Directo-

(1) Pueblo francés, pueblo de hermanos, — permitid que el Padre Hilarión — se regodee entre vosotros — y os espete aquí su discurso. — Viene sin hiel y sin censuras — y sin fanáticos designios — á comparar todos los Capuchinos — con los hermanos de la República. — Nosotros renunciamos las riquezas — por la regla de nuestra orden; — vuestro código, sumamente justo, — os obliga á hacer otro tanto. — Como la Orden seráfica, — ¿no es necesario, en verdad, — hacer voto de pobreza — para vivir en la República? Se nos ordena la abstinencia — en nuestro piadoso instituto; — ¿no se observa en toda la Francia — el más rigoroso ayuno? — En vuestra cuaresma cívica — sobrepujáis al capuchino, — pasáis con una onza de pan, — vosotros ayunáis por la República. — Nosotros tenemos nuestra disciplina, — instrumento de corrección, — vosotros tenéis vuestra guillotina, — fraternal convicción. — Este castigo patriótico — es de efecto bien seguro, — basta un solo golpe, para que jamás — se haga traición á la República.

rio: la guerra civil era inminente y Sieyés resumía perfectamente la opinión general cuando decía que para salvar á Francia eran necesarias una cabeza y una espada.

La idea de contener y consagrar á la vez el movimiento revolucionario, volviendo en una ú otra forma á un poder de carácter monárquico, fuera de la antigua dinastía francesa, habíase ocurrido más de una vez á personajes importantes del gobierno republicano, confiando que al elevar á tan alto puesto, que ellos mismos no se atrevían á ocupar, á un hombre que les debería su posición, continuarían realmente disfrutando á su sombra del poder.

«Desde 1794, dice M. Sorel, el conde de Provenza hizo concebir á la corte de Viena el proyecto de casar la hija de Luis XVI con un archiduque, pasando así á la casa de Austria todos los derechos que la princesa pudiese tener con el tiempo, dada su cualidad de hija única de Luis XVI, llegando tal vez á ser el archiduque rey de Francia. Dícese que se trató de este asunto en Verona, y se asegura que allí fué donde Sieyés le dió forma y lo negoció con el ministro austriaco Thugut. Hablábase también del príncipe Enrique de Prusia, hermano del gran Federico, que heredó entre sus discípulos todos los dones que el rey filósofo recibiera de sus maestros, mezclándose en estas cábalas los nombres de Sieyés y de Pichegrú. Asimismo parece que Talleyrand tenía su combinación prusiana; pero no era el hermano, sino el sobrino de Federico al que pensaba elevar al trono de Enrique IV. Sandoz, embajador de Prusia en París, escribía en 28 de Agosto de 1799: «Sainte-Foy, »el confidente de Talleyrand, ha venido á visitarme y me ha »dicho lo siguiente: — La paz podría depender únicamente de la res»tauración de una monarquía constitucional y hereditaria: si este »caso llegase, el voto de las autoridades y de la parte más sana »de la nación francesa no sería de ningún modo á favor de un »Borbón, inclinándose más bien á un príncipe alemán y protes»tante. Este es el hermano de nuestro rey, el príncipe Luis de »Prusia, hijo del príncipe don Fernando.» Por fin, estos perpetuos intrigantes, impacientes por tener un amo, insistieron, á falta de otra mejor, en la rara candidatura que ya habían proclamado en

1792, del duque de Brunswick, el famoso autor del manifiesto, el vencido de Valmy, del que Narbona quería hacer un generalísimo y á quien Carra declaraba digno de regenerar á Francia. También Talleyrand y Sieyes, que habían intervenido en la intriga, se hallaban dispuestos á trabajar por él, aun con más interés, en 1799.»



Juramento de los Horacios (Pintado por L. David. Museo del Louvre).

El duque de Brunswick, no obstante la conducta observada en 1792, continuaba gozando fama de príncipe «virtuoso y amigo del progreso.» Era un filósofo; estaba afiliado á la francmasonería, por cuyo motivo este príncipe soberano de Alemania y generalísimo de las tropas prusianas que combatieron la Revolución, llegó á ser el candidato de las sociedades secretas. Otros pensaban en un Borbón español, cuya aceptación le haría necesariamente enemigo de los demás príncipes de su familia. Mallet de Pan, dice que éste fué uno de los proyectos acariciados por Tallien desde 1796. En cuanto á Barras, entró en tratos con el conde de Provenza; pero en esto no

llevaba ninguna idea política, sólo obedecía á consideraciones de carácter puramente egoísta; aunque el proyecto era verdaderamente serio, parece desprenderse de un pasaje algo obscuro de las Memorias de Fiévée que Luis XVIII había creído oportuno realizar un viaje á Francia en 1798, á pesar de los peligros que entrañaba tal resolución. Pero el resultado de todos estos proyectos, que dependían de príncipes que residían fuera de Francia y se hallaban mezclados en el juego de la política europea, era sumamente problemático.

Sieyes, aunque había intervenido en las intrigas extranjeras, creía que era mucho más seguro buscar á su lado la espada que Francia necesitaba, y en cuanto á la cabeza que con el apoyo de esta espada debía salvar la patria, Sieyes no se preocupaba de ella, convencido como estaba de que no había otra mejor que la suya.

La Revolución no le había dado todo lo que él esperaba, y la Asamblea Constituyente le impidió desempeñar el papel de «promulgador de las leyes del porvenir,» aunque él creyera desde un principio tener méritos para pretenderlo. Encerróse en un silencio que Mirabeau consideraba como una calamidad pública; este estudiado silencio, que sólo interrumpía para pronunciar algunas contadas y sentenciosas frases, le rodeaba del prestigio que le daba el misterio de su conducta y la profundidad de las concepciones políticas que se le atribuían. Durante el Terror «había vivido,» lo cual era ya mucho: después del 9 de Thermidor, creyó que al fin había ya llegado su hora; pero si bien es cierto que de antemano tenía señalado su puesto en el nuevo gobierno que se formó entonces, pronto reconoció que en la Convención, aun más que en la Asamblea Constituyente, le era imposible hacer triunfar en todas sus partes los planes políticos y sociales que metódicamente había ido elaborando, por lo que, si bien ejerció una gran influencia en los debates, sintió un odio implacable contra la Constitución del año III, que desvanecía una vez más sus esperanzas. Sieyes no se resintió de que fuese rechazado en conjunto su sistema político, pues tal conducta demostraba perfectamente que no se le comprendía; pero resultaba intolerable para él que se le pusiesen restricciones y se le discutiese en detalle, pretendiendo haberle comprendido. Su colega

en el Instituto Daunou refiere que en las sesiones de aquella docta corporación intervenía gustoso en los debates filosóficos; pero nunca en materias políticas, punto sobre el cual tenía criterio cerrado y no admitía discusión.

Para derribar la Constitución del Directorio y llegar al fin que



El duque de Brunswick (Según un cuadro de la época)

se había propuesto, pensó atraerse á Hoche, Championnet, Moreau, quizás á Jourdan y muy seriamente á Joubert. Este último fué propuesto por Fouché, á quien no es posible negar que era perito en la intriga. «Ya era tiempo, decía, y estas palabras son muy significativas en boca del orador exclaustrado, del ametrallador de Lyón y futuro duque de Otranto, ya era tiempo de que aquella democracia sin objeto y sin procedimientos cediese la plaza á la aristocracia republicana, al gobierno de los sabios, único estable y fácil de consolidar.» Sieyes contribuyó al matrimonio de Joubert con Ceferina de Montho-

lon, nuera de M. de Sémonville. Joubert había desempeñado siempre en las diversas revoluciones que hasta entonces se verificaran, un papel activo sí, pero sin brillo. Más adelante logró se le confiase el mando del ejército de Italia, para que tuviese allí ocasión de alcanzar una gloria militar más esplendorosa; pero el joven general cayó mortalmente herido en el campo de batalla de Novi.

El regreso de Bonaparte no daba lugar á dudas: él era el hombre deseado. Tal vez Sieyes le encontraba rodeado de demasiada gloria y autoridad para el papel que se le quería destinar; mas su elección era forzada, «pues en medio de esta agitación y de aquella lucha de pasiones, dice Bali en su *Histoire politique et morale des révolutions de France*, no había realmente más que una sola é inmensa conspiración: la del pueblo francés contra sus opresores,» y Bonaparte era el jefe que la nación unánimemente designaba.

Tal era el estado de la opinión pública al desembarcar en Fréjus el vencedor de Egipto, cuya suerte estuvo á punto de sufrir grave contratiempo en el último instante, cuando, hallándose la pequeña escuadra de Bonaparte á la vista de las islas Hyères, fué descubierta por siete buques de guerra ingleses que la persiguieron; pero engañados por la niebla, que no les permitía distinguir la orientación de las velas, los Ingleses creyeron que esta escuadra acababa de correr el viento, alejándose de Tolón. Gracias á esto pudo Bonaparte escapar, y cambiando de rumbo, desembarcó, como se ha dicho, en Fréjus.

Recibiósele allí con verdaderos transportes de alegría. «La gente acudía de todas partes, dice Marmont, testigo ocular; multitud de lanchas nos rodeaba; todos querían ver al general Bonaparte; tocar con sus manos á este hombre enviado por la Providencia para salvar á Francia y conducirla á la victoria.» Bonaparte no había tenido para nada en cuenta las prescripciones sanitarias y la cuarentena á que con motivo de la peste eran sometidos todos los buques procedentes de Oriente; así, pues, se trató de alejar á los entusiastas, hablándoles del peligro que podían correr, á lo que respondieron: «No; preferimos la peste á los Austriacos.»

Pero Bonaparte no podía perder mucho tiempo con tales manifestaciones, y dos horas después de su llegada á Fréjus, se puso en

camino para París. Sin embargo, oyó con gran atención el saludo que al terminar el almuerzo le dirigió cierto orador de club, de figura vulgar pero expresiva, que le habló con una especie de autoridad, terminando su arenga con estas palabras: «Id, general, id pronto á derrotar y arrojar al enemigo de Francia, y en seguida nosotros os haremos rey, si así lo deseáis.»

Al llegar á París, todos los partidos quisieron atraérsele. El gobierno estaba en aquel entonces representado por los cinco directores: Gohier, Moulin, Barras, Sieyès y Roger-Ducos. Conocemos ya las ideas de Sieyès, y en cuanto á Roger-Ducos no tenía más opinión que la de su colega. «Era, dice Napoleón, hombre pacífico y fácil de dominar.» Barras, despreciado de todos, se hallaba dispuesto á apoyar cualquier revolución cuyos jefes comprasen sus servicios; y Gohier y Moulin, sinceros republicanos, «deseaban que se limitase á reprimir los abusos, guardando fidelidad á la Constitución.» Napoleón les ha hecho justicia: «Moulin, dice, general de división, procedente de la guardia francesa, era un hombre honrado y patriota ardiente y recto. Gohier gozaba de gran reputación como abogado, era exaltado patriota, jurisconsulto distinguido y hombre íntegro y franco.»

Afortunadamente, para el mejor éxito de los proyectos de Bonaparte, el Directorio no estaba presidido por Rewbell, quien, habiendo terminado su cometido el 16 de Mayo anterior, fué reemplazado por Sieyès. Desde 1797 Rewbell desconfiaba de los manejos de Sieyès, y había tomado sus medidas para vigilar á Bonaparte, quien á su vez creyó ver en él un adversario peligroso.

«Cierto día, dice en sus *Recuerdos* el conde Lecouteulx de Canteleu, que acompañé al general Bonaparte y á su esposa al teatro de la Opera (antes de la expedición á Egipto), al salir de su palco pasé á visitar al director Rewbell, quien, apenas me tuvo sentado á su lado, me dijo muy quedo al oído: —«Ciudadano Lecouteulx, nada de dictador; tened cuidado, pues nos llevaría atados de pies y manos bajo el yugo de los Borbones.» A su vez el general Bonaparte me repetía muy frecuentemente: —«Todos vosotros quedaréis sujetos al dominio de los jacobinos, de ese rudo y grosero miembro del directorio.»

Sea como fuere, Bonaparte no podía llegar á su objeto sin entrar en inteligencias con el Directorio, por lo que trató primeramente de encontrar apoyo en Moulin y en Gohier, cuya esposa trataba íntimamente á M^me^ Bonaparte. Este procuraba entonces mostrar desvío y menosprecio por Sieyès, y al hacer su visita á los Directores, en el Luxemburgo, dejó de saludarle y aun se le oyó decir en alta voz «que aquel clérigo estaba entregado á Prusia (ya sabemos que Sieyès había sido embajador en Berlín) y que hasta era capaz de vender la Francia.» Josefina, por su parte, decía á M^me^ Gohier, que Sieyès era el hombre á quien más aborrecía Bonaparte en el mundo y que era un genio maléfico. Sieyès, á su vez, infatuado con la elevada opinión que de sí mismo tenía formada, se indignaba contra «aquel miserable insolente que se atrevía á desconocer su autoridad como miembro de un gobierno que debiera mandarle fusilar por haber abandonado su ejército sin orden superior.»

Pero en pocos días todo había cambiado: Bonaparte comprendió pronto que había equivocado el camino, y no le quedó la menor duda respecto á este punto, cuando supo que Gohier y Moulin habían propuesto alejarle, confiriéndole un nuevo cargo militar. Estos dos directores hubieran querido asimismo desembarazarse de Sieyès, «cosa fácil, decía Moulin, á condición de reemplazar al malvado clérigo por Bonaparte; pero ¿podía esperarse que la República saliera ganando en el cambio?» Sieyès y Bonaparte tenían, pues, enemigos comunes; así fué que después de haber intentado, aunque en vano, mutuamente suplantarse, se unieron, interviniendo en esta reconciliación Luciane Bonaparte, que acababa de ser nombrado presidente del Consejo de los Quinientos, Cambacères, Regnaud de Saint-Jean-d'Angely, Talleyrand, «el profeta de los poderes agonizantes y nacientes,» Fouché y Roederer, hombre serio y moderado, de menos ambición personal que los anteriores, pero no menos deseoso que ellos de que triunfase el complot que se estaba urdiendo.

La alianza completa de Bonaparte y de Sieyès sólo se remonta, sin embargo, al 8 de Brumario. Sieyès no tardó en convertir toda la hostilidad que sentía por Bonaparte en cariño, para llegar

á ser después su subordinado: á partir de este momento, el golpe de Estado que se preparaba en medio de tantas pequeñas intrigas, y que tan deseado, ó á lo menos esperado, era por la mayor parte de los Franceses, entró en el período de ejecución.

Sin embargo, en poco estuvo que todo fracasase, á causa de un vulgar accidente: Bonaparte fué á pasar unos días con su hermano José, que había adquirido recientemente la magnífica finca de Mortefontaine. «Al día siguiente de nuestra llegada á Morte-



Luciano Bonaparte. (Según un documento de la época

fontaine, dice Arnault en sus *Recuerdos de un sexagenario,* deseando el general hablar más libremente con Regnaud, le propuso dar un paseo á caballo. Bonaparte montaba algo descuidadamente, y al regresar á galope á lo largo de las lagunas, saltando las rocas, tropezó su caballo con una piedra cubierta por la arena, y faltándole los pies, se inclinó y arrojó á su jinete con espantosa violencia á una distancia de doce ó quince pasos. Desmontó de un salto Regnaud, corrió hacia él, y le encontró desmayado, sin pulso y falto de respiración, con lo que le creyó muerto. Afortunadamente el miedo le engañaba, pues Bonaparte, después de un ligero desvanecimiento, volvió en sí, como si despertase de un sueño, sin haber

sufrido la menor fractura, herida ni contusión, al extremo de volver á montar á caballo casi con tanta agilidad como antes de su caída. — «¡Me habéis dado un gran susto, general! — Ya veis, esta piedrecilla ha estado á punto de desbaratar todos nuestros planes,» contestó Bonaparte sonriendo. Esta piedrecilla ha estado á punto de cambiar la faz del mundo. «Si José llega á saberlo, añadió, sacará materia para moralizar sobre el asunto. No habléis de ello á nadie.»

Puede asegurarse que de las dos cabezas que dirigían la empresa, el general fué el que más se preocupó por la moderación y la legalidad, esforzándose más bien en contener que en alentar las medidas violentas. Triunfar ante todo era su propósito; pero convencido Bonaparte del importante papel que estaba llamado á representar en su patria, hubiera querido «realizar su empresa por los medios legales.» Desde la toma de Tolón había demostrado, como dice Fiévée, que después de la victoria no sabía descender al terreno de la venganza. Sieyès era tal vez menos escrupuloso en este punto: iba directamente á su objeto sin la menor vacilación, y por su actividad, lucidez de inteligencia y precisión de los medios de que se valía, emulaba al mismo Bonaparte, dando con ello entonces bien claras muestras de ser «una de las cabezas más sólidas» de su época. Tal vez se le pudiera tachar de poltrón, pero en tal caso era, según se ha dicho, «el poltrón más activo del mundo.» Se hallaba siempre dispuesto á todo, y en caso necesario hasta á ponerse al frente de las tropas; tanto es así, que durante los primeros días de la situación creada en el mes de Brumario se vió al antiguo vicario general de Chartres montar á caballo todos los días en el jardín del Luxemburgo, siguiendo un curso de equitación bastante tardío y ridículo.

Sieyès, á pesar de su decisión, comprendía mejor de día en día que no era Bonaparte precisamente el instrumento de que hubiera querido disponer. En cierta ocasión, después de un gran banquete, llamó á un miembro del Consejo de los Quinientos, republicano de los más íntegros, y con su ligero acento meridional, que no había perdido por completo, (era natural de Fréjus), le dijo: «Ved si vos y vuestros amigos podéis arreglaros con él, pues si no lo

hace con vosotros, lo hará con los jacobinos ó con el diablo; pero vale más, y él lo preferirá también, que os pongáis de acuerdo mutuamente y así podréis contenerle algo (1).»

Todo el mundo, hasta los mismos conspiradores, hablaba del golpe de Estado que se estaba preparando; pero se trataba de él en tantas partes y hacía ya tanto tiempo que los defensores de la Constitución andaban completamente desorientados, que ni sabían dónde fijar su atención ni qué medidas debían tomar. En esta incertidumbre, muchos se inclinaban á creer que no se había llegado aún á fraguar un verdadero complot; Fouché, jefe de la policía, y como tal encargado de vigilar á los conspiradores, pensaba también así.

En la noche del 15 de Brumario se convinó entre Bonaparte y Sieyes el plan de la conspiración, que consistía en substituir el Directorio y los Consejos por un Consulado provisional, compuesto de Sieyes, Bonaparte, Roger-Ducós y dos comisiones legislativas formadas por varios antiguos consejeros, con el encargo de elaborar una nueva Constitución, que dentro de un plazo de tres meses había de someterse á la sanción popular. Este plan se mantuvo secreto entre Bonaparte y Sieyes, dando así lugar á que se creyese que no se trataba de un cambio radical de Constitución, sino de una simple substitución de personas; de este modo pudo contarse con el apoyo del Consejo de los Ancianos y lograr que fuese puesto en vigor el art. 102 de la Constitución del año III, que estaba concebido en estos términos: «El Consejo de los Ancianos puede cambiar la residencia del Cuerpo legislativo, en cuyo caso deberá señalar el nuevo lugar y la época en que los dos Consejos hayan de reunirse. El acuerdo del Consejo de los Ancianos respecto á este punto será irrevocable.» Se haría hablar á los periódicos de un complot imaginario tramado por los jacobinos, y por medio de la comisión administrativa del Consejo de los Ancianos, con la cual se contaba, se convocaría el Consejo al romper el día, procurando no avisar más que á los diputados adictos, los cuales, ante la denuncia del pretendido complot, decretarían la inmediata traslación de las dos Asambleas á Saint-Cloud, dando á Bonaparte el mando en jefe de las tropas á fin de asegurar el cumplimiento de esta medida.

(1) SAINTE-BEUVE: *Portraits littéraires*, tomo II, pág. 185

Los íntimos de Bonaparte creyeron que el movimiento, aplazado ya varias veces, se había fijado para el día 16; pero guardóse respecto á ello el más profundo secreto, y al llegar el momento oportuno sólo se avisó, aun entre los amigos más adictos, á aquellos que desempeñaban algún papel, haciéndolo en el último instante y comunicándoles tan sólo las más precisas instrucciones para lo que individualmente habían de hacer, sin exceptuar al mismo general Lefebvre, futuro duque de Dantzig, encargado de la dirección militar. El complot, sin embargo, no estalló el día 16.

«El día 15 por la noche,—como refiere Arnault en sus *Recuerdos de un sexagenario*,—Regnaud y Roederer esperaban en casa de Talleyrand, calle de Taitbout, el santo y seña convenido; pero éste no llegaba, y como mi posición y mi carácter atraían menos la atención pública sobre mí que sobre los demás, y como yo tenía la costumbre de visitar todas las noches al general, Regnaud me dijo: «Mientras jugamos una partida de *whist* para despistar á los concurrentes que pudiesen llegar, deberíais ir á informaros del general si la cosa se decide para mañana, y á vuestro regreso bastará un signo afirmativo ó negativo para ponernos al corriente.» Me dirigí al momento á casa del general; su salón se hallaba completamente lleno, y con una mirada que sólo yo podía comprender, me indicó que conocía el motivo que allí me llevaba y que debía esperarme; en efecto, me esperé. En aquellos instantes, lo confieso, no sabía dónde estaba, y en mi interior me preguntaba, como el personaje del cuento: «¿A quién diablos se engaña aquí?» ¿Estarán todos enterados del asunto?...

»En este salón, en el que Josefina hacía los honores con singular gracia y distinción, se encontraban confundidos representantes de todas las profesiones y de todos los partidos; generales, legisladores, jacobinos, abogados, sacerdotes, un ministro, un director, y hasta el mismo presidente del Directorio. Al observar el aire de superioridad que distinguía al dueño de la casa, en medio de gentes de carácter y opiniones tan diversas, hubiérase podido creer que estaba en inteligencia con todos ellos: cada uno ocupaba el puesto que le correspondía.

»Fouché llegó después de Gohier. Con su aire de cortesano, que

había substituído al de gravedad que le caracterizaba, se sentó en el sofá, al lado de la dueña de la casa.—¿Qué hay de nuevo, ciudadano ministro?, le preguntó el ciudadano director, sorbiendo su té con cierta p'acidez, que resultaba sumamente satírica en aquellos momentos.—¿De nuevo? Nada, en verdad, contestó el ministro con cierta ligereza desdeñosa.—¿Pero todavía siguen los mismos cuentos? —Siempre las mismas habladurías...—¡Cómo! ¿Se habla aún de la conspiración?—¡La conspiración!, repuso Josefina con vivacidad.—Sí, la conspiración, contestó el ministro con cierta intención; pero ya sé á qué atenerme. Estoy bien enterado, ciudadano director; tened confianza en mí, no me cogerán desprevenido. Si desde que se habla de conspiración ésta hubiese existido, ¿no la habríamos visto estallar ya en la plaza de la Revolución ó en la llanura de Grenelle?—Y al decir esto soltó la carcajada.—Sí, ciudadano Fouché, dijo Josefina, ¡podéis reiros de estas cosas!—El ministro habla como hombre ducho en su oficio, repuso Gohier; pero tranquilizaos, ciudadana, pues el tratar de estas cosas delante de las damas es la mejor prueba de que no han de realizarse. Haced como el gobierno; no os inquietéis por tales rumores y dormid tranquilamente.

»Después de esta singular conversación, que Bonaparte había escuchado sonriendo, Fouché y Gohier se despidieron, haciendo lo propio sucesivamente los demás concurrentes que llenaban el salón. Josefina se retiró á sus habitaciones, y al fin me quedé á solas con el general.

—»He venido, le dije, comisionado por nuestros amigos, para saber si la cosa está decidida para mañana, y á recibir vuestras instrucciones.—La cosa se ha aplazado para el día 18, me contestó con la mayor tranquilidad.—¿Para el 18, mi general?—Sí, para el 18. —¿No os preocupa que el proyecto se haya hecho público? ¿No sabéis que todos hablan de ello?—Todos hablan de ello, pero nadie lo cree; además, es necesario. ¡Esos imbéciles del Consejo de los Ancianos, no salen ahora con pocos escrúpulos! Me han pedido veinticuatro horas para pensarlo.—¿Y se las habéis concedido?—Sí, ¿había acaso algún inconveniente? Les he dado el tiempo suficiente para que se convenzan de que puedo hacer sin ellos lo que deseo llevar á cabo con su anuencia. Hasta el 18, pues. Volved mañana á tomar el te; si hubiese

algún cambio, ya os lo diría. ¡Buenas noches!—Y se fué á acostar con la misma tranquilidad que conservaba en el campo de batalla, en los cuales, á mi parecer, jamás se había expuesto tanto como entonces se exponía, en medio de tantos intereses encontrados, con esta dilación, que nada pudo determinarle á revocar.

»Volví corriendo á la calle de Taitbout. La reunión que encontré allí era menos numerosa que la que acababa de dejar, pues sólo había siete personas en aquel momento. Mme. Grant, que aun no era Mme. Talleyrand, y Mme. de Gambis, jugaban, acompañadas de Regnaud, una partida de *whist* con el dueño de la casa. Entretanto la duquesa de Osuna, recostada en una consola, compartía amigablemente con M. Roederer, y el latinista Lemayre, entonces comisario del gobierno en las oficinas de la Presidencia, se paseaba, dedicando á unos y otros frases y cumplimientos académicos. Con éste, sobre todo, era necesario guardar silencio, siquiera fuese por los deberes que le imponía su cargo. Los jugadores, tan pronto advirtieron mi presencia, quedaron con la vista fija en las cartas, no obstante la viva curiosidad y el grande interés que les atormentaba, y que les hacía caer en frecuentes distracciones, siendo las señoras las únicas que atendían al juego.

»Aprovechando un momento en el que el comisario, ocupado en presentar sus excusas á la duquesa, había dejado de fijar su atención en nosotros, Regnaud se atrevió á interrogarme con una significativa mirada, á la que respondí con una señal negativa, que transmitió á su compañero de juego, y la partida continuó como si nada hubiese ocurrido.

»Se despidió el comisario, y terminada la partida, en tanto que las señoras conversaban, referí á mis amigos cuanto había visto y oído, separándonos á media noche y citándonos para el día siguiente. —Antes de irnos á dormir,—me dijo Regnaud,—será preciso corregir las pruebas de las proclamas; vámonos, pues, á casa de Demonville.—Demonville, nuestro impresor, vivía en la calle de Christine, barrio de San Germán, por lo que era preciso atravesar medio París para llegar á ella. Reinaba en la ciudad la tranquilidad más completa: al bajar del carruaje observamos una patrulla bastante numerosa, que habíamos encontrado ya en la calle del Delfinado, y que desem-

bocaba en la calle donde nosotros nos habíamos detenido. Acordándome entonces de los chistes de Fouché, dije á Regnaud: —«¿Querrá acaso bromear con nosotros?—¡Podría ser!» me respondió. A fin de saber á qué atenernos dimos una vuelta al barrio, y una vez seguros de que la casa en cuestión no estaba vigilada, penetramos en la imprenta. Su viejo regente, que se llamaba Bouzu, nos esperaba con las pruebas; él mismo había compuesto la proclama. Este hombre, que llevaba cincuenta años de trabajar en el oficio, conocía perfectamente



Miembros del Consejo de los Quinientos

el mecanismo de su arte, pero tan sólo á esto se limitaba el ejercicio de su inteligencia: reproducía con exactitud todas las letras de que se componían las palabras que tenía ante su vista; pero en lo que se refería á relacionar las palabras unas con otras, de manera que pudiese alcanzar á comprender el sentido de una frase, á esto no podían llegar sus limitadas facultades. Como el original de Regnaud era sumamente limpio y correcto, no hubo erratas en las pruebas; una vez asegurado de ello, Regnaud dióle orden de que lo imprimiera, y salimos del taller dejando en manos de aquel hombre los medios más que suficientes para perdernos con todos nuestros amigos. Pero el

buen Bouzu no tenía peor intención que aquel secretario que escribía, dictándole su señor, aquella frase tan conocida:—«Aunque me valgo de otro para daros estas noticias, no temáis por ello que se divulguen, pues el escribiente de que me sirvo es tan animal que no comprende siquiera lo que os digo de él.»

Esta ingeniosa relación demuestra perfectamente el lado cómico que tienen hasta las más serias conspiraciones.

Ya hemos visto la completa confianza de Gohier, quien dos días después, ó sea el 17, recibía una carta de Bonaparte invitándole á comer al día siguiente, 18, en su casa, con su familia; en la mañana de este día quedó detenido en su propia habitación, lo mismo que su colega Moulin. Éste era precisamente el día designado por Sieyes y Napoleón para llevar á cabo el movimiento.

Gohier y Moulin opusieron la más noble resistencia á todos los esfuerzos de Bonaparte para intimidarles ó seducirles; pero ¿qué podían hacer por sí solos? Todo se realizó tal como los conjurados lo habían dispuesto. Sieyes, Roger-Ducós y Barrás habían dimitido, por lo que el Directorio, reducido á una minoría, dejó de existir. El Consejo de los Ancianos, usando de uno de sus derechos constitucionales, había decidido la traslación del Cuerpo legislativo á Saint-Cloud, y abusando de sus poderes, había conferido el mando del ejército al general Bonaparte. El Consejo de los Quinientos, reunido al cabo de cinco horas, no hizo más que enterarse del decreto de traslación, respecto al cual no podía discutir sobre su legalidad ni tampoco negarse á cumplirlo ó retardar el hacerlo, según lo preceptuado en la Constitución. Casi todo el ejército era adicto á Bonaparte, y aun los generales que no lo eran se habían contentado con mantenerse á la expectativa, y el mismo Moreau se encargó de custodiar, con quinientos hombres, á los directores dimisionarios en el Luxemburgo.

En vano Santerre había intentado sublevar el populacho y los restos del partido terrorista; con ello sólo logró resucitar los recuerdos de aquel ominoso período, recuerdos que no podían menos de inclinar á la opinión en favor del movimiento que se estaba preparando; así es que el llamamiento de Santerre había de perderse en el vacío. Por otra parte, ¿no era reciente el fracaso experimentado por el gene-

ral Jourdan en circunstancias análogas, el 27 de Fructidor, cuando propuso declarar la patria en peligro?

Napoleón, no obstante, algunos días antes del 18 de Brumario, se preocupó algo de este partido, «que pretendía declarar la patria en peligro;» pero Lecouteulx de Canteleu, á quien consultó sobre el caso, le demostró que, si bien este partido podía reunir algunos grupos de las clases bajas, el verdadero pueblo parisiense no le secundaría de ningún modo en sus propósitos. «En París, le decía, hay actualmente menos populacho de lo que se cree, pues durante la Revolución se han creado una porción de pequeñas fortunas, las cuales han contribuído á aumentar las últimas capas de la clase media.»

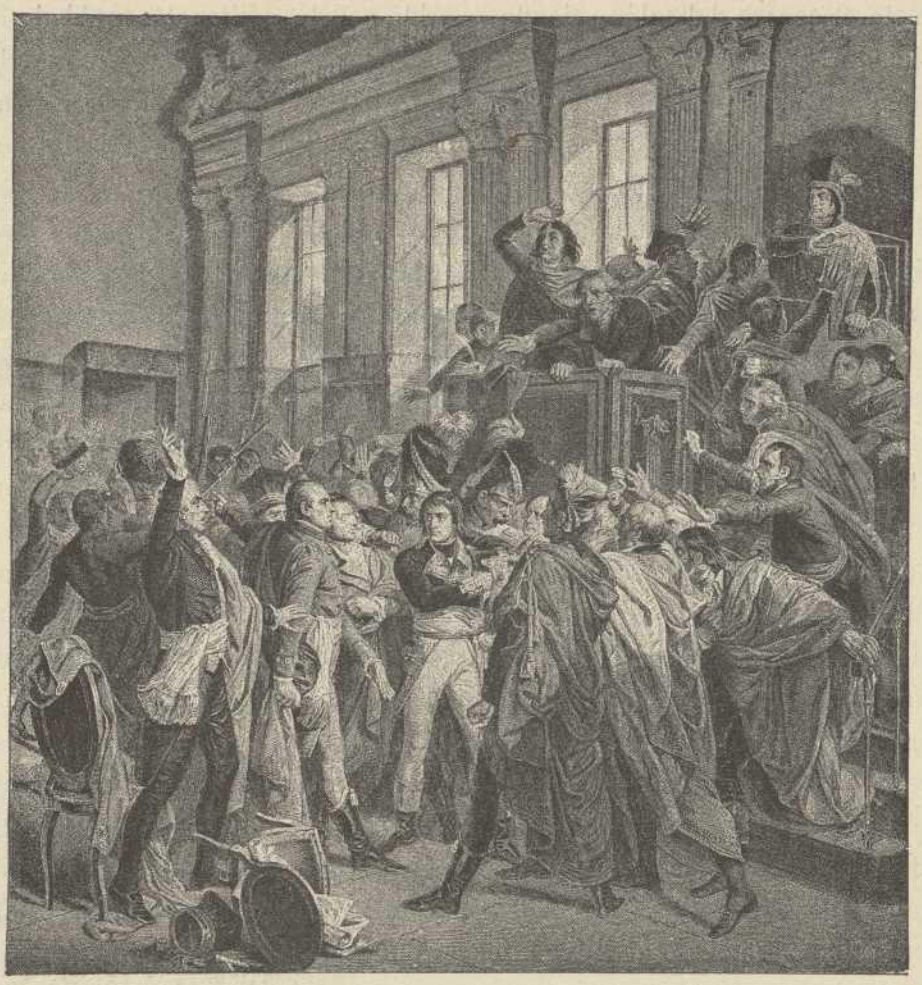
En la tarde del 18 de Brumario todo parecía terminado. Bonaparte había prescindido de todas las precauciones tomadas por Fouché, tales como la suspensión de la salida de los correos y diligencias, cierre de las puertas de la ciudad, etc. «¿Para qué tales precauciones? Marchamos de acuerdo con la nación é impulsados por su propia fuerza. No hay que molestar á ningún ciudadano, para que el triunfo de la opinión general no se parezca al de un puñado de facciosos.» Sieyes era partidario de adoptar medidas más enérgicas y aconsejó á Bonaparte que durante la noche procediese á la detención de los cuarenta miembros más hostiles del Consejo de los Quinientos, pero aquél se negó á hacerlo.

Si el 18 de Brumario se había de derribar un gobierno, era preciso constituir otro nuevo el 19, y para ello debía necesariamente contarse con ambos Consejos, reunidos en Saint-Cloud, siendo indispensable, además, que éstos sancionasen las medidas adoptadas por los jefes de la revolución. Desde la víspera, las tropas, mandadas por Murat, ocuparon militarmente el palacio y sus alrededores. Destinóse la galería de Marte para el Consejo de los Ancianos y el Naranjal para el de los Quinientos. Los republicanos, formando grupos por los jardines, esperaban la apertura de la sesión. «Poseídos de noble indignación contra la fuerza bruta de que se hallaban amenazados, — dice Mignet, — formaban proyectos de resistencia, en tanto que el joven general, seguido de algunos granaderos, recorría los diversos departamentos gritando, como si fuese el vigésimo rey de una dinastía: —¡No quiero más facciones; esto ha de terminar, lo quiero en absoluto!»

En el Consejo de los Quinientos, así que Emilio Gaudin, «encargado de romper el hielo,» hubo propuesto que se nombrase una comisión para arbitrar los medios de salvar á la República de los graves peligros que la amenazaban, el patriota Delbret subió á la tribuna y dijo: «Sí, representantes del pueblo, graves peligros amenazan á la República; los que pretenden destruirla son los mismos que, bajo el pretexto de salvarla, quieren cambiar la actual forma de gobierno. Pero nosotros queremos la Constitución ó la muerte. ¡Las bayonetas no nos asustan; somos hombres libres!» Propuso seguidamente que todos los miembros del Consejo renovasen individualmente el juramento de fidelidad á la Constitución, siendo adoptada su proposición con gran entusiasmo á los gritos de: «¡Viva la Constitución!» ¡Abajo los dictadores, abajo los Césares y los Cromwells!» Y hasta Luciano Bonaparte, hermano del general y presidente del Consejo, hubo de prestar este juramento.

Bonaparte esperaba con Sieyes, en una habitación del palacio, situada entre los dos salones donde estaban reunidas las Asambleas, el resultado de su deliberación. Persuadido de que los Quinientos le eran completamente hostiles y de que si los Ancianos llegaban á hacer causa común con ellos todo estaba perdido, y viendo que los Ancianos empezaban á vacilar, como lo demostraba lo mucho que se prolongaba su discusión, Bonaparte, irritado por tanta lentitud, se presentó en medio de ellos, y en un discurso improvisado y algo incoherente se quejó de que se le abrumara á fuerza de calumnias; afirmó que no quería destruir la libertad y que no hacía más que cumplir las órdenes que el mismo Consejo de los Ancianos le había dado. «Resuelva ahora el Consejo, añadió; tome sus medidas, que aquí estoy dispuesto á ejecutarlas. ¡Salvemos la libertad, salvemos la igualdad!» Uno de los miembros de la Asamblea, el republicano Linglet, se levanta entonces y le dice: «General, aplaudimos vuestras palabras; ¡jurad, pues, con nosotros, obedecer la Constitución del año III, la única que puede salvar á la República!» Sorprendida quedó la Asamblea y Bonaparte desconcertado; pero reponiéndose en seguida, exclamó: «¿La Constitución?, ¡pero si no tenéis tal Constitución! Vosotros la habéis violado el 18 de Fructidor, el 22 de Floreal y el 30 de Pradial. ¡La Constitución!... Invocada por todos los partidos, ha sido violada

por todos. Mal puede ser un medio de salvación cuando nadie la respeta. Todos los partidos han puesto en ella sus manos.» Al mismo tiempo añadió que había recibido determinadas confidencias y que se hallaba dispuesto á publicar los nombres. Siguióse un



El 18 de Brumario (Cuadro de Bouchot, antes en el museo de Versalles, hoy en el Louvre)
El cuadro representa en realidad á Bonaparte en el Consejo de los Quinientos el 19 de Brumario

extraordinario tumulto: Bonaparte, á falta de argumentos, recurrió á las amenazas. «¡Salvad la República, y rodeado de mis compañeros de armas, yo os secundaré! Si algún orador *vendido al extranjero* se atreve á declararme fuera de la ley, acudiré á mis soldados. ¡Acordaos de que siempre voy acompañado del dios de la Fortuna y del

dios de la Guerra!» Callaron sus adversarios, y en medio de los aplausos de sus amigos, el presidente de la Asamblea le felicitó.

Seguro por de pronto sobre este punto, se encaminó apresuradamente hacia la sala donde se hallaba reunido el Consejo de los Quinientos, se hizo abrir la puerta, y solo y descubierto se adelantó hasta el centro del salón, siendo acogido con los gritos de: «¡Abajo el dictador! ¡abajo el tirano!» Muchos diputados se lanzan sobre él y le rechazan diciéndole. «¡Retiraos, estáis violando el santuario de las leyes!» La vida de Bonaparte estaba en peligro; brillaron algunos puñales, varias pistolas llegaron á apuntarle, hecho que, negado por Gohier, ha sido afirmado por Felipe de Ségur, quien se apoya en testigos oculares. Sea como fuere, Bonaparte, vivamente emocionado, fué sacado de allí por sus amigos y marchó á reunirse con sus tropas.

Entretanto el Consejo de los Quinientos, en medio del más espantoso tumulto, pide que se declare fuera de la ley al general Bonaparte. Luciano, ante tal proposición, exclama:—«¡Miserables! ¡Os atrevéis á pedirme que declare fuera de la ley á mi hermano!—¡Sí, sí!, gritan por todas partes; ¡fuera de la ley, fuera de la ley los tiranos!» Entonces Luciano, declarando que se despoja de la magistratura popular de que le habían revestido sus conciudadanos, dejó sobre el pupitre su birrete y su banda, y salió del salón acompañado de una escolta de granaderos. Creyendo que la proposición declarando á su hermano fuera de la ley se había realmente aprobado, montó á caballo y fué á reunirse con él. Rodeado de sus soldados y poco acostumbrado á los motines populares, Bonaparte á duras penas volvía en sí de su aturdimiento; pero Sieyes, que conocía mejor esta clase de revoluciones, le dijo: «Os han puesto fuera de la ley; echadlos fuera del salón.» Luciano arengó á los soldados, y presentando las cosas á su modo, les dijo: «Esos audaces facciosos, *sin duda vendidos á Inglaterra* (siempre el mismo resorte), se han rebelado contra el Consejo de los Ancianos y han intentado asesinar á mi hermano, el general encargado de ejecutar sus decretos; ¿queréis salvar los Consejos?» Los soldados sólo contestaron con el grito de: «¡Viva Bonaparte!» y dirigidos por Murat y Leclerc, forzaron las puertas de la Asamblea. En vano Jourdan, el vencedor de Wattignies y de Fleurus, el antiguo campeón de la libertad americana, al frente de gran número de dipu-

tados trató de detenerlos diciéndoles: «¡Soldados, estáis empañando vuestros laureles!» Su voz quedó apagada por un redoble de tambores y los granaderos invadieron el salón. «En nombre del general Bonaparte, exclama entonces Leclerc, queda disuelto el Cuerpo legislativo. Retírense los buenos ciudadanos, ¡granaderos, adelante!»

Toda resistencia era inútil. «En seguida, como dice uno de los más modestos actores de este drama, el soldado Juan Roch Coignet, vimos grandes señorones que córrían por las galerías, en tanto que el suelo quedaba cubierto de capas, sombreros y plumas, y los granaderos arrancaban los galones de oro de aquellos hermosos ropajes.» Eran las cinco y media de la tarde (10 de Noviembre de 1799). En tanto ocurrían estos sucesos en Saint-Cloud, las noticias de Fouché acusaban en París completa tranquilidad y aun disposición favorable á aquel movimiento, sin que hubiese necesidad de ejecutar la amenaza que había hecho, sin conocimiento de Bonaparte, de arrojar al Sena al primero que se moviese.

Pero los diputados, expulsados de la Asamblea, podían aún reunirse en París y era difícil prever el efecto que produciría un nuevo juramento del juego de pelota; no había, pues, tiempo que perder. El Consejo de los Ancianos continuaba reunido en sesión; se apeló entonces al recurso de reunir una treintena de diputados del Consejo de los Quinientos, bajo la presidencia de Luciano Bonaparte. Este simulacro de Asamblea decretó en el mismo día, 10 de Noviembre, á las diez de la noche: 1.°, la supresión del Directorio; 2.°, la expulsión de sesenta miembros de la Asamblea legislativa; 3.°, la creación de un gobierno provisional, compuesto de tres cónsules, Bonaparte, Sieyes y Roger-Ducós; 4.°, la convocatoria de la Asamblea legislativa para el 17 de Ventoso, es decir, tres meses después; 5.°, la creación por ambos Consejos de dos comisiones interinas, constituída cada una por veinticinco individuos, encargadas de revisar la Constitución y de publicar, junto con los cónsules, las leyes y decretos de la República; 6.° y último, declarar que tanto Bonaparte como los generales y las tropas habían merecido bien de la patria.

Así concluyó la Constitución del año III, ya bastante maltrecha cuando recibió el golpe de gracia. Esta Constitución, atropellada por

el mismo Directorio en 18 de Fructidor, contra la mayoría moderada de los Consejos, y en 22 de Floreal, también por el Directorio, contra aquella misma mayoría que se había vuelto jacobina, fué violada nuevamente, en treinta de Pradial, contra el Directorio, por los Consejos reunidos. De modo que de todas las combinaciones posibles de un golpe de Estado, no quedaba más que una nueva por realizar, la violación de la Constitución por una fuerza extraña contra los Consejos y á la vez contra el Directorio: esto es lo que se hizo el 18 de Brumario.

La marcha que había seguido la Revolución imponía tal solución como lógica, ya que no como necesaria, y por lo mismo, estaba ya prevista por cuantas personas seguían con atención la política. La anciana Catalina II no dudó nunca de que la revolución francesa acabaría por ser presa del despotismo de un gran hombre y probablemente del despotismo militar. M. Alberto Sorel ha publicado por fortuna algunos fragmentos de la correspondencia de Catalina con Grimm (años 1791 á 1795), que verdaderamente tienen carácter profético: «Precisa hojear la historia,—dice la soberana,—y ver si en ningún tiempo una nación se ha salvado de otra manera que con el concurso de un hombre ilustre, y una vez adquirido este convencimiento, puede vaticinarse lo que será de Francia.» Manifiesta, además, que la Revolución ha hecho retroceder á Francia al estado de la Galia en tiempo de César, y añade: «César redujo á los Galos... ¿cuándo surgirá el nuevo César? ¡oh, vendrá, no lo dudéis!» Juzga Catalina que si la Revolución se extiende desde Francia por Europa, «aparecerá un nuevo Gengis ú otro Tamerlán para detenerla en su camino.» Podría muy bien ser que este nuevo conquistador saliese de la misma Francia. «Si Francia llega á salir de su actual estado, tendrá más vida que nunca; será obediente y cariñosa como un cordero, pero le hace falta un hombre superior, inteligente, valeroso, que esté por encima de sus contemporáneos y aun de su mismo siglo. ¿Ha nacido ya este hombre? ¿No existe tal vez? ¿Vendrá? Todo depende de esto. Si llega á aparecer, asentará su pie en el último escalón y se detendrá donde se encuentre, en Francia ó fuera de ella.»

CAPITULO II

ORGANIZACIÓN DEL GOBIERNO CONSULAR

CONSTITUCIÓN DEL AÑO VIII.—PAZ.—ADMINISTRACIÓN.—HACIENDA

Por grande que fuese la influencia de los antiguos recuerdos y de las añejas esperanzas, puede asegurarse que el golpe de Estado del 18 y 19 de Brumario fué bien acogido por la inmensa mayoría de los Franceses. No cabe poner en duda que este atentado contra el poder legislativo levantó grandes protestas en la conciencia de muchos; pero, una vez consumado el hecho, nadie se fijó más que en las ventajas que reportaba, y todos, en una palabra, se sintieron más satisfechos al día siguiente del atentado que en la víspera del mismo.

Nada demuestra mejor cuán legítima hubo de parecer la realización de este hecho, que el ver cómo Lafayette, el campeón siempre tan escrupuloso de la libertad y del derecho de las Asambleas, lo aprueba sin reserva en sus Memorias, extrañándose tan sólo del aturdimiento y emoción de Bonaparte en el momento decisivo, que á punto estuvieron de hacerle desistir de obrar. Bonaparte contaba con gran número de entusiastas admiradores, y además su situación política y moral le aseguraba, como decía M.me de Staël, «el voto de la opinión pública.»

Así, pues, el 18 de Brumario, no obstante las apariencias, no fué sólo una insurrección militar, y no había temor de que Francia entrase en la serie de los *pronunciamientos*, círculo fatal, del que difícilmente puede salir una nación una vez ha entrado en él. Esta fué una revolución realizada por el ejército, pero á fin de establecer un gobierno distinto del que se hallaba constituído, gobierno que, en opinión de sus autores, lo mismo Bonaparte que Sieyes, debía ser un gobierno civil.

Entretanto los cónsules interinos se reunieron el 20 de Brumario en el Luxemburgo.—«¿Quién ha de presidir?, preguntó Sieyes.—Muy sencillo, contestó ingenuamente Roger-Ducós, debe presidir el general.» Sieyes no replicó, pero aquella noche decía á Talleyrand y á sus amigos: «Tenemos un amo; todo lo sabe, todo lo ve y todo lo puede.» Esta frase, que ha pasado á la historia, fué negada más tarde por Sieyes; pero la que él dijo haber pronunciado públicamente, venía á decir poco más ó menos lo mismo.

Las comisiones constitucionales, formadas en virtud del decreto de 10 de Noviembre, contaban entre sus miembros: por el Consejo de los Ancianos, á Lebrún, Garat, Lemercier y Cornudet; y por el de los Quinientos, á Cabanis, Luciano Bonaparte, Bérenger y Daunou.

Sieyes creyó llegado el caso de presentar á estas comisiones, en las que figuraban muchos de sus amigos, su famoso plan de Constitución. Este plan no lo dió á conocer nunca públicamente en conjunto; pero Mignet ha dado de él un extracto, tomado de algunas conversaciones que había tenido con Daunou. Por otra parte, los principios fundamentales del mismo se encuentran expuestos en un discurso muy poco conocido de Sieyes, que pronunció en los últimos tiempos de la Convención nacional, con el objeto de sentar precedentes y demostrar á la posteridad lo que había perdido desechando sus proyectos. Sieyes no se inclinaba ostensiblemente ni á Montesquieu ni á Rousseau; se alejaba tanto del sistema histórico del primero como de los principios puramente abstractos del *Contrato social*. Para hallar entre los antepasados un generador intelectual, sería necesario remontarnos á Descartes, con su duda sistemática y su subordinación de los hechos, á lo menos los hechos de detalle, á la razón abstracta; á Descartes, en una palabra, cuyos restos fueron

por entonces trasladados al Panteón, en virtud de un acuerdo tomado por la Convención nacional después del 9 de Thermidor.

Francamente había dicho ya Sieyes en 1772: «Prescindo de las naciones formadas por la casualidad; supongo que la tardía razón presidirá el establecimiento de una sociedad humana, y deseo presentar el cuadro analítico de su constitución. Se objetará que esto es



El ejército anglo-ruso sale de Holanda (1799)

una creación de mi fantasía, á lo que yo contestaré que tanto peor, pues hubiera preferido encontrar entre los hechos positivos lo que he tenido que buscar en la categoría de los hechos posibles. Muchos otros, por desgracia, se han ocupado ya en forjar mezquinas ideas, de acuerdo siempre con los hechos. La sana política no es la ciencia de lo que es, sino de lo que debe ser.» Sumamente clara es esta alusión al sistema histórico de Montesquieu; pero la oposición que demuestra al panegirista de la constitución inglesa no resulta mucho más favorable á las ideas de Juan Jacobo Rousseau y de los partidarios de la teoría del *Contrato social*. «Toman los principios de la

sociedad, dice, por los principios del arte social... Se parecen á aquellos ingenieros que ejecutan por sí mismos sus proyectos. Todas las artes desaparecerían á tener que retroceder de esta manera hasta la época de su aparición. Las artes han aparecido muy tarde, y suponen un gran progreso los adelantos hechos desde su primitiva época.» En 1794, en una biografía de Sieyes (escrita seguramente por él mismo), se habla «de un escritor verdaderamente célebre, de un filósofo cuya pureza de sentimientos corría parejas con lo vano de sus proyectos,» quien «en elocuentes páginas, ricas en detalles accesorios y pobres en el fondo, confunden también los principios del arte social con los principios de la sociedad humana.» La alusión á Rousseau es harto clara.

Sieyes establecía en Francia tres grandes entidades políticas: el municipio, la provincia y el Estado, cada una de las cuales debía tener sus poderes administrativo, ejecutivo y judicial; el municipio, un consejo municipal, un tribunal de primera instancia y un alcalde; la provincia, una diputación provincial, un tribunal de apelación y un directorio; el Estado, las asambleas y un Tribunal Supremo. El poder ejecutivo estaba confiado á un Gran Elector inamovible, que representaba á la nación, elegía el Consejo de Estado y nombraba los ministros, pero sin poder intervenir directamente en el gobierno, pues que eran éstos los encargados de ejecutar sus órdenes. El Consejo de Estado, el Tribunado y la Asamblea legislativa compartían el poder legislativo, siendo esta última corporación la encargada de votar las leyes, después de haber oído las deliberaciones de que fueran objeto en el Consejo de Estado, en representación del gobierno, y por el Tribunado, en nombre de la nación. En cada provincia deberían formarse listas de las personas más notables, de entre las cuales el Gran Elector elegiría los empleados del distrito, del gobierno y del Estado. Como se ve por el plan de Sieyes, el cuerpo legislativo dejaba de ser una Asamblea popular para convertirse en un verdadero tribunal. La sentencia dada por el Tribunado y el Consejo de Estado tenía fuerza de ley. El Senado formaba una especie de alta cámara del supremo tribunal político, ó más bien, una especie de Jurado constitucional; correspondíale, además, el «derecho de absorción,» es decir, el derecho de llamar á su seno

á cualquier personaje político cuya influencia pudiese parecer perjudicial para la libertad, aunque fuese á causa de sus mismos méritos. Una vez en el Senado, no podía ejercitar ningún otro derecho político, dejando de ser desde entonces un peligro para el Estado. Esta Constitución establecía asimismo la fiscalización recíproca de los poderes, y si bien el Gran-Elector elegía sus funcionarios entre los candidatos designados por el pueblo, el pueblo podía destituirlos excluyéndolos de la lista de notabilidades.

En semejante Constitución faltaba un lugar adecuado para un



Sieyes. (De un dibujo de la época

hombre como el general Bonaparte, pues el papel de Gran-Elector se había creado para Sieyes; y aun suponiendo que esta dignidad se confiase desde un principio á Bonaparte, cosa que no era posible evitar, Sieyes contaba con que el Senado no tardaría en ejercer contra él su derecho de absorción, impidiéndole así, en nombre de su propia gloria, el tomar parte activa en el gobierno del Estado. Bonaparte no se dejó engañar, y así públicamente hubo de replicar á Sieyes con verdadera brutalidad: «¿Qué será vuestro Gran-Elector? La sombra de un rey, un rey holgazán, ó un cerdo á quien se engorda con algunos millones.» Sieyes comprendió entonces que su misión política había concluído: él no trataba de ser emperador; así, pues, sólo le quedaba en adelante el recurso de tomar la actitud de espectador escéptico y cada vez más desengañado. No obstante, en el proyecto de Constitución que se formuló, fué adoptada una parte de sus ideas.

En menos de un mes todo estuvo terminado; las comisiones, después de un estudio preliminar, se reunieron con los respectivos Consejos y redactaron el texto definitivo. Bonaparte en persona dirigía la discusión y hacía el resumen.

Aprobada definitivamente la Constitución en la noche del 12 al 13 de Diciembre (21 al 22 de Frimario), fué promulgada el 25 de Diciembre de 1799 (24 de Frimario del año VIII) y sometida á la sanción del pueblo.

La Constitución del año VIII constaba de noventa y cinco artículos, divididos en siete títulos: 1.°, ejercicio de los derechos del ciudadano; 2.°, senado conservador; 3.°, poder legislativo; 4.°, gobierno ó poder ejecutivo; 5.°, tribunales; 6.°, responsabilidad de los funcionarios públicos, y 7.°, disposiciones generales. En este último título habíanse comprendido algunos artículos por los cuales se garantizaba solemnemente la libertad personal, el derecho de petición, la inviolabilidad del domicilio, la facultad gubernamental para suspender la Constitución en caso de revolución armada ó de alteración del orden público, por efecto de los cuales corriese peligro la seguridad del Estado; la venta de los bienes nacionales, etc. Desde cierto punto de vista, estas disposiciones fundamentales arrancaban de la declaración de los derechos del hombre, aunque no figuraban en la Constitución del año VIII.

Napoleón había tomado de Sieyes varias ideas, principalmente la confección de las listas de notables, con las restricciones siguientes: 1.ª Las listas de notables no se formarían hasta el año IX, quedando facultado el poder ejecutivo en el año VIII para elegir directamente sus funcionarios. 2.ª Estos no debían ser elegidos todos precisamente de las listas de notables. 3.ª Estas listas debían ser revisadas cada tres años.

Según la Constitución del año VIII, no se podía considerar como ciudadano al que no había cumplido veintiún años, necesitando además llevar más de un año de residencia en el territorio de la República. La condición de criado hacía perder los derechos de elector.

Tres Asambleas compartían el poder legislativo:

1.ª El Tribunado, que se componía de cien miembros, elegidos por el Senado de entre la lista de notabilidades nacionales. Los tri-

bunos debían tener veinticinco años á lo menos, y se renovaban anualmente por quintas partes, pudiendo ser reelegidos indefinidamente. Disfrutaban un sueldo de 15.000 francos; no podían tomar la iniciativa en la confección de las leyes, pero sí presentar proyectos al Cuerpo legislativo, denunciar al Senado las infracciones constitucionales que aquel Cuerpo pudiese cometer, y finalmente, discutir los actos del gobierno en nombre de la nación, ante el Cuerpo legislativo, y enfrente del Consejo de Estado, que tenía la representación del gobierno.



Roger-Ducós. (De un dibujo de la época

2.ª El Cuerpo legislativo estaba formado por trescientos diputados, mayores de treinta años, con 10.000 francos de sueldo anuales. Debían renovarse cada año por quintas partes, y no podían ser reelegidos hasta transcurrido un año después de haber cesado en el cargo. Votaban sin deliberar en alta voz. Al Cuerpo legislativo se le quitó la facultad, que Sieyes quería tuviese, de deliberar en sesión secreta, como lo hacen los tribunales para ilustrarse, é inmediatamente después de haber oído lo que podían llamarse las defensas, debía decidir en votación secreta.

3.ª El Senado conservador se componía de ochenta miembros, de los que se nombraron sesenta inmediatamente, treinta y uno por el poder ejecutivo, y los otros veintinueve por estos mismos treinta y uno. Los veinte restantes debían ser nombrados en diez años, dos cada año por el mismo Senado. Para llenar las vacantes que ocurrie-

sen, serían propuestos los candidatos por el Cuerpo legislativo, el Tribunado y el gobierno, quedando reservada al Senado la facultad de escoger entre ellos. Las atribuciones del Senado eran velar por el cumplimiento del pacto fundamental y nombrar los miembros del Tribunado, del Tribunal Supremo, del Tribunal de Cuentas y del Cuerpo legislativo.

El poder ejecutivo lo ejercían tres cónsules, nombrados cada diez años, que podían ser reelegidos indefinidamente, y eran escogidos por el Senado entre los que figuraban en la lista de notables. El primer cónsul asumía en realidad todo el poder; proponía y promulgaba las leyes, mandaba las fuerzas de mar y tierra, fijaba las relaciones de Francia con las naciones extranjeras, firmaba los tratados, declaraba la guerra, nombraba y separaba los empleados públicos, y finalmente, elegía los miembros del Consejo de Estado. Los otros dos cónsules sólo tenían funciones consultivas.

El gobierno debía velar por el exacto cumplimiento de las leyes y formar reglamentos para la administración, mantener el orden público, recaudar los impuestos votados anualmente en forma de leyes y regular las relaciones de Francia con las potencias extranjeras. El poder ejecutivo se hallaba asesorado por el Consejo de Estado, cuya misión consistía en preparar los proyectos de ley y reglamentos. Los presidentes de sección de este Consejo vigilaban á los ministros con cartera. Compuesto el Consejo de Estado de hombres eminentes, ejercía siempre grande influencia en el gobierno. Los empleados públicos no podían ser procesados por hechos realizados en el ejercicio de su cargo sino en virtud de una autorización expresa del Consejo, pasando entonces á la jurisdicción de los tribunales ordinarios.

El Consejo de Estado, como la mayoría de las instituciones de la nueva Francia que se han conservado, tenía, desde cierto punto de vista, algunos puntos de contacto con las antiguas tradiciones francesas, y venía á restablecer, acomodándose al nuevo orden de cosas, el Consejo de los Pares ó Consejo de Estado de la antigua monarquía.

Se habrá notado que en esta Constitución no se habla para nada de la libertad de la prensa, omisión que, por otra parte, apenas si

llamó la atención, por cuanto durante el período revolucionario no había gozado de semejante libertad. Los clubs habían sido la principal válvula de expansión de las pasiones populares, y los periódicos, que empezaron á desempeñar algún papel antes del 18 de Fructidor, se distinguieron todos por sus unánimes ataques al partido revolucionario. El primer Cónsul, por un reglamento de policía del mes de Marzo de 1800, suprimió todos los periódicos hasta que se efectuara la paz,



La Constitución francesa (Según un dibujo de Prud'hon, fotografía de Braun

exceptuando los trece siguientes: *Moniteur Universel*, *Journal des Débats*, *Journal de Paris*, *Le Bien informé*, *Le Publiciste*, *L'Ami des lois*, *La Clef du cabinet*, *Citoyen français*, *Gazette de France*, *Journal des hommes libres*, *Journal du Soir*, *Journal des défenseurs de la patrie* y *Décade philosophique*. Además se advirtió á estos periódicos que podrían ser inmediatamente suprimidos si atacaban la Constitución, al ejército ó á las naciones aliadas de Francia, bastando para ello tan sólo una simple disposición gubernativa. Este decreto, por inverosímil que parezca, tampoco llamó en lo más mínimo la atención pública, resolviéndose así una de las cuestiones constitucionales que, algunos años más tarde, debían apasionar tan extraordinariamente los ánimos y promover tan memorables discusiones.

La Constitución del año VIII fué atacada con calor, principalmente por parte de aquellos que, fijando su ideal absoluto en el poder parlamentario, sólo aprecian el valor de las leyes políticas en tanto que éstas se acercan más ó menos al tipo por ellos preferido. Al año siguiente de su promulgación, Necker señalaba ya, si bien muy á la ligera, algunos de sus puntos débiles en sus *Últimas consideraciones sobre el gobierno de Francia* (1802). En ellas mostrábase sumamente moderado; conducta por cierto no observada por M.me de Staël en sus *Consideraciones sobre la Revolución francesa*, 3.ª parte, cap. VIII, donde resume y comenta, después de la caída del Imperio, las ideas de su padre sobre aquel punto. En época mucho más reciente, M. Duvergier de Hauranne, en el primer tomo de su *Historia del gobierno parlamentario en Francia desde 1815 á 1848*, se presenta como uno de sus detractores más autorizados y decididos. Pero por muy justa que sea la mayor parte de estas críticas, ¿no es posible afirmar con Sieyes que las frases «gobierno representativo» y «gobierno parlamentario» no son necesariamente sinónimas, y que hasta en un gobierno no parlamentario, el poder ejecutivo puede quedar intervenido y limitado por completo, porque muy bien puede la nación haber tenido justa participación en la política? La Constitución del año VIII fué modificada más bien en sentido absolutista que en favor de la libertad. Pero, ¿era fatal esta evolución, y acaso no habían existido ya Parlamentos serviles tanto para los reyes como para los pueblos? El reinado de Enrique VIII de Inglaterra y la historia más reciente de la Convención bastaban realmente para demostrarlo.

El Consejo de Estado no era precisamente una entidad destinada á dar su aprobación á cuanto se le presentase, de la misma manera que el Tribunado no debía constituir tampoco una oposición sistemática y organizada. «Yo considero al Tribunado, decía Roederer en un artículo publicado en el *Journal de París* de 15 de Nivoso del año VIII (5 de Enero de 1800); yo considero al Tribunado como una asamblea encargada de intervenir, revisar y perfeccionar la obra del Consejo de Estado, cooperando con él á la buena marcha política. El verdadero consejero de Estado es un tribuno con relación al poder supremo; el verdadero tribuno es un consejero de Estado con relación

al pueblo. Los deberes son los mismos para ambos.» La Constitución consular tenía la ventaja de impedir las competencias entre los ministros, en las cuales muchas veces la ambición personal puede, aunque sea sinceramente, confundirse con el deseo del bien público, dando á todos los servicios una ficticia estabilidad, sobre todo á aquellos que son relativamente nuevos.

Hemos visto ya que la Constitución del año VIII limitaba el número de los llamados á discutir, y separaba la votación de la discusión; pero esta última, ¿perdía algo en extensión, utilidad y solidez, porque las principales cuestiones se reservasen á los oradores más competentes y mejor preparados? El tiempo lo mismo en la gobernación del Estado que en la vida privada, representa un valor que conviene saber aprovechar. Díganlo sino los numerosos volúmenes formados con los trabajos preliminares para la constitución del Código civil. Los oradores contrarios al Consejo de Estado y al Tribunado encontraban en esta rivalidad el motivo más poderoso para su emulación, pues que no teniendo nada que sacrificar en aras de los triunfos populares de mala ley, se limitaban simplemente á procurar el triunfo de lo que ellos creían la verdad, ante adversarios capaces de formular, á su vez, toda clase de objeciones formales. Por esto, y por muy numerosas que hayan sido las leyes de toda clase votadas durante el corto período del Consulado, nunca, en ninguna época ni en ningún otro país, si consideramos este período en conjunto, se han preparado mejor ni se han estudiado tan profundamente los actos del gobierno. No es difícil prever lo que hubiera sido un Código civil con un gobierno parlamentario; y si el libre ejercicio de estas instituciones puede convenir á una sociedad ya organizada, en la que los servicios más importantes funcionan, digámoslo así, por sí mismos, parece que no puede afirmarse lo propio cuando se trata de crear y de organizar.

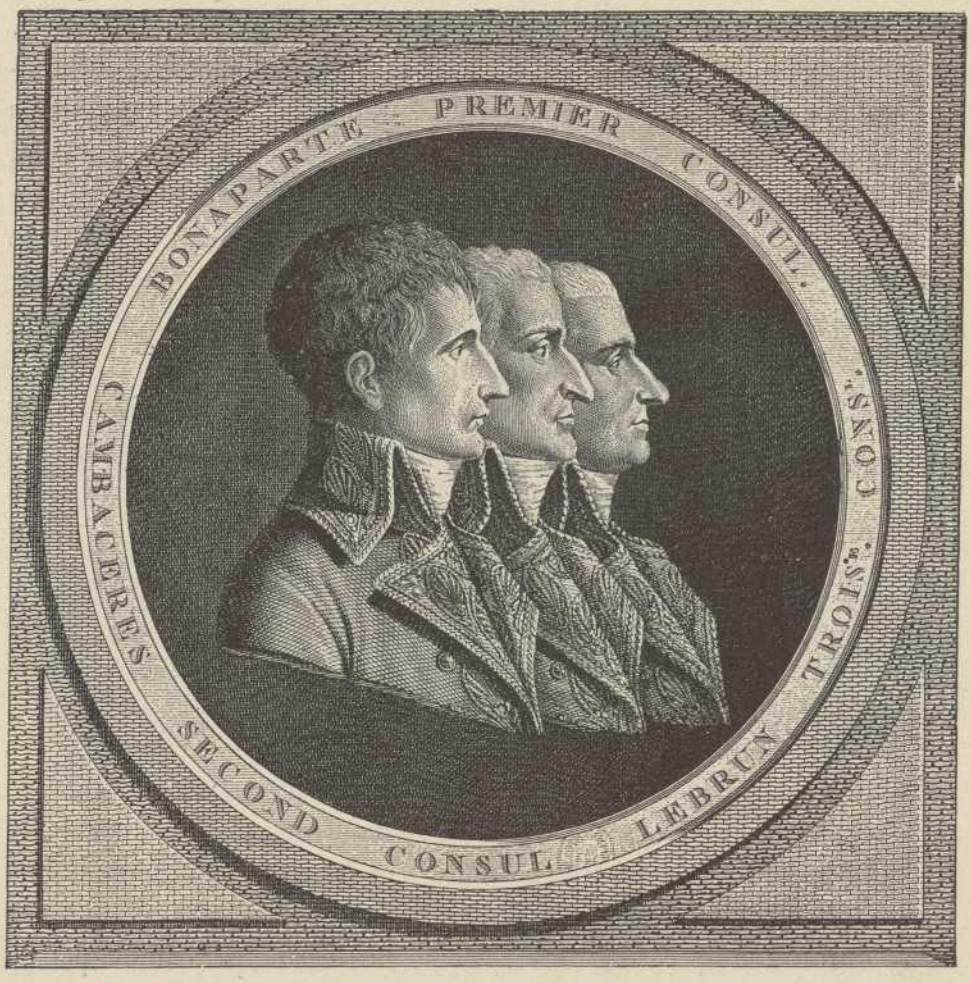
Sieyes, conforme ya dijimos, no tardó en comprender, después del 18 de Brumario, que su papel en la política activa había terminado y que, una vez firmada la Constitución, debía retirarse; lo cual hizo, secundado, como siempre, por Roger-Ducós. Su alianza con Bonaparte no dejó, sin embargo, de serle útil; y si la dignidad de senador, la de gran oficial de la Legión de Honor y el título de conde, que se le dió más tarde, no llegaron á satisfacerle sino hasta cierto punto,

esta satisfacción fué mayor al recibir la posesión de Crosne, que el primer Cónsul le hizo conceder con un millón de francos de renta.

Al comunicar á Daunou, como presidente de la Asamblea, el mensaje en el cual Bonaparte hacía esta proposición al Tribunado, temió aquél que sufriese con ella la dignidad de su amigo; así, pues, antes de la lectura oficial de dicho mensaje, se informó á Sieyes del carácter de la proposición, previniéndole que era una hábil maniobra de Bonaparte para desacreditarle, absorberle y *enterrarle,* por lo que sería mejor que aquélla fuese votada á título de recompensa nacional, á lo cual Sieyes contestó luego con calma: —«Y yo os digo que si esto no se hace tal como se presenta, no se hará de ninguna manera.» Todos comprendieron lo que quería decir, pero al día siguiente sus amigos los patriotas votaron contra la proposición, que no obstante fué aprobada tal como había indicado Sieyes. Desde entonces, y durante su larga vida, que le permitió presenciar todavía gran número de revoluciones (murió en 1837), no desempeñó más que un papel secundario. A pesar de la crítica que pueda hacerse de sus ideas y de su carácter, debe reconocerse que fué éste en realidad uno de los hombres que más influyeron en su época, encontrándose profundas huellas de su especial modo de ser en la mayoría de los hechos más importantes realizados por Francia en los días de la Revolución, tales como la transformación de los Estados generales en Asamblea nacional, la abolición de los privilegios de la nobleza, la unidad administrativa, y por fin, la Constitución del año VIII, que en su totalidad no debía ser muy duradera, y la creación del Consejo de Estado, hecho que por sí solo bastaría para asegurarle un lugar preeminente en la historia de su patria.

Napoleón, aunque le juzgaba con fundado motivo poco apto para el gobierno, hubo de reconocer, en cambio, que era un hombre utilísimo por su experiencia y que tenía inspiraciones luminosas y de suma importancia en los momentos más críticos. Según el juicio de Mallet-du-Pan, «no era Sieyes únicamente un filósofo en política y un fabricante de constituciones, sino que en los momentos supremos demostraba un certero golpe de vista y sabía prescindir de planes quiméricos cuando era necesario obrar; tenía el don de callarse y saber aguardar el desarrollo de los acontecimientos, y unía á la destreza

la constancia, no habiendo otro que le aventajara en conservar el dominio de sí mismo y en saber imponerse á los demás.» En el 18 de Brumario tuvo ocasión de demostrar todas estas cualidades, pero aquel día se halló con otra inteligencia superior á la suya.



Retrato de los tres primeros Cónsules (De un grabado de la época)

En cuanto á Roger-Ducós, recibió, como Sieyes, los títulos de senador, gran oficial de la Legión de Honor y conde, y además se le regaló el castillo de Amboise, lo que fué una verdadera desgracia para el arte y para la historia, pues habiéndosele ocurrido abrir ventanas en dicho castillo, distribuídas con toda regularidad, destruyó para ello las elegantes crujías del Renacimiento y cubrió con una

gruesa capa de yeso los entrepaños, cuajados de bellísimos trabajos escultóricos. Decidido á convertir el palacio en una obra exclusivamente *clásica*, sólo respetó las habitaciones superiores y las dependencias que, á su entender, no merecían tal *perfeccionamiento*. El vandalismo de la moda y del mal gusto es más peligroso que el vandalismo de la ignorancia, porque es más metódico é intencionado. Roger-Ducós no se limitó á esto; sea para no hacer gastos de restauración, sea para regularizar el jardín, no vaciló en derribar la más importante de las dos capillas que se levantaban en la terraza del castillo, dominando el Loira, á pesar de que este monumento, aparte del objeto á que estaba consagrado, debía ser doblemente digno de respeto, por ser una verdadera joya del Renacimiento y contener además los restos mortales de uno de los hombres que más han ilustrado la historia de la humanidad, Leonardo de Vinci.

Sieyes y Roger-Ducós fueron reemplazados por Cambaceres y Lebrun, hombres serios los dos y de sano juicio y que conocían perfectamente la administración, pero que no podían en ningún modo hacer sombra á Bonaparte. Cambaceres, nacido en Montpeller en 1753, había sucedido á su padre en 1776 en el cargo de consejero de cuentas. El papel importante que desempeñó en todas las discusiones administrativas y legislativas de la Convención y la prudente actitud que supo guardar, á pesar de estar afiliado al partido revolucionario, justificaban la elección de Bonaparte. Lebrun era por entonces poco conocido: había nacido en 1739, cerca de Coutances; fué secretario de Maupeou, cuya desgracia compartió, y habiendo publicado en 1789 un notable folleto con el título de *La voz del Pueblo*, atrajo sobre él la atención pública, siendo elegido diputado en los Estados generales. Preso durante la época del Terror, debió su libertad al cambio político del 9 de Thermidor. Era un hombre muy instruído, al mismo tiempo que administrador hábil y acreditado. Sus traducciones de *La Jerusalén libertada*, publicada en 1774, y de *La Ilíada*, en 1776, son justamente apreciadas. Roederer le recomendó á Bonaparte é influyó mucho en su nombramiento.

Lebrun sabía perfectamente á quién debía su alto cargo, y así, en 24 de Frimario del año VIII, escribió á Roederer la siguiente carta, que da exacta idea de su sencillez, amabilidad y distinción:

«Vos lo habéis querido, mi estimado y antiguo compañero; si cometo alguna necedad, os haré partícipe de la gloria que por ella pueda caberme. He notado en el general Bonaparte la impresión de la buena amistad que ha motivado su acuerdo. No creo que os hable todavía mal de mi persona, pero en cambio yo os puedo hablar de él mucho mejor de lo que me había figurado. Salud y amistad.»

Parecía algo extraño que, en vez de Lebrun, no se hubiese esco-



Llegada de Pío VI á Grenoble en 1799. (De un grabado de la época)

gido á otro personaje, ya muy célebre por sus escritos políticos antes de 1789, que había sido el inspirador de la Constitución del año III y formado parte del comité de redacción de la del año VIII, Daunou, en quien primeramente pensó Bonaparte, desistiendo luego al convencerse de que no podría durante mucho tiempo mantener con él buena inteligencia: era un Sieyes más tímido, pero mucho más terco. Atendidos sus conocimientos, se le dió el encargo de presentar un primer proyecto de Constitución ajustado á las bases generales que acababan de ser acordadas con el general Bonaparte, ó mejor dicho, por él mismo. Cambaceres vió en seguida que la redacción de este proyecto era ma-

liciosa y hostil, aunque disimuladamente, ya que se adivinaba en él la idea de restringir más de lo conveniente las atribuciones del primer Cónsul. Entre otras cosas, proponía, por ejemplo, que si uno de los cónsules tomara el mando del ejército, fuese desde luego reemplazado por un tribuno nombrado por el Consejo de los Ancianos. Entonces, para terminar esta pequeña diferencia, reunió Bonaparte la comisión en el Luxemburgo, y le dictó, por decirlo así, su voluntad.

Al constituirse la comisión, con toda malicia, Bonaparte hizo que Daunou ejerciera de secretario, diciéndole: «Ciudadano Daunou, tomad la pluma, mojadla y escribid;» dirigiéndole estas palabras, agrega Sainte-Beuve, de quien tomamos estos datos, con aquel tono que empleaba para hacerse obedecer.

Daunou, si bien servía al gobierno del primer Cónsul ocupando algunos cargos modestos, de carácter técnico, que para nada se relacionaban con la política, alimentaba en su interior creciente hostilidad contra el nuevo régimen, y con cierto derecho, pues que este régimen se apartaba cada vez más de las ideas que él siempre había profesado. Pero á esta hostilidad contra Napoleón se agregaban una porción de preocupaciones sobre su persona sumamente singulares, dando lugar á suponer que el recuerdo de las primeras relaciones que mediaron entre ellos no era ajeno á la persistencia de tales sentimientos. Daunou no reconocía en Napoleón ningún mérito superior, ni en su talento ni en el carácter, debiendo sólo su elevación, según él, á las circunstancias y á su falta de escrúpulos. Para él, Napoleón no era sino un hombre de los más inferiores, y si se le objetaba recordándole las maravillosas campañas del general, se excusaba invocando su falta de competencia sobre este punto. «Por otra parte, decía, ¿qué juicio podéis formar de un hombre que ni sabe francés ni italiano?»

Bonaparte no esperó á que se promulgara la Constitución para tomar en su mano la dirección del gobierno, y desde los primeros instantes imprimió un impulso decisivo en todas las esferas de la administración, teniendo que hacer frente á la vez á todas las dificultades que surgían ante la nueva situación. En el exterior, pronto hizo comprender á Europa, siempre predispuesta contra Francia, que ahora tenía enfrente una nación que deseaba firmemente la paz; que no

tenía empeño en continuar las guerras de la Revolución, pero que, como dueña de todas sus fuerzas, tampoco le era dable ceder más que ante una paz gloriosa. Entretanto se dedicaba á los trabajos de organización en el interior, llevando á todas partes la tranquilidad.

Derogada la ley de rehenes, Bonaparte en persona fué al Temple á poner en libertad á los presos que allí había á consecuencias de tan odiosa disposición. Igualmente derogó las leyes que privaban á los nobles y á las familias de los emigrados de los derechos políticos, excluyéndolos además de los cargos públicos. Se concedieron pensiones á la viuda de Bailly, como también á la del jefe vendeano Bonchamp, y á Breteuil, antiguo ministro de Luis XVI, que habiendo regresado á Francia en 1802 se encontraba casi en la miseria. Asimismo se autorizó á los sacerdotes deportados y á los proscriptos del 18 del Fructidor para volver á Francia, y habiendo sido arrojados unos emigrados sobre la costa de Calais, á causa de un naufragio, y reducidos á prisión, Bonaparte mandó se les dejara en libertad, «considerando, como dice el decreto de 18 de Frimario del año VIII, que las naciones civilizadas no tienen derecho para aprovecharse de un naufragio, y entregar, aunque sea con justicia, á la acción de las leyes á los desgraciados que han podido escapar del furor de las olas.» El rigor de las leyes revolucionarias contra la emigración se había conservado en la Constitución, por lo que respecta al tiempo pasado; pero la ley de 5 de Nivoso del año VIII (25 de Diciembre de 1799) declaraba cerrada de allí en adelante la lista de los emigrados, es decir, que toda ausencia posterior á la promulgación de la ley no podía ser calificada de emigración ni perseguida con las penas para ella establecidas: en una palabra, devolvióse á los ciudadanos el derecho de ir y venir con entera libertad. La contribución progresiva sobre la renta privada quedó igualmente suprimida.

A la vez que la paz política, trató asimismo de establecer la paz religiosa y social. El papa Pío VI, arrancado de Roma por el Directorio, había muerto en Valence, y hacía seis meses que permanecía allí su cadáver insepulto. Publicóse un decreto de los cónsules, cuyos considerandos le hacían más importante, por el que se disponía se le enterrase con los honores debidos á las personas reales. Esta cere-

monia atrajo numerosa concurrencia, gozosa con poderse asociar sin temor alguno á una manifestación de carácter religioso (30 de Diciembre de 1799). El corazón de Pío VI se conserva todavía en la catedral de Valence, en un monumento coronado con el busto del Pontífice, ejecutado por Canova.

Un solo acto de represalias interrumpe, muy desgraciadamente por cierto, la serie de medidas generosas que acabamos de citar, pero su iniciativa no corresponde á Bonaparte. Sieyes y Roger-Ducós, que no participaban de la confianza del general, se decidieron, con el apoyo de varios ministros, á promulgar un decreto por el cual, sin previo proceso, se condenaba al destierro ó á la cárcel á un centenar de ciudadanos pertenecientes al partido revolucionario, entre los cuales figuraba el general Jourdan; pero este decreto no tardó en ser revocado, constituyendo este accidente un corto y pasajero paréntesis en la conducta generosa, hábil y firme del Consulado.

Procuró también Bonaparte concluir con los últimos restos de la guerra civil, siempre pronta á encenderse en la Vendée y la Bretaña, obteniendo sus esfuerzos excelentes resultados.

Los principales jefes vendeanos, admirados de la generosidad de Bonaparte, acudieron una noche y sin ningún temor á su despacho para expresarle sus ideas y sus esperanzas. Bonaparte no quiso aceptar el papel de Monk, pero les permitió que se retirasen libremente y que fuesen á renovar la guerra. Más tarde, comparando Jorge Cadoudal su elevada estatura y su grán fuerza muscular con la del primer Cónsul, deploraba no haber aprovechado aquella ocasión para ahogarle entre sus robustos brazos.

La pacificación del Oeste fué debida, no menos que al abate Bernier, á Mme. Turpín de Crissé, la cual ya había sido de gran utilidad á Hoche en la primera pacificación de la Vendée (1); y Bonaparte firmó, el 17 de Enero de 1800, el tratado de Luçon con los jefes vendeanos Autichamp y Suzannet, que proseguían aún la lucha. Prévelaye y Bourmont, jefes de las partidas bretonas, reconocieron también el nuevo gobierno; Frotté, aprehendido con las armas en

(1) Véase MARTEL: *Les historiens fantaisistes*, segunda parte.

la mano, fué fusilado, y Jorge Cadoudal, derrotado por Brune en Grand-Champ, cerca de Formigny, capituló y obtuvo un pase para Inglaterra.

No parece que abrigara Cadoudal resentimiento de ninguna clase contra el primer Cónsul, y no hay razón alguna para dudar de su sinceridad. En la entrevista que tuvo con Brune, manifestó un hondo desprecio hacia Autichamp, Bourmont y demás jefes que, según él, se habían presentado sólo por miedo. Al proponerle Brune la formación de un cuerpo de voluntarios al servicio de Francia, como en



Brune. (De un grabado de la época.)

tiempo de Luis XIV se propusiera al célebre camisardo Cavalier, contestó Cadoudal que esto, entonces, sería un cambio demasiado violento; pero que pasados dos ó tres meses, se hallaría en situación de decidirse, y tal vez serviría á la República con la misma fidelidad que había servido á los descontentos.

Uno de los primeros cuidados de Bonaparte fué atender á la situación financiera de Francia, sobre cuyo punto creemos deber insistir, ya que, poco conocido generalmente, constituye uno de los títulos, y no de los menos gloriosos, de la administración del gobierno consular, pues que el Consulado marca en la historia de la Hacienda francesa una época tan importante como la del ministerio de Colbert.

La *organización financiera* era una cuestión de la que se ocu-

paba Bonaparte en los comienzos de su carrera, como lo demuestra una anécdota de su vida, doblemente curiosa por los detalles que la acompañan y por la fecha á que se refiere. Sucedió en Enero de 1796, y, por lo tanto, antes de que Bonaparte fuese nombrado general en jefe del ejército de Italia, en un convite que dió Barrás y al que asistían, entre otras damas, Mme. Tallién, Mme. Carvoisin y Mme. de Beauharnais.

«Después de haber tomado el café, dice Lecouteulx de Canteleu, me disponía á intervenir en la conversación de estas señoras cuando, apenas penetré en el saloncito donde se habían retirado, para dejar con más libertad á Bonaparte, que estaba sumamente animado y parecía muy contento, se levantó el general del sofá en que se hallaba sentado al lado de aquellas señoras, y reanudando la conversación conmigo, me llevó otra vez al salón. Ya en él, y de pie ante la chimenea, me dijo que quería hablarme del estado financiero de la República.» Sabía, en efecto, que Lecouteulx, antiguo diputado constituyente por Ruán, se había ocupado mucho de los asuntos de Hacienda en aquella Asamblea, y en esta ocasión Bonaparte le dijo «que la época de los asignados había ya pasado y que era necesario volver al dinero,» desarrollando este tema con tal lucidez y tal abundancia de argumentos, que dejaron admirado á su interlocutor, tanto por su competencia sobre tales materias como por su atrevimiento en hablar tan libremente en una época en que todo el mundo vivía atemorizado con motivo de las proscripciones decretadas contra los despreciadores del papel-moneda. «La facilidad con que se expresaba el joven general, sus frases breves y rápidas, y el tesón con que desafiaba la opinión pública, me dieron á conocer en él al hombre que se necesitaba.»

El Directorio no tardó en suprimir los asignados (18 de Marzo de 1796), y después trató de remediar en lo posible las otras faltas cometidas en Hacienda por la Asamblea Constituyente. Sobre este punto, así como sobre la mayor parte de los que resolvió esta Asamblea, sólo aceptó aquellos principios que eran verdadera expresión de la justicia y de la verdad, sencillos, claros y de facilísima aplicación: tales eran el asentimiento del país á la contribución votada por sus representantes, la igualdad de todos ante el impuesto y la

proporcionalidad de cuotas señaladas á las distintas clases; el establecimiento ó reparto de la contribución según datos fehacientes, materiales y precisos, prescindiendo de toda clase de investigación y de cualquier medio arbitrario. Pero la mayoría de los constituyentes, imbuídos en las ideas fisiocráticas, se habían propuesto obtener los recursos del Estado casi exclusivamente de la contribución directa, y principalmente de la territorial. Perfeccionóse el reparto de algunos impuestos directos, y aunque tímidamente, volvióse á los indirectos,



Martín Miguel Gaudin. (De un grabado de la época

ya que éstos pesan especialmente sobre la población urbana, que era en la que se apoyaba principalmente el Directorio.

Los impuestos indirectos reaparecieron en breve, pero en cierto modo subrepticiamente, figurando en el presupuesto del municipio de París con el nombre de *arbitrio municipal y de beneficencia* (27 de Vendimiario del año VII); y á fin de hacer menos impopular semejante medida, se destinó una parte de los ingresos al sostenimiento de los hospitales. Algunas semanas después, por la ley de 11 de Frimario del mismo año, referente á los gastos é ingresos de los municipios, se dedicó un capítulo á los *arbitrios*. Existía asimismo un impuesto del 10 por 100 sobre la cuota que satisfacían los carruajes públicos por el punto que ocupaban, y otra sobre la circulación de vehículos de toda clase, en substitución del pago de

tres mil quinientos portazgos. Pero, en resumidas cuentas, respecto al restablecimiento de los impuestos indirectos, no se habían hecho más que algunas tentativas, casi del todo insuficientes, y si el año VII marca una fecha importante en la historia financiera de Francia, se debe á sus leyes relativas á los impuestos directos, por las cuales se establecían algunos nuevos ó se modificaban los ya existentes: tales como la ley del 2 de Nivoso sobre el impuesto personal mobiliario; la del 1.° de Brumario sobre las patentes; la del 4 de Frimario sobre las puertas y ventanas, y la del 22 del mismo mes sobre el encabezamiento; medidas éstas que, aunque buenas todas, eran insuficientes, y por otra parte, no podían de momento tener gran eficacia en medio de la anarquía política que imperaba.

Entre los funcionarios del gobierno directorial se hallaba ocupando el cargo de director general de correos un antiguo intendente de Hacienda, llamado Gaudin. Nacido en San Dionisio, en 1756, pertenecía á una familia de curiales del Parlamento y había entrado en 1773 en la Administración central, donde, á pesar de su juventud, no tardó en adquirir una verdadera autoridad. El Directorio le había ofrecido, en el año IV de la República, el ministerio de Hacienda, y en el año VI, en dos ocasiones distintas, la Intendencia general y la Tesorería nacional; pero Gaudin había rehusado constantemente tales ofrecimientos, y sólo aceptó el cargo de director general de Correos, accediendo á los deseos del Directorio de que permaneciese en París, para poder de este modo utilizar sus consejos. Habiendo insistido al siguiente año el nuevo presidente del Directorio, Sieyes, para que aceptase el cargo de ministro de Hacienda, persistió Gaudin en su negativa. — «¿Por qué? le preguntó Sieyes. — Porque allí donde no hay Hacienda ni medios de que la haya, ese ministerio es inútil. — Convengo en que la situación es verdaderamente deplorable, pero si persistís en vuestra negativa, tendréis el disgusto de ver que el Directorio nombra para el desempeño de ese cargo á un hombre tan incapaz para el mismo como Roberto Lindet. — Pues bien, repuso Gaudin, nombradle por ahora; tal vez en este intervalo ocurra algún suceso que permita dedicarse después á esta materia con esperanza de alcanzar algún resultado, pues las cosas no pueden continuar así. — Entonces, replicó Sieyes, tengamos paciencia y esperemos.»

El acontecimiento que aguardaba Gaudin ocurrió escasamente medio año después, y el 19 de Brumario por la mañana, antes casi de que el hecho hubiese tenido completa realización, aquél fué llamado al palacio de Luxemburgo, siendo recibido por Sieyes.

«—Hace seis meses que os negasteis á aceptar mi proposición. —Ahora la acepto. —Pues bien, entrad en aquella habitación, donde hallaréis al General.» Y Gaudin se encontró en presencia de Bonaparte, á quien no había visto nunca (1). «Al entrar yo, dice Gaudin, dió algunas órdenes al jefe de guardia, y apenas se hubo retirado, se volvió á mí con la mayor amabilidad. —¿Habéis estado empleado largo tiempo en Hacienda?, me dijo. —Por espacio de veinte años, mi general. —Necesitamos en gran manera de vuestro concurso, y cuento con él. Vaya, pues, jurad, que tenemos prisa.» Gaudin prestó juramento al primer Cónsul, que le citó para dos horas después en el ministerio. Bonaparte le dijo en esta segunda entrevista: —«Señor Gaudin, os confío una empresa muy difícil, tal es la de establecer orden en la Hacienda; mas no dudo que con vuestra experiencia y vuestro conocimiento en estas materias obtendréis buen resultado. —General, esto es imposible si no median dos condiciones: la primera, volver á los antiguos impuestos, procurando mejorarlos; la segunda, adoptar, entre los antiguos procedimientos, aquellos cuya utilidad haya sido confirmada por la experiencia. —¡Pero los medios que me proponéis son antiguallas ya pasadas de moda! —En Hacienda, mi general, y sobre todo en materia de impuestos, las antiguallas son hasta cierto punto las más convenientes. —Sea, dijo el primer Cónsul, probadlo.»

Al encargarse Gaudin del ministerio, sólo halló en las cajas del Tesoro la cantidad de 167.000 francos, restos de un empréstito realizado poco antes con grandes trabajos; la renta del 5 por 100 estaba á 10 francos y se debían 400 millones, procedentes de las contribuciones directas de los años anteriores.

(1) Bonaparte había pensado en un principio nombrar para este cargo á Lecouteulx, quien rehusó, indicando para el mismo á Talleyrand. —De ningún modo, contestó Bonaparte con tono decisivo; no quiero que sea ministro de Hacienda. —Entre los colaboradores de Gaudin sería injusto olvidar al bearnés Dufresne (1736 1801), á quien Bonaparte nombró consejero de Estado y director del Tesoro.

Uno de los primeros actos de Gaudin fué organizar la administración de contribuciones directas, de las que había sido director, sobre el modelo de la del antiguo régimen.

Desde la época de la Revolución se hacía la lista de las contribuciones directas en cada municipio por las administraciones locales, es decir, que los mismos municipios determinaban la cantidad y el valor relativo de la propiedad individual y fijaban la cuota que le correspondía, dentro del cupo que el municipio debía pagar al Estado. La Asamblea Constituyente tomó por base, para la repartición del impuesto directo á los municipios, el antiguo de la tasa, siendo difícil hacerlo de otra manera, pues lo importante era aplicar cuanto antes las reformas, y para ello precisaba adoptar desde un principio una base cualquiera. Este impuesto resultaba muy desigual según las regiones, no solamente porque, aun siendo el mismo el valor de las tierras tributarias, podían ser tasadas muy distintamente, sino también porque era muy variable, para una misma extensión de terreno, la cantidad de tierras nobles exentas del impuesto. La cobranza se hacía en cada municipio por contratistas que la adquirían por subasta.

En 24 de Noviembre de 1799 se publicó una ley derogando el antiguo sistema de impuestos y encargando la recaudación de las contribuciones directas á agentes nombrados por el gobierno. Para cada departamento se nombró un director de contribuciones directas, que debía fijar el cupo del impuesto, confeccionar las listas, determinar la cuota señalada á cada contribuyente y despachar y examinar las reclamaciones que se le presentasen. Un inspector de contribuciones directas, á las órdenes del director, verificaba algunas visitas, y los interventores (que entonces ascendían á ochocientos cuarenta) tenían á su cargo preparar sobre el terreno, bajo la vigilancia de los inspectores, los trabajos necesarios que después se remitían á la Dirección.

Se conservaron las Juntas municipales, que se componían de cinco terratenientes, elegidos por el Ayuntamiento, y de dos concejales, cuya misión era la de auxiliar á los interventores; su intervención, además de servir de garantía, no dejaba de ser muy útil.

En la misma forma existen aún hoy. La ley de 24 de Noviem-

bre de 1799 conservaba, sin embargo, para la cobranza el sistema anterior, es decir, la adjudicación de los impuestos por subasta. Pero, como había dicho muy bien en el año X el director de contribuciones directas, Gervasio, «esta forma era inmoral y vejatoria. No es de suponer que nadie quiera ser recaudador sólo por la menguada retribución aneja á tal cargo; así es que éste negocia, ya sobre la importancia de las tierras, ya sobre el producto que saca de los apremios.» No obstante, hasta la publicación de la ley de 25 de Febrero de 1804 no se determinó «que los recaudadores de las contribuciones directas fuesen nombrados por el primer Cónsul.» Esta medida vino á completar afortunadamente la organización de los ingresos generales del Estado, de los cuales nos vamos á ocupar brevemente.

En cada departamento había un recaudador general, encargado de reunir los fondos del Estado y ponerse en relación directa con el Tesoro. Para asegurar el ingreso regular de estos fondos en la caja central del gobierno, Gaudin propuso, y fué aceptado por el general Bonaparte, un ingenioso sistema; éste consistió en la creación de un papel llamado *obligaciones* de los recaudadores.

Esta combinación, además de lo poco molesta que era para el contribuyente y por lo que interesaba al empleado en la más pronta recaudación del impuesto, tenía la ventaja de evitar que los recaudadores generales se retrasaran en los ingresos, pues el Tesoro recibía sobre su caja letras de cambio á plazo fijo, que debían pagarse, so pena de ser protestadas. Es cierto que semejante combinación no era posible sino después de haberse asegurado de la recta confección de las listas y del cobro de las contribuciones, ya que los recaudadores generales no podían hacer entrega más que de lo que exactamente habían recibido; pero una vez logrado esto, por los medios que hemos indicado, el sistema de las *obligaciones* era fácil de establecer, y reportaba, entre otras ventajas ya enumeradas, la de poder tener el primer día del año á disposición del Tesoro 300 millones de las contribuciones directas, en letras de cambio, que podían hacerse efectivas de una manera segura y fácil.

Para acreditar este papel, equivalente á los bonos del Tesoro que en su lugar existen hoy en Francia, y á los del *Echiquier* en Inglaterra, se fundó la Caja de amortización, la cual debía reunir pronto

todo lo relativo á la deuda pública, pero cuya creación no tuvo entonces más objeto que dar valor á las *obligaciones* de los recaudadores generales. He aquí de qué modo funcionaba: los recaudadores, como garantía aneja á su cargo, no depositaban más que una fianza en inmuebles. Esta clase de fianza, que exponía al Estado á las dificultades de la expropiación forzosa cuando necesitaba hacerla efectiva, no respondía suficientemente á los fines de su institución. Se resolvió, pues, exigirles en su lugar un depósito en dinero, á lo que se sometieron con gusto antes que dimitir sus empleos, lo que prueba el agiotaje establecido sobre el impuesto en cuestión.

Los recaudadores, verdaderos banqueros del Tesoro, como los hemos llamado, debían suscribirse por un número determinado de *obligaciones* que vencían cada mes, por el valor total de las contribuciones directas, es decir, por 300 millones, sobre los 500 que constituían á la sazón el presupuesto del Estado. Estas *obligaciones* eran pagaderas á su vencimiento en la caja del recaudador general. Para salvar el retraso que los contribuyentes pudiesen tener en el pago de sus cuotas, se suponía que cada dozava parte debía satisfacerse cuatro meses antes de su verdadero ingreso. Así, pues, las obligaciones que por la dozava parte debían suscribirse en 31 de Enero, tenían como fecha para su vencimiento el 31 de Mayo. De esta manera, el recaudador general que disponía de un plazo de cuatro meses, tenía medio de evitar molestias al contribuyente y un estímulo para ingresar pronto la recaudación, ya que, si lograba hacerla efectiva en dos meses, en vez de los cuatro señalados, ganaba dos meses de interés.

Estas fianzas, depositadas en la Caja de amortización, garantían las *obligaciones*. Estas á su vencimiento debían ser satisfechas en la caja del recaudador general, y, en caso de que no lo fueran, las pagaba la Caja de amortización, que venía obligada á saldar inmediatamente el crédito protestado con la fianza depositada por el respectivo recaudador. De esta manera las obligaciones tenían en la plaza la misma solidez que el mejor papel comercial. No era ésta, en verdad, la única ventaja que se obtenía de tal combinación, porque resultando muy probable que sólo una pequeña parte de las fianzas bastara para sostener el crédito de las obligaciones, ya que habrían de ser pocos los recaudadores generales que permitieran que sus letras

fuesen protestadas, el resto, por lo tanto quedaba desde luego á disposición del Tesoro público, que podía abrir cuenta con la Caja, dándole en garantía inmuebles ú otras rentas. Gracias á esta institución, se aseguró la cotización regular de las *obligaciones* y el gobierno pudo tener siempre á su disposición en cualquier momento una cantidad en metálico, recurso muy conveniente en aquel entonces.

Después de la nueva reorganización de los departamentos, se agregaron á los recaudadores generales, que residían en la respectiva capital, otros recaudadores particulares en cada distrito, los cuales dependían del Estado, al que debían dar cuenta de lo que recaudaban y de lo que entregaban al recaudador general, viniendo á ser los fiscales mejor informados y al mismo tiempo más desinteresados del manejo de los fondos públicos, pues en realidad no obtenían ningún beneficio con el estancamiento de estos fondos en las cajas de los recaudadores generales. Esta innovación permitía al gobierno conocer perfectamente el estado de la recaudación y aumentar el ingreso de las fianzas en metálico, cosa que si hoy sería indiferente, no lo era á la sazón; y, por último, tenía la ventaja de dar un nuevo empleo á la división por distritos, que recientemente se había creado.

Tal era la organización de las contribuciones directas. Por lo que se refiere á las indirectas, cuyos ingresos era difícil calcular de antemano, el recaudador general venía obligado, aunque solamente después de verificado el ingreso, á girar al Tesoro bonos, á la vista, contra su caja. Estos tributos, en los que se comprendían los de aduanas, portazgos, impuestos sobre carruajes, etc., constituían sólo una pequeña parte del presupuesto. Gaudin creía indispensable recurrir al antiguo impuesto de consumos; pero no era posible hacerlo todo de una vez, pues este impuesto conservaba aún toda su impopularidad. Por otra parte, la marcha regular del presupuesto estaba asegurada mediante un recargo extraordinario adicional, que se estableció, de 25 céntimos, y sólo cuatro años después, el 25 de Febrero de 1804, es decir, en los últimos tiempos del Consulado, se restableció el impuesto sobre las bebidas, aunque no llegó á hacerse efectivo hasta la época del Imperio.

Réstanos únicamente decir algo más sobre la administración central. La administración de las rentas públicas correspondía entonces á dos distintos ministerios: el *Ministerio de Hacienda,* propiamente dicho, y el del *Tesoro;* división que, en teoría, aparte de su razón de ser, tenía un fundamento histórico.

La Asamblea Constituyente suprimió en 1791 el Registro general, que reemplazó por un *Ministerio de Contribuciones y Rentas públicas,* el cual más tarde, en 4 de Octubre de 1795, tomó el nombre de *Ministerio de Hacienda.* La Asamblea nacional de 1789, por cierta desconfianza justificada por la falta de regularidad en la percepción de los impuestos y de un amillaramiento serio en la antigua monarquía, quiso en su Constitución asegurar al poder legislativo, más aún que en la mayor parte de las Constituciones que la siguieron, su alta intervención en la Hacienda francesa, por lo que, entre los ministerios que instituyó, se encuentra el de Hacienda; pero el ministro encargado de este departamento no tenía más atribuciones que dirigir el personal administrativo del mismo y ordenar la recaudación de los impuestos, votados por las Asambleas, y de las demás rentas del Estado; ingresos que entraban en el Tesoro real ó nacional, el cual venía á ser una especie de receptáculo general, en el que se reunía todo lo recaudado. Una comisión formada por miembros de la Asamblea tenía á su cargo la administración del Tesoro, y previa autorización de la misma, se distribuía á cada ministerio lo que le correspondía.

No existía Tribunal de Cuentas, pero había una Comisión de contabilidad, constituída igualmente por individuos de la Asamblea. El Tesoro Nacional tuvo desde entonces (y la tiene aún) personalidad jurídica, por lo que la Asamblea Constituyente creó un agente judicial del Tesoro para que la representase en las acciones que hubiera de ejercitar *ante los tribunales ordinarios.* Este funcionario existe todavía. No se había fijado aún la responsabilidad administrativa contra los recaudadores prevaricadores ó negligentes. Los acuerdos de la Comisión del Tesoro no tenían por sí solos fuerza ejecutiva inmediata, sino que debía procederse á su ejecución contra los responsables por la vía judicial. Más adelante, los acuerdos de la Cámara ó de las Cámaras recibieron también carácter ejecutivo;

pero se concedió á los cuentadantes el derecho de apelación ante el Tribunal competente. Esta organización tendía, como se ve, á separar en lo posible la administración de la Hacienda pública del poder ejecutivo.

La Constitución de 1793 definía así la *Tesorería nacional* (artículos 102-104): «La Tesorería nacional es el punto central de los ingresos y gastos de la República.» Su administración estaba encargada á los agentes nombrados por el Cuerpo legislativo, que si bien no pertenecían al mismo, eran responsables de los abusos que ocultaran.

En la época del Consulado, cuando la administración tomó una marcha más regular, se conservó la distinción entre el servicio de *recaudación* y el de la *administración* de las rentas percibidas; pero colocando el segundo de estos servicios, lo mismo que el primero, bajo la dirección, no de una Comisión procedente del Cuerpo legislativo ó elegida por el mismo, sino de un ministro, al que se dió el nombre de *ministro del Tesoro* (1), quien centralizó los servicios de la Tesorería nacional, tal como lo había establecido la Constitución de 1793. Actualmente las funciones del antiguo ministerio del Tesoro corresponden á las Direcciones de contabilidad pública y del libro de la deuda, y muy particularmente á la del movimiento general de fondos del ministerio de Hacienda, cuya principal misión consiste en asegurar á toda costa, en todos los puntos del territorio francés, la existencia de numerario suficiente para la buena marcha de los servicios públicos, independientemente de la recaudación verificada en la misma fecha y región.

Una vez equilibrado el presupuesto y normalizada la administración de los diversos servicios del Estado, no pareció de gran necesidad la existencia de un ministerio del Tesoro, y así se comprende que Mollién, sobre todo, que había establecido la contabilidad por partida doble en las dependencias de la Hacienda pública, juzgase desfavorablemente esta separación y que hasta llegase á titubear en 1805 si aceptaría ó no dicho ministerio; pero en circunstancias tan difíciles como las que se atravesaron desde 1788 á 1804, cuando

(1) Gaudin, en el año VIII, tuvo el título de ministro de Hacienda, encargado del Tesoro, y Barbé-Marbois fué el primer ministro del Tesoro.

el poder legislativo tenía motivos más ó menos fundados para desconfiar del ejecutivo, era de suma utilidad la separación de ambos servicios. Las dificultades en el movimiento general de fondos indican casi siempre una situación crítica ó á lo menos azarosa. El primer Cónsul, al contestar á Mollién, que se esforzaba en hacerle ver la inutilidad y aun los inconvenientes de la existencia de dos ministros para la administración de la Hacienda de un mismo Estado, le decía que estos ministros podían así fiscalizarse mutuamente; pero esta razón pierde gran parte de su valor, una vez establecida la partida doble en la contabilidad pública. Mas después de esta reforma, y ya en tiempos normales, presenta realmente esta división tantas ventajas, que Napoleón la conservó mientras permaneció al frente del poder ejecutivo. En 1815 fué suprimida por el ministro Louis, pero es fácil que la volvamos á encontrar en nuestra historia.

En tanto que Bonaparte, con el concurso de un hombre casi desconocido la víspera, llegaba á obtener resultados financieros tan excelentes, dos de los antiguos ministros de Luis XVI, que habían dejado muy distintos recuerdos de su paso por el ministerio de Hacienda, Calonne y Necker, presentaban al gobierno francés proyectos para organizar la Hacienda pública. Necker, sobre todo, cuyo nombre se había hecho tan popular, creía casi seguro que al restablecerse un gobierno regular en Francia se recurriría de nuevo á sus conocimientos y tal vez á sus servicios, y esta idea le dominó desde 1797. Cuando Bonaparte, después del armisticio de Léoben, pasó por Suiza en dirección á Rastadt, Necker, que confiaba en su visita, le esperó en vano en el camino de Coppet; pero Bonaparte, que, si hemos de creer á Marmont, sentía hacia él la más viva antipatía, no quiso pasar por Coppet, como, de otra parte, tampoco visitó Ferney, á pesar de los vivos deseos de sus ayudantes. No por esto Necker se descorazonó. El primer Cónsul preguntó á Mollién, — que se hallaba al frente de la Caja de amortización y de quien tendremos más adelante ocasión de recordar títulos más importantes al reconocimiento de su patria (1), — lo que opinaba sobre las Memorias enviadas

(1) *Mémoires d'un ancien ministre du Trésor.* — CLEMENT, *Portraits historiques.*

por Necker y Calonne, á lo que Mollién contestó diciendo que no debía aceptarse ni uno solo de los consejos que en ellas se daban al gobierno.

«No espero consejos, repuso vivamente el primer Cónsul, pero sí advertencias, que es preciso aceptar cualquiera que sea su procedencia.» Agregó que sin duda había ministros honrados, pero que las circunstancias exigían hombres extraordinarios; y después,



Nicolás Francisco Mollién. (De un grabado de 1814).

con una volubilidad y una vivacidad de expresión incomparables, según cuenta Mollién, trazó á su manera el cuadro completo de los deberes y cualidades que debían adornar á un ministro, y á continuación hizo el retrato de cada uno de los que entonces desempeñaban tan elevado cargo. «Ya lo veis, replicó al terminar el primer Cónsul; no me dejo imponer por las reputaciones... Los méritos antiguos no los considero más que como una escuela, en la cual se debe aprender para trabajar después con mayor conocimiento de causa. En poco tiempo me he convertido en un viejo gobernante, y pienso que lo más difícil no consiste en saber elegir á los

hombres, sino en dar á aquellos á quienes se escoge todo el valor que pueden tener.

Poco tiempo después, el primer Cónsul, que sentía por Mollién verdadera estimación, le encargó que todos los días le diese cuenta directamente, sin intervención del ministro de Hacienda, de los acontecimientos financieros que ocurriesen, del aspecto de la Bolsa y de todos aquellos diversos hechos de carácter comercial que se relacionaran con las operaciones propias de su incumbencia.

Así Bonaparte, con la inteligencia y la fuerza de voluntad que le eran características, se ocupaba en todo aquello que podía contribuir á la prosperidad de su pueblo, fijando su atención aun en aquellas materias que podían parecerle más extrañas y secundarias; constituyendo un hecho verdaderamente digno de consignarse, el extraordinario interés que demostró durante su gobierno por el estado de los valores públicos, la circulación fiduciaria y las instituciones de crédito, aunque entonces apenas si podía preverse la extraordinaria importancia que han alcanzado en nuestros días.

Brillante prueba de lo que acabamos de indicar fué la creación del Banco de Francia, la cual data de los comienzos del gobierno consular.

«Los antiguos establecimientos de crédito, dice Thiers, habían desaparecido entre los desórdenes de la Revolución; y, sin embargo, no era posible que París pudiese prescindir de un Banco.

»En todo centro comercial donde reina cierta actividad, es indispensable la existencia de una moneda cómoda para poder efectuar los pagos, es decir, el papel moneda, y un establecimiento que descuente los valores del comercio. Estos dos servicios se prestan un socorro mutuo, pues los fondos depositados á cambio de los billetes en circulación, son los mismos que se pueden prestar al comercio por el descuento de sus valores. Así, pues, allí donde exista un centro de negocios de alguna importancia, habrá necesidad de un Banco, con tal de que éste no descuente sino valores seguros y no emita más billetes que los absolutamente precisos; en una palabra, que ajuste sus operaciones á las verdaderas necesidades de la plaza en que radique. Esto era lo que hacía gran falta en París, y lo que debía obtener excelente éxito si sabía hacerse bien.

«Este nuevo Banco debía operar, no sólo con los particulares, sino con el Tesoro, y, por consiguiente, reportar tantos beneficios como servicios hubiese prestado.—El gobierno convocó á los principales banqueros de la capital, á cuyo frente se puso M. Perrégaux, banquero, cuyo nombre va unido á todos los grandes servicios prestados en aquella época al Estado, y se formó una asociación de ricos capitalistas para la creación de un establecimiento de crédito, llamado *Banco de Francia,* todavía existente. Constituyóse con un capital de 30 millones de francos, bajo el gobierno de quince consejeros y de un Comité directivo de tres individuos, comité que más tarde se reemplazó por un gobernador, censores y regentes.»

La base fundamental del Banco de Francia consistía en el descuento de valores comerciales, cuya legitimidad y seguridad quedaban garantidas por la firma de tres banqueros por él aceptados. La aceptación del Banco de Francia es la mayor prueba de crédito que puede alcanzar una casa de banca particular, si bien es cierto que se ha fundado una gran compañía, con el título de *Comptoir d'Escompte*, al objeto de prestar á los valores comerciales que cuenten ya con dos de aquellas firmas, la tercera que les falta para ser descontados en el Banco. Tiene también el Banco el monopolio de la emisión de billetes en circulación, como dinero; acepta igualmente en depósito títulos, valores, metales preciosos sin acuñar y joyas, y tiene el derecho de prohibir toda especulación extranjera de descuento y aun de comercio sobre metales preciosos.

Los estatutos del Banco de Francia, aunque en su conjunto hayan merecido la aprobación general, fueron objeto desde un principio de muy acerbas censuras. Se ha criticado lo elevado de su descuento y el rigor con que ejerce su monopolio, comparándolos con los estatutos del Banco de Inglaterra. Entrar en una discusión sobre este particular nos parece muy ajeno del fin y objeto de esta obra; sin embargo, creemos que en esta materia, como en todas las demás instituciones de Napoleón que en nada se relacionan con la política, se encuentra el sello de un notable buen sentido. El arquitecto levantó su edificio con una previsión tan justa para las necesidades del porvenir, que aquellas partes de la construcción que en un principio sólo parecían un exceso de garantía para la solidez del mismo

edificio, y por consiguiente un lujo inútil, se ha visto después que eran indispensables para asegurar la duración de la obra.

Dúdase de si el Banco real de Inglaterra hubiera podido soportar sin gran quebranto, como el de Francia, la espantosa crisis de la guerra de 1870 y de la Commune. Realmente causó universal admiración que su crédito no sufriese lo más mínimo, y que el curso forzoso de sus billetes produjese tan sólo una ligera depreciación de los mismos al principio, pero que duró poco. En 1839, el Banco de Inglaterra tuvo la suerte de obtener de su rival un préstamo de 40 millones, y á fines de 1890, á causa de las pérdidas experimentadas por la casa Baring, el Banco de Inglaterra vióse obligado á pedir un nuevo préstamo al de Francia, siendo realmente de admirar que en este momento algunos diputados se opusieran rudamente á esta operación.

Francia emplea, sin duda, en sus transacciones una cantidad mucho mayor que Inglaterra. El crecido interés del Banco de Francia parece que debiera restringir los negocios en tiempos normales, en perjuicio de los intereses del comercio francés, y que por una y otra parte se despilfarran inútilmente sus respectivas fuerzas, como si en una fábrica se mantuviese, haciendo grandes gastos, una máquina de vapor de una potencia muy superior á la que se necesitase. Pero esta pérdida aparente es la garantía más sólida contra las crisis que pueden surgir y una seguridad para el porvenir. M. W. Bagehot, uno de los hacendistas ingleses más autorizados, en su obra titulada *Lombard Street*, no se atreve á reconocer abiertamente que, examinada en conjunto, la organización del Banco de Francia le parece superior á la del Banco real de Inglaterra; pero en el fondo conviene con M. Thiers en que, «fiel á sus estatutos, el Banco de Francia ha llegado á ser el más importante establecimiento de este género que se conoce en el mundo.»

A pesar de la creciente confianza que inspiraba el nuevo gobierno, el crédito y la regularidad en los negocios renacían con demasiada lentitud, cosa que apenaba mucho al primer Cónsul. La Bolsa había sufrido numerosas y profundas oscilaciones, y Bonaparte llegó á preocuparse, creyendo ver en ello manejos de la oposición ó variaciones artificiales preparadas por jugadores de mala

fe. Quiso averiguar si existía medio de contener este furor desenfrenado del juego, que, al propio tiempo que parecía anticiparse á las propias intenciones del gobierno, comprometía con frecuencia y muy gravemente, con ciertos manejos fraudulentos, la fortuna de muchos hombres de buena fe, favoreciendo la ociosidad, con



Bonaparte en la Malmaison. (Por Isabey

todo el cortejo de malas pasiones que naturalmente lleva consigo, en detrimento de la honradez, de la laboriosidad, del orden y de la economía. Con este motivo entró el primer Cónsul por vez primera en relaciones con Mollien, con quien estuvo unas dos horas en conversación, en la cual ambos interlocutores sostuvieron opiniones distintas con la misma elevación de miras, y animados los dos del propio sentimiento en favor del bien público. Bonaparte, excitado por la

indignación que le habían producido los recientes escándalos, quería impedir á toda costa su reproducción por medio de una represión enérgica.

«Yo no trato de cohibir la libertad comercial de nadie, decía con este motivo; pero como jefe del gobierno que hoy rige á la Francia, no puedo tolerar una industria para la que no hay nada sagrado, cuyos medios habituales son el fraude y la mentira, cuyo fin es obtener un provecho más inmoral todavía que el que se busca en los juegos de azar, y que, por la más ínfima ganancia, no titubearía en vender el secreto y el honor del gobierno, si en sus manos estuviese el hacerlo.»

Mollien, que en su viaje á Inglaterra (1798) había estudiado detenidamente la organización y las costumbres financieras de este país, no se mostraba tan severo, pues creía que la libertad de las transacciones presentaba mayor número de ventajas que inconvenientes. Lo que el primer Cónsul tomaba por hostilidad de las oposiciones, no era á sus ojos más que fruto del recelo de los especuladores. Bonaparte alegaba el ejemplo de Holanda é Inglaterra, en donde decía, con fundamento, que no se presentaban oscilaciones tan bruscas en la cotización; lo cual reconocía como cierto Mollien, pero haciendo constar al propio tiempo que las operaciones á plazo fijo eran también más frecuentes allí que en París, y así añadía:

«Nuestra deuda se distingue en que su cotización es más susceptible de movimiento, pues con frecuencia los motivos más insignificantes le hacen experimentar en un solo día un cambio de dos ó tres por ciento, en tanto que la variación de un cuarto ó de un medio por ciento en la cotización de la deuda inglesa ú holandesa, viene á producir una especie de revolución en ambos países. Esta movilidad en la cotización de nuestros fondos públicos es indudablemente un poderoso atractivo para la masa de los pequeños especuladores, cuya habilidad consiste en operar sobre las *diferencias;* pero las variaciones en las cuales encuentran sus ganancias y sus pérdidas dependen de causas mucho más importantes. ¿Acaso, General, los gobiernos anteriores al vuestro no han demostrado que la causa de tales fluctuaciones se encuentra

precisamente en los recuerdos y en las huellas que han dejado con sus operaciones rentísticas? No os recordaré, ciertamente, todas las faltas cometidas, ni me remontaré á las más antiguas, ya que cada una de ellas podría servir de título para un extenso capítulo: las expropiaciones, la violación de los contratos, el falso valor de los asignados extendido á todos los valores dados en pago, en vez de la verdadera moneda prometida; los plazos prorrogados indefinidamente; los inmuebles, superiores en valor á todas las deudas del Estado y cuya venta ha convertido al mismo Estado en deudor de sumas mucho más importantes; la propiedad en continua zozobra, ya por los sacrificios á que la obligaban los impuestos, ya por la especial naturaleza y la época de cobranza de sus rentas, y la inestabilidad de los planes financieros y de las formas de pago, que llevaban una inseguridad parecida á todos los mercados y al precio de todas las mercancías. A estos desórdenes creo yo que deben atribuirse algunos de los síntomas de inquietud y desconfianza que todavía existen, á cuya manifestación es sin duda mucho más faborable la libertad de un mercado público como la Bolsa. Pero si la opinión tiene en él más expansión que antes, también enseña sin duda mucho mejor que antes los medios de satisfacerlas.»

«Las compras á plazo, añadía aún, no tienen nada de inmoral ni de ilegal en sí, y fueron aprobadas por un decreto del Consejo en 1786, decreto que no llegó á ponerse en práctica. Los abusos de tales transacciones provenían precisamente de la misma ley, que no establecía su penalidad. Cuando un hombre en pleno uso de razón contrae libremente compromisos temerarios, encuentra precisamente el castigo de su imprudencia y mala fe en la obligación que tiene de cumplir tales compromisos. Existe, además, un alto interés social que la ley no prohibe ni puede castigar, y lo que es más aún, que viene obligada á tolerar.»

El legislador tiene, sin embargo, una misión protectora que cumplir, procurando que los abusos que se cometen en el libre ejercicio de un derecho sean los menos posibles. «Tampoco, dijo, puedo hacer objeción alguna contra el proyecto de limitar el cuerpo de los agentes de cambio, fijando un número, ya que por la ley de 17 de Marzo de 1791 se había declarado libre esta profesión,

ni de exigirles responsabilidad é introducir principalmente entre ellos «la disciplina de la corporación,» que es más segura para prevenir las faltas que la responsabilidad para repararlas.» M. Mollien tuvo la satisfacción de ver que había logrado convencer á su ilustre interlocutor, quien, por otra parte, si prolongó todavía la conversación, fué con el objeto de ilustrarse circunstanciadamente en esta materia. Convidado á comer en la Malmaison, donde había sostenido esta conferencia con el primer Cónsul, oyó luego con legítimo orgullo como éste, al recomendar á sus colegas la redacción de un proyecto de ley sobre el cuerpo de agentes de cambio y sobre el reglamento de la Bolsa, decía que no había necesidad de cometer la falta de prohibir lo que no podía evitarse, y que el poder público contraía mayor responsabilidad reformando una ley viciosa que tolerando su infracción.

Hemos resumido toda una discusión, porque ella nos muestra con qué entusiasmo el primer Cónsul perseguía el bien en todas sus manifestaciones, y con qué sinceridad, no obstante estar dotado de clara inteligencia y vasto talento, trataba de ilustrarse con personas entendidas sobre toda clase de materias. Por otra parte, de esta conversación arranca el origen de la actual organización de los agentes de cambio, según ley del 28 de Ventoso del año IX (19 de Marzo de 1801).

En tanto que Bonaparte y Gaudin se ocupaban en la reorganización de la Hacienda, emprendíanse también grandes reformas en todos los demás servicios, en la administración departamental y en la de justicia, fortaleciendo en ellas, como en las anteriores, la acción del poder central, fijando y simplificando el ejercicio de la autoridad, teniendo como axioma que si la variedad es muy á propósito para discutir, la unidad es necesaria para ejecutar.

La ley del 28 de Pluvioso del año VIII (17 de Febrero de 1800), referente á la administración departamental y municipal, conserva los antiguos departamentos, pero suprime las administraciones cantonales del año III, y subdivide el departamento en distritos, menores en número, y por consiguiente mucho más importantes que los de 1791, y los distritos en municipios.

Fueron suprimidos los directores de departamento y reem-

plazados por prefectos, representantes del poder ejecutivo en cada departamento, auxiliados en el ejercicio de sus funciones por un Consejo de prefectura, que desempeñaba en el departamento el mismo papel que el Consejo de Estado junto al gobierno central. Ayudaba al prefecto en el gobierno del departamento y dirimía los litigios



Uniforme de cónsul, de ministro y de consejero de Estado.

administrativos, pudiendo apelarse de sus resoluciones ante el Consejo de Estado (1).

El Consejo general constituía el poder legislativo y fijaba las contribuciones para el departamento. En cada distrito, el poder ejecu-

(1) En principio, éste es el Tribunal ordinario para los litigios administrativos, es decir, que á falta de un texto legal que, para un caso determinado, fije el Consejo de prefectura, el asunto debe ser llevado al Consejo de Estado para su resolución; pero como el número de casos en los cuales debe recurrirse al Consejo de prefectura ha ido aumentando de día en día, aquél, de hecho, ha quedado constituído en jurisdicción administrativa de primera instancia.

tivo estaba representado por un subprefecto y el legislativo por un Consejo de distrito, que tenían en su demarcación las mismas atribuciones que el prefecto y el Consejo general en el departamento.

El municipio era administrado por un alcalde, ayudado de uno ó varios tenientes, y por un Consejo municipal ó Ayuntamiento.

Los prefectos y subprefectos, los Consejos generales y de distrito, los alcaldes y tenientes de alcalde de los municipios mayores de 5.000 almas, eran nombrados por el poder ejecutivo, que debía escogerlos de la lista de notables del departamento. En los municipios menores de 5.000 habitantes, el prefecto nombraba los alcaldes y tenientes de alcalde, y los Consejos municipales ó ayuntamientos eran escogidos de la lista de notables de cada municipio. Centralizada la autoridad en esta forma, podía hacerse sentir con igual fuerza en todas las esferas del gobierno, y lo mismo es los territorios más lejanos que en los más próximos á la capital.

La novedad que presentaba esta organización consistía principalmente en la institución de los prefectos.

«Esta nueva magistratura, dice Vaublanc, se adaptaba perfectamente al carácter francés y á la necesidad de restablecer el orden después de una horrible revolución. El traje y la espada que ceñían, advertían constantemente á estos magistrados el deber que tenían de ser enérgicos, activos y valientes, y presentaban al pueblo la idea de una magistratura respetable. Estas prerrogativas les permitían trasladarse con rapidez á cualquier punto donde se creyese necesaria su presencia, pudiendo hacer sus viajes á caballo y pasar por los caminos de travesía, en vez de recorrer sus provincias tan sólo por las grandes carreteras y en carruaje. Una de las principales ventajas de esta institución consistía en poder dar con ella honrosa colocación á los militares que, por efecto de sus heridas, hubiesen quedado inútiles para el servicio, pero cuyos conocimientos podían hacer de ellos excelentes administradores, estableciendo de esta manera un estrecho lazo entre el elemento civil y el militar.

»Al crearse estos cargos, fueron nombrados para desempeñarlos antiguos militares, de los cuales Bonaparte repetía con frecuencia que habían sido los mejores prefectos. De esto no debe deducirse, sin embargo, que la autoridad que ejercieran fuera absoluta; nunca

ha habido jefes políticos mejor dirigidos ni tampoco más subordinados al gobierno.»

La mejor prueba de la inteligente actividad y del interés que por el bien público mostraba la administración francesa en aquella época, son los recuerdos de consideración y agradecimiento que dejó en todas partes, aun en aquellas regiones que únicamente por la fuerza se habían sometido, y que, tan pronto les fué posible, se apresuraron á sacudir el yugo que se les impusiera.

Un mes después de publicada la ley sobre la administración departamental, el 18 de Marzo de 1800 (27 de Ventoso del año VIII), fué promulgada la de organización de los Tribunales. Un doble objeto se proponía esta ley: el de aproximar más la justicia á los acusados, colocándola, sin embargo, por encima de la justicia local, por medio de un Tribunal de apelación más apartado de ésta, pero más elevado, cuya independencia y profundos conocimientos asegurasen la imparcialidad. Esta forma se debió principalmente al cónsul Lebrún. Secretario éste de Maupeou, en los últimos años del reinado de Luis XV, le había ayudado en la nueva organización judicial de Francia después de la supresión del Parlamento, y tal vez por lo mismo se encuentran muchas relaciones entre el plan de Maupeou y el que se aplicó en el año VIII.

Comprendía éste: 1.°, un tribunal civil en cada distrito, que tenía también á su cargo lo criminal; 2.°, veintinueve tribunales de apelación, distribuídos en el territorio de la República; 3.°, un juez de paz por cada cantón. La duración de este último cargo era de tres años, pero los jueces que componían los tribunales eran inamovibles. Una de las reformas más importantes consistía en que los jueces, en vez de ser nombrados para diez años por los electores, lo eran por el primer Cónsul entre las personas continuadas en las listas de los municipios y de los departamentos. Los individuos del Tribunal de Casación eran designados por el Senado, tomando sus nombres de la lista nacional. Finalmente, con el nombre de abogados se restablecían los antiguos procuradores.

De esta manera Napoleón restauraba el orden, sancionando al propio tiempo los principios sociales que la Revolución había proclamado, y dominando las pasiones y los intereses que á su calor

habían nacido. Napoleón había realizado el programa que Portalis indicaba desde su destierro, algunos meses antes del 18 de Brumario, en sus cartas á Mullet du Pan, y que no esperaba en verdad ver tan pronto aplicado en su patria.

«Para triunfar en una empresa, decía, es necesario presentarse con un plan trazado, que con facilidad sea adoptado en el primer momento, que es el de la laxitud, aunque después no llegue á su completa realización. Al principio los ambiciosos callan y sólo la masa se mueve y raciocina; mas después ésta desaparece y recobran su imperio los ambiciosos y los habladores... Cuando todo se ha destruído y sólo se encuentran ruinas por doquier, no debe tratarse únicamente de restablecer lo pasado: es necesario regenerar, es preciso ocuparse de los hombres mucho más que de las cosas, y crear, por decirlo así, un pueblo nuevo. Un libertador debe dar leyes basadas en la razón y en la justicia, nunca inspiradas en la pasión ni en el odio.»

Tal fué la conducta que siguió el primer Cónsul, por lo que su popularidad iba cada día en aumento, y todos cuantos no se hallaban cegados por la pasión de partido simpatizaban con el nuevo gobierno. El mismo Jourdán, cuya noble oposición al golpe del 18 de Brumario hemos señalado ya, escribió poco tiempo después una carta á uno de sus compañeros de armas en la que le explica los motivos que le movieron á cambiar de opinión (1).

«En el transcurso de la Revolución, dice Jourdán, hemos visto que la masa del pueblo ha sido siempre presa de los diferentes partidos que se sucedieron en el mando.—Tan persuadidos estábamos todos de esta verdad, que en la época del Directorio reconocíamos que el gobierno era demasiado débil, por lo que á menudo discurríamos sobre los medios de robustecerlo, al mismo tiempo que deseábamos hombres más aptos para la dirección de los negocios públicos. Por eso Francia no ha recobrado su esplendor hasta después del 18 de Brumario, época en la que una nueva Constitución, dando mayor independencia al gobierno, le ha permitido ocuparse sin trabas

(1) Esta carta fué reproducida por M. Ernouf en *Les souvenirs de l'abbé C...*, apéndice, pág. 284.

de ninguna clase del bienestar y prosperidad públicos, en tanto que el ciudadano pacífico, volviendo de nuevo á sus antiguas costumbres y ocupaciones, se dedica tranquilamente, bajo la protección del gobierno, al cuidado de sus negocios particulares. Está demostrado que el cambio realizado el 18 de Brumario ha sido ventajoso para Francia. Queda reconocido por todos los hombres de buena fe y por cuantos no ciega la ambición personal, que la nueva forma de gobierno se adapta mejor á nuestras costumbres y á nuestra situación.» Termina Jourdán aconsejando á su amigo que á todos aquellos que le presenten objeciones, les responda como él: «Haced que el pueblo francés adquiera las necesarias virtudes para disfrutar sin abuso de una libertad más amplia, y volveré á mis antiguas ideas. Hasta entonces, permitid que sacrifique algo de esta latitud en bien de la tranquilidad pública y de los intereses generales.»

Entretanto la Constitución del año VIII fué sometida, como se había acordado, á la sanción del pueblo, siendo aprobada en 7 de Febrero de 1800 por 3.011.007 votos en pro contra 1.562 en contra. Es notable esta votación no sólo por la brillante mayoría que resultó, sino principalmente por el extraordinario número de votantes que en ella tomaron parte. Desde 1789 no se había ofrecido un espectáculo semejante. En los años precedentes, aún para las votaciones más graves, la mayoría se había abstenido, y la misma Constitución del año III, á pesar de que ponía fin al período del Terror, no fué sancionada más que por 1.057.370 votos favorables contra 49.955. Este plebiscito constituyó, pues, una verdadera manifestación nacional.

Antes de la publicación oficial del escrutinio, en 19 de Febrero de 1800, el primer Cónsul dejó el palacio del Luxemburgo y se alojó en el de las Tullerías. En sus paredes, que conservaban numerosas huellas de las algaradas que habían devastado el palacio, podía leerse todavía la siguiente inscripción: «En 10 de Agosto fué derribado el trono; jamás volverá á levantarse.» El mismo día de su entrada en este palacio, dijo Napoleón á uno de sus antiguos compañeros de la escuela de Brienne, que había tomado á su servicio y que, después de acompañarle á Egipto, llegó á ser su secretario particular: «Henos ya en las Tullerías, Bourrienne; aquí hemos de quedarnos.»

CAPITULO III

CAMPAÑA DE 1800

PASO DEL SAN BERNARDO. — GÉNOVA. — MARENGO. — HOHENLINDEN. — LUNEVILLE.



L desembarcar Bonaparte en Fréjus, su primera invitación fué la de presentarse ante el ejército de Italia y no volver á París sin haber derrotado al enemigo. « ¡ Pero sabe Dios en qué estado se halla ese ejército, decíale á Marmont, y cuáles son los medios ofensivos con que contará ! Sin duda sería necesario pasar mucho tiempo antes de poder emprender ninguna operación formal, y el efecto de mi llegada perdería toda su importancia.» Una vez dueño del gobierno, podía realmente asegurar mejor el éxito.

Por primera vez vamos á ver á Bonaparte, general y jefe del gobierno al mismo tiempo, organizar las tropas que debe mandar ó enviar á la guerra, señalar á los diversos ejércitos de Francia el plan de sus operaciones, de igual manera que dirigía las distintas divisiones de su ejército en Italia, y considerar los diversos teatros de la guerra como las posiciones de un solo campo de batalla donde todos los ejércitos, á pesar de las distancias que los separan, tienen matemáticamente señalada su misión en el conjunto de una idea única

y concurren al golpe decisivo que alguno de ellos se encargará de dar.

La paz era el deseo general de toda Francia, y Bonaparte la ansiaba igualmente, siempre y cuando se pudiese obtener de una manera honrosa, comprendiendo que la gloria del legislador vale tanto como la del conquistador. Así, el 5 de Nivoso del año VIII (26 de Diciembre de 1799) se dirigió por medio de una carta al emperador de Austria y al rey de Inglaterra, directamente y sin intervención de sus ministros, proponiéndoles terminar las hostilidades. La carta enviada al rey de Inglaterra estaba concebida en los siguientes términos:

«Llamado por los votos de la nación francesa á ocupar la primera magistratura de la República, creo conveniente, al entrar en funciones, participarlo directamente á V. M.

»¿Habrá de ser eterna la guerra que desde hace ocho años está devastando las cuatro partes del mundo? ¿No hay ningún medio, acaso, de llegar á entendernos?

»¿Es posible que las dos naciones más ilustradas de Europa, poderosas y fuertes en mucho mayor grado de lo que exigen su seguridad y su independencia, hayan de sacrificar á mezquinas ideas de vana grandeza los intereses del comercio, la prosperidad interior y la felicidad de las familias? ¿Cómo no reconocen que la paz es la primera de las necesidades, como es también la primera y la más alta de las glorias?

»El corazón de V. M., que gobierna un pueblo libre con el solo fin de labrar la felicidad del mismo, no puede menos de abrigar tales sentimientos; V. M. no debe ver en esta manifestación más que mi deseo sincero de contribuir eficazmente, por segunda vez, á la paz general, por un paso repentino, inspirado en la confianza y sin atender á formalidades que, si son necesarias tal vez para disfrazar la dependencia de los Estados débiles, en los Estados poderosos no significan otra cosa que el deseo de engañarse mutuamente.

»Francia é Inglaterra, abusando de sus fuerzas, pueden todavía durante largo tiempo, para desgracia de todos los pueblos, prolongar la lucha hasta su completo aniquilamiento; pero me atrevo á de-

clarar que el porvenir de las naciones civilizadas depende del fin de una guerra que conmueve al mundo entero. — BONAPARTE. »

El gabinete inglés, y no el monarca, fué quien contestó á tan hermosa carta, diciéndole que no le era posible acoger proposiciones de paz en tanto no fuese restaurada en Francia la casa de Borbón y su territorio se redujese á las antiguas fronteras. Talleyrand, mi-



Asesinato de los plenipotenciarios franceses en Rastadt (grabado de Duplesis-Bertaux)

nistro entonces de Negocios extranjeros, replicó que esto era lo mismo que proponer á Inglaterra la restauración de los Estuardos y que renunciase al dominio de las Indias. No es posible discutir ni defender la excesiva ambición de Bonaparte, pero ¿acaso se mostraron sus enemigos más moderados ó menos exigentes en sus pretensiones? ¿De qué parte estaba entonces la moderación?

La continuación de la guerra era inevitable, y las hostilidades, suspendidas desde el mes de Diciembre, se reanudaron en la primavera. Austria contaba con dos ejércitos de 120.000 hombres. Mélas

mandaba el de Italia, y por su reciente victoria de Genola había llegado hasta la vertiente del golfo de Génova. Después de dejar 40.000 hombres, al mando de Vukassowich y Haddik, para guardar la Lombardía, debía con el resto apoderarse de Génova, forzar la línea del Var y penetrar en la Provenza, en donde vendría á unírsele un cuerpo de ejército de 20.000 ingleses, que se estaba organizando en Menorca. El ejército del Rhin, mandado por Kray, estaba encargado de la defensa del río desde Maguncia hasta su nacimiento. Un cuerpo de 30.000 hombres, á las órdenes del príncipe de Reuss, había sido destacado para quedarse en el Vorarlberg y el país de los Grisones, para de esta manera dar la mano al ejército de Italia.

De mayor alcance era el plan ideado por Bonaparte. El ejército de Italia, que sólo constaba de 36.000 hombres, debía limitarse á quedar á la defensiva en el Apenino y en el litoral de Génova, entreteniendo á Mélas. El ejército del Rhin, cuyo efectivo se elevaría á unos 100.000 combatientes, debía dirigirse sobre la extrema izquierda de Kray y cortarle sus comunicaciones con Italia. Una vez Mélas entretenido en la Liguria y rechazado Kray hacia el Danubio, quedarían los Alpes libres, y entonces Napoleón, con un ejército de reserva, debía atravesar los Alpes centrales y aparecer repentinamente en plena Lombardía.

Habiendo muerto Championnet, víctima de la epidemia que diezmaba al ejército de Italia, fué reemplazado por Massena, quien, á pesar de sus admirables esfuerzos, contando sólo con tropas inferiores en una mitad á las de los austriacos y debilitadas por toda clase de privaciones, no pudo impedir que Mélas se apoderase de Savona, dividiendo así en dos partes el ejército francés. Massena y Soult fueron empujados sobre Génova, donde quedaron bloqueados por los austriacos, la escuadra inglesa y los naturales del país, que se habían sublevado, y Suchet fué rechazado hasta detrás del Var. Mélas, dejando á Ott delante de Génova, se dirigió sobre el Var, para tener la honra de ser el primero en atravesar la frontera francesa; pero su triunfo no debía servirle más que para hacerle caer mejor en el lazo que se le tendía.

Massena no había tenido la precaución de procurarse víveres en cantidad suficiente, por lo que muy pronto el hambre se dejó sentir

en Génova. Por esta razón, Bonaparte excitaba á Moreau para que cuanto antes se hallase dispuesto á entrar en campaña: habíale dado uno de los ejércitos más brillantes que ha tenido Francia, compuesto en gran parte de veteranos que habían servido á las órdenes de Hoche, de Kléber y aun del mismo Moreau, soldados todos ellos sobrios, disciplinados, aguerridos y valientes, y se le había mandado un corto número de quintos, «los necesarios para rejuvenecerle.« Moreau tenía bajo sus órdenes á oficiales tan distinguidos como Lecourbe, Richepanse, Ney y Gouvión Saint-Cyr.



Andrés Massena, duque de Rivoli. (Cuadro de Gros)

Napoleón hubiera deseado que el ejército de Moreau, remontando por completo el Rhin, por la orilla izquierda, se reconcentrase entre Basilea y Schaffhouse, donde, por medio de barcas preparadas secretamente en sus afluentes, le sería fácil en sola una mañana echar cuatro puentes sobre el río y caer en todas sus fuerzas sobre el flanco de Kray, separándole de sus reservas y de su izquierda, poniéndose así en estado de destruir el ejército austriaco de un solo golpe. Creía Bonaparte que, operando las tropas francesas en

territorio amigo, podrían, dejando atrás el Rhin, adelantarse dos ó tres jornadas á los Austriacos, en lo cual consistía principalmente toda la ventaja; pero Moreau era un general demasiado metódico para comprender idea tan atrevida, y temiendo que Kray, advertido á tiempo y pudiendo marchar con más rapidez por la orilla derecha, á través de la Selva Negra, en tanto que los Franceses tenían que seguir la línea ondulada del Rhin, arrojase al río las primeras tropas que intentasen atravesarlo, con lo que haría imposible toda tentativa para realizar el paso en un solo punto, prefería desembocar en varias columnas por Strasburgo, Brisach y Basilea, atrayendo á los Austriacos á los desfiladeros de la Selva Negra, frente á la Alsacia; y mientras el enemigo se hallaría así entretenido por una parte del ejército, que se habría quedado en la orilla derecha, él remontaría rápidamente el Rhin y acudiría á Schaffhouse para proteger el paso de las restantes fuerzas, que habrían seguido la orilla izquierda. Esta marcha de flanco en país enemigo ofrecía graves peligros, y aun suponiendo que un éxito completo coronase sus esfuerzos, éste distaría mucho de ser decisivo en sus resultados. Pero Napoleón consideraba que no era posible imponer autoritariamente á un general ilustre por muchos conceptos, sin exponerse á graves consecuencias, un plan tan atrevido como el suyo. A fin de convencer á Moreau, llamó á París al general Dessoles, jefe de su Estado Mayor, á quien costó muy poco persuadir.

«Sin embargo, Dessoles persistió igualmente en aconsejar al primer Cónsul que adoptase el plan de Moreau, porque, á su parecer, era preciso dejar al general que opera en libertad de obrar según sus ideas y su carácter, mayormente cuando además se trata de un hombre digno del mando que se le ha confiado.— Vuestro plan, dijo al primer Cónsul, es más vasto, más decisivo, y probablemente más seguro, pero no se adapta al carácter del que lo ha de ejecutar. Vos tenéis un modo de combatir superior al de todos los demás; Moreau tiene el suyo, que, aunque inferior al vuestro, es, sin embargo, excelente. Dejadle en libertad, y lo hará bien; tal vez con lentitud, pero de una manera segura, alcanzando resultados iguales á los que apetecéis para el buen éxito de vuestro plan general. Si, por el contrario, le imponéis vuestras ideas, haréis que vacile y aun morti-

ficaréis su amor propio, con lo que no se conseguirá nada por haberlo querido todo.— El primer Cónsul, tan versado en el conocimiento de los hombres como entendido en la táctica de la guerra, supo apreciar en lo que valía la prudencia de los consejos de Dessoles y acabó por ceder.—Tenéis razón, le contestó; Moreau no es capaz de comprender y realizar el plan que he concebido. Haga, pues, lo que quiera con tal de que rechace al general Kray hacia Ulm y Ratisbona, y que inmediatamente envíe á tiempo á Suiza su ala derecha. El plan que no comprende y que no se atreve á ejecutar, voy á ponerlo yo en planta en otra parte del teatro de la guerra; lo que él no se atreve á hacer en el Rhin, voy á realizarlo yo en los Alpes. Algún día recordará con sentimiento la gloria que hoy voluntariamente me abandona.—Frase soberbia y profunda en la que se encerraba una completa profecía militar, como pronto tendremos ocasión de ver.» (THIERS).

Moreau quedó, pues, completamente en libertad para obrar á su placer, y llevó á cabo realmente una magnífica campaña. Mientras Kray, convencido de que los Franceses querían penetrar en la región del Danubio por el valle del Infierno, concentraba sus fuerzas en dirección á las fuentes del Kintzig, Moreau pasó el río por Basilea y Lecourbe por Schaffhouse, envolviendo la Selva Negra y alcanzando el mismo día la doble victoria de Stokach por Lecourbe y la de Engen por Moreau (3 de Mayo), en la que el enemigo perdió más de 12.000 hombres entre muertos, heridos y prisioneros.

Kray se retiró hacia el Norte, por la cuenca del Danubio, siendo nuevamente derrotado en Moesskirch; mas no se desalentó, y aun trató de aprovecharse de las diversas líneas paralelas de defensa que forman los afluentes de la orilla derecha del Danubio. Batido en Biberach por Saint-Cyr (9 de Mayo), tuvo que replegarse detrás del Iller en Memmingen; pero derrotado otra vez, se refugió en Ulm.

Moreau atravesó el Iller y ocupó á Augsburgo, volviendo después sobre sus pasos para apoderarse de aquella plaza. Por medio de un movimiento envolvente, paso el Danubio por Blenheim y alcanzó una completa victoria de Hochstett, sobre el mismo campo de batalla que tan tristes recuerdos despertaba en los Franceses, en poder de los cuales dejó el enemigo 5.000 prisioneros, 1.200 caballos y 300 carros (18 de Junio).

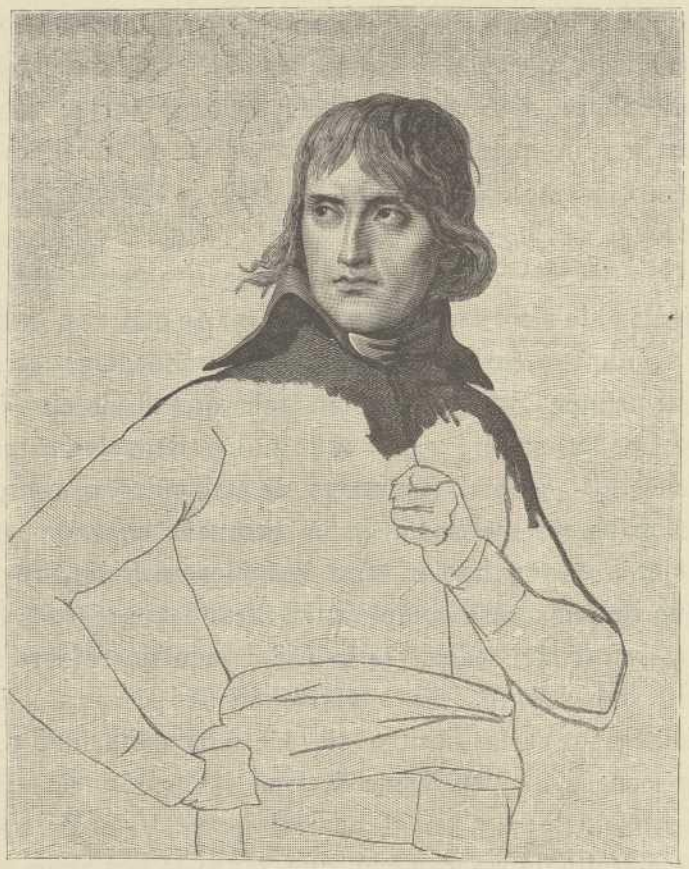
Apresuróse Kray á abandonar á Ulm, y dando un rodeo por Heidenheim Neresheim y Nordlingen, consiguió tras penosos esfuerzos tomar el camino de la cuenca del Danubio en Daunowerth, creyendo cubrir por detrás la línea del Lech; mas Lecourbe ocupaba ya la orilla derecha del río. Kray pensó entonces situarse sobre el Isar; pero Moreau se hallaba ya en Munich, por lo que se retiró por último detrás del Inn. El ejército de Moreau se extendía desde el Tirol (con Lecourbe) hasta Philipsburgo, sobre el Rhin, cuando comenzó la brillante campaña de Bonaparte en Italia, y Kray y Moreau firmaron el armisticio de Parsdorf (15 de Julio). En el último combate de esta campaña, librado en Oberhausen, cerca de Neuburgo, entre Daunowerth é Ingolstadt, pereció de una lanzada el iluste Latour d'Auvergne, á quien Bonaparte había dado el sobrenombre de *el primer granadero de Francia*.

Mientras Moreau, con su brillante ejército, tomaba la ofensiva, Napoleón se hallaba aún ocupado en reunir secretamente las fuerzas que debía llevar al corazón de la Italia septentrional, para lo cual podía disponer de una parte del ejército del Oeste, que había quedado inactivo por la pacificación casi completa de la Vendée. Con este objeto escribía á Brune: «Es preciso que nos resolvamos á atravesar la Francia como en otro tiempo atravesamos el valle del Adige. No hay en esto más que una relación análoga á la que existe entre décadas y días.» Las reservas del ejército de Egipto, acantonadas en el Mediodía, podían proporcionar gran número de batallones, y aun dejando 30.000 hombres en las regiones recientemente anexionadas ó casi sometidas, el primer Cónsul podía disponer todavía de otros 40.000 hombres para su empresa.

El plan por él concebido exigía para su realización, no sólo una gran rapidez y no menor audacia, sino también un profundo secreto.

«El secreto, dice Napoleón en sus Memorias, era lo más difícil de conseguir, porque ¿cómo ocultar el movimiento del ejército á los numerosos espías de Inglaterra y de Austria?» El primer Cónsul creyó que el mejor medio para ello consistía en dar por sí mismo gran publicidad á los preparativos, y hacerlos con tal ostentación que se convirtiesen para el enemigo en motivo de chacota, procurando que

éste llegase á considerar todos sus pomposos anuncios como una estratagema para distraer de sus operaciones al ejército austriaco que bloqueaba á Génova; mas para ello era necesario fijar un punto preciso donde se concentrasen las miradas de los curiosos y de los espías. Así, pues, por los mensajes enviados al Cuerpo legislativo y al Senado,



Bonaparte, por David. (Fotografía de Braun)

por varios decretos, valiéndose de los periódicos y por medio de indicaciones de todo género, se supo que el punto de reunión del ejército de reserva era Dijón, y que allí pasaría el primer Cónsul una gran revista, etc., etc. Inmediatamente todos los espías y curiosos se dirigieron á esta ciudad, donde se encontraron, en los primeros días del mes de Abril, con un numeroso Estado Mayor sin ejército, y en lo restante de este mes, cinco ó seis mil quintos y militares retirados,

muchos de ellos inútiles, y en cuyo entusiasmo habían confiado más que en sus fuerzas. Pronto este ejército fué objeto del ridículo, quedando todos admirados de que al pasar la revista el primer Cónsul, en 6 de Mayo, no hubiese más que siete ú ocho mil hombres, la mayor parte sin equipo, y extrañándose igualmente de que el primer magistrado de la República abandonase su palacio para pasar una revista que podía haber encomendado á cualquier general de brigada. Estas noticias pronto corrieron por la Bretaña, Ginebra, Basilea, Londres, Viena é Italia, y Europa se llenó de caricaturas; una de ellas representaba un muchacho de pocos años y un inválido, con una pierna de palo, debajo de los cuales se leía: «Ejército de reserva de Bonaparte.»

Al mismo tiempo que tan ostentosamente se anunciaba la formación del ejército de reserva, se hacían correr de mano en mano pequeños folletos, en los cuales, entre muchas anécdotas escandalosas referentes al primer Cónsul, se demostraba que el ejército de reserva no existía ni podía existir, y que á lo sumo llegarían á reunirse de doce á quince mil quintos. En apoyo de esta opinión, comparábanse los grandes esfuerzos realizados en la campaña anterior para formar los varios ejércitos que habían sido vencidos en Italia, con el nuevo esfuerzo que se hacía para completar el formidable ejército del Rhin; en fin, se preguntaban todos, ¿se habría dejado sin refuerzos al ejército de Italia habiendo podido enviárselos? Tal conjunto de medios para despistar á los espías obtuvo el resultado apetecido, y lo mismo en París que en Dijón y en Viena decíase públicamente: «El ejército de reserva no existe;» y en el cuartel general de Melas se agregaba: «Ese ejército de reserva con que tanto se nos amenaza, redúcese á una banda compuesta de siete ú ocho mil hombres, reclutas ó inválidos, con lo cual tratan de engañarnos para que abandonemos Génova. Los franceses confían demasiado en nuestra ignorancia; quisieran aplicarnos la fábula del perro que suelta su presa para coger la de su imagen reproducida en el agua.»

Pero en tanto así se discurría sobre el ejército de reserva, las varias divisiones de que se había de componer dirigíanse desde distintos puntos de Francia, y siguiendo itinerarios señalados de antemano, al lugar de concentración, que era la cuenca superior del Ródano. Las

noticias que el primer Cónsul recibía de Massena, demostraban que no había tiempo que perder.

La defensa de Génova por Massena recuerda las más heroicas de la historia; en aquel memorable sitio los soldados franceses, atentos sólo al sentimiento del honor militar y á su valor, soportaban los mismos sufrimientos que los defensores de Numancia, de Jerusalén y de La Rochela habían experimentado, dominados por el fanatismo religioso ó en aras de su independencia. Además, y esto tal vez no se ha visto en ningún otro sitio, Massena había convertido su defensa en una serie continuada de combates, en los cuales, desde el 9 de Abril, fecha en que se rompieron las hostilidades, hasta los primeros días de Mayo, logró inutilizar á unos 15.000 austriacos, entre muertos, heridos y prisioneros, es decir, un número igual de soldados al que él tenía; pero el hambre se dejaba ya sentir y no le sería posible prolongar la resistencia más allá del 20 de Mayo.

Bonaparte salió de París el 6 de este mes. Algunos días antes de su partida, en tanto que, inclinado sobre sus mapas, iba señalando con banderitas de distintos colores la posición respectiva de los ejércitos franceses y austriacos, decía á su secretario: «El pobre Melas pasará por Turín y se replegará hacia Alejandría; yo ganaré el Po, le alcanzaré en el camino de Plasencia, en los llanos del Scrivia, y allí mismo le derrotaré,» y al decir esto, colocaba una de sus señales en San Julián. Los hechos debían confirmar luego sus palabras con matemática precisión.

Al llegar Bonaparte á Lausana tuvo que escoger el punto por donde el ejército debía atravesar los Alpes. Marescot, general de ingenieros, á quien encargó el reconocimiento de estos montes, se inclinaba á pasar por el San Bernardo, si bien consideraba la operación como sumamente difícil. «Podrá ser difícil, le dijo el primer Cónsul, pero ¿es posible?—Creo que sí, aunque para ello habrá que hacer extraordinarios esfuerzos.—Pues bien, ¡en marcha!»

Inmediatamente comenzaron los preparativos, mostrando entonces Napoleón aquel escrupuloso cuidado en los más nimios detalles que en él se unía por maravillosa manera con sus planes generales más vastos y más profundos. Reuniéronse grandes cantidades de víveres en Villeneuve, en Martigny y al pie mismo del puerto. Mandó una

compañía de obreros, provistos de hornos de campaña, para que, tomando la delantera, se estableciesen en San Remigio, lugar situado en la vertiente italiana y en donde se continúa el camino carretero, para montar allí los carros y armones de la artillería y colocar los cañones en sus cureñas, llevando su previsión al punto de establecer al otro lado del puerto talleres de guarnicionero para reparar los atalajes, y él mismo escribió numerosas cartas con este objeto. «Citamos esta circunstancia, dice M. Thiers, para instrucción de aquellos generales y de aquellos gobiernos á quienes está confiada la vida de los hombres, y que por pereza ó por vanidad descuidan frecuentemente enterarse de tales detalles. Todo aquello que, en efecto, puede contribuir al buen éxito de las operaciones y á la seguridad de los soldados, entra en la esfera de los conocimientos y de los deberes que deben exigirse á los jefes encargados del mando.» El transporte de la artillería, como era de esperar, presentó sobre todo grandes dificultades. Se ofrecieron á los campesinos mil francos por cada cañón que transportaran desde San Pedro á San Remigio; pero se necesitaban dos días y cien hombres para la traslación de una sola pieza. A pesar del cebo de la ganancia, y después de haber transportado algunas piezas, negáronse aquéllos á continuar, por lo que hubo necesidad de recurrir entonces á los soldados, á quienes se ofreció la misma cantidad prometida á los campesinos; pero no aceptaron tal recompensa, diciendo que era punto de honor para un ejército el poner á salvo sus cañones.

Al ver que el valle descendía siguiendo el curso del Doria, creyó el ejército que habían terminado ya sus grandes fatigas; pero se encontró muy pronto detenido por un desfiladero que defendía el fuerte de Bard, siendo imposible pensar en poder pasar á tiro de cañón de la fortaleza. Bonaparte, que se había quedado en Martigny para vigilar la marcha, examinó el mapa y encontró otros caminos además del desfiladero de Bard, por los cuales hizo pasar la infantería, la caballería y algunas piezas de artillería ligera. «En cuanto á las de grueso calibre, dijo, si no es posible transportarlas, las abandonaremos, quedando obligados á apoderarnos de las de los Austriacos en el primer encuentro; lo que importa, sobre todo, es pasar.» Después de haber dado sus últimas instrucciones, se dispuso



Paso del monte de San Bernardo (Mayo de 1800). (Cuadro de Thevin, grabado por Duplessis-Bertaux)

Bonaparte á atravesar el puerto el 20 de Mayo, y lo hizo, no montado en brioso corcel, como lo representa un célebre cuadro, que no es más que una alegoría, sino en un mulo que llevaba del ronzal un guía del país. Una vez en la cima del monte, bajó deslizándose sobre la nieve, llegando aquella misma tarde á Etroubles, más allá de San Remigio. Entretanto, el gobernador del fuerte de Bard contemplaba con natural despecho desde su fortaleza cómo el ejército francés iba desfilando por el sendero de Albaredo; pero respondía con su cabeza de que no podría pasar un solo cañón de grueso calibre, en lo que también se engañó, pues se cubrió el camino de estiércol y paja, se forraron los cañones con estopa para evitar el menor ruido, y por fin, cogiéndose á las mismas piezas algunos intrépidos artilleros, las pasaron bajo los fuegos del fuerte, al mismo tiempo que los caballos lo verificaban por el camino de Albaredo.

Mientras que el grueso del ejército, compuesto de 40.000 hombres, avanzaba por el gran San Bernardo, la izquierda (18.000 hombres), formada de tropas destacadas del ejército del Rhin, al mando de Moncey, salvaba el San Gothardo, llegando á Bellinzona; la derecha, fuerte de 6.000 hombres, con Thureau por jefe, atravesaba el monte Cenis, y últimamente, dos pequeños cuerpos llegaban también por el Simplón y el pequeño San Bernardo. Habíase, pues, realizado tan memorable paso con tal precisión cual si se hubiera tratado de una sencilla maniobra.

Federico Soulié pone en boca de un veterano, en su *Linterna mágica*, la narración de tales hechos en estos términos: «El enemigo decía que habíamos olvidado el camino de Italia; el primer camino es fácil que sea así, pensaba Napoleón, pero por todas partes se va á Roma. En Egipto todo eran llanuras, aquí todo son montañas; pero ¡qué importa! con nosotros llevábamos la divisa de los Franceses, «¡adelante! ¡siempre adelante!» é impulsados por ella, pronto dejábamos detrás llanuras y montañas. Yo no sé cómo se las arreglaban, pero siempre había de reserva alguna vieja historia con la que excitar nuestro amor propio. Se nos contaba cómo un tal señor Aníbal había pasado por allí mismo con elefantes. Hubiera sido, pues, vergonzoso para nosotros no poder pasar con cañones, y se pasó.»

El 22 de Mayo, Lannes, que mandaba la vanguardia del ejército del primer Cónsul, tomó la plaza de Ivrea por asalto, y cuatro días después derrotó al general Haddik, que se había hecho fuerte sobre el Chiusella para cubrir el camino de Turín. Melas comenzó entonces á creer en la existencia del ejército de reserva, pero se figuró (cosa por otra parte muy verosímil) que el grueso del ejército francés avanzaba por el monte Cenis y que su objetivo era Turín; en tanto que en realidad Lannes y Thureau simulaban simplemente el desfile del ejército de Turín á Verceil, y una vez logrado su objeto, en lugar de marchar á la capital del Piamonte, se dirigieron hacia el Este. Pronto supo Melas con verdadero estupor que Bonaparte había hecho su entrada triunfal en Milán (2 de Junio) y que se le habían reunido todas las demás tropas; que Vukassowich había sido rechazado hasta detrás del Mincio; que Cremona y Lodi estaban en poder del vencedor, y que la única salida que le quedaba al gran ejército austriaco, por la derecha del Po, iba á cerrársele pronto. Concentró entonces Melas á toda prisa sus fuerzas hacia el norte de los Alpes marítimos, ordenando á Elsnitz que desistiese del ataque del Var, y á Ott que levantase el sitio de Génova. Había Elsnitz emprendido ya la retirada cuando Suchet pudo envolverle en el collado de Tenda, desbaratando su ejército y causándole una pérdida de 10.000 hombres. Apresuróse después Suchet á marchar sobre Génova, pero llegó un día tarde, pues Ott, algunas horas antes de alejarse, había conseguido de Massena que evacuase la ciudad.

Desde el 23 de Mayo faltó en Génova el pan de avena y de habas, alimento á que habían quedado reducidos los sitiados hacía algunos días; hubo de recurrirse entonces á una mezcla de almidón, de simiente de lino y de cacao, con lo que se formaba una masa horrible que los estómagos más fuertes no podían soportar y de la cual apenas quedaban el día de la capitulación (4 de Junio) dos onzas por individuo. Habían muerto de hambre 15.000 habitantes, y á pesar de tan horrorosa situación, Massena amenazaba con abrirse paso á viva fuerza si no se permitía á su ejército salir libremente de la plaza, con armas y bagajes, y con el derecho de combatir así que hubiese rebasado las líneas de los sitiadores. Los heridos y enfermos, que por necesidad habían de permanecer en Génova, deberían quedar

al cuidado de los Austriacos y devueltos después inmediatamente al ejército francés. Massena obtuvo lo que deseaba. Exigió asimismo la promesa de que ningún genovés sería molestado por sus opiniones políticas, debiendo ser respetados en sus personas y en sus bienes. No habiendo querido comprometerse los generales austriacos á reconocer el gobierno que los Genoveses se habían dado en 1797, Massena les dijo: «Está bien, haced lo que gustéis; yo os aseguro que antes de quince días estaré aquí de vuelta.» A lo que M. de Saint-Julién, oficial austriaco, le contestó: «Cuando volváis, general, encontraréis en esta plaza hombres á quienes habéis enseñado á defenderla.»

La heroica defensa de Génova acrecentó la fama del vencedor de Zurich y contribuyó notablemente al completo éxito del plan general de las operaciones; pero ¡cuántos esfuerzos y cuántas pérdidas para llegar á obtener este resultado! La mitad aproximadamente de los soldados (7.000 de 15.000) habían perecido ó quedado fuera de combate, y las tres cuartas partes de los oficiales estaban muertos, heridos ó prisioneros.

Apenas hubo Ott firmado la capitulación, y siguiendo las apremiantes instrucciones recibidas de Melas, se dirigió con toda rapidez á Plasencia por el puerto de la Bocchetta, á fin de impedir que los Franceses pasasen á la orilla derecha del Po; pero Lannes había ya atravesado este río y ocupaba el desfiladero de Stradella, único paso que pone en comunicación á Plasencia con Alejandría. Ott quiso forzar el paso entre Montebello y Castegio (9 de Junio) y fué rechazado hacia el Bormida.

Así, todo se hallaba dispuesto de tal manera que una sola batalla dada por Napoleón en un terreno casi señalado de antemano, debía llevar consigo la completa ruina del enemigo. ¿Cuál era, pues, entonces la situación de Melas? Todos los caminos que conducían al Po, desde Pavía á Plasencia, estaban ocupados por los franceses, y si trataba de forzar el Tessino, hallaría enfrente 10.000 hombres, situados en Pavía, que defenderían el paso á todo trance hasta dar á Bonaparte el tiempo necesario para llegar en una jornada desde Stradella, donde tenía su cuartel general. Si intentaba dirigirse á Génova se encontraría con Suchet y Massena, y á su frente, sobre el camino que bordea el Po, tropezaría con Bonaparte en persona con el grueso de

sus fuerzas. Sólo una victoria podía asegurar la retirada de Melas y salvar su ejército. La derrota de los Franceses no sería para él de grandes resultados, pues que aun viéndose obligados éstos á dejar pasar á los Austriacos, podían siempre concentrarse inmediatamente y conservar sus comunicaciones con Francia. En previsión de lo que pudiese ocurrir, se habían dejado algunos destacamentos en Arona, para custodiar el camino de San Gothardo. El triunfo de Bonaparte llevaba consigo, por el contrario, la ruina completa de los Austriacos.

Napoleón había salido el 12 de Junio de Stradella para tomar posiciones frente al enemigo, que, según él, debía dirigirse á Plasencia, y estableció su cuartel general en Voghera; pero al explorar la vasta llanura que se extiende del Scrivia al Bormida, quedó verdaderamente admirado de no encontrar al enemigo y pudo ocupar sin resistencia la población de Marengo.

Bonaparte, juzgando á su adversario como á sí mismo, no podía creer que, dado lo crítico de las circunstancias, M. de Melas no hubiese tomado una rápida determinación. « Si el enemigo quiere seguir la carretera de Plasencia, pensaba, debía esperarme aquí, pues en este sitio su numerosa artillería y su brillante caballería podrían luchar con gran ventaja: cuando así no lo ha hecho, es evidente que se ha dirigido al Tessino ó hacia Génova.» Admitiendo esta hipótesis, mandó á Desaix, que acababa de llegar de Egipto, sobre Novi con una sola división.

Melas y el Estado Mayor austriaco habían adoptado, sin embargo, la única solución propia de hombres pundonorosos y de un ejército que acababa de reconquistar la Italia; tal era la de abrirse paso á viva fuerza. Así, pues, el 14 de Junio, Melas atravesó el Bormida con todas sus tropas.

El primer Cónsul no contaba, al comenzar el combate, más que con unos 20.000 hombres. La batalla empezó á las seis de la mañana: Lannes y Víctor sostuvieron durante cuatro horas todo el empuje del ejército enemigo, contando únicamente con 15.000 hombres, por lo que tuvieron que abandonar Marengo, retrocediendo en buen orden unos seis ó siete kilómetros; los soldados habían agotado sus municiones: en este momento llegó Bonaparte, con la guardia consular y las primeras reservas. Formados en cuadro los ochocientos

hombres de que se componía el batallón de la guardia, rechazaron las repetidas cargas de los dragones de Lobkowitz, como «una muralla de granito levantada en medio de la llanura,» según frase de Napoleón. Pero aquellos valientes no pudieron hacer más que retardar el avance de los Austriacos, y batidos por su artillería, viéronse obligados á retroceder.

«Bonaparte, sentado en la cuneta de la carretera de Alejandría, retenía á su caballo por la brida y hacía saltar piedrecillas con el látigo, sin apercibirse de las balas que barrían el camino, tarareando un aire del *Prisonnier ou la Ressemblance*, ópera cómica de Della María, muy en boga por entonces. Aunque la retirada se efectuaba, si bien lentamente, con relativo orden, todos los batallones se iban descomponiendo por momentos y se les veía dispuestos á emprender la fuga, sólo contenida hasta entonces por la energía de los jefes. Mauricio Dupin, padre de Jorge Sand, y otro general, trataron de detenerlos. «Descargábamos sablazos de plano sobre los unos,— dice Mauricio Dupin en una carta que Jorge Sand ha reproducido en su *Histoire de ma vie;* — prodigábamos elogios á los otros, pues entre aquellos desesperados se encontraban muchos valientes. Reunía un pelotón é intentaba organizar otro; pero apenas había empezado á ordenar éste cuando el primero volvía á estar desorganizado, por lo que hubimos de abandonar la empresa y corrimos á reunirnos con el general en jefe.» Serían aproximadamente las dos: el viejo Melas, que había perdido dos caballos, rendido de fatiga y creyendo la victoria asegurada, volvió á Alejandría, dejando el mando á su jefe de Estado Mayor, Zach, y expidió correos por toda Europa participando la derrota de Bonaparte en Marengo. Zach formó el ejército austriaco en columna de marcha sobre la carretera de Marengo á San Julián.

Pero Desaix no había esperado la llegada de los ayudantes de campo del primer Cónsul para volver al campo de batalla, y al oir el incesante cañoneo por la parte del Bormida, se había detenido en su marcha, contentándose con practicar un reconocimiento por el lado de Novi con un fuerte cuerpo de caballería, que no encontró á nadie. Seguro ya de que los Austriacos se hallaban en Marengo, mandaba á pedir nuevas órdenes al primer Cónsul cuando en aquel mismo momento llegó Bruyère, ayudante de campo de Bonaparte, con la orden

de que procurase reunirse con él lo más pronto posible. Serían las tres de la tarde cuando la cabeza de su columna desembocó en la llanura (1). Desaix la precedía al galope y se presentó á Bonaparte. «La presencia de Desaix cambió el aspecto de las cosas. Todos le rodean y le relatan la jornada; los generales, formando círculo en torno de él y del primer Cónsul, discuten acaloradamente sobre la gravedad de la situación, inclinándose la mayoría por la retirada. El primer Cónsul no abunda en esta opinión y excita vivamente á Desaix para que emita la suya; éste, tendiendo su mirada por aquel campo de batalla devastado, sacando su reloj y mirando la hora, contesta al general Bonaparte con estas sencillas y elocuentes palabras: —En efecto, la batalla se ha perdido; pero no son más que las tres, y queda aún tiempo para ganar otra.»

Empezó, pues, un tercer combate. Bonaparte, después de haber tomado sus últimas disposiciones, recorrió las filas y dirigiéndose á sus soldados, les dijo: «Amigos míos, basta de retroceder; ya sabéis que tengo la costumbre de pernoctar en el campo de batalla; manteneos firmes, he aquí mi reserva.» «Mis pequeños pelotones, dice Coignet, observaban desde el camino de Montebello todas las maniobras que se nos mandaba hacer; por último, se oyeron exclamaciones de alegría: ¡Aquí están, aquí están!» Las tropas cobraron nuevos ánimos. La columna austriaca adelantaba confiadamente, muchos de sus soldados llevaban las armas al hombro, y casi tocaba á San Julián cuando fué recibida por la fusilería de Desaix y por la artillería de Marmont, que la ametrallaba por el flanco. Detúvose la columna y contestó al fuego, y en este momento cayó Desaix mortalmente herido; pérdida verdaderamente irreparable para Francia y para Napoleón.

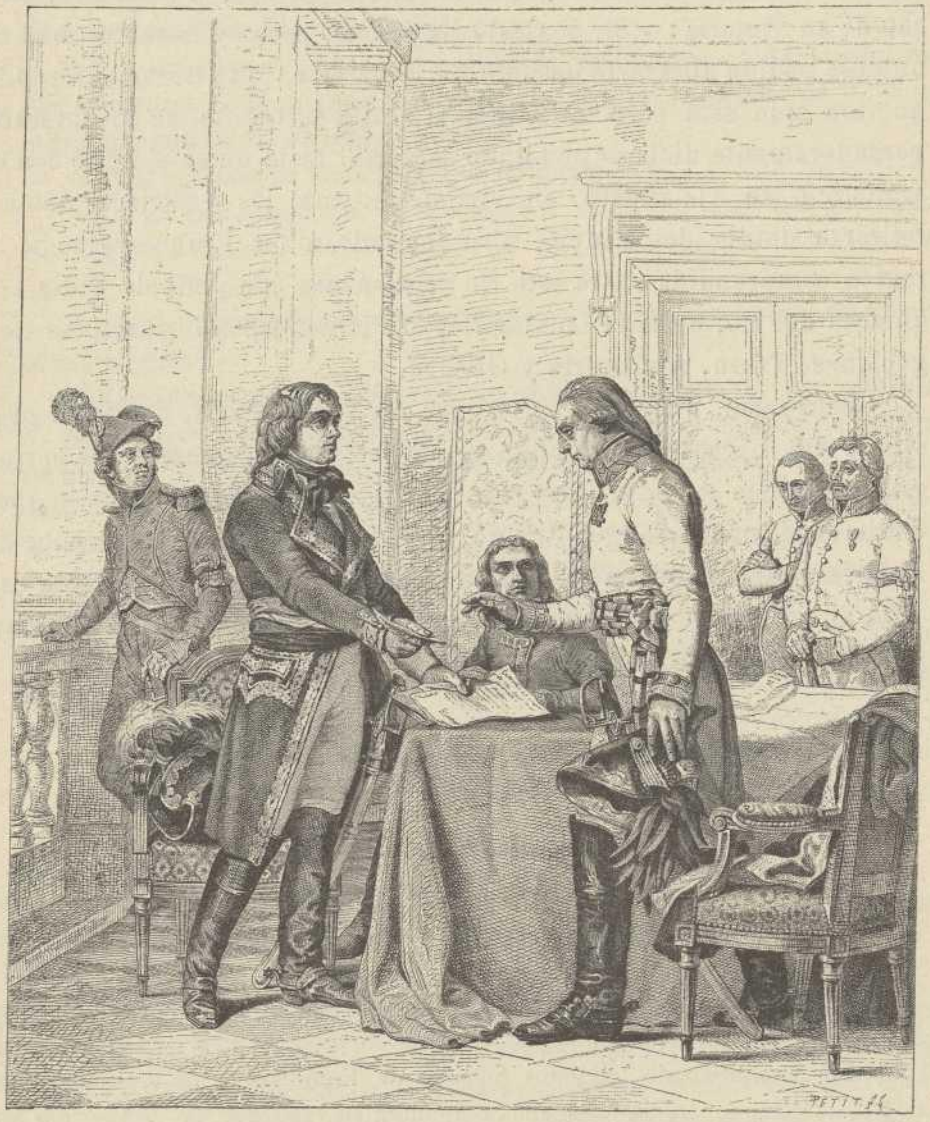
La gran columna enemiga, acogida por un fuego terrible, pronto vióse atacada furiosamente en su frente por los soldados franceses, ávidos de vengar á su general, y asaltada en sus flancos por la caballería, cuyas cargas, dirigidas con una oportunidad, energía y pre-

(1) El relato de Segur (*Memoires*, t. II, págs. 56 y siguientes) difiere en algunos puntos del aceptado generalmente. Según él, la división Desaix no había entrado en combate hasta las seis de la tarde; sin embargo, Coignet y Mauricio Dupin, testigos oculares, dicen que Desaix llegó cerca de las dos, siendo también de la misma opinión M. de Colbert Chabanais (*Traditions et souvenirs sur le général Auguste Colbert*).



Muerte del general Desaix en la batalla de Marengo. (Dibujo á la aguada de Lafitte)

cisión admirables por el joven general Kellermann, hijo del vencedor de Valmy, se cuentan con razón entre las más hábiles maniobras de estas dilatadas guerras. La columna austriaca, rota y combatida



Berthier, general francés Melas, general austriaco
Armisticio después de Marengo. (Según Drolling)

por todos lados, se replegó sobre sí misma viéndose obligada á repasar el Bormida en el mayor desorden, dejando en poder de los franceses 3.000 prisioneros, 7.000 muertos y heridos y 40 piezas de artillería.

El ejército austriaco, cercado por completo, tenía que rendirse á

discreción. Pocos ejemplos había en la historia de que una sola batalla pudiese conseguir tal resultado. Sin embargo, cuando á las diez de la noche el primer Cónsul volvió á su cuartel general, se le vió sombrío y silencioso; y al preguntarle, extrañados, si estaba satisfecho de su victoria: «Sí, contestó Napoleón; pero ¡y Desaix! ¡Ah! Si hubiese podido abrazarle después de la batalla, ¡qué hermosa jornada hubiera sido ésta para mí!» Melas, al día siguiente, se consideraba verdaderamente dichoso pudiendo salvar el resto de su ejército con el armisticio de Alejandría, en virtud del cual los Austriacos debían retirarse detrás del Mincio, abandonando á los Franceses toda la región comprendida entre este río y los Alpes con toda la orilla izquierda del río, ó sea la Lombardía, el Piamonte, la Liguria, las Legaciones, Turín, Alejandría y Génova.

Bonaparte, que tenía prisa por regresar á París, donde su presencia era necesaria para afianzar su gobierno, hubiera deseado que este armisticio se convirtiese pronto en una paz definitiva, por lo que, desde el mismo Marengo, dirigió una nueva carta al emperador de Austria, que recordaba la que en análogas circunstancias había escrito al archiduque Carlos, pero cuyo estilo, más que de un general, parece propio de un soberano.

« *Bonaparte, primer Cónsul, á Su Majestad el Emperador y Rey, Emperador de Alemania, Rey de Hungría y de Bohemia.*

» Marengo, 27 de Pradial del año VIII, 16 de Junio de 1800.

» He tenido el honor de escribir á V. M. para darle á conocer el deseo que anima al pueblo francés de poner término á una guerra que aniquila nuestras respectivas naciones.

» La astucia de los Ingleses ha logrado desvanecer el efecto que mi franca y expresiva determinación había naturalmente de producir en el corazón de V. M. La guerra ha continuado. Algunos millares de Franceses y de Austriacos han muerto... Miles de familias desoladas preguntan en vano por sus padres, por sus esposos y por sus hijos... Pero si el daño causado ya no puede remediarse, sírvanos al menos de experiencia para evitar el que nos produciría la continuación de las hostilidades. Esta perspectiva apena de tal modo mi corazón, que, sin preocuparme de la inutilidad de mi primera tentativa, tomo resueltamente el partido de escribir directamente á V. M., para excitarle á que ponga término á las desgracias del continente.

» Sobre el campo de batalla de Marengo, afligido por acerbos sufrimientos y rodeado de quince mil cadáveres, conjuro á V. M. á que, dando oídos á la voz de la humanidad, no permita que la generación de dos valientes y poderosas naciones se destroce mutuamente en defensa de ajenos intereses. Soy yo el que me veo en la precisión de excitar á V. M., porque estoy más cerca que V. M. del teatro de la guerra, y por lo mismo vuestro corazón no puede hallarse tan vivamente emocionado como el mío.

» Las armas de V. M. han conquistado ya bastante gloria; vuestro cetro rige numerosos Estados: ¿qué pueden alegar, pues, los consejeros de V. M. para querer la continuación de las hostilidades?

» ¿Los intereses de la religión y de la Iglesia?

» En tal caso, ¿por qué no aconsejan á V. M. que declare la guerra á los Ingleses, á los Rusos ó á los Prusianos, ya que todos ellos se encuentran más separados de la Iglesia que nosotros?

» ¿Acaso la forma de gobierno de Francia, que no es hereditaria, sino simplemente electiva?

» También el gobierno imperial es asimismo electivo, y, por otra parte, V. M. está bien convencido de la imposibilidad en que se encontraría el mundo de modificar en lo más mínimo la voluntad del pueblo francés, en el sentido de dejar de gobernarse de la manera qne crea más conveniente. ¿Por qué, pues, en tal caso, no aconsejan á V. M. que exija del rey de Inglaterra la supresión del Parlamento de su nación, ó á los Estados de América la de su Congreso?

» ¿Los intereses de la Confederación Germánica?

» V. M. nos ha cedido Maguncia, plaza que no habíamos podido conquistar en varias campañas, y que se hallaba en situación de oponer una larga resistencia; la Confederación Germánica pide á voz en grito la paz, único medio que puede salvarla de su completa ruina; y la mayoría de los Estados que forman la Confederación, y aun los mismos Estados que tiene en ella el rey de Inglaterra, único instigador de esta guerra, están en paz con la República francesa.

» ¿Un aumento de Estados en Italia para V. M.?

» El tratado de Campo-Formio ha dado á V. M. lo que había sido objeto constantemente de la ambición de vuestros antepasados.

» ¿El equilibrio europeo?

» La última guerra ha demostrado plenamente que el equilibrio europeo nada tiene que temer de Francia, y la experiencia de todos los días demuestra que aquél sólo puede estar amenazado por el poderío inglés, que ha absorbido por completo el comercio del mundo y el imperio de los mares, al punto que por sí solo puede actualmente resistir á la marina reunida de los Rusos, Daneses, Suecos, Franceses, Españoles y Bátavos; y V. M., que posee hoy un gran comercio, está interesado en asegurar la independencia y la libertad de los mares.

» ¿La destrucción de los principios revolucionarios?

» Si V. M. quiere hacerse cargo de las consecuencias de la guerra, verá que ellas, más que nada, llevan la revolución á Europa, con el aumento en todas partes de la deuda pública y el descontento de los pueblos. Obligando al pueblo francés á hacer la guerra, se le obligará á no pensar más que en ella y á vivir exclusivamente de ella, y los ejércitos franceses son numerosos y aguerridos.

» Si V. M. desea la paz, ya está hecha. Cumplamos por ambas partes el tratado de Campo-Formio, y por medio de un suplemento, demos garantías á las pequeñas potencias, que principalmente parece han sido la causa de la ruptura de la paz.

» Llevemos el reposo y la tranquilidad á la generación actual; si las generaciones venideras son bastante locas para querer luchar de nuevo, que lo hagan enhorabuena, que después de algunos años de guerra ya aprenderán á su costa á ser prudentes y á vivir en paz.

» Podía haber hecho prisionero á todo el ejército de V. M., y me he contentado con aceptar una suspensión de hostilidades, con la esperanza de que será el primer paso hacia la paz general, cosa que deseo tanto más cuanto que, criado y educado para la guerra, podría suponerse que estoy más acostumbrado que los demás á las desgracias que lleva consigo.

» Sin embargo, V. M. debe comprender que si esta suspensión de hostilidades no ha de conducirnos á la paz, carece de objeto y es contraria á los intereses de mi patria.

» Por esto me creo en el caso de proponer á V. M.: 1.°, que el armisticio sea común á todos los ejércitos; 2.°, que se nombren comisionados por ambas partes para que, secreta ó públicamente, como sea más del agrado de V. M., se reunan en una plaza entre el Mincio y el Chiesa, á fin de convenir un sistema de garantías para las pequeñas potencias y aclarar aquellos artículos del tratado de Campo-Formio que la experiencia haya demostrado deban serlo.

» Si V. M. rechaza estas proposiciones, las hostilidades se reanudarán; y permita V. M. que se lo diga con toda franqueza: á los ojos del mundo, V. M. aparecerá como el único responsable de la guerra. Ruego, pues, á V. M. que lea esta carta inspirándose en los mismos sentimientos que me han movido á escribirla, y esté persuadido de que, después de la felicidad y de los intereses del pueblo francés, nada podrá interesarme tanto como la prosperidad de la nación guerrera cuyo valor y condiciones militares admiro desde hace ocho años.

BONAPARTE.»

El elogio con que terminaba esta carta era por parte de Napoleón muy sincero, siendo, por lo demás, fiel expresión de la verdad. Los ejércitos austriacos habían sido casi siempre desgraciados, pero sus derrotas fueron honrosas, y pocos gobiernos han demostra-

do mayor sangre fría y menos abatimiento ante la adversidad. De ello iba á dar Austria una nueva prueba: vencida en Alemania y en Italia, y obligada á firmar el armisticio de Alejandría, no quería de ningún modo suscribir la paz bajo el peso de semejantes desastres. Cuéntase que algunas horas antes de conocerse la derrota de Marengo, había ajustado con Inglaterra un nuevo pacto (20 de Junio), por el cual se comprometía á no hacer la paz separadamente antes del 28 de Febrero de 1801, obligándose, en cambio, Inglaterra á pagar á sus aliados la cantidad de 60 millones. Austria creía salir favorecida con este tratado; sin embargo, á fin de ganar tiempo, envió á París al general Saint-Julién para entablar allí negociaciones de paz, faltas por completo de sinceridad. M. de Saint-Julién, cuya lealtad era reconocida, no estaba enterado de las verdaderas intenciones de su gobierno, y las instrucciones que recibió eran sumamente vagas, por lo que se limitó á firmar con Talleyrand (28 de Julio) unos preliminares que no fueron ratificados. No obstante, con objeto de alcanzar una prórroga al armisticio pactado de cuarenta y cinco días, á partir del 20 de Septiembre, Austria cedió á Francia Philipsburgo, Ulma é Ingolstadt, extendiéndose el armisticio á los ejércitos de Italia (convención de Hohenlinden), y debiéndose continuar las negociaciones para la paz definitiva en las conferencias abiertas en Luneville. El primer Cónsul, cuyo deseo más vehemente era alcanzar la paz, presentó proposiciones muy moderadas; pero rechazadas por Austria, se reanudaron las hostilidades el 12 de Noviembre de 1800.

Moreau continuaba al frente del ejército del Rhin; en Italia, Massena, á quien Bonaparte confirmara en el mando en jefe, venía siendo objeto, tanto por parte de los naturales del país como también del ejército, de vergonzosas acusaciones, que su anterior conducta, por desgracia, hacían aparecer como muy verosímiles, pues con su complicidad había alentado las escandalosas malversaciones de la administración militar, la cual derrochó la inmensa cantidad de víveres cogidos á los Austriacos y aniquiló al país con fuertes contribuciones. La separación de Massena fué una gran pérdida desde el punto de vista militar, á la par que un peligro desde el punto de vista político. Dotado Massena de grandes conocimientos militares,

podía, á pesar de sus defectos como hombre, agrupar en torno suyo á los descontentos. El vencedor de Zurich era una de las pocas personalidades que se podían oponer á Bonaparte. Sabíalo el primer Cónsul, pero de ninguna manera podía transigir con la inmoralidad y el desorden. Así, en su lugar fué nombrado Brune, general jacobino, pero muy adicto á Bonaparte.

En Austria, Bellegarde había sustituído á Melas, y el archiduque Juan, hijo del emperador, sucedió al general Kray.

Moreau debía dirigirse hacia Viena, destacando una división que, al mando de Macdonald, atravesaría el Splugen, atacando por la derecha las posiciones que los Austriacos ocupaban aún en Italia. Dos pequeñas divisiones deberían operar al Norte y al Sur de los dos ejércitos principales del Danubio y del Po. En el Norte, Augereau, con una fuerza de 8.000 Bátavos y 12.000 Franceses, marchaba hacia Francfort, protegiendo la izquierda de Moreau, en tanto que en el Sur, Murat, con un cuerpo de 10.000 hombres, cubría la derecha y la línea de retirada de Brune, lo mismo contra los insurgentes de la Italia central que contra cualquier ataque de los Ingleses y de los Napolitanos.

Bonaparte, desde el momento en que no dirigía personalmente las operaciones, debía colocarse en las condiciones de la guerra ordinaria, de la guerra metódica, por decirlo así, la única que sus generales, incluso el mismo Moreau, eran capaces de comprender y desarrollar.

Las operaciones de los dos ejércitos á que nos referimos, fueron necesariamente accesorias. Augereau se apoderó de la cuenca del Mein, hasta Schweinfurth, y al replegarse hacia al Sur derrotó á los Austriacos en Nuremberg. Tras algunos levantamientos que se produjeron en Toscana, los Franceses ocuparon á Florencia y las principales ciudades de esta comarca (15 de Octubre), en la que mandaba Miollis. Los Napolitanos penetraron en los Estados Pontificios; Miollis, sin esperar á Murat, y no obstante contar sólo con cuatro ó cinco mil hombres, casi todos italianos de la República Cisalpina, marchó contra ellos, batiéndolos en Siena, gracias á la energía del general Pinós. Murat pasó al reino de Nápoles, cuyo soberano obtuvo, por mediación de Rusia, concertar con Bonaparte el tra-

tado de Foligno, en virtud del cual debían quedar cerrados á los Ingleses los puertos del reino de Nápoles, y Tarento en poder de los Franceses hasta la paz definitiva. Las operaciones militares hacía ya tiempo que estaban suspendidas en los dos puntos más importantes, en las cuencas del Po y del Danubio.

Brune no supo sacar todo el partido que podía del victorioso



Macdonald. (Retrato hecho por David, fotografía de Braun)

ejército de Marengo. Dupont sostuvo en Pozzolo, con sólo su división, un combate contra todo el ejército austriaco, combate que merece ser más conocido de lo que es, en el que tan grave é inminente fué el peligro experimentado por esta división, que Suchet y Davout, no obstante las órdenes del general en jefe, Bune, corrieron en su auxilio, pues éste, sea por despecho ó por desconocimiento de la situación, permaneció inactivo. Este combate, uno de los más empeñados de aquella época, duró doce horas seguidas, y á pesar de la inferioridad numérica de las tropas francesas, los Austriacos

perdieron en él 10.000 hombres entre muertos y prisioneros, quedando así asegurado el paso del Mincio. Tampoco Brune supo aprovecharse de este gran triunfo alcanzado sin su apoyo, pues si bien avanzó desde el Mincio hasta el Brenta, dejó escapar á Laudón, á quien hubiera podido coger en el Tirol, y firmó el 16 de Enero de 1801 el armisticio de Trevisa, sin preocuparse absolutamente de la situación en que se encontraban las tropas de Macdonald (1).

Se recordará que este general tenía que salvar la montaña de Splugen, cuya misión vacilaba en cumplir, porque si era sumamente difícil este paso en todo tiempo, la dificultad aumentaba en una época del año tan avanzada como era el mes de Noviembre. Jamás se había intentado una empresa de índole tan especial en época semejante, pero el primer Cónsul dió orden terminante de verificarlo.

«Macdonald tomó las oportunas disposiciones para cumplir lo que se le mandaba y ejecutó esta operación verdaderamente extraordinaria en diez días, del 27 de Noviembre al 6 de Diciembre de 1800. Cargó la artillería y las municiones en trineos y proveyó á los soldados de galleta y de cartuchos.

» La primera columna, compuesta de artillería y caballería, empezó el paso con un tiempo magnífico; pero de pronto vióse sorprendida por horrorosa tempestad, durante la cual un alud sepultó la mitad de un escuadrón de dragones, lo que de momento aterrorizó á los soldados, que, sin embargo, no perdieron su acostumbrada sangre fría. Tres días duró la tormenta, pasada la cual se intentó de nuevo franquear la terrible montaña. El paso se hallaba obstruído por la nieve. Precedían á la vanguardia algunas parejas de bueyes, que abrían el camino á través de la nieve, en la que se hundían hasta el pecho; seguían numerosos obreros, que la apisonaban fuertemente, y al pasar la infantería acababa de solidarse más. Venían luego los

(1) Enrique Bayle, célebre después en la literatura con el nombre de Stendahl, formaba parte entonces del ejército de Brune. Había abandonado la administración militar para ingresar como cuartelmaestre en el 6.º de dragones, y un mes después era subteniente

zapadores, que ensanchaban los pasos más estrechos, cortando el hielo con sus hachas, hasta que, después de tan penosos trabajos, quedaba el camino practicable para la caballería y la artillería. Los primeros días de Diciembre hubieron de emplearse en el paso de las tres primeras columnas, habiendo resistido las tropas con una paciencia admirable tan horribles sufrimientos sin tener otro alimento que la galleta y un poco de aguardiente.



Batalla de Hohenlinden. (Cuadro de Schopin. Museo de Versalles)

» Próxima ya á llegar al punto culminante del puerto la cuarta y última columna, una nueva tempestad la cerró otra vez el paso, dispersó casi por completo la media brigada 104 y sepultó debajo de la nieve un centenar de hombres; pero allí estaba Macdonald para contener á sus soldados y sostenerlos contra los peligros y los sufrimientos; con inauditos esfuerzos hizo abrir de nuevo el camino, cerrado por enormes bloques de nieve helada, pudiendo al fin desembocar con el resto de sus fuerzas en el valle de la Valtelina.» (THIERS).

Una vez franqueado el Splugen, Macdonald remontó el Adda, pasó el desfiladero de Apriga y atacó el macizo del Tonal, pero se encontró con que todos los pasos, bien fortificados, estaban defendidos por las fuerzas de Vukassovich, y á pesar de los prodigios de valor que hicieron, los Franceses fueron rechazados. Las balas, al rebotar en el helado suelo, hacían infinitamente mortífero el fuego de los Austriacos. Macdonald entonces descendió siguiendo el curso del Oglio, torció á la izquierda, y ganó por la cuenca del Chiesa la del Sarca (nombre del alto Mincio); y libre en consecuencia para poder obrar como creyera más conveniente en el valle del Adigio, pudo llegar á Trento antes de que Vukassovich, que se había quedado en el Tonal, tuviese tiempo para socorrer á dicha ciudad. El armisticio de Trevisa impidió que tan brillantes operaciones produjesen el resultado apetecido; pero las faltas de Brune no tuvieron grandes consecuencias, pues los golpes decisivos realizados en la cuenca del Danubio autorizaban á los Franceses para imponer condiciones al Austria.

El armisticio de Pasdorff había señalado una línea neutral, que, partiendo de Balzer, en el país de los Grisones, bordeaba el Tirol y pasaba, entre el Isar y el Inn, casi á igual distancia de ambos ríos. El joven archiduque Juan tomó la ofensiva, tratando de aprovecharse de lo muy diseminado que se encontraba el ejército francés.

Atrevesó el Inn por columnas en distintos puntos, desde Muhldorf hasta Wasserburgo, desalojó de Amfingen á la vanguardia del ejército francés, y orgulloso con este primer triunfo, no vaciló en aventurarse á través del bosque de Ebersberg, con el propósito de atacar cuanto antes al grueso del ejército enemigo.

Las fuerzas austriacas formaban cuatro columnas; el cuerpo principal tomó el camino de Muhldorf á Munich, en tanto que otra columna pasaba más al Norte y las dos restantes seguían los senderos que atraviesan la selva. Moreau, con la división Ney, se situó en Hohenlinden, población en la que el camino de Muhldorf á Munich se une con el que por el Norte se dirige hacia Freisingen, por donde podía envolverse la capital de Baviera, punto en que Moreau debía detener las columnas austriacas, privándolas de desplegar sus fuerzas fuera de la selva. Confió á Grenier el ala izquierda para oponerle á la

derecha austriaca, mientras Richepanse con Decaén debían dirigirse primero sobre Ebersberg, tomando por la derecha, y desde allí, á través de la selva, sobre Mattenbot, á fin de acometer al ejército austriaco por el flanco ó por retaguardia en el momento del ataque.

Este movimiento fué ejecutado con una audacia y una rapidez verdaderamente extraordinarias, sorprendiendo á todo un regimiento de coraceros, que quedó prisionero sin haber tenido tiempo siquiera de montar á caballo. No obstante, las tropas austriacas del centro habían llegado á Hohenlinden, y atacaron las posiciones francesas con su valor acostumbrado. Pronto, sin embargo, empezaron á vacilar, y apercibido de ello Moreau, con su natural sagacidad, díjole á Ney, cuyo fogoso ardimiento había estado conteniendo hasta entonces: «Ha llegado el momento de cargar; Richepanse y Decaén deben estar ya á retaguardia del enemigo.» Entusiasmado Ney tomó la ofensiva, y guiándose por el estampido de los cañonazos, se lanzó al encuentro de Richepanse á través de las masas enemigas. Llenos de contento los dos generales, se abrazaron en el mismo campo de batalla, en tanto que el ejército austriaco, cortado y en desorden, huía á la desbandada y con grandes dificultades hacia el Inn. La izquierda francesa, que en un principio se viera obligada á retroceder ante fuerzas muy superiores, había también, por su parte, quedado victoriosa tan pronto como recibió los socorros que Moreau le enviara. El enemigo perdió de siete á ocho mil hombres, 12.000 prisioneros y 87 piezas de artillería. Bourrienne refiere en sus *Memorias* que el primer Cónsul saltó de alegría al recibir la noticia de esta gran victoria (1).

(1) No es éste el único hecho que prueba que Bonaparte no abrigaba entonces, respecto de Moreau, los sentimientos de mezquina envidia que se le atribuyeron más tarde. El testimonio de Bourrienne es tanto más digno de crédito, cuanto que sus *Memorias*, que en su mayor parte no fueron redactadas por él, no se distinguen precisamente por su benevolencia hacia Napoleón. A pesar del gran interés que le inspiraba su antiguo camarada, Bonaparte no le permitió que comprometiese su título de consejero de Estado en negocios comerciales de dudosa moralidad, siendo este hecho la causa que le obligó á retirarle su afecto desde 1801. Bourrienne, no obstante, fué nombrado al año siguiente encargado de negocios en Hamburgo; mas como no bastase á corregirle la primera lección recibida, el Emperador le destituyó en 1813 por malversaciones manifiestas, ejercidas desde mucho tiempo antes. Basta recordar este hecho para que se comprenda hasta qué punto pueden ser admitidas las aserciones de Bourrienne cuando son

Durante esta campaña, Lecourbe operaba de una manera independiente en la extrema derecha, sobre el alto Inn, contra Hiller y Klenau, mostrándose á la altura de su reputación en esta guerra de montaña. Recobró sus posiciones después de Hohenlinden, sorprendió el paso del Inn en Neupern, cerca de Rosenheim, y libró á orillas del Salsa un rudo combate que le puso en posesión de la cuenca de este río. Moreau, tranquilo por esta parte, persiguió á los Austriacos en dirección al Inn, resultando vanos los esfuerzos hechos por el enemigo para defender las líneas del Traun, del Ens y del Ips.

El archiduque Carlos era realmente desgraciado. A principios del año 1800 había indicado ya con verdadera energía los peligros que entrañaba el continuar la guerra contra un enemigo tan temible como Napoleón, y esto fué motivo para separarle del mando; y ahora, cuando sus previsiones se estaban realizando por completo, se le suplicaba que nuevamente volviese á encargarse del mismo; pero reconoció muy pronto que toda resistencia era inútil y solicitó un armisticio.

Si Moreau hubiese querido, hubiera podido entrar como vencedor en Viena, siendo el primer general francés que habría logrado el objeto en vano perseguido por Guébriant, Turena y Villars. A las excitaciones de varios de sus jefes para que asegurase esta gloria, compartiéndola con su ejército, Moreau, dando en esta circunstancia un hermoso ejemplo de elevación moral y de patriotismo, contestó: «No, prefiero obtener la paz. No tengo noticias de Brune, Macdonald y Augereau. Haciendo pasar á los Austriacos por una humillación inútil, podría llevarlos tal vez á la desesperación. Creo será mejor que nos detengamos aquí, contentándonos con la paz, que es por lo que combatimos tan sólo.» El archiduque Carlos había dado además su palabra de que al armisticio seguirían inmediatamente negociaciones para alcanzar la paz separadamente de Inglaterra. El armisticio de Steyer, suscrito el 25 de Diciembre de 1800, dejaba en poder de los Franceses toda la cuenca superior del Danubio con las plazas fuertes del Tirol.

---

desfavorables á su juez, que tal vez fué para con él demasiado indulgente. No se hallan en el mismo caso cuando le son favorables.

La paz no se hizo esperar mucho, firmándose en Luneville, entre José de Kobentzel y José Bonaparte (9 de Febrero de 1801), sobre las bases del tratado de Campo-Formio. Bonaparte pidió seriamente que el emperador estipulase, no sólo en nombre de su propios Estados sino de toda la Confederación germánica; y, aunque esto era una flagrante violación de la constitución del Santo Imperio, el primer Cónsul la exigió, pues no quería encontrarse luego con un segundo Congreso de Rastadt, donde Inglaterra se aprovechase de las circunstancias para promover una nueva coalición. Se convino en que á los príncipes desposeídos de sus dominios se les indemnizaría á expensas de las soberanías eclesiásticas y de las ciudades imperiales. Las repúblicas Cisalpina, Liguriense, Helvética y Bátava quedaban reconocidas como estados independientes. No se trató del rey del Piamonte, cuyo destronamiento quedó reconocido como hecho consumado. Toscana fué quitada al gran duque y entregada á Francia, que quería con ella constituir un reino, llamado de Etruria, para la rama española de los Borbones que reinaba en Parma, cuyo anciano duque conservaría sus Estados hereditarios hasta su muerte y entonces se unirían á Francia, recibiendo su hijo Luis la Toscana con el título de rey. Estas deferencias para con España se explican perfectamente, ya que, desde 1796 (1), esta nación había sido fiel aliada de Francia.

(1) España, que desde 1761, en virtud del *Pacto de familia* ajustado por Carlos III con los Borbones de Francia, había estado unida estrechamente con dicha nación, rompió con ella en 1793, al perder la vida en el patíbulo Luis XVI, inaugurando un período de guerra en las fronteras, en el que alternaron los triunfos y los reveses. Estos fueron tales, en las campañas de 1794 y 95, que España se vió obligada á firmar, en este último año, la paz de Basilea, por la cual hubimos de ceder la parte española de la isla de Santo Domingo, obteniendo en cambio otras condiciones honrosísimas que determinaron la concesión del título de príncipe de la Paz á favor de Godoy, á la sazón primer ministro, y el ajustarse entre España y Francia el tratado de San Ildefonso (1796), que vino á ser la continuación del malhadado *Pacto de familia* con algunas ligeras variaciones, entre ellas una verdaderamente importante acerca de la actitud que debía observar España con las potencias enemigas de Francia, pero de las cuales no había recibido agravios. En el tratado se consignaba que «siendo Inglaterra la única potencia de quien España ha recibido agravios directos, la presente alianza sólo tendrá efecto contra ella en la guerra actual, y España permanecerá neutral con respecto á las demás potencias que están en guerra con la República.»

Si el *Pacto de familia*, ajustado ante intereses dinásticos, nos fué fatal, no fué menos perjudicial para España este tratado, cuyas consecuencias tristísimas por de pronto fueron la pérdida de varias de nuestras colonias, la isla de la Trinidad, la destrucción de nuestra marina en los combates, por otra parte gloriosos, de San Vicente y Trafalgar, y la ruina de nuestro comercio.—*(N. del T.)*

Con Nápoles se firmó en Florencia (28 de Marzo) otro tratado, por el que se confirmaba el armisticio de Foligno, cediendo á los franceses Porto-Longone, la isla de Elba y Piombino, ocupando además el general Soult, con 10.000 hombres, á Otranto, Brindis y Tarento. Francia no tenía ya enemigos en el Continente.

CAPÍTULO V

PAZ DE AMIENS

LA MÁQUINA INFERNAL.—LOS NEUTRALES.—PÉRDIDA DE EGIPTO.
PAZ GENERAL.



L tratado de Luneville permitía al gobierno francés concentrar todas sus fuerzas contra Inglaterra, único adversario de Francia, la cual se aprestaba gustosamente á realizar nuevos esfuerzos para combatir contra un pueblo á quien con razón consideraba entonces como su único enemigo tradicional. No le asustaban las contigencias de una guerra marítima, pues la gloriosa derrota de Abukir habíale sobradamente demostrado de cuánto era capaz la marina francesa, y desde los primeros momentos de su gobierno, el primer Cónsul probó, por sus instrucciones y por sus actos, que comprendía perfectamente que, aprovechándose Francia de la privilegiada situación que la naturaleza le había concedido y renovando sus tradiciones históricas, sería tan poderosa por mar como por tierra. Contaban además los Franceses con la alianza de dos naciones, España y Holanda, las cuales, aunque en verdad muy postradas, poseían aún escuadras que no tenían nada de despreciables. Por esto Ingla-

terra inquietábase vivamente viendo á Francia desembarazarse de todos sus enemigos en el Continente, pero también es cierto que podía contar aún con nuestras disensiones interiores.

A medida que el nuevo gobierno se afianzaba y obtenía popularidad; á medida que su autoridad se mostraba más firme, justa y activa, más exasperados aparecían los partidos políticos, por lo mismo que iban perdiendo toda esperanza de una nueva revolución.

Entre las personas que rodeaban á Luis XVIII se encontraban algunas cuya viva imaginación les hacía creer que Bonaparte se contentaría con desempeñar el papel de Monk, y cediendo fácilmente á sus consejos, tomó aquél una determinación que no se distingue ciertamente por la habilidad ni la alteza de miras que caracterizaron generalmente su política. En 20 de Febrero de 1800 dirigió al primer Cónsul la siguiente carta:

«Al general Bonaparte.

»Cualquiera que sea su conducta aparente, los hombres como vos nunca inspiran recelos. Habéis llegado á un puesto eminente y os felicito. Tenéis sobre todos la fuerza y el poder necesarios para hacer la felicidad de una gran nación. Salvando á Francia de sus propios furores, llenaréis las aspiraciones de mi corazón. Devolvedla á su Rey, y las generaciones futuras bendecirán vuestra memoria. El Estado necesitará demasiado de vos para que piense en pagar con altos empleos vuestra deuda y la mía.

Luis.»

Esta carta quedó sin contestación por parte de Bonaparte; pero el príncipe, algunos meses después, renovó su tentativa con la siguiente:

«General: Hace mucho tiempo que os habéis granjeado mi afecto, y si dudaseis de mi gratitud, fijad vuestro destino y la suerte de vuestros amigos. En cuanto á mis principios, soy francés; clemente por temperamento, lo seré más aún porque la razón así lo ordena.

»No: el vencedor de Lodi, de Castiglioni y de Arcola; el conquistador de Italia y de Egipto, no puede anteponer á su gloria una vana celebridad. Sin embargo, estáis perdiendo un tiempo precioso: podemos asegurar la tranquilidad de Francia. Digo que podemos, porque para ello yo necesitaré á Bonaparte, el cual no podrá lograrlo sin contar conmigo.

»General; Europa os contempla, la gloria os aguarda y yo estoy impaciente por devolver la paz á mi patria.

LUIS.»

Esta vez quiso el primer Cónsul atajar definitivamente toda ulterior tentativa: su ambición concordaba con la opinión del país y con sus propias convicciones sobre el porvenir de su patria; así fué que contestó en la siguiente forma:

París, 20 de Fructidor del año VIII (7 Septiembre de 1800).

«He recibido, Señor, vuestra carta y agradezco las finas atenciones que en ella me dispensáis. — No debéis desear vuestro regreso á Francia; para ello sería preciso pasar por encima de 500.000 cadáveres. Sacrificad vuestro interés á la tranquilidad y á la dicha de Francia, y la historia os lo agradecerá.

»Lamento sinceramente las desgracias de vuestra familia, y contribuiré con verdadero interés en hacer más dulce y tranquilo vuestro retiro.

BONAPARTE.»

Durante este tiempo, las noticias que Luis XVIII recibía por conducto de sus agentes en París bastaban para desvanecer sus últimas ilusiones.

«Hay en Francia todavía, decía uno de ellos, un gran número de personas que suponen á Bonaparte ideas monárquicas y que creen trabaja secretamente en favor de V. M.; *esto es completamente falso*. Desgraciadamente, se le han hecho á este objeto proposiciones muy formales y con gran secreto, y más bien se ha mostrado alejado que inclinado á aceptar tales ofertas. Dado su carácter, no acepta ninguna indicación que le pueda quitar el mérito aparente de llevar á cabo aquello que, según él, puede conducirle á la gloria y á la inmortalidad.» (*Memorias de Fauché-Borel*, tomo II, páginas 353 á 368.) Por otra parte, Francia había dado ya al olvido de tal manera á los Borbones, que en 1799 gran número de jóvenes ignoraban si aún existían.

Los realistas se convencieron de que el único medio que tenían para obtener el apetecido triunfo, era volver á las conspiraciones, y que para lograr sus propósitos era preciso antes asesinar á Bonaparte. Mas los Jacobinos se les anticiparon: el escultor Ceracchi,

el pintor Topino-Lebrún, un antiguo diputado del Consejo de los Quinientos, llamado Arene, y Demerville, empleado que había sido del Comité de Salud pública, proyectaron asesinar al primer Cónsul en el teatro de la Ópera.

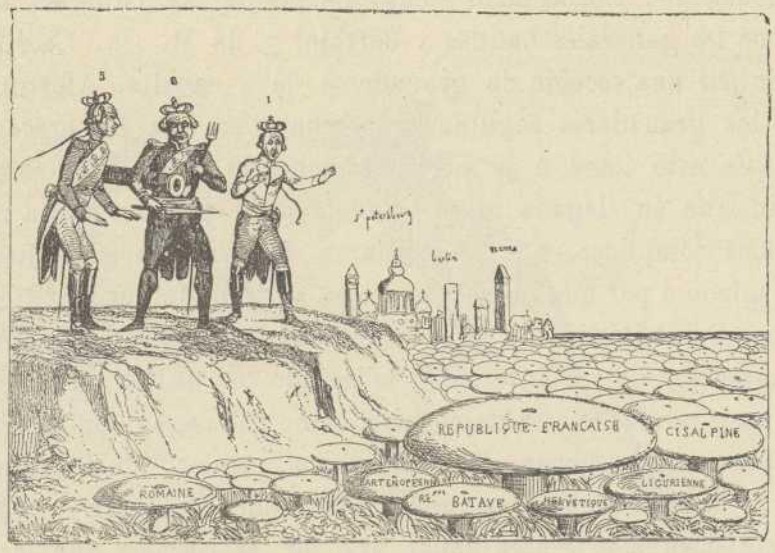
Esta conspiración se inspiraba en los recuerdos clásicos y en el «odio á los tiranos.» Mezcla tan heterogénea de falsas ideas y sentimientos generosos, de ligereza moral y de fanatismo, que, unidos á las decepciones de la ambición personal, tantas desgracias ha causado á la nación francesa, aparecía de una manera bien patente en Topino-Lebrún.

Mollién, que tuvo ocasión de conocerle, dice de él que «se sabía á Plutarco de memoria,» y habiéndole sorprendido la Revolución en Roma, donde se ocupaba en estudiar las bellas artes, «cayó en la manía de creer que Grecia debió haber sido el pueblo mejor gobernado; que todas las naciones europeas debían ser refundidas en el modelo que les proporcionaban algunas regiones de aquel rincón del mundo, que había brillado con tanto esplendor. Lo único que sabía del gobierno de aquel antiguo pueblo es que se llamaba republicano.» En el Salón de 1798 expuso un cuadro con el título de *La muerte de Cayo Graco*, que hoy se encuentra en el Museo de Marsella, su patria, y que revela cierto talento.

Discípulo de David, autor de *Brutus*, Topino-Lebrún deseaba, como Bruto, salvar la libertad agonizante, asesinando para ello al nuevo César. ¿Pero cuál era esta libertad? ¿La del Terror ó la del 18 de Fructidor? A los conjurados no les preocupaba esta cuestión. No faltan republicanos, decían, y una vez realizado el hecho, no dejarían de declararse por ellos, no sólo Fouché, ministro de Policía, sino también Siéyes, Masséna, Carnot y aun el mismo Lannes, el ayudante de campo más querido del primer Cónsul. Denunciados muy pronto por uno de los conjurados, fueron arrestados en el mismo teatro el 10 de Octubre de 1800, cuando aun no se había tramado el complot de una manera seria, á pesar de lo cual fueron condenados á muerte en virtud de un veredicto del jurado del Sena. Hay que tener en cuenta que en el tiempo transcurrido entre el arresto y la sentencia del jurado, un atentado, mucho más peligroso por su organización y mucho más grave por sus resultados, había

llenado de indignación al pueblo francés, que no deseaba de ninguna manera que nuevas y sangrientas agitaciones viniesen á turbar su reciente seguridad.

Jorge Cadoudal abandonó á Londres y vino á ocultarse en el Morbihán, desde donde preparó el horroroso complot de la máquina infernal, cuya ejecución confió á tres de sus más adictos partidarios, Limoelán, Saint-Régent y Carbón. Sain-Régent, antiguo oficial de marina, que poseía algunos conocimientos de artillería,



Setas republicanas. (Caricatura de la época)

1. El rey de Prusia: "Dios mío, como se va poniendo esol... es espantoso."
2. El emperador de Rusia: "Esto será muy bueno para comer."
3. El emperador de Austria: "No lo toquéis, compadre, es venenoso."

se encargó de construir una máquina, la cual debía explotar al paso del primer Cónsul, cuando éste se dirigiese al teatro de la Ópera. En la noche del 3 de Nivoso dábase en la Ópera la primera audición del célebre oratorio de Haydn titulado *La Creación,* cuya obra era nueva en París: sabíase que el primer Cónsul debía asistir á la función con su familia, y los conspiradores escogieron para llevar á cabo su criminal atentado la estrecha calle de San Nicasio, cuyas sinuosidades debían forzosamente obligar á moderar el paso del carruaje.

«Llegó el día designado, y Carbón, Saint-Régent y Limoelán

llevaron en una carreta su aparato á la calle de San Nicasio (1) y se separaron en seguida. Saint-Régent habíase encargado de pegar fuego al barril de pólvora, en tanto que sus dos compañeros debían vigilar las Tullerías para advertirle la llegada del carruaje del primer Cónsul, cometiendo la barbaridad de confiar á una joven de quince años el cuidado del caballo enganchado al horrible aparato. Hallábase Saint-Régent pronto á realizar su objeto. El primer Cónsul, en estos momentos, rendido por la fatiga, vacilaba en ir á la Ópera; pero al fin dejóse convencer por las vivas instancias de los que le rodeaban, y á las ocho y cuarto salió de las Tullerías acompañado de los generales Lannes y Berthier y de M. Ch. Lebrún, y escoltado por una sección de granaderos de á caballo. Afortunadamente, los granaderos seguían al carruaje en vez de precederle, por lo que éste llegó á la parte estrecha de la calle de San Nicasio sin que su llegada fuese anunciada ni por la escolta ni por los mismos cómplices, que no cuidaron de avisar á Saint-Régent, sea por miedo ó por que no reconocieron el tren del primer Cónsul. El mismo Saint-Régent no se apercibió del coche hasta después de haber pasado, y no obstante haber tropezado con él uno de los caballos de los guardias, no se desconcertó, sino que pegó fuego al aparato y se apresuró á escapar. El cochero del primer Cónsul, que era diestro y ordinariamente conducía á su amo con gran velocidad, tuvo tiempo suficiente para ganar uno de los recodos que formaba la calle, en el instante de la explosión. La sacudida fué espantosa; el carruaje pareció que iba á volcar; todos los cristales quedaron rotos, destrozando la metralla la fachada de las casas contiguas. Uno de los granaderos fué herido ligeramente, y gran número de muertos y heridos cubrieron el suelo de las calles próximas. El primer Cónsul y sus acompañantes, creyendo en un principio que se les había hecho un disparo con metralla, se detuvieron un momento; pero enterados pronto de lo ocurrido, continuaron su camino, pues

(1) La calle de San Nicasio ya no existe, habiendo desaparecido en los trabajos efectuados para la prolongación de la calle de Rívoli. Desde el Carrousel iba á parar á la calle de San Honorato, y la Ópera, situada en la calle de Richelieu, se levantaba en la plaza Louvois. Este edificio fué derribado en 1820, poco después del asesinato del duque de Berry.

el primer Cónsul se empeñó en llegar al teatro. Presentóse en él con semblante tranquilo é impasible, en medio de la extraordinaria emoción que conmovía el ánimo de todos los concurrentes. Decíase ya que para atentar contra su vida los criminales habían hecho volar un barrio entero de París.» (THIERS).

Cuarenta y seis casas, en efecto, de tal modo sufrieron á causa de la explosión, que quedaron inhabitables, resultando ocho muertos y más de sesenta heridos, muchos de los cuales fallecieron, en tanto



La máquina infernal

que la persona contra quien se dirigía el atentado quedó completamente ilesa (24 de Diciembre de 1800).

Bonaparte, después de permanecer algunos momentos en la Ópera, volvió á las Tullerías, presumiendo que este atentado era también obra de los Jacobinos, opinión en que, por otra parte, abundaba la mayoría del público, y que parecía tanto más verosímil cuanto que, aun prescindiendo del complot Cerracchi, había sido arrestado en aquellos días un tal Chevalier, antiguo obrero de las fábricas de pólvora de la Convención, á quien se le sorprendió construyendo una espantosa máquina parecida á la de la calle de San Nicasio. En su consecuencia, resolvió Bonaparte tomar extrajudi-

cialmente una medida de rigor contra los miserables terroristas, tan bien organizados contra todo un gobierno. Un decreto del poder ejecutivo, autorizado por el senadoconsulto de 15 de Nivoso del año IX (5 de Enero de 1801), condenó á la deportación á los ciento treinta individuos que constituían el Estado Mayor de la facción jacobina, entre los cuales se encontraban el relojero Rossignol, antiguo general de la guerra de la Vendée. Esta medida inicua, que violaba los dere chos individuales consagrados por la Constitución del año VIII, debemos reconocer que fué recibida con aplauso por la opinión publica, hasta el punto de ser necesario proteger á los infelices proscriptos contra los excesos de la multitud que les salía al paso en el camino de Nantes, lugar de su embarque. Sin embargo, en el mismo momento en que se adoptaba esta medida suscitábase ya la duda de que tal vez no eran los Jacobinos los autores del complot por el que se había castigado á su partido (1).

Limoelán se apresuró á salir de Francia; pero Carbón y Saint-Régent, que quedó herido en la explosión de su máquina, permanecieron en París á fin de preparar otro nuevo complot. «Espero que muy pronto volverá á funcionar *la gran correspondencia,*» escribía Jorge Cadoudal al conde de la Chaussée. Sin embargo, Carbón y Saint-Régent fueron detenidos, y á la sola noticia de su arresto, Cadoudal abandonó la Bretaña.

Esta terrible conspiración no produjo otro resultado que afianzar mucho más el poder que se proponía destruir. En efecto, sólo sirvió para desacreditar el partido realista entre la masa de la nación durante mucho tiempo. En realidad, ¿en qué se diferenciaban desde entonces los realistas de los Jacobinos más desacreditados? ¿Acaso no recurrían á los mismos medios, aun sin tener los mismos motivos? ¿Cómo podían pretender, en adelante, asumir la representación de los principios de orden y de justicia? — Tales eran los comentarios de la opinión pública, á pesar de lo cual no se desalentaron los conspiradores.

(1) Aún no había verdadera seguridad respecto á sus autores, pues Carbón no fué detenido hasta el 17 de Enero. No puede decirse, pues, que Napoleón atacase al partido jacobino teniendo conciencia cierta de que castigaba á inocentes.

Ciertamente no fueron los únicos, aunque sí los más conocidos, los complots de Ceracchi y de Saint-Régent. Por otra parte, Napoleón no quería que se divulgasen. «No debe pensarse siquiera, decía más adelante, en la posibilidad de conspirar contra el Emperador,» imitando la frase de Ana de Austria al cardenal de Retz en la jornada de las barricadas: «Creer en la revolución es ser revolucionario.»



Explosión de la máquina infernal; calle de San Nicasio

La seguridad es, como otras muchas cosas, una preocupación del público, y de ella nacían los cuidados del gobierno para ocultar las conspiraciones que se tramaban contra el Estado. La historia misma se ha engañado, y, lo propio que con Richelieu, no ha llegado á conocer más que los complots cuya publicidad era imposible evitar, ya á causa de sus numerosos cómplices ó ya porque estallaron en la vía pública.

Los encargados de la vigilancia de la persona del primer Cónsul vivían en perpetua zozobra, pues tan pronto tenían noticia de una emboscada preparada en el camino de la Malmaisón, como de una mina abierta en cierto lugar del camino de Saint-Cloud, ante la

que un obstáculo cualquiera debía detener por algunos instantes al primer Cónsul para dar lugar á la explosión. En otra ocasión, las rondas nocturnas encontraron un asesino apostado detrás del pedestal de una estatua inmediata á la puerta trasera del palacio del primer Cónsul.

Constant refiere en sus Memorias que, «aprovechando la restauración que se hizo en las habitaciones que ocupaba Bonaparte en la Malmaisón, algunos asesinos disfrazados se mezclaron entre los trabajadores, y cuando aquél volvió á tomar posesión de sus habitaciones, encontró en el canapé donde ordinariamente acostumbraba sentarse una tabaquera llena de tabaco envenenado, semejante en un todo á la que él usaba.» (Ségur.)

Entre las conspiraciones contra Bonaparte puede también comprenderse un crimen misterioso, del que no han podido nunca descubrirse ni los motivos que indujeron á cometerlo ni sus autores. Felipe Lebón, el inventor del alumbrado por el gas, fué encontrado asesinado en los Campos Elíseos una mañana del año 1802, y como Lebón tenía gran parecido con el primer Cónsul, creyóse que al matarle pensaron tal vez los asesinos que era Bonaparte.

En medio de tan incesantes y vagos peligros, cuando uno se siente rodeado por todas partes de enemigos misteriosos é implacables, ¿cómo ha de extrañarse que de las almas mejor templadas se apodere cierta turbación y aun lleguen á atemorizarse? Por esto era más de admirar el hermoso espectáculo que ofrecía Bonaparte, al verle conservar íntegro su valor y toda su enérgica voluntad ante el cúmulo de tantas perfidias y amenazado de tantos peligros, y contemplarle siempre dedicado con igual perseverancia á la administración, á la política y á la guerra, atento sólo á la grandeza de Francia, que confundía con su propia grandeza. Sin embargo, no ignoraba que los complots que se tramaban contra él eran tanto más temibles y podían repetirse con tanta mayor facilidad cuanto que los conspiradores estaban seguros de encontrar apoyo en el extranjero. El gobierno inglés, con el menosprecio que en muchas ocasiones ha demostrado por el derecho de gentes, aplaudía tales crímenes; más aún, subvencionaba á los asesinos. Con el oro inglés pudo Jorge Cadoudal, refugiado en el Morbihán, tramar el

complot de la máquina infernal y organizar partidas de bandoleros para desbalijar las diligencias, robar á los viajeros y mantener de este modo la intranquilidad en el país.

Además, la arrogancia de Inglaterra llegaba á irritar á sus mismos aliados, de lo que se aprovechó el primer Cónsul para volver contra ella á los Estados Unidos y Rusia.



Jorge Cadoudal. (De un dibujo de la época)

Bajo el Direetorio estuvo á punto de estallar la guerra entre Francia y la República americana. La muerte inesperada de Wáshington, ocurrida cuando las relaciones entre ambos pueblos eran más tirantes, permitió á Bonaparte imitar lo que la Asamblea nacional había hecho por Fránklin: decretar que la pérdida del libertador de América fuese considerada en Francia como duelo nacional. En su virtud, dirigió al ejército la siguiente orden del día:

«¡Wáshington ha muerto! Este grande hombre luchó contra la tiranía y con-

solidó la independencia de su patria. Su memoria será siempre grata, tanto para el pueblo francés como para los hombres libres de ambos mundos, y muy particularmente para los soldados franceses, que como él y los soldados americanos luchan por la igualdad y por la libertad.»

Durante seis días se cubrieron con un crespón negro las banderas de la República; se colocó el busto de Wáshington en las Tullerías, y Fontanes pronunció su panegírico en una fiesta que se celebró en los Inválidos el día 9 de Febrero de 1800. Tales demostraciones por parte del poder ejecutivo impedían que se estableciesen entre Bonaparte y Wáshington comparaciones más ó menos maliciosas, y demostraban además que el primer Cónsul no las temía. Constituían, por otra parte, un excelente medio para facilitar la inteligencia con los Estades Unidos, que en el fondo no deseaban otra cosa que reconciliarse con Francia. Pronto empezaron las negociaciones entre José Bonaparte, Fleurieu y Roederer por parte de Francia y Olivier Ellsworth, Richardson Davis y Van Murray por parte de los Estados Unidos, que dieron lugar al tratado que se firmó en Morfontaine el 1.° de Octubre de 1800, en el que se reconocía el principio de neutralidad tal como Francia la entendía.

Esto era para Inglaterra un grave contratiempo; pero en lugar de ver en ello un aviso para el porvenir, le sirvió tan sólo para extremar sus violencias. Contaba Inglaterra con 195 navíos de línea, 250 fragatas y 300 buques de varias clases, con lo que se creía con bastante poder para atreverse á todo, y se proponía dominar por el miedo á las naciones neutrales. Así, continuó ejerciendo á la fuerza el derecho de visita sobre las naves escoltadas por buques de guerra, habiendo sido objeto de indignos tratamientos algunas fragatas suecas y danesas. El Sund fué amenazado, las costas de Holanda devastadas y bombardeadas las ciudades españolas del Ferrol y Cádiz, en tanto que se enviaban nuevas fuerzas á Egipto y se establecía el bloqueo de Malta.

Pero ya Bonaparte, no contento con haber logrado que los Estados Unidos se apartasen de la alianza inglesa, supo sacar gran partido de los temores que la conducta de Inglaterra inspiraba á toda Europa. La guerra con el Austria continuaba todavía. Trató, pues, de

aprovecharse del descontento que, según hemos visto, sentía aún Pablo I contra el Austria, desde Zurich, y contra Inglaterra desde Bergen, descontento que habían aumentado algunos sucesos ocurridos más recientemente. Los Austriacos, en efecto, rechazaron el cange de los prisioneros rusos que se hallaban en Francia, propuesto por Bonaparte; y, por otro lado, mientras Inglaterra fué dueña de Malta, no cuidó de restablecer en ella la orden de los caballeros de San Juan, de la que Pablo I se había hecho nombrar gran maestre (1).

El primer Cónsul no omitía nada de cuanto pudiese servir para que aumentasen estos gérmenes de descontento. Así, poco después de la batalla de Marengo, supo hallar el medio de impresionar la imaginación viva é impetuosa del Czar, mandándole la espada que León X regalara á Isle-Adam en testimonio de lo muy satisfecho que había quedado por su defensa de Rodas, y al mismo tiempo devolviéndole todos sus prisioneros, completamente equipados con las armas más hermosas de las manufacturas francesas. Grande fué la emoción que este hecho produjo en Londres y en San Petersburgo, y tan agradablemente impresionado quedó Pablo I, que desde entonces se inclinó decididamente en favor de Francia. Este príncipe, que tanto odio mostrara en un principio contra la Revolución francesa y sus ideas, escribió al primer Cónsul la siguiente carta:

« Ciudadano primer Cónsul: No tomo la pluma para entablar una discusión sobre los derechos del hombre y del ciudadano; cada pueblo se gobierna en la forma que cree más conveniente. Pero donde quiera que vea al frente de una nación un hombre que lo mismo sepa gobernar como batirse en los campos de batalla, mi corazón se inclina hacia él. Os escribo para manifestaros el disgusto que siento por la conducta de Inglaterra, la cual, guiada únicamente por su egoísmo y su interés, atenta á los derechos de los pueblos; deseo unirme á vos para poner término á las injusticias de ese gobierno. »

Por intermediación de M. d'Haugwitz, M. de Krudener y el general M. de Beurnonville se reunieron en Berlín y fijaron las condiciones de la paz. Bonaparte se comprometió á indemnizar al

(1) Véanse los artículos publicados por M. de Tatischef, en la *Nouvelle Revue*, año 1887, acerca de las relaciones entre Pablo I y Bonaparte.

rey de Cerdeña y á restablecer el poder temporal del Papa. Omitía toda reclamación sobre las islas Jónicas, que, por un tratado entre Rusia y Turquía, firmado el 21 de Marzo anterior, se habían constituído en república independiente, y por fin, se obligaba á reconocer al Czar como gran maestre de la orden de Malta, transfiriéndole la propiedad de esta isla, que todavía se hallaba en poder de los Franceses, pues estando Bonaparte firmemente convencido de la imposibilidad en que se encontraba de socorrer á Vaubois, tenía por inminente su capitulación. En efecto, los Ingleses lograron apoderarse de ella, después de veintiséis meses de sitio y de un bloqueo en el que el general Vaubois, auxiliado por la escuadra de Villeneuve, desplegó tanto valor como talento militar (26 de Septiembre de 1800). Los Ingleses se negaron á entregar Malta al Czar, quien entonces formó la triple alianza, ó liga de los neutrales, entre Rusia, Suecia y Dinamarca (26 de Diciembre de 1800). Las potencias contratantes se unían para hacer prevalecer los principios de la neutralidad armada de 1781, que Rusia proclamara ya por vez primera en 1758. Pablo I expulsó al pretendiente Luis XVIII de Mittau, donde se había refugiado, é intentó ponerse de acuerdo con Bonaparte para una grande expedición, cuyo fin era derrocar el poderío inglés en las Indias. Este gran proyecto no pareció entonces, como es de suponer, una vana quimera.

En el célebre discurso que Pitt pronunció en el Parlamento inglés, en Enero de 1800, oponiéndose á que fuesen aceptados los pacíficos ofrecimientos del primer Cónsul, que no le parecían bastante sinceros, sobresalían estas palabras: «Al cabo de un año de paz, triste Bonaparte por los trofeos perdidos en Egipto, se aprovechará de la ausencia de nuestras escuadras en el Mediterráneo para intentar de nuevo la colonización de aquella rica y fértil comarca, *abriéndose así un camino hacia la India, á donde irá á atacar al poder inglés, llevando consigo el pillaje y la desolación.*» Hay que advertir que hasta este momento no se le había ocurrido todavía á Francia la idea de una alianza con Rusia, alianza que facilitaba extraordinariamente la realización de tan vasto proyecto. Lo cierto es que este plan fué discutido minuciosamente por el Czar y Bonaparte.

« Francia ocupaba aún el Egipto; tenía derecho á guarnecer los puertos meridionales del reino de Nápoles, y sus agentes recorrían la Arabia y la India. Por su parte, Pablo I, á fin de tener asegurada una base de operaciones, mandó que sus tropas ocupasen el Cáucaso, y accediendo á la petición del hijo de Heraclio, anexionó á su imperio la Georgia. La expedición contra la India inglesa debía verificarse por dos distintos caminos. Knorring mandaría el ejército ruso, que por Khiva y Bukhara llegaría á las fuentes del Indo. Orlof-Dénissof,



Pablo I, emperador de Rusia (De un grabado de la época)

atamán de los Cosacos del Don, recibió orden de Pablo I para que empezase su movimiento sobre Orenburgo, prometiéndole en recompensa todas las riquezas de las Indias, pero recomendándole que durante su marcha cuidase de anunciar á las dinastías indígenas que Rusia sólo hacía la guerra á los Ingleses y que deseaba vivir en paz con todos aquellos pueblos que dejasen de prestarles su auxilio. En Khiva debía asimismo poner en libertad á los cautivos rusos, y en Bukhara procurar que los indígenas no se aliasen con China, y por último desde el Indo debía pasar al Ganges (cartas de Enero y Febrero de 1801).

» La otra expedición formaría un total de 35.000 Franceses y

35.000 rusos, á cuyo frente Pablo quería que se pusiese Masséna, el vencedor de Zurich. Saldrían los 35.000 Franceses de las orillas del Rhin, bajarían por el Danubio en buques que les proporcionaría el gobierno austriaco, se embarcarían nuevamente en la desembocadura de este río en otros buques que les llevarían á Taganrog, remontarían el Don hasta Piati-Isbiankaïa, atravesarían el Volga en Tzaritzini, desde allí se dirigirían á Astrakán, y de este punto, atravesando el mar Caspio en barcos rusos, llegarían á Astérabad, en territorio persa, donde se encontrarían con los 35.000 rusos que les estarían esperando. El ejército aliado se dirigiría por Herat, Férah y Kandahar hacia el alto Indo, empezando la guerra contra los Ingleses.

» Este proyecto, en cuyo margen se encuentran las objeciones de Bonaparte, refutadas á continuación por el emperador ruso, desciende para su ejecución hasta los más minuciosos detalles. Cuenta veinte días para bajar por el Danubio, cincuenta y cinco para llegar á Astérabad, y cuarenta y cinco desde aquí al Indo: total, 120 días desde las orillas del Rhin á las del Sindh. Debían acompañar á la expedición aeronautas, artistas y un cuerpo de sabios, análogo á la misión de Egipto. El gobierno francés debía enviar los mejores productos de su industria nacional para repartirlos entre los príncipes de aquellas comarcas, ofreciéndoselos, añadía la nota rusa, con aquella galantería y amabilidad tan peculiares á los franceses, cuyos objetos servirían para dar á aquellos pueblos la más elevada idea de la magnificencia de la industria y del poderío de la nación francesa, y servirían, como consecuencia, para abrir un importantísimo mercado al comercio.» (RAMBAUD.)

No por esto Pablo I olvidaba la política europea. A él se debió que Prusia entrara á formar parte de la coalición, con lo que así se convirtió en cuádruple la triple alianza (Febrero de 1801).

Los Daneses ocuparon Hamburgo y Lubeck y cerraron el Elba; los Prusianos ocuparon el Hannóver y las bocas del Wesser y del Ems. Inglaterra, pues, se encontró en guerra con toda Europa. En el interior, se dejaba sentir el hambre y estaba amenazada de grandes trastornos. Pitt proyectaba algunas medidas en favor de los Irlandeses y de los católicos ingleses, encaminadas á libertarles de la larga opresión de que eran víctimas; pero el fanatismo inglés y puri-

tano se sublevó al grito de *No popery!* El monarca participaba de las mismas ideas, sin comprender, como decía Byron en la Cámara de los Lores en 1812, que la conducta seguida con los católicos é irlandeses por el gobierno inglés era la más indicada para favorecer los propósitos de Napoleón. No queriendo pasar Pitt por tal desaire, presentó la dimisión el 8 de Febrero, si bien su partido continuó en el poder bajo la presidencia de Addington. El nuevo ministerio se li-



1. *Bonaparte.*
2. *El Emperador.*
3. *El rey de España.*

El escote
(De un dibujo satírico de la época)

4. *Un holandés.*
5. *Jorge, rey de Inglaterra.*
6. *Un mozo de taberna.*

mitó á ejecutar lo que el anterior tenía proyectado, mandando contra Copenhague una flota, al mando de Parker y Nelson, que sin previa declaración de guerra bombardeó aquella ciudad, la cual después de heroica resistencia hubo de someterse á las exigencias de Inglaterra por la capitulación del 2 de Abril de 1801. Este atropello no habría determinado probablemente la ruptura de la coalición á no haber sobrevenido inopinadamente la noticia del asesinato de Pablo I, en cuyo trágico fin Bonaparte creyó ver la mano de Inglaterra.

Esta muerte la favorecía extraordinariamente, y Bonaparte sabía

por experiencia propia que el gobierno británico no retrocedía ante semejantes medios. Aunque esta suposición no tenía nada de inverosímil, las sospechas que concibiera el primer Cónsul no se confirmaron; pero es probable que la embajada inglesa tuviera conocimiento del complot, pues la amiga de uno de los conjurados sostenía muy buenas relaciones con la misma embajada. Debióse este asesinato á una de aquellas revoluciones palaciegas que tantas veces ensangrentaron la historia de Rusia. De espíritu algo extravagante y de carácter desequilibrado, Pablo I, desde su advenimiento al trono, había disgustado vivamente á la nobleza rusa por sus volubles caprichos, la violencia de sus actos y de sus palabras y su despotismo atrabiliario, que se hizo sentir principalmente en las reformas militares. La ruptura de relaciones con Inglaterra acabó de exasperarle, pues al detener la exportación de trigos, cáñamos, maderas y otros productos, destinados, ya á la alimentación, ya á la construcción y equipo de buques, esta guerra arruinaba á la nobleza rusa. Se habían oído pronunciar á Pablo I palabras amenazadoras contra su esposa y su hija mayor, y se le atribuía la intención de excluir del trono á su hijo el czarewitch Alejandro, por lo que éste permitió se fraguase una conspiración para derribar del solio á su padre, aunque él no tomara parte directamente en la misma. Pahlen, noble livonio, fué el alma del complot, habiendo elegido como compañeros, entre otros, al hannoveriano Benningsen, á dos rusos, los hermanos Zubow, y otros varios descontentos, quienes estrangularon al Czar en la noche del 24 de Marzo. Alejandro dió muestras del mayor desconsuelo, pero se aprovechó del crimen y dejó en la impunidad á sus autores.

El nuevo soberano de Rusia, joven, de noble apostura y de maneras agraciadas, espiritual, entusiasta, inconstante, solapado, poco franco, estaba dotado de un atractivo personal poco común y destinado á ejercer la mayor seducción entre sus contemporáneos; « esta seducción estaba llamado á ejercerla hasta con aquel hombre extraordinario, tan difícil de engañar, que entonces gobernaba á Francia y con el cual debía sostener un día tan grandes y terribles contiendas. »

Sea como fuere, el advenimiento al trono de Alejandro hizo

cambiar por completo la situación de Inglaterra y los asuntos europeos. Pahlen, que había sido nombrado primer ministro del nuevo Czar, participó en 20 de Abril á los almirantes ingleses que Rusia accedía á las demandas del gabinete de Saint-James. Suecia abría sus puertos el 19 de Mayo á las naves británicas, y Rusia, en el mes de Junio, firmaba en San Petersburgo un tratado que ponía fin á las diferencias marítimas suscitadas entre las potencias del Norte é Inglaterra. El 16 del mismo mes pasó á Londres el conde de Bernstorf, y el 17, Dinamarca levantaba el embargo de los buques ingleses. Así, tres meses después de la muerte de Pablo I, quedaba rota la confederación del Norte y asegurado el triunfo de Inglaterra.

Napoleón no podía herirla, en el continente, sino asestando un golpe á Portugal, su aliada. En virtud, pues, del tratado que unía á Francia con España, obligó al príncipe de la Paz, que ejercía ya en esta época su vergonzosa y omnímoda influencia sobre la familia real y sobre el gobierno español, á invadir Portugal: 40.000 españoles entraron en Alemtejo, protegiendo su retirada 15.000 franceses que habían llegado por Salamanca.

Pero apenas aparecieron las tropas francesas en la cuenca superior del Duero, la corte de Lisboa se sometió y empezaron las negociaciones, que dieron por resultado el tratado de Badajoz, por el cual Portugal cedía la plaza fuerte de Olivenza á España (1) y cerraba sus puertos á los ingleses (29 de Septiembre de 1801).

Bien pequeño era, por cierto, el resultado obtenido después de las grandes esperanzas que hiciera concebir. Napoleón no quedó contento ni mucho menos, por lo que se preparó á atacar á Inglaterra en su propio territorio. Con la mayor actividad procedió á dotar de baterías

(1) En esta ocasión, deseoso el gobierno español de evitar la llegada de tropas francesas á Portugal, hizo la guerra por cuenta propia, formando tres ejércitos con un total de 60.000 hombres: 20.000 en Galicia, sobre el Miño; 10.000 en Andalucía, amenazando los Algarbes, y 30 000 en Extremadura para entrar en Alemtejo. El general en jefe fué Godoy, y la guerra, de cortísima duración y exenta de gloria, recibió el nombre de *guerra de las naranjas*. El tratado de Badajoz se concluyó antes de que las tropas francesas (15 000 hombres, que al mando de Leclerc, cuñado de Napoleón, habían entrado en España) tomaran parte en ninguna operación militar. Aunque Luciano Bonaparte, embajador en la corte de España, firmó á su vez otro tratado con Lisboa, Napoleón, enojado de que todo se hubiese realizado sin contar con él, no quiso ratificarlo hasta algún tiempo después (29 de Septiembre). —*(N. del T.)*

y reductos las costas de Francia, desde el Havre á Amberes, y mandó construir numerosos barcos ligeros, chalupas y cañoneros, además de muchas embarcaciones de fondo plano, destinadas á transportar en pocas horas un ejército al otro lado del estrecho. Sin duda Napoleón ignoraba que este plan de embarcaciones análogas, destinadas al mismo objeto, había sido ya concebido en la primera mitad del siglo XVIII por el célebre aventurero Bonneval, que convertido en pachá, después de haber sido general en Francia y en Austria, en medio del reposo forzado á que le condenó la paz de Belgrado (1739), concibió varios proyectos, que á la par que revelaban su imaginación exaltada, mostraban asimismo sus intencionadas miras políticas.

Latouche-Treville, marino ilustre, capaz de realizar los más vastos proyectos, mandaba esta flotilla, cuyo centro se fijó en Bolonia. La marina francesa se desarrolló con tal rapidez, que llegó á inquietar vivamente á Inglaterra, y los marinos franceses, siempre tan valientes, desplegaron tales disposiciones y tal pericia que llenaron de admiración á los vencedores de Abukir. El contralmirante Linois, en Algeciras, supo tan diestramente tomar posiciones y maniobrar con tal precisión y sangre fría, que contando sólo con tres navíos hizo frente á seis ingleses, mandados por el almirante Saumarez, de los cuales dos fueron destruídos y los restantes viéronse obligados á retirarse (6 de Julio de 1801).

Las negociaciones para la paz continuaban entretanto, pero sin llegar á ningún resultado positivo. Napoleón, que conocía la fuerza de la opinión pública, aunque muchas veces la había despreciado, quiso indagar en qué estado se hallaba en la misma Inglaterra, recurriendo para ello á la prensa; y á semejanza de lo que hicieran Richelieu y Luis XIII valiéndose de la *Gaceta de Francia*, mandó publicar en *El Monitor* algunos artículos que, aunque dirigidos al público europeo en general, tenían por objeto particularmente llamar la atención del pueblo inglés.

No era ésta, en verdad, la primera vez que Bonaparte ejercía de periodista, ni tampoco debía de ser la última, pues son formas del periodismo los *Boletines* del *Grande ejército*, y puede casi afirmarse que *El Monitor* dependía directamente del jefe del Estado, el cual era su redactor en jefe. M. Rapetti hace notar que «Napoleón, en



Cumplió su palabra

Bien moins occupé de sa gloire
Que du soin de notre bonheur,
La Paix, après chaque victoire,
Fut le premier vœu de son cœur.

Par son esprit, par sa vaillance,
Tous sont éclairés ou soumis,
Il gouverne et rend à la France
Des lois, des vertus, des amis (1).

(Grabado al buril, de autor anónimo)

(1) Preocupado menos de su gloria—que de nuestra felicidad,—la Paz, después de cada victoria,—fué su mas ferviente anhelo.—Con su genio y con su valor—asómbranse ó someten todos,—y con su gobierno devuelve á Francia—leyes, virtudes y amigos.

cada una de sus grandes empresas, tuvo siempre especial cuidado en que *El Monitor* publicara la documentación y los argumentos más propios para poner de relieve, y bajo el aspecto más favorable, las intenciones, el objetivo y las necesidades de su política.»

En los artículos escritos por él en 1801, modelos de polémica elocuente y abrumadora, que, más que leídos, eran devorados por los políticos de todas las naciones, que seguían con atención tan singular espectáculo, se ocupaba de los ministros ingleses de la época, presentándoles como hombres prudentes, razonables y poseídos de rectas intenciones, pero intimados por la violencia de los ministros caídos, M. Pitt y M. Windham. Procuraba en dichos artículos tranquilizar á Europa respecto á los propósitos de Francia, y se esforzaba en demostrar que sus conquistas apenas si representaban una pequeña compensación respecto á las adquisiciones que Prusia, Austria y Rusia habían realizado desde el reparto de Polonia, y aun la misma Inglaterra para la expansión de su poder colonial, teniendo en cuenta, sin embargo, que Francia había devuelto tres ó cuatro veces más territorio del que conquistara.

Guardábase el distinguido escritor de herir la susceptibilidad británica; pero dejaba comprender que, como supremo recurso, apelaría á un desembarco, pues si los ministros ingleses estaban decididos á que la guerra sólo terminara con el aniquilamiento de una de las dos naciones, no había un solo francés que no se hallara dispuesto á intentar un último y vigoroso esfuerzo para ventilar tan porfiada querella, impulsado por la gloria inmortal y la eterna grandeza de Francia. Mas ¿por qué llevar la cuestión á tan extremados términos? ¿por qué arriesgar de esta manera la suerte de dos grandes naciones? « ¡Dichosos, exclama al terminar, dichosos los pueblos que, una vez llegados al más alto grado de prosperidad, tienen gobiernos suficientemente prudentes para no exponer tantas ventajas á los caprichos y vicisitudes de un golpe de la fortuna! » Palabras son éstas que debían tener un día bien triste aplicación á sí mismo.

Tanto el lenguaje del primer Cónsul como los preparativos del campo de Bolonia, constituían principalmente en cierto modo una intimidación. Napoleón publicaba en *El Monitor* una relación deta-

llada de los armamentos que se efectuaban en las costas del mar del Norte y de la Mancha, é Inglaterra, que por medio de sus espías podía fácilmente apreciar la exactitud de aquella relación, estaba verdaderamente admirada de los resultados obtenidos en tan poco tiempo. Por este motivo llamó á Nelson al Paso de Calais, para que atacara y desorganizara la flotilla. Nelson profesaba á Francia un odio rayano en fanatismo; hasta el punto, dice uno de sus biógrafos (1), de constituir en él una especie de monomanía. Sin embargo, ninguna clase de simpatía inspiraba el nuevo jefe, y «no se le reconocía más cualidad que la de una lealtad sin límites.»

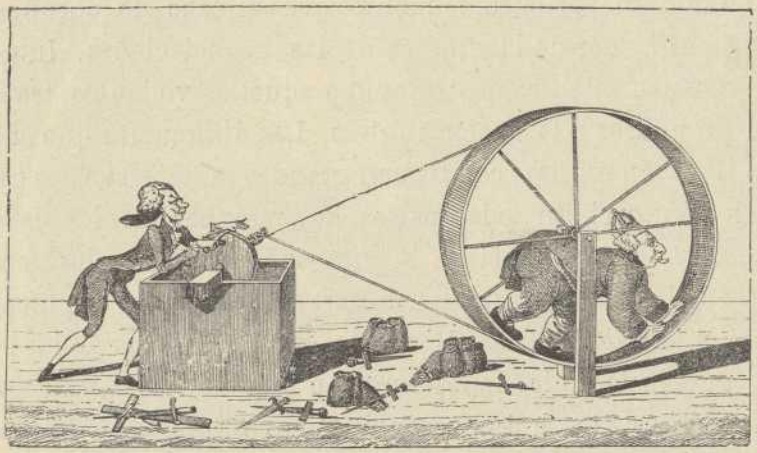
En 4 de Agosto intentó Nelson un bombardeo contra la flotilla, á la que sólo ocasionó ligeras averías, en tanto que los ingleses, no obstante la desventaja de tener que disparar los franceses con pólvora de mala calidad, tuvieron que retirarse más castigados que éstos; intentó nuevamente otro ataque más formal, á cuyo efecto la escuadra inglesa se puso en movimiento antes de media noche, creyendo llegar por sorpresa, á fuerza de remos, hasta la línea francesa y acometerla al abordaje; pero recibidos los buques ingleses con un nutrido y certero fuego, si bien llegaron al abordaje, sus tripulantes se encontraron con adversarios tan aguerridos y valientes, que, tras porfiada y sangrienta lucha, viéronse obligados á batirse en retirada así que, llegado el día, pudieron hacerse cargo de la importancia de sus pérdidas, no pudiendo llevarse ni uno solo de los buques de que se apoderaron en un principio.

Tales acontecimientos aceleraron la conclusión de la paz, que se firmó en Londres el 1.° de Octubre, bajo la forma de preliminares, por M. Otto y lord Hawkesbury, la víspera del día en que expiraba el plazo señalado por el primer Cónsul. El mismo Pitt había abogado en favor de la paz: era éste un verdadero hombre de Estado, siendo mucho menos terco en su odio á Francia que muchos de los personajes notables de su partido. Comprendía perfectamente que nuevas circunstancias exigen nueva política, y así no participaba de la idea de que Inglaterra debiese tratar constantemente á Francia como á

(1) E. Forgues: *Vie de Nelson.*

enemiga, habiendo expuesto ya estas ideas poco tiempo después de concluída la guerra de América (1786), con ocasión del tratado de comercio que se negociaba entonces entre el gobierno de Jorge III y el de Luis XVI.

«Verdaderamente sorprende que se quiera dar á entender, y me consta que tal error se ha propagado públicamente, que este tratado es perjudicial para nosotros por resultar ventajoso para Francia, cuando no temo equivocarme al afirmar que ha de ser más beneficioso para Inglaterra que para Francia, ya que si ésta adquiere un mercado



Jorge rodando la muela de Pitt. (Caricatura de la época)

de ocho millones de habitantes, en cambio nos ofrece otro de veinticuatro. Francia es, entre todas las naciones del globo, la que en mayor grado goza de los favores de la Providencia: sol, clima, producciones, todo lo posee. Inglaterra, por el contrario, no ha logrado ser tan favorecida por la naturaleza; pero gracias á Dios, á su excelente Constitución política y á sus leyes, hállase dotada de energía, de gran iniciativa para las empresas y de floreciente industria, que le compensan de todas las demás desventajas naturales. Tales motivos son más que suficientes para que se establezcan entre los dos países relaciones más estrechas, provechosas para ambos, y para evitar que continúe latente esta rivalidad nacional, que se presenta siempre por delante como base de su conducta recíproca.»

En 1801 apoyó, con todo el prestigio de su palabra, las- nego

ciaciones pacíficas iniciadas por los ministros que le habían reemplazado, y en verdad que no era esta paz tal como M. Pitt la había concebido y tal como palpitaba en definitiva en el fondo de su discurso. Hubieron de resignarse, pues, sus partidarios, y aceptar lo que la masa de la nación debía acoger por su parte con verdadero entusiasmo.

«Si viva y general fué en Francia la alegría, en Inglaterra llegó hasta el delirio al conocerse la noticia, que, oculta en un principio por los embajadores, llegó á transpirar y les obligó á dar cuenta de ella al lord alcalde de Londres, por medio de un mensaje, que produjo tanto mayor efecto cuanto que al cabo de algunas horas se esparció el rumor de la ruptura de las negociaciones. Inmediatamente el pueblo se entregó sin freno á aquellos violentos transportes que son peculiares á la nación inglesa. Las diligencias que salían de Londres llevaban escritas con tiza en grandes caracteres estas palabras: ¡PAZ CON FRANCIA! En todas partes desenganchaban los caballos y llevaban en triunfo á aquéllos. Figurábanse que todos los males del hambre y de la carestía iban á terminar; soñaban todos con bienes desconocidos y extraordinarios. Momentos hay en la vida de los pueblos, al igual que en la de los individuos, en que, cansados ya de odiarse, sienten la necesidad de una reconciliación, siquiera ésta sea pasajera y aun ficticia. En uno de esos momentos, desgraciadamente de corta duración, creía el pueblo inglés que casi amaba á Francia y adoraba al héroe, al sabio que la gobernaba, gritando: *¡Viva Bonaparte!*» (THIERS).

Bonaparte se apresuró á suscribir los preliminares de la paz, y encargó á su ayudante, el coronel Law Lauriston, que llevara su ratificación á Londres. Tan pronto como se supo que un ayudante del primer Cónsul en persona, uno de sus compañeros de armas, había llegado á la residencia de M. Otto, llevando el tratado ratificado, la muchedumbre se encaminó allí, y al encontrarse con M. Otto, que casualmente subía al coche en aquel momento con el coronel para dirigirse á casa de lord Hawkesbury y hacer el canje de las ratificaciones, desenganchó el pueblo los caballos y tiró del carruaje hasta la habitación de los delegados ingleses.

Ocho horas después de firmados los preliminares, un correo,

procedente de Egipto, trajo la noticia de la rendición de Alejandría. «Tanto mejor, dijo lord Hawkesbury á M. Otto, que este correo haya llegado después de haberse firmado el tratado, pues de llegar antes nos hubiéramos visto obligados á ser más exigentes y la negociación probablemente hubiera quedado rota. La paz tiene mayor valor que



Kléber. (Miniatura de Juan Guérin. Museo del Louvre)

una isla más ó menos.» El Egipto quedaba perdido para Francia, pero las mismas palabras del ministro inglés claramente daban á comprender que no había sido inútil tan prolongada resistencia.

Bonaparte, al abandonar á Egipto, confió el mando del ejército á Kléber, que era su natural sucesor, y por quien el primer Cónsul, no obstante algunos pasajeros disentimientos, había sentido siempre

verdadera simpatía. Durante la campaña de Siria, Kléber dió algunos prudentes consejos, que desgraciadamente no fueron atendidos. Era su opinión que antes del ataque de Jaffa se apoderasen de Naplusa (Sichem, después Néapolis), centro de una región de montañeses belicosos y fanáticos, con lo que Napoleón entonces hubiera podido desembarcar el material de sitio en Jaffa, en vez de enviarlo á la rada de Kaiffa, en donde, como sabemos, cayó en poder de los Ingleses. Con la misma razón creyó, al darse el asalto de San Juan de Acre, que los trabajos de sitio y la brecha resultaban insuficientes. Así, fué vivísima la indignación de Kléber al hallarse, como él decía, con que « el pájaro había volado, » y verse investido del mando «sin haberle quedado el recurso de rehusarlo, ó á lo menos, de hacerse rogar para aceptarlo.» (Ernouf).

Pasado el primer momento de cólera, Kléber no pensó más que en continuar la obra de Bonaparte; y hasta en su primera proclama al ejército, fechada en 31 de Agosto, aprobaba públicamente la marcha del general en jefe. Pronto, sin embargo, se encontró en el Cairo en continuo trato con algunos que estaban sumamente disgustados con Bonaparte por no haberles llevado consigo, quienes se dedicaron á despertar su descontento y á exagerarle las dificultades de su situación. El general Kléber y el administrador Poussielgue enviaron al Directorio, en 26 de Septiembre, un despacho y una relación, donde exponían la situación del ejército desde el aspecto más triste y en muchos puntos más falso, en la que se mostraban excesivamente severos con Bonaparte, llegando Poussielgue hasta el extremo de acusarle de haberse llevado dos millones de francos, lo cual era una verdadera calumnia, pues una vez llegado á Francia no le fué posible devolver á Talleyrand 100.000 francos que éste le prestara al embarcarse para Egipto, de los que sólo le quedaban 7.000 cuando regresó. Estos despachos fueron recibidos por el mismo Bonaparte, como jefe que era del gobierno.

Kléber, entretanto, rechazó desde un principio las indicaciones de Sydney Smith, cuando éste renovó las proposiciones que antes hiciera á Bonaparte, tales como la evacuación de Egipto y el embarque y transporte inmediato, sin condiciones, de sus tropas á Francia; pero al conocer por los documentos oficiales toda la extensión de los

reveses experimentados por el ejército francés en la campaña de 1799, creyó que las circunstancias le autorizaban para obrar de distinta manera, y aceptó, por el pacto de El-Arich, las proposiciones que en un principio rechazara (28 de Enero de 1800). Este convenio no debía llegar á efectuarse, pues habiendo los Ingleses interceptado un despacho de Kléber al Directorio, fechado en 26 de Septiembre anterior, en el cual, dejándose arrebatar por la cólera, trazaba un cuadro sumamente sombrío y exagerado de la situación de las tropas francesas en Egipto; creyó el gabinete de Londres que lo que el general decía respecto al decaimiento moral y á la desorganización material de todo el ejército era expresión exacta de la verdad, y que, por lo tanto, podía arrebatar á los Franceses el Egipto sin concederles tan ventajosas condiciones.

El almirante Keith significó á Kléber que el gobierno inglés no se prestaba á ratificar el convenio de El-Arich, alegando que Sydney Smith carecía de poderes suficientes para ello, y exigiendo que el ejército de Egipto se rindiera á discreción. Kléber, ante tan pérfida conducta, recobró toda su energía; y por otra parte, la llegada del coronel M. Latour-Maubourg, posterior desgraciadamente al 24 de Enero, le había impuesto de los sucesos del 18 de Brumario y dado exacta cuenta de la verdadera situación de Francia.

En la orden del día comunicada al ejército mandó Kléber insertar la carta del almirante Keith, y á continuación añadió estas frases: « Soldados, á tales insolencias sólo debe contestarse con la victoria; preparaos, pues, á combatir.»

Kléber tenía que emprender otra vez la conquista de Egipto, ya que, en virtud de las condiciones estipuladas, había entregado á los Turcos algunas de las plazas más importantes. Para oponer á los 60.000 hombres que formaban el ejército otomano, sólo contaba el general francés con 10.000 de tropas regulares; así, esta campaña le colocó en el rango de los generales más ilustres del mundo. Apresuróse á marchar al encuentro del ejército del gran visir, y alcanzándole en Matarieh, cerca de Heliópolis, obtuvo sobre él una victoria decisiva.

« Kléber supo vencer, pero más aún aprovecharse de la victoria,

y persiguiendo sin descanso al enemigo de jornada en jornada, le fué desalojando sucesivamente de El-Ganka, Belbeïs y Koraïm; y preparándose estaba para librar una nueva batalla en Sâlahieh, tocando ya los límites del desierto, cuando salieron sus habitantes al encuentro de los Franceses para participarles la fuga del visir, con un corto número de sus soldados, y la dispersión de su ejército.» (ERNOUF).

Pero no todo estaba terminado; en tanto Kléber se dirigía á Siria, una nueva sublevación había estallado en el Cairo, mucho más terrible, en verdad, que la que ocurriera en tiempo de Bonaparte, pues hubo necesidad de poner sitio á la ciudad por espacio de veinte días y destruir completamente el barrio de Bulak para obtener su sumisión. Kléber podía usar de clemencia, sin que su moderación pudiera atribuirse á debilidad; así, pues, se limitó á imponer á la ciudad una contribución de guerra. Nunca el prestigio de los Franceses había llegado á mayor altura en Egipto: reanudóse con verdadera actividad la obra de organización y de civilización ya iniciada, y, como nunca, parecía la conquista asegurada por completo. Kléber comprendió que con quienes especialmente podía contar era con los cristianos, ya que el único apoyo formal que había encontrado debíalo á las tribus cristianas de Siria, muchas de las cuales se comprometieron de tal modo, que habían creído deber suyo acompañar á los Franceses en su retirada. Así, sin dejar de contemporizar con los Musulmanes, se propuso, más decididamente que Bonaparte, apoyarse en los Cophtos; y para ello organizó algunos regimientos de Nubios, reducidos hasta entonces á la esclavitud, llamándoles á la libertad, de la que se habían mostrado dignos por su valor. Por otra parte, la figura de Kléber era muy á propósito para impresionar á los Orientales.

Comprendió el gran visir que debía recurrir á otros medios distintos de la guerra, y armó el brazo de un miserable fanático llamado Solimán, el cual, arrojándose sobre Kléber en los jardines de Elfy-Bey, en el Cairo, hirió mortalmente en el corazón al «gran caudillo francés» (1). Ocurrió este suceso el 14 de Junio de 1800,

(1) El esqueleto de Solimán estuvo expuesto en el Museo de Historia natural de París.

en el mismo día y casi á la misma hora en que Desaix caía asimismo mortalmente herido en el campo de batalla de Marengo.

Menou, el más antiguo de los generales de división, reclamó el mando, y en verdad que no podía recaer en aquellas circunstancias en manos más incapaces para sostener carga tan pesada. Excelente administrador, no poseía ninguna de las cualidades de un buen general en jefe. Se había convertido á la religión mahometana, usaba turbante y se hacía llamar Abdallah, logrando solamente ponerse en ridículo ante el ejército, sin obtener con ello la menor influencia sobre los musulmanes.

Los Ingleses intentaron nuevamente un grande esfuerzo: tres ejércitos se dirigieron sobre Egipto: 20.000 soldados europeos, ingleses, de Hesse, suizos, malteses y napolitanos, á las órdenes exclusivamente de oficiales ingleses, se reunieron en Macri, en el Asia menor, para dirigirse, llevando al frente al general sir Ralph Abercromby, sobre Alejandría; además 30.000 Turcos, valientes, pero sin disciplina ni organización de ninguna clase, se reunieron en Siria, y últimamente 7.000 Cipayos, procedentes de Calcuta, desembarcaron en Kosseïr, en el mar Rojo. Todas estas tropas formaban un conjunto de 60.000 hombres, á quienes los Franceses no podían oponer más que unos 18.000.

Bonaparte, gravemente preocupado por lo de Egipto, intentó en vano enviar refuerzos, porque Ganteaume, después de haber estado tres meses en el Mediterráneo, creyó de su deber regresar á Tolón con los 5.000 hombres que llevaba á bordo, los que hubieran podido hacer cambiar el aspecto de aquella campaña. Menou, reducido á sus propias fuerzas, cometió torpeza tras torpeza, y menospreciando los consejos de sus colegas, en vez de concentrar sus tropas, pocas en número, las dispersó, permitiendo que el general Abercromby y los Ingleses se apoderasen de la provincia de Abukir.

El 21 de Marzo se libró una batalla, que se conoce con el nombre de tercera batalla de Abukir ó de Canope: fué muy empeñada, y en ella perecieron el general en jefe inglés y el general francés Lanusse, distinguiéndose de un modo extraordinario, aunque infructuosamente, el regimiento de dromedarios, y Menou vióse obligado á encerrarse en Alejandría. Los Ingleses entonces rompieron

los diques que se elevaban entre el mar y el lago Mareotis y aislaron la ciudad, separando á Menou de Belliard, quien se había retirado al Cairo. En cambio, el ejército turco y el inglés pudieron reunirse, mientras los Cipayos, que habían desembarcado en Kosseir, llegaban á Keneh, en el valle del Nilo. Esta intervención del ejército de las Indias constituye, á pesar del reducido contingente de fuerzas mandadas entonces, un hecho verdaderamente importante, pues demostraba la gran utilidad que en adelante podía Inglaterra reportar de aquellas tropas, las cuales parecían exclusivamente destinadas á mantener el orden en la gran Península, y recientemente se ha podido ver de una manera clara desde el tratado de San Stéfano. Murad murió fiel á Francia, pero sus sucesores se aliaron con los Ingleses. El 20 de Julio, Belliard hubo de capitular con las condiciones de El-Arich, y Menou continuó resistiendo en Alejandría hasta el 30 de Agosto.

De esta manera terminó la célebre expedición á Egipto, que, á pesar de su fracaso, mantuvo en Oriente el antiguo prestigio militar de Francia. Esta expedición marca también una fecha importante en la historia de la ciencia, pues que vino á llamar de nuevo la atención de los sabios sobre aquella civilización faraónica que precedió á todas las demás. En ella se iniciaron aquellos continuos y metódicos trabajos, por medio de los cuales el talento y la paciencia de los Champollión, Rougé y Mariette llegaron á reconstituir la egiptología.

La vista de los diversos objetos y del gran número de dibujos de monumentos que trajo la comisión científica, unidos á los trabajos de aquellos á quienes se llamó entonces *los Egipcios*, pusieron el Egipto de moda, como había sucedido en Roma en tiempo de Adriano; imitándose en Francia los edificios, la escultura y el mobiliario de los faraones. El arte egipcio, como arte clásico, de formas sencillas y lógicas, concordaba admirablemente con el gusto artístico que á la sazón dominaba en Francia.

La ocupación francesa, por corta que hubiese sido, dejó profundas huellas en las orillas del Nilo, y fué suficiente para volver á la vida en cierto modo á aquel país que desde luengos siglos yacía en el más profundo aislamiento. Así, muy pronto los Franceses hubieron de ser

añorados con frecuencia por aquellos mismos que los habían visto partir con satisfacción. A Francia debe el renaciente Egipto sus tentativas para entrar en la corriente de la civilización occidental. Mehemet-Alí buscó apoyo en más de una ocasión en los recuerdos de Bonaparte, y cuando el célebre Pachá se vió amenazado por una coa-



Mameluco acuchillando. (Cuadro de Géricault)

lición europea, los Egipcios propalaban por todas partes, como cosa cierta, así en el campo como en las ciudades, el desembarco de tropas francesas en el Delta. La influencia francesa resistió el fracaso político de 1840, y aun hoy, no obstante haber disminuído mucho recientemente, el canal de Suez atestigua de una manera fehaciente la acción civilizadora de Francia en aquel país.

Inmediatamente después del cange de las ratificaciones relativas á los preliminares de Londres, se convino en que los plenipotenciarios se reuniesen en Amiéns para redactar el tratado definitivo.

Inglaterra nombró á lord Cornwallis, antiguo general de la guerra de América, quien pudo apreciar en York-Town la proverbial galantería francesa, y el primer Cónsul designó á José Bonaparte (1). Durante el curso de estas negociaciones, Napoleón proseguía en el continente su obra pacificadora. Disgustado de la actitud de España en el asunto de Portugal, había consentido, por los preliminares de paz ajustados con Inglaterra en 1.° de Octubre, que ésta ocupase la isla española de la Trinidad, lo cual no impidió que España, por el tratado de San Ildefonso, devolviese á Francia las posesiones de la Luisiana que le habían sido cedidas en 1763, y con respecto á Portugal, hizo firmar en Madrid, por medio de su hermano Luciano, las condiciones del tratado de Badajoz (2) que en principio fueron rechazadas.

El elector de Baviera, con la promesa de que Francia alcanzaría para él una indemnización suficiente en Alemania, ajustó con Bonaparte un tratado de alianza, que venía á renovar los antiguos tratados de Westphalia y de Teschen. La paz entre Rusia y España se firmó en París el 4 de Octubre, entre Rusia y Francia el 8, y en 11 del propio mes suscribió Napoleón otro tratado de alianza con Alejandro, al que acompañaban algunas convenciones secretas y fué preparación del de Tilsit, por el cual se comprometían á ejercer una acción común para arreglar las indemnizaciones germánicas, normalizar los asuntos de Italia y Turquía y establecer la libertad de los mares. Como la evacuación de Egipto ponía término á las dificultades suscitadas entre Francia y el Sultán, entabláronse preliminares de paz, que se firmaron en París en 9 de Octubre, renovando los antiguos tratados entre aquélla y la Puerta Otomana.

Pactos análogos se ajustaron con Argelia y Túnez, cuyos corsarios, acatando las órdenes de Constantinopla, habían destruído los establecimientos franceses y reducido á prisión á cuantos de éstos se encontraban en aquellos territorios.

---

(1) España mandó á él como plenipotenciario al caballero Azara. *(N. del T.)*

(2) Sobre el tratado de Badajoz y la cesión de la Luisiana á los Estados Unidos, véanse las *Mémoires de Lucien Bonaparte*, publicadas por M. Yung en 1882, y un artículo de M. Laujol publicado en la *Revue bleue* del 18 de Mayo de 1889.

No había un solo Gobierno que se sintiese con fuerza suficiente para luchar contra Francia. Aprovechándose Bonaparte de tan ventajosa situación, cometió la imprudencia de inquietar á sus adversarios de la víspera, aun antes de que todos estos tratados hubiesen sido ratificados definitivamente. Holanda vióse obligada á aceptar, no obstante la vivísima oposición de sus Cámaras, una nueva



El Regreso, dedicado á los guerreros franceses. Dos valientes, al llegar á su casa, presentan á su padre las espadas de honor con que han sido recompensados. (Dibujo y grabado de Petit)

Constitución, elaborada entre Schimmelpenninck, su embajador en París, y el Gobierno francés. En esta Constitución, á la par que se disminuía el poder de las Cámaras y se debilitaba la influencia popular, se acrecía en importancia el poder ejecutivo, que quedaba concentrado en manos de una Regencia de Estado constituída por doce individuos. De esta manera estaba seguro el primer Cónsul de que Holanda no volvería á recobrar su independencia política, con lo que, si bien de momento Francia aumentaba su poder exterior, hacía nacer odios profundos para lo porvenir, que podían perjudicarla en gran manera.

Más acertado anduvo en su proceder con Italia. La República Cisalpina habíase mostrado incapacitada para gobernarse por sí misma. En su virtud, el primer Cónsul convocó en Lyon una asamblea extraordinaria (1.° de Diciembre de 1801), á la que concurrieron todas cuantas personas importantes contaba la República por sus riquezas, por su nacimiento ó por su talento; en una palabra, todas sus eminencias sociales, y en ella se adoptó un código análogo á la Constitución francesa del año VIII.

Los principales elementos de esta Constitución eran:

1.° Un presidente y un vicepresidente, elegidos por diez años; 2.°, un Cuerpo consultivo del Estado, que servía de intermediario entre el poder ejecutivo y el legislativo; 3.°, una Cámara legislativa; 4.°, un tribunal de censura política. Lo más original de esta Constitución era la división del cuerpo electoral en tres colegios, formados por propietarios, sacerdotes y literatos (profesiones liberales), y comerciantes.

«A falta de un italiano bastante caracterizado, ó que por los grandes servicios prestados á su patria pudiese imponerse á las rivalidades locales, tan poderosas siempre al otro lado de los Alpes, fué conferida la presidencia al primer Cónsul (1). Bonaparte la aceptó; pero antes de separarse de los diputados, dirigióles estas tan prudentes como enérgicas palabras: «Conservaré durante todo el tiempo que las circunstancias lo exijan la alta dirección de vuestros negocios. No tenéis más que leyes particulares; necesitáis leyes generales. Vuestro pueblo, que sólo tiene costumbres locales, es preciso que adquiera hábitos de nación. Finalmente, carecéis de ejército, y las potencias que podrían llegar á ser vuestras enemigas, cuentan con fuerzas poderosas; sin embargo, tenéis todo lo necesario para producirlas: una población numerosa; fértiles campos y el ejemplo que os ha dado, en todas las grandes circunstancias, el primer pueblo de Europa.»

Igualmente fueron reorganizadas la república de Liguria y la de Luca. En Génova consiguió Napoleón que fuese nombrado dux

(1) Melzi, antiguo chambelán de María Teresa, fué elegido vicepresidente, habiendo sido después, en 1805, gran canciller del reino de Italia, y en 1807, duque de Lodi.

Jerónimo Durazzo; y ejerciendo allí, como en Francia y en Milán, su noble papel de pacificador, hizo levantar de nuevo la estatua de Doria y aceptó una que le dedicaron en Sarzano, población donde habitara la familia Bonaparte antes de establecerse en Córcega.

Inglaterra, á la que comenzaban á disgustar estos nuevos cambios políticos, no quiso firmar el tratado definitivo hasta el 25 de Marzo de 1802 (4 de Germinal del año X). La paz de Amiens era conforme en un todo á los preliminares de Londres. Inglaterra reconocía por ella formalmente las adquisiciones hechas por Francia en el continente, así como la existencia de las repúblicas que ésta había fundado. Devolvía á los franceses las colonias que les arrebatara, conservando tan sólo la isla española de la Trinidad y la holandesa de Ceilán. La colonia del Cabo era devuelta á los holandeses, y Malta debía ser restituída á la orden de los caballeros de San Juan. Persistiendo en sus costumbres, la Puerta, cuyas diferencias con Francia eran mucho menos graves, no firmó el tratado hasta el 25 de Junio.

Pero ya desde fines del año anterior se sabía que la paz era un hecho, y la fiesta dada en 18 de Brumario, para celebrar la paz universal, fué una manifestación de público regocijo (1). Gran número de ingleses habían acudido á París, ávidos de contemplar la nueva Francia, contándose entre ellos Cornwallis y Fox (2). Todos se admiraban de encontrar una Francia tan distinta de como se la habían figurado, dada la pintura que de ella les hicieran los emigrados. Realmente, en ningún período de su historia, Francia había llegado á tal grado de grandeza y poderío.

---

(1) Tal vez la pérdida de Egipto no se sentía como era debido. «Nuestro descalabro en las orillas del Nilo no había sido el fatal resultado de una empresa irreflexiva. El éxito de la misma, como cree Thiers, de acuerdo con Jomini, era indudablemente seguro é incalculables los resultados que de él se hubieran obtenido. Para la consecución de empresa de tanta monta, valía la pena de exponer otro ejército, «no sólo el que se envió por primera vez á Egipto, sino también los que inútilmente perecieron en Santo Domingo, en la Calabria y en España. ¡Ojalá que en los entusiasmos de su vasta imaginación no hubiera Napoleón concebido ninguna otra empresa más temeraria que ésta!»

(2) Por aquel entonces vino á París el actor Kemble, cuya llegada fué anunciada por los periódicos como la de un soberano, habiéndoselo hecho en la Comedia Francesa un magnífico recibimiento. Sobre el singular proceso entablado por Napoleón ante los tribunales ingleses contra el periodista Pelletier, véase VILLEMANN, *Littérature au quatorzième siècle*, tomo IV, págs. 850 y siguientes.

Habiendo alcanzado por todas partes sus fronteras naturales; defendida por el Rhin, los Pirineos y el Océano; dueña de los pasos de los Alpes; en posesión de Amberes, y dominando desde Amsterdam al Helder, lo mismo que en Génova; con el apoyo de Holanda, España y la Italia septentrional; objeto de afectuosa solicitud por parte de Prusia y de los pequeños Estados alemanes, que lo esperaban todo de su intervención en las secularizaciones que se preparaban; respetada ó temida por otras potencias, y apreciada por todos, ejercía sobre Europa una supremacía que á duras penas llegara á alcanzar en los más esplendorosos tiempos del reinado de Luis XIV. Tal era el resultado que había conseguido el Gobierno consular en menos de tres años; y, sin embargo, sólo se hallaba á la mitad de su camino, ya que le faltaba aún consolidar la tranquilidad pública en el interior, empresa no menos útil y gloriosa que aquélla, y en la que Napoleón no cesó de ocuparse desde el primer día: asegurada ya la paz exterior, se dispuso á completar su obra con la promulgación del Concordato y del Código civil.



La Paz. Bonaparte llevado en triunfo entre dos genios. (Dibujo de Prud'hon)

(Según fotografía de Braun



La Paz y la Abundancia, bajo el gobierno consular, convocan en Francia á las letras, las ciencias, el comercio y las artes.
(Grabado de la Colección Hennin).

CAPÍTULO V

INSTITUCIONES DEL CONSULADO

NAPOLEÓN Y LOS PARTIDOS POLÍTICOS.—NAPOLEÓN Y EL CONSEJO DE ESTADO. EL CONCORDATO.—EL CÓDIGO CIVIL.—AMNISTÍA.—LA LEGIÓN DE HONOR.

Cuando después de haber estudiado la historia política y militar del Consulado se pasa á la historia de su administración interior, apenas puede comprenderse cómo un jefe de Estado, por muy bien secundado que se hallare, hubiese logrado abarcar semejante empresa.

El rasgo distintivo del carácter de Bonaparte, más aún que la universalidad y penetración de su genio, consistía, según dice Roederer, en su atención constante y poderosa. «Podía dedicar diez y ocho horas seguidas al trabajo, ya ocupado en un mismo asunto ó en varios de diversa naturaleza. No he visto nunca cansado su espíritu ni aminorado el poder de su inteligencia, aun en medio de las fatigas corporales, de los ejercicios más violentos y hasta en sus momentos de cólera. Nunca le he visto distraerse de un asunto para fijarse en otro, ni tampoco interrumpir aquel que estaba estudiando para poner su atención en el que acababa de discutir ó en aquel cuyo estudio iba á emprender de nuevo. Las buenas ó malas noticias de Egipto no lograron distraerle del Código civil, ni éste de los planes

que exigía la situación de aquel país. No ha habido ningún hombre que como él se consagrase tan completamemte á su trabajo, ni que supiese distribuir mejor el tiempo entre los diversos asuntos en que necesariamente tenía que ocuparse. Nunca inteligencia alguna fué tan refractaria á la ociosidad, ni á rechazar las ideas, cualquiera que fuese el momento en que se le ocurriesen, ni tan ardiente para ir en su seguimiento, ni más hábil para fijarlas al llegar el instante del trabajo.»

Sólo así se explica que en la víspera de la batalla de Austerlitz se viese á Napoleón reunir á las seis de la tarde á sus generales, á fin de darles las instrucciones necesarias para el día siguiente, y en seguida dictar el decreto organizando el asilo de San Dionisio, para después volverse á ocupar en los preparativos de la batalla. El mismo comparaba su cabeza á un armario, en el que cada asunto ocupaba el sitio que le correspondía. «Cuando interrumpo mi trabajo, decía, cierro un cajoncito y abro el otro, sin que se mezclen unos con otros ni jamás me abrumen ó fatiguen. Cuando quiero descansar, cierro todos los cajones y me duermo al momento.» En efecto, Napoleón dormía siempre dónde y cuándo quería.

Conocía mejor el primer Cónsul el estado de cada ministerio que el propio ministro, y se hallaba enterado tan detalladamente de los asuntos de cada oficina, cuando menos, como el oficial encargado de su despacho.

De su actividad se puede juzgar principalmente por su correspondencia, que llegó á su más alto punto en la época del Consulado. En un mismo día, por ejemplo (el 8 de Agosto de 1802), escribió á Chaptal, ministro del Interior, para asegurarse de la ejecución de los decretos relativos á los bustos de los hombres célebres y á los cuadros que representaban las batallas más memorables de las últimas guerras, pidiéndole los proyectos de otros nuevos decretos sobre el traslado de la Biblioteca Nacional al Louvre y de la Imprenta Nacional al barrio Latino; y sobre el nombramiento de una comisión encargada de escoger cuadros y estatuas para diversas ciudades de provincias. Pidió á Gaudin, ministro de Hacienda, los proyectos de otros decretos cuyas principales disposiciones indicaba (faltaba sólo redactar as), relativos á las propiedades de los emigrados; á Barbé-Marbois, director del

Tesoro, gran número de borradores para regularizar las cuentas que se especificaban; al general Berthier, ministro de la Guerra, varios informes sobre las medidas tomadas para completar el mapa de Cassini, en el que debían incluirse los nuevos departamentos y el territorio comprendido entre el Adigio y el Adda. Finalmente, de la misma fecha data una carta dirigida á Fouché, censurándole por haber dejado publicar en el *Journal des Défenseurs* una circular relativa á cuestiones religiosas, «escrita en un estilo duro y apasionado, impropio de los procedimientos y de la dignidad del gobierno.»



Barbé-Marbois

Por lo mismo, con verdad podía decir Napoleón á Roederer: «Trabajo continuamente, medito bastante, y si bien parece que me hallo siempre dispuesto á contestar á todo y á emprenderlo todo, es porque antes de hacer una cosa he meditado mucho tiempo sobre ella, y he previsto ya lo que podía suceder. No es que tenga yo ningún genio que repentinamente me inspire en lo que he de hacer ó contestar en circunstancias para los demás inesperadas; bástanme para ello únicamente la reflexión y la experiencia. Trabajo siempre y á todas horas: en la mesa, en el teatro, y por la noche me despierto para trabajar. Esta última noche me he levantado á las dos horas de estar en la cama; me he sentado en la butaca, ante la chimenea, para examinar los estados que me remitió ayer el ministro de la Guerra, en los cuales se especifica la situación de las tropas. He hallado en ellos

veinte faltas, y esta mañana los he devuelto al Ministro, que en este momento se encuentra rectificándolos en sus oficinas.»

Contaba Josefina á Mad. Rémusat, que al organizar Napoleón los diversos cuerpos de ejército, procuraba retener en la memoria los nombres de una gran parte de sus soldados. «Esto le sirvió extraordinariamente en algunas ocasiones para llamar á los soldados por su nombre, colmándoles de alegría tal distinción por parte de su general.» Sabido es que César conocía también de memoria el nombre de todos sus centuriones.

Nunca le parecían á Napoleón demasiado largas las horas que consagraba á los asuntos públicos.

«Muchas veces nos tuvo en Saint-Cloud, dice Pelet de la Lozére, desde las nueve de la mañana hasta las cinco de la tarde, con sólo un pequeño descanso de un cuarto de hora, durante el cual pasaba á sus habitaciones y nosotros á la galería grande, en donde se nos servían algunos manjares, sin que al concluir pareciese ni más ni menos fatigado que al principio. Siempre había necesidad de que el archicanciller le advirtiera lo avanzado de la hora para no prolongar más la sesión, burlándose él de tales advertencias y simulando que las encontraba prematuras.»

Prescindiendo de las sesiones generales del Consejo, Napoleón presidía las particulares del ministerio del Interior, que duraban algunas veces desde las diez de la noche hasta las cinco de la madrugada. También celebraba sesiones de noche con sus ministros, y muchas veces, vencidos éstos por el sueño, eran despertados por Bonaparte, que les decía: «Vamos, vamos, ciudadanos, despertémonos; pues no son más que las dos, y es necesario que ganemos el sueldo que nos da el pueblo francés.» En cuanto á él, concluída la sesión, se marchaba al baño, y al salir de él volvía de nuevo á entregarse al trabajo. «Una hora de baño, decía, equivale para mí á cuatro horas de sueño.» Un historiador, que no se distingue precisamente por sus simpatías hacia Napoleón, ha dicho de él:

«Tiene en su casa tres atlas, cada uno de los cuales se compone de unos veinte cuadernos muy voluminosos, abiertos siempre á todas horas. El primero es militar, y constituye una enorme colección de cartas topográficas, tan m nuciosas

como las del Estado Mayor, con el plano detallado de todas las plazas fuertes y la distribución de todas las fuerzas de mar y tierra, arsenales, almacenes, reservas, víveres, equipos y municiones. El segundo, de carácter civil, se parece á esos gruesos volúmenes que forman los libros de caja de las casas de comercio, y comprende la recaudación y los gastos ordinarios y extraordinarios, las obligaciones de la Deuda, pensiones, obras públicas, empleos y número de emplados, con la relación del punto de residencia de cada uno de ellos, su categoría, atribuciones y sueldo. Es el tercero un gigantesco diccionario biográfico y moral, en el que cada personaje notable, cada localidad, cada pueblo tiene señalado de un modo sucinto su situación, sus necesidades y sus antecedentes, teniendo en cuenta su respectivo carácter, sus circunstancias especiales y su probable conducta. Todas estas notas, mapas ó pliegos tienen su correspondiente resumen; y todos estos resúmenes parciales, metódicamente calificados, forman un índice, y los índices de los tres atlas están combinados de tal manera que en un momento dado pueda su posesor conocer la cantidad de fuerza que tiene disponible.»

La grande actividad de que se hallaba dotado Bonaparte, se reflejaba de modo admirable en cuanto le rodeaba, y exigía de sus colaboradores tales esfuerzos, que parecían superiores á sus fuerzas, aunque ocupándoles siempre en aquellos trabajos para los que tenían verdadera aptitud. Escogía á los hombres siguiendo el principio de que «cada hombre debe ocupar el puesto que le corresponde», y decía «que no hay ningún necio apto para nada ni ningún talento que sirva para todo.»

Madama de Rémusat, en sus *Memorias*, habla de la triste situación en que se encontraba la servidumbre de Bonaparte, ante el temor constante que dominaba á cuantos le rodeaban por las genialidades que se veían obligados á sufrir de parte de un amo que nunca demostraba estar contento, y que no manifestaba la menor satisfacción por cuanto se hacía en su obsequio. Roederer, en cambio, llega á afirmar que «al lado de Bonaparte no había hombre de algún mérito que no prefiriese el empleo que desempeñaba á sus inmediatas órdenes al honor de servir junto á un magnate, cuyo orgullo aleja al servidor, y que después de un largo y penoso trabajo no se creyese mejor recompensado con un nuevo encargo que con el descanso más honroso.» Verdad es que esto se escribía en 1803, en cuya época, por mucho que uno trabajase, podía tener la completa seguridad de que el jefe del Estado trabajaba todavía bastante más. Veíasele con el pensamiento

siempre fijo en la idea del Gobierno, sin llegar á absorber ni fatigar su espíritu con una atención tan continuada.

«Jamás al visitarle los miembros del Senado, del Cuerpo legislativo y del Tribunado, añade Roederer, dejaron de recibir, al despedirse de Bonaparte, la recompensa de su galantería en instrucciones útiles. En vez de la afectada gravedad tan peculiar á los altos poderes, encontraron siempre en estas visitas la natural curiosidad, inspirada tan sólo en el bienestar público y en el respeto á la opinión nacional. Y no solamente le hallaron propicio á aceptar cuantas reflexiones se les ocurría someter á su consideración, sino que muchas veces él mismo las provocaba. Discutía las opiniones contrarias á las suyas, y aun la suya propia, con lo que estas conversaciones acababan por tomar el aspecto de un verdadero Consejo de gobierno. Ante los hombres públicos no podía dejar de ser siempre el hombre de gobierno, y toda su conversación se convertía en un Consejo de Estado.»

El Consejo de Estado era, en efecto, así á los ojos del primer Cónsul como para la opinión pública, el organismo principal del Gobierno (1). Napoleón al organizarlo tuvo gran cuidado en llevar á él los hombres más prácticos en las diversas ramas de la administración. En él figuraron, ya en sus tareas ordinarias ó ya en trabajos extraordinarios: en la legislación, Merlin, Portalis, Thibaudeau, Réal, Treilhard, Bigot, de Préameneu; en la guerra, Lacuée, Brune, Marmont, Gouvin Saint-Cyr, Mathieu Dumas, y más tarde Andreossy, Gassendi y Daru, intendente general de la casa imperial; en la marina, Fleurieu, Gantheaume; en la administración, Roederer, Regnier, Regnault de Saint-Jean d'Angely; y en ciencias, Chaptal, Fourcroy.

«Los príncipes de la familia de Napoleón que se encontraban en París, asistían á las sesiones, dice Pelet; á ellas eran invitados también los príncipes extranjeros que venían á visitarle, y durante largo tiempo vióse concurrir á ellas á los príncipes de Baden y de Baviera, este último rey actualmente, quienes parecía hubiesen sido enviados á la escuela del grande hombre para aprender á reinar.» Cada vez que era anexionada al Imperio una nueva provincia, procuraba que en su

(1) Aucol, *Le Conseil d'État avant et après*, 1789.

Consejo de Estado estuviese representada por una de las personalidades más distingidas de la misma. Así Corvetto, que más tarde fué ministro de Luis XVIII, procedía de Génova; Florencia envió á Corsini; Turín, á Saint-Marsan; Holanda, á Appelius, hombres todos de tan relevante



El mariscal Berthier. (Cuadro de Gros, según fotografía de Braun)

mérito, que, al regresar á sus respectivos países, después de la caída del Imperio, fueron nombrados ministros por sus soberanos, á pesar de la prevención que podían inspirar por haber estado al servicio de Francia.

Por esto el Consejo de Estado ocupaba en la atención y en el respeto públicos un lugar superior al del Tribunado, no obstante y representar esta asamblea la oposición y contar en su seno hombres tan

eminentes como José Chénier, Andrieux, Daunou, Ginguené, el filósofo Laromiguière, Estanislao de Girardin, el marqués de Chauvelin, embajador que fué en Londres en 1792, el economista Juan Bautista Say y Benjamín Constant. El Tribunado era más respetado que el Senado, y, sin embargo, este alto cuerpo estaba constituído por un conjunto de hombres tan ilustres como la historia no presenta muchos semejantes. Figuraban en él Berthollet, Laplace, Monge, Tracy, Cabanis, Kellermann, Lacépède, Legrange, Carcet, Francisco de Neufchâteau, Daubenton, Bougainville, el banquero Perrégaux, Tronchet y el pintor Vien. Es de advertir que el Senado apenas tenía intervención en el Gobierno, por lo que, en la lista precedente, se encuentra algún nombre ya famoso en la antigua monarquía al lado de otros que habían nacido de la Revolución.

El Consejo de Estado, mejor aún que el Senado, fué reflejo fiel de la nación pacificada. A él llevó Napoleón los hombres que más se habían distinguido en las diversas épocas de la Revolución, siempre y cuando no se hubiesen comprometido demasiado por sus excesos ó hubieran traicionado á sus ideas. Llamó también á aquellos que, sin mostrarse hostiles á las reformas de 1789, se habían visto obligados á expatriarse ú ocultarse en aquella triste época en que la moderación fué perseguida como un crimen, como Mounier, Malouet y Ségur.

Así, cuando José Chénier se presentó ante el Emperador, con la comisión del Instituto, para leerle una memoria sobre los premios decenales, al recordar el nombre de los hombres célebres de los distintos partidos, caídos bajo la segur del Tribunal revolucionario, como los Bailly, los Thouret, los Lavoisier, los Vergniaud, los Gensonné, pudo decir con razón que, á vivir aún, se encontrarían sentados en aquellos bancos alrededor de Napoleón, trabajando con él en la reconstitución de la nueva sociedad.

La gente de ideas conservadoras y la masa del pueblo simpatizaron muy pronto con el nuevo Gobierno, sin que sintieran la menor añoranza por el pasado; y si es verdad que durante la Revolución se había hablado mucho de libertad, también lo es que jamás se gozó menos de ella, ya que no se pudo llegar nunca á constituir pacíficamente un Gobierno normal, y sabido es que el orden es la condición más necesaria para garantir la libertad de los débiles.

Grande habilidad desplegó Napoleón para atraerse á los partidos que le eran hostiles, procediendo con ellos con suma delicadeza. En cierta ocasión, habiendo ido á las Tullerías el anciano mariscal Segur, mandó se le tributasen los honores militares correspondientes á su elevada categoría, no obstante haberse suprimido desde la Revolución el título de mariscal de Francia. Se autorizó á los emigrados para solicitar de los tribunales su exclusión de la lista en que figuraban sus nombres como tales, facultándoles asimismo para reivindicar aquellos de sus bienes que aun no se hubiesen vendido, siendo en gran número los que acudieron presurosos para aprovechar tales concesiones. En cuanto á los Jacobinos, fueron reintegrados por Bonaparte en los empleos de que habían sido desposeídos, con lo que muchos de ellos llegaron á convertirse en servidores inteligentes y adictos á Francia y á Napoleón. Por este medio les apartaba del partido á que pertenecían, restándole fuerzas y logrando además la ventaja de que, «en el mero hecho de conferirles un cargo público, ejercía sobre ellos una autoridad inmediata y efectiva, con lo que naturalmente le era más fácil desbaratar cualquier intentona» (1).

Fouché, que volvió muy pronto á desempeñar el cargo de ministro de Policía, era doblemente útil al primer Cónsul, ya que, por el hecho de estar desempeñando un cargo tan importante, tranquilizaba á los Jacobinos sobre las intenciones del gobierno, el cual, además, contaba así con un ministro que estaba siempre enterado de las ideas, intrigas y planes de aquel partido, que le había contado entre sus jefes más activos. Sin embargo, un gran número de Jacobinos continuó formando parte de las sociedades secretas. Napoleón, desde el principio de su gobierno, ocupóse formalmente de estas asociaciones, con las cuales, según afirma M. Rapetti, mantuvo frecuentes y casi continuas relaciones, si no personalmente, por medio de su policía y de algunos de sus grandes dignatarios. Con todo, no debe exagerarse la influencia de estas sociedades durante el régimen napoleónico, y si bien es cierto que «Napoleón se sirvió de ellas más de una vez, persiguiólas casi siempre, desbarató sus ocultas maquinaciones y nunca fué su auxiliar.»

(1) Extracto de una memoria enviada á Luis XVIII, citada por Fauché-Borel.

Sea como fuere, los Jacobinos, al igual que los emigrados, procuraron aproximarse poco á poco al gobierno del primer Cónsul; muchas de las familias de la antigua nobleza no aguardaron siquiera la proclamación del Imperio para entrar en la legalidad, y desde un principio figuraron en la lista de los senadores un Choiseul-Praslin y, en 1803, un Luynes.

«No se había inventado todavía la legitimidad, — dice Pablo de Rémusat en el prólogo de las *Memorias* de su abuela, — y aquellos que más frecuentemente deploraban la caída del antiguo régimen, ó mejor, de la antigua dinastía, no se creían obligados á pensar que cuanto se hacia en Francia sin los Borbones fuese malo sólo por esta causa: todos opinaban que un funcionario únicamente es responsable de sus actos, pero en ningún modo de los cometidos por el gobierno.»

Bonaparte, no tan sólo se ocupaba en terminar las diferencias del momento, sino que pretendía reconciliar el presente con el pasado: sus deseos se cifraban en que la nueva sociedad adoptase, sin reserva de ningún género, las glorias de la antigua. Así, pues, felicitó al municipio de Orleáns por el feliz acuerdo tomado de levantar un monumento á Juana de Arco. «Tanto me place este acuerdo, decía, cuanto que la ilustre Juana de Arco supo demostrar que no es un milagro, ni mucho menos, hacer que se despierte el espíritu francés iempre y cuando se halle amenazada la independencia nacional. Unida la nación francesa, nunca fué vencida.»

Cuando en 1801 pasó por Normandía, al llegar á Ivry se detuvo exclamando: «¡Honor á la memoria del mejor francés que se ha sentado en el trono de Francia!» Después de haber recorrido el campo de batalla, mandó que se volviese á levantar la columna erigida á Enrique IV en el mismo lugar donde alcanzó la gran victoria sobre los partidarios de la Liga y de los Españoles, haciendo grabar en ella las siguientes inscripciones, que la Restauración mandó borrar:

«*Napoleón Bonaparte, primer Cónsul, á la memoria de Enrique IV, vencedor de los enemigos del Estado en los campos de Ivry, el 14 de Marzo de 1590.*

»*En el año XI de la República francesa, el 7 de Brumario, Napoleón Bona-*

parte, primer Cónsul, ordenó la reedificación del monumento destinado á perpetuar la memoria de Enrique IV y la victoria de Ivry.



Juana de Arco. (Estatua en bronce de Goiz, hijo, erigida en 1804 en Orleáns)

»*Las desdichas que experimentó Francia en la época de la batalla de Ivry, fueron la consecuencia precisa de haber llamado en su auxilio los partidos políticos franceses á España y á Inglaterra. La dinastía ó el partido que apela al auxilio*

de una potencia extranjera, ha merecido y merecerá hasta la consumación de los siglos la maldición del pueblo francés.»

Estos sentimientos se manifestaron principalmente en la fiesta nacional de 1.° de Vendimiario del año IX.

Al ser profanadas las tumbas de San Dionisio, hallóse el cuerpo de Turena en perfecto estado de conservación, al que había protegido sin duda un inconsciente sentimiento de respeto de la multitud. El primer Cónsul tuvo la idea de colocar bajo la cúpula de la iglesia de los Inválidos, y custodiados por los veteranos franceses, los restos de aquel grande hombre, á los que pronto debían juntarse las cenizas de Vaubán. Esta traslación se verificó el primer día complementario del año VIII (22 de Septiembre de 1800), y al día siguiente colocaba Bonaparte en la plaza de las Victorias la primera piedra de un monumento dedicado á Kléber y á Desaix. Al objeto de aumentar la solemnidad de estas fiestas, dándoles un carácter verdaderamente nacional y no solamente parisién, solicitó de los departamentos que con este motivo mandasen sus representantes á París, á semejanza de lo que se había hecho al celebrarse la fiesta de la Federación. Carnot fué el encargado de pronunciar una alocución en el acto de la traslación de los restos de Turena; y al día siguiente, también bajo la cúpula de los Inválidos, habló Luciano Bonaparte, y su discurso causó profunda sensación. Presentó el siglo de Luis XIV y el siglo presente reconciliándose junto á una tumba augusta, y añadió: «¡Dichosa la generación que ve terminar, en la República, la revolución iniciada en la Monarquía!» Sin embargo, algo se echaba de menos en tan solemnes ceremonias; en ellas la religión no intervenía para nada.

Pero ya el primer Cónsul había entrado en negociaciones con la Santa Sede, las cuales debían producir la reconciliación de Francia con la Iglesia católica, dándole la paz religiosa, después de haberle proporcionado la paz social. Dos eran los móviles que impulsaban á Napoleón á perseguir la reconciliación de la Iglesia con la Revolución (1): su convicción religiosa y su interés propio como hombre

(1) Sobre el Concordato, véase HAUSSONVILLE, *L'Église romaine et le premier empire.* —M. DE MENEVAL, *Concordat de* 1801. — *Correspondance et Mémoires* del cardenal Consalvi. —DE PRESSENSÉ, *L'Église et la Révolution française*, etc.

de gobierno. Jamás, en ninguna época de su vida, fué escéptico, y el ateísmo sincero le parecía casi imposible. Creyendo que sólo era



Monumento del general Desaix para la plaza de las Victorias, tal como fué proyectado y ejecutado en boceto en 1806 por Dejoux

una peligrosa afectación, decía: «El que ve, no puede ser ateo,» y de acuerdo casi con J. J. Rousseau, llegaba á afirmar «que el ateo es un criminal» (1). Siempre conservó en el fondo de su alma

(1) J. J. Rousseau, *Contrat social*, lib IV, cap. VIII, *de la Réligion civile*.

la mayor veneración y respeto por la religión católica, que era la que había aprendido en su infancia y también la de su patria. «La religión, decía en Santa Elena, forma parte integrante de nuestra vida.» El sentimiento religioso había conservado en él, aunque debilitado, algo de su origen italiano, y en la hora de los grandes peligros, así como en los momentos en que más agitado se hallaba su espíritu por las emociones más intensas, vióse á Napoleón hacer involuntariamente la señal de la cruz. En el transcurso de su vida podríamos encontrar con facilidad más de un rasgo de superstición: al parecer, creía «en su estrella.» Llenábanle de inquietud sus presentimientos, así como también los de las personas que le rodeaban, preocupándole profundamente los sueños y su interpretación. Ciertamente que tales sentimientos suelen ser comunes en los soldados; pero admira encontrarlos en Napoleón, quien los tenía por cosa tan natural que ni cuidaba de ocultarlos.

Bastará, para hacernos cargo de ello, citar un ejemplo, tanto más notable cuanto que el presagio no lo aplicaba á sí mismo. Cuando ocurrió la muerte de Moreau en la batalla de Dresde, al saber Bonaparte que había sucumbido un elevado personaje al lado mismo de Alejandro, creyó que era Schwartzenberg, y su primer impulso fué condolerse de la pérdida del feldmariscal; luego, relacionando su muerte con el incendio ocurrido en el baile dado por este embajador con motivo de su casamiento con María Luisa, cuyo suceso trocó la fiesta en tremendo duelo, después de reflexionar un momento, añadió con cierta satisfacción «que aquel incendio había pesado sobre su corazón hasta entonces como un presagio siniestro (hacía más de tres años que acaeciera el suceso), pero que se explicaba ahora porque Schwartzenberg *purgaba la fatalidad,* ya que evidentemente era á él á quien se refería tal presagio.»

En la obra del Concordato intervino algo más que la política. Ya hemos visto cuán deferente se mostró con la religión en la campaña de Italia, á pesar de que su conducta por aquel entonces se hallaba en abierta contradicción, no sólo con los fines que perseguía el Directorio, sino con las ideas mismas que profesaba su ejército. En su expedición á Siria mandó celebrar un *Te-Deum* en la iglesia de Nazareth, y al encontrarse al frente de un gran pueblo,

viéndose precisado á considerar la religión como uno de los elementos más necesarios en toda sociedad bien organizada, y aun «como medio de gobierno,» puede afirmarse que Bonaparte se limitó á poner de manifiesto, de una manera más patente, aquellas mismas ideas que siempre había profesado.



El emperador sale al encuentro del Papa en Fontainebleau (1804). (Dibujo de Mounet)

Hacía tiempo que se elevaban algunas voces elocuentes en favor de la libertad de conciencia, tan persistentemente violada durante la Revolución, recordando á los políticos, que en nombre de la filosofía perseguían á la religión, que en este punto no eran secundados por el pueblo.

La Constitución del año III declaraba que no se podía impedir á nadie el libre ejercicio de su religión, en tanto se cumplieran las

leyes; pero se había continuado dictando algunas medidas vejatorias contra los sacerdotes no juramentados, y por la ley del 1.° de Ventoso del año III fueron prohibidas toda clase de manifestaciones ó actos externos del culto. Camilo Jordán protestó contra aquellas tendencias del gobierno en 17 de Junio de 1797 (23 de Pradial del año V). «No tan sólo debéis permitir los diversos cultos, — decía, — sino que estáis obligados á protegerlos, porque son el fundamento de la moral pública. En las épocas revolucionarias es cuando mayor necesidad sienten los pueblos de la religión, pues sólo en ella encuentran los desgraciados la esperanza que necesitan. Hablamos continuamente de nuestro amor al pueblo y de nuestro respeto á su voluntad soberana; pero si queremos que todo esto no sean vanas palabras, respetemos ante todo las instituciones que el pueblo aprecia tanto.»

Portalis, uno de los futuros comisionados para arreglar el Concordato, desarrolló con mayor autoridad las mismas ideas, cuando, dirigiéndose á los Ancianos, les excitaba á rechazar una ley, votada ya por los Quinientos, en la que se trataba de exigir á los sacerdotes que habían permanecido fieles á su ministerio, un juramento que les colocaba en el caso de optar entre la mentira ó la persecución. «Es de todo punto imposible, — decía, — no aplicar á una religión conocida, antiquísima, dominante largo tiempo y casi autorizada exclusivamente, religión que profesan las tres cuartas partes de los Franceses, los principios de tolerancia y libertad que la Constitución proclama para todos los cultos. ¿Pretenderemos acaso que la intolerancia filosófica venga á reemplazar la que llamamos intolerancia clerical?» Y demostrando seguidamente los peligros de este sistema de persecución, desde el punto de vista de las relaciones internacionales de Francia, añadía: «Nuestros aliados, nuestros vecinos son católicos ó cristianos, y la conformidad de ideas religiosas ha sido entre los pueblos modernos poderoso medio de aproximación y de comunicación entre los gobiernos y los ciudadanos. El cristianismo hizo sociables á los hombres, así como la brújula facilitó el conocimiento del universo. El desprecio que aparentamos sentir por una religión común á tantas naciones, puede redundar en perjuicio de nuestros intereses políticos y de nuestras relaciones comerciales, pues nada afecta á los hombres tanto como el desdén que se

manifiesta por sus costumbres ó religión. Comprometemos, añadía, la causa de la libertad, tratando de divorciar la Francia católica de la Francia libre. En una palabra, concluía, no estamos ahora en tiempo de destruir, sino de gobernar. »

Pero el tiempo de gobernar no debía llegar hasta el advenimiento del primer Cónsul. Nada de lo que se legislaba adquiría carácter de estabilidad, y los decretos del Directorio no eran otra cosa, según comparación de Portalis, «que algunos leños flotando en un mar tempestuoso.» Bonaparte, en cambio, se jactaba de que arrojaría pronto «bloques de granito» en medio de aquellas olas encrespadas. Proponíase, no sólo restaurar el culto católico en Francia, sino alcanzar su reconciliación con la Santa Sede, y para ello necesitaba empeñar todo su prestigio, y aun toda su gloria, pues que ningún otro proyecto debía hallar mayor oposición ni agitar más hondamente intereses tan encontrados.

Con mucha razón el cardenal Consalvi pudo escribir á Roma, en distintas ocasiones, que Bonaparte era sin duda el único gobernante que deseaba formalmente la unión de Francia con la Santa Sede. El núcleo de personajes que rodeaban al primer Cónsul formábanlo, casi en su mayoría, hombres animados de sentimientos antirreligiosos, que, en épocas de revolución, son los primeros que se manifiestan y los últimos en extinguirse. Aun los más moderados, cifraban sus deseos en la tolerancia de una religión que resultara beneficiosa para el pueblo; dar un paso más, les parecía un retroceso hacia el fanatismo, y el mismo Fontanes soñaba entonces con el protestantismo ó en una especie de Iglesia oficial.

Mucho peor era aún lo que acontecía en esta materia fuera de las esferas gubernamentales, ya que todos los partidos protestaban en alta voz, no solamente los Jacobinos, sino también los moderados, los filósofos y aun aquellos mismos que, por su fidelidad al antiguo régimen, se hallaban en la emigración. Estos últimos se sentían más directamente heridos, pues que con ello perdían el arma principal que les servía para combatir á la moderna Francia. En efecto, no ignoraban éstos que la cuestión religiosa era principalmente la que les procuraba mayor número de partidarios; y, triste es confesarlo, de este mezquino sentimiento participaban algunos obispos y sacerdo-

tes, que tal vez, sin tener de ello plena conciencia, sacrificaban los intereses de la religión á sus ideas políticas. El mismo clero constitucional se hallaba también justamente inquieto ante una reconciliación que parecía deber serle perjudicial. Jamás proyecto alguno pareció más abiertamente contrario á la opinión pública; pero tampoco, en ninguna ocasión, pudo más claramente patentizarse que lo que se llama «opinión pública» no es siempre la «opinión del pueblo,» y que los deseos ruidosamente manifestados por los partidos políticos organizados, tampoco representan siempre las aspiraciones del país. Bonaparte sabía ya á qué atenerse en esta ocasión por las noticias que le dieran varios consejeros de Estado, á quienes confiara la misión de estudiar el asunto en las distintas regiones de Francia.

No fué sólo en Francia donde el primer Cónsul empezó á trabajar en este sentido, sino que encontrándose en Italia, al calor de sus primeros triunfos, puso de manifiesto estas ideas en una alocución muy bien pensada que dirigió al clero de Milán, la cual constituía un verdadero manifiesto. En él declaraba «que hubiera deseado verlos reunidos á todos para tener la satisfacción de manifestarles su adhesión á la religión católica, apostólica y romana, la única que puede procurar el bienestar á una sociedad bien organizada y consolidar las bases de un buen gobierno.» No se presentaba ya, como la primera vez que fué á Italia, en calidad de agente del gobierno consular, decidido á toda costa á destruir el catolicismo. Por el contrario, investido con plenos poderes, estaba resuelto á consagrarse á su defensa y protección en todos los tiempos y por todos los medios.

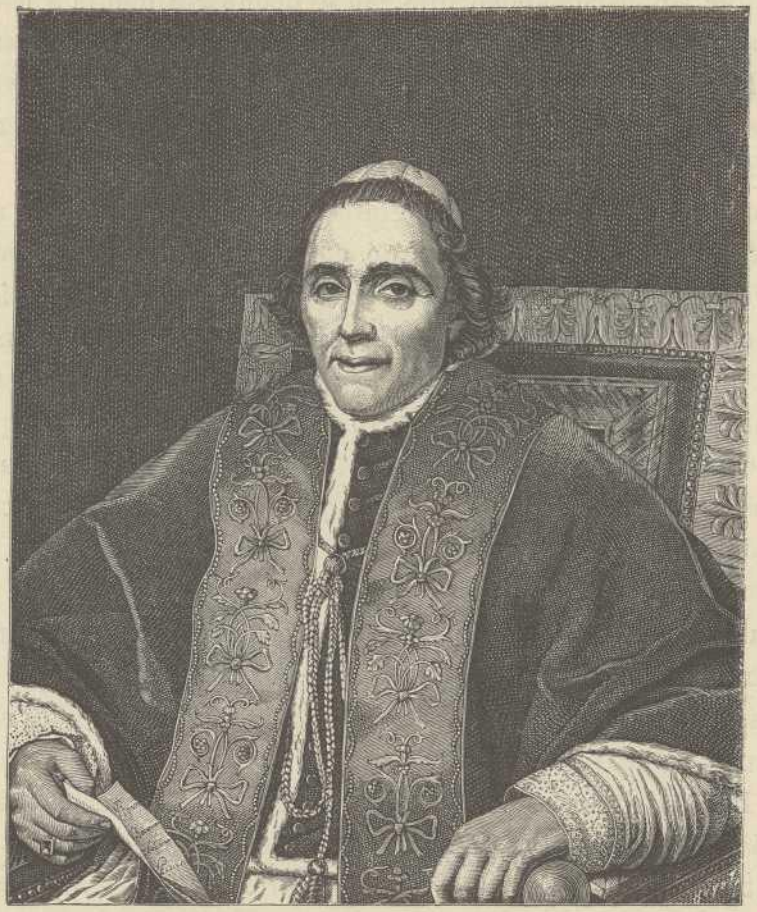
Aleccionada Francia por sus desgracias, había abierto los ojos á la realidad.

Abrigaba además Bonaparte la esperanza de que, si podía conferenciar con el nuevo Papa, tendría la suerte de remover todos los obstáculos que podían oponerse á una franca reconciliación entre Francia y la cabeza visible de la Iglesia.

A su regreso á Milán, después de la batalla de Marengo, mandó cantar en la catedral un solemne *Te-Deum*, al que asistió con gran pompa, prescindiendo de lo que pudieran decir «los ateos de París.» Había recomendado antes á los emisarios que envió al Soberano Pon-

tífice, que «trataran al Papa con tales atenciones como si tuviese á sus órdenes un ejército de 200.000 hombres.»

Era entonces papa Pío VII (Bernabé Luis Chiaramonti, 1742-1823), cuya elección en aquellas circunstancias parecía providencial. Pío VII pertenecia á la orden de San Benito, había sido profesor de



El papa Pio VII. (Cuadro de David. Museo del Louvre)

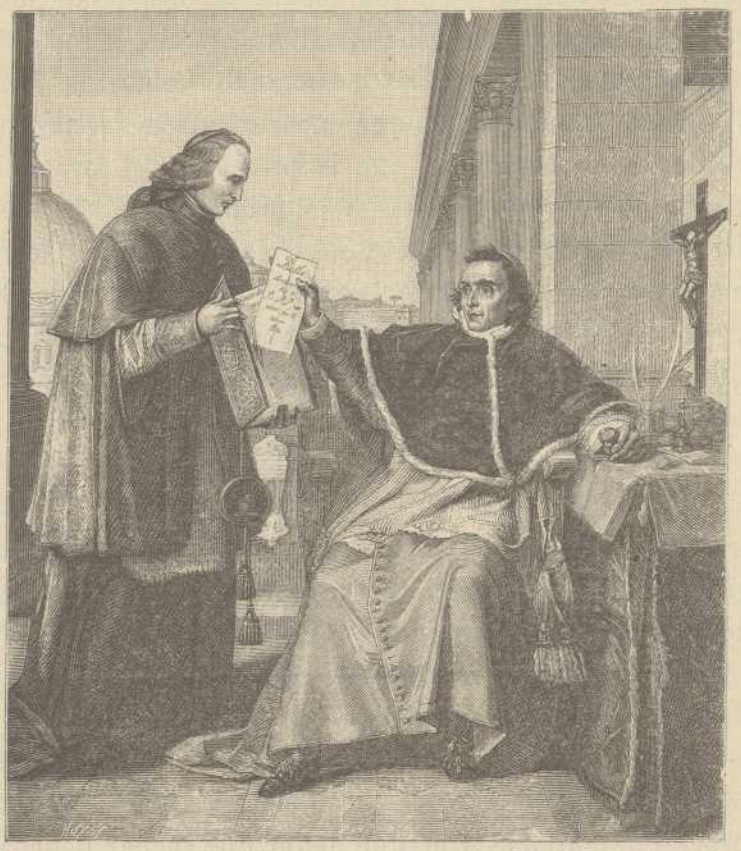
teología en Roma, obispo de Tívoli en 1782 y, más adelante, cardenal y obispo de Imola. Cuando en virtud del tratado de Tolentino fué agregada esta ciudad á la República Cisalpina, aceptó el prelado sin la menor protesta su nueva situación, y el mismo día (25 de Diciembre de 1797) pronunció en su catedral un célebre sermón en el que demostraba que la religión cristiana no es incompatible con ninguna forma de gobierno, y especialmente democrático.

En este sermón, después de recordar los grandes beneficios que Dios dispensó á los hombres, dándoles primero en el Sinaí las tablas de la Ley y mandándoles después á su Hijo, desarrolló el orador aquellas frases del Evangelio en que se recomiendan el amor á la pobreza, á la mortificación y á la ley. «La forma de gobierno democrático que hemos adoptado, dijo, no se opone realmente á las máximas que os acabo de exponer: no está en pugna con el Evangelio, muy al contrario, para su buena marcha, exige aquellas virtudes sublimes que sólo en la escuela de Jesucristo pueden aprenderse. Si verdaderamente las practicáis, ellas serán la prenda más segura de vuestra felicidad, de vuestra gloria y del florecimiento de nuestra República.» Chiaramonti continuó elogiando al gobierno republicano, recordando los rasgos más sobresalientes de valor, virtud y prudencia de las repúblicas de la antigüedad. Si sólo la independencia que daba á los antiguos la forma de gobierno que tenían, les había adornado de un sinnúmero de grandes virtudes, ¡qué modelos de santidad no debían resultar los ciudadanos de Imola, republicanos y además cristianos! En apoyo de su teoría llegó á citar un pasaje del *Emilio,* de Rousseau.

Muerto Pío VI, prisionero en Valence (29 de Agosto de 1799), Austria designó la ciudad de Venecia á los cardenales como punto de reunión del conclave. El cardenal Chiaramonti, arruinado por las exacciones de varios ejércitos en su diócesis y por su ardiente caridad, tuvo en esta ocasión que pedir dinero prestado para emprender el viaje. Las opiniones estaban divididas entre el cardenal Bellisomi, pariente del último Pontífice, y el sabio cardenal Gerdil, cuando intervino en la discusión el joven secretario del conclave, el activo é inteligente Consalvi, demostrando el poco caso que debía hacerse del Austria y de los demás Estados católicos.

Victoriosa el Austria, jamás había hablado de devolver á la Santa Sede las provincias que se le arrebataran por el tratado de Tolentino. Dueños de Roma los ejércitos napolitanos, no se daban prisa en evacuarla; por otra parte, la continuada dominación de los Braschi (familia del último Pontífice) constituía, según Consalvi, otro peligro para la Iglesia; y alentando el clásico interés romano, con gran penetración y sagacidad, descubrió ante su vista una perspec-

tiva completamente nueva para ellos. «Diez años hace ya, les dijo, que las persecuciones nos vienen de Francia; pues bien, de Francia quizás nos vendrán el remedio y los consuelos en el porvenir. Francia, desde la época de Carlomagno, ha sido siempre la nación más amiga de la Iglesia y la menos exigente de todos sus protectores.



El papa Pío VII entregando al cardenal Consalvi la bula de ratificación del Concordato (Según Wicar)

Está gobernada hoy por un hombre de condiciones excepcionales, á quien no es fácil juzgar aún. Dentro de poco tiempo, no lo dudéis, habrá reconquistado á Italia (no se había dado aún la batalla de Marengo). Acordaos que este hombre fué quien, en 1797, protegió á los sacerdotes, y quien, muy recientemente, ha hecho tributar solemnes honras fúnebres á Pío VI. Personas que nos merecen entero crédito, nos han repetido algunos de los singulares conceptos que dicen haberle oído pronunciar sobre la religión y la corte de Roma. No

despreciemos, pues, los recursos que por esta parte se nos ofrecen. Hagamos una elección que no pueda ser considerada como hostil á Francia, sino que hasta cierto punto le sea favorable, é indudablemente habremos hecho mucho más por la Iglesia que solicitando un candidato á las cortes católicas de Europa.» (THIERS).

En el preciso momento en que Bonaparte, después de haber atravesado el San Bernardo, llegaba á Milán, era elegido papa Chiaramonti, cuya candidatura había presentado Consalvi. Fácilmente puede suponerse la satisfacción que experimentaría el nuevo pontífice al recibir las proposiciones que le presentaba el cardenal Martiniano, obispo de Vencey, en nombre del primer Cónsul. Sin embargo, las negociaciones, dirigidas por Consalvi, en representación de la corte pontificia, y por el abate Bernier, cura-párroco de Saint-Lô, y los consejeros de Estado, Crétet y Portalis, en nombre del gobierno francés, fueron largas y difíciles, pues Bonaparte, demasiado impaciente por lograr su objeto y cansado de la lentitud con que procedía el gobierno pontificio, que cada día hacía más difícil su situación, no siempre obró con verdadera sinceridad, llegando al extremo de intentar obtener por sorpresa la aprobación de estos delegados, substituyendo por otro, en el momento de la firma, el texto del convenio acordado; y aun más adelante, al publicarse en *El Monitor* el juramento del cardenal Caprara, se apercibió éste con viva sorpresa de que el texto publicado no concordaba con la fórmula empleada por él; protestó de ello, pero en vano, pues el gobierno quería someter á los galicanos. En tanto que la corte pontificia apenas si se daba cuenta de la serie de dificultades con que tenía que luchar Bonaparte para proseguir las negociaciones, el primer Cónsul, á su vez, atribuía á malquerencia ó á miras egoístas de la ambición de Pío VII lo que en verdad no era sino firmeza de un alma verdaderamente religiosa (1).

(1) Para demostrar á la Santa Sede lo peligroso de sus dilaciones, autorizó el gobierno francés la reunión de un concilio constitucional que sancionara los principios de la *Constitución civil del clero* de 1790. Este concilio, jansenista y galicano, emitió la idea, á la sazón verdaderamente quimérica, de la unión de la Iglesia griega y la latina mediante la adopción por ambas partes de los cuatro artículos de la declaración de 1682, rechazando las dos la bula *Unigénitus*. La intervención verdaderamente importante que el jansenismo y galicanismo concedían al poder civil en la organización eclesiástica,

«Es ciertamente singular, dice M. de Haussonville, que mientras el abate Bernier y M. de Portalis, sacerdote el primero y católico convencido el segundo, no se atrevían á tomar la defensa de la Santa Sede contra las impaciencias de su gobierno, fuese M. Cacault, antiguo agente del Directorio, quien debiese encargarse de ello.—En honor á la justicia y á la verdad, os puedo asegurar, escribía á Portalis, que tanto el Pontífice como el secretario de Estado proceden con la mayor buena fe, están animados ambos de los mejores deseos para complacer al primer Cónsul y tienen tanto interés como nosotros en llegar á la realización de esta obra de paz y de reconciliación. Constantemente viene repitiendo el Papa ante el Sacro Colegio que se halla resuelto á conceder al gobierno francés todo cuanto pida, siempre que con ello no resulten lesionados ni los principios ni el dogma; pero el Santo Padre, educado en la soledad de un claustro, donde pasó toda su vida completamente entregado al estudio de la teología, con la firme convicción de una fe tan profunda como verdadera y la abnegación de un santo, antes descendería del solio pontificio para sufrir el martirio que sancionar una doctrina errónea para la Iglesia.»

Las negociaciones empezadas en Marzo de 1801, no terminaron hasta el 15 de Julio, día en que se firmó el Concordato, siendo enviado á París el cardenal Caprara como encargado de llevar la ratificación del Sacro Colegio y restablecer solemnemente el culto católico en Francia.

Cuando Caprara llegó á París se presentaron nuevas dificultades, con motivo del nombramiento de obispos constitucionales para las nuevas sedes. El primer Cónsul, ante tales inconvenientes, había llegado á persuadirse de que, exceptuando al Pontífice, todos los que constituían la corte romana, tanto presentes como ausentes, se conjuraban contra sus propósitos; así se lo manifestó con gran viveza al cardenal legado. «Se le había querido engañar; la lentitud en publicar la bula era un lazo que se le tendía.» «En este sentido

---

podía realmente seducir al gobierno de los czares, facilitando una alianza con Francia. Los jansenistas habían intentado ya entrar en relaciones con Pedro el Grande á su paso por París. (Véase LEÓN PINGAUD: *Les russes en France*, pág. 22, y PIERLING, *La Sorbone y la Russie*).

continuó hablando como un torrente desbordado, según Caprara; dijo que su resolución de nombrar quince obispos constitucionales era irrevocable, y después se puso á discutir la investidura eclesiástica.» Siguiendo en la conversación, Bonaparte se dejó llevar por el asunto mismo que trataba. «A medida que se iba ocupando de tan graves materias, refiere el mismo cardenal Caprara, modificábase gradualmente el tono de su conversación, y este hombre, que en un principio se había expresado como un soldado (según la propia frase del cardenal), acabó la conversación expresándose sobre materia tan ajena á sus conocimientos en forma tal como hubiera podido hacer un canonista de primer orden. El cardenal quedó vivamente sorprendido.» (D'HAUSSONVILLE.)

Vencidas ó suavizadas todas las dificultades, el 15 de Julio de 1801 se firmó el tratado definitivo entre los dos poderes, civil y eclesiástico.

El gobierno se encargaba de los gastos del culto, comprometiéndose á respetar las donaciones, mandas y fundaciones que los ciudadanos franceses hicieran en favor de la Iglesia. Si bien es verdad que la Iglesia de Francia no era tan rica como en tiempos del antiguo régimen, su riqueza se hallaba mejor distribuída, y la situación del clero inferior era, en conjunto, superior á lo que había sido antes de 1789. Por el Concordato se reconocía al poder civil el derecho de nombrar los obispos, si bien conservando el Papa la investidura canónica. El clero inferior quedaba por completo bajo la autoridad episcopal, que designaba para las parroquias á los eclesiásticos nombrados por el gobierno. Fueron reducidas á cuatro las fiestas de precepto. El zapatero de La Fontaine habría aprobado sin reserva el Concordato, respecto á este punto:

... Le mal est que toujours
(Et sans cela nos gains seraient assez honnêtes),
Le mal est que dans l'an s'entremêlent des jours
Qu'il faut chômer. On nous ruine en fêtes.
L'une fait tort à l'autre, et monsieur le curé
De quelque nouveau saint charge toujours son prône (1).

(1) «... El mal consiste — (y sin esto nuestra situación mejoraría), — el mal consiste en que durante el año menudean los días — que se han de santificar. Se nos arruina con tantas fiestas.—La una alcanza á la otra, y el señor Cura—llena siempre su plática con un nuevo santo.»

Se dió carácter irrevocable á la venta de los bienes del clero, efectuada por la Revolución.

De esta manera quedó restablecida en Francia la Iglesia católica, con su dogma, su jerarquía y su culto.

«En cuanto al clero, dice Monseñor de Meneval, Napoleón se guardó muy bien de concederle los derechos y la influencia politica, que habían desatado contra la Iglesia los rencores de la revolución con extremada violencia. El poder político de la iglesia, que fué, como sabemos, el elemento más poderoso de la civilización francesa en la Edad media, había dejado ya de ser necesario, y ni aun lo es tampoco en nuestros días. La Iglesia, además, cuya misión no es de este mundo, aunque viva en él, refleja necesariamente siempre las condiciones sociales de la época y del país en que se desarrolla su existencia.

En virtud del nuevo Concordato, la Santa Sede, de común acuerdo con el gobierno francés, debía proceder á una nueva división de diócesis, cuyo número se había fijado en sesenta. Así, pues, según lo dispuesto en el artículo 3.° del mismo, se rogó á los obispos de ambos partidos, constitucionales y refractarios, que presentasen la renuncia de sus cargos. Dos de los constitucionales, Saurine y Gregoire, y treinta y siete de los refractarios rehusaron hacerlo, por lo que el Pontífice entonces, llevando á cabo un acto de verdadera energía, anuló todas las antiguas diócesis y creo otras nuevas, para las cuales nombró doce obispos constitucionales y diez y siete obispos y treinta y un sacerdotes refractarios.

Bonaparte, como representante del poder civil, juzgó en los siguientes términos el acto de 15 de Julio de 1801: «El Concordato de 1801 era necesario para la Religión, para la República y para el Gobierno. Cerrados los templos; perseguidos los sacerdotes y divididos en tres sectas, constitucionales, vicarios apostólicos y obispos emigrados, que se mantenían á sueldo de Inglaterra, el Concordato puso fin á estas divisiones é hizo surgir triunfante de sus ruinas á la Iglesia católica, apostólica y romana. Napoleón restauró los altares, disipó todos los escrúpulos de los poseedores de bienes nacionales, y rompió el último lazo que ligaba á la nación con la antigua dinastía.» En una de las conferencias celebradas para ajustar el Concor-

dato, pronunció Napoleón estas palabras: «A no existir el Papa, hubiera sido preciso crear uno en estos momentos, así como los cónsules romanos, en las circunstancias difíciles, nombraban un dictador.» Por su parte el cardenal Consalvi, representante del poder eclesiástico, escribía á Roma: «Hablando con franqueza, he de decir que las concesiones obtenidas son, sin duda, inferiores á nuestros deseos, pero muy superiores en verdad á nuestras esperanzas.»

La opinión del Pontificado no cambió respecto á este punto, y no obstante las graves cuestiones que se suscitaron algunos años después, Pío VII no olvidó nunca cuanto Napoleón hiciera en favor de la Iglesia, y más adelante Pío IX no se mostró rehacio á la idea de trasladarse á París para consagrar al restaurador de la dinastía napoleónica (1); su sucesor, muy recientemente, en un acto público, ha juzgado también al Concordato casi en los mismos términos empleados por Bonaparte:

«La religión recuperó su dignidad ultrajada, siendo honrada de nuevo públicamente, y las instituciones cristianas cobraron nueva vida. Francia obtuvo, á su vez, grandes beneficios: el gobierno comprendió que, en su obra de consolidar la tranquilidad pública, tras las agitaciones del período anterior, en la relación católica encontraría su más poderoso auxiliar. La conclusión, pues, del Concordato fué el sazonado fruto de una sabia política.»

Pero una vez firmado el tratado entre Francia y la Santa Sede, era necesaria la sanción de las dos Cámaras para convertirlo en ley de la nación.

El Consejo de Estado ocultaba á duras penas su descontento. El cuerpo legislativo, á manera de protesta, eligió por presidente á Dupuis, autor del *Origine de tous les cultes*, y debiendo designar un candidato para el Senado, indicó al abate Gregoire, uno de los dos obispos que se mantuvieron adictos á la Iglesia constitucional, el que obtuvo en el Senado una gran mayoría. El Tribunado, por su parte, que también tenía que elegir un candidato, escogió á Daunou, antiguo cofrade del Oratorio y enemigo declarado de la Iglesia, de

(1) ANATOLIO DE SEGUR, *Souvenirs et recits d'un frère*, parte I, cap. XI.

la que se había separado, y persona altamente antipática al primer Cónsul. El Instituto manifestaba á su manera la hostilidad que le animaba, abriendo un concurso público sobre el significativo tema: *Carácter é influencia de la Reforma de Lutero,* en el que se otorgó, en 1804, el primer premio á M. Carlos de Villers. El ejército, y esto era lo más grave, también murmuraba, y los oficiales dirigían frecuentes reclamaciones al primer Cónsul. El día en que se celebró el *Te Deum*



El primer Cónsul disponiéndose á firmar el Concordato. (Copia de un cuadro de Wicar)

para solemnizar el Concordato (28 de Germinal del año X, 18 de Abril de 1802), Delmás, general del ejército del Rhin, contestó á Bonaparte, quien le preguntaba su opinión sobre este acto: «Es una bella *capucinade;* lástima que no puedan asistir á ella un millón de hombres que se han hecho matar para destruir lo mismo que ahora restablecéis.» Tal vez fué también el Concordato la causa de algunos complots que pusieron en peligro, por entonces, la vida del primer Cónsul. Pero éste no se equivocó cuando, al contestar á un general que le hacía algunas observaciones en nombre del ejército, el

dijo: «La restauración del culto me dará el corazón del pueblo.» La extraordinaria sensación que produjo *El Genio del Cristianismo,* obra publicada entonces por Chateaubriand, vino á confirmar de una manera evidente la exactitud de esta opinión. Este libro reflejaba las aspiraciones de la sociedad de su época, pues sin ser una verdadera profesión de fe, hacía sentir todo el valor de aquellos lazos que se restablecían.

Tuvo, además, Bonaparte buen cuidado en presentar el Concordato á las Asambleas legislativas para su sanción, acompañándole de una serie de artículos orgánicos destinados á facilitar su adaptación y regular al mismo tiempo el ejercicio del culto. Durante los meses transcurridos, la nación había demostrado ya sus verdaderos sentimientos.

El Concordato y los artículos orgánicos fueron sancionados en el Cuerpo legislativo por una gran mayoría, después de un memorable discurso de M. de Portalis (18 de Germinal del año X, 8 de Abril de 1802).

«Es peligroso, decía en resumen, que mientras se goza de los bienes que reporta una civilización adelantada, se olvide á qué precio llegaron á adquirirse y se rechacen como prejuicios antiguos todas aquellas ideas que precisamente constituyeron la base de esa misma civilización. No es posible parangonar los falsos sistemas de la filosofía con las creencias religiosas. Los falsos sistemas filosóficos hacen al hombre levantisco y dejan frío el corazón, en tanto que las creencias religiosas tienen á lo menos la ventaja de llevar á los hombres ciertas ideas de moral universal é infundirles la práctica de algunas virtudes. El filósofo, al igual que la multitud, necesita tener el valor de ignorar y la sabiduría de creer.»

La segunda parte de los artículos trataba del culto protestante, y aunque su situación respecto al Estado era muy distinta, se consignaba en ellos la obligación del sostenimiento de sus pastores. Las donaciones ó legados que se hiciesen á la Iglesia debían obtener la sanción del gobierno y consistir en rentas del Estado, pera nunca en inmuebles. Los artículos orgánicos daban al poder civil tal extensión de atribuciones, que no resultaba conforme con el espíritu del Concordato, y contra la cual la Santa Sede no cesó de protestar.

En la misma sesión extraordinaria en que se verificó esta votación se presentaron los proyectos de otras leyes célebres sobre instrucción



Napoleón distribuyendo las cruces de la Legión de honor. (Copia de un grabado de J. David, de las academias de Berlín y de Ruán

pública y la Legión de honor, adoptándose el primero por una gran mayoría (1); pero en cambio, el referente á la Legión de honor fué

(1) Al tratar de la Universidad imperial, resumiremos todo cuanto Napoleón hizo en provecho de la instrucción pública. En 1802 reorganizó también el Instituto, pero sin conceder ninguna plaza en el nuevo cuerpo ni á la filosofía ni á la política. La Academia de Ciencias morales y políticas no fué creada hasta 1833.

objeto de viva oposición. El artículo 87 de la Constitución del año VIII determinaba la creación de recompensas nacionales, pero únicamente de carácter militar; en tanto que en el proyecto de ley creando la Legión de honor, no se hacía ninguna distinción entre los servicios militares y civiles. Tratábase únicamente, según se decía, de recompensas individuales; pero de tal carácter, y estableciendo tales jerarquías, que amenazaba constituir una nueva aristocracia. Así, pues, el anteproyecto sólo pudo pasar al Consejo de Estado autorizado por 13 votos contra 10.

Berlier pretendía que la nueva orden no era propia de una república, y que las cruces y cintas eran sólo juguetes de la monarquía; añadiendo que, en una república, las únicas y más elevadas recompensas para premiar los servicios del talento y del valor debían ser las magistraturas y los altos cargos, y como ejemplo no se olvidó de citar el de los griegos y los Romanos. Napoleón le dió una lección de historia, pues al contestar á aquellos que citaban á los pueblos antiguos, dijo: «¡Se nos habla siempre de los Romanos! En verdad que es cosa muy singular que, para hacer la oposición á las distinciones, se cite el ejemplo del pueblo que las ha tenido más señaladas. ¿A esto se llama conocer la historia? Los Romanos hallábanse divididos en diversas clases sociales, patricios, caballeros, ciudadanos y esclavos, cada una con traje diverso y costumbres diversas también. Ellos convertían en recompensa todo cuanto pudiese significar una distinción: nombres que recordaban los servicios prestados, coronas murales, el triunfo... Yo reto á que se me cite una república antigua ó moderna que no tenga sus distinciones (1).»

Admitida en principio la concesión de recompensas, se insistía en que se limitasen sólo á hechos de guerra, fijando para ello grandes restricciones y determinando su objeto de una manera clara y concreta. Napoleón, dirigiéndose al general Mathieu Dumas, que fué quien principalmente sostuvo con verdadero calor la

(1) En apoyo de las palabras de Napoleón, bastará recordar el ejemplo de Licinio Dentato, apellidado *el Aquiles romano*, del cual refiere Aulo Gelio (libro II, cap. XI) que mereció por sus grandes acciones 85 collares, 60 brazaletes de oro, 18 lanzas y 25 arneses.

opinión contraria, rebatió elocuentemente sus observaciones, diciendo:

«Tales ideas podían aceptarse únicamente en los tiempos caballerescos y del feudalismo, ó cuando los Galos fueron conquistados por los Francos. Entonces la nación era esclava, sólo eran libres los vencedores; ellos lo eran todo, por ser los guerreros. La primera condición de un general, ó de un jefe, era entonces la fuerza cor-



Napoleón distribuyendo á los inválidos de la guerra las cruces de la Legión de honor. (Segun un cuadro de Debret, en el museo de Versalles).

poral. Mas al desaparecer este sistema, al substituir los cuerpos organizados, las falanges macedónicas, las masas, en una palabra, al sistema de lucha de los caballeros, cambió también todo completamente, pues lo que decidió la suerte en las acciones de guerra fué el genio, la ciencia; y buena prueba de ello es lo que pasó en las batallas de Azincourt, de Crecy y de Poitiers.

»El cambio de la táctica militar, y no la abolición del feudalismo, fué lo que hizo modificar las cualidades que debe poseer un general; aparte de que fueron los mismos reyes los que abolieron el régimen

feudal, para substraerse al yugo de una nobleza caprichosa y turbulenta, emancipando á los Comunes y organizando cuerpos de ejército con hombres salidos del pueblo. Entonces el espíritu militar dejó de ser privilegio de unos cuantos millares de Francos, extendiéndose á todos los Galos. No por esto se debilitó, muy al contrario: el espíritu militar adquirió mayores fuerzas. El invento de la pólvora de cañón influyó de una manera prodigiosa en el arte de hacer la guerra, y sobre todo en sus consecuencias. Así, pues, desde esta revolución, ¿en qué consiste la fuerza de un general? en sus virtudes cívicas, en su previsión, en su cálculo, en su talento, en sus conocimientos administrativos, en su elocuencia, no la del jurisconsulto, pero sí la que es necesaria al frente de los ejércitos, y finalmente, en el conocimiento que ha de tener de los hombres. Todo esto es civil; no son en esta época los héroes los hombres que alcanzan cinco pies y diez pulgadas.

»En todos los países la fuerza cede ante las virtudes cívicas. Las bayonetas se inclinan ante el sacerdote, que habla en nombre de Dios, ó ante el sabio, que logra imponerse por su ciencia. Yo he vaticinado á varios jefes que manifestaban ciertos escrúpulos, que sólo embruteciéndose la nación tras medio siglo de ignorancia podría imponerse en Francia un gobierno militar, y cuantas tentativas se hicieren en este sentido fracasarían irremisiblemente, arrastrando consigo á sus mismos autores. Yo no gobierno como general, sino tan sólo por creer Francia que poseo las condiciones civiles necesarias para gobernar: si ésta no fuese la opinión de Francia, el gobierno no podría sostenerse ni un solo mes. Precisa conocer al soldado en el campamento. Bien supe lo que hacía cuando, siendo tan sólo general de ejército, tomé el título de «Miembro del Instituto.» De esta manera tenía la seguridad de ser comprendido hasta por el último de mis tambores. No hay término hábil de comparación entre los tiempos bárbaros y los actuales; hoy somos treinta millones de hombres agrupados por la ciencia, la propiedad y el comercio, por lo que nada significan ante esta masa tres ó cuatrocientos mil soldados. Y cuando un general no sepa imponerse únicamente por sus cualidades civiles, al cesar en sus funciones volverá á entrar en el orden civil. Los soldados mismos no son sino los hijos de los ciu-

dadanos; el ejército es la nación. Si se considera al militar aisladamente de todas estas relaciones, puede observarse que no reconoce más ley que la fuerza, que cree se resume en él y nada más que en él. El hombre civil, por el contrario, sólo mira al bien general. La característica del militar es quererlo todo por el despotismo; la del hombre civil, el someterlo todo á la discusión, á la verdad, á la razón. Así, pues, no vacilo en afirmar que la preeminencia corresponde, sin ningún género de duda, al hombre civil. Al establecer distinciones entre los militares y los hombres civiles, se fundarían dos clases distintas, y la nación es una sola. Si únicamente fuesen concedidos los honores á los soldados, esta preferencia sería todavía peor, ya que entonces la nación quedaría anulada.»

Sin embargo, el proyecto de ley sólo fué aceptado por el Tribunado por 56 votos contra 38, y en el Cuerpo legislativo obtuvo 170 contra 110 (19 de Mayo), á pesar de haberse puesto gran cuidado en su redacción para disipar los prejuicios que el establecimiento de la Legión de honor pudiese suscitar.

Aparte de los militares, podían concederse recompensas á los ciudadanos que por su saber, su talento ó sus virtudes hubiesen contribuído á ilustrar ó defender los principios de la Revolución. El agraciado con esta condecoración debía prestar juramento, no sólo de consagrarse al servicio de la República, sino de combatir siempre por todos los medios que la justicia, la razón y las leyes autorizan, todo intento encaminado á restablecer el feudalismo, reproduciendo los títulos y distinciones que eran atributo suyo, y por último, de contribuir con todas sus fuerzas al sostenimiento de la igualdad y de la libertad.

La primera distribución de cruces se verificó el 14 de Julio. El naturalista Lacepede, que por una verdadera casualidad fué el primer gran canciller de la Legión de honor, procuró hacer resaltar que se había elegido esta fecha intencionadamente, á fin de demostrar que la nueva Orden era la consagración de la victoria alcanzada el 14 de Julio y de la Revolución de 1789. La organización de la Legión de honor era mucho más compleja que en la actualidad: dividíase en quince cohortes, cada una de las cuales tenía su jefe particular, el que disfrutaba de una renta de 200.000 libras, producto de una porción de bienes nacionales que se le habían asignado. El grado

superior en aquel entonces era el de gran oficial; la dignidad de grande águila ó gran cordón no fué establecida hasta 1805.

Al fundar Bonaparte la Legión de honor, no obstante la oposición que se suscitó en torno suyo, marchaba de acuerdo con el pueblo. La Legión de honor ha sido siempre considerada como una institución democrática, lo que no le ha impedido ser la condecoración más envidiada de todas. Una caricatura inglesa representaba á Bonaparte haciendo tiras del gorro frigio para convertirlas en cintas de la Legión de honor. En cambio, lord Byron dedicó una de sus más hermosas odas á «la estrella de los valientes, que tanta gloria ha esparcido sobre los vivos y los muertos.»

El Código civil, lo mismo que la Legión de honor y el Concordato, aunque marcaba una profunda revolución al abolir toda clase de privilegios y todas las huellas del feudalismo, venía á ser al propio tiempo una obra de conciliación y de transacción. Sin embargo, vióse asimismo obligado Napoleón á emplear toda su energía para llevarlo á buen término, pues son necesarios mayores esfuerzos y tiempo para hacer transigir á los partidos que para derrotarlos.

Desde el punto de vista de su legislación, Francia se hallaba dividida en dos grandes grupos: en regiones de derecho escrito, ó de derecho romano, y regiones de derecho consuetudinario. Contábanse en Francia 360 *costumbres* locales y 140 generales, y aun en las regiones donde imperaba el derecho romano existían también numerosas y muy diversas *costumbres*. La Asamblea Constituyente, al declarar la igualdad de todos ante la ley, decretó la unidad de la legislación francesa, y las leyes que luego promulgaron las diferentes Asambleas revolucionarias que se sucedieron, tuvieron un carácter general. Varias de estas leyes, y muy particularmente las votadas por la Convención, que abolían en absoluto la facultad de testar y autorizaban el divorcio, bastando para ello el simple consentimiento de las partes, habían sido ya rechazadas por todos los hombres sensatos. El nuevo legislador tenía el deber preferente de sancionar las transcendentales reformas sociales del 89, pero debía también tener presentes las varias legislaciones de la antigua Francia y las del derecho intermediario, ó sean las leyes votadas durante el período revolucionario. Así lo comprendió la comisión nombrada para preparar el Código civil, compuesta

por Bigot de Preameneu, Malleville, Trochet y Portalis. Los dos últimos principalmente han merecido que su nombre vaya unido á esta obra de legislación, la más importante llevada á cabo después de Justiniano, y á la que se ha considerado como punto de partida, y aun como base, de cuantos trabajos legislativos se han realizado después, no sólo en Francia sino en toda Europa. Tronchet (1726-1806), decano de los abogados del Colegio de París, representaba en esta comisión el derecho consuetudinario, y Portalis, oriundo de Provenza, repre-



El conde Bigot de Preameneu

sentaba el derecho romano. De la fusión de estos dos derechos ha nacido la actual legislación francesa. Las dos fuentes del derecho civil francés son, pues, de una parte, *las Pandectas* y sus comentadores más célebres, Cujas, Doneau, etc., y de otra los jurisconsultos que se habían dedicado á deducir de las costumbres los principios generales del derecho, como Dumoulin, Domat y, sobre todo, Pothier, quien trató posteriormente del derecho francés antes de 1789, y en cuyas obras los redactores del Código civil habían adquirido en gran parte sus conocimientos jurídicos; aprovecháronse también las ordenanzas reales, como el *Código Luis*, y las inspiradas por el canciller d'Aguesseau, que habían preparado esta obra de unificación, que decretó la Asamblea Constituyente y que debía realizar el Consulado. No hubo prejuicios ni apresuramiento: formado el anteproyecto, se

envió al Tribunal de casación (1) y á los tribunales de apelación, y todas las observaciones formuladas sobre aquél por estos elevados cuerpos pasaron á la comisión legislativa del Consejo de Estado, por el cual fueron analizadas y discutidas en presencia de los comisionados designados al efecto por cada uno de aquéllos.

Si examinamos desde el punto de vista histórico la legislación civil francesa y se analiza el espíritu que presidió á la redacción del Código, no se verá en ella, aunque así se haya dicho, desprecio alguno hacia el pasado; por el contrario, un sentimiento opuesto domina en su admirable *Discurso preliminar*, en el cual Portalis, al exponer los principios que habían informado los trabajos de los nuevos legisladores, demuestra que se preocuparon mucho más en conservar todo aquello que el tiempo había consagrado que en abrir camino á las mejoras necesarias. El Código civil abolía los derechos feudales, pero no rompía con aquellas reglas del antiguo derecho francés que eran aplicables á toda la nación. Con extraordinaria ligereza se ha olvidado que este Código apareció después de la Revolución y que vino á destruir muchas innovaciones peligrosas ó hechas con algún descuido, por lo cual, en cierto modo, y examinado desde diversos puntos de vista, fué un retroceso á la legislación anterior á 1789 (2).

---

(1) La Constitución del año XII dió á este tribunal el nombre de Cámara de casación.

(2) En prueba de ello, vamos á citar un ejemplo. Una de las más acerbas censuras que se han dirigido al Código civil, es la de haber restringido la libertad de testar del padre de familia, determinando la partición por igual de los bienes entre los herederos. Esto, dicen, es una prueba flagrante de aquella desdichada tendencia del espíritu revolucionario á hacer tabla rasa de la tradición y á subordinar la libertad del ciudadano y la conveniencia práctica á los principios absolutos de una igualdad á la cual se sacrificaba todo. Los inconvenientes de la partición en esta forma se presentan, principalmente, en la actualidad, por lo que se refiere á la propiedad industrial. Pero no es éste el punto de vista desde el cual critican al Código civil sus detractores; y por otra parte, en la época en que fué promulgado no era posible prever el rápido desarrollo de la industria francesa. Sin entrar aquí á discutir si esta igualdad en la partición es buena ó mala en sí misma, debemos en justicia hacer constar: 1.°, que las disposiciones del Código civil sobre este punto señalan, por el contrario, una reacción en favor de la libertad del testador, pues que le devuelven casi por completo la facultad de disponer de sus bienes, de que la Convención le había privado en absoluto; 2,°, que el derecho de los hijos á heredar de su padre y la igualdad de la partición entre los herederos eran reglas del antiguo derecho francés para la gran mayoría del país. Varios códigos forales, y algunos cuya jurisdicción estaba muy extendida, como por ejemplo, el de Normandía, se presentaban mucho más rigurosos en este punto que el Código civil.

«En vez de cambiar las leyes, dice Portalis, reporta casi siempre mayor utilidad presentarlas á los ciudadanos corregidas de manera que les sea más grata su aceptación. Entre el sinnúmero de costumbres, habrá muchas, sin duda, que llevan impreso el sello de nuestro origen; pero, en cambio, hay otras que honran la sabiduría de nuestros padres, que han contribuído á formar el carácter nacional

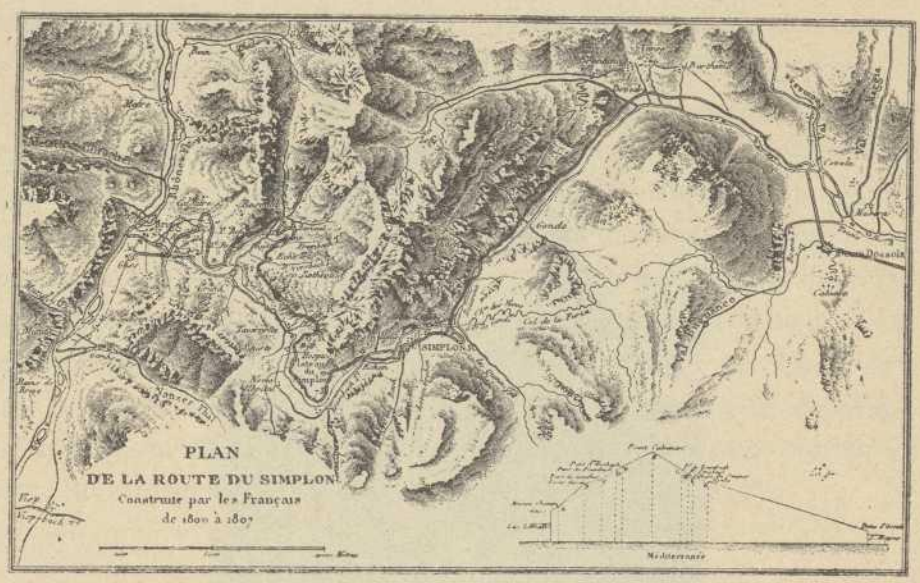


El conde Juan Esteban María de Portalis, ministro de Cultos (1807). (Según retrato existente en el Museo de Versalles.

y que son dignas de mejores tiempos. Nosotros nos hemos limitado á suprimir aquellas cuyo espíritu ha desaparecido ante las nuevas ideas y cuya redacción es en la actualidad fuente continua de controversias interminables, que repugnan tanto á nuestra razón como á nuestras costumbres...

»De las leyes publicadas por las asambleas nacionales en materia civil, hemos respetado todas aquellas que van unidas á las grandes transformaciones realizadas en el orden político, ó que por sí mismas nos han parecido evidentemente preferibles á otras instituciones de-

masiado gastadas y defectuosas. Hemos creído de absoluta precisión el corregir, cuando la más funesta de todas las innovaciones hubiera sido, por decirlo así, el dejar de hacerlo. No se debe ceder ante ciegos prejuicios: todo lo que es antiguo, ha sido nuevo; lo esencial consiste en imprimir á las instituciones nuevas aquel carácter indispensable de permanencia y estabilidad que les otorgue el derecho de llegar á ser viejas. Hemos aceptado, si se nos permite la frase, una transac-



Plano de la carretera del Simplón, construída de 1800 á 1807 por los franceses

ción entre el derecho escrito y el consuetudinario, procurando conciliar sus disposiciones cuantas veces nos ha sido posible, ó bien modificando unas por otras, conservando la unidad del sistema sin chocar con el espíritu general. Es ventajoso conservar todo aquello que no hay necesidad de destruir; las leyes deben regular las costumbres cuando éstas no son viciosas. Se raciocina, por lo común, como si el género humano se extinguiese y volviese á la vida á cada momento, como si no existiera ninguna clase de relación entre las generaciones pasadas y las que las reemplazan. Al suceder las generaciones unas á otras, se mezclan, se entrelazan y se confunden. El legislador que no observase cuidadosamente las relaciones naturales y constantes que en mayor ó menor grado unen al presente con el pasado

y con el porvenir, y que determinan que los pueblos, á menos de ser exterminados ó de caer en una degradación más terrible que su propia ruina, no pierdan nunca su especial modo de ser y su peculiar fisonomía, no haría sino divorciar sus instituciones de todo aquello que pudiese darles carta de naturaleza.»

«A pesar de la diversidad de sus fuentes, el Código civil no es



El entierro de Atala. (Cuadro de Gautherot

una vulgar compilación: es el fruto de la experiencia y de los trabajos de un grupo de sabios, enardecidos por el ejemplo de un héroe, que aprovechan, —dice Sainte-Beuve, —para su grande empresa el momento decisivo en que la nación, conmovida hasta sus cimientos, se siente de pronto rejuvenecida bajo los auspicios de un genio superior y asocia el vigor de un pueblo nuevo á la madurez de un pueblo antiguo.»

El nuevo Código civil recibió más adelante el nombre de Código Napoleón, que la posteridad ha confirmado, porque no sólo llevóse á

cabo merced á su impulso, sino que ningún jurisconsulto de oficio intervino más que él en su propia redacción. De ciento nueve sesiones que el Consejo de Estado hubo de emplear en su discusión (cuyas actas, monumento único en su género, con notas manuscritas de Cambaceres y de Bonaparte, fueron quemadas por la Commune), más de la mitad, cincuenta y siete, fueron presididas por este último y las restantes por Cambaceres.

«Durante la discusión del Código civil, — refiere Roederer, — Bonaparte quedó admirado de la energía, de la lógica y de la actividad de pensamiento, así como de la profunda ciencia de Tronchet, jurisconsulto octogenario: sorprendióle todavía más por su sagacidad para la crítica, por su sentimiento de rectitud, que le hacía encontrar la disposición aplicable á cada caso concreto; por el respeto al bien público y la moral, que le llevaba á examinar en todas sus fases las consecuencias de los principios de la legislación, y la claridad de su talento, que después del examen de las cosas, le hacía sentir todavía la necesidad de asesorarse con la opinión de las autoridades en la materia, los ejemplos de algún valor, las disposiciones vigentes sobre el punto en cuestión, la legislación antigua, la del Código de Prusia, la de los Romanos, las causas y los efectos de todas. En esta discusión el Consejo de Estado hubo de compartir su respetuosa admiración entre este sabio octogenario, en cuyo privilegiado espíritu se conservaban tan potentes todas sus facultades, y el joven legislador, que, á pesar de su juventud, abordaba con lucimiento los problemas más arduos del derecho. Asistía á todas las sesiones, cuya duración era de cinco á seis horas: discutía, antes y después de ellas, sobre las materias que debían tratar ó se habían tratado, plateando siempre estos dos temas: *¿Es justo? ¿Es útil?*, bajo los cuales se examinaban todos los asuntos, después de dividirlos y desmenuzarlos para mejor hacer su análisis, consultando en seguida las autoridades de la época y la experiencia, haciendo que se le diese cuenta de la jurisprudencia antigua, de las leyes de Luis XIV y de las de Federico *el Grande*.» Las afirmaciones del duque de Broglie, auditor del Consejo de Estado durante el Imperio, presentan de un modo menos favorable la elocuencia y los talentos de Napoleón en las reuniones del Consejo; ante cuyo severo juicio, que no trataremos de combatir con otros testimonios,

debemos reconocer que, desde este punto de vista, el Emperador del año 1810 no era ya el Cónsul del año IX.

Insistir más sobre el Código civil sería hacer la historia del derecho, por lo que únicamente diremos que en él se contienen la mayoría de las disposiciones del derecho privado que regulan principalmente todo lo que se refiere al estado de las personas, de la familia, del derecho de propiedad y del crédito. Las treinta y siete leyes que constituyen los diversos títulos del Código civil se promulgaron por separado desde el 14 de Ventoso del año XI (5 de Marzo de 1803) al 24 de Ventoso del año XII (15 de Marzo de 1804). Por la ley de 30 de Ventoso del año XII (21 de Marzo de 1804) se reunieron en un solo cuerpo y en una sola serie los 2.281 artículos de que constaba, agregando el artículo 530.

Durante estas memorables discusiones del Tribunado y del Consejo de Estado, se acordó en 26 de Abril un Senado-consulto, por el que se concedía plena y completa amnistía á todos los emigrados que regresasen á la patria antes del 1.° de Vendimiario del año XI y prestasen juramento de fidelidad al gobierno constituído, exceptuándose sólo de esta gracia á ciertas clases perfectamente determinadas, cuyo número total no excedía de un millar.

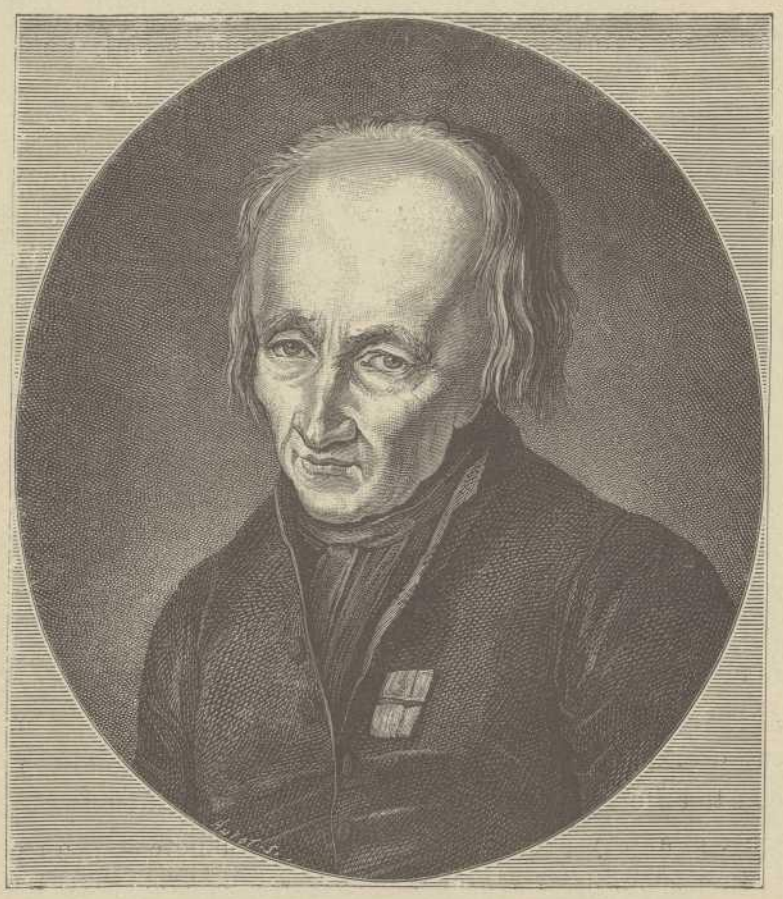
Ante todas estas tareas legislativas, que consolidaban el porvenir y los intereses generales de la nación, podría creerse que la administración propiamente dicha limitábase á proseguir sus habituales trabajos; sin embargo no era así, pues, por el contrario, nunca se había desplegado tanta actividad; y haciendo caso omiso de gran número de acertadas providencias que se dictaron, pocos períodos hay en nuestra historia en que se haya dado como en éste tan gran desarrollo á las obras públicas.

Dedicó constantemente el primer Cónsul atención preferente á la construcción de canales y caminos. Ya al decretar la fundación de la República cisalpina había dispuesto la apertura de una gran carretera á través del Simplón; después de firmada la paz de Luneville, dispuso que el general Turreau estableciera su cuartel general en Domo d'Ossola, al pie de dicho monte, para vigilar el trabajo en las canteras y ayudar con sus tropas á los obreros, cuyo número ascendió pronto á 30.000. Los trabajos duraron desde 1801 hasta 1807, y

hubieron de construirse seiscientos trece puentes, veinte refugios y ocho túneles. Abrióse también otro camino á través del Mont-Cenis, de 1802 á 1805, bajo la dirección de Fabroni. En cada una de estas dos nuevas vías estableciόse un asilo para los viajeros, dependientes ambos del famoso de San Bernardo. Por la ley de 24 de Ventoso del año IX (15 de Marzo de 1801), se ordenó la construcción de tres puentes en París, que fueron: el de las Artes (1802-1807), el de la Cité (1801-1804), entre este barrio y la isla de San Luis, y el de Austerlitz (1802-1807). El de las Artes es el primer puente de hierro que se construyó en París; el segundo fué el de Austerlitz, que en 1854 hubo de reconstruirse con piedra de sillería. Empezóse la reforma del barrio de las Tullerías, y fueron derribados el hotel de Brionne y las demás casas contiguas al palacio. Se abrieron los canales de Ourcq, de San Quintín y el de Nantes á Brest, yendo el primer Cónsul en persona á San Quintín para solventar las diferencias que se suscitaron entre los ingenieros á propósito del trazado que había de adoptarse; éste es el primer canal en que se ha empleado el túnel para pasar de una á otra ladera. Fundáronse en Alejandría varias academias militares; Napoleón mandó continuar las fortificaciones de Quiberón, Belle-Isle é isla de Yeu; comenzóse el fuerte Boyard con arreglo á sus propios planos, así como otras grandes obras en Cherburgo y en Amberes. A ejemplo de los romanos, proyectó fundar colonias militares en Italia y en las orillas del Rhin, distribuyendo tierras del Estado entre los soldados veteranos. Para evitar nuevos levantamientos en Bretaña, pensaba construir nuevas poblaciones y abrir caminos, levantando en los principales desfiladeros y en los bosques unas torres coronadas por un cañón giratorio, capaces para una guarnición de cincuenta hombres, que sirviesen de apoyo á las columnas volantes.

La nación participaba de la actividad de su gobierno; las artes, que, como hemos visto, se habían sostenido á regular altura durante el Directorio, continuaron produciendo obras muy valiosas, algunas verdaderamente notables en la escuela francesa. Fijándonos sólo en la pintura, Guerín expuso: *Fedra é Hipólito* (1802); Gros, *Safo en Léucade* y el retrato ecuestre del primer Cónsul; Girodet, el *Fingal*, que en la actualidad se halla en Munich (1802); Gautherot, *El entie-*

rro de Atala (1802); Hennequin, *Los remordimientos de Orestes.* David presentó en el año VIII, en exposición particular, su cuadro *Las Sabinas,* que le produjo más de 56.000 francos. La afición al teatro llegó á su mayor extremo, y los folletines de Geoffroy se esperaban con tanta avidez «como en otros tiempos un discurso de Mirabeau.»



Renato Justo Haüy, director del museo de Historia Natural (Dibujo y grabado de Debucourt)

Las ciencias brillaron con todo su esplendor, y la literatura alcanzó más seriedad y mayor elevación.

Laplace continuaba la publicación de su *Mecánica celeste;* Cuvier, la de sus *Lecciones de anatomía comparada.* En 1800 aparecieron la obra de Bichat, *Estudios sobre la vida y la muerte,* y la de madama de Staël, *La literatura en sus relaciones con las instituciones sociales;* en 1801, la *Atala,* de Chateaubriand, que se publicó en

El Mercurio de Francia; la *Ideología,* de Destutt de Tracy; el *Tratado de mineralogía,* de Haüy, y los *Estudios sobre las leyes de la afinidad,* de Berthollet.

El año en que se celebró la paz de Amiens distinguióse por los trabajos filosóficos de Cabanis *(Estudios de física y de moral)*, los de Maine de Birán y los de M. de Bonald. Geoffroy Saint-Hilaire, recién llegado de Egipto, formaba su *Catálogo de los mamíferos del Museo.* El marqués de Saint-Simón, famoso reformador social, publicó su primera obra, *Cartas de un ciudadano de Ginebra á sus contemporáneos.* Carlos Nodier dióse á conocer con su *Stela ó los Proscriptos;* Mad. de Staël probó su talento en un género de literatura nuevo para ella, publicando la novela *Delfina;* pero la atención pública se fijó preferentemente en Chateaubriand, por su *Genio del Cristianismo,* cuyo libro ha asociado su nombre al del primer Cónsul en la obra de la restauración de la Iglesia.

Tales son los rasgos característicos de la regeneración de Francia, página la más brillante de todas las de la vida de Napoleón para atraer sobre él la admiración de la posteridad. La época venturosa del gobierno consular parecía abrir á nuestra patria una senda indefinida de gloria y de prosperidad, en medio de la moderación y de la fuerza. ¡Tiempo feliz aquel en que el poder se sentía omnipotente sin oprimir á la nación ni reducirla á la servidumbre, y en que los hombres consagrados al servicio del Estado obedecían á su jefe libremente, guiados sólo por una admiración hija del raciocinio! Aquellos mismos consejeros de Estado á quienes se acusa de haberse doblegado sistemáticamente ante los mandatos del Cónsul, «son los mismos hombres, dice Segur, que muy poco tiempo después, al someterse á un plebiscito la instauración del Imperio, respondieron con su voto escrito y firmado, unos por la conservación de la República, otros por la fundación de una Monarquía constitucional.» No ha existido monarca alguno á quien se haya servido con mejor y más libre voluntad.

«Una de las pruebas del ascendiente que ejerce,—dice Roederer, —es la reserva y hasta el respeto que le demuestran en su trato las personas que han vivido con él en la mayor intimidad, sus compañeros de armas, sus generales más distinguidos; respeto que no tiene nada de forzado, sino que es completamente natural: si habla, se le



El primer Cónsul y su esposa visitando los talleres de los hermanos Levenne, en Ruan. (Copia de un dibujo á la sepia de Isabey, en el Museo de Versalles)

escucha, porque se expresa como hombre instruido y verdaderamente superior; si calla se respeta su mismo silencio, que nadie se atreverá á interrumpir indiscretamente, no porque se le crea en un momento de mal humor, sino por suponer que le preocupa alguna idea ó asunto de importancia, que le pone á cubierto siempre de cualquier familiaridad.»

En la continuación de esta historia habremos de deplorar, desgraciadamente, bastantes errores y graves calamidades: no regateemos, pues, ahora nuestra admiración á este brillante período ni abriguemos el menor pesar al encontrarnos detenidos por un momento ante esta hermosa personalidad del primer Cónsul, que se presenta á nuestros ojos tal como lo ha pintado el poeta: *Grave et serein avec un éclair dans les yeux* (1).

(1) Grave y reposado, de mirada centelleante.





Napoleón es proclamado emperador. (Según Appiani)

CAPITULO VI

EL CONSULADO VITALICIO

CONSTITUCIÓN DEL AÑO X. — SANTO DOMINGO. — RUPTURA DE LA PAZ DE AMIENS. CONSPIRACIÓN DE JORGE CADOUDAL. — FUNDACIÓN DEL IMPERIO.

En medio de tanta gloria, ya en la situación política, ya en el carácter peculiar del dueño que Francia había aceptado, se vislumbraban algunos peligros contra los cuales hubiera sido prudente comenzar á prevenirse. El mismo Napoleón parecía comprenderlo así, y en un súbito acceso de melancolía, que recordaba las tristezas de sus juveniles años, dirigiéndose á Estanislao de Girardin, en ocasión de visitar en su compañía la tumba de Juan Jacobo Rousseau, en el parque de Ermenonville, le dijo: «Hubiera sido preferible que este hombre no hubiese nacido. — ¿Por qué, ciudadano Cónsul? — Porque él ha sido el que preparó la Revolución.—Creía yo que no teníais por qué quejaros de la Revolución.—En efecto, mas el porvenir dirá si no habría sido mucho mejor para la tranquilidad del mundo que ni Rousseau ni yo hubiésemos existido.» Muy propio de la grandeza de alma del primer Cónsul hubiera sido el saber resistir á sus propios ímpetus y hasta á los deseos de Francia; pero en su elevada imaginación no cabía contar con la idea del tiempo, irritándole con dema-

siada facilidad la más mínima oposición, aun cuando fuese hija de una simple susceptibilidad personal.

No puede negarse que la oposición que ante él se levantó fué casi siempre mezquina, tímida y tan contraria á las aspiraciones de la opinión pública como al interés del Estado; que dejó pasar sin protesta hechos verdaderamente censurables y se mostró en cambio hostil á otros que merecían la más completa aprobación. En algunas ocasiones fué, sin embargo, prudente y útil, y sobre todo hubiera podido serlo mucho más ante las nuevas circunstancias, contribuyendo así á consolidar la obra de Napoleón. Toda vez que la oposición había conseguido cierta intervención en el gobierno, de presumir es que más adelante hubiera podido hacer oir su voz con verdadera autoridad, evitando probablemente así la guerra de España como la campaña de Rusia. Benjamín Constant había pronunciado ya en los debates del Tribunado discursos muy importantes, verdaderos modelos de discusión parlamentaria, enérgica y moderada á la vez.

Esta oposición no era bastante fuerte para dificultar de un modo serio los propósitos del gobierno, que en el Cuerpo legislativo contaba con una mayoría de cinco sextas partes por lo menos y en el mismo Tribunado con los dos tercios de sus individuos. Envidiable situación, por cierto, para todo partido que ocupe el poder, sea el que fuere, pues tenía una oposición y ésta era menos popular que el propio gobierno.

Por otra parte, resultaba sumamente fácil para el primer Cónsul, entre la aureola de gloria que le rodeaba, olvidar ciertos ataques frívolos ó indiscretos; pero Bonaparte no era monarca de nacimiento, lo cual, si bien le daba algunas ventajas, principalmente en las circunstancias en que se encontraba, en cambio era causa de determinadas inclinaciones y genialidades que le dificultaban en cierto modo su misión al frente del gobierno, pues carecía de aquella experiencia en las intrigas de los partidos que en tan alto grado distinguió á César. A pesar de su notable conocimiento de los hombres, no dominaba aún por completo la ciencia de gobernarlos: inclinábase siempre á considerar como personal cualquier ataque dirigido á su administración, y hasta como una maniobra encaminada á derribar al mismo gobierno; así cometió la mayor de las torpezas cuando, á propósito de la elección

de Daunou, dijo estas palabras á los senadores: «Tened entendido que consideraría el nombramiento de Daunou como una injuria que no toleraré nunca.» La oposición de los salones le era todavía más insoportable, sin advertir que con esta sombría susceptibilidad parecía que él mismo dudaba de la consolidación de su poder. «¿Creéis, — decía, y esto cuando no era aun más que Cónsul, — creéis que he de permitir que se me insulte como á un rey?

Estaba demasiado persuadido de que á los gobiernos se les obedece sólo por pundonor, por entusiasmo patriótico, por temor, por vanidad ó por interés. No se llegaba á convencer de que un gobierno puede imponerse también y hacerse respetar de la opinión con la legitimidad de la autoridad que ejerce; y no porque Bonaparte dejase de comprender que este sentimiento es uno de los más sólidos fundamentos de la autoridad, sino porque este extraordinario advenedizo no tenía bastante arraigado en su conciencia, aun en la época en que fué emperador, el sentimiento dinástico; y, sin embargo, ningún otro hombre tenía mayor derecho á repetir con Voltaire:

Le premier qui fut roi, fut un soldat heureux (1).

La abyección no era general, como hemos dicho, y sin embargo existía; mas no sólo allí en donde, al primer golpe de vista, podría parecer que se hallaba exclusivamente. Nadie quería comprometerse haciendo una oposición cuya utilidad para Francia era muy discutible. Madama de Staël confiesa que se juzgaba entonces como vulgar jacobino á quien se declaraba contra Napoleón, que por el mero hecho de indisponerse con el gobierno, se veía rechazado por la buena sociedad; ella misma pudo bien pronto apreciarlo así. Benjamín Constant, su amigo, que se disponía á levantar en el Tribunado la bandera de una oposición formal, le decía: «Ya veis estos salones, tan concurridos siempre por personas de vuestro agrado; pues bien, si mañana hablo quedarán desiertos, no lo dudéis. — No importa, — respondió ella; — conviene seguir su convicción.» El día en que pronunció su

(1) «El primer monarca fué un soldado afortunado.»

discurso «debían reunirse en mi casa, — refiere Madame de Staël, — numerosas personalidades; cuya sociedad me era sumamente agradable, pero todas afectas al nuevo régimen; á las cinco había recibido ya diez billetes excusando la asistencia: el primero y el segundo no me sorprendieron, pero á medida que se fueron sucediendo, experimenté un verdadero disgusto.»

Aunque en realidad no fuese peligrosa la oposición del Tribunado, para deshacerse de ella Napoleón no tuvo reparo en atentar indirectamente á la Constitución del año VIII. Sabemos que el Tribunado renovaba anualmente la quinta parte de sus miembros, debiendo verificarse en el año X la primera renovación. No cabe la menor duda de que la designación de los individuos salientes debía hacerse por sorteo, lo que era tan natural que ni siquiera se consignó en la Constitución. Napoleón, aconsejado por Cambaceres, se aprovechó de esta omisión del texto para hacer que el Senado designara, por medio de votación, sino precisamente los individuos que Napoleón hubiera querido separar, á lo cual nadie se atreviera, aquellos que debían continuar formando parte de la Asamblea, lo cual venía á ser exactamente lo mismo. Entre los veinte tribunos que fueron eliminados en virtud del Senado-consulto de 12 de Marzo de 1801, se contaban J. Chenier, Guinguené, Chazal, Bailleul, Courtois, Ganilh, Daunou, Benjamín Constant y Andrieux. Idéntico procedimiento siguióse para eliminar del Cuerpo legislativo los sesenta individuos que le estorbaban.

Sin embargo, las discusiones que el Concordato y la Legión de honor suscitaron, todas ellas posteriores al Senado-consulto de 12 de Marzo, y las nutridas votaciones que frecuentemente se alcanzaron contra los proyectos del gobierno, demuestran que, á pesar de tales medidas, la oposición contaba aún con medios suficientes para hacerse oir.

El Tribunado había marchado al unísono con las aspiraciones de la nación respecto á la paz de Amiéns. El artículo 29 de la Constitución, aunque reservando á Bonaparte la iniciativa, autorizaba á los tribunos para presentar proyectos de ley; en su virtud, el tribuno Chabot propuso que se tributase al primer Cónsul una demostración expresiva del agradecimiento nacional. Discutida esta proposición por el Senado, acordóse prorrogar por diez años sus poderes al

jefe de la República (11 de Mayo de 1802). No satisfizo esto á Bonaparte, quien declaró que no quería aceptar aquella prórroga hasta después de haber consultado á la nación, á lo cual propuso la siguiente pregunta: «¿Debe ser nombrado Bonaparte Cónsul vitalicio?» 3.568.000 votos afirmativos y 8.374 en contra, fué el resultado del recuento de los registros abiertos para la votación en todos los ayuntamientos. Animado por el brillante éxito del plebiscito, y obrando con mayor independencia para que el Senado, desde el momento en que el pueblo entero directamente había sancionado sus poderes, Bonaparte propuso á esta Asamblea un nuevo proyecto de Constitución, que fué adoptado íntegramente.

En virtud del *Senado-consulto del 16 de Thermidor del año X, orgánico de la Constitución* (4 de Agosto de 1802), más conocido con el nombre de *Constitución del año X*, los municipios nombraban libremente, á razón de un elector por cada quinientos votantes, los individuos de los colegios de distrito; elegían éstos á su vez, entre los seiscientos mayores contribuyentes del departamento, y en la proporción de un elector por cada mil votantes, los miembros de los colegios departamentales. El cargo de estos electores era vitalicio. Los ayuntamientos debían reunirse sólo una vez al año, para cubrir las vacantes ocurridas por fallecimiento, por renuncia ó por inhabilitación legal. A los colegios de distrito y de departamento, respectivamente, correspondía el derecho de presentar dos candidatos para cada vacante que ocurriese en el Cuerpo legislativo: tenían, además, los colegios de distrito la prerrogativa de presentación exclusiva de candidatos para cubrir las vacantes del Tribunado; pero era siempre el Senado el que escogía entre estos candidatos. Demuestra perfectamente el estado de la opinión el que estas asambleas ó colegios electorales vitalicios parecieron á la mayoría una institución demasiado liberal, y aun peligrosa, y la consideraron como una prueba de la extraordinaria confianza y hasta del atrevimiento del gobierno, el cual, sin embargo, se reservaba la resignación de sus presidentes.

Los tres Cónsules fueron vitalicios, pero el primero continuó asumiendo en su persona la verdadera soberanía. A parte de los derechos de que estaba ya investido, se le concedió la gracia de indulto, arrebatada á la monarquía por la Constitución de 1791; recibió auto-

rización para ajustar tratados sin necesidad del voto del Tribunado ni del Cuerpo legislativo, limitándose á consultar con un *Consejo privado,* institución cuyo carácter monárquico no se ocultaba á nadie, y se le otorgó además la facultad de designar su sucesor. El organismo más importante del Estado fué el Senado, cuyos ochenta miembros se aumentaron hasta ciento veinte, pues no sólo nombraba al Tribunado y al Cuerpo legislativo, sino que, á iniciativa de los Cónsules, podía también disolverlos. Tenía el derecho de casación en aquellos fallos de los tribunales que considerase perjudiciales á los intereses del Estado, así como el de suspender, en caso de necesidad, las garantías constitucionales en uno ó en varios departamentos. Asumía además el poder constituyente, pues, por indicación de los Cónsules, debía legislar por medio de senado-consultos, ó decretos, sobre todo cuanto no estuviese previsto en la Constitución. El Tribunado fué reducido á cincuenta miembros y dividido en tres secciones, á cada una de las cuales, según su clase, pasaban los proyectos de ley para ser examinados; discutíanse después con la sección correspondiente del Consejo de Estado é inmediatamente se presentaban al Cuerpo legislativo. El Consejo de Estado tomó carácter político, elevándose hasta cincuenta el número de los individuos que lo componían. Al frente de la magistratura debía hallarse un funcionario supremo, con la facultad de presidir los tribunales y encargado de su vigilancia y administración, asumiendo así, á la vez, las atribuciones de ministro de Justicia y de magistrado.

El estado de paz no se oponía al acrecentamiento del poder político y del territorio nacional, pues que en estos momentos precisamente el gobierno fijaba con Alemania las indemnizaciones convenidas, en principio, por el tratado de Luneville; anexionábase el Piamonte, sin protesta alguna, y trataba de restablecer la dominación francesa en la isla de Santo Domingo, que era la más rica de sus colonias en el siglo XVIII.

La Dieta germánica debía fijar la cuantía de aquellas indemnizaciones; pero el Emperador, á pesar de los aumentos territoriales que podía conseguir, procuraba aplazar su estipulación definitiva, por no verse en el caso de tener que destruir, en favor de otros príncipes, la autonomía de gran número de ciudades imperiales y Estados ecle-

siásticos, sobre los cuales dominaba de hecho desde largo tiempo. Bonaparte entonces se entendió, prescindiendo del Austria, con los príncipes alemanes que tenían derecho á tales indemnizaciones y que eran, por lo general, enemigos de la Dieta, en la cual dominaba la influencia del Emperador. Verificóse el reparto de manera que redundase en perjuicio de la hegemonía austriaca en el imperio, oponiéndole la de Prusia, sin acrecentar ésta, sin embargo, de un modo extraordinario.

Se suprimieron los electorados eclesiásticos, cuyo voto en la Dieta pertenecía al Austria, y en los cuales tenía el derecho de reclutar tropas. La nobleza, que también estaba á sus órdenes, á cuyos contingentes militares servían para aumentar los del imperio, fué sacrificada asimismo; los principados adictos fueron extinguidos, en gran parte, y la mayoría quedó relegada, en perjuicio de los Habsburgos. Con la alianza de los Estados secundarios, como Baviera, Wurtemberg y Baden, que recibieron por lo general indemnizaciones muy superiores á lo que habían perdido, procuró también Bonaparte conseguir la formación de un partido poderoso y fiel amigo de Francia. Prusia obtuvo á su vez aumentos territoriales de importancia. Conservóse un solo electorado eclesiástico, el de Ratisbona, para conferirlo al elector de Maguncia, príncipe de Dalberg, quien recibió el título de Primado de Germania. Se fundaron, además, cuatro nuevos electorados, Wurtemberg, Baden, Hesse-Cassel y Salzburgo, este último para el desposeído duque de Toscana. La Dieta debía reunirse en Ratisbona, una de las ocho ciudades libres que habían quedado.

Consecuente Bonaparte en su propósito de aliarse estrechamente con Rusia, invitó al nuevo Czar á intervenir en este arreglo. Hacía ya más de un siglo que esta potencia pretendía en vano inmiscuirse en los asuntos de Alemania, por lo que excusado es decir con cuánta satisfacción se aprovechó de este ofrecimiento inesperado para lograr su objeto, sin haber vencido ni peleado. Así, pues, los embajadores francés y ruso presentaron á la Dieta de Ratisbona un proyecto de indemnizaciones, que ésta no tuvo más remedio que aceptar (Marzo á Agosto de 1803); pero muchos consideran que el primer Cónsul había cometido una grave falta al mezclar á la Rusia en las cuestiones de Occidente. Por otra parte, el gobierno francés se había hecho cul-

pable, ó al menos cómplice, de las injusticias cometidas, principalmente contra los príncipes secundarios, dando motivo para que un historiador haya podido decir, con bastante fundamento, que Alemania fué puesta en venta en las propias oficinas de nuestro ministerio de Relaciones exteriores, que dirigía Talleyrand. Los quinientos diez y siete Estados que contaba Alemania en 1789, se redujeron á ciento cuarenta y siete, cuyo número descendió de nuevo á treinta y uno al fundarse la Confederación del Rhin (1806).

Por un decreto de 11 de Septiembre de 1802 se dividió el Piamonte en seis departamentos, quedando sometido á la administración francesa; y como consecuencia de lo convenido en el tratado de Luneville, agregáronse á Francia los Estados de Parma al morir su último duque. La creciente influencia que ejercíamos en Italia, mantenía viva contra nosotros la indignación de Austria. «¿Cómo es posible,—decía Felipe de Kobentzel, en una carta del 18 de Febrero de 1802;—cómo es posible que el resto de Italia abrigue la más remota esperanza de escapar á su dominación? ¿Dónde se detendrá, pues, este torrente, más rápido y más devastador en la paz que en la guerra?»

Bonaparte, gracias á la paz con Inglaterra, pudo ocuparse también de nuestras colonias: mandó á la Guadalupe al general Richepanse, y á instancias de los colonos de Santo Domingo, despojados y perseguidos por los negros, preparó contra esta isla una gran expedición. Se ha dicho y repetido que Bonaparte, deseando deshacerse por mezquinos celos de algunos adversarios políticos, envió á Santo Domingo, como un lejano destierro, á los héroes del ejército del Rhin; pero olvidan los que tal afirman que estas expediciones se organizaron cuando la paz parecía asegurada por completo, y aquellas guerras lejanas venían á ser, por lo tanto, el único campo donde los militares podían distinguirse, por lo que solicitaban formar parte en ellas como un especial favor. Bien recientemente por cierto hemos tenido ocasión de ver á los oficiales franceses disputándose el honor de combatir en Madagascar.

La Asamblea constituyente no fijó la suerte de los hombres de color en las colonias, dejando á los blancos en libertad de ejercer ó de renunciar la esclavitud. La Asamblea legislativa, en 16 de Octubre de 1791, promulgó un decreto en virtud del cual se declaraba libre

todo esclavo que desembarcase en territorio francés, y en 28 de Abril de 1792 concedió también derecho electoral á los negros libres y á los mulatos; finalmente, por una proposición del abate Gregoire, la Convención reconoció á todos los negros sin distinción la libertad y los derechos políticos, completando así un decreto de 1792 por el que se suprimió la prima que se había establecido para fomentar (hecho que parece increíble) la trata de negros. Tales disposiciones, excelentes en realidad, eran tal vez demasiado bruscas, pues hubiera sido conveniente indemnizar en cierto modo á los dueños de esclavos, sin que esta indemnización hubiese significado el reconocimiento de su propiedad, ilegítima en su origen, sino una recompensa de los dispendios hechos de buena fe al amparo de la tolerancia del legislador. Suscitáronse inmediatamente grandes disturbios en las colonias, en las Antillas y la isla de la Reunión, entre los plantadores y la gente de color; los blancos, muy inferiores en número á sus adversarios, imploraron el auxilio de los ingleses.

Un negro de Santo-Domingo, llamado *Toussaint* (Todos-los-Santos), se había puesto á la cabeza de los negros sublevados (1); era un hombre verdaderamente notable, gustaba que le llamasen «el Bonaparte de los negros», y apoyado por Rigaud, que dominaba en el Sur de la isla, consiguió arrojar de ella á los ingleses que mandaba el general Maitland (Mayo de 1798), quien perdió en esta campaña 23.000 hombres y más de cien millones que invirtiera en la defensa de algunas plazas. No fueron más afortunados los franceses, pues que el general Hedouville, enviado por el Directorio y que por entonces llegó al Cabo, se vió obligado á reembarcar con sus tropas (26 de Octubre). Pronto estalló la lucha entre negros y mulatos, en la que Rigaud fué vencido y hubo de retirarse á Francia. Toussaint-Louverture, apoyado por el primer Cónsul, que desde el 18 de Brumario reconoció la libertad de los negros y su igualdad con los blancos, restableció el orden en la colonia, protegió eficaz-

(1) Añadióse á su nombre más tarde la palabra *Louverture*, porque, habiendo tenido que atravesar en cierta ocasión por entre compactas masas sublevadas para reunirse con Polverel, comisario de la Convención en la isla, admirado éste de su arrojo hubo de exclamar al verle: *Cet homme-lá fait donc ouverture partout!* (¡Este hombre se abre paso por todas partes!)

mente á estos últimos, distribuyó entre los suyos las tierras que con motivo de la guerra civil habían quedado sin dueño y les obligó á trabajar.

Una vez se hubo apoderado de la parte española de la isla, promulgó una constitución en virtud de la cual se le nombraba gobernador vitalicio de Santo Domingo (Julio de 1801). Bonaparte no quiso reconocer esta declaración de independencia, y antes de firmar definitivamente la paz con Inglaterra, mandó á la isla, con propósito de someterla, un ejército de 22.000 hombres á las órdenes de Leclerc, su cuñado, el marido de la hermosa Paulina Bonaparte, que le acompañó en su expedición. Leclerc llevaba consigo dos hijos de Toussaint que se educaban en Francia, por medio de los cuales entabló negociaciones que no dieron resultado, llegando á pasarse el menor al campo de su padre. Pero Toussaint, vencido luego en varios combates, tuvo que rendirse al cabo, lo propio que sus lugartenientes, Cristóbal y Dessalines.

Toussaint se retiró á sus posesiones, contando que el vómito diezmaría al ejército francés. Napoleón entonces promulgó una ley verdaderamente odiosa, que al mismo tiempo que constituyó una falta política extraordinaria, fué la verdadera causa de la pérdida de Santo Domingo, ya que sólo á condición de que se les respetaría su libertad se habían sometido los negros. Pronto supieron que el primer Cónsul había aprobado una ley por la cual se restablecía la esclavitud en las colonias francesas (30 de Floreal del año X, 20 de Mayo de 1802). Esta medida debía provocar una nueva revolución y determinar á los negros á pedir auxilio á los ingleses, á quienes con tanta energía habían anteriormente combatido. Toussaint-Louverture salió de su retiro y organizó en seguida un ejército; los franceses, diezmados por el vómito, y pudiendo á duras penas orientarse en un país sumamente accidentado y poco conocido, agotaron pronto sus fuerzas en la defensa de sus posiciones. Leclerc no vaciló en apelar á la traición para deshacerse de Toussaint-Louverture, á quien, con pretexto de una entrevista, hizo acudir á bordo de un buque, le puso preso y le mandó á Francia, en donde el frío, la inacción y la falta de libertad dieron cuenta muy en breve de su robusta constitución, muriendo en 1803 en el castillo de Joux. «Al derribarme á mí,—

decía,—no se ha hecho más que cortar el árbol de la libertad de los negros, que retoñará de nuevo por sus raíces.»

En el momento mismo de su muerte se realizaba esta predicción. Leclerc había muerto del vómito en 14 de Julio de 1802, y Rochambeau, que se hizo cargo del mando (hijo del general de este nombre, famoso en la guerra de América), se vió obligado á capitular al año



Los negros en Santo Domingo. Jayler. (Según Géricault)

siguiente ante el negro Dessalines. Acababa de romperse la paz de Amiéns, y esto le quitaba toda esperanza de recibir nuevos refuerzos.

La ruptura de la paz de Amiéns marca el principio de aquella lucha inexorable y sin tregua que únicamente debía terminar con el aniquilamiento completo de uno de los dos combatientes, y cuyo carácter y origen conviene estudiar.

La causa principal tal vez de esta guerra fué la revolución social y económica que se estaba realizando en Inglaterra desde principios del siglo XVIII, y á la que no se ha dado generalmente toda su verdadera importancia, lo cual se explica porque no se operó mediante una

serie de hechos notables, ni ocasionó ninguna de esas sangrientas tragedias que impresionan la imaginación, y cuyo recuerdo queda indeleblemente grabado en la memoria, sino que fué el natural resultado de una gradual evolución.

Inglaterra presenta el fenómeno, tal vez único en la historia, de una sociedad moderna que, desarrollándose en sentido democrático, transforma al propio tiempo en aristocrático su sistema de gobierno. Cuesta algún trabajo creer que Inglaterra, á mediados del siglo XVIII, fuese todavía un país dedicado exclusivamente á la agricultura y á la ganadería, sin industria apenas, con escasas y pésimas vías de comunicación (en 1755 se construyó su primer canal) y con la propiedad sumamente fraccionada. De esta clase de pequeños propietarios, que entonces constituía la masa de su población, salió la clase directora, la *gentry*, que usufructuaba el gobierno.

La *gentry* es una clase privilegiada, que funda sus prerrogativas en la propiedad territorial, asequible á todos; así, pues, no tiene conexión alguna con el feudalismo, absorbe á la antigua nobleza, y los mismos pares del reino no gozan en ella más derechos que el de precedencia. Pero la *gentry*, lo mismo que la nobleza plebeya de Roma, convencida de su propia fuerza, quiso segregarse del pueblo, y en vez de formar una colectividad abierta é incesantemente reforzada por el acceso de la clase media, constituyó, al elevarse, la aristocracia más exclusivista y orgullosa de Europa, que luchó con verdadero encarnizamiento contra la Revolución francesa.

Sumamente dividida la propiedad, hasta el punto de que fuera de la clase de propietarios no quedaban sino los pobres, la sola posesión de la tierra daba un puesto en la sociedad; los propietarios eran los administradores y los jueces, y sólo ellos constituían los colegios electorales. La *gentry*, pues, encaminó todos sus esfuerzos á acaparar la propiedad, sobre todo á principios del último tercio del siglo XVIII, en el que la Cámara de los Comunes llegó á ser la base principal del gobierno de la nación. Para monopolizar los puestos de esta Cámara despojó de sus tierras á los pequeños propietarios rurales por medio del terror, por el soborno y algunas veces valiéndose de las más patentes injusticias, de la misma manera que lo hiciera la nobleza romana, y lo mismo que los Eupátridas de Atenas antes de Solón.

Contribuyeron á esta revolución el extraordinario desarrollo del comercio inglés y los inventos que se realizaron en la mecánica á fines del siglo XVIII, que vinieron á dar á la industria un impulso prodigioso. La *gentry* se esforzó en lanzar hacia este lado el resto del pueblo; y el pequeño propietario, aplastado, por decirlo así, por sus poderosos convecinos, en la imposibilidad de luchar con capitales insignificantes y con útiles inferiores contra los medios perfeccionados de cultivo aplicables á vastas extensiones de terreno, emigró á las



Toussaint Louverture

ciudades, en las que se convirtió en simple obrero, después de haber enajenado su hacienda, que por otra parte, en general, se le pagó á buen precio. Desaparecieron pueblos enteros, convertidos en parques, tendiendo á desaparecer, á su vez, la autonomía de las parroquias, único obstáculo que podía oponerse al exagerado poder de los grandes propietarios. Al estallar la Revolución francesa no se había realizado aún por completo esta gran transformación, pero estaba ya muy adelantada, constituyendo la población industrial más de la mitad, y aun casi los dos tercios, del total de habitantes de la Gran Bretaña. Pero «esta raza de hombres complementarios,» como les llama Roberto Peel, no tenía en el gobierno más influencia que los plebeyos en los primeros siglos de la Edad antigua.

La *gentry* constituyó por sí sola el pueblo inglés, acaparó todos los cargos de alguna importancia, así del ejército como de la iglesia anglicana, en las colonias y en la metrópoli, y asumió en sí los pode-

res públicos. Calcúlase que, á principios del siglo actual, de los seiscientos cincuenta y ocho individuos que componían la Cámara de los Comunes, correspondía á los lores y grandes propietarios el nombramiento de cuatrocientos ochenta y siete. Los *wighs* y los *torys*, cuyas frecuentes luchas llegan á revestir verdaderos caracteres de violencia, sólo son, en el fondo, fracciones de un mismo partido.

Fácilmente se comprenderá la oposición que los principios de la Revolución francesa debían encontrar en Inglaterra, pues que iban á suscitar más allá del Estrecho reivindicaciones de igualdad en un pueblo que, si bien de antiguo gozaba ya de la libertad política, para gran parte del mismo ésta venía á ser únicamente una especie de espejismo. Comprendiólo así la aristocracia y despertó en el pueblo inglés los dormidos odios contra su enemigo tradicional; y esta ira loca, dirigida por el rencor de aquélla, no menos vivo, pero más tranquilo y razonado, concluyó por imponerse. Demostró al pueblo que Inglaterra, gracias á su posición geográfica, debería sentir menos que cualquier otra nación los efectos de la guerra, en la que, si salía vencedora, además de las adquisiciones que podría conseguir, obtendría el inmediato resultado de abrir nuevos horizontes á su industria y su comercio y ejercer una hegemonía universal. Realmente, los intereses de la industria y del comercio fueron desde entonces el objetivo principal del pueblo y del gobierno de la Gran Bretaña.

Varios individuos del partido tory han reconocido que la guerra contra Francia fué, principalmente para la aristocracia inglesa, un medio de defender contra toda clase de innovaciones la Constitución que consagraba sus privilegios, la que además podían lealmente considerar involucrada con la grandeza de su patria, sin hacer distinción en este punto entre las guerras de la Revolución y las del Imperio, pues si bien éste no representaba la libertad, representaba la Revolución y la democracia (1).

---

(1) Las notables cartas que Ricardo Cobden escribió con motivo de la muerte de Wéllington, incluídas en el *Napoleón* de Kermoysán, tomo III, contienen bastantes pruebas de lo que decimos. Análoga justificación de las campañas de Napoleón débese á la pluma de otro autor inglés, que, sin embargo, se muestra muy hostil á Francia y á su jefe. Véase *Journal de Robert Wilson*, citado por D. Nisard: *Considérations sur la Révolution française*, págs. 295 y siguientes.

«Algunos escritores,—dice Alison,—han creído que el gobierno inglés, antes de la gran transformación que sufrió en 1832, era un gobierno mixto, en el que la Corona, la nobleza y los comunes se contrarrestaban unos á otros y se fiscalizaban mutuamente. Esto es un error, pues el gobierno, en realidad, era sólo una aristocracia, con un soberano que ejercía el poder ejecutivo, organizada aparentemente bajo formas republicanas... Hablando con franqueza, los motivos que alegaba nuestro gobierno no eran los únicos que le inducían á la guerra, pues que en la misma Inglaterra existía un peligro que le inquietaba mucho más que las conquistas de los republicanos. No temía ciertamente que el extranjero llegase á invadir nuestra patria: el temor que abrigaba era el de que estallase una revolución interior, que creía inminente si no se apresuraba á romper con Francia... La opinión pública estaba sobrexcitada, comenzaban á bullir las pasiones democráticas; el deseo de intervenir en el poder, con el nombre de reforma, cundía entre la clase media, y las instituciones de nuestra patria se veían amenazadas de una conflagración tan violenta como la que acababa de derribar la monarquía francesa. El único medio de evitar tal desgracia consistía en comprometer á la nación en una guerra extranjera, que despertaría entre los ingleses el sentimiento de su antiguo valor y les haría olvidar aquellas reformas é innovaciones que comenzaban á reclamar.»

La guerra era, pues, un medio legal y práctico para interrumpir las comunicaciones entre ambos países, como lo declaró francamente, en la Cámara de los Comunes, Jenkinson, miembro del gobierno, más adelante lord Liverpool, que murió en 1828. Refiriéndose á los que atacaban la Constitución, vino á decir en resumen: «Ese partido sólo puede agitarse y promover disturbios en tiempo de paz y sólo se calmará con la guerra. En cuanto ésta se declare cesará toda correspondencia con Francia, pues de lo contrario sería una traición y como tal castigada por las leyes. Los descontentos no tendrán más remedio que emigrar á Francia, con gran ventaja para nuestra patria.»

La libertad de los pueblos preocupaba poco á Inglaterra, y se molestaban en vano los que pretenden dar este carácter á su intervención en la guerra de la independencia española.

«Los ministros ingleses, — dice el almirante Napier en su *His-*

toria de las guerras de la Península,—en su odio á Napoleón, porque era el adalid de la igualdad, se preocupaban muy poco de que España fuese ó dejase de ser más libre que antes. No desdeñaban, sin embargo, de servirse de las cortes liberales para combatirle... pero la aristocracia española no tardó mucho tampoco en apercibirse de que las miras secretas de la política inglesa eran las suyas propias, llegando hasta el punto de sostener la Inquisición con el ridículo pretexto de que no existía de hecho, sino meramente de nombre.» También Madama de Staël, completamente desengañada, decía á Canning en 1815: «Se engaña al pueblo inglés; ignora que se le está empleando en privar á otros pueblos de la libertad de que él disfruta, y hasta en proteger la intolerancia contra sus hermanos en religión; si lo supiese, renegaría de los que abusan de su nombre.»

Bonaparte hubiera procedido con gran prudencia mostrándose tanto más moderado en cuanto que los ingleses dejaban de serlo, pues que, en efecto, necesitaba ante todo el apoyo, ó á lo menos la neutralidad sincera del continente para poder dirigir todas sus fuerzas contra la grande isla, cuya tiranía marítima le atraía, por otra parte, la enemiga de todas las potencias. Y en tanto tal prudencia se le imponía, en cuanto que era uno de los temores que abrigaba, aunque no encontramos completamente demostrado que la Europa monárquica no se resignase con relativa facilidad á respetar, en último caso, los límites que había adquirido Francia por el tratado de Luneville, pues tales aumentos de territorio, por importantes que fuesen, no eran exagerados, atendida la expansión territorial que Prusia, Rusia y la misma Austria habían alcanzado, ya en la guerra de sucesión de España, ya á expensas de Polonia y Turquía en el siglo XVIII, es decir, al perder Francia su hegemonía en la política europea. Pero era preciso que el gobierno francés demostrase á Europa que estaba firmemente resuelto á no rebasar tal meta; y ésta era la política que anhelaba Francia, pues todos deseaban la paz con el mayor ardor. Es sumamente curioso encontrar estos sentimientos en los mismos generales y hasta en toda la larga serie de las guerras de la Revolución. Carnot nunca fué partidario de la guerra, deplorando sus excesos, aun cuando siendo un modesto oficial de ingenieros, únicamente de ella podía esperar su fortuna, y sólo «organizó la victoria

en una guerra justa y verdaderamente nacional.» Moreau, al marchar sobre Viena, aspiraba á «conquistar la paz.» Napoleón, desgraciadamente, se dejó arrastrar por la ambición, excusada hasta cierto punto por las circunstancias y la conducta de Inglaterra. «Napoleón espera fundar su tiranía sobre los cimientos de la vuestra,» decía Byron en la sesión del 21 de Abril de 1812 á la Cámara de los lores.

La paz de Amiéns no fué, para la mayoría de la aristocracia, más que un tratado «que se aceptó con disgusto y á título de prueba,» como decía lord Hawkesbury. Las islas de la Trinidad y de Ceilán constituían una compensación muy escasa para lucha tan encarnizada, que había durado diez años y ocasionado una deuda de catorce millones; y todavía resultaba más pequeña comparándola con los aumentos territoriales de Francia, los cuales no terminaron con la paz, pues que, prescindiendo de la anexión del Piamonte y de Parma, había afirmado su supremacía política en Italia, en Holanda, en Alemania, por el registro de 1803, y finalmente en Suiza.

En virtud del tratado de Luneville retiráronse las tropas francesas del territorio de esta última, pero inmediatamente estallaron sangrientas discordias entre los partidarios de la constitución unitaria de la República helvética, fundada por el Directorio, y los que deseaban restablecer la antigua confederación, con sus grandes privilegios y desigualdades políticas. El primer Cónsul, á pesar de la oposición de Inglaterra, intervino en ellas enviando un cuerpo de ejército y haciendo reunir en París una comisión compuesta de cincuenta y seis delegados, los cuales redactaron, siguiendo sus indicaciones, una Constitución sumamente justa, prudente y adaptada á las necesidades y costumbres de los suizos. «Vuestro Estado es federal por naturaleza; sólo precisa establecer una perfecta igualdad de derechos entre los diferentes cantones, anulación absoluta de los privilegios de que disfrutan las familias principales, y una organización federal en la que cada cantón se gobierne según su idioma, su religión, sus costumbres, sus intereses y sus ideas.» En virtud de un tratado de alianza defensiva que estipuló, Suiza quedaba bajo la protección de Francia, renovándose los antiguos pactos militares, por los cuales fueron incorporados 16.000 suizos al ejército francés.

No era, sin embargo, el poderío continental de Francia lo que

encendía la ira de la Gran Bretaña: nuestra marina renacía con increíble rapidez, nuestras colonias recobraban su antigua prosperidad. El almirante Linois y el general Decaén embarcábanse para la India y la isla de Francia; el coronel Sebastiani dirigíase á Levante, en comisión del gobierno, deseoso de restablecer en estos países la influencia francesa, así en las islas Jónicas como en Túnez, en Trípoli, en Egipto, donde los ingleses ocupaban aún Alejandría, y en Siria, cuya población cristiana comenzaba á solicitar nuestra protección. La expedición de Santo Domingo fué á la vez una imponente demostración del renacimiento de nuestra marina. En vano el ministro Addington, aunque afiliado al partido tory, comparaba á los partidarios de la guerra contra Francia, sin preocuparse en lo más mínimo de la humanidad y de la justicia, «á una trahilla de perros sanguinarios.» En vano Fox por su parte decía: «El poderío de Francia es realmente mayor de lo que yo desearía, pero esto no es motivo suficiente para encender otra vez la guerra, la cual, puedo afirmarlo, no ha sido nunca la aspiración del pueblo inglés, sino un clamor provocado y sostenido por la coalición de los nobles, de los periodistas y de los agiotistas.» La guerra, á pesar de todo, quedó virtualmente declarada.

En realidad, Inglaterra no había observado nunca la paz, y á pesar de lo estipulado conservaba guarniciones en Malta, en Corea y en el Cabo, mientras que Napoleón, por el contrario, después de la firma del tratado de Badajoz había retirado sus tropas de las provincias que habían ocupado en Portugal. Entretúvose también la Gran Bretaña tanto cuanto pudo en Egipto, y al llegar Sebastiani á Alejandría, el general Stuart, según puede colegirse de ciertas indicaciones que había hecho propagar entre la población musulmana, trató de asesinarle. Libelos escritos en inglés y en francés por los emigrados lanzaban continuamente contra nuestro gobierno calumnias tan odiosas como absurdas, pero que no por eso dejaban de producir su efecto. Algunos agentes realistas abordaban en barcos ingleses á las costas de Bretaña, llevando consigo elementos para renovar la guerra civil; finalmente, Inglaterra se convirtió en un foco perenne de conspiraciones contra la vida del primer Cónsul.

La ruptura se produjo con motivo de haberse negado el gobierno inglés á evacuar la isla de Malta, compensación sumamente modesta,

— decía lord Withworth, su embajador en París, — á las conquistas realizadas por Francia en plena paz; á propósito de lo cual Bonaparte, en una conferencia celebrada con Withworth, en 18 de Febrero de 1803, y que se ha hecho justamente célebre, le respondió que preferiría ver á los ingleses dueños del cerro de Montmartre que de la isla de Malta. «¿Queréis la paz ó la guerra? Si os decidís por la última, excusado es deciros que la haremos con verdadero encarnizamiento, hasta que caiga uno de los dos pueblos.» Sin embargo, agregó que en la posición gloriosa que personalmente había alcanzado, satisfecho, tranquilo y poderoso, no tenía el menor interés por la guerra, y recordando sus antiguos proyectos de 1802, le hizo la siguiente atravida confesión: «Realmente es una locura temeraria intentar un desembarco en Inglaterra, mas á pesar de ello, milord, estoy resuelto á realizarlo. Pero, ¿por qué no nos hemos de entender? Si sois dueños del mar, yo lo soy de la tierra; todo es, pues, factible á Francia é Inglaterra juntas, en interés de la humanidad y de nuestro común poder.» El embajador quedó vivamente emocionado ante semejante lenguaje.

Sin embargo, en el mensaje que el primer Cónsul debía presentar al cuerpo legislativo, cuya apertura tuvo lugar dos días después (20 de Febrero) y en el que debía hacer, según costumbre, un resumen de la situación política, en el párrafo relativo á nuestras relaciones con Inglaterra, de las que no podía dispensarse de hablar, se encuentran estas frases: «El gobierno siente justo orgullo al asegurar que Inglaterra, por sí sola, no puede luchar con Francia.» Esta frase inoportuna repercutió como un reto al otro lado del Estrecho, provocó la indignación popular y favoreció la política de los torys. Jorge III, en 8 de Marzo de 1803, dirigió un mensaje al Parlamento pidiéndole subsidios, bajo el pretexto de contestar á los preparativos de guerra que hacía Francia; excusa verdaderamente falsa, como le constaba al gabinete inglés, pues decía Bonaparte que «Francia consideraba como un honor encontrarse desprevenida en aquella ocasión;» y aun después de este hecho limitóse á pedir que se entregara Malta al emperador de Rusia, Alejandro, quien se ofrecía á ser su depositario; ante la negativa de Inglaterra, el 17 de Mayo lord Withworth y el general Andreosy pidieron sus pasaportes, y el 22 quedó declarada la

guerra. Antes de que esta declaración se notificase oficialmente, el almirantazgo británico lanzó sus escuadras en todos los mares á caza de los buques franceses, que navegaban tranquilamente, confiados en la buena fe de los tratados: más de 1.200 embarcaciones, con sus tripulantes, cayeron en su poder, elevándose las pérdidas de Francia á más de doscientos millones. Como respuesta á este acto de piratería, el gobierno francés mandó detener á todos los súbditos de la Gran Bretaña que se encontraban en territorio de la República y se dictó la prohibición absoluta de comprar y vender productos ingleses.

Los ejércitos franceses, inmediatamente, volvieron á ocupar los territorios y plazas fuertes de que ya eran dueños antes de la paz de Amiéns: Gouvión Sain-Cyr entró de nuevo en Tarento, Otranto y Brindis; Mortier se apoderó del Hanover, declarando Bonaparte que no lo evacuaría mientras Inglaterra conservase Malta, y obligó por medio de amenazas á Godoy, príncipe de la Paz, que estaba al frente del gobierno español, á mantener su neutralidad y á pagar un tributo en compensación del contingente armado que, en caso de guerra, debía suministrar á los franceses en virtud de los tratados existentes (1). Pero todo esto era secundario, pues lo que principalmente preocupaba á Bonaparte era el proyectado desembarco de Inglaterra, con el cual había amenazado ya á lord Withworth, construyéndose para ello en todos los astilleros buques de transporte y navíos de línea.

Emprendiéronse grandes trabajos en Amberes, casi frente mismo de Londres, para convertir su puerto en uno de los grandes arsenales

(1) Por el tratado de 1796, España se había comprometido á auxiliar á Francia con un ejército de 24.000 hombres y una flota de 25 navíos de línea, armados, equipados y sostenidos á su costa. El importe total de este compromiso ascendía á millón y medio de libras esterlinas aproximadamente, aunque nuestra patria, por la corrupción de la época y aun escasa capacidad para la administración, hubiese tenido que aprontar al objeto sumas muy superiores.

Napoleón, prevaliéndose de la debilidad de España y de las intrigas de la corte de Carlos IV, además de faltar á sus compromisos, apoderándose de los Estados del duque de Parma y vendiendo la Luisiana á los Estados-Unidos, estableció un campamento en Bayona é hizo comunicar al débil monarca secretos verdaderamente asquerosos de familia; y amén de otras humillaciones, *permitió* que España conservase su neutralidad en esta guerra mediante el pago de seis millones de francos mensuales, casi la mitad de sus rentas, en cambio de aquel compromiso.

Inútil es añadir que, á parte de que España no pudo satisfacer tales sumas, Inglaterra no toleró este arreglo y cayeron nuevamente sobre nuestra patria los horrores de la guerra. —*(N. del T.)*

marítimos de la República. Para todos los franceses, Inglaterra era la única causante de la guerra, por lo que despertó extraordinario entusiasmo este ataque decisivo contra el enemigo nacional. Las poblaciones importantes proporcionaron fragatas ó navíos de línea, las pequeñas buques menores; independientemente de estas suscripciones municipales, los departamentos impusiéronse voluntariamente considera-



El mariscal conde Sebastian (Cuadro de Winterhalter en el Museo de Versalles)

bles sacrificios, llegando á entregar el del Gironda 1.600.000 francos ó sea un tercio de sus contribuciones ordinarias; otros contribuyeron con sus productos, y entre ellos el departamento de Cote-d'Or ofreció á la nación cien cañones de grueso calibre de sus fundiciones del Creuzot. El gobierno, por su parte, aumentó sus recursos con un capital de ochenta millones que entregaron los Estados-Unidos á cambio de la Luisiana, cuya conservación resultaba muy difícil y que más ó menos tarde habría podido ser motivo de disgustos entre Fran-

cia y la república americana. Los ingleses, á su vez, no desplegaban menor actividad para aprestarse á la defensa que los franceses en preparar el ataque: gran número de buques de línea, apostados en las costas convenientemente, defendieron las desembocaduras de sus principales ríos; cerraron la entrada del Támesis con dos embarcaciones desarboladas, y decretóse una leva general de hombres y de buques.

Declarada la guerra, Pitt, á pesar de la antipatía que inspiraba al monarca, volvió de nuevo al poder (15 de Mayo de 1804), obligado por las circunstancias; intentó inmediatamente formar contra Francia una coalición de las potencias del Norte, que ya habían protestado de la ocupación francesa del Hanover y de Nápoles, y pudo obligar á Prusia á que rechazara aquel ducado y la alianza con Francia. Pero como Inglaterra demostraba tanta ambición por lo menos como su adversario, y había sido la causante de la guerra, no obtuvieron completo éxito sus manejos diplomáticos.

El gabinete inglés, además, empleaba por entonces otros medios; con su apoyo y con sus auxilios, Jorge Cadoudal tramaba una nueva conspiración para asesinar al primer Cónsul y restaurar á los Borbones. Desembarcó en el acantilado de Biville, entre Dieppe y Treport, tomando parte en la criminal empresa los hermanos Polignac, el marqués de Riviere y el general Pichegrú, que se había fugado de Cayena. Mas para abrigar alguna esperanza de éxito necesitaban el apoyo de un general que gozase de ascendiente en la opinión pública, por lo que pensaron en Moreau, á quien se consideraba como jefe de la oposición republicana.

El ejército del Rhin demostró siempre cierta hostilidad hacia el ejército de Italia y á su caudillo, que parecía habían acaparado para sí los triunfos y la gloria. En cierta ocasión un oficial del primero, llamado Delmás, al ver en un restaurand que se le ofrecía ternera *á la marengo*, replicó: «¡Mozo, no!, tráeme vaca *á la Hohenlinden*.» Pero los conspiradores se engañaban al suponer que esta rivalidad militar llegase hasta el punto de ocasionar una guerra civil; el mismo Moreau, patriota muy templado y de buen sentido, no hubiera cometido nunca la falta que le llevó á su perdición si no le hubiesen impulsado de contínuo su esposa, la señorita Hulot y su suegra.

Este enlace, sin embargo, había sido obra de Josefina, pues la señorita Hulot fué compañera de su hija Hortensia en casa de la señora de Campán; pero la madre de aquélla, orgullosa y llena de envidia, se exasperaba ante la distinta fortuna que había cabido á su hija, casándose con Moreau, y á Josefina, á quien no perdonó nunca el que cierto día, en que su hija fué á visitarla, la hiciese esperar largo rato, por más que la señora Bonaparte no tuvo la menor intención de molestarla. Josefina usaba ya por esta época de ciertos afeites en su tocado, y cuando le fué anunciada la visita de la señora de Moreau acababa de llegar de una excursión á caballo, en la cual el viento



Savary, duque de Rovigo

había alterado y confundido completamente los ingredientes de que se servía, y tuvo que reparar en seguida este desperfecto. «¿Valía la pena, — preguntaba la señora de Moreau, que ignoraba la causa de la larga antesala que se veía obligada á hacer, — haber derrocado la antigua dinastía para fundar ahora otra nueva?» Aparte de todo esto, era una mujer de relevante mérito: poseía varios idiomas, pintaba miniaturas, y en música era una de las discípulas más aventajadas de Steibelt, por lo que eran muy distinguidas las reuniones que daba en su palacio de la calle Anjou-Saint-Honoré, á las cuales se complacían mucho en asistir tanto los realistas como los republicanos descontentos. Por esto parecía posible que Moreau se pusiera fácilmente en relación con los conspiradores.

El general, sin contraer compromiso alguno, escuchaba con

gusto las confidencias que se le hacían, pero estas relaciones que sostenía con personas sospechosas pronto dieron motivo á que se le vigilase cuidadosamente; tarea fácil, por otra parte, pues se ocultaba menos que los demás: así es que fué el primero en ser detenido (15 de Febrero); Pichegrú lo fué en 28 del mismo mes, en la calle de Chabannais, y Jorge Cadoudal, en 9 de Marzo, en el callejón de Bussy. Este último declaró francamente sus proyectos, manifestando que los conjurados sólo esperaban para realizarlos la presencia de un príncipe de la casa de Borbón. Precisamente entonces el duque de Enghién, el representante más distinguido de esta familia, se encontraba en Ettenheim, población muy próxima á la frontera francesa, enclavada en el territorio del gran ducado de Baden. Bonaparte abrigaba el propósito de proceder sin piedad contra los realistas, tratando con más benevolencia á los revolucionarios, y para ello estaba decidido á castigar ejemplarmente á un príncipe de la casa de Borbón, cuya idea le sugería principalmente Talleyrand.

Razón le sobraba á Bonaparte para creer que el duque de Enghién era el príncipe á quien esperaba Cadoudal. El espía que trajo la noticia de que el duque se hallaba en Ettenheim era alsaciano, y la manera que tuvo de pronunciar el nombre de M. de Thumery, secretario del duque, hizo presumir que se trataba del general Dumouriez. Bonaparte entonces no vaciló más, y mandó al general Ordener que con un destacamento de dragones se apoderara del príncipe en el mismo territorio de Baden; esto constituía una violación brutal del derecho de gentes, pero ojalá se hubiera contenido aquí. El desgraciado príncipe, en virtud de órdenes emanadas del primer Cónsul, fue conducido directamente á París y entregado con el mayor sigilo á una comisión militar, la cual, sin testigos ni defensores, se reunió en el castillo de Vincennes, bajo la presidencia del general Hulin, y en el mismo día le interrogó, dictó sentencia é hízola ejecutar. Las órdenes dadas por Napoleón en la mañana de este día fueron terminantes: todo debía quedar concluído en aquella misma noche. En las primeras horas de la madrugada, el joven príncipe fué conducido á los fosos de la fortaleza: la presencia en aquel sitio de una compañía de gendarmes, en correcta formación, confirmóle la triste suerte que le aguardaba, se había hecho cavar ya la fosa para

enterrarle. Escuchó con serenidad la lectura de la sentencia, arrodillóse para rezar una corta oración, y, levantado de nuevo, se negó á que le vendaran los ojos, recibiendo la muerte con valor exento de afectación y digno de su nombre; para que los soldados encargados de la ejecución pudiesen distinguirle en la obscuridad, colocóse un



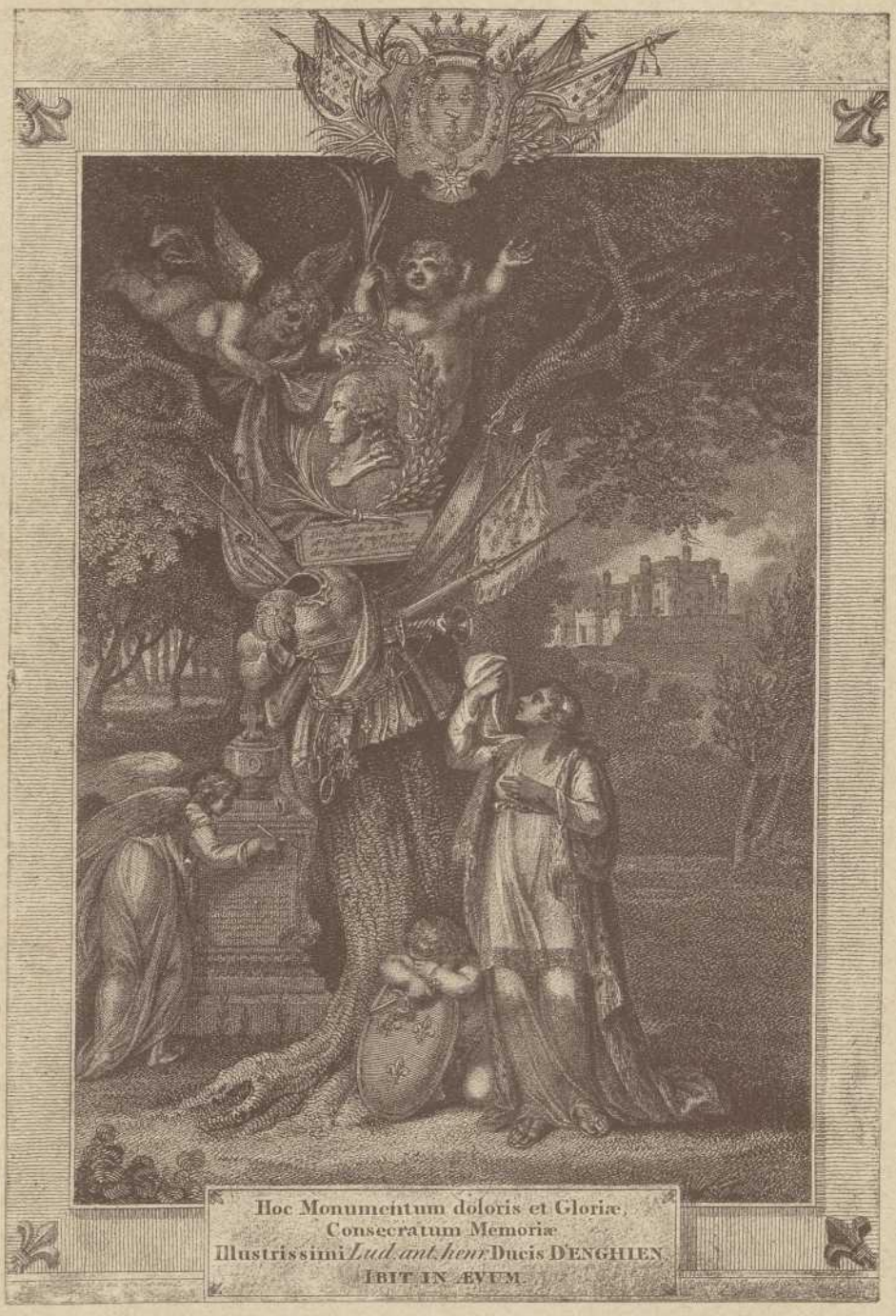
Luis Bonaparte, rey de Holanda. (Cuadro de Philippoteaux

farol sobre su pecho. El duque había pedido reiteradamente hablar con el primer Cónsul.

A no haber procedido con tanta rapidez, es muy posible que Napoleón hubiese modificado sus órdenes. En la terrible noche en que se desarrollaba la catástrofe, se le vió afectar una alegría demasiado estrepitosa para que fuera sincera; invitó á madama de Remusat á jugar una partida de ajedrez. «Jugó muy mal, — dice esta señora en sus *Memorias*, — rompió con todas las leyes del juego, moviendo las piezas á su gusto; yo le dejaba hacer, y todos guardábamos el

más profundo silencio. Púsose entonces á tararear entre dientes, y después empezó de pronto á recitar unos versos; » eran éstos ciertos trozos de *Cinna* y de *Alzira*, sobre la clemencia. Súpose al día siguiente que había encargado al consejero de Estado, Real, que interrogase al prisionero, lo cual era suspender la ejecución; pero por un accidente deplorable, aquél recibió la orden demasiado tarde y al dirigirse hacia Vincennes se encontró en el camino á Savary, que iba á notificar al primer Cónsul el cumplimiento de sus órdenes. Al entrar Savary en el gabinete de Bonaparte, preguntóle éste inmediatamente: «¿Ha visto Real al preso?» M. Real, que llegaba en aquel momento, se excusó balbuceando; el primer Cónsul, sin reprenderle, despidió á entrambos y se encerró en su biblioteca durante largas horas. Según Enrique Welschinger, el más reciente historiador de estos acontecimientos, así el encargo dado á M. Real como su tardío cumplimiento no son más que invenciones.

Al pasar Napoleón, por la tarde, al comedor, no afectó la alegría de la víspera, y por el contrario, durante toda la comida pareció absorbido en profunda meditación; al levantarse de la mesa exclamó, con voz áspera y dura: «¡A lo menos verán de lo que soy capaz y en adelante nos dejarán tranquilos!» Unos tras otros, fueron llegando poco después varios individuos de su familia y otros personajes oficiales: Bonaparte estaba agitado y habló largamente, y con gran verbosidad, sobre literatura é historia, dirigiéndose con preferencia á Fontanes. En las *Memorias* de Madama de Remusat puede leerse toda esta conversación, ó mejor, disertación, apenas interrumpida por alguna frase suelta de los circunstantes, en la que examinó con gran profundidad de juicio y rectitud de criterio los hechos de los grandes monarcas de Francia, las guerras más importantes y los generales más ilustres de los tiempos modernos, dejando comprender, en medio de todas estas digresiones, la ferviente admiración que le inspiraba la gran figura de Federico II. Sin hacer la menor alusión á los sucesos de la noche anterior, habló también de la necesidad de la razón de Estado. «¿Puede mostrarse sensible el hombre de Estado? ¿Acaso no es un personaje completamente excéntrico, que forma solo á un lado, teniendo enfrente á todo el mundo ? Ha de juzgarse al coloso por el conjunto de sus actos, y no por un hecho aislado. Por mucho que os



Retrato del duque de Enghien, en un medallón ovalado rodeado de genios y suspendido de un árbol. Copia de un grabado inglés de 1804. (Colección Hennin)

pesare, habríais de reservaros vuestros elogios, porque temeríais que el movimiento de esta gran máquina produjese sobre vosotros el efecto de Gulliver, que, al bajar su pie, aplastaba á los liliputienses. Elevad la mirada y veréis que esos grades personajes, á quienes calificáis de arrebatados y de crueles, son tan sólo, en mi concepto, hábiles políticos. Conócense y júzganse á sí mismos mejor de lo que podéis hacerlo vosotros, y cuando en realidad tienen condiciones de estadista, saben dominar sus pasiones, llegando á calcular hasta dónde alcanzan sus efectos.»

Digno es de notar que la impresión que experimentaron las personas honradas de la corte ante esta ejecución fué mayor que la producida en el resto del país; y aun entre los monárquicos, enemigos irreconciliables del gobierno, causó este hecho más sentimiento que indignación. ¡Tanto se habían pervertido las ideas en materia de justicia política y de razón de Estado! ¡Tan convencidos se hallaban éstos en el fondo de su corazón, de lo que eran capaces, y lo habían probado, estando dispuestos todavía á obrar de la misma manera que el primer Cónsul! Pero no por esto el fusilamiento del duque de Enghién dejaba de ser un crimen para todos aquellos á quienes no cegaba el odio de partido, y aunque pueda caber la duda de si la rapidez de la ejecución fué causa de que el primer Cónsul no pudiese modificar sus primeras instrucciones, y sobre la intervención de Talleyrand y otros hubieran podido tener en este proceso, Bonaparte resulta el verdadero responsable de la catástrofe, cuyas consecuencias políticas, así en el exterior como en el interior, fueron transcendentales. Desde luego, vino á dar al gobierno un carácter revolucionario y despótico, pues precisa hacer constar que únicamente los jacobinos aprobaron sin reservas este *acto de energía*, que levantaba una barrera insuperable entre el primer Cónsul y la casa de Borbón. «¡Es de los nuestros!» exclamaban aquéllos satisfechos.

En el extranjero, la ejecución del duque de Enghién fué censurada con más severidad de lo que lo fueran otros actos análogos del gobierno inglés, sin duda porque la responsabilidad parece mayor cuanto de más lejos se mira, y Napoleón, ante la Europa monárquica, necesitaba que se le perdonara su origen revolucionario y el carácter democrático de su gobierno. Tal vez este asesinato era una especie de

vendetta corsa. Bonaparte no demostró nunca arrepentimiento por tal hecho, cuya responsabilidad reivindicó entonces por completo ante el Consejo de Estado, y quince años más tarde, en Santa Elena, sostenía aún que en tales circunstancias no hizo más que tomar justas represalias contra un partido que conspiraba de continuo para quitarle el poder y aun para arrebatarle la vida. Sin embargo, cabe dudar de si las explicaciones que de su conducta diera Bonaparte tranquilizaban su conciencia, porque en alguna ocasión llegó á decir, viendo al general Hulín: «Me molesta la presencia de ese hombre; no tienen para mí nada agradables los recuerdos que trae á mi mente.» Razón sobrada tenía para expresarse así, pues esta sentencia fué una mancha que no consiguió borrar con todo el explendor de su gloria.

Esta sangrienta catástrofe dió nuevos bríos á los enemigos declarados de la revolución, que abundaban en las cortes europeas. «Quedaban plenamente justificadas,—decían,—las aprensiones de los monarcas, ya que podía decirse ahora que Bonaparte era el representante militar del jacobinismo, que en un principio había parecido dispuesto á exterminar.» Según la frase de Madama de Staël, «no era más que un Robespierre á caballo.» El asesinato del duque de Enghién fué una de las principales causas que motivaron la tercera coalición.

Al día siguiente de la ejecución, Bonaparte mandó publicar en *El Monitor* ciertas cartas de Drake y de Spencer Smith, embajadores ingleses en Munich y en Stuttgart, por las que ponía de manifiesto ante Europa que Inglaterra se valía de sus representantes en el extranjero y aprovechaba la inmunidad diplomática para subvencionar asesinos que se encargasen de desembarazarla del primer Cónsul. El cuerpo diplomático recibió esta noticia con indignación, y los soberanos de Baviera y de Wurtemberg dieron sus pasaportes en seguida á Drake y Smith. El ministerio inglés no enmudeció por esto ni trató de justificarse, declarando con verdadero cinismo que había obrado con arreglo al derecho de gentes, según el cual «todo gobierno prudente, en interés propio y en el del público en general, debe aprovecharse de cualquier causa de descontento que exista en la nación con la cual pueda hallarse en pugna, y en consecuencia ha de secundar y favorecer los planes de los conspiradores.»

El proceso de Jorge Cadoudal y de sus cómplices despertaba, sin

CUADRO GENEALOGICO DE LA FAMILIA BONAPARTE

CARLOS BONAPARTE, 1746-1785. — MARÍA LETICIA RAMOLINO, 1750-1839

JOSÉ, 1768-1844, casado en 1794 con MARÍA JULIA CLARY, 1777-1845.
- *a.* ZENAIDA, 1801-1854, casada en 1822 con *Carlos*, príncipe de Canino.
- *b.* CARLOTA, 1802-1839, casada en 1827 con *Napoleón Luis Bonaparte*, hijo del rey de Holanda.

NAPOLEÓN I, 1769-1821, casado 1.º en 1796, con JOSEFINA DE TASCHER DE LA PAGERIE, 1763-1814, viuda en 1794 del vizconde *Alejandro de Beauharnais*.
- Hijos adoptivos: *a.* EUGENIO DE BEAUHARNAIS, virrey de Italia, 1781-1824 (*).
- *b.* HORTENSIA, reina de Holanda, 1783-1837.

2.º (Marzo de 1810), con MARÍA LUISA DE AUSTRIA, 1791-1847.
- **NAPOLEÓN II** (duque de Reichstadt), 1811-1832.

LUCIANO, 1775-1840, casó, 1.º, en 1794 con CRISTINA BOYER, 1776-1800.
- *a.* CARLOTA, 1796-1865, casada en 1815 con el príncipe *Gabrielli*, 1773-1841.
- *b.* CRISTINA EGYPTA, 1798-1847, casada en 1818 con el conde sueco *Arved Posse;* después, en 1824, con lord *Dudley-Stuart*, muerto en 1842.

2.º con ALEJANDRINA DE BLESCHAMP, viuda de *Jouberthon*, 1778-1855.

LUIS, 1778-1846, casó (4 Enero 1802) con HORTENSIA DE BEAUHARNAIS, 1783-1837.
- *a.* NAPOLEÓN CARLOS, 1802-1807.
- *b.* NAPOLEÓN LUIS, 1804-1831, casado en 1827 con *Carlota Bonaparte* hija de José.
- ***c.* NAPOLEON III**, 1808-1873, casado (29 Enero 1853) con MARÍA EUGENIA DE MONTIJO, 1826.
  - NAPOLEÓN EUGENIO, príncipe imperial, 1856-1879.

JERÓNIMO, 1784-1860, casó, 1.º, en 1803 con *Elisa Patterson* (matrimonio no reconocido).
- 2.º, en Agosto de 1807 con FEDERICA CATALINA DE WURTEMBERG, 1783-1835.
  - *a* JERÓNIMO NAPOLEÓN, príncipe de Montfort, coronel en el ejército de Wurtemberg (1814-1847).
  - *b.* MATILDE (1820-1890) casó en 1840 con el conde ruso *Anatolio Demidoff*.
  - *c.* NAPOLEÓN JOSÉ (el príncipe Napoleon), 1822-17 Marzo 1891, casó en 1859 con *Clotilde de Saboya*, hija del rey Víctor Manuel, nacida en 1843.
    - NAPOLEÓN-VÍCTOR, 1862.
    - LUIS, 1864.
    - MARÍA, 1866, casó en 1888 con su tío materno el ex-rey de España *Amadeo de Saboya*, duque de Aosta, 1845-1890.

MARÍA ANA ELISA, 1777-1820, casó en 1797 con FÉLIX BACIOCCHI, 1762-1841.
- *a.* NAPOLEONA ELISA, 1806-1869, casada con el conde *Camerata*.
  - Hijo único, CARLOS FÉLIX, relator del Consejo de Estado, 1826-1853.
- *b.* CARLOS JERÓNIMO, 1810-1830.
- *c.* FEDERICO, 1815-1833.

PAULINA, 1780-1825, casó, 1.º, en 1801 con el general LECLERC, 1772-1802.
- NAPOLEÓN, hijo único, 1801-1804.

2.º, en Agosto de 1803 con el príncipe CAMILO BORGHESE, 1775-1832.

CAROLINA, 1782-1839, casó (Enero 1800) con JOAQUÍN MURAT, 1771-1815.
- *a.* AQUILES MURAT, 1800-1847.
- *b.* LETICIA JOSEFA, 1802-18..., condesa *Pépoli*.
- *c.* LUCIANO MURAT 1803-1878, casó en 1827 con *Ana Fraser*, 1810-1879.
  - 1.º CAROLINA, nació en 1832, casó en 1850 con el *barón de Chassiron;* viuda en 1870, contrajo seg. nup. en Inglaterra
  - 2.º JOSÉ JOAQUÍN, nació en 1834, casó en 1854 con *Malcy Berthier*, 1832-1884, hija del *príncipe de Wagram*.
  - 3.º AQUILES, nació en 1837, casó en 1868 con la princesa *Dadiani de Mingrelia*.
  - 4.º ANA, nació en 1841, casó en 1865 con el *duque de Mouchy*.
  - 5.º LUIS NAPOLEÓN, nació en 1851, casó en 1873 con la princesa rusa *Orbeliani*.
  - *d.* LUISA-JULIA, 1805-1889, casó con el conde *Rasponi*.

CARLOS LUCIANO (**), príncipe de Canino, 1803-1857, casó en 1822 con *Zenaida*, hija del rey José, muerta en Nápoles el 8 Agosto 1854.
- JOSÉ, 1824-1865, príncipe de Canino.
- LUCIANO, 1828-1895, cardenal.
- NAPOLEÓN, 1839, casó en 1859 con *María Cristina de Rúspoli*.

LUIS, 1813-1891, senador.
- ROLANDO (1858), casó en 1880 con *María Blanc*, muerta en 1882.
- JUANA (1862), casó en 1882 con *Cristián*, marqués *de Villeneuve*.

PEDRO, 1815-1881, antiguo diputado.

ANTONIO, 1816-1877, antiguo diputado.

PABLO, 1808, murió en Dic. 1826 en Nauplia de Rumania.

LETICIA, 1804-1871 (15 Marzo), casó con *T. Wyse*, † 1862.
- ALFREDO, 1820-1895.
- GUILLERMO, 1826-1892.

MARÍA, 1818-1874, casada con el conde *Valentini*, † 1858.
- JULIA, 1830, casada en 1847 con el marqués de *Roccagiovine*.

CONSTANCIA, 1823-1876, religiosa.
- CARLOTA, 1832, casada en 1848 con el conde *Pedro de Primoli*, † 1883.

JUANA, 1807-1828, casada con el marqués *Honorati*.
- MARÍA, nació en 1833, casada: 1.º M. *de Solms*, † 1854. 2.º, en 1863, *Rattazzi*, † 1873. 3.º *Luis de Rute*, diputado á Cortes, † 1889.
- MARIA, 1835-1890, casada en 1851 con el conde *Pablo de Campello*.
- ADELINA, casada en 1862 con el general húngaro *Turr*.
- AUGUSTA, 1826, casada en 1856 con el príncipe *Plácido Gabrielli*.
- BATILDE, 1840, casada en 1856 con el conde *de Cambaceres*.
- Un niño y tres niñas muertos en tierna edad.

La familia BONAPARTE, en Córcega, tenía por armas: *Dos barras de oro en campo de gules, con dos estrellas también de oro;* pero Napoleón I substituyó estas armas de familia por las que adoptó para el imperio francés: *Aguila de oro, en campo azul, sujetando un rayo del propio metal.*

(*) El príncipe Eugenio contrajo matrimonio en 1806 con Augusta-Amelia (1788-1851), hija de Maximiliano José, rey de Baviera, y después de 1814 tomó el título de duque de Leuchtenberg; tuvo seis hijos: 1.º Augusto Carlos, duque de Leuchtenberg, que nació en 1810 y se casó, en 1835, con Doña María de la Gloria, reina de Portugal, muriendo en el propio año; 2.º Josefina, casada en 1823 con Oscar Bernadotte, elevado al trono de Suecia en 1844 con el nombre de Oscar I y muerto en 1859; 3.º Eugenia Hortensia, casada en 1826 con el príncipe Federico de Hohenzollern-Elchingen; 4.º Amelia Augusta, casada en 1829 cor Don Pedro I, emperador del Brasil, que murió en 1834; 5.º Teodolinda Luisa, fallecida en 1857, que casó en 1848 con Guillermo, conde de Wurtemberg; 6.º Maximiliano José, que tomó el título de duque de Leuchtenberg al morir su hermano mayor: en 1839 contrajo matrimonio con María, hija del czar Nicolás I, y murió en 1852 dejando un hijo, Nicolás Maximilianovitz, nacido en 1843, que actualmente es el jefe de la familia.

(**) El príncipe Carlos distinguióse notablemente por sus estudios sobre historia natural y fué miembro correspondiente del *Instituto de Francia;* su hermano menor, Luis, sobresalió mucho en la lingüística y produjo trabajos muy apreciables sobre la lengua vascongada.

N. B. Los datos necesarios para la formación de este cuadro genealógico nos han sido facilitados por M. Louisy, cuya galantería iguala á su erudición.

embargo, gran interés, principalmente á causa de encontrarse envuelto en él Moreau, el general más ilustre de la República después de Bonaparte. Aunque las relaciones de Moreau con los conspiradores no podían negarse en modo alguno, tampoco podía afirmarse que sus actos entrasen de lleno directamente bajo el dominio de la ley. Acusábase á la policía de haber recurrido á toda suerte de amenazas, y hasta á la aplicación del tormento, ó á lo menos de los tratamientos más duros, para encontrar testigos contra el vencedor de Hohenlinden. A pesar de que su proceso no fué sometido al jurado, sino á una comisión especial, Moreau sólo fué condenado á dos años de prisión, conmutada luego con el destierro, retirándose á los Estados-Unidos. Fauriel, en el último de sus tres *Estudios*, publicados en 1880 por L. Lalanne con el título de: *Los últimos días del Consulado,* asegura que al irse á votar la sentencia se hizo salir de la sala á Moreau, y que sólo pudo obtenerse el fallo condenatorio del tribunal después de una explosión de cólera y denuestos del presidente; pero es preciso recordar que Fauriel odiaba cordialmente al «régimen de Brumario.» Julio de Polignac, futuro ministro de Carlos X, fué condenado también á encarcelamiento; Jorge Cadoudal y diez de sus cómplices fueron ejecutados; otros siete, también condenados á muerte, entre los cuales se hallaban Armando de Polignac y M. de Riviere, lograron el indulto, y Pichegrú, á quien Napoleón quería favorecer dándole el encargo de fundar un gran establecimiento penitenciario en Cayena, se ahorcó en su calabozo, después de una larga lectura de Séneca. Desconfiando de la clemencia del primer Cónsul desde la ejecución del duque de Enghién, no quiso aparecer en un proceso entre Moreau, á quien había comprometido, y Jorge Cadoudal, cuya sola presencia en aquel sitio confirmaba la verdad de las antiguas acusaciones de traición de que había sido objeto.

Cuando fueron condenados Cadoudal y sus cómplices, Napoleón era ya emperador: sus esfuerzos sólo sirvieron para empujar más pronto al primer Cónsul hacia la monarquía, pues en vista de tan frecuentes conspiraciones llegó á temerse que la muerte de aquél volviese á sumir á Francia en la anarquía y tratóse de garantizar la sucesión. Sin embargo, era sumamente delicado proponer á Francia la monarquía, cuyo solo nombre despertaba tanta repugnancia.

Ya en 1797 había circulado el rumor de que Bonaparte quería proclamarse rey de Lombardía; Madame de Stael, al encontrarse con Augereau, que regresaba de Italia, le preguntó si era verdad que Bonaparte trataba de proclamarse rey. «De ningún modo, — respondió sin vacilar el futuro duque de Castiglione, — es un joven demasiado listo para eso.» Esta singular respuesta estaba completamente de acuerdo con las ideas por entonces dominantes, pero en 1804 tomaron distinto rumbo. Para ello valióse Napoleón de un medio indirecto, los periódicos ingleses, que subvencionados por él empezaron á aconsejar



El mariscal Kellermann

al pueblo francés el restablecimiento de la forma monárquica, y muy pronto recibió el primer Cónsul respetuosos mensajes de los diversos organismos del Estado, Senado, Tribunado y Colegios electorales, en los que se le suplicaba «que asegurase en beneficio de los hijos la obra por él realizada para los padres.»

Por un momento pudo creerse que el ejército iba á proclamar á Bonaparte, pues la guarnición de París parecía estar dispuesta á ello, pero este hecho hubiera entrañado un gran peligro para el porvenir. El 2 de Mayo de 1804 el tribuno Curée propuso que se confiase la dirección de la República á un emperador hereditario. Esta proposición había sido ya examinada por el Consejo de Estado, en cuyo alto cuerpo encontró una oposición más seria de lo que el Gobierno esperaba, habiéndose discutido sucesivamente los tres puntos siguientes: 1.° ¿El gobierno hereditario es preferible al electivo? 2.° En las actuales

circunstancias, ¿sería conveniente restablecer la cualidad de hereditaria para la jefatura del Estado? 3.° ¿En qué forma debe ser restablecida?

La moción del tribuno Curée no encontró en el Tribunado más oposición que la de Carnot, quien pronunció con tal motivo un discurso, que se ha hecho justamente célebre, en el que la moderación del lenguaje contribuía á avalorar la fuerza de los argumentos que le inspiraban su firme patriotismo y sus convicciones republicanas, firmemente arraigadas.

En 28 de Floreal del año XII (18 de Mayo de 1804) se promulgó una nueva Constitución por medio de un Senado-consulto.

Este Código constituyó una verdadera decepción hasta para muchos de los que habían contribuído á restaurar la monarquía, cuya forma de gobierno se consideraba como uno de los principales medios para restablecer en Francia la libertad constitucional; y una vez logrado esto, decían, podría darse mayor fuerza al poder sin temor de ningún género, porque tendría más prestigio y solidez. El mismo Curée decía: «El restablecimiento de la monarquía hereditaria es el mejor procedimiento para salvar los principios de 1789 y afianzar la libertad,» y esta idea se encuentra en las opiniones de muchos tribunos y consejeros de Estado, y en gran número de comunicaciones que llegaban desde distintos puntos de Francia, pidiendo con insistencia la garantía de la monarquía hereditaria. «La nueva Constitución, — decía un tribuno, — debe fundarse en el planteamiento tan deseado de las aspiraciones políticas de Francia en 1789. Un jefe hereditario, instituciones que garanticen la libertad política y leyes inviolables, tales eran los deseos del pueblo francés en 1789. Reclamamos hoy este pacto solemne.» La Constitución del año XII no realizó por completo estas aspiraciones.

No se limitó únicamente aquel Código á restablecer la monarquía en favor de Napoleón y de sus descendientes varones por orden de mayor edad (1), sino que los primeros títulos se ocupaban exclu-

(1) A falta de heredero varón directo, natural y legítimo, ó adoptivo, de Napoleón, debía heredar el trono José Bonaparte y después Luis Bonaparte ó sus descendientes. Quedaron excluídos Luciano y Jerónimo, el primero á causa de su proyectado matrimo-

sivamente de la familia imperial, de la regencia, de las grandes dignidades del Imperio, de los altos empleados de la corte y de los juramentos que se debían prestar al Emperador, del Senado, del Consejo de Estado; y hasta el título X, al tratar del Cuerpo legislativo, no se empezaba á hablar de la nación. El Tribunado se conservó sólo en su forma, sin más derecho que el de discutir los proyectos de ley en sesión general y pública, pasando sus antiguas atribuciones al Cuerpo legislativo, que podía discutir las leyes en sesión secreta, á petición de cincuenta de sus miembros, y en sesión pública por



El mariscal conde Perignón, senador, gobernador de Parma y luego de Nápoles. (Dibujo de Rocheroux)

indicación del Gobierno. La votación se verificaba al día siguiente de haberse cerrado la discusión pública.

El Senado continuó siendo el único juez para apreciar la conformidad de las leyes con la Constitución; el Emperador nombraba directamente sus miembros y se consideraba como guardián de la libertad de la prensa.

---

nio, después de la muerte de su primera esposa, Cristina Boyer, con Alejandrina de Bleschamps, viuda de un corredor de cambios llamado Jouberthon; y el segundo á causa también de su casamiento con la hija de un rico comerciante de Baltimore llamada Elisa Patterson. Jerónimo consintió en la anulación de este enlace y recobró así el favor de su hermano; pero Luciano prefirió renunciar á las satisfacciones de la ambición y de la riqueza con tal de no separarse de su esposa, una de las mujeres más ilustradas y distinguidas de su época, que compartía con él su afición á la poesía y á las bellas artes, y autora de un poema en diez cantos que tituló: *Batilde, reina de los Francos.*

No es posible juzgar la Constitución de Sieyes, reformaba de nuevo por Napoleón, por la obediencia casi muda que caracterizó la época del Imperio, pues es seguro que aun la Constitución del año 1830, dice M. Thiers, no hubiera dado á la sazón distinto resultado, porque el espíritu de la época se impone siempre á la ley escrita. Para juzgar la Constitución imperial era preciso trasladarse al reinado del segundo representante de la casa de Bonaparte, y M. Thiers hace notar que la oposición habría surgido sin duda en el Senado, cuyos poderes eran sumamente amplios. «Hubiera sido una monarquía representativa, en la que la oposición, viniendo de arriba, en vez de partir de abajo, habría tenido mayor duración, más ilustración y más valor.»

Pero en realidad, lo que más había de chocar á las personas sensatas era la vana ostentación que resultaba de la creación de seis grandes dignatarios vitalicios, que formaban, es cierto, el Consejo del Emperador, pero que estaban investidos de funciones puramente honoríficas y de un vago derecho de vigilancia sobre los distintos servicios públicos; tales eran: el archicanciller del Imperio, Cambaceres, que á lo menos tenía la presidencia del Consejo de Estado; el archicanciller de Estado, Eugenio de Beauharnais; el gran elector, José Bonaparte; el architesorero, Lebrún; el condestable, Luis Bonaparte, y el gran almirante, Murat. La elección de un general de caballería para un cargo de marina basta para juzgar del escaso valor práctico de estos pomposos títulos.

Mejor aceptación merecía el nombramiento de grandes oficiales del Imperio (diez y seis maricales, sin contar los generales que eran senadores, ocho inspectores generales de las distintas armas y los altos dignatarios civiles de la Corona). La elección que se hizo para estos cargos podía satisfacer plenamente á la opinión: además de los generales que formaban parte del Senado, Kellermann, Lefebvre, Perignón y Sérurier, de las diez y seis plazas de mariscales, catorce se dieron inmediatamente á Jourdán, Berthier, Massena, Brune, Murat, Bessieres, Moncey, Mortier, Soult, Davout, Lannes, Ney, Augereau y Bernadotte, este último merced á su parentesco con el Emperador. Más adelante se nombraron, durante el Imperio, los siguientes mariscales: Víctor (1807), Oudinot, Macdonald y Marmont (1809), Suchet (1811), Gouvión Saint-Cyr (1812), Grouchy (1815) y el po-

laco Poniatowsky (1813). A instancias de Napoleón, en 1812, fué nombrado feld-mariscal el austriaco Schwartzenberg. Gouvión Saint-Cyr, que tenía méritos suficientes para figurar en la primera lista, fué nombrado coronel general de coraceros; Junot, Baraguey-d'Hilliers y Marmont lo fueron respectivamente de húsares, dragones y cazadores. Este último, á pesar de su juventud, no quedó satisfecho, y en sus *Memorias* manifiesta su descontento por no haber sido comprendido entonces entre los primeros mariscales. Tal vez llame la atención no ver entre estos ilustres nombres el de Lecourbe, pero su actitud en el proceso de su antiguo jefe, Moreau, y su adhesión á las ideas republicanas explican bien su honrosa desgracia, que compartió con un hermano magistrado, sin que uno ni otro trataran de evitarla ó atenuarla en lo más mínimo. Nombróse á Marescot director general de ingenieros; á Songis, de artillería; al almirante Bruix, inspector general de las costas del Océano, y al almirante Decrés de las del Mediterráneo.

Todas las cortes de Europa, á excepción de las de Rusia, Suecia é Inglaterra, reconocieron al nuevo soberano; Francisco II, emperador electo de Alemania, erigió sus Estados hereditarios en Imperio de Austria, «para igualarse con la nueva Casa de Francia y ponerse á la altura de los principales monarcas de Europa por lo que respecta á título.»

El conde de Provenza, desde su retiro de Varsovia, protestó solemnemente contra el nuevo título que Bonaparte había tomado, tratando de involucrar sus intereses con los de los soberanos de Europa. Napoleón mandó insertar su protesta en *El Monitor*, acompañada de un artículo en el que se leía: «El interés de los pueblos crea los Reyes, y la fuerza de la nación los sostiene. Cuando no cuentan ya ni con el uno ni con la otra, vuelven á confundirse entre la masa de los ciudadanos... La Revolución ha levantado una muralla entre Francia y los Borbones... Al elevarse hoy sobre las ruinas de la Monarquía el nuevo Imperio, en el que tienen un centro fijo todos los intereses existentes, ha concluído todo para los Borbones.»

Las circunstancias le autorizaban para hablar así. El plebiscito del 15 de Brumario del año XIII (6 de Noviembre de 1804) dió por resultado 3.572.329 votos afirmativos contra 2.569 negativos.

Sin embargo, aunque esta evolución constitucional no fué, como el Consulado, producto de un golpe de Estado, la Constitución del año XII fué votada ya con más desconfianza de lo que fuera la del año VIII; y en realidad, ¿era verdaderamente necesario é inevible tal transformación? ¿El Consulado implicaba por ventura el Imperio?

Un folleto de Camilo Jordán, publicado en 1802 con el título de *Verdadera significación del plebiscito sobre el Consulado vitalicio*, anticipaba la respuesta á estas cuestiones. El primer Cónsul se hallaba realmente en plena posesión del poder, y esta obra, ya terminada, podía afianzarse sin necesidad de recurrir á una dignidad cuyo solo nombre constituía para su dueño un motivo de ambición y de vanagloria.

La paz interior de Francia parecía asegurada en el porvenir, desde el momento en que el primer Cónsul tenía el derecho de designar sus sucesores; y de todas maneras era prudente no precipitar los acontecimientos, pues Francia más adelante, y en circunstancias más favorables para la causa de la libertad, podía volver á su gobierno tradicional.

¿Debía redundar este acto en beneficio de Napoleón? Muchos de los que votaron por el Imperio se preguntaban si el emperador Napoleón llegaría á ser tan grande como lo había sido el primer Cónsul, Bonaparte. Pablo Luis Courier, entonces oficial de artillería de guarnición en Plasencia, exponía esta duda en una carta que escribió á uno de sus amigos:

«Acabamos de nombrar un emperador, pero yo me he abstenido de votar: he aquí el motivo. Esta mañana nos ha reunido Anthouard y sin más preámbulos ni discursos nos ha dicho sencillamente de lo que se trataba: el Imperio ó la República, ¿qué os gusta más? De la misma manera que se pregunta: ¿Asado ó cocido, potaje ó sopa, qué preferís? Terminada su arenga, nos hubieras visto á todos mirándonos en silencio. — Vamos, señores, ¿que opináis? — Nadie respondió ni una sola palabra. Hacía más de un cuarto de hora que duraba esta situación, que se iba haciendo embarazosa para Anthouard y para todos, cuando Maire, un joven teniente á quien ya debes conocer, se levantó y dijo: — Si Bonaparte pretende ser emperador, séalo en buen

hora; pero si he de decir mi opinión, no lo encuentro bien del todo. — Explicaos, dijo el coronel, ¿queréis ó no queréis? — No lo quiero, pues, respondió Maire, ya está dicho. — Nuevo silencio; empezamos otra vez á mirarnos unos á otros, como si no nos hubiésemos visto nunca. Creo que aun estaríamos así si no me hubiera decidido á tomar la palabra. — Señores, dije, me parece, si no estoy equivocado, que no nos toca á nosotros resolver esta cuestión. La nación desea un emperador; ¿es, pues, incumbencia nuestra discutir su deseo? — Este razonamiento pareció tan sólido, tan claro y tan *ad rem*... ¿qué te



El mariscal Sérurier

diré?, que arrebaté á la asamblea. Nunca ha tenido un orador éxito tan completo. Todos nos levantamos, nos saludamos y nos fuimos á jugar al billar.

»Maire me dijo: — A fe mía, comandante, que habláis como Cicerón, pero permitidme una pregunta, ¿por qué habéis tenido tanto empeño en que Bonaparte sea emperador? — Para concluir de una vez y echar nuestra partida de billar; ¿nos íbamos á quedar allí todo el día? y además, ¿por qué os oponíais vos? — No lo sé, me respondió, pero en verdad creía destinado el primer Cónsul á cosas mejores. No encontré tan desacertada esta idea del teniente, pues en efecto, dime: ¿para qué quiere un hombre como Bonaparte, soldado, jefe, general de ejército y el primer capitán del mundo, que se le llame *Majestad?* ¡Ser Bonaparte y hacerse llamar *Señor!* Aspira á descender y por el

contrario cree elevarse igualándose á los reyes; prefiere un vano título á un nombre glorioso...

»César tuvo en esto más talento, pero también es verdad que era otro hombre. Como no tenía títulos usados, convirtió su propio nombre en un título superior al del Rey.»

En París, Francisco Aragó, alumno á la sazón de la Escuela Politécnica y el primero de su promoción, joven que debía ser uno de los hombres más ilustres de nuestra época, se negó á firmar una exposición en la que se pedía el restablecimiento del Imperio. El general Lacuee pidió entonces su expulsión de la Escuela, pero Napoleón no lo consintió. «No se despide así como así á un alumno que es el primero de una promoción.» Y por otra parte, como decía Monge al Emperador, «hay que dar tiempo á la gente para convertirse; recordad, Señor, que os habéis precipitado un poco.»

En el extranjero, en donde Bonaparte tenía también admiradores entusiastas, produjo la misma impresión. Beethoven, el más ilustre de los músicos alemanes, estaba terminando su *Sinfonía heroica*, inspirada en la personalidad del general Bonaparte, á quien pensaba dedicársela, cuando supo por uno de sus amigos que aquél se había proclamado Emperador. «¡Pues entonces es un ambicioso vulgar!» exclamó el gran artista entre iracundo y triste. Conservó á su obra el título de *Sinfonía heroica*, pero añadióle la *Marcha fúnebre dedicada á la muerte de un valiente*, que en la actualidad forma el *adagio*, y la sublime marcha triunfal que en ella había le sirvió, más adelante, para final de su *Sinfonía en do menor*.

Síntoma más grave eran los recelos de algunos políticos, y hasta de aquellos que habían contribuído al golpe de Estado del 18 de Brumario y de ello no estaban arrepentidos; á su frente debemos citar á Luciano Bonaparte, cuya intervención fué decisiva en aquella jornada. Sus *Memorias* contienen una hermosa carta que le dirigió el general Gouvión Saint-Cyr, en la que se exponen los mismos sentimientos y temores que él abrigaba, y en la cual encontraremos también expuestas, si no con la ironía de un escéptico, con el dolor de un patriota, las mismas ideas que inspiran la carta tan donosamente escrita por P. L. Courier:

«¿Qué habéis hecho, Luciano, ó mejor, qué hemos permitido?

Todos los que piensan como yo, se preguntan qué uso hará vuestro hermano mayor del poder absoluto con que le ha investido imprudentemente un pueblo deslumbrado por el brillo de sus triunfos militares.

»¡Ah! ¿Por qué no ha seguido el ejemplo de Washington, á quien tantas veces él mismo ha proclamado como más grande ante su juicio por su negativa á elevarse por encima de sus conciudadanos que si hubiese aceptado un trono?

»¿Cómo es posible que el general Bonaparte, primer Cónsul de una poderosa República, querido y respetado en el interior, temido por nuestros enemigos en el extranjero, haya tenido la falsa y deplorable modestia de creerse inferior á los monarcas á quienes ha vencido, y á quienes tendrá que combatir todavía para conservar su puesto á costa de Francia, que tanto desea y necesita la paz? Vencerá sin duda, y nosotros venceremos con él, pero ¿adónde nos llevarán estas victorias? Fácil es preverlo: á la pérdida de nuestras libertades políticas, y tal vez de nuestros derechos individuales, ¡adquiridos á costa de tantos sacrificios!... Ya hemos tenido ocasión de observar ciertos funestos indicios en este sentido, que hemos deplorado juntos. Conocéis, Luciano, á los aduladores:

Hélas! ils ont des rois égaré le plus sage (1).

»¿El emperador Napoleón es más sabio que el rey Salomón? ¿Podrá salir acaso victorioso de los continuados asaltos de que será objeto por parte de los intrigantes palaciegos improvisados, que vuelven á pulular por las antesalas del antiguo palacio de los Reyes, de donde los habíamos expulsado? ¿Acaso una experiencia no interrumpida no nos ha demostrado que los deseos de un Emperador son su voluntad inconcusa, y que esta voluntad se convierte después en ley? ¡Esto es un hecho! No nos queda más que, en vez de engalanar nuestros uniformes, vestir de luto por la libertad.»

¿Eran estos presagios hijos de una imaginación naturalmente melancólica? Cambaceres, después de una conferencia en que Bonaparte expuso sus ideas á sus dos compañeros; Cambaceres, repetimos,

(1) «¡Oh dolor, han extraviado al más prudente de los reyes!»

en esta ocasión dijo á Lebrún las siguientes palabras, cuya exactitud debía confirmar muy pronto el porvenir:

«Tengo el presentimiento de que nuestra obra no será duradera. Hemos combatido con Europa para crear rapúblicas, hijas de la República francesa; continuaremos luchando para darle monarcas, hijos ó hermanos del nuestro, y Francia, aniquilada, concluirá por sucumbir en tan loca empresa.»



ÍNDICE DE MATERIAS

PRIMERA PARTE

JUVENTUD DE BONAPARTE

Págs

CAPÍTULO PRIMERO. — PRIMEROS AÑOS DE NAPOLEÓN. 3

La familia Bonaparte. — El niño corso. — El alumno de Brienne. — El oficial de artillería.

CAPÍTULO II. — PRIMEROS HECHOS HISTÓRICOS. 33

Tolón. — Saorgio. — El 13 de Vendimiario.

SEGUNDA PARTE

BONAPARTE GENERAL EN JEFE

CAPÍTULO PRIMERO. — CAMPAÑA DE ITALIA: PRIMERA PARTE. 59

El ejército de Italia y sus jefes. — El general Bonaparte. — Campaña contra Beaulieu.

CAPÍTULO II. — CAMPAÑA DE ITALIA: SEGUNDA PARTE. 89

Operaciones contra Wurmser y Alvinzy. — Castiglione. — Bassano. — Arcola. — Rívoli. — Mantua.

CAPÍTULO III. — CAMPAÑA DE ITALIA: TERCERA PARTE. 123

El ejército del Rhin. — Campaña de Bonaparte contra el archiduque Carlos. — El 18 de Fructidor. — Campo-Formio.

Págs.

CAPÍTULO IV. — EXPEDICIÓN DE EGIPTO: PRIMERA PARTE. 157

Causas. — Preparativos. — El ejército de Egipto. — Malta. — Alejandría. — Las Pirámides. — Batalla naval de Abukir.

CAPÍTULO V. — EXPEDICIÓN DE EGIPTO: SEGUNDA PARTE. 235

Organización de la conquista. — Desaix en el alto Nilo. — Expedición de Siria. — San Juan de Acre.

TERCERA PARTE

EL CONSULADO

CAPÍTULO PRIMERO. — EL 18 DE BRUMARIO. 305

Situación de Francia en los últimos tiempos del Directorio. — El golpe de Estado.

CAPÍTULO II. — ORGANIZACIÓN DEL GOBIERNO CONSULAR. 345

Constitución del año VIII. — Paz. — Administración. — Hacienda.

CAPÍTULO III. — CAMPAÑA DE 1800. 389

Paso del San Bernardo. — Génova. — Marengo. — Hohenlinden. — Luneville.

CAPÍTULO IV. — PAZ DE AMIÉNS. 421

La máquina infernal. — Los neutrales. — Pérdida de Egipto. — Paz general.

CAPÍTULO V. — INSTITUCIONES DEL CONSULADO. 457

Napoleón y los partidos políticos. — Napoleón y el Consejo de Estado. — El Concordato. — El Código civil. — Amnistía. — La Legión de honor.

CAPÍTULO VI. — EL CONSULADO VITALICIO. 503

Constitución del año X. — Santo Domingo. — Ruptura de la paz de Amiéns. —Conspiración de Jorge Cadoudal. — Fundación del Imperio.

ÍNDICE DE GRABADOS

INTERCALADOS EN EL TEXTO

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO.—PRIMEROS AÑOS DE NAPOLEÓN

LA FAMILIA BONAPARTE. — EL NIÑO CORSO. — EL ALUMNO DE BRIENNE.—EL OFICIAL DE ARTILLERÍA

Páginas

El general Pascal Paoli. (Dibujo de la época). 5
Leticia Ramolino. (Retrato de Gérard). . . 7
Infancia de Napoleón (dibujo de H. Vernet). 9
José Bonaparte. (De un dibujo de la época). 11
Una princesa Bonaparte (¿Paulina?) (Cuadro de Prud'hon, según fotografía de Braun). 13
Bonaparte en Brienne. (Estatua de Rochet, en el Museo de Versalles). 15
Bonaparte, teniente de artillería. (Cuadro de Greuze, fotografía de Braun). 17
La princesa Visconti. (Copia del retrato pintado por Gérard, Museo del Louvre). . . 19
Josefina Grassini. (Copia de un cuadro de Mme. Vigée-Lebrún). 21
Mme. de Staël. (Cuadro del barón Gerard). . 23
Casa de la familia Bonaparte en Ajaccio). . 26

CAPÍTULO II.—PRIMEROS HECHOS HISTÓRICOS

TOLÓN. — SAORGIO. — EL 13 DE VENDIMIARIO

El general Dugommier. (Copia del retrato pintado por Roiget). 35
Sitio de Tolón, toma del fuerte Murgrave (según una acuarela de Simeón Fort). . 37
Toma de Tolón por las tropas de la República. (Grabado de la colección Hennin). . 39
Junot, duque de Abrantes. (Retrato pintado por David. Fotografía de Braun). . . . 41
La princesa Elisa. (Cuadro de Prud'hon). . 43
El general Bonaparte (según un dibujo de J. Guérin, grabado por G. Fiesinger). . 45
Barras (según un documento de la época). . 49
Jornada del 13 Vendimiario, año IV; iglesia de San Roque, calle Honorato. (Dibujo de Monnet, grabado de Duplessis-Bertaux). 51
Josefina; peinado *à la coup de vent*. . . . 55

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO.—CAMPAÑA DE ITALIA

EL EJÉRCITO DE ITALIA Y SUS JEFES. — EL GENERAL BONAPARTE.— CAMPAÑA CONTRA BEAULIEU.

Combate y paso del puente de Lodi (según Appiani). 59

Páginas

«¿De qué os lamentáis?... ¡La bandera tricolor cubre con sus amplios pliegues las ciudades que habéis conquistado!!! ¡y os quejáis cuando no hay un solo mortal que no os tenga envidia!...» (Litografía de Raffet) 61
«El representante ha dicho: Con hierro y pan se puede ir á la China... no ha dicho nada de calzado.» (De una litografía de Raffet). 65
Mapa general de las campañas de Italia. . 69
Paso del Pó. (Cuadro de Bacler-Dalbe). . . 77
Sublevación de Pavía, el 7 Pradial del año IV. (Dibujo de Carlos Vernet, grabado al agua-fuerte por Coiny). 81
Sublevación de Pavía. (Cuadro de Raffet, según copia litográfica de Llanta). 83
El general Kilmaine. 85

CAPÍTULO II. — CAMPAÑA DE ITALIA

OPERACIONES CONTRA WURMSER Y ALVINZY.—CASTIGLIONE.—DASSANO.—ARCOLA.—RÍVOLI.—MANTUA.

Retaguardia del Papa ó la fuga del reverendo padre caporal. (Nota satírica de la época). 91
Entrada de los Franceses en Liorna (año IV). (Dibujo de Carlos Vernet, grabado por Duplessis-Bertaux). 93
Vista de Salo y del lago de Garda. (Cuadro del Museo de Versalles). 95
Plano de la batalla de Castiglione. 97
Facsímile de un croquis y escritura de Bonaparte resumiendo uno de los principales incidentes de la batalla de Arcola. . . 103
Arcola. (Cuadro de Horacio Vernet). . . . 105
El general Bonaparte en el puente de Arcola. (Cuadro de Gros, museo del Louvre). . . 107
Campo de batalla de Rívoli y una parte del valle del Adigio. (Acuarela de Bagetti). . 109
Plano de la batalla de Rívoli. 111
Batalla de Rívoli. (Cuadro de Carlos Vernet, en el museo de Versalles) 113
Bonaparte en Rívoli. (Cuadro de Philippoteaux, en el museo de Versalles). . . . 114
El general Joubert en la batalla de Rívoli. (14 de Enero 1796). (Cuadro de Debay, en el museo de Versalles) 115
Batalla de la Favorita, cerca de Mantua. (Dibujo de Duplessis Bertaux). 116
Plano de la ciudad de Mantua. 118
Firma del tratado de paz de Tolentino entre la Santa Sede y Bonaparte. (De un grabado de la época). 120

Capítulo III. — CAMPAÑA DE ITALIA

EL EJÉRCITO DEL RHIN. — CAMPAÑA DE BONAPARTE CONTRA EL ARCHIDUQUE CARLOS. — EL 18 DE FRUCTIDOR. — CAMPO-FORMIO.

Páginas

El moderno soldado francés. (Grabado alemán). 125
Representación de una parada de la infantería francesa en Mannheim, en Octubre de 1795. (Facsímil de un grabado alemán, colección Dubois de l'Étang). 127
Infantería francesa. (Continuación del grabado anterior). 129
Oficial y soldados de infantería (según una colección de uniformes de la Biblioteca nacional francesa). 131
«El enemigo no sospecha que estemos aquí; son las siete; mañana á las cuatro de la mañana le sorprenderemos.» (Según una litografía de Raffet). 133
«Está prohibido fumar, pero podéis, si gustáis, tomar asiento.» (Según una litografía de Raffet). 135
Batalla y paso del Tagliamento, el 26 de Ventoso del año V. (Dibujo de Carlos Vernet, grabado por Duplessis Bertaux). . . 137
Preliminares de la paz de Leobén. (Cuadro de Lethière, museo de Versalles). . . . 139
Lafayette prisionero en Olmutz (según un grabado de la colección Hennin). . . . 143
«¡Ya no tengo soldados!... Por culpa de los temerarios me veo obligada á aceptar los preliminares de la paz.» (Caricatura alegórica, grabado de la época). 149
Alegría del pueblo francés al anunciarse el tratado de paz con el imperio. (Cuadro de Debucourt). 153

Capítulo IV. — EXPEDICIÓN DE EGIPTO

CAUSAS. — PREPARATIVOS. — EL EJÉRCITO DE EGIPTO — MALTA. — ALEJANDRÍA. — LAS PIRÁMIDES. — BATALLA NAVAL DE ABUKIR.

Francia llama á Bonaparte de Egipto. (Tomado de Appiani). 157
Gaspar Monge (1746-1818) (según un dibujo de Boilly). 168
Luis Berthollet (1748-1822). De un grabado de la época). 169
Francisco Jomart (1777-1862) (según un grabado de la época). 175
Fortificaciones de La Valette (isla de Malta) á vista de pájaro. 182
Plano de la villa y del puerto de La Valette, en Malta. 185
Ciudad de La Valette, en Malta. 187
Asombro de los Ingleses al enterarse de la toma de Malta por Bonaparte (Caricatura de la época). 189
Mapa del bajo Egipto. 191
Larrey (1774-1819). (De un grabado de la época). 194
Marcha á través del desierto (según dibujo de Géricault). 199
Mameluco en combate (según un cuadro de Carlos Vernet). 205
Plano de la batalla de las Pirámides. . . . 215
Batalla del Cairo, llamada de las Pirámides, librada el 3 de Thermidor del año IV (21 de Julio de 1798). (Dibujo de Swebach). . 217
El almirante Brueys (1753-1798) (según un retrato de la época). 224
Puerta de una casa árabe 225
Ventanas del harén. 227
Pirámide de Hahshur. 232

Capítulo V. — EXPEDICIÓN DE EGIPTO

ORGANIZACIÓN DE LA CONQUISTA. — DESAIX EN EL ALTO NILO. — EXPEDICIÓN DE SIRIA. — SAN JUAN DE ACRE.

Bonaparte sobre la más alta de las Pirámides de Egipto. (Dibujo de Duplessis-Bertaux). 239
Vendedor de pan de dátiles. 241
Ante las puertas de Reschid (Roseta). . . . 243
Ventanas en el Cairo. 245
Medidor del Nilo. 247
Callejón antiguo en el Cairo. 249
Una calle en Suez. 251
Bonaparte indultando á los rebeldes del Cairo. (Cuadro de Guérin, en el museo de Versalles). 259
El general Desaix (1768-1800) (según el retrato de Steuben). 261
Combate de Beiruth. (Cuadro de C. Langlois) 263
Plano de la isla de Phile. 268
En el desierto, entre Assuan y Phile... . . 269
Tipo-Sahib (Tomado de un dibujo de Favart) 273
Bonaparte, general en jefe del ejército de Egipto. (Campaña de Siria, según una litografía de Raffet). 275
Combate de Nazareth. (Boceto de Gros, en el Museo de Nantes. 283
Estatua del general J. B. Kleber, en Estrasburgo. 285
Facsímile de un croquis del sitio de San Juan de Acre, trazado por Napoleón en Santa Elena, mientras dictaba sus Memorias. . 287

TERCERA PARTE

Capítulo Primero — EL 18 DE BRUMARIO

SITUACIÓN DE FRANCIA EN LOS ÚLTIMOS TIEMPOS DEL DIRECTORIO. — EL GOLPE DE ESTADO.

Regreso de Egipto. (Tomado de Appiani). . 305
El Papa detenido por la caballería francesa y vuelto á conducir á Verona. 307
Un café político (según un grabado de la época). 309
Robo en una posada (según una estampa de la colección Hennin). 311
La facción *incroyable*. (Caricatura de la época). 313
Parada en el Carrousel en 1799. 315
Tabaquera á la Madame Angot. (Colección de M. Maze). 317
Las fisonomías de la época (dibujo y grabado de Nodet). 319
El general Hoche, muerto en el campo de Wetzlar el 18 de Septiembre de 1797. . . 321
Juramento de los Horacios. (Pintado por L. David. Museo del Louvre). 325
El duque de Brunswick (según un cuadro de la época). 327

Páginas

Luciano Bonaparte (según un dibujo de la época) 331
Miembro del Consejo de los Quinientos. . . 337
El 18 de Brumario. (Cuadro de Bouchot, antes en el museo de Versalles, hoy en el Louvre). 341

CAPÍTULO II. — ORGANIZACIÓN DEL GOBIERNO CONSULAR

CONSTITUCIÓN DEL AÑO VIII.—PAZ. — ADMINISTRACIÓN.—HACIENDA.

El ejército anglo-ruso sale de Holanda (1799) 347
Sieyès. (De un dibujo de la época). 349
Roger Ducos. (De un dibujo de la época) . 351
La Constitución francesa (según un dibujo de Prud'hon, fotografía de Braun).. . . 353
Retrato de los tres primeros Cónsules. (De un grabado de la época). 357
Llegada de Pío VI á Grenoble en 1799. (De un grabado de la época). 359
Brune. (De un grabado de la época). . . . 363
Martín Miguel Gaudin. (De un grabado de la época).. 365
Nicolás Francisco Mollién. (De un grabado de 1814). 375
Bonaparte en la Malmaison. (Por Isabey). . 379
Uniforme de cónsul, de ministro y de consejero de Estado. 383

CAPÍTULO III. — CAMPAÑA DE 1800

PASO DEL SAN BERNARDO.—GÉNOVA.— MARENGO HOHENLINDEN.—LUNEVILLE.

Asesinato de los plenipotenciarios franceses en Rastadt. (Grabado de Duplessis-Bertaux). 391
Andrés Masséna, duque de Rívoli. (Cuadro de Gros). 393
Bonaparte, por David. (Fotografía de Braun) 397
Armisticio después de Marengo (según Drolling). 407
Macdonald. (Retrato hecho por David, fotografía de Braun).. 413
Batalla de Hohenlinden (Cuadro de Schopin. Museo de Versalles). 415

CAPÍTULO IV. — PAZ DE AMIENS

LA MÁQUINA INFERNAL.—LOS NEUTRALES.—PÉRDIDA DE EGIPTO.—PAZ GENERAL.

Setas republicanas (caricatura de la época). 425
La máquina infernal.. 427
Explosión de la máquina infernal; calle de San Nicasio.. 429
Jorge Cadoudal. (De un dibujo de la época). 431
Pablo I, emperador de Rusia. (De un grabado de la época).. 435
El escote. (De un dibujo satírico de la época). 437
Jorge rodando la muela de Pitt. (Caricatura de la época). 443
Kléber. (Miniatura de Juan Guérin. Museo del Louvre). 445
Mameluco acuchillando. (Cuadro de Géricault).. 451
El Regreso, dedicado á los guerreros franceses. Dos valientes, al llegar á su casa, presentan á su padre las espadas de honor con que han sido recompensados. (Dibujo y grabado de Petit). 453

CAPÍTULO V. — INSTITUCIONES DEL CONSULADO

NAPOLEÓN Y LOS PARTIDOS POLÍTICOS.—NAPOLEÓN Y EL CONSEJO DE ESTADO. — EL CONCORDATO. — EL CÓDIGO CIVIL. — AMNISTÍA.—LA LEGIÓN DE HONOR.

Páginas

La Paz y la Abundancia, bajo el gobierno consular, convocan en Francia á las letras, las ciencias, el comercio y las artes. (Grabado de la colección Hennin).. . . 457
Barbé-Marbois.. 459
El mariscal Berthier. (Cuadro de Gros, según fotografía de Braun). 463
Juana de Arco. (Estatua en bronce de Gois, hijo, erigida en 1804 en Orleans) . . . 467
Monumento del general Desaix para la plaza de las Victorias, tal como fué proyectado y ejecutado en boceto en 1806 por Dejoux. 469
El Emperador sale al encuentro del Papa en Fontainebleau (1804). (Dibujo de Mounet). 471
El papa Pío VII. (Cuadro de David. Museo del Louvre). 475
El papa Pío VII entregando al Cardenal Consalvi la bula de ratificacion del Concordato (según Wicar). 477
El primer Cónsul disponiéndose á firmar el Concordato. (Copia de un cuadro de Wicar).. 483
Napoleón distribuyeudo las cruces de la Legión de honor. (Copia de un grabado de J. David, de las Academias de Berlín y de Ruán). 485
Napoleón distribuyendo á los inválidos de la guerra las cruces de la Legión de honor (según un cuadro de Debret, en el Museo de Versalles). 487
El conde Bigot de Preameneu 491
El conde Juan Esteban María de Portalis, ministro de Cultos (1897) (según retrato existente en el Museo de Versalles). . . 493
Plano de la carretera del Simplón, construída de 1800 á 1807 por los franceses. . 494
El entierro de Atala (Cuadro de Gautherot). 495
Renato Justo Haüy, director del museo de Historia natural. (Dibujo y grabado de Debucourt). 499

CAPÍTULO VI.— EL CONSULADO VITALICIO

CONSTITUCIÓN DEL AÑO X.— SANTO DOMINGO.— RUPTURA DE LA PAZ DE AMIÉNS — CONSPIRACIÓN DE JORGE CADOUDAL.—FUNDACIÓN DEL IMPERIO.

Napoleón es proclamado emperador (según Appiani). 503
Los negros en Santo Domingo. Jayler (según Géricault). 513
Toussaint Louverture. 515
El mariscal conde Sebastiani. (Cuadro de Winterhalter, en el Museo de Versalles). 523
Savary, duque de Rovigo 525
Luis Bonaparte, rey de Holanda. (Cuadro de Philippoteaux).. 527
Cuadro genealógico de la familia Bonaparte. 531
El mariscal Kellermann. 533
El mariscal conde Pérignon, senador, gobernador de Parma y luego de Nápoles.. 535
El mariscal Sérurier 536

ÍNDICE DE LÁMINAS

Páginas

Sitio de Tolón. (Copia de un dibujo á la aguada de la colección Hennin). . . . 36

Batalla de Millésimo (14 de Abril de 1796). (Dibujo de Carlos Vernet, grabado por Duplessis-Bertaux). 73

Paso del puente de Lodi (9 de Mayo de 1796). (Según un dibujo de Carlos Vernet, grabado por Duplessis-Bertaux). 78

Batalla de Castiglione (5 de Agosto de 1796). (Dibujo de Carlos Vernet, grabado por Duplessis-Bertaux). 96

Batalla de Roveredo (4 de Septiembre de 1796). Dibujo de Carlos Vernet, grabado al agua fuerte por Duplessis-Bertaux).. 98

Batalla de Arcola (15 de Noviembre de 1798). (Dibujo de Carlos Vernet, grabado por Duplessis-Bertaux).. 104

Batalla de las Pirámides (21 de Julio de 1798). (Cuadro de Gros, Museo de Versalles).. 218

Bonaparte visita en Jaffa los atacados por la peste. (Cuadro de Gros, Museo del Louvre). 278

Batalla de Abukir (25 de Julio de 1799). (Cuadro de Gros, Museo de Versalles). . 298

Entrada del ejército francés en Roma, el 14 de Febrero de 1798. (Dibujo de Nodet). 306

Paso del monte de San Bernardo (Mayo de 1800). (Cuadro de Thevin, grabado por Duplessis-Bertaux). 400

Muerte del general Desaix en la batalla de Marengo. (Dibujo á la aguada de Laffitte). 406

Cumplió su palabra. (Grabado al buril, de autor anónimo). 440

La paz. Bonaparte llevado en triunfo entre dos genios. (Dibujo de Prud'hon, dedicado al duque de Aumale).. 456

El primer Cónsul y su esposa visitando los talleres de los hermanos Levenne, en Ruan. (Copia de un dibujo á la sepia de Isabey, en el Museo de Versalles). . 500

Retrato del duque de Enghién, en un medallón ovalado, rodeado de genios y suspendido de un árbol. Copia de un grabado inglés de 1804. (Colección Hennin). 528

Sucesores de Salvat y C.ª S. en C., editores — Barcelona.

B.P. de Soria
61182696
DR 7847



NAPOLEON
Y
SU TIEMPO

BONAPARTE

DR
7847